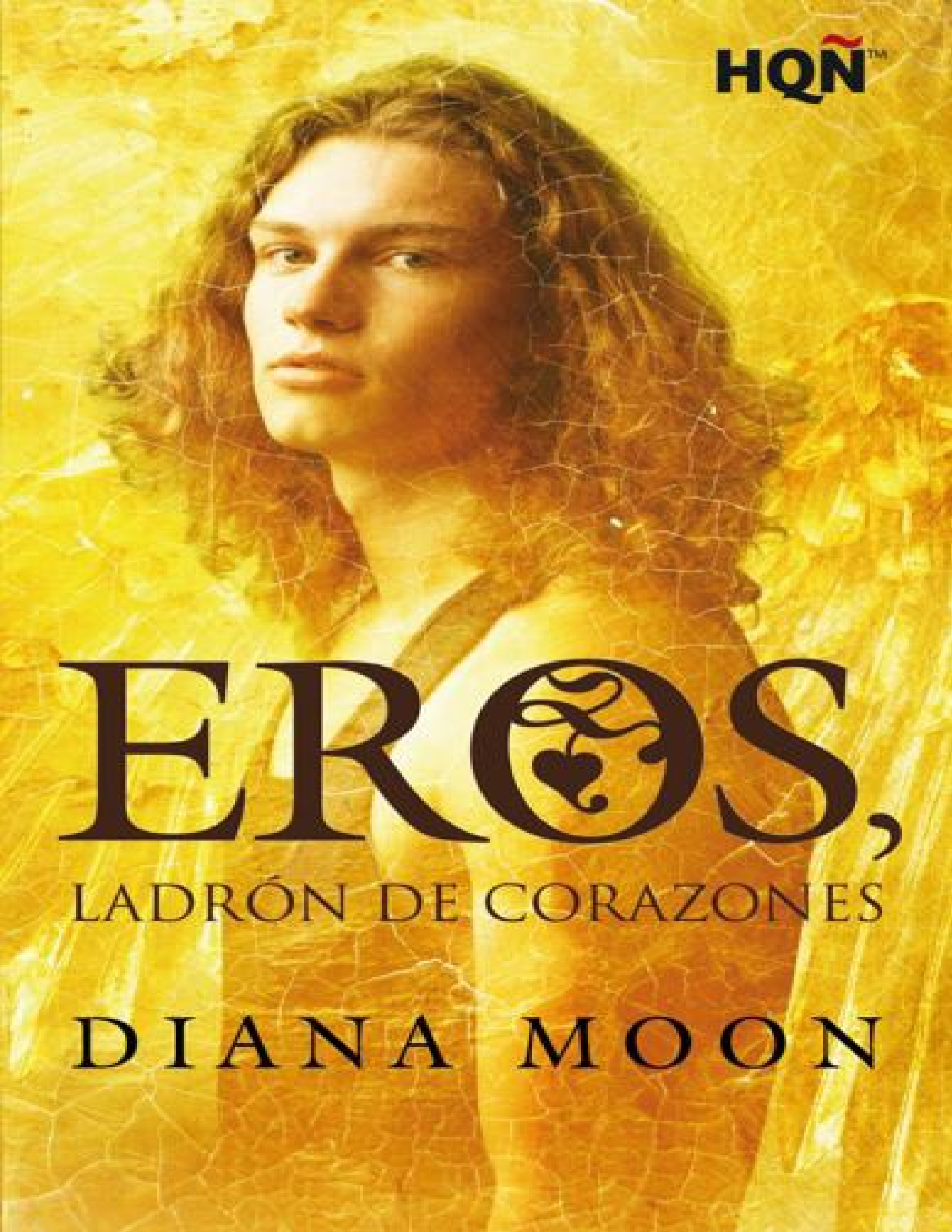
HQÑ™



EROS,

LADRÓN DE CORAZONES

DIANA MOON

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023 Diana Moon
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Eros, ladrón de corazones, n.º 374 - noviembre 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788411805438

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Episodio I
Capítulo 2
Episodio II
Capítulo 3
Episodio III
Episodio IV
Episodio V
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Episodio VI
Episodio VII
Capítulo 8
Capítulo 9
Episodio VIII
Capítulo 10
Episodio IX
Capítulo 11
Episodio X
Capítulo 12
Episodio XI
Capítulo 13
Capítulo 14
Episodio XII
Capítulo 15
Episodio XIII
Capítulo 16
Episodio XIV
Capítulo 17
Capítulo 18
Episodio XV
Capítulo 19
Capítulo 20
Episodio XVI
Capítulo 21
Episodio XVII

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Episodio XVIII
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Aidan descargó la bolsa de viaje sobre su hombro y alzó la mirada hacia los remates punzantes de aquella gran puerta metálica. La naturaleza la había engullido lentamente con el transcurso de las estaciones. Una enredadera serpenteaba entre las ranuras oxidadas allí donde la pintura azul celeste aún sobrevivía, desconchada. Mientras que a ambos lados se levantaban, custodiándola, dos esfinges de piedra que parecían convivir armónicamente con el musgo y la maleza.

El taxi maniobró para marcharse de vuelta por el único camino y, cuando por fin se perdió entre los árboles, se impuso un silencio, compuesto por las tenues melodías de las aves del bosque, por el roce de las hojas acunadas por el viento y por las que comenzaban a descender con la infinita calma preotoñal.

Aidan respiró intensamente, llenando sus pulmones de aquel aire puro y casto. Sintió que se encontraba en el lugar correcto.

Ensanchó sus comisuras, regalando una hermosa sonrisa a la nada.

Un viaje tan largo, con tantas paradas y estaciones merecía un hermoso escenario como final de trayecto.

Se aproximó a la verja, al otro lado apenas se veía un corredor de árboles inclinados que parecía no llevar a ninguna parte. Después dirigió su mirada hacia la cerradura, donde había grabada una placa:

SOLO A LOS IMPÍOS SE LES NEGARÁ LA ARCADIA

Aquello confirmó las sospechas de Aidan, estaba claro que era obra de Marxias, esos jueguecitos filosóficos suyos lo delataban. Aunque habría preferido tener que resolver algún enigma de las esfinges, dijo en voz alta:

—Por las palabras del inmortal, puedes entrar en los campos de luz y gozar de la verdad, así como de servirla, protegerla y beber de ella.

La puerta se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo, el suelo se liberó de la capa vegetal y los árboles fueron enderezándose uno a uno hasta formar un pasadizo completamente visible. A medida que Aidan se internaba fue atisbando entre las ramas los indicios de la villa Avonshire.

Desde los albores de su construcción, había sido mansión de portentosas medidas, capaz de sobrecoger a sus nuevos visitantes. Se trataba además de un lugar ambulante, capaz de viajar de un lado a otro. Y, aunque estuviese situada en la tierra, la casa y el perímetro que recogía de jardín pertenecían a otro plano de la realidad, ajeno al mundo terrenal. Por ahora se encontraba instalada temporalmente en lo recóndito del bosque que engullía al valle de Deerwoods, uno de los pueblos más bonitos del estado.

Deerwoods se encontraba rodeado de montañas, presidido además por un lago cuyo reflejo duplicaba el hermoso paisaje. La población estaba formada en su mayoría por viviendas lujosas y bien acomodadas que reunían a la élite del este norteamericano, pues tenía la suerte de estar cerca tanto de la naturaleza como de la ciudad.

Y allí, frente a él, se alzaba en la clandestinidad la mansión de Avonshire, con sus entrantes y salientes en la fachada, sus torres rematadas en aguja, sus incontables vanos y ventanales en distintos estilos artísticos. Una joya para la arquitectura que pocos podían visitar, pues había ido cambiando de posición y de dueño durante siglos. La última vez que Aidan la vio fue en el sur de Francia, antes de que volviese a desaparecer.

—¡Marcel, querido amigo! ¿No sales a recibirme? —lo llamó a gritos.

Esperó cinco segundos hasta que una de las ventanas se abrió y de ella asomó un niño repeinado que despertaba dignidad por todos los poros de su piel. Al ver a Aidan palideció de sorpresa y aturdimiento.

—¿Cómo diablos me has encontrado?

—Te sienta bien ese peinado nuevo —bromeó Aidan—. ¡No me digas que has crecido!

—Muy gracioso —maldijo este entre dientes—. No te muevas, no puedo dejar que profanes está casa estando así de sucio.

El muchachito cerró la ventana de golpe dejando a Aidan con el ceño fruncido. En un acto reflejo, se olió el hombro para comprobar a qué se refería su amigo. Hacía solo un día que no se duchaba, ¿tanto se notaba?

La puerta principal se abrió quizás por primera vez en décadas. Marxias, abrochándose la bata de seda púrpura que le llegaba por los tobillos, salió con prudencia, casi delatando sus pequeños impulsos agorafóbicos. Bajó las escaleras presidenciales agarrado a la barandilla y caminó con sus pantuflas sobre el rocío de la hierba hasta llegar a su encuentro.

—Estás ridículo —se atrevió a decir Aidan, reprimiendo las ganas de reírse.

—No esperaba visitas. Y ahora, bébete esto. —Sacó del bolsillo de su bata un frasquito de color verde lima—. Apestas a humano.

—Oh, por favor, ni que tú nunca hubieses sido uno.

—¿Quieres dormir está noche acompañado de los animales del bosque, Aidaniel?

Aidan gruñó y le quitó el frasquito de las manos en un movimiento veloz. Lo desenroscó y lo engulló de un solo trago. Al terminar, soltó un suspiró de satisfacción y se relamió las gotas que se habían extraviado en sus comisuras.

—Así mejor, ¿tienes hambre? Iba a preparar el desayuno —dijo Marxias dirigiéndose de nuevo al interior de la mansión.

—Oh, por supuesto que sí —respondió siguiéndole—, la comida del avión no es de muy buena calidad.

—Comida de avión, qué degradante suena —escupió Marxias subiendo las escaleras—. Haré tostadas y probarás la mermelada de Naranco que adquirí el otro día en el Mercado de Todo y Nada.

—Mmm, ¿me prepararías un té de frutos rojos? Sabes que es mi favorito.

—Está bien —respondió Marxias mientras se dedicaba a poner los mil y un cerrojos de la puerta. Eres mi invitado y supongo que pasarás una breve temporada conmigo.

Aidan dejó caer su bolsa sobre la misma alfombra que habían mancillado sus botas al internarse en el recibidor de la mansión. Con la mirada puesta en el impactante abanico de peldaños que comunicaban con el piso superior de la mansión, se quitó el grueso abrigo militar

que había llevado consigo desde la década de los cuarenta y lo dejó pendiendo del ramificado perchero de la entrada.

—Así es —contestó Aidan unos segundos después—. He venido a por *la última*, Marxias.

—¿La última? Vaya, quién lo diría. ¿Cómo sabes que es la última?

—Simplemente lo siento aquí. —Señaló su pecho—. Es ella, lo sé. Solo una más, Marxias, una más y se acabó.

Este pareció dudar de sus argumentos pues torció la línea de la boca.

—¿Y si no lo es?

—Yo sé que lo es.

—Bien, pero no deberías emocionarte —dijo dándose la vuelta e internándose en el salón del ala oeste—. Tú y yo sabemos mejor que nadie que los de arriba no ilusionan a nadie. Somos nosotros los que nos formamos nuestras propias ilusiones.

Aidan asintió corroborando sus palabras y después le siguió el laberíntico recorrido de estancias hasta llegar a la pintoresca cocina que estaba como no abarrotada en cada esquina, hueco, porción de suelo o estantería. En el medio se alzaba una mesa de madera de abedul, repleta de tarros de mermelada de frambuesa, de arándanos, de melocotón; con una fuente de cristal a rebosar de piezas de fruta, como manzanas rojas brillantes, uvas jugosas, fresas seductoras, peras moteadas… Había también una torre de pisos concéntricos donde reposaban magdalenas ataviadas con faldas de papel. Un bizcocho parecía asomar por la única esquina que no cubría un paño blanco con bordados azules. En uno de los extremos de la repisa se esparcían unas nueces, algunas intactas, otras fragmentadas junto a su verdugo de metal.

Un jarrón de flores silvestres presidía la mesa, acompañado de otro más vistoso de girasoles. Justamente encima se situaban un estante que pendía del techo y donde se colgaban las sartenes, ollas, cazos, cacerolas de bronce rosado. Compartían el poco espacio con todo tipo de calabazas alargadas, achacadas o con gajos bien definidos, también había hileras de guindillas secas, un collar de cabezas de ajos y racimos de hojas de eucalipto para los catarros.

La estantería que ocupaba una pared entera, constaba de distintos compartimentos en la parte inferior, como cajoncitos llenos de especias, libros de recetas, tarros de miel, paños de cocina con estampados a cuadros, más botes de mermelada anticipando el fin del mundo y una primitiva báscula de cobre.

La parte superior se encontraba dividida en registros de diferente altura que albergaban la vajilla de cerámica con ornamentaciones y motivos florales; platos ovalados, tazones, la sopera, una cafetera, teteras y las tacitas de té, colgadas sucesivamente del mango como calcetines de navidad en una chimenea.

En el suelo reinaba un caos de cestas de mimbre atiborradas de castañas, piñones u otros frutos secos. Había rústicas sillas con cojines rojos dispersas por la estancia, algunas sirviendo de soporte para cestos con verduras, como zanahorias, puerros y cebollas.

Aidan se sintió tan abrumado que tuvo que pestañear repetidas veces.

—Se te ha olvidado contarme que los elfos que te limpian la cocina están de vacaciones —bromeó Aidan.

—No seas absurdo, los elfos no existen.

—Tú podrías ser uno.

Marxias enrojeció y procedió a arrugar el mentón en una mueca de indignación. Posteriormente alzó la barbilla considerando más digno su orgullo que sus ganas de responder. Aidan lo vio por primera vez más como un niño que como el vigoroso ángel de la Tercera Orden

que una vez fue.

—Toma asiento. Es más que obvio que tu llegada es un pretexto para limpiar este desorden, pero ahora no es el momento. Tal vez mañana lo sea, quien sabe.

Aidan se sentó en una de las pocas sillas desocupadas y flexionó sus piernas para apoyar sus pies en la barandilla inferior. Mientras, observó cómo Marxias procedía a buscar de estante de estante hasta dar con una caja de madera donde tenía catalogadas todas las bolsitas de té. Tuvo, claramente, que subirse a un taburete para poder cogerla, lo que no hizo más que alimentar las burlas de Aidan.

—Aquí está, frutos rojos —dijo para sí mismo en un murmuro, mientras se llevaba la suave tela de la bolsita a las aletas de la nariz—. Sigue igual de óptimo que la última vez que lo bebiste.

—Eso espero —repuso Aidan recordando que corría el año 1889 cuando probó por última vez el té de Marxias—. Por aquel entonces solo podía pensar en tu té de frutos rojos.

—En eso y en… ¿Eme… linne?

—Emelyne Denaiu —corrigió con la mirada ausente en sus recuerdos—. Cómo olvidar a una de las más problemáticas. ¡Tardé más de tres meses!

Marxias calentó algo de agua en un cazo y después se enzarzó en la búsqueda de un plato y una taza limpios.

—Un pajarillo asustado, Aidaniel.

—Un enfermizo y atormentado pajarillo —enfatizó al mismo tiempo que jugaba con los dedos a remover la harina derramada por la mesa, creando dibujos sin sentido.

—Y bien, ¿quién es la afortunada que ocupa el último puesto?

—Lo cierto es que aún no lo he descubierto, querido amigo. Mi sexto sentido, supongo que recuerdas cómo me gusta llamarlo, me ha traído hasta esta parte del mundo, donde casualmente tú te encuentras.

—¿Acaso estás insinuando que yo soy el afortunado? —preguntó horrorizado Marxias.

Aidan estalló en carcajadas que retumbaron en todo Avonshire. Lo más gracioso de la escena había sido el tono de seriedad que había emitido Marxias.

—Cómo mi elevado raciocinio ha podido pensar tal cosa —se lamentaba el ángel, arrugándose las sienes al tiempo que escuchaba de fondo la risa descontrolada de Aidan.

Cuando al final este se calmó y se hubo restregado las lágrimas dijo:

—No puedo explicar cómo, pero sé que ella se encuentra en Deerwoods, siento su presencia en este lugar con gran intensidad. Debo reconocer que es una suerte para mí que hayas decidido este destino, Marxias, no sabes la aversión que le he cogido a los moteles y otras pensiones de mala muerte.

—No te juzgo —añadió preparando el té con la destreza de un maestro—, cualquier hospedaje es nimio comparado con mi afable y protectora Avonshire. Y con respecto a Deerwoods, nombre que oigo por primera vez, ¿dónde demonios te crees que estamos, Aidaniel?

—¿En Nueva Inglaterra, América del norte?

—Situé Avonshire en Dinamarca hace una semana —balbuceó para sí mismo Marxias—. Parece ser, querido amigo, que me has invocado con una *eleikasia*.

—¿Cómo?

Aun viviendo siglos de inmortalidad, Aidan reconocía no saber más del diez por ciento del conocimiento que poseía Marxias, de ahí que siempre este le sorprendiese con nuevos conceptos e ideas.

—Debiste llegar a un *aidolon*, un lugar vacío donde se pueden invocar lugares ambulantes

como Avonshire. Leíste seguramente alguna inscripción y proferiste un tipo de frase u oración: una *eleikasia*.

—Sí, lo hice.

—Y pensaste en mí al hacerlo.

—Así es —convino Aidan—. Pensé que había sido un jueguecito tuyo.

—Pero ¿cómo es que llegaste hasta el *aidolon*? —se preguntó Marxias frotándose la barbilla, dubitativo.

—Ya te lo he dicho, simplemente sigo mi sexto sentido. Aunque, ahora que lo dices, no sé cómo pude acabar relacionándolo contigo. Tal vez es que deseaba con gran anhelo tu compañía, viejo amigo.

Marxias cogió con la mano enguantada la tetera hirviente y derramó una hilera de té que cayó en perpendicular sobre la suave taza de porcelana.

—Halagador, Aidaniel, sin embargo, has trasladado mi morada hasta la otra punta del hemisferio.

—Calma, Marxias, si subes a la torre más alta de la casa podrás contemplar la belleza de los bosques y montañas de Deerwoods, y te merecerá la pena, créeme.

—Bien, dejaré que utilices Avonshire para situar tu habitación, no creo que se me eche en falta por Dinamarca durante una temporada.

—Te lo agradezco de veras. Sabes que les hablaré a los de arriba de cuánto has cambiado con los años, recalcando tu amabilidad —dijo Aidan pegando un sorbo a su taza—. Tú yo sabemos que queda poco para que me encuentre con ellos.

—Eso, espero, querido amigo, eso espero.

Al final abandonó los gruesos y protectores muros de Avonshire para recorrer e inspeccionar los alrededores de Deerwoods. La impaciencia burbujeaba en su interior, como síntoma de querer encontrar a ese *alguien* tan importante por el cual había cruzado medio mundo.

Se perdió por los senderos del bosque hasta que llegó a la carretera que comunicaba todo tipo de mansiones octogenarias, algunas tan imponentes como la propia Avonshire. Estaba claro que Deerwoods no era un sencillo y humilde pueblo, sino más bien una aglomeración de residencias que habían acabado fundándolo.

«En alguna de aquellas lujosas e imponentes viviendas debe vivir ella», es lo que pensó Aidan. No obstante, su sexto sentido, aquel impulso incontrolable con el que había convivido durante siglos, le guio como había hecho siempre, hacia un camino de tierra aplanado, que se veía protegido por las bóvedas de los árboles. El ancho sendero no tardó en rodear el lago ofreciendo unas hermosísimas vistas del valle y de la cantidad de matices que iban adquiriendo el paisaje otoñal. Pero Aidan no interrumpió su marcha, siguió caminando hasta pasar por un puente de maderos bajo el cual transcurría un riachuelo entre las rocas.

El camino se fue estrechando cada vez más hasta formar un pasadizo de altos arbustos por los que se colaba a duras penas el sol. Aun así, alcanzó a ver los remates de un portentoso edificio que, a medida que se aproximaba, tomaba las formas de un castillo de torres circulares, arcos ojivales y semicolumnas adosadas. Estaba bellamente camuflado por enredaderas de que ofrecían toda una gama de colores que iban desde el verde penetrante hasta el rojo más intenso.

A la izquierda del edificio extendía un prado de hierba recién cortada y, más allá, el hilillo de agua que escapaba de la presa que conformaba el lago. Lejanamente, entre las copas de los

árboles sobresalía el remate negro en aguja de la iglesia de Deerwoods e incluso se atisbaba medianamente el reloj que marcaba en números romanos las doce del mediodía.

Sintió al momento un impulso eléctrico. Su sexto sentido.

Ella estaba allí.

Se sorprendió por la facilidad con la que la había encontrado, normalmente le costaban más de medio día dar con ella, sobre todo si trataba de una ciudad o de una gran población, pues solía dejar presencia allá a donde iba o solía estar. Una vez estuvo más de dos días recorriendo Singapur en busca de Shio Huang. Aquella chica era tan inconstante que la única forma de dar con ella fue esperarla en su academia de música, hasta que apareciese para sus clases de violín.

Todo parecía absurdamente fácil; llegar a Deerwoods, reencontrarse con Marxias y hallar a la chica.

¿Y ella? ¿Cómo sería la afortunada? ¿Estaría a la altura como *la última*? Decidió entrar y comprobarlo. Palidecía de ganas. Había esperado… ¿cuánto?, ¿casi seiscientos años?

Se mordió el puño para contener su ambición, su deseo, ¡su ímpetu! No podía buscarla por todo el lugar de manera inconsciente. Cruzó el pequeño parquin y se acercó al perímetro de la casa-castillo, cercado por una verja de hierro no muy distinta a la de Avonshire. En lo alto de la entrada se alzaba una inscripción: *WELCOME TO OSBORNE*. Decidió entrar y echar un vistazo, por si de alguna forma conseguía verla.

Se percató del jardinero que se encontraba plantando unos geranios mientras silbaba una melodía con los auriculares puestos.

—Disculpe.

El hombre reaccionó alzando la mirada, y teniendo que llevarse una mano a la frente por el reflejo del sol. Después se colgó los auriculares del cuello para escucharle mejor.

—Me preguntaba qué es este lugar.

—La prestigiosa escuela privada Elias H. Osborne, aunque aquí todos la conocen como Osborne.

—Gracias, que tenga un buen día —dijo Aidan, a lo que el jardinero respondió asintiendo y regresando a su tarea.

Subió rápidamente los peldaños y abrió la gruesa puerta acristalada. Se encontró con un recibidor que combinaba lo antiguo del castillo con la modernidad del presente. En lo alto de la pared izquierda se alzaba un cuadro de un caballero del siglo XIX. En la parte inferior se había situado una placa dorada con la inscripción: *Elias Hugh Osborne, propietario de la casa Mackson. Fundador en 1893 de la escuela masculina Elias H. Osborne.*

—¿Puedo ayudarle en algo?

Una mujer rubia correctamente vestida salió a su encuentro tras abandonar el recibidor. Aidan la hizo frente con una de sus más encantadoras sonrisas.

—Sí, mi nombre es Aidan Grivaldi, acabo de mudarme a Deerwoods y me gustaría incorporarme cuanto antes a Osborne.

Maldita sea, ¿por qué habría dado su verdadero nombre? Nunca lo hacía. De todas formas, quedaba poco para que todo terminara, así que…, ¿qué importaba entonces su nombre? Además, ¿había algo que causara más intriga y atractivo a un puñado de adolescentes que un apellido extranjero?

—Entiendo, señor Grivaldi, pero lamentó informarle de que hace un mes pasó el límite de matriculación, entraría usted con el curso ya comenzado. Un retraso considerable con respecto a los demás alumnos. De todas formas, estos asuntos se deben comunicar por teléfono para una

cita previa con la jefatura de estudios.

Aidan apenas la escuchó, sino que procedió a aproximarse hacia ella intimidándola con cada paso. Su rostro, su olor, incluso su voz, poseían un poder persuasivo inimaginable para una mortal.

—¿Cómo? ¿Cómo dice que se llama, señorita…?

—Pin… Pinkerton —tartamudeó clavando sus ojos en los verdes abrasivos de Aidan.

—Tiene usted un nombre realmente armonioso, señorita Pin-ker-ton.

—Gracias, señor Grivaldi.

—Me gustaría poder acudir a esta escuela, teniendo una recibidora tan… —suspiró— encantadora.

—Estoy… Estoy segura de que sería un honor para la escuela de secundaria Osborne recibir entre su alumnado a un joven tan aplicado como usted, señor Grivaldi.

—Coincido.

Ella apretó los labios en una sonrisa y tragó un nudo en la garganta.

—Deje que haga una llamada a mis superiores para concederle una cita para mañana —habló a la velocidad de la luz mientras regresaba al otro lado del mostrador y cogía el auricular del teléfono.

—Creo que sería preferible concertarla para ahora, puesto que ya estoy aquí.

—Claro, sí, tiene usted razón, para ahora mismo, estoy segura de que no habrá ningún problema.

Aidan sonrió tomando asiento en el conjunto de sillones que había frente a la ventana. Se hizo con uno de los folletos de la mesita circular de cristal que tenía a sus pies y lo ojeó por simple curiosidad. Debía informarse al menos de dónde se estaba metiendo.

La institución educativa Elias H. Osborne cuenta entre sus instalaciones con clases de esgrima, baile, música, equitación, ajedrez…

Osborne considera al latín una lengua imprescindible entre sus asignaturas a cursar.

Sus hijos gozaran de una educación volcada en un correcto aprendizaje, que incluye el conocimiento e instrucción necesarios para una posterior vida laboral.

Fundada en 1893 por el prestigioso hombre de letras Elias Hugh Osborne, filósofo, literato, filántropo de las artes, impulsor de la enseñanza…

Así que había caído entre los barrotes de una opulenta y elitista escuela, compuesta por alumnos igual de aburguesados y acaudalados.

—Señor Grivaldi —lo llamó la señorita Pinkerton desde el mostrador.

Aidan se levantó de golpe y acudió a su encuentro.

—Acompáñeme, por favor.

La señorita Pinkerton caminó resueltamente con sus tacones repiqueteando por el suelo de mármol. Le condujo a través de un corredor de bóvedas de crucería con algunos cuadros y bustos de personajes que parecían importantes hasta llegar a un pasillo ancho más parecido a una escuela. Aidan no pudo evitar fijarse en las peculiares taquillas de madera con cerradura de llave, ni siquiera en eso se asemejaba a un instituto normal y corriente.

El lujo derramado era palpable en la restauración de un edificio tan antiguo. Aidan se preguntó cómo serían los baños. ¿Acaso tendrían grifos bañados en oro? Una ostentación de la que sí disfrutaría su querido amigo Marxias.

Retumbó entonces un sonido algo quejumbroso. Tardó más de un segundo en asociarlo al timbre, pues enseguida las puertas procedieron a abrirse y una marea de alumnos inundó el pasillo. La señorita Pinkerton tuvo que regresar a por él para que no se perdiese entre la multitud.

Aidan se percató de un detalle que había pasado por alto: el uniforme. Soltó una mueca de reprobación.

—Señor Grivaldi, sígame, por favor.

Finalmente lo condujo hasta un ascensor y le dijo:

—Suba a la planta segunda, a mano izquierda se encuentran los departamentos, a la derecha está la jefatura y el despacho de la directora, tome asiento allí y saldrán a recibirle.

—Gracias, señorita Pinkerton, siento que nuestros caminos tengan que separarse.

Ella acabó ruborizándose y dio un paso hacia atrás para intentar huir del persuasivo influjo de Aidan.

—Tenga un buen día, señor Grivaldi —diciendo esto dio media vuelta de regreso a su querido mostrador.

Aidan la observó camuflándose entre la masa de adolescentes uniformados. Después llamó al ascensor y curiosamente este se abrió al segundo. Una vez en el interior, pulsó la segunda planta y, mientras esperaba a que se cerraran las puertas, algo llamó su atención. Como si se tratase de una llama en la oscuridad, una cálida melena pelirroja pareció flotar en el aire, situándose en las fronteras del tiempo. Allí, a lo lejos del pasillo, caminaba una chica rodeada de sus amigas, riendo y conversando en un día normal de instituto. Con una piel blanca moteada de suaves pecas, unos hoyuelos magníficos acompañando ambas comisuras de la boca y unos ojos acuosos ribeteados de profusas pestañas.

Antes de que las compuertas se cerrasen, ella dirigió su marítima mirada hacia la esmeraldina de Aidan, y entonces él supo que sí, incluso *ella* estaba a la altura.

Episodio I

Florencia, primavera de 1472

Como todas las mañanas, la sirvienta Constanza descorrió las pesadas cortinas que ocultaban el cuarto de su señora, quien se resistió a despertarse y fingió estar profundamente dormida.

—Debe levantarse, *madonna*, pronto anunciarán la llegada de su futuro esposo. Hemos de prepararla.

La sobrina de Constanza, Raffaella, entró en la habitación con una cesta con diferentes especias y fragancias. Después aparecieron Lucrezia y Mariola cargando pesados cubos de agua de la fuente, con los que llenaron la pila de bronce.

Con tanto alboroto, Giovanna no pudo hacer otra cosa que salir de sus confortables sábanas de lino. Primero se retiró los guantes de gamuza con los que había dormido toda la noche. La tarde anterior se había lavado las manos en limón con azúcar blanca, pues de esta forma quedaban sus manos más suaves y pálidas. Después se las enjuagó con la tinaja que le tendió Constanza y se las frotó en aceite de benjuí. Su sirvienta también la ayudó a quitarse el camisón y a entrar en la pila ofreciéndole su mano como apoyo. El agua caliente enseguida la despertó y la hizo tomar conciencia de lo que aquella mañana acontecería.

Raffaella, experta en el cuidado de la belleza femenina, echó en la pila una serie de plantas odoríferas, como hojas de laurel que al mezclarse con calor empezaron a desprender ricos aromas que inundaron la instancia. Mientras Mariola iba ordenando los diferentes jaboncitos, cajas, frasquitos y otra serie de fruslerías.

—No se le ocurra sumergir la cabeza, *madonna*, podría estropear el peinado. Y hoy debemos estar exentas de errores —le advirtió Constanza mientras le bañaba el cuello con sumo cuidado.

Giovanna se ruborizó, no era la primera vez que se había empapado el cabello, olvidando que este había sido rizado con un hierro caliente y atado en diversos nudos para que, al día siguiente, adoptase una bella forma.

Después del baño la cubrieron de aceite de almendras dulces con cera blanca y algo de alcanfor. Y volvieron a frotarle las manos, pero esta vez con mostaza negra mezclada con manzanas.

Constanza le deshizo los nudos del cabello y con un pequeño peine de marfil de talla exquisitamente refinada peinó aquellas zonas encrespadas, así como las puntas. El color de su cabellera había puesto resistencia en teñirse del tal anhelado rubio que cubría todas melenas femeninas en Florencia. Pues el rubio era el rey de los colores y, aunque sus sirvientas habían insistido en que los cabellos de Giovanna tomasen largas horas de sol, este no se había tornado más que de un color melaza. Incluso habían tratado de someterlo a mordientes y mixturas para teñirlo, pero su resultado había sido no más que unos pocos reflejos dorados en algunas de las

puntas. No habían insistido más, con tal de no volver más frágiles aquellos mechones que ya lo eran de por sí.

Ordenaron sus tirabuzones en una compleja combinación de trenzas engastadas de finas caderas de oro y perlas, pero también con cintas, velos y demás joyas. Incluso coronaron el peinado con una ostentosa *brocchetta*. No menos importante fue perfilar la forma de sus frondosas cejas, para que apenas formasen un hilillo similar a un arco de medio punto.

Extendieron sobre su frente y sus mejillas una pasta blanca que mantuvo rígido su rostro como el de una estatua de mármol. También pintaron ligeramente sus mejillas y labios con afeites rojos, para aportarle algo de viveza. Y, aunque no pudiese haber momento alguno en el que Giovanna abandonase su compostura de cortesana para sonreír, se insistió en blanquear sus dientes con una serie de polvos especiales.

Finalmente se atendió al guardarropa de la señora. De donde eligieron una de las prendas más ostentosas, guardada para ser estrenada en acontecimientos como aquel. Giovanna se envolvió en aquel vestido de brocados de seda y terciopelo; con hilos de plata y entremezclado de oro, perlas y finas piedras. Todo ello perfumado por supuesto de los más selectos aromas.

Cuando finalizaron, las criadas abandonaron la estancia dejándole unos minutos a solas. Giovanna se asomó a la ventana de su habitación que contaba con un pequeño balcón semicircular decorado con hermosos claveles de tonalidades rosadas. Un regalo que su padre había mandado plantar y traer de Oriente, pues era la planta favorita de su hija. Giovanna hundió la nariz en lo profundo de una corona de pétalos. Aquel olor, el mismo que acopiaba en un bello frasco de perfume para rociar los sobres de sus cartas. Levantó la mirada, estaba amaneciendo en la bella ciudad de Florencia, podía vislumbrar como el sol bañaba a lo lejos las colinas de cultivo y los tejados de las casas.

Su aparente tranquilidad se vio interrumpida cuando entró Constanza en su habitación.

—La familia de los Grivaldi acaba de llegar, *madonna*. Se la espera en el jardín para el encuentro.

Giovanna se puso pálida y quiso en aquel momento tener alas como las golondrinas para salir volando por el balcón.

Constanza insistió y ella acabó cediendo. Mientras iban descendiendo por las escaleras, su más fiel sirvienta iba recordándole cómo debía actuar y comportarse. Incluso le aconsejó el que hablase lo menos posible, pero siempre con una modesta sonrisa en la cara.

Al final llegaron al jardín trasero de la casa, pequeño pero hermosamente decorado con esculturas, fuentes, setos y flores entre las cuales nunca faltaba un clavel rosado. Sus padres la aguardaban no muy lejos, sobre una extensa alfombra. Su madre estaba sentada en una silla del interior que sacaban al jardín solo para ella. Su padre la acompañaba de pie a su lado izquierdo. Frente a ellos se encontraba el matrimonio de la familia de los Grivaldi. Un hombre con una nariz pronunciada, pero recta como la punta de una flecha, vestía unos ropajes exquisitos. Un tocado negro cubría su cabello gris y un collar con una piedra roja en el centro culminaba su jubón. La mujer compartía su hombro derecho, lucía un vestido no muy distinto al de Giovanna, pero quizás menos lustroso que el de esta. Una diadema de perlas envolvía su melena todavía rubia, pues debía ser veinte años menor que su marido.

Detrás de ambos se presentó un joven también muy dignamente vestido. Poseía una melena rubia y brillante que enmarcaba sus orejas, y se resistía al peinado de la época, pues se inclinaba hacia su nuca. Tenía una nariz muy parecida a la de su padre, solo que algo menos acentuada. En su tez pálida unos surcos oscuros decoraban su mirada, quizás por falta de sueño. Un par de ojos

del color de los más verdes prados la observaron detenidamente.

—Esta es mi hija, Giovanna de los Rimini.

Ella se inclinó reverencialmente sin atreverse a levantar la mirada.

—Este es nuestro Nastagio —anunció la mujer—. Quizás quieran tomarse un tiempo para hablar.

—Nosotros también tenemos asuntos que resolver, entremos dentro —les invitó Francesco de Rimini.

Les dejaron solos en un incómodo silencio acompañado del sonido burbujeante de las fuentes. Al final fue él el que se atrevió a hablar con ella:

—Quieren desposaros conmigo, ¿vos que pensáis al respecto? ¿Tenéis voz para oponeros?

Giovanna comenzó a andar por uno de los senderos del jardín y él tomó el paralelo. Meditando qué responder, recordó el consejo de Constanza: «Cuando abráis la boca utilizad siempre las palabras adecuadas, no seáis impulsiva. Los hombres persiguen los espíritus dóciles y mansos, no los incontrolables».

—Supongo que ha de ser una unión ventajosa para nuestras familias. Mi padre es un rico fabricante de telas y el vuestro un banquero.

—¿No preferiríais un noble florentino a un usurero dedicado al oficio de la banca?

—No se discute lo que yo prefiera, señor. Pero si sois vos quien os restáis valor, entonces la unión debe ser más ventajosa para usted que para mi familia.

Nastagio dejó de caminar y se quedó pensando en el carácter de ella. Sí, parecía dúctil y sumamente obediente, entregada a cualquier voluntad que no fuese la suya. ¿Podría vivir el resto de su vida con ella y al mismo tiempo continuar con su privilegiada vida de soltero?

Quizás.

—Vais muy cargada de ornamento, ¿os gustan las joyas y vestidos caros?

—¿A qué joven de mi edad no le gustan, señor? —respondió en un susurro.

Giovanna se sentía constantemente analizada en cada uno de sus pasos y movimientos, pero también en sus palabras y contestaciones.

—¿Podríais vivir en el campo lejos de toda vida social?

—Siempre que mi familia lo requiriese, sí, podría.

—¿Y sin vestidos ni ornamentos?

—Si la situación de…

—Sí, de tu familia —la interrumpió robándole las palabras de la boca—. ¿Me consideráis apuesto?

Las mejillas de Giovanna se incendiaron de rubor. No pensaba reconocerlo, pero nada más verle había pensado que era uno de los muchachos más hermosos de toda Florencia.

—He de suponer que me creéis apuesto.

Ella no dijo nada. Es más, no le volvió a decir nada en mucho tiempo. Sus padres acordaron el enlace tras aquel día. Giovanna se uniría en menos de un mes a la familia de los Grivaldi. Sin embargo, pasaron no menos de tres días cuando sus padres le anunciaron que los Grivaldi habían cancelado el compromiso. No dieron ninguna explicación, simplemente que aquella unión lamentablemente no podía celebrarse. Giovanna no lo entendió, tampoco sus padres. ¿Cuál había sido el motivo? ¿Acaso los modales de ella no eran impecables? ¿No era suficientemente rica su dote, así como las relaciones de su padre con el resto de ciudades italianas? No volvió a saber nada de Nastagio Grivaldi más que una noche, mientras Constanza y Raffaella la preparaban para irse a dormir. Una le peinaba mientras que la otra le preparaba la cama.

—Has de darle gracias a Dios, *madonna*, por no haberos unido a Nastagio de los Grivaldi.

—¿Cuál es el motivo, Raffaella?

—¡Raffaella! —la riñó Constanza—. Te dije que mantuvieses la boca cerrada delante de la *madonna*.

—Lo siento, pero creo que debería saberlo.

—¿Qué es lo que me escondéis? Os ruego, no, os exijo que me lo digáis inmediatamente. ¡Constanza! —La miró autoritariamente.

—Se rumorea por Florencia sobre cosas demasiado indecentes para vuestros oídos sobre el mayor de los Grivaldi.

—Es un seductor, *madonna* —reveló Raffaella—. Dicen que ha estado implicado con mujeres casadas, incluso con una viuda. No le importa la decencia de ninguna mujer, mientras esta sea hermosa, hace todo lo posible para conquistarla.

Giovanna no salía de su asombro. Reconocía que tras conocerlo le había parecido un joven un tanto arrogante, quizás debido a su notoria belleza, pero pensó que no sería un defecto demasiado sobresaliente.

—Sus padres decidieron casarlo para alejarlo de tantos escándalos, pero al aparecer él consiguió librarse y por eso se canceló vuestro compromiso.

Se sintió aliviada y confusa a la vez, como si aún le quedase algo más por saber sobre Nastagio Grivaldi.

—Olvidemos de una vez a ese bribón —ordenó Constanza terminando de trenzarle el pelo—. He de marcharme a la cocina. Raffaella, acuesta a la *madonna* por mí. Buenas noches, mi querida Giovanna.

—Buenas noches, Constanza.

La sirvienta se marchó rápidamente para seguir atendiendo a sus labores. Mientras Raffaella terminó de acostar a su señora y la arropó con las mantas.

—Raffaella, ¿no hay nada más que no me haya contado de Nastagio Grivaldi?

—Oh, *madonna*, esperaba que no me preguntase, sabe que no soy capaz de guardar secretos.

—Cuéntamelo, Raffaella, ¿qué es?

—Es que… no le va a gustar lo que escuche de mis labios.

—No importa, quiero saber.

—Me duele contarle algo tan cruel, *madonna*, ¿está segura de querer oírlo?

Ella asintió. Raffaella se sentó al pie de cama y miró a su señora.

—Tengo un hermano trabajando en la casa de los Grivaldi. Cuando me enteré de vuestro enlace le pedí que me mantuviese informada sobre Nastagio, todo lo que pudiera saber o conocer de él, solo por si acaso. Usted sabe que la apreciamos enormemente en esta casa todos los criados.

—Oh, Raffaella, prosigue.

—Poco después de que vuestros padres acordaran el compromiso, mi hermano presenció una horrible pelea en la casa de los Grivaldi. Nastagio se oponía realmente al matrimonio, pero…

—¿Sí?

—Decía que…, bueno, mi hermano me contó las palabras que pronunció Nastagio: «Si alguna vez me caso no será con una muchacha tan poco agraciada como la de los Rimini». Oh, *madonna*, no se lo tome como un insulto, yo no pienso realmente que usted carezca de belleza, la considero una joven bonita, se lo juro por el Santísimo.

—Así que fue por eso… —murmuró ella tristemente—. No me considera lo suficientemente

hermosa para que forma parte de su familia. Ni siquiera para desposarme.

—No haga caso de mis palabras, *madonna*, usted es una muchacha de un valor incalculable para cualquier hombre rico de esta ciudad.

—No te preocupes, Raffaella, estoy bien. Me alegra no haberme casado con alguien como él. Ahora me gustaría dormir, déjame sola.

—Sí, *madonna*, como usted quiera.

Raffaella se levantó y salió sigilosamente de su habitación como le había pedido su señora.

Giovanna intentó dormir, pero se sentía demasiado ofendida para conciliar el sueño. La habían rechazado por carecer de belleza, no por su dinero, ni su posición social, sino por su aspecto físico. Se levantó de la cama y tomó el candil. Fue hacia el espejo de su cómoda y, a la luz titilante de la vela, se observó a sí misma. ¿Tan poco agraciada era? ¿No eran sus labios los suficientemente carnosos? ¿Ni su rostro lo suficientemente dulce y redondo? Quizás era culpa del color de su cabello que se resistía a teñirse de rubio como todas las demás damas de Florencia. O tal vez del color avellana de sus ojos.

Sin darse cuenta comenzó a llorar frente a su reflejo, queriendo ser como su hermana menor Alessandra, a quien siempre había envidiado, creyendo que era la más bella de las dos. Alessandra tenía unas caderas más voluminosas y unos preciosos ojos moteados. A diferencia de su hermana, el cabello de Alessandra se había vuelto rubio gracias a los tintes, haciéndola encajar en el canon de belleza florentino. Sin embargo, su padre aún buscaba un marido para Giovanna, pues no podía casar a su hija menor antes que a la mayor, por muchos pretendientes que poseyera Alessandra. ¿Y quién iba a querer casarse con ella ahora? Giovanna se palpó las mejillas húmedas por su silencioso llanto queriendo cambiar sus facciones por las de su hermana.

Pero la tristeza duró poco, enseguida le embargó la ira. ¿Cómo se había atrevido aquel hombre a despreciarla meramente por su aspecto? Cogió una hoja de papel y sacó su pluma y el tintero.

Al señor Grivaldi:

Gusta su menester el llamarse el rostro más hermoso de Florencia, otros no gozamos de tal apelativo, pero no por ello somos menos virtuosos. Puede que no haya gracia, orden y proporción en la cáscara que resguarda nuestra alma, pero al igual que una ostra esconde un perla, podemos llegar a ser el más jugoso y afrodisiaco fruto. Ser hermoso no significa ser agraciado por fuera, sino contener belleza en todo su conjunto. Por eso usted, Nastagio de los Grivaldi, se encuentra a las afueras de ser el rostro floreciente de nuestra bien amada República.

Si gasto tinta en mis palabras es porque creo en su redención, créame loca o estúpida y, aun creyéndolo, yo tengo fe en su salvación. Todavía hay tiempo para que escape de los suplicios que nos relata nuestro bien talentoso Dante.

Los hay hermosos y los hay listos, sea su menester de los últimos, si es que alguna vez lo ha sido, si no le recomiendo leer, cultivarse en otras lenguas y dialogar más con aquellos que más saben. Sea hermosa también su alma, llénela de virtud, de buenas acciones, de belleza. Límpiela de pecado e ignorancia, le animan mis letras desde la lejanía, lo harán también mis oraciones.

Hay que compadecerse siempre del débil, señor, eso nos enseñan las sagradas escrituras. Le explicaré que su debilidad recae en su ceguera, solo puede ver una sola cosa, algo que lleva viendo, me atrevo a decir, toda su vida. Usted. ¿No se le cansa la vista? ¿No se cierran sus párpados por el agotamiento? ¿No quieren sus ojos ver otros horizontes? Descanse la

mirada, señor, pósela sobre la cultura, la pintura, la música, la naturaleza. Verá como pronto descubrirá que su señoría fue creada para el mundo, no el mundo para complacerla.

Crudas palabras, pero ciertas, aunque no guste creerlas. Bien, ahora no solo ha de cultivarse en la cultura, también en los actos. Una buena acción vale más que diez habladas. No busque hacer el bien, pues las acciones no se buscan, se presentan en la ocasión acertada, rogándote que las acates de la forma correcta. Si no contiene la suficiente inteligencia para saber cómo actuar, regrese sobre mis palabras, allí donde le explico cómo lograr esa agudeza.

Aquí terminan mis ayudas, señor, más de las que merecéis, os lo aseguro. Pero mis ruegos y oraciones perdurarán, y si no son escuchados es que ni nuestro Señor cree posible su salvación, aunque yo sí la crea.

Desde la más honda sinceridad.

No se atrevió a firmar con su propio nombre. Quizás él pudiera sobreentender que se trataba de ella, tal vez no. Tras darle ciertas vueltas optó por recurrir a sus conocimientos grecolatinos y firmó como «Vulcana», pues Vulcano era el dios griego del fuego y era conocido especialmente por no ser del todo agraciado.

Capítulo 2

—Inaudito, en mis doce años dentro de esta institución jamás habían dejado matricularse a un alumno a mediados de trimestre —murmuraba el sastre que le tomaba las medidas—. ¿Es que acaso eres familiar de la directora Haselhouse, muchacho?

Aidan sonrió altivamente y miró hacia abajo, hacia el nuevo par de zapatos que se estaba probando y que eran absurdamente refinados.

—Algo así. Creo que soy de su agrado, me ha invitado a tomar el té un día de estos.

—Vaya, lo felicito, un buen comienzo en Osborne. Ahora tenga cuidado con que *esos* no se lo coman vivo —lo alertó echando una breve mirada a la ventana, tras la cual estaban el resto de los alumnos en su horario de descanso y que se repartían por el jardín principal de la escuela, con canchas de baloncesto, un pequeño campo de futbol, bancos, fuentes, árboles bajo los cuales se agrupaban pandillas para comentar toda su lista de eventos del pasado fin de semana.

—Parecen inofensivos —comentó Aidan irónicamente.

—En sus buenos ratos, muchacho, en sus buenos ratos.

La puerta se abrió inoportunamente sobresaltando a ambos.

—*Merde* —maldijo el sastre en francés perdiendo el control del metro—. Ah, eres tú otra vez.

—Buenos días, Norbert, yo también me alegro de verte —lo saludó un chico con la hombrera de la chaqueta desgarrada.

Norbert lo miró y profirió un sonido de disgusto

—¿Qué le has hecho ahora al uniforme? Siéntate allí y no te muevas.

El chico ignoró sus órdenes y se aproximó a Aidan ofreciéndole la mano:

—Al fin veo una cara nueva por aquí. Soy Mathias, pero por casualidades remotas de la vida me llaman Matt.

Aidan le estrechó la mano. Más le convenía hacer amistades para asegurarse cierto estatus dentro de Osborne, lo suficiente para llamar la atención de *ella*.

—Aidan Grivaldi.

—¿Grivaldi?

—Sí, es italiano.

«Ahora es cuando corres la voz», pensó Aidan.

—Curioso, me gusta. Grivaldi.

—Deja de distraerlo, Sunders, siéntate donde te he dicho, cuando termine con él me pondré con tu estropicio.

—No es culpa mía que me lo remendases demasiado flojo, si no, no se me habría abierto de nuevo.

—Oh, así que es culpa mía que juegues como un animal con tus amigos.

—Si nos dejaseis llevar ropa normal igual no se estropearía con tanta frecuencia —contraatacó

Matt apoyándose en la pared con los brazos cruzados y la rodilla flexionada.

—Yo no dicto el reglamento de Osborne, Sunders.

—¿Y tú qué opinas, Grivaldi? —soltó Matt—. ¿Te gusta el nuevo uniforme que llevarás el resto de tu adolescencia?

—Por supuesto, es reconfortante saber que todo el mundo lleva lo mismo que tú, hace resaltar tu originalidad.

Matt se carcajeó y después miró por la ventana.

—Oh, vaya, están hablando con las chicas sin mí —se lamentó torciendo el gesto.

Aidan se asomó también para saber en qué círculo social se movía Matt. Localizó enseguida a un grupo de chicos bastante llamativos entre los demás y que estaban molestando a una chica en particular, rodeada de su séquito de amigas.

—¿Quién es ella? —preguntó Aidan.

—Charlotte Fanning, prácticamente hace enloquecer a todo Osborne.

Mientras Robert tomaba las medidas de su cintura, alguien captó la atención de Aidan. Ella estaba allí de nuevo, sentada en un banco conversando con otras chicas y riendo de vez en cuando.

—¿Y ella?

—¿Quién?

—La pelirroja.

—Ah, parece que ya te has fijado en Virginia Ainsworth. Olvídate, hermano, es una imposible. Por eso todo el mundo recurre a Charlotte, es más cercana, aunque no es mi tipo.

—¿Y Virginia lo sería? —quiso saber Aidan.

—Virginia es el tipo de cualquier ser viviente sobre la tierra.

—Me gustaría conocerla.

—Suerte entonces, valiente.

Aidan sonrió, no necesitaba suerte, solo un poco de su manante encanto. Había tratado con todo tipo de imposibles a lo largo de su existencia y algo le decía que Virginia era un seis. Muy fría y distante a primeras, pero franqueable en cuestión de días. ¿Cómo podía parecer todo tan sencillo? ¿Acaso se trataba de algún tipo de consideración de los de arriba? Como una especie de compensación por sus largas décadas de trabajo.

—Ya está —dictó Norbert—, te enviaremos el uniforme en los próximos tres días hábiles y para entonces podrás incorporarte a la escuela.

—Gracias —dijo Aidan desquitándose de la chaqueta y deseando empezar para terminar cuanto antes.

Jugar al billar, al póker y a las damas, a eso se había dedicado durante sus días de espera. Nunca el tiempo le había parecido tan denso, tan lento. Marxias, en cambio, gozaba de una compañía que no eran sus adorados libros y manuscritos.

Aidan se metía con él en todos los juegos llamándole «manos cortas». Pero en eso se basaba su amistad, en una confianza cercana. Aidan se había ganado a Marxias desde el primer momento y es que él era el único de los seres supraterrenales que no lo había considerado, lo que le llamaban en los tres mundos, un «desterrado». No le importaba su pasado, ni sus errores, solo buscaba su cálida compañía. Un mentor que le explicase cómo funcionaba todo aquello que se escondía a la humanidad. Y Marxias adoraba ser escuchado, que le preguntasen y él supiese responder con toda claridad de detalles, anotaciones y comentarios. De esta forma, se

complementaban el uno al otro.

Marxias reconocía sentir algo de envidia hacia Aidan, iba a terminar con su maldición mientras que la suya no parecía tener ninguna redención, no a corto plazo. Aunque en el fondo se alegraba por él, siempre le pareció un buen muchacho que había pagado por la libertad de su alma morando a lo largo del mundo, de siglo a siglo, de corazón en corazón.

—¿La has encontrado ya? —le preguntó desconcentrando a Aidan, quien calculaba piadosamente sus cartas y movimientos.

—Así es —confirmó en un tono neutro.

—¿Y cómo es?

—Aún no he tenido la oportunidad de hablar con ella, pero es una verdadera belleza, de eso no me cabe duda.

—Prometedora, diría yo, pero ¿difícil?

—No lo creo, querido amigo, no lo creo —respondió dejando escapar una sonrisa oculta por su abanico de cartas.

El lunes por la mañana recibieron un paquete en la verja de entrada de Avonshire. Dentro se encontraban las piezas que conformaban el uniforme de Osborne. Incluía además el equipamiento de esgrima, que Aidan estaba seguro de no acabar utilizando. Su estancia por aquella escuela sería bien corta.

Al día siguiente se dispuso a vestirse con pantalones color caqui y una chaqueta azul marino con el logo de Osborne en la derecha, sobre el corazón: un ciervo de frondosa cornamenta rodeado por un marco y atravesado por una fina tira que fingía en los extremos ser una cinta roja con el nombre de la institución.

Aidan tuvo que calzarse con aquellos ridículos zapatos, por lo que decidió no mirar hacia el suelo hasta que volviese a quitárselos. Tomó también su sencilla mochila verde militar donde metió un par de hojas y una pluma que le había robado a Marxias, si era su primer día más le valía al menos fingir que tomaba algunos apuntes.

Se peinó por encima para no estropear el aspecto desenfadado de su melena rubia, que le llegaba a la altura de las orejas y se distribuía en registros de hondas sobre su cabeza, como las plumas de un ave. Cuidó de lavarse y de rociarse con una fragancia demasiado suave para ser masculina pero extremadamente eficiente, que solía encandilar a cualquiera que pasase junto a él. La había conseguido en el Mercado de Todo y Nada hacía ya décadas, ¿o quizás siglos? Parecía no agotarse nunca, pues con apenas una gota el olor duraba días o semanas.

Aidan pensó en pasarse por la cocina para picar algo, cuando descubrió que Marxias le había preparado todo un banquete en la mesa del comedor.

—Voy a llegar tarde, parece como si quisieras retenerme —dijo hurgando aquí y allá en los distintos platos.

—Debes acopiar fuerzas, relacionarse con humanos es agotador. Son tan sumamente ignorantes y terrenales.

—Algún día, cuando salgas de esta ratonera, te enamoraras de una humana y nos reiremos —añadió cargándose los bolsillos de pastelitos.

—Me gustaría saber qué clase de mujer se enamoraría de un niño, Aidan.

—No creo que seas uno por mucho más tiempo, no si logro convencer a los de arriba.

Marxias le sonrió apenado, no creía ni por asomo que fueran a hacerle caso a su amigo, por mucho que hablase maravillas sobre él.

—Dejemos esta deprimente conversación, tienes que irte, no puedes llegar tarde tu primer día.

—He tenido tantos… que ya estoy acostumbrado. Seguramente en esta escuela querrán saber quiénes son mis padres y cuánto cobran al año.

—O tal vez se pregunten por qué tienes los bolsillos abarrotados de pastelitos.

Aidan lanzó una carcajada. Marxias lo acompaño hasta la puerta mientras le tendía el abrigo y una manzana verde.

—Debes aparentar que eres un chico sano, aunque en el fondo no lo seas.

Cogió la manzana y la lanzó en el aire para después caer en el hueco de su palma.

—Eres mejor que una madre, Marxias.

Después le alborotó el oscuro cabello ondulado, despeinando su perfecta raya a un lado y echó a andar.

—¡Sabes que odio que me despeinen! Vete ya, demonio del inframundo.

—Sabes que te aprecio, amigo —le gritó mientras se perdía entre los árboles.

Aidan guardó su brillante manzana en la mochila y se dispuso a devorar aquellos manjares caseros que había robado del desayuno. Se encontró además con una galleta con mermelada de fresa en el centro, Marxias debía habérsela metido a escondidas en el abrigo. Eran sus favoritas, ¡y qué buena estaba! Se preguntó si echaría de menos la comida cuando ya no estuviese en el plano terrenal. Lo cierto era que ni la comida podría hacer que quisiese quedarse por más tiempo, ya había vivido y comido lo suficiente. Estaba exhausto, viejo interiormente y anhelante de algo más.

Caminó entre chopos y robles hasta llegar a su ya conocido sendero que bordeaba el lago y que le conducía directamente hacia Osborne. Había estado lloviendo aquella noche y tras escabullirse de vez en cuando el sol entre las nubes hacía que todo brillara deliciosamente.

Un impío viento se levantó por el este y Aidan lamentó que su querido Marxias no hubiese atendido a ese detalle ofreciéndole una bufanda. ¿Qué podía esperar de un exiliado agorafóbico?

Se terminó de abrochar el abrigo, mientras masticaba un pastelillo de chocolate. De pronto, un tintineo llamó su atención e hizo que levantase la mirada.

Una chica en bicicleta se incorporaba al camino por uno de los senderos de la izquierda, de su manillar parecían colgar unas campanitas que repiqueteaban a medida que circulaba sobre la superficie desnivelada. Aidan solo pudo verla de espaldas, pero enseguida se percató de que llevaba el uniforme de Osborne. Le pareció curioso el que fuese en bicicleta a la escuela, cuando la mayoría de los demás alumnos harían gala de sus coches lujosos. Le vino la idea de buscarse una bicicleta, pero la descartó tan rápido como la había sopesado al caer en la cuenta de que su estancia allí era sumamente pasajera.

Llegó en pocos minutos a la escuela, situada en la ladera de la montaña. En vez de sentirse intimidado por toda la cantidad de alumnos que entraban y llegaban a Osborne, Aidan hizo lo que tan bien se le daba hacer: llamar la atención, pero de una forma sutil, elegante, sin sobrepasar los límites de su atrayente aura celestial.

Mientras caminaba por los pasillos buscando su aula, se dedicó a repasar con la mirada por si veía a Virginia, no sería tan difícil advertir aquella melena pelirroja. Llegó a su clase, decepcionado por no haberla visto todavía y entró haciendo caso omiso a las miradas curiosas de sus nuevos compañeros.

—Supongo que usted es el señor Grivaldi —dijo ásperamente la voz del profesor—. Soy el señor Dugerton, seré su profesor de Historia, tome asiento en el último pupitre de la tercera fila. Ah, y tenga, aquí tiene las fotocopias que he ido repartiendo estos últimos dos meses, debe ponerse al día cuanto antes, no es que tenga mucha fe en su precipitada incorporación. En qué

estarían pensando los administradores —dijo esto último en un murmullo.

—Gracias —respondió Aidan tomando un buen taco de fotocopias, con ejes cronológicos incluidos.

Se dio la vuelta topándose con todas las miradas de la clase puestas en él. Aquellos muchachos llevaban mucho tiempo sin ver una cara nueva. Les dedicó una de sus más magníficas sonrisas desenfadadas y caminó a lo largo de la clase hasta llegar a su asiento.

No faltó mucho para que sintiese su presencia, más cercana que nunca. En cuanto se retiró una chica que pasaba por la puerta, advirtió en la abrumadora luz carmesí que desprendía Virginia Ainsworth. Ella también le había visto, pues se quedó prácticamente inmóvil sobre el marco de la puerta, sin prestar atención a lo que le relataba su amiga. Aidan retiró entonces su mirada para simular su fingido desinterés hacia ella, lo que le proporcionaría más inclinación hacia su persona.

Por el rabillo del ojo observó cómo el asiento de Virginia estaba contra la pared, tres pupitres más adelante y dos filas a su derecha. Nada más sentarse, ella se volvió para mirarle y él tuvo que disimular que repasaba entretenido sus fotocopias.

Aidan apenas podía creer lo fácil que había sido captar su atención. Si todo continuaba como la seda a finales de semana habría concluido su cometido.

—Bien, hoy toca dar la Guerra de los Treinta Años, página ciento cincuenta —anunció el señor Dugerton—. Como iba contando ayer…

La puerta se abrió precipitadamente y asomó Matt, el único amigo que había hecho hasta el momento en Osborne.

—Señor Sunders, no volveré a dejarle pasar la próxima vez que se digne a interrumpir mi clase, ¿le ha quedado claro?

—Sí, señor Dugerton.

Este se aclaró la garganta, realmente ofendido, como esperando algo más.

—Gracias, señor Dugerton.

Matt anduvo hacia su sitio mientras saludaba a un par de amigos por el camino.

—Como iba diciendo…

—Perdone, señor Dugerton —le interrumpió una voz femenina.

—¿Sí, señorita Lavender? —dijo el profesor rechinando los dientes de impotencia.

—¿No debería presentar al alumno nuevo?

La clase enseguida se plagó de murmullos y afirmaciones.

—Bien, haga los honores, señor Grivaldi, para que podamos seguir la clase.

Aidan no supo cómo responder ante aquello, así que se limitó a ponerse en pie y a decir con la voz cargada de confianza:

—Mi nombre es Aidan Grivaldi, acabo de mudarme a Deerwoods, a la casa de mi tío.

—¿Eres extranjero? —le preguntó embelesada una chica morena con dos trenzas.

—¿En qué parte de Deerwoods vive tu tío?

El señor Dugerton pegó un golpe a la pizarra para reclamar la atención de la clase.

—Dejemos el interrogatorio para después de la clase. Ya puede sentarse, señor Grivaldi.

Aidan asintió retomando su asiento. Enseguida captó la mirada de Matt sobre la suya, quien además le hizo un gesto a modo de saludo.

—¿Lo conoces? —quiso saber la chica que se sentaba al lado de Matt.

—Por supuesto, yo conozco a todo el mundo —se enorgulleció este.

Aidan se pasó la mayor parte del resto de la clase observando con disimulo los movimientos

de Virginia; cuando se le caía algo, cuando resoplaba de aburrimiento o cuando cerraba los ojos apenas un segundo evadiéndose. Cualquier mínimo detalle era esencial para conocerla mejor. Y algo en lo que advirtió fue en que Virginia era una persona realmente distraída, que no alcanzaba a tomar los apuntes, pues muchas veces se perdía. Aun así, su belleza le permitía la aceptación de toda la clase, que parecía encantado de servirla, de responderle cualquier duda o frase que tuviese sin acabar.

Finalmente sonó el timbre y todos procedieron a recoger sus cosas. Aidan guardó su taco de fotocopias en la mochila y sacó la manzana de Marxias. Antes de que Virginia se marchase, se acercó hasta su pasillo y dejó caer el fruto, haciéndolo rodar en perfecta diagonal con el pupitre de ella, hasta dar contra la pata de su mesa. Ambos se agacharon para recogerlo, siendo Virginia más rápida. Al levantar las cabezas sus ojos coincidieron de manera intensa, provocando más de un hormigueo dentro de ella. Aidan le quitó cuidadosamente la manzana de las manos, sin dejar de sostenerle la mirada.

—Gracias.

Después la frotó contra su chaqueta en un acto de limpiarla. Le dedicó una sonrisa ladeada y se dio la vuelta para salir de la clase.

—Grivaldi —lo llamó a la salida una voz conocida.

—Ah, hola, Matt, ¿qué hay?

Se chocaron los nudillos.

—Así que al final te has metido en la bella cárcel de Osborne. —Le pegó un codazo—. Y ya te has ganado a toda la clase, y a… —Echó un vistazo a su espalda para percatarse de que ella no los seguía— Virginia Ainsworth.

—Bueno, no nos precipitemos. ¿Sabes que toca ahora? He supuesto que nada que se dé en clase.

—Bingo. Ahora hay laboratorio, creo que vamos a hacer prácticas en el invernadero, prepárate para recibir bolas de tierra mojada.

—Necesito estrenar el uniforme nuevo, ¿no crees?

Se rieron.

Un grupo de chicos aparecieron de la nada rodeándoles, eran los mismos que había visto Aidan desde la ventana mientras Norbert le tomaba las medidas el otro día.

—¿Quién es el chico nuevo, Mathias? —preguntó uno que tenía toda la pinta de niño de papá.

—Este es Grivaldi, tenemos que ayudarle a estrenar su precioso uniforme nuevo.

—Sí está demasiado limpio para mi gusto —se mofó uno bajito y delgaducho, con el pelo rubio pelirrojo—. Yo soy Fred.

—Yo Peter —se presentó el niño de papá.

—Hans —dijo uno moreno que caminaba por delante de ellos hacia atrás, jugando a no estamparse con nada.

—La profesora Zimmer, de Biología, es aburridísima, pero no se entera de nada, así que puedes hacer cualquier otra cosa, de veras que no se entera —le informó Matt.

—Un día tenemos que plantar marihuana junto a su preciada hierbabuena, sería épico —bromeó Hans ganándose las risas de los demás—. He oído que de vez en cuando coge un poco para hacerse un té.

—Ya de paso podríamos cultivarla en el invernado —propuso Fred.

—¿Y qué tal en el jardín de tu madre, Fred, junto a sus magnolias?

—Deja a mi madre en paz, Peter.

—¿Qué? Es que esta buenísima.

—Cierra esa boca —lo amenazó.

—Es cierto tío, está buenísima —coincidió Hans.

Fred le pegó un puñetazo en el hombro y este se lo devolvió más fuerte. En cuestión de segundos estuvieron enzarzándose en una pelea de amigos de camino al invernadero.

—No te asustes, son siempre así, al final te acostumbras —le dijo Matt.

—Oye, Grivaldi, ¿qué haces después de clase? —le preguntó Hans mientras le retorcía el cuello a Fred, poniéndose este rojo como un tomate.

—Nada en especial, ¿por qué?

—Vamos a coger las motos del padre de Peter, las colecciona desde hace años y les tiene muchísimo cariño.

—Así es —confirmó Peter—. Incluso les ha puesto nombre.

—Daremos una vuelta por los alrededores y tal vez nos acerquemos a la ciudad, ¿te apuntas?

No es que a Aidan le hiciese especial ilusión, cuando podía estar pasando la tarde con Marxias jugando a las damas. Pero necesitaba sociabilizar, crearse cierto estatus social dentro de Osborne, así que acabó accediendo.

A partir de entonces empezó a relacionarse con el grupo de Matt y no tardó mucho en descubrir que era uno de los más populares en toda la escuela. Su presencia era anotada en cada lugar y estancia por la que pasaban. Las miradas femeninas estaban puestas en ellos más que nunca, pues ahora Aidan formaba parte de ellos.

Aprovechó aquella baza para ir acercándose a Virginia. Con suerte logró sentarse detrás de ella en Matemáticas, de forma que se encargaba de situarla cuando se perdía en medio de clase. Virginia siempre actuaba tan abrumada por su presencia que apenas podía articular un «gracias».

Llegó el viernes y no había podido tener ni un momento a solas con ella en toda la semana. Siempre que se acercaba, acababan viniendo los demás que querían aproximarse a Virginia tanto como él, de forma que se sentía atosigada y huía junto a sus amigas. Tal vez en ese sentido no había sido buena idea juntarse con el grupo de Matt. Aunque sí se había comenzado a fraguar su reputación dentro de Osborne como uno de los chicos más solicitados de la escuela.

Estaba en clase de Historia esperando a que ella apareciese, pues podía sentir su presencia, cuando unas voces llamaron su atención:

—Necesito los apuntes para el examen del lunes, no me los mandaste ayer —decía la misma chica que había insistido el primer día al profesor para que presentase a Aidan.

—Yo… es que no los encuentro.

—Ya, claro, queso brie, por eso llevas el examen al pie de la letra, sin apuntes con los que estudiar. ¿Te atreves a mentirme? —su voz era cortante y con un ligero rastro de amenaza que encogió a la chica.

—Historia se me da bien, no me hacen falta los apuntes para estudiar.

—Se te dan bien todas las asignaturas. Bueno, es normal, lo único que haces es estudiar. —Puso los ojos en blanco—. Mándame los apuntes al correo antes del domingo, para que pueda estudiármelos. ¿Vale?

La chica asintió colocándose las gafas.

—Gracias, queso brie. —Rio derramando su estuche por su mesa y provocando que sus bolígrafos se precipitasen al suelo.

Aidan, que estaba detrás, a tan solo una fila más a la izquierda, recibió un portaminas y un bolígrafo a sus pies. Se encargó de recogerlos, al mismo tiempo que la chica agrupaba los demás

esparcidos a su alrededor.

—Ten —le dijo acercándose a su mesa y tendiéndoselos.

Aidan se percató en esa escuálida chiquilla de pelo oscuro lacio, ojos marrones ocultados por unas gafas redondas y un reguero de sutiles pecas que le cubrían la nariz y un poco de las mejillas. Estaba claro que encajaba en cualquier otra parte que no fuese el acaudalado ambiente de Osborne.

—Gra… gracias —respondió sin atreverse a mirarle.

—¿Te llamas…?

—Brie.

Ahora entendía aquel mote despectivo que había oído de la boca de aquella estúpida chica.

—No le des los apuntes, Brie —fue lo único que dijo.

¿A qué había venido eso? Se preguntó Aidan volviendo a su asiento. ¿Por qué habría hablado con ella? Tal vez habría sentido lástima, sobre todo por ver a esa clase de gente aprovecharse de los demás. Tampoco podía entrometerse, ese no era su trabajo, no podía intervenir en el destino de los demás mortales más que en el de Virginia, como se le había dictado. Aun así, sintió un mal sabor de boca, no le gustaba Osborne, de puertas para afuera parecía un paraíso estudiantil, pero aquel acontecimiento le acababa de demostrar que la gente rica era frívola y malvada, incluso egoísta. Algo que había visto continuamente a lo largo de los siglos y que creía extinto en el siglo XXI, pero se equivocaba, bien que se equivocaba.

Episodio II

Girondino descorrió fuertemente las cortinas del salón aturdiendo a su señor. Este se quejó y levantó la mano para atrapar un cojín del diván y taparse con él la cabeza.

—Lamento despertarlo, señor, pero su padre viene de camino y, según me han dicho, carece de buen humor esta mañana.

—No lo dejes entrar —ordenó contra el cojín, amortiguando sus palabras.

—Sabe usted que no puedo, obedezco a su familia.

—Me obedeces a mí, Giro.

—Debe vestirse y arreglarse, llegará en cualquier momento.

Nastagio soltó otro quejido y finalmente se incorporó apoyándose en la mesilla de alabastro del salón donde la noche pasada había jugado unas cuantas partidas de cartas con algunos amigos. Sin pretenderlo, tiró una botella vacía de vino que rebotó contra la alfombra y se detuvo contra uno de los armarios revestido de taracea.

—Maldito viejo. No puede dejarme en paz. ¿Acaso no trabajo para él y le llevo gran parte de las cuentas, Giro? ¿Eh?

—Sí, señor.

—Lo hago.

—Lo hace —corroboró Girondino tendiéndole su brazo para que su señor pudiese mantenerse erguido.

—Incluso me presento a ridículas entrevistas de casamiento. Y aun así sigue exigiéndome día tras día, buscando una perfección que desde luego no poseo.

—Solo quiere lo mejor para vos.

—Ja —se mofó Nastagio pasándole un brazo por el hombro—. Es la mayor de las estupideces que has dicho. ¿Dónde está mi fiel Piero?

—Está desayunando.

—Ese glotón. Llama a las criadas para que me den un baño y tráeme algún remedio para este espantoso dolor de cabeza.

Soltó el amarre de Girondino y se desplomó contra el diván de terciopelo. Se cubrió los ojos con los dedos para evitar el fuerte reflejo de la luz natural.

—¡Ah, Giro!

—¿Sí, señor? —dijo este justo cuando se disponía a abandonar la estancia.

—Tráeme al vago de Piero, quiero que me ponga al día sobre todo lo que se cuece en esta ridícula ciudad.

No tardaron en llegar las criadas que llenaron la tina de agua, lo desvistieron y comenzaron a bañarlo librándole del fuerte olor a alcohol que le impregnaba el pecho y el cabello. Poco después, Piero se presentó en la estancia, todavía con migajas de pan sobre el jubón y restos de

yema de huevo y queso sobre sus comisuras, que acompañaban sus redondos mofletes.

—Buenas tardes, mi señor —le saludó pues ya era más de mediodía, aunque para Nastagio fuese por la mañana.

—Acércate, bola rolliza —lo llamó a su encuentro—. Algún día vas a vaciar mi despensa de verdad.

Nastagio y Piero se había conocido hacía siete años en el mercado de Florencia. Piero por entonces tenía diez años y conservaba su aspecto adiposo gracias a que se dedicaba a recaudar aquí y allá algo de dinero con los más ingeniosos trucos. Dinero que luego utilizaba para financiarse los más ricos manjares, pues vivía bajo la tutela de un austero pastor en una ermita a las afuera de la ciudad que solo le daba sopas de apio y mendrugos duros.

Una mañana dio por casualidad con el joven Nastagio que se paseaba por la ciudad siendo observado por las damas florentinas. Lo acompañaba, como no, su fiel Girondino, del que no se había separado desde que su padre lo puso bajo su protección al cumplir seis años.

Aquel día Piero salió a su encuentro y le propuso un trato.

—Señor, he aquí un reto. Si me dais cinco florines iré hasta la dama más bonita de la plaza y la enamoraré para vos.

Nastagio rompió a reír. No había conocido nunca a nadie con tanta confianza en sí mismo que fuese capaz de hablarle, ¡a él!, y proponerle tal descabellada idea. Su voz estaba tan cargada de convicción que estuvo seguro de que aquel niño haría lo imposible, si así ganaba tal suma.

—No necesito tu ayuda, pequeño bribón, pero por simple curiosidad te daré la mitad del dinero si traes hasta mi encuentro a Graziella de Razi.

—Le he pedido cinco florines, señor —insistió el muchacho—. Le ruego que acepte mis términos.

—Te daré la mitad y… te invitó a cenar.

Los pequeños ojos de Piero se iluminaron al instante. Ningún hombre rico lo había invitado hasta entonces a su mesa. Por un segundo se imaginó cómo sería disfrutar de una cena adinerada, de esas en las que solo podía participar desde la calle, cerrando los ojos y aspirando por la nariz los más suaves y privilegiados aromas.

—Acepto de buena gana, señor.

Nastagio sonrió complaciente, como solía hacer siempre que se salía con la suya.

—Pero debes traerme a Graziella.

—No dude de mí, señor. Es aquella, ¿cierto? La que lleva los ropajes verdes.

Nastagio clavó su mirada en ella, que estaba rodeada por sus damas y sirvientas y rehusaba a cualquiera que se acercase a hablar con su persona.

—Así es.

—La traeré para vos, señor, pero antes he de pedirle un favor.

—¿Qué más quieres, muchacho? ¿Acaso una cena no es suficiente para ti?

—No, no, me conformo con una cena y los florines. Solo os pido que deis la vuelta al edificio, no podré concentrarme si vos me estáis mirando.

—¡Para que escapes con mi dinero! —le espetó—. ¿Tratáis de engañarme?

Agarró a Piero del ropaje raído y, si no fuera por su peso de más, lo habría levantado hasta que alcanzase la altura de su nariz.

—No, señor, podéis pagarme cuando termine mi trabajo, si así confiáis más en mi palabra. Solo dad la vuelta y en ese corto tiempo en el que andáis yo le habré traído a la dama.

—Está bien. —Lo señaló con un dedo acusador—. Por tu bien que no me estés engañando,

muchacho. Giro se quedará a observarte, yo me marcho.

Nastagio comenzó a andar y Piero, sin tiempo que perder, cruzó la plaza hasta alcanzar a Graziella.

—*Madonna* de Rizi —la llamó alarmado—. Me envía su santo padre, debe volver a casa urgentemente. Vengan, les espera un carruaje.

—¿Quién sois vos, niño? No os conozco.

—Soy el nuevo mozo de las cuadras, mi señora. Vengan, no hay tiempo que perder, es urgente.

Las palabras de Piero parecían cargadas de miedo y verisimilitud. Graziella, acompañada de sus damas, no dudó en seguirlo hasta alcanzar una de las calles. Piero rezó porque Nastagio apareciese en el momento oportuno, y así fue.

En el cruce de la esquina dio contra Graziella de Rizi, que se desplomó en sus brazos y en los de sus acompañantes.

Nastagio lo invitó a cenar aquella noche y así las noches que vinieron los siguientes siete años que pasaron juntos. Desde entonces se volvió su más fiel sirviente, al que encomendarle espiar a cada dama que se le antojase a su señor. Piero se convirtió en un gran saco de información sobre ellas, pero también sobre las noticias más caldosas de la ciudad.

Una de las damas que no habían faltado en su investigación había sido Giovanna de Rimini. El día que se enteró que sus padres planeaban desposarlo con ella para limpiar su imagen de libertino, no dudó en llamar a Piero para saber ante quien se enfrentaba.

—A penas sale de su casa, señor —le había relatado Piero—. Cuando acude a misa lo hace toda encapuchada, como si temiera ser vista. Pero he alcanzado a verla, al menos una vez.

—¿Es hermosa?

—No, señor, lamento decírselo. Después de todas las damas a las que me habéis pedido vigilar, esta se encuentra muy por debajo de ellas. Es recatada y modesta, pero sus facciones carecen de demasiada gracia y belleza. Son simples, aunque no grotescas. Y sus pechos, casi no tiene, es muy delgada. Como una mujer atrapada en un cuerpo de niña.

—¿Algo más que deba saber?

—Tiene una hermana menor, esa sí que es ciertamente bonita.

—¿Y está comprometida?

—No, señor, tenga en cuenta que como hermana menor debe esperar al casamiento de su hermana mayor antes de anunciar el suyo propio.

—Sí, tienes razón, Piero. ¿Y las rentas de la familia?

—El señor de los Rimini posee uno de los mayores negocios textiles de la ciudad. Le vende a Nápoles y a Venecia. Dicen que planea expandirse hasta llegar a Cádiz y Sicilia.

—Una verdadera lástima que con tanto dinero no pueda comprarse algo de belleza —se burló Nastagio haciendo reír a su leal siervo.

Tras la entrevista de matrimonio, Nastagio había comprobado con sus propios ojos la apariencia de Giovanna. No era hermosa, desde luego, pero tampoco parecía estúpida. Y buscaba una mujer bella y tonta a la que poder manipular a sus anchas. Él, Nastagio de los Grivaldi, no podía unir su sangre a la de ella, por muchos bienes que poseyera.

Tras varias discusiones con sus padres había logrado cancelar el compromiso con la condición de que antes de cumplir veintiséis años debería haberse casado y engendrado un hijo varón. Él elegiría a la dama siempre y cuando tuviese una situación social y económica beneficiosa para la familia. Lo único que Nastagio ganaba era más tiempo y, sobre todo, un retazo más de libertad

para seguir con su vida de lozanía, vicios y excentricidades.

—¿Algún mensaje o noticia para mí, Pierochino? —preguntó Nastagio desde la bañera engullendo un racimo de uvas.

—Noticia ninguna, aparte de que vuestro padre planea haceros una visita poco cortés dentro de muy poco, señor.

Piero recorrió la habitación y se arrodilló junto a la bañera.

—Pero sí me ha llegado a mí cierto correo entregado en la casa de vuestra familia, a vuestro nombre.

—Déjame verlo.

Piero le tendió una carta y Nastagio se la quitó de las manos. Era un sobre poco particular: el papel tenía un tono rosado y olía a claveles. ¿Hacía cuánto que no enviaban cartas a su antigua casa en su nombre?

—¿Lo habéis leído?

—No, señor.

—Bien hecho. —Le palmeó el moflete y le limpió las migajas de jubón que cayeron al agua tibia—. Ahora haced lo imposible porque mi amado y pacífico padre no traspase esas puertas.

—Como ordenéis.

Nastagio hundió el resto de su cuerpo en la tina y, mientras explotaba una uva en su paladar, abrió aquel extraño correo. ¿Sería de alguna admiradora? ¿Otra más?

Iba a disponerse a leerlo cuando irrumpió súbitamente un hombre enfurecido, haciendo que las doncellas salieran corriendo. A su espalda estaba Piero, que le pedía disculpas a su amo, y a su lado descansaba Giro con la mínima preocupación pintada en su rostro. Enrico Grivaldi cerró la puerta de un portazo, tomó una botella de vino semivacía de la mesa y, aproximándose a la tina, se la tiró por encima a su hijo.

—¿Era necesario? Estaba casi limpio, padre. Ahora tendré que volver a bañarme.

—Has puesto en riesgo el honor de una dama respetable, rufián pestilente, rata engendra, perro pulgoso.

Enrico Grivaldi recorrió la habitación de un lado a otro golpeando con sus botas a las sillas y otros muebles.

—Por estas situaciones precisamente era necesario que te casases y sentases esa egoísta cabeza tuya.

Nastagio puso los ojos en blanco.

—Siempre es culpa mía. ¿Acaso la dama no es libre de elegir con quien ir y venir, padre?

—No si cae en tus manipuladoras manos. No puedes hacer lo que te plazca con los seres humanos, menos aún con las damas. ¿Acaso no te he enseñado nada? Demonios, me avergüenzo de que seas hijo mío.

Nastagio hundió todo su cuerpo en la bañera para dejar de oírle. Enrico metió la mano en el agua y, tirándole de su suave cabellera rubia, lo sacó en un grito ahogado.

—Ególatra presuntuoso, te estoy hablando a ti, sí, escúchame. Continúa siguiendo tus deseos y solo los tuyos y acabaras viejo y eternamente solo, se te desterrará de Florencia y se te impedirá la entrada en las demás ciudades respetables. Te libraré del yugo de mi herencia y del apellido de nuestra noble familia y te pudrirás en algún lugar del bosque donde nadie te impedirá pensar en ti y solo en ti.

Diciendo esto volvió a hundirle su cabeza en la bañera y se marchó encolerizado.

Nastagio, quien no se dejaba intimidar por las crueles palabras de su padre, alzó la nariz sobre

el nivel del agua e inspiró sobre su cabello mojado aún rozándole los ojos. ¡Qué tranquilidad ahora que se había ido! Se olvidó enseguida de los recientes acontecimientos y comenzó a pensar a qué fiesta acudiría por la noche.

Al levantar la mano derecha descubrió que aún seguía agarrando la misteriosa carta y que esta se había empapado por completo. La abrió sin demasiada emoción y, a pesar de la tinta diluida, pudo entender el contenido de la epístola.

¿Quién demonios era aquella dama sin escrúpulos que osaba insultarlo abiertamente en una carta? ¡Y más aún a darle consejos!

Vulcana. «¿Quién sois?».

A lo largo del tiempo había molestado a muchas damas y roto muchos corazones, pero ninguna se había atrevido a contestarle, a ultrajarlo mediante palabras. Le dolía incluso el triple que le podía haber dolido la conversación con su padre. Ofendido, se levantó de la bañera y ni se molestó en vestirse. Fue hasta su escritorio y contestó aquella carta de inmediato, diluyendo también aquella tinta con el agua de sus cabellos.

Capítulo 3

Virginia Ainsworth vivía en una gran casa blanca con tejas rojizas, cubierta de madreselva y rosales trepadores que solo florecían en primavera. Junto a su ventana se levantaba, sobre la portentosa rama de un roble, una casita idéntica, a través de la cual se accedía por un puente que la intercomunicaba con su cuarto. De pequeña solía encerrarse entre sus pequeñas paredes, a jugar con sus muñecas y peluches mientras devoraba sus galletas preferidas. Ahora, no era más que un lugar donde poder meditar y pensar en la soledad. Pero sobre todo para soñar, soñar con alguien que se la llevase lejos de los sobreprotectores brazos de su padre.

Charles Ainsworth era un empresario dedicado al negocio inmobiliario que se había casado con la modelo de revistas de origen sueco, Iulia Lindström. La había amado fervientemente, había procurado darle todo cuanto ella pidiese; una casa, un vestidor a rebosar de prendas, incluso una hija a la que también mimar. Tras nacer Virginia pasaron los cinco años más felices de sus vidas, en los que viajaron, derrocharon y celebraron por todo cuanto poseían. Pocos días después de que la niña cumpliese cinco años, su madre fue secuestrada a la salida de la peluquería por dos hombres que la metieron en una furgoneta. Los secuestradores no tardaron en ponerse en contacto, exigiendo una gran suma de dinero que a Charles no le importaba pagar siempre y cuando le devolviesen a su mujer sana e intacta.

Pasaron entonces unos meses desesperantes, negociando, buscando con la ayuda de la Policía. Aunque enseguida advirtieron que aquellos secuestradores se habían encaprichado de Iulia y que el rescate ya no les parecía tan suculento. La Policía puso todos sus esfuerzos en dar con ellos y, gracias a uno de sus errores no calculados, lograron encontrar su guarida en una cabaña del bosque. Descubrieron entonces que Iulia hacía muchos meses que había muerto, pues su cadáver apareció en los alrededores, enterrado detrás de un granero. Había sufrido todo tipo de torturas inimaginables que habían terminado con su vida.

Charles contrató a los mejores abogados para que a los asesinos se les impusiese una de las peores condenas. Se refugió en el trabajo y en su hija, que era lo único le quedaba. En cuanto a Virginia, la crio entre suaves y perfumados algodones. Le prohibió realizar cualquier tipo de deporte demasiado arriesgado, dejándole las opciones del *ballet* y la natación. Procuró que la revisase un médico todos los meses, que siguiese una dieta totalmente equilibrada y siempre siempre fuese acompañada de Gunter, el chófer corpulento, también de origen sueco, que la llevaba a la escuela y la recogía. Gunter incluso se encargaba de seguirla en secreto a distancia cuando quedaba con sus amigas, aunque Virginia siempre había sabido que la seguía. Cualquiera podía darse cuenta de la presencia de un hombre de grandes dimensiones, rubio y con rostro inexpresivo.

Por más que negociase con su padre los términos de su libertad, estos hacía mucho tiempo que se habían establecido y Charles jamás aflojaba la cuerda que la mantenía atada a él. Solo cuando

cumplió los quince la dejó por primera vez quedarse a dormir en la casa de su mejor amiga Helena.

Y en cuanto a los chicos…, bueno, jamás se le había podido pasar por la cabeza que Virginia querría tener un novio. Por lo que ella había acabado asumiendo que jamás ocurriría, pues ninguno había llamado su atención en Osborne, a todos los chicos ya los conocía de su infancia y, después de verlos jugar con gusanos cubiertos de tierra, no podía verlos de otra forma.

Nunca se había interesado por ningún chico que no fuera el protagonista de alguna de sus películas y series favoritas. Aquellos nunca la decepcionaban y no esperaban de ella el que estuviese a su altura. De forma que se había limitado a encerrar en su cajón el tema del amor. Bueno, eso había sido antes. Antes de que hubiese aparecido Aidan Grivaldi en Osborne.

Nadie podía negar su indudable atractivo, y su olor… Virginia languidecía cada vez que pasaba a su lado. Y le hervía la sangre realmente cuando alguna de sus amigas suspiraba por Aidan o alardeaba de haber intercambiado palabras con él. Pero si había algo que verdaderamente le repateaba era el que se sentase siempre detrás de ella prácticamente en todas las clases, sobre todo en Matemáticas. Cuando lo único que pedía era tenerlo en un ángulo visual donde pudiese observarlo desapercibidamente.

A veces, se preguntaba cómo era posible que le atrajese tanto una persona que apenas conocía. ¿Sería tan perfecto por dentro como lo era por fuera?

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Acaso no te gusta el bolso que te regalé ayer? Si quieres puedo comprarte otra cosa —le preguntó su padre durante la cena, pues Virginia no había probado casi bocado de su plato.

—No, no es eso, papá, me encanta el bolso. Simplemente me siento un poco cansada. Una semana dura, nada más.

Si hubiese podido, le habría pedido a su padre que enamorase a Aidan de ella, como si pudiese comprar su amor con dinero. Algo le decía que incluso ella, siendo una de las chicas más anheladas de Osborne, tenía las mismas oportunidades de conseguir a Aidan como el resto. Y eso la enfurecía.

Sobrellevó como pudo el largo fin de semana, pensando en cómo sería el de Aidan. Seguramente estaría pululando por los alrededores junto a la pandilla de Peter y Matt. ¿Sería cómo ellos? Virginia esperaba que no, odiaba ese tipo de chicos, que creían que todo estaba ganado con una sonrisa bonita y un coche descapotable brillante. Enseguida ellos se cansaron de seguirla en vano y la dieron por imposible, para suerte suya. Por eso perseguían a chicas más accesibles como Charlotte Fanning.

Finalmente, se presentó el tan ansiado lunes. Virginia se vistió aquella mañana con el uniforme recién planchado y el cabello limpio y recogido en una laboriosa trenza. Además, se bañó en su más preciado perfume de Carolina Herrera que dejaba un rastro de su presencia allá a donde iba o estaba.

Gunter la escoltó hasta al lado de la puerta principal de Osborne como siempre acostumbraba a hacer. Ya que no se marchaba hasta que la veía entrar y, cuando lo hizo, Helena la capturó del brazo.

—¡Vi! —la saludó—. ¿Qué has hecho este finde?

—Poca cosa. ¿Y tú? —respondió con la mirada puesta en la entrada, a la espera de que *él* apareciese.

—Mi padre nos ha llevado a mi familia y a mí a comer a Nueva York. Hemos pasado el día en la Gran Manzana, incluso hemos merendado en Central Park. ¿Te lo puedes creer?

—Dios, Helena, eso es genial.

—Papá se había tomado el día libre solo para pasarlo con nosotros —suspiró Helena jugueteando con el llavero de su mochila a juego con el que llevaba Virginia—. ¿A quién esperas? Pareces no querer apartarte de la puerta, tenemos que ir a clase.

—Sí, es que no me apetece. Esperamos un minuto más, ¿vale?

—No estarás…

Pero Virginia no escuchó el resto de la frase, pues su mirada y todo su ser se centraron en aquel muchacho de cabellos áureos que acababa de llegar a la escuela. Sobre sus robustos brazos cargaba con alguien con las rodillas magulladas. Una chica. Brianna Laidhart, con quien había compartido clase desde primer curso. ¿Qué hacía Aidan con ella? Virginia saboreó los celos recorriendo amargamente su corazón. Esa chiquilla, que no era nadie importante, en brazos de Aidan Grivaldi.

Apartó la mirada hacia el suelo justo cuando pasaron por delante de él y, al levantarla tímidamente, vio que Aidan la estaba mirando de una forma compasiva, como queriendo decirle algo que no supo cómo interpretar.

Sonó el timbre de la primera hora.

—Vi, vámonos, venga —dijo tirando de ella Helena.

—No, espera. Ve yendo tú.

Virginia siguió la altiva figura de Aidan por el pasillo sin saber muy bien qué era lo que le impulsaba a hacerlo, pero guardando siempre cierta distancia para que él no descubriese que ella lo espiaba. Enseguida vio cómo Aidan llevaba a Brianna a la enfermería. ¿Qué le habría pasado a esa donnadie? Quizás habría fingido caerse para llamar la atención de Aidan. Virginia se obligó a apartar de su mente aquellos envenados pensamientos. Los celos sacaban lo peor de ella.

Sin saber cómo, acabó llamando a la puerta de la enfermería. Y para cuando cayó en la cuenta de su error, ya era demasiado tarde. Él la recibió con la sorpresa pintada en el rostro.

—Virginia.

—Yo… estaba preocupada por… —empezó a decir mientras se asomaba para echar un vistazo al interior, donde la enfermera Carrie extendía agua oxigenada por sus rodillas— Brianna. ¿Está bien?

—Eh, sí, ha tenido un pequeño accidente, le costaba ponerse en pie, así que la he ayudado a llegar a la escuela.

—Oh, eso es muy generoso por tu parte —respondió sintiéndose la mayor estúpida sobre la faz de la tierra—. Bueno, me voy a clase.

Se dio la vuelta a punto de salir corriendo por el pasillo hasta que:

—Virginia, ¡espera!

—¿Sí?

—Voy contigo.

Cogió su mochila y su abrigo del perchero de la enfermería y salió al pasillo situándose a su lado.

—Vamos a la misma clase, ¿no?

—Sí, toca…

—Literatura —finalizó por ella.

—Sí, Literatura —coincidió sin apenas aire en los pulmones, ¡no podía creer que estuviesen entablando por fin un diálogo de más de dos palabras!

—¿Qué tal tu fin de semana? —le preguntó él mientras subían las escaleras.

—Tranquilo, sin mucho que hacer. ¿Y el tuyo? ¿Has estado con Peter y los demás?

—Sí, un poco. Son agotadores, la verdad. Su ritmo de vida no encaja del todo conmigo.

Virginia se alegró por aquella información: hacía que Aidan ganase muchos más puntos a su favor.

—¿Y qué encaja contigo?

Se detuvieron, ella estaba unos escalones más arriba mirándole fijamente, mientras que él alzaba la cabeza para no perderse el tono brillante de sus ojos.

—La tranquilidad, un buen libro y una manzana… que me acompañe —respondió con una voz hipnótica, por no decir fascinantemente sosegada, que adormeció los sentidos de Virginia.

—A mí tam… también me gusta leer —logró balbucear.

Caminaron en silencio hasta llegar a la puerta de clase.

—Abriré yo —dijo él en un susurro—, tú puedes esconderte tras mi espalda mientras la señorita Janice me riñe por mi impuntualidad.

—Gracias —respondió con una sonrisa Virginia concienciándose de que había caído presa en los brazos del amor, sin imaginar siquiera que pudiese ser de forma literal.

La manzana más jugosa del invernadero de Marxias había ido a parar a su boca como desayuno. Y es que aquella mañana se había despertado algo tarde, habiendo tenido que salir corriendo de Avonshire para poder llegar a tiempo a la primera clase y así continuar lo que apenas había avanzado con Virginia.

Retomó su sendero secreto que conducía al camino del lago. Durante la marcha, admiró la belleza del bosque, de los árboles cubiertos de líquenes de colores, de las hojas secas que hacían crujir sus pasos, de las familias de setas que se desperdigaban cerca de las raíces y rocas musgosas. Aquella parte del mundo era realmente hermosa y Aidan iba a disfrutar todo cuanto pudiera de esas sensaciones humanas.

En cuestión de minutos, atisbó el camino principal entre las ramas de los árboles, al que debía acceder atravesando un tramo del bosque. Siguió disfrutando del paisaje, pero sobre todo de los resplandecientes reflejos del lago que reproducían todo el valle, árboles y relieves de la montaña. Divisó incluso una pareja de patos que nadaban coordinados en la otra orilla, zambullendo de vez en cuando la cabeza.

Entonces, aquel tintineó lo despertó de nuevo. Esta vez estaba detrás de él. A medida que fue torciendo el rostro, sus ojos de jade se posaron en unos marrones cincelados en caoba. Ella no retiró la mirada cuando debía hacerlo así que su bicicleta acabó chocando con uno de los troncos talados y salió volando por los aires hasta golpearse contra un robusto olmo, cayendo sobre un puñado de hojas secas. Soltó un quejido y después solo se escuchó cómo giraba, ralentizándose, el radio de la bicicleta.

Aidan se quedó mirando a cierta distancia, tratando de asimilar lo que acababa de acontecer. A lo largo del tiempo había recibido miradas como la suya en miles de ocasiones, pero jamás habían originado ningún accidente.

Ella se hizo un ovillo para protegerse del dolor y dejó caer su cabello sobre su rostro mientras se palpaba las heridas. Él enseguida pudo escuchar un sonido de lamento. Levantó la mirada hacia él como buscando ayuda. Enseguida la reconoció. Era la chica del otro día a la que solían molestar en clase. Bri… ¿Brie? Tenía los ojos llorosos y las mejillas sonrosadas por el ejercicio físico. Pero sus gafas habían desaparecido, debían de habérsele caído.

Aidan sabía que no debía intervenir, su trabajo atañía a Virginia y solo a ella. Cualquier otro acercamiento hacia otra persona no era bien recibido por sus superiores, bien claro se lo dejaron en el acuerdo que tuvo que firmar con su propia sangre. Si infringía una norma no se le volvería a conceder ninguna otra oportunidad. Pero, aun así, se veía incapaz de seguir andando como si nada, mientras ella parecía no poder incorporarse.

—¿Estás bien?

Se limitó a disentir con un movimiento de cabeza, pues casi no podía hablar del dolor.

—No puedes ir a clase así.

—Te… tenemos examen de Historia, no puedo faltar.

Maldita sea. Tenía razón, y desde luego que alguien tan aplicado no podría perderse un examen con el severo señor Dugerton.

—¿Puedes andar?

Brie se apoyó contra la corteza del olmo y fue reincorporándose lentamente, después extendió el pie derecho y emitió un leve quejido.

—Me duele un poco.

Aidan observó cómo sus rodillas sangraban manchando sus medias azules. Se aproximó hasta quedar a su lado y recogió su mochila de la cesta de la bicicleta, colgándosela al hombro. Se dispuso entonces a agarrarla y ella se alejó algo asustada.

—Solo voy a cargarte en brazos para que podamos llegar a clase a tiempo.

Al final asintió como concediéndole permiso. Él, sin mucha dificultad, la alzó situando una mano sobre sus piernas y otra por el antebrazo. Brie agachó la cabeza avergonzada sin querer mostrar cómo sus mejillas se habían puesto más rojas de lo normal. Jamás ningún chico había osado siquiera tocarla. Y el contacto le sentó tan bien, como si pusiese sus manos al fuego tras haber pasado la peor de las heladas. Aunque, por otro lado, le quemaba tanto la incomodad de la situación que solo quería saltar de sus brazos, como si no se encontrase en el lugar apropiado para ella y eso estuviese mal, muy mal.

Aidan los condujo a través del camino preguntándose en qué diablos se estaba metiendo. La gente iba a hacerse preguntas si los veía aparecer juntos en Osborne. Necesitaba saber en qué aspectos podría verse afectada su reputación. ¿Cómo reaccionaría Virginia? ¿Tendría celos? ¿O vería en su conducta una buena acción?

—Los apuntes.

—¿Qué? —contestó Aidan más ásperamente de lo normal.

—No le dejé los apuntes a Olivia, seguramente hoy me molestará por ello.

—Bueno, seguramente hoy haga un examen espantoso, si eso te consuela.

Brie dejó escapar una tímida sonrisa. Aquel muchacho nuevo no parecía como los demás de Osborne y eso la sorprendía enormemente. Por primera vez en mucho tiempo se sintió atendida por alguien que no era su cuidadora Cecil. Alguien que era de carne y hueso, y que parecía tener alma y principios morales. Ya no hablar de sus facciones, eran tan perfectas que le dolía el que tuviese que cargarla sobre sus espléndidos brazos.

Llegaron finalmente a su destino y, cómo no, comenzaron a atizarlos abrumadoramente las miradas curiosas. Brie quiso entonces desaparecer más que nunca de su campo de visión. Incluso Peter Byers los vio llegar desde su deportivo. También terminaron pasando por delante de Olivia, Charlotte y las demás que pretendían estrangularla con solo una mirada.

Ella, en respuesta, se encogió en sus brazos, pero muy dentro de su ser sintió cierta satisfacción, como si por primera vez ganase un duelo contra ellas y el resto de los alumnos que

tanto la había infravalorado a lo largo de los años.

Aidan la condujo hasta la enfermería donde la amable Carrie procedió a atenderla.

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado, querida?

—Se ha caído de la bicicleta —respondió él mientras dejaba su mochila junto al perchero, así como su abrigo—. Creo que se ha torcido el tobillo derecho.

La enfermera también parecía embobada con la presencia de Aidan.

—Oh, entonces te curaré esas heridas y veremos cómo de mal está ese tobillo.

Carrie sacó los materiales necesarios rápidamente y comenzó a curarle aquellos feos rasguños.

Llamaron a la puerta. Fue Aidan quien se apresuró a abrir.

—Virginia —pronunció, confundido, en un susurro.

«¿Virginia?», pensó Brie. ¿Qué hacía ella allí? ¿Acaso estaba también enferma? ¿Acaso él la conocía? Por puesto que sí, cualquiera conocía a Virginia Ainsworth.

—Yo… estaba preocupada por… Brianna. ¿Está bien?

«¿Preocupada por ella?», Brie era incapaz de creerlo, si apenas se habían dirigido la palabra desde que en octavo se enfadó con ella por no comerse su plato de brócoli en su lugar y, bajo ese pretexto, dejó de hablarle para siempre.

—Eh, sí, ha tenido un pequeño accidente, le dolía ponerse en pie, así que la he ayudado a llegar a la escuela.

—Oh, eso es muy generoso por tu parte. Bueno, me voy a clase.

Brie supo con absoluta claridad que Virginia no había ido a ver cómo estaba ella, sino a ver a Aidan. Todo tenía un poco más de sentido de aquella forma.

—Virginia, ¡espera!

—¿Sí? —la escuchó decir.

—Voy contigo.

¿Ah, sí?

Brie no pudo siquiera despedirse ni darle las gracias a Aidan, pues este recogió su abrigo y mochila y salió corriendo de la enfermería. ¿Qué esperaba? ¿Que un tipo tan prometedor como él preferiría su compañía a la de Virginia Ainsworth? No, se había equivocado. Al parecer, Aidan Grivaldi era otro chico más de Osborne.

—¿Cómo ha ido el examen? —le preguntó Cecil mientras arremetía los bordes de su colcha por debajo del colchón para mantenerla totalmente sepultada bajo las mantas de su cama.

—Bien, como siempre, tendré buena nota, o eso espero —respondió Brie hundiendo su cabeza entre los cientos de cojines y almohadas.

—No te olvides del té que he dejado en la mesilla, se va a enfriar —le aconsejó—. Te hará sentir mejor.

—Gracias, Cecil —respondió ella con la mirada puesta en aquella taza humeante.

—Será mejor que no cojas la bicicleta durante los próximos días, hasta que tu torcedura se mejore, al menos el médico te ha dicho que puedes caminar. Por cierto, Jackson la recogió esta mañana del camino.

—¿Y mis gafas? ¿Las vio? —preguntó reincorporándose.

—Anda, vuelve a tumbarte —dijo con dulzura—. Creo que no, sino me habría dicho algo. ¿No tienes unas de repuesto?

—Sí… —miró hacia un lateral—, en alguna parte. Pero yo quiero las del abuelo.

—Sabes que te quiero, pequeña, pero esas gafas te cubren todo tu precioso rostro.

—¿Qué precioso rostro?

Cecil le pasó la mano por la frente despejando algunos de sus mechones.

—El que Dios te ha regalado.

—Pues no lo quiero, se lo devuelvo, que me traiga uno mejor.

—Debes agradecer todo lo que tienes.

Brie curvó los labios ante aquello. Cecil siempre sabía decir frases de ese estilo que la hacían enfurecer.

—Sabes que solo te tengo a ti.

—Eso no es cierto. Le tienes a Él. —Señaló al cielo.

—Bobadas, sabes que para mí Él no existe.

—De momento.

Brie quedó en silencio mirando cómo sus frágiles dedos jugueteaban con los relieves del patrón de su colcha.

—Mañana te haré tu desayuno favorito. Ahora descansa.

Le dio en la frente, con sus carnosos labios, un característico beso suyo y después se fue a seguir con sus tareas. Brie se quedó unos segundos mirando a su puerta, por donde Cecil se acababa de marchar. Ella era esa madre que nunca había tenido. Aquella a la que le contaba todo, especialmente lo mucho que le molestaban Olivia Lavender y los demás. En parte amenizaba la historia, pues Cecil podía ponerse realmente violenta si descubría la cruda y difícil realidad de sus días en Osborne. Siempre aseguraba que acabaría con aquel que le hiciese cualquier tipo de daño. Lo que no hacía otra cosa que demostrar lo que sí podía hacer Cecil y no ninguno de sus padres: preocuparse.

—¡Deja de mentirme, Samuel!

«Ya están otra vez», pensó Brie escondiendo la cabeza bajo la almohada solo para amortiguar los gritos.

—Me estás dando dolor de cabeza, Lauren.

—¿Puedes por una vez en tu vida enfrentarte a tu familia?

—¿Familia? Tú estás tan poco o menos en casa como lo estoy yo.

—Yo no vivo exclusivamente para el trabajo.

—¡Porque no trabajas! Porque lo tienes todo, ¿qué más quieres? Déjame tranquilo, haces que no tenga ganas de venir aquí.

—Eres un maldito egoísta, ¿lo sabías? ¿Cuándo fue la última vez que pensaste en nosotros?

—Ah, ¿así que hay un nosotros? Ilústrame, entonces, Lauren.

Llamaron a la puerta. Brie sabía perfectamente quién era.

—Pasa.

Jane asomó por la entrada y sin pensárselo dos veces cruzó la habitación hasta aterrizar a su lado en la cama.

—No me dejan dormir.

Brie apoyó la mitad de su rostro sobre la almohada y la miró.

—Enseguida se callarán.

Levantó el edredón para acogerla y Jane sumergió su cuerpecito bajo el calor que este resguardaba.

—Tu pie, ¿está bien? —le preguntó con el semblante preocupado.

—Sí, no tendré que llevar muletas, pero no creo que me dejen saltarme Educación Física.

Jane sonrió conocedora de cuanto aborrecía su hermana mayor el deporte, mientras que a ella le encantaba.

—Brianna.

—¿Sí?

—Papá y mamá…

—¿Si se van a divorciar? ¿Es eso lo que quieres saber?

—Sí.

—No lo sé. Espero que sí, era mejor cuando cada uno hacía su vida y apenas hablaban.

—Yo también lo pienso —coincidió Jane—. Papá nos seguirá pagando todo, ¿no?

—Supongo. Pero eso es lo de menos, Jane.

—Sí, supongo… ¿Crees que papá se llevará a Felicity cuando se vaya a otra casa?

Felicity era un poni que vivía en una cuadra alquilada en una granja privada de Deerwods. Cuando Jane cumplió siete años su padre se lo regaló.

—Qué tontería, ¿para que querría papá un poni?

—Cuando los padres de Rebecca se separaron, él se llevó todas las mascotas, incluso el periquito.

—¡Qué poco corazón! No creo que papá sepa cómo meter un poni en la maleta.

Jane estalló en carcajadas y pronto ambas no dejaron de reír eclipsando los ya lejanos gritos y discusiones del piso de abajo.

Episodio III

A la muy sagaz e inteligente Vulcana:

Entiendo de vuestra carta que se me acusa de hermoso y de ignorante. De lo primero ha usted de hablar con aquellos que me trajeron a este mundo; cae en craso error al culparme de poseer un bello rostro, pues este no fue elegido, sino concedido de nacimiento. Y si nuestro Señor concede un don, ¿acaso quiere que lo ocultemos cuando ha sido un preciado regalo? ¿Oculta su menester un presente o lo muestra con agradecimiento? Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, ¿cómo podría renunciar el cómo fui creado? ¿Podría usted?

Atendiendo a lo otro que me acusa: soy un ignorante, ¿o bien un estúpido? No logro comprenderlo, pero sé que sería más estúpido, más de lo que usted ya piensa que soy, si creyese cierta mi ignorancia.

Nací hermoso, así como también nací rico. Mi padre, el gobernante de mi casa y apellido, creyó necesario instruir a su único primogénito, el futuro poseedor de nuestro linaje. Mandó llamar maestros de la Francia próxima y también de la relativa y lejana Constantinopla, entre ellos eruditos y filósofos, letrados y artistas, científicos y sabios. Recibí lecciones de latín, griego y hebreo, traduje obras de los más grandes de la Antigüedad, discutí socráticamente con mis mentores y comprendí la magnificencia de nuestros más allegados, como lo son Petrarca, Dante y Boccacio. Continué mis estudios en Turín y Bolonia, y al regresar a nuestra amada República me uní a la celebérrima Academia Platónica Florentina.

¿Y usted, madonna*? Pues deduzco que es una dama a la que respondo con mis letras. ¿Puede una mujer superar tantos méritos? Deje de robarle los libros a su bien querido padre, deje la cultura para aquellos que pueden comprenderla, no intente resguardarse en algo que no entiende y no le pertenece. Y lo que es más importante,* madonna*, olvídese de impartir consejo a quien realmente no conoce o puede que gane usted en ignorante.*

Con cordial diligencia,

Nastagio S. de los Grivaldi

Giovanna sintió la enorme tentación de rasgar aquella misiva que temblaba entre sus dedos. No solo se sentía decepcionada porque, una vez más, Nastagio Grivaldi cediese ante su orgullo y no ante su humildad, sino que había esperado convertir al demonio en santo, ¡pobre inocencia la suya!

Preguntó a su sirvienta Raffaella cómo había llegado a recibir la carta de Grivaldi, para cerciorarse de si él sabía que había sido ella. Raffaella respondió que no se preocupase, el criado de Nastagio la había entregado a la casa de su familia, llegando a las manos de su hermano, gracias también al cual había enviado la primera epístola. Aquello tranquilizó a Giovanna, que solo se atrevería a mantener la correspondencia si era en la clandestinidad, pues aquella arrogante

misiva merecía una contestación.

Al más cultivado de toda Florencia:

Os complacéis de los muchos estudios y dones que habéis recibido en vuestra educación. Solo un completo estúpido se rodearía de tantos honores para ocultar sus verdaderas carencias. Estad tranquilo, no delataré estas a nuestra censora sociedad, pero no puedo asegurar que usted, por su cuenta, no lo haga.

Solo déjeme decirle que yo también nací en una buena alcoba, en donde, dejando de lado mi condición de mujer, pude recibir tantas lecciones como usted o cualquier buen hombre de esta ciudad. Cierto es el que no se nos concede acceder a las escuelas de Turín o Bolonia, ni por supuesto a ninguna de las academias de Florencia. ¿Poseo yo la culpa de nacer en otro sexo? ¿Me convierte eso en menos inteligente? La diferencia entre usted y mi señoría es que, aun siendo mujer, necesito aún menos que vos hacer jacte de mi cultura e instrucción.

Quizás como su menester juzga en sus letras, no nos pertenece el saber, pero que no nos pertenezca no significa que no lo entendamos y mucho menos que no lo busquemos. Alabado sea el que busca el conocimiento, más el que lo comprende y, aún más, el que tiene libre acceso a él, como tiene usted. Y qué desperdicio que, aun pudiendo acceder a tales sabidurías, uno se abandone a los placeres mundanos lejos del bien y la santidad. ¿Comprende usted a quién van dirigidas mis palabras? Puede que su libertinaje, arrogancia y ociosidad le ilustren la respuesta.

Finalizan ya estas letras, serán las últimas que merezca recibir. Solo trate de entender una cosa: si soy ignorante, tal como usted dice, no es por mi voluntad, quizás sea por la suya y la de los vuestros, pues sois los únicos que nos alejáis del saber.

Desde mis buenas intenciones,

Vulcana

—¡Nastagio Stefano de los Grivaldi! —lo llamó su padre a gritos—. ¿Puedes hacer el favor de prestar atención? No sé si realmente comprendes la gravedad del asunto y el riesgo al que nos exponemos con el resto de casas asociadas a este banco.

Nastagio se despertó de su ensoñación y se reincorporó sobre la silla. Atisbó la jarra de cristal y cogiéndola se sirvió otra copa de vino.

—¡Maldito vago! Sirves más para alimentar a una camada de puercos. ¡Todos los florines que he invertido en ti no han servido de nada! Debería…

Pero Nastagio había vuelto a dejar de oírle. Apuró hasta la última gota de su copa y se sirvió otra.

«Vulcana, Vulcana, ¿quién sois?». ¡Qué valentía! Atreverse a responderle de aquella manera, con tanta diligencia y sinceridad. Estaba enfadado, sí, realmente furioso. Pero por encima de su ira sobresalía un desconcierto, una curiosidad, una duda.

¿Quién se escondía tras ese sobrenombre? Evidentemente, una de las muchas damas a las que había ofendido a lo largo de su vida. Y por primera vez recibía una contestación cargada de reproche. Por mucho que quisiera seguir debatiendo contra ella, esta parecía sacar coherencias en su contra. ¡Y qué argumentos! Le hacían sentirse estúpido e inútil. ¡Nadie podía hacerle sentir así! ¡Nadie! ¿O sí? Ella…

A la dama sin nombre:

Han pasado dos lunas y dos soles desde que leí sus palabras, madonna. *Entiendo perfectamente el juicio del que nos acusa, pero yo no soy culpable de los designios que en nuestra sociedad se establecen. Entonces, ¿de qué soy culpable? ¿De hermoso e ignorante? Ilústreme cuál es mi falta para con usted, pues considero que, de no ser por ella, jamás habría recibido ninguna misiva de vuestra tinta.*

Podríamos seguir discutiendo eternamente vos y yo, hasta que finalmente uno cediese a las ideas del otro. Considere una alternativa más inteligente que aquí le propongo…

He en este mensaje una promesa: sea cual sea vuestro reproche prometo disculparlo, pero ha de decirme un motivo y un nombre. ¿Quién sois? ¿Acaso os conozco? No creo que vuestro nombre sea el feminizado del dios de la fragua, al igual que usted no creerá mis palabras y quizás tampoco crea en mis buenas intenciones. Pero le recuerdo que vos fuisteis quien me animasteis a enmendar mis obras, a realizar «buenas acciones». Sería un despropósito por vuestra parte no ayudarme en la labor, cuando sois la única que la demanda.

Espero sus prontas palabras,

Nastagio S. de los Grivaldi

—*Madonna*, ¿qué está haciendo?

Giovanna, sorprendida, se sobresaltó en el asiento de su escritorio y, tratando de ocultar la misiva, derramó un bote de tinta.

—Oh, mire cómo ha puesto todo. Bien, aléjese, no puede mancharse sus ricas telas, ya lo limpiaré yo ahora.

—Perdone, Constanza —respondió ella, retirándose con la carta tras sus espaldas—. Iré a otra parte de la casa.

—No se preocupe, vaya, *madonna*.

Giovanna abandonó su habitación y se dirigió al despacho de su padre, quien en aquellos momentos se encontraba de viaje en Pisa.

Sintiéndose a salvo de nuevo, sacó la carta y la leyó por segunda vez para cerciorarse de aquellas palabras. ¿Serían ciertas? ¿Quería Nastagio Grivaldi enmendar sus culpas? Y aunque cediese a sus ruegos, no podía relevarle su verdadera identidad, pues su honor podía verse afectado si se descubriese que una dama de su escalón había osado hablar con tanta desenvoltura a un caballero.

Sobraba valor para contestar tras un papel, pero faltaba coraje para dar a conocer quién se escondía tras esas letras.

Al bien intencionado señor Grivaldi:

Ha sucumbido finalmente a mis ruegos por su salvación, no le esconderé que me gustaría creer en su sinceridad y en el gratificante resultado de mis oraciones.

Entiendo que usted requiere de mí únicamente dos peticiones. En cuanto a la primera, le responderé que sí, usted faltó a mi alma, hirió mi buen orgullo con sus crudas palabras. Palabras que se grabaron en mi corazón, igual que esta tinta se adhiere al papel y que no me han abandonado desde entonces. ¡Qué poca mesura la suya! ¿Nunca le enseñaron a conocer antes de juzgar? No se preocupe, aún puede adquirir tal virtud.

Quiero creer que en realidad no quería faltar a mi honor, pero lo hizo. Consiguió que creyese tal carencia culpa mía, debilitó la imagen que tenía de mí misma y perdiese la poca confianza que ustedes, los hombres, nos conceden.

Es cierto que aquello que yo carezco usted lo posee. Tan cierto como que vos no alcanzáis ni la cuarta parte de toda la virtud y magnificencia de mi alma. Y esta no es una muestra de arrogancia, es una muestra de la realidad, le guste o no. Pues me jacto aquí de conocer su alma, corrompida al mundo, al vicio, al placer. No hay quien no sepa en toda Florencia de sus pecados y lujurias. Yo por el contrario dedico la mía a la belleza de los pocos saberes que alcanzan mis manos. Me llena más dedicar mis oraciones en desventurados como vos que derramar mi tiempo en complacer al mal.

Desvelada aquí mi visión sobre vos, señor, no continuaré reprendiéndole, lo prometo por nuestro Señor. Solo un necio negaría mis palabras y usted ya ha tenido suficientes.

Si quiero o no sus disculpas es otra cuestión. Creo merecerlas, así como creo también que sea una buena forma de instruir su conducta. Pero he de recibirlas sin condiciones, y aunque ya he respondido a una de ellas, la otra no debo, o bien no veo necesario, confesar. Mi nombre en esta correspondencia es irrelevante, créame. Importa más que usted salde sus faltas para con mi menester y con el resto de las damas, a las que ha ofendido a lo largo de su vida.

Siempre sincera,

La dama sin nombre, Vulcana

Y así, otra vez quedaba humillado por una doncella sin apellido. Una dama que creía oportuno reprocharle su tan conocida fama de libertinaje. Y aunque pretendiese defenderse, bien sabía que poco podía contestar a tan ciertas acusaciones. Lo cual lo enfurecía enormemente. ¡Cuán impotente se sentía su alma! ¡Cuán deseoso se sentía de responderla, de conocerla, de complacerla! Ninguna dama huía de sus encantos, ninguna debía menos aún reírse de ellos. Nadie en su sano juicio osaba de aquella insolencia contra él, mucho menos una mujer.

—Piero, deja el queso y las uvas, glotón, y ven aquí —exigió su amo, quien se estrujaba la frente con los dedos.

Piero se presentó ante él con el jubón lleno de migajas y los labios morados por el jugo de las uvas.

—Señor, ¿me llamaba?

—Sí, tengo un trabajo para ti.

—¿Qué dama se le ha antojado ahora? ¿Federica Rigarzzi? ¿Paola Domenico?

—No sé su nombre.

—¿Es aquella con la que mantiene últimamente tantas cartas?

—Tan listo como tragón, Pierochino.

Piero se cruzó de brazos y se agarró del mentón pensativo.

—¿Quiere, señor, que averigüe su nombre?

—Más. Quiero que descubras quién es, a qué casa pertenece, qué edad tiene. Todo lo que puedas saber sobre ella. ¿Cómo recibe mis cartas?

—Yo solo dejó las misivas en la casa de su familia, señor, allí alguien se apodera de ellas y las entrega.

—Descubre a ese bribón —ordenó fuera de sí mismo—. Síguele, te llevará hasta ella. Y sé discreto.

—Sí, señor, siempre.

—¿Todavía sigues aquí? —le reprendió—. ¡Vamos! Es importante, Piero, si no descubro quién es no podré dormir en mucho tiempo.

—Entiendo, señor, pero…
—¿Qué?
—Necesito que responda a la última carta para encontrar al que la intercepta.
—Claro, ¡qué estúpido! Al final me estoy volviendo un idiota por su culpa.

A un alma pura y desinteresada:

Debe ensuciarse mucho su alma al escribir a una tan sucia y maligna como la mía. Ha pretendido usted con sus palabras hacerme caer en mis errores, pero también se ha atrevido a ofenderme con sus recriminaciones. ¡Qué hipocresía la suya! Reprenderme por mis ofensas mientras que usted no deja de responderlas con las suyas.

Sí, no soy ni el más bueno ni el más santo de esta República. No estoy orgulloso de mis actos, no hago tampoco nada por enmendarlos, ni siquiera los confieso al Señor. Espero que su alma pueda entender que, a veces, la culpa nos vuelve más cobardes de lo que pretendemos serlo.

Pero he aquí esta privada confesión, solo para usted: yerro y me confundo, porque vivo sin vivir, exhalo sin respirar, me lamento sin llorar, obedezco sin opción y amo sin sentir amor.

Como bien sabe, nací rico y hermoso, así también como nací prisionero de mi casa, mi apellido y mi sangre. La solución que me propone es la de abandonarme al intelecto; yo me abandono a los vicios, porque resultan ser mucho más efectivos. La sabiduría y cultura me saben vacías cuando solo son una pila de argumentos sin acción. Me hacen sentir menos libre de lo que ya soy. Pues sé que cuantas menos ataduras, más desplegadas serán mis alas. Comprenderá,, entonces que no pueda unirme a un matrimonio, ni a ninguna familia, dama o doncella de esta República o de otra ciudad.

No necesito su compasión, sino su comprensión. Usted nos tilda de libres a los hombres, pero créame que no hay ni un solo hombre libre que escape de nuestra querida y erigida sociedad. Aunque volveré a confesarle un secreto que pido que guarde solo para vos: respondiendo a sus letras, siento una satisfactoria sensación, madonna*. Me siento soberano de mis palabras y, más aún, de mi libertad.*

Exento de cadenas solo cuando os escribo,

Nastagio S. Grivaldi

Episodio IV

Pierochino dejó sobre la mesa de caoba del salón aquella epístola. Después se retiró, para ocultarse tras uno de los armarios. Esperó ansioso durante minutos, revisando desde su escondite a cada criado y criada que circulaba de una estancia a otra, realizando sus diferentes tareas. Finalmente, una sirvienta encontró la carta. Leyó su destinatario y se marchó. Piero la siguió con sigilo por toda la casa de los Grivaldi. Nadie se preguntó el porqué de su presencia, pues todo el servicio estaba acostumbrado a verle desde hacía años.

La sirvienta lo condujo a la cocina, Piero aprovechó entonces para ocultarse tras unas enormes tinajas llenas de aceite y vino, desde donde poder escuchar todo lo que allí ocurriese.

—El señor quiere que le lleve su comida, Rinaldo, dese prisa.

Rinaldo se frotó la frente con el antebrazo, pues tenía las manos llenas de harina.

—Ahora mismo la tendré lista. ¿Dónde está Orazia? Se supone que debería estar en la cocina ayudándome. Ayúdame tú, el pan tardará un rato en hacerse.

—Está bien.

La sirvienta se dispuso a ayudarle y juntos terminaron de preparar la masa para el pan. Después, Rinaldo se apresuró a llenar un tazón de caldo de pollo y disponerlo en una de las bandejas de plata de la casa. Colocaron el segundo plato de guarnición, así como la servilleta preferida del amo.

—Por cierto, ha llegado otra carta.

Piero acercó el oído, al fin interesado en la conversación.

La sirvienta sacó un sobre de su delantal y se lo tendió.

—Bien, déjalo sobre la mesa, esta tarde vendrán a recogerlo.

Tras escuchar aquello, Piero salió de su escondite y entró en la cocina, justo cuando la sirvienta se marchaba con la bandeja de la comida del señor Enrico Grivaldi.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Piero.

Este se adentró en la estancia sonriendo. Le pidió a Rinaldo que le sirviese de comer, como siempre solía hacer cuando pasaba por la casa de los Grivaldi. Se bebió un buen tazón de caldo y devoró media barra de pan. Finalmente, se echó una siesta sobre los sacos de maíz del almacén, hasta que apareció otra sirvienta. Saludó a Rinaldo, le entregó presentes y, a cambio, se llevó un buen queso que había preparado el cocinero. Pero también cogió la carta y la guardó en su cesta, junto al queso. Se marchó por la puerta de atrás, tal como hacían los sirvientes.

Piero fingió levantarse del letargo y se despidió apresuradamente de Rinaldo. Ya en la calle, localizó enseguida la falda parduzca de ella y el gorro grisáceo que cubría su cabeza. La siguió por toda Florencia, pues parecía tener una gran lista de tareas. La acompañó a la zapatería, a la lavandería, a visitar a una buena amiga… Hasta que llegaron al mercado. Al principio la

observaba desde unos puestos más a la derecha, comprando manzanas. Después sintió la necesidad de acercarse más, pues la multitud de personas y gentes hacían que por momentos perdiese su figura. La tenía bien localizada cuando los maravillosos aromas de las especies inundaron sus orificios nasales, confundiendo sus sentidos. ¡Qué manjares se escondían en el mercado! ¡Qué delici…! Cuando Piero se despertó de su ensoñación, ella había desaparecido y se encontraba muy lejos de donde la había visto por última vez.

A su amo no le iba a gustar.

A un cautivo caballero:

Primero de todo, déjeme preguntarle, ¿respeta usted la clandestinidad de mi nombre? Si su menester no alcanza a entender que mis motivos para no relevarle mi apellido son más que razonables, he de advertirle que esta será la última misiva que le conteste y, la que usted me escriba, será la siguiente que no recibiré. Solo he de recomendarle que elija heraldos más discretos, señor. Mi sirvienta podía oler su presencia desde la punta más remota de la ciudad de Florencia.

Segundo asunto que me atañe responderle es uno que comprendo tan bien como vos. Créame cuando le confieso que he sentido esa sensación de la que habláis, vino con mi nacimiento. No somos libres de elegir donde nacemos, menos lo somos de elegir nuestro futuro, viene escrito por aquellos que nos trajeron al mundo. Pero en espíritu, señor, en espíritu somos libres, nadie puede construir nuestras ideas. Aunque se puede intentar mejorarlas, tal y como he tratado de hacer con usted, no con demasiado éxito, ¿no cree? No obstante, creo que alguna de mis letras ha penetrado su frío ánimo, de lo contrario, no seguiría manteniendo estas misivas con mi menester.

Permítame que le ilustre otra realidad que me confirman sus palabras: busca usted la libertad en el mal, señor, y esta se le hace efímera. Quizás deberíamos sustituir los términos, lo que quiere en realidad es rozar la felicidad de la que gusta a través del dominio de sí mismo. ¿No ha considerado la posibilidad de alcanzarla de otra forma?

Haga felices a los que le rodean y ellos le empaparan de esa felicidad, señor. Se lo dice una dama que ha complacido a su familia desde nacimiento. A cambio he recibido un lecho, una educación, unos valores que han enriquecido notablemente lo que soy. Así pues, nací consciente de que mi única aspiración sería casarme y formar una familia, como toda buena dama de esta ciudad. Mis manos están atadas a esa realidad y no por ello soy menos feliz.

De gracias a nuestro Señor por todo aquello que posee, pues no es poco. Otras, como me hizo usted entender, no gozamos de alcanzar profesiones que no sea la de esposa y madre. Puede vos ser igual de libre siguiendo las decisiones que le dicte su familia, pero siempre manteniendo su espíritu, sabiendo escoger lo bueno y correcto. Pues no olvide que algún día podría acabar planeando un futuro para sus hijos, ocupando el lugar y responsabilidad de su padre.

Le anima mi espíritu en virtud del vuestro.

Una cautiva dama sin nombre,

Vulcana

—¡Hoy no habrá cena para ti, Piero!

—¡Señor! —se lamentó este—. ¿A qué se debe tanta crueldad por su parte?

—La dama descubrió que seguisteis a su criada. ¿Acaso no os exigí discreción?

Piero se tiró de rodillas en plegaria.

—Y la tuve, mi señor, pero aquella criada visitó cada establecimiento y casa de la ciudad, fue difícil permanecer en la sombra durante tan extenso recorrido. Como ya os conté, la perdí de vista en el mercado, seguramente sabría que la seguía.

—¡Por supuesto que lo sabía! Solo faltaba que la siguieras también a su alcoba.

—Yo solo intentaba seguir sus órdenes y descubrir a qué casa y dama servía —se excusó a punto de echarse a llorar—. Tenga misericordia, señor, no deje mi estómago vacío durante la noche.

—Tú mismo te has vaciado el estómago, glotón, al no ser más precavido. Tendré que recurrir a Giro para que termine lo que tú no empezaste.

—¿A ese desarmado? No sería capaz de seguirla durante tiempo como lo fui yo. Además, es tan alto y grande que pronto sería reconocible. Debe confiar, señor, en su más leal sirviente que jamás os ha faltado a vuestros ruegos.

—¡Pequeño mentiroso, me faltasteis al haceros descubrir, y me volvisteis a faltar al perder a aquella criada!

—¡No volverá a ocurrir!

—Si tanto rogáis una segunda oportunidad, esta noche cenareis aire, para convencerme de que no me volveréis a fallar.

Piero aceptó su castigo y se levantó, intentando olvidar la cena inexistente y poner su atención en el festín que obtendría cuando le llevase a su amo el nombre de la dama.

—Debe de ser ella muy importante para vos, nunca habías puesto tanto empeño en una dama —comentó este mientras servía dos copas de vino y le llevaba una su señor.

Nastagio la aceptó de buena gana y se dejó caer sobre uno de los sillones de su salón.

—Solo quiero saber quién es. La forma en la que me habla me asusta más que mi propio padre.

—Creí que no temía a su padre.

—La clave es que él no sepa que le temo. Como ves, miento verdaderamente bien, Pierochino, hasta vos os lo habéis creído.

—Es usted un verdadero genio, señor —lo halagó este, comiéndose unas migajas de pan del día anterior, endurecidas y resecas, pues aquello era mejor que nada. Solo pensar en que eso sería lo único que se llevaría a la boca hasta el día siguiente hacía que supiesen deliciosas—. Volviendo a la dama, ¿qué os dice para que la temáis?

—Me insulta, me humilla y me hace caer en el profundo y desesperante pozo de la verdad revelada.

—¿Cómo? ¿Una dama?

—Sin nombre. No es lo mismo, Piero, se esconde tras estas cartas y eso le permite ser… libre.

—Bien; al no conocer de quién se trata, señor, podría tratarse de un caballero, ¿ha sopesado esa idea?

Nastagio se echó a reír.

—¡Qué ideas tienes, Piero! Sus insultos son demasiado refinados para un caballero, créeme, es una dama.

—¿Será hermosa?

—Lo sabría si hubieses descubierto su nombre.

Piero ignoró su comentario y se sentó en otro de los sillones, pensativo.

—¿Vais a responder a su carta?

Nastagio enfocó la mirada en el trozo de papel que había desdoblado con ansia hacía tan solo unos minutos. Allí estaba, sobre su mesa, esperando a ser respondido.

—Debería. Pero ¿qué podría decirle? Me siento demasiado avergonzado porque te hayan descubierto.

—No, señor, no debéis sentir vergüenza, estáis en vuestro derecho de saber su identidad, ella sabe la vuestra, ¿no?

Nastagio alzó una ceja y sonrió a su fiel servidor. Se levantó de golpe y atravesado por la flecha de la inspiración se sentó en su escritorio y empapó la punta de su pluma en la tinta.

—Entonces, ¿cenaré esta noche, señor? —preguntó Piero, complacido por su buen diálogo.

—No cuentes con ello, Piero —respondió Nastagio, todavía sonriente.

A un espíritu libre:

Siento ser yo el que le anuncie el que no leerá en esta carta mis disculpas, solo mis aclaraciones. Admito haber mandado a uno de mis sirvientes en busca de vos, de vuestra casa y apellido. Admito también que desearía ponerle rostro a la dama que domina mis pensamientos durante estos días. A veces me imagino sus labios, propios de una cortesana, pronunciado todas las infamias de las que me acusa, intentando redimir mis culpas y mostrándome las mejores maneras de enmendarlas.

Nos encontramos frente a una situación de desigualdad, madonna. *Usted puede imaginarme a mí, pues sabe mi nombre, me atrevo a decir que me conoce de vista, quizás me vio en algún baile o desfile, donde coincidimos y donde yo falté su buen honor, como alega en sus letras.*

Yo, en cambio, no sé más de vos que lo que me escribís en vuestras cartas, que no es mucho. Me pregunto, ¿si estuviese usted ahora mismo frente a mi persona tendría el valor de decir las mismas palabras que redactáis? Permítame proponer que deberíamos ilustrar esta duda, de esta forma no tendré que verme obligado a buscaros por toda la bella ciudad de Florencia.

Confieso una vez más que os pienso más de lo que desearía. Habéis conseguido penetrar en mi perturbada mente y enfrentar mis pensamientos unos con otros en campales batallas. Han reflexionado más estos últimos días, debido a usted, que en todas mis enseñanzas en Turín, Bolonia o en la Academia.

Dada esta confesión que, a pesar de mi buen formado orgullo, ha conseguido arrancar de mí, os imagino esta vez sonriendo ante mis letras, empapada del triunfo de vuestros ruegos y plegarías. Ahora me pregunto una vez más, ¿cómo será aquella sonrisa que se pierden mis ojos?

Con un pensamiento ahora vulcanizado,

Nastagio

—¿Qué le dice?

—Chist, Raffaella, todavía sigo leyendo, a veces su letra se vuele inteligible, quizás es porque la ha escrito demasiado rápido.

Raffaella observó cómo su señora pasaba de una línea a otra devorando cada palabra. Finalmente sonrió y dio a entender que había terminado. Antes de que su sirvienta volviese a preguntar, la mandó callar levantando dedo en alto. Volvió a releerla y cuando finalizó se instauró un silencio.

Raffaella cogió la carta de sus manos y, solo al llegar a la última frase, comprendió aquella sonrisa inesperada de su señora, después la miró.

—¿Qué pensáis?

—Pienso que sois una gran escultora, dando forma un trozo de mármol, *madonna*.

Giovanna rompió a reír por la metáfora y después alegó recuperando la seriedad:

—Ha firmado solo como Nastagio, ¿qué querrá decir eso, Raffaella? ¿Se ha olvidado de su apellido? Igual es que teme que la carta involucre a su casa…

—¡Estupideces, *madonna*! Ha firmado solo con su nombre porque os considera de íntima correspondencia.

—¿Cómo?

—Es un signo de que confía en vos para que lo tuteéis: significa que su tono ha dejado de ser formal para con vos y os anima a utilizar el mismo con él.

—¿Eso creéis?

—¡Por supuesto!

—¿He… he de hacerlo? —preguntó frente a la duda.

—¿Queréis, *madonna*?

—No lo sé, Raffaella, hacerlo sería como aceptar una propuesta de amistad, ¿verdad?

—¿Qué sabrá una criada como yo de estos asuntos…?

—¡Sabéis! Por eso os pregunto.

—Bien, yo continuaría siendo distante, eso lo mantendrá más sucumbido a vuestras letras. Siempre podéis abandonar vuestro tono formal y tutearlo en alguna que otra ocasión.

—Muy buena propuesta, Raffaella. Ahora dejadme, he de contestarle.

A una mente vulcanizada:

Puedo decirle lo que desee de mí, menos mi nombre. Mi sonrisa no es la más reluciente y hermosa de toda Florencia, puedo dar fe de ello. Imagine entonces que es una sonrisa cargada de esencia, pues lo importante es el porqué de su aparición, no el cómo. Deje de preocuparse por la envoltura, señor, esta carece de importancia.

Sí, en efecto, yo puedo imaginar sus bellas facciones, pero prefiero leer sus libres letras que observar sus hermosos labios sellados. ¿Cuán dulce es un clavel si no se riega? Al igual que usted, por muy agraciado que sea, si no cambia lo que es su interior, su pensamiento y sus acciones, cuando le alcance el tiempo y pierda su belleza, no será más que unos cuantos pétalos sin color y sin vida.

Déjeme decirle una última cosa: créame, señor, cuando le indico que no entiendo sus quejas. Se lamenta de estar en desigualdad para con mi menester, déjeme decirle que siempre hemos estado en esta situación, los hombres como vos y las mujeres como yo. Al parecer es el primero de su sexo que se le antoja cambiar este aspecto. Le mando mi apoyo y le deseo suerte para con la labor.

Cordiales saludos a un caballero pensativo.

De una dama sonriente y sin nombre,

Vulcana

Episodio V

Nastagio no pudo más que sonreír aún con aquel trozo de papel entre sus manos. Ella era… increíblemente astuta con las palabras. Estas ya no le herían ni lo hacían sentir impotente, sino que despertaban en él una profunda e intensa admiración, más de la que había sentido por ningún otro ser humano. Lo cual no dejaba de asustarle en cierta manera, pues sentía como si poco a poco perdiese el control sobre sí mismo y sobre lo que le escribía.

No le bastó mucho para comprender que, si su única manera de ser libre, era a través de aquellas cartas, continuaría escribiéndole el resto de su vida.

A una sonrisa sin nombre:

He de felicitaros por vuestro debatir para con mi persona, domináis las leyes de la retórica y la dialéctica, tanto como domináis mi mente ayer, hoy y mañana. Decís poder contarme todo de vos, excepto vuestro nombre; aprovecho para preguntaros todo lo que me remueve en la conciencia al leer vuestras letras. ¿Cómo sois? ¿Qué os place de esta vida? ¿Y de esta ciudad? ¿Por qué vivís? ¿Qué os hace más libre que a mi menester? Seguiré preguntando hasta que sepa todo de vos y entonces pueda adivinar cómo os llamáis. Mientras, no podréis negaros a satisfacer mis fervientes demandas. Es lo mínimo que podéis hacer, ya que me escondéis lo más importante: quién sois. Creo haber comprendido que valoráis lo que dentro de uno se esconde, entonces, demostradme qué escondéis.

¿Os gusta el arte? Yo me considero un gran devoto de este, he oído que hay un maestro, todavía joven pero muy talentoso, en la ciudad, adoptado y resguardado por ***la familia Médici. Su*** *nombre es Sandro, quizás lo conozcáis. Si habéis tenido el placer de conocerlo y contemplar sus obras, contadme, ¿son tan maravillosas como dicen? ¿Alguna vez os han retratado? Yo tengo un retrato mío de niño, no estoy demasiado orgulloso de él, pues por aquellos tiempos era demasiado inquieto para pasarme horas sin poder moverme.*

Siempre me he visto como un pájaro encerrado en una gran jaula de oro, queriendo traspasar sus barrotes y volar… volar muy lejos. Solo puedo agradeceros a vos el que me ilustréis el cómo ser libre.

Espero, más ansioso que nunca, vuestras mil respuestas a mis mil preguntas.

Nastagio

A un curioso pico de oro:

Presiento en vuestras letras ciertos signos de resignación a la pugna que durante las pasadas semanas hemos estado manteniendo. Supongo que debo aceptar esta paz, no acordada, entre ambos.

No se emocione usted, Grivaldi, esto no significa que no olvide sus ofensas en el pasado, pero sí que las perdono. Cierto es que mi imagen sobre vos ha ido mudando con el tiempo, siendo ahora más de buen ver. Espero que esta noticia rebaje el peso que carga su conciencia. Aun así, sigo esperando de vuestra merced el que mejore sus hábitos, no solo para con los míos, sino para con todas las buenas doncellas de esta ciudad. Debo aconsejarle el que dedique su tiempo a deportes más constructivos que no sean los de levantar faldas.

Encuentro en vos una curiosidad infinita hacia mi persona, pero como os prometí en mi anterior carta, podéis saber de mí lo que gustéis, excepto mi buen y querido nombre. Responderé con mucha diligencia vuestras demandas, siempre y cuando respondáis a las mías.

Soy, como ya os comenté, una dama de esta ciudad, de buena y próspera familia gracias a nuestro Señor. Me considero una persona que piensa constantemente sobre cada asunto que llega a mis oídos. Reflexiono y me formo mis propias ideas.

He aquí una verdad, a pesar de gozar de reflexiones diariamente, las guardo para mí por miedo a salir de mi condición como mujer, donde no se nos permite opinar sobre los asuntos que atañen a los hombres. Pero, a veces, cuando los negocios de mi padre flaquean, se me permite proponer soluciones que son casi siempre bien recibidas. Supongo que ese será mi cometido para con mi marido, cuando lo tenga.

Nastagio se paró en seco tras leer aquello. «Cuando lo tenga». ¿Y cuándo sería eso? ¿Pronto? ¿En un par de años? Sacudió la cabeza y se obligó a seguir leyendo, aunque todavía con el ceño fruncido.

Vivo cada día consciente de quién soy y qué debo hacer, como ya os he ilustrado en mis letras. Esto no me hace ser más libre, me hace tomar conciencia de cuál es mi papel para con el mundo, pues todo ser tiene el suyo. ¿Todavía no habéis descubierto el vuestro? Quizás os guardéis algún que otro talento, que no sea el de jugar con el corazón de las damas.

Respondiendo a si me place el arte, aquí parecemos coincidir en opiniones, pues lo considero no solo un instrumento de belleza, sino un instrumento para transmitir ideas, esas que posiblemente yo me guardo para mí misma, traspasadas a un plano físico y emocional e inmortalizadas en una pintura o una escultura. ¿Qué pensáis al respecto? Es más, ¿seguís queriendo saber más de mí? No puedo prometeros ser lo que vos os imagináis. Solo puedo ser lo que de verdad soy.

Ojalá tuviera la llave de vuestra jaula, pero solo vos podéis forjarla.

Vulcana

Volvió a leer aquella última frase como unas diez veces, intentando comprender cómo unas simples palabras podían traspasar las cavidades de su tibio corazón y… arder, arder intensamente como un tizón recién lanzado al fuego.

Se recostó contra el diván con el trozo de papel sobre el regazo y los ojos puesto en el techo. No tardó en aparecer su fiel criado, que acababa de almorzar, por segunda vez.

—¿Qué noticias traéis, Piero?

—Señor, yo… —dijo este chupándose los labios, todavía mojados de salsa de cordero.

—Venid, venid aquí a mi lado, fiel amigo.

Pierochino se aproximó a su señor y se puso de rodillas para situarse a su altura.

—¿Y bien? ¿Os han vuelto a descubrir?

—Ese es el problema, he tenido que retirarme porque ha estado a punto de hacerlo. Sea quien sea vuestra dama, posee las doncellas más astutas de toda Florencia. Pero os lo prometo, la próxima vez será mejor, solo debemos esperar un poco más, cuando no sospechen tanto como ahora.

—¡Así que no habéis conseguida nada! —se lamentó Nastagio dándole una buena colleja.

—Señor, perdóneme, hago mis mejores esfuerzos —se disculpó este frotándose la nuca—. Sabéis que, nadie más que yo, busca complaceros.

—Lo sé, Piero, perdono vuestra incompetencia, por esta vez.

—Traigo otras noticias.

—Bien, cuéntalas.

—Vuestra madre visitó esta mañana a los Gulazzi.

—¿Y eso en qué me incumbe a mí exactamente, Piero?

—Los Gulazzi tienen cuatro hijos, tres varones y una niña, ya entrada en edad adulta desde hace poco. Parece ser que vuestra querida madre baraja diferentes opciones para vuestro futuro matrimonio.

Nastagio se alteró casi al instante.

—Les dije que tendrían que darme más tiempo. ¡Es que no pueden dejarme vivir tranquilo y elegir con quién y cuándo casarme!

—¿Así que asumís que tendréis que casaros tarde o temprano, señor?

Nastagio permaneció en silencio, meditando. ¿Asumía su responsabilidad para con su familia? Vulcana parecía haberlo hecho desde su nacimiento y eso la hacía más libre que a él, quizás incluso más valiente.

—Supongo que es algo inevitable, querido Piero.

—Supone acertadamente, señor.

A mi llave de oro:

Sí, leéis correctamente el cómo me dirijo a vos, madonna*. De existir una llave que abriese mi jaula solo podríais ser vos. Creo que vuestras letras ahondan en mis más susceptibles pensamientos, esos que nunca creí poseer. Si mi libertad es aceptar mi presente y mi condición, cargando con su peso sobre mis espaldas, entonces seré libre hasta el día de mi muerte. No os puedo mentir, no a vos, de que siento esa sensación que acelera mi pulso y frena mis sentidos: sí, sabe a miedo, pues con ese nombre se conoce.*

Quizás en otra vida vos y yo podremos ser verdaderamente libres, lejos de nuestras condiciones y obligaciones de nacimiento. ¿Sería eso posible? Permitidme imaginar por unos instantes con ese mundo paralelo, pues soñar no hace mal a nadie; en él yo sabría vuestro nombre y vos el mío, seguiríamos compartiendo opiniones, quizás discutiéndolas, como tan bien sabemos hacer. En él seríamos iguales y como iguales se nos trataría. Pero sobre todo, y ante todo, estaríamos fuera de los barrotes de la sociedad. Únicamente vuestra merced y la mía, claras y transparentes como el agua del río, sin ocultar secretos, ni ideas, ni pensamientos.

Y pensar que todas esas reflexiones que decís tener las almacenáis egoístamente para con vos. Bien, os reto a que cada vez que tengáis una, por muy liviana que sea, la compartáis con mi menester. Yo deseo oírla más que ningún otro hombre de esta República.

Tenéis razón al acusarme, como cualquier habitante de la ciudad suele hacer, de libertino.

He estado con muchas mujeres, he creído conocerlas y, sin embargo, vos me demostráis que escondéis más de lo que en verdad sois. No me orgullezco de mis tratos para con ellas, quizás no hayan sido los adecuados ni los más apropiados. Ya no me importa confesaros mis malas obras, no me importa en absoluto confesaros todo lo que soy y lo que he hecho. Siento que vuestra opinión de mí pueda alejarse del buen ver, mas la mía hacia vos cada día roza más la admiración, como si vuestras letras ya no fuesen simples palabras en tinta, sino una completa obra de arte.

Con toda mi admiración,

Nastagio

Giovanna terminó de leer la carta y enseguida la guardó en su escondite secreto: un cajón oculto de su cómoda, junto a sus objetos más preciados. Porque sí, aquellas cartas estaban comenzando a adquirir cierta importancia en su corazón, aunque se negase a admitirlo, y eso la asustaba terriblemente. ¿Y si… estaba sucumbiendo a los encantos de un libertino que escondías sus verdaderas intenciones de cortejarla? ¿Podía confiar en sus palabras? No podía estar segura, prefería abrazar la desconfianza que herrar de ingenua.

A un pecador reconocido:

Agradezco de buen grado sus sinceras confesiones, mas no os mentiré en cuanto a que, por más que mi menester gustase de hacerlo, se me hace difícil creeros. Siento que me echáis demasiados claveles, no merecidos, os lo aseguro. Pero si puedo hacer de vos mejor persona no os esconderé el que me llene de felicidad tal cometido.

Ese mundo ilusorio que habéis dibujado, no dejando de ser una fantasía, pareciéseme bastante apetecible. ¿Qué más poseería? ¿Sería un mundo hermoso? ¿Dónde entraría el arte dentro de él? Puestos a jugar con quimeras, juguemos apropiadamente, señor Grivaldi. Pero solo os pido una única cosa, no juguéis conmigo ni con los sentimientos que comparto con vos. Yo no soy ni seré vuestra victoria, tenedlo siempre presente. Solo puedo ser una mera distracción literaria, se podría decir, aunque también vedme como un apoyo moral, una consejera y una dama cargada de buenas intenciones para con vuestra alma.

Mis ánimos y mis mejores deseos a un caballero confesado,

Vulcana

Nastagio no volvió a responder. Giovanna esperó sus cartas durante días, hasta que comprendió cuál era la verdadera respuesta: no le volvería a escribir. Debía haber entendido de su última carta todo cuanto le era necesario saber para dar por imposible la labor de cortejarla y eso era suficiente para no seguir desperdiciando su noble tiempo manteniendo aquella correspondencia.

Si el corazón de Giovanna sufrió, no fue por mucho tiempo. Quizás soltó una pequeña lágrima, pero enseguida se recompuso. Se dijo a sí misma que así debía ser, todo volviendo a su cauce regular. Se alegraba de que hubiese sido él el más valiente de los dos en finalizar la comunicación.

Giovanna no tardó en regresar a sus labores diarias; acompañar a su madre por las mañanas, acudir a misa, bordar de vez en cuando, leer las adquisiciones nuevas de su padre, escuchar los chismes de Florencia de boca de su hermana pequeña… Y cuando caía la noche, salía a su balconada con sus flores favoritas, olía una o dos y se permitía, aunque solo fuese un segundo,

pensar en él. Rezaba en silencio una oración para que su alma se purificase y para que no pudiese herir a ninguna dama de la ciudad.

Otra vez.

Capítulo 4

Se vio sumergida en un naranja cálido de los últimos rayos de sol. El mundo tenía un color diferente a esas horas de la tarde. La atmósfera portaba unas notas de melancolía, como si el atardecer marcase el fin de una etapa. Y desde entonces ninguna otra puesta de sol podría transmitirle la misma sensación. Era triste, hermoso e inevitable. Pero había otra presencia. Una que latía coordinada con la suya. Una embriagadora y finita. Su imagen se esclareció ante ella, capturando algunos pedazos de sol crepuscular.

Sabía quién era él, pues poseía sus mismos misteriosos ojos. Quiso tocarle, grabar en sus yemas su contacto, su presencia. Pero él se tornó dándole la espalda y desapareció como una sombra. Y entonces la luz y el mundo se apagaron.

Toc. Toc.

—Niña, dese prisa, va a llegar tarde.

—Ya voy, Cecil —respondió amortiguando sus palabras contra su almohada.

Brianna Laidhart quiso volver a dormirse, pero sabía que, si Cecil había llamado a su puerta, quería decir que su alarma no había sonado y tenía que darse prisa si no quería llegar tarde.

Se levantó de la cama rápidamente y, mientras se lavaba la cara, una serie de imágenes comenzaron a inundar sus pensamientos. ¿Qué había soñado exactamente? Solo podía recordar vagos fragmentos de sus sueños, en los que casualmente salía él.

Aidan Grivaldi.

¿Tanto le había marcado el chico nuevo? Había sido amable y considerado con ella, ¿qué más podía esperar de él? ¿Por qué de repente soñaba con él? Solo había soñado con Olivia y sus amigas en alguna de sus pesadillas, pero con nadie más de su clase.

Sin las gafas, ahora Brie apenas veía de lejos. Al menos sabía que su uniforme se encontraba planchado sobre su escritorio. Cecil siempre se lo dejaba allí preparado.

Se vistió rápidamente y salió de su cuarto a toda prisa. Si pensaba pasar por el lugar del accidente para buscar las gafas de su abuelo, más le valía desayunar en menos de cinco minutos. Al llegar a la espaciosa cocina de la mansión de los Laidhart, Jane ya estaba terminando su bol de cereales de colores, mientras Cecil preparaba unos huevos revueltos con orégano, el desayuno favorito de Brie.

—He exprimido zumo de naranja, está en la nevera.

—Gracias, Cecil —dijo mientras cogía un vaso de cristal de la alacena—. Tengo que salir corriendo.

—Está bien, un segundo. —Terminó de revolver los huevos y le sirvió un plato.

Afuera de la casa alguien tocó el claxon y Jane se llevó el tazón de leche a los labios echando la cabeza hacia atrás.

—Yo ya estoy —anunció la niña poniéndose en pie. Se limpió con una servilleta y, sin decir

adiós, cogió su mochila y se marchó, pues el padre de su amiga Daisy le esperaba en la entrada de casa para llevarlas al colegio.

Brie pegó dos bocados a la comida de su plato y un buen sorbo al zumo de naranja, después salió corriendo.

—¿A dónde vas?

—Tengo que buscar mis gafas —gritó mientras se ponía los zapatos.

—No has comido nada. Será mejor que no cojas la bicicleta por un tiempo. ¡Niña!

—Adiós, Cecil, nos vemos luego.

Nada más salir de casa, Brie encontró su bicicleta junto al árbol. Se subió sin pensárselo dos veces. No tardó en darse cuenta de que Jackson, su jardinero, había arreglado la cadena. Descendió por la pendiente del jardín hasta llegar a la puerta trasera. Allí, un sendero conectaba directamente con el camino que bordeaba el lago.

Pero aquella mañana no pudo disfrutar del paisaje, pues apenas lo discernía con claridad, no eran más que colores distorsionados a su alrededor. Se obligó a mirar hacia poco más allá del manillar para no volver a caerse. Enseguida alcanzó el camino y pudo sentirse más segura.

Al pasar por el puente comenzó a ralentizar la velocidad para detenerse justo donde se había caído de manera estrepitosa delante de Aidan Grivaldi. Dejó su bicicleta apoyada sobre el tronco talado e inspeccionó con la mirada por si sus gafas se encontraban a la vista. Tuvo que arrodillarse y palpar el terreno cubierto de hojas secas. Buscó y buscó una y otra vez, pero nada. ¿Dónde podían estar? ¿Podía haberlas recogido también Jackson?

Desesperada, decidió calmarse y realizar una última búsqueda. Y una vez más, nada. Brie se llevó las manos al rostro y dejó caer su cabello hacia delante. Eran las gafas de su abuelo, su herencia más preciada. No había querido cambiarlas, ni si quiera ponerse lentillas, solo por respeto a su memoria, pues cuando se veía en el espejo con ellas puestas podía ver un atisbo de él.

Ya no se vio con fuerzas suficientes para levantarse, ni siquiera para contener sus lágrimas. No le importaba ni mucho menos perderse la primera hora de clase, porque necesitaba un minuto para sacar todo lo que llevaba dentro.

Lloró por aquella vida que no quería vivir, por el conflictivo matrimonio de sus padres, por Jane, por tener que ir todos los días a esa horrible escuela, por no ser lo suficientemente guapa para encajar allí, por todo. Se ahogó en su llanto y comenzó a toser, tuvo que limpiarse los mocos con la manga del abrigo.

De repente sintió una cálida y reconfortarle presencia. Una mano se posó sobre su cabeza y escuchó en su interior: «No temas». Y entonces perdió la conciencia. Volvió a viajar a lo más profundo de sus sueños, donde vio aquel rostro de nuevo. Tan cálido, tan radiante que no pudo hacer más que sonreír de felicidad. ¿Qué estaba pasando? No halló respuesta, solo paz. Y por unos instantes se sintió llena de gozo y dicha.

Cuando abrió los ojos se encontró mirando hacia el techo de ramas que la sobrevolaba. Las hojas se mecían de un lado a otro paulatinamente a son del viento que jugaba con ellas a su antojo. Podía apreciar cada detalle, cada matiz, cada color, cada rama, fisura, sombra y luz.

Pestañeó repetidas veces hasta que recobró el sentido del todo. Había estado buscando sus gafas y luego había acabado llorando al no encontrarlas. Y después… ¿qué había pasado exactamente? Alguien la había tocado. ¿O acaso lo había soñado? Era muy posible que se hubiese quedado dormida, ya que el llanto trae consigo dolor de cabeza.

Se reincorporó lentamente sobre las hojas secas y advirtió en los reflejos del lago. Nunca le

había parecido tan hermosas las vistas, tan… nítidas. Se palpó el puente de la nariz y, en vez de sentir la montura de sus gafas, notó un vacío, un asombroso vacío. No había nada. Puso entonces su atención en el árbol más remoto de bosque y, en vez de verlo distorsionado, pudo apreciar el contorno de su copa. ¿Cómo era posible? No llevaba las gafas. Comenzó a temblar de pura incredulidad. No entendía qué había pasado, todo parecía ser un maravilloso misterio.

Se encontró a sí misma mirando hacia cada dirección que la rodeaba, queriendo percibir cada elemento de la realidad. Veía incluso mejor que con las gafas de su abuelo. Y volvió a llorar, pero esta vez porque se sentía como si hubiese recibido un regalo, como si la vida por fin le sonriese.

Miró su reloj de pulsera, hacía casi una hora que habían empezado las clases. Pero no se preocupó por haberse perdido Biología, parecía más importante el milagro que acababa de acontecerle.

Decidió tomar su bicicleta para no llegar tarde a la siguiente clase, todavía pletórica y sonriente. El mundo relucía a su alrededor de una manera fascinante. Era la primera vez que disfrutaba yendo a Osborne. El viento se levantó en un rugido destapando su rostro y descorriendo lo que quedaba de sus lágrimas hacia sus sienes.

«¿Qué está pasando?», se preguntó mientras se ponía de pie sobre los pedales, dejando que la velocidad la guiase cuesta abajo por el sendero de árboles. Enseguida apareció Osborne ante sus ojos. Nunca antes se había percatado de la belleza de sus formas, de aquella madreselva que la engullía aquí y allá, tiñendo el gris de la piedra con vibrantes colores otoñales.

Dejó aparcada su bicicleta, se cargó la mochila en la espalda y entró en la escuela tratando de pasar lo más inadvertida posible. Todo se encontraba en silencio, pues aún estaban terminando la primera hora de clase. Al llegar a las proximidades de su aula no supo bien qué hacer, así que se fue al baño a esperar sentada sobre la tapa de un retrete. Aburrida, comenzó a leer los comentarios que había escritos en la puerta.

Peter Byers, quiero un hijo tuyo.
¡Yo también!
De ese imbécil no, que sea de Carson.
Hannah Gilgalrd es una zorra.
Huele a queso BRIE.
Huele a perdedora.
PERDEDORA.
FEA.
P.E.R.D.E.D.O.R.A.

Sonó el timbre sobresaltando a Brie, quien había perdido su radiante sonrisa.

Salió del baño con la mirada gacha, no era la primera vez que leía esos comentarios, algunos le habían llegado vía escrita durante alguna clase. Otros, los habían escrito en su pupitre, o incluso en su agenda. Y el resto habían llegado casi siempre de manera oral, entre susurros y cuchicheos, aunque también en voz alta, delante de todos sus compañeros. Por unos segundos, Brie fingió que no había leído ninguno de esos horribles mensajes y decidió que nada le arruinaría el milagro de una perfecta y recuperada vista.

En el pasillo nadie advirtió en su presencia, todo el mundo iba de un lado a otro bulliciosamente. Entró en clase donde, afortunadamente, tampoco se le prestó atención. Se

dirigió a su pupitre y sacó de su mochila su estuche, su cuaderno y el libro de Historia. No faltó ni un minuto más para que apareciese el señor Dugerton por la puerta con el maletín en una mano y un taco de hojas en la otra. La clase entera se sumió en el más hondo silencio.

—Señor Dugerton, ¿no tendrá usted…?

—¿Se refiere a los exámenes, Maconey?

Este asintió con un nudo en la garganta.

—¿Por quién me ha tomado? ¿Cree que me ha dado tiempo a corregirlos todos?

Se escucharon suspiros de alivio.

—Porque sí, tengo todos los exámenes corregidos —corroboró mientras dejaba sus pertenencias sobre su mesa—, y sí, son decepcionantes.

Todos los presentes se revolvieron en un malestar, a excepción de Brie, que se sentía como casi siempre muy segura con su resultado. El señor Dugerton comenzó a repartir los exámenes sin piedad alguna, complacido por sus dotes correctivas.

—¡Una C! —se indignó Kelly McGuire—. Pero si he estudié muchísimo.

—Pues siga estudiando, señorita McGuire, porque la Guerra de los Cien Años no duró precisamente cincuenta.

La clase entera estalló en carcajadas a lo que Kelly se limitó a mirarse las uñas con una mueca de indignación.

—Brianna Laidhart —dijo el señor Dugerton y le entregó su examen sin más, sin añadir ningún comentario distinguido, lo que le extrañó, pues era algo que habituaba a hacer.

Brie miró su examen, le había puesto un sobresaliente bajo. ¿En qué había podido fallar para no recibirlo alto? ¿Por qué el señor Dugerton no la había congratulado por su resultado?

—Y finalmente… Grivaldi —dijo el profesor haciéndole entrega de su examen.

Todos callaron.

—Parece ser que tenemos entre nosotros un alumno realmente prometedor. Poneros al día, el señor Grivaldi sabe más que todos vosotros. —«Y que yo mismo», pensó en su interior comiéndose su orgullo, pues jamás lo admitiría en público.

Brie se tornó para mirar a Aidan, quien se revolvía el cabello tranquilamente, sin atender a todas las demás miradas. Sintió una mezcla de sorpresa y rabia, y quizás también envidia, aunque no quiso reconocer esto último.

—Ya has oído, queso brie, parece ser que alguien es más listo que tú, ¿ahora cómo vas a ser alguien? —le susurró la voz de Olivia Lavender.

—No puede competir con Aidan, mucho menos en belleza —se mofó Charlotte incitando a una serie de risas.

Brie se encogió en su asiento y dio la vuelta a su examen para no verlo.

La habían superado muchas veces en otras asignaturas, pero nunca en Historia. Historia era su fuerte, era *su* materia. Y en menos de un segundo alguien le había quitado su puesto y no sabía cómo reaccionar. «¿Ahora cómo vas a ser alguien?». Porque… ¿quién era en realidad? Olivia y las demás le habrían respondido que no era nada, ya que en el único terreno donde sobresalía había sido, también, relegada.

—¡En guardia! —ordenó la profesora Dankworth a Jake Sullivan y a Kelly McGuire que estaban a punto de enfrentarse en un duelo de esgrima delante de toda la clase.

Como era de esperar, Kelly no duró ni medio minuto, Jake la tocó limpiamente y Dankworth

lo felicitó.

—Ahora se pondrán por parejas y practicarán los movimientos que hemos estado aprendiendo estas últimas semanas. Después se irán rotando para aprender de cada uno de sus compañeros.

Al escuchar eso, Aidan aprovechó para buscar a Virginia, pero enseguida la encontró emparejada con su mejor amiga Helena. Aquellas dos eran inseparables. Siempre que quería acercarse a Virginia aparecía su amiga interrumpiendo su conversación. Y cuando no era ella, era alguno de sus nuevos amigos.

—Grivaldi —le llamó Fred apuntándole con la espada—. Ponte conmigo.

—Será un honor para mí —respondió Aidan.

Practicó una serie de posiciones con Fred, quien se defendía con una esgrima chapucera. No podía culparle, ni a él ni a ninguno de los demás con los que tuvo que batirse, pues solo él había tenido que hacer verdadero uso de la espada a lo largo de los siglos.

Aidan se encontró a sí mismo melancólico, reconociendo cuánto le había gustado combatir amistosamente en toda serie de duelos, incluso salir impune de alguna que otra contienda. Una vez llegó a vencer al conde de Pacelli, quien en honor a su victoria le hizo entrega de una espada forjada con uno de los mejores aceros de toda Europa, que llevaba además grabado su apellido alrededor de una serie de piedras preciosas.

Se fueron turnando, tal y como había dictaminado la profesora, así que Aidan esperaba que le tocase pronto con Virginia. Mientras estuvo emparejado con una chica bajita cuyo nombre no recordaba y que no dejaba de requerir su atención haciéndole preguntas que no atañían de ninguna forma al oficio de la esgrima.

—¿Cómo sabes hacer todo tan bien? —le decía, embelesada.

—Intentó hacerlo lo mejor que sé —respondió él intentando restarse importancia. En cualquier otro caso habría fingido que era un torpe y no sabía del tema, pero cuantos más éxitos y cualidades se configurasen en torno a su persona más atrayente resultaría para Virginia.

—¡Cambio de pareja! —anunció la señora Dankworth.

Su compañera rotó cambiándose por otra. Aidan pudo reconocer a Virginia una pareja más a su derecha, pues llevaba dos trenzas pelirrojas que sobresalían de su careta protectora.

—¿Podemos practicar? —le pidió su nueva compañera despertándolo de su ensoñación.

Aunque la voz sonó algo amortiguada, Aidan enseguida la reconoció, era Brianna Laidhart.

—Sí —respondió adoptando la posición de combate.

Ella lo imitó lo mejor que pudo, poniendo en guardia la pierna equivocada.

—Es la otra pierna —la corrigió él instintivamente.

—Oh, sí, claro —dijo ella modificando su postura.

—¿Estás lista?

Asintió y eso fue suficiente para que él comenzase a marchar hacia delante. Aidan atestó el primer golpe, el cual ella logró esquivar retirándose hacia un lateral.

—No te apartes, defiéndete con tu espada —aconsejó él regresando a su posición—. Otra vez.

Se colocaron y, cuando Aidan se disponía a atacar de nuevo, alguien se estampó contra su cuerpo cayendo a la vez los dos al suelo. Se reincorporó lo suficiente para ver cómo Virginia Ainsworth se retiraba de encima de él.

—Lo siento, lo siento —se lamentaba mientras se quitaba la careta—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? Soy un desastre para este deporte, no quería que Hans me ganase otra vez.

Aidan se puso en pie complacido de que hubiese sido Virginia la que había chocado con él. Accidentalmente…

—¿Y qué es exactamente lo que no dominas de la esgrima? —le preguntó.

Virginia fue a responderle cuando su pareja les interrumpió:

—¿Estás bien, Virginia? Ha sido culpa mía, ella solo estaba huyendo de mí.

—Sí, sí, estoy bien, Hans —dijo ella y después tornó su atención hacia Aidan—. Quizás podrías ayudarme un poco para enfrentarme mejor la próxima vez. He visto que te defiendes bastante bien.

Aidan sonrió por dentro.

—Colócate en posición de ataque —empezó ordenando.

Virginia se situó al segundo y levantó la barbilla. Aidan inspeccionó su postura y se acercó sutilmente a ella para bajar su brazo demasiado alzado. En aquel momento, Virginia se alegró de que la careta ocultase sus mejillas ruborizadas.

—Así mejor.

Aidan se situó frente a ella, también en ataque.

—Bien, ahora atácame.

Virginia dio un dubitativo paso hacia delante.

—Con más intensidad.

Dio un salto hacia delante y estiró el brazo con intención de tocarle, pero él lo esquivó y contraatacó, obligándola a retroceder un paso. Aidan quiso darle algo de ventaja así que tardó en reaccionar, en lo que ella pudo volver a encarársele.

—¡Mucho mejor! —exclamó él chasqueando su espada con la de ella.

Retiró entonces el arma y ella hizo lo mismo, dándose un descanso.

—Disculpa —aprovechó para decir una voz.

Aidan se dio la vuelta. Brianna Laidhart lo miraba sin la careta puesta y con el ceño fruncido.

—¿Podemos practicar?

—Hans está libre —añadió Virginia descaradamente.

Aidan tardó en contestar, era la centésima vez que alguien interrumpía su cortejo. ¿Qué era lo que quería ahora? La había estado ayudando todo el tiempo, incluso cuando se cayó de la bicicleta. ¡Aquella mañana había malgastado uno de sus milagros en curarle la miopía! A pesar de que no debía utilizarlos más que en ocasiones excepcionales. Y ahora exigía más atención, cuando lo único que quería era terminar de una vez su misión con Virginia, después de casi seiscientos años de espera.

—Muy bien, practiquemos —respondió él, realmente alterado, colocándose en guardia.

Brianna apenas tuvo tiempo para reaccionar, pero se puso la careta justo cuando él ya se había adelantado y profería el primer golpe. Logró sortearlo con su espada, pero la de él fue más veloz y rodeó la suya esquivándola. Volvió a su posición de ataque y esta vez fue infalible, le dio un golpe limpio en el corazón que no hizo más que hacerla retroceder hacia la pared.

—*Touché.* ¿Satisfecha?

Todos los presentes habían dejado sus ocupaciones para cederles su atención. Olivia y Charlotte comentaban entre cuchicheos y risitas sobre la contienda, al igual que otros muchos murmuraban.

Aidan regresó con Virginia dándole la espalda y enseguida los demás volvieron a sus puestos.

Brianna se quedó sola, en silencio, consigo misma. Queriendo entender cómo había acabado humillada una vez más por Aidan Grivaldi. Solo quería practicar la esgrima para aumentar sus calificaciones, pues era, sin duda, la clase de educación Física la materia que más descendía su media. Y él la había ignorado para centrarse en Virginia, despreciándola. Había sido una ilusa

creyendo que Aidan Grivaldi podría tener algo más de consideración que el resto de sus compañeros, incluso de todo Osborne. No, él era incluso peor, quería quitarle lo único que la hacía sobresalir en aquel lugar: sus calificaciones.

Realmente, nunca quiso Brianna, más que en cualquier otro momento, desaparecer.

Reúnete conmigo a la salida de clases, al lado de las bicicletas aparcadas.
A. Grivaldi

Virginia palideció al leer la nota que habían encontrado sutilmente guardada en uno de sus cuadernos. ¿Había sido de ayer? ¿O era de hoy? Decidió esperar a que terminase de las clases para comprobarlo. Le sentaría verdaderamente mal que se hubiese pasado de fecha. Solo el pensar que él habría podido estar esperándola…

La última hora de clases se le hizo realmente eterna. Se dedicó a revisar continuamente cuántos minutos quedaban para que terminase. Una vez más, no se enteró de nada de Literatura. Y, cuando creía que se quedaría sin más uñas que morderse, sonó el timbre.

Mientras guardaba sus cosas vio cómo Aidan, que ya estaba preparado, abandonaba el aula. ¿Tal vez para reunirse con ella? Virginia se apuró y en menos de un minuto salió también en su misma dirección. ¿Para qué la habría citado exactamente? ¿Acaso se le iba a confesar? Porque si era así, ella pensaba confirmar el que sus sentimientos eran mutuos. Por fin había aparecido alguien digno sus atenciones, alguien con el que realmente encajaba, no como el resto de los estúpidos chicos de Osborne.

Cuando llegó afuera buscó con la mirada el puesto de las bicicletas, que estaba dando al bosque, bajo un gran árbol. Aidan estaba allí, leyendo un libro, apoyado en su corteza, a su espera.

Virginia se fue acercando, al principio con paso decidido, después le temblaban las rodillas y apenas se sostenía en pie, pero logró alcanzarle. Él levantó la mirada y le sonrió, intentando transmitirle algo de tranquilidad.

—Has venido.

Cerró su libro y lo guardó en la mochila.

—Sí…

—¿Quieres dar un paseo lejos de las abrumadoras paredes de Osborne?

Virginia fue a decir que sí cuando vino a su cabeza la imagen de su padre diciéndole un NO rotundo. También se acordó de Gunter, su protector y chófer que no le quitaba le ojo de encima.

—No debería, es que… vienen a buscarme, yo…

—Solo será un paseo, luego te traeré de nuevo a la escuela.

Ella miró a su alrededor y después a ese par de ojos verdes que la hicieron asentir. Aidan sonrió y echó a andar por el sendero que había más cercano. Virginia lo siguió tímidamente a poca distancia.

—Por fin algo de tranquilidad, ¿no crees? —le preguntó él dándosela vuelta y continuando con su andar hacia atrás.

—Sí, la verdad es que me muero de ganas de terminar las clases e ir a la universidad —confesó ella—. ¿Tú has pensado ya que quieres estudiar?

Aidan se situó a su lado izquierdo y entrelazó sus manos detrás de su espalda.

—Quizás Historia o Filosofía, incluso Derecho. ¿Y tú?

Virginia se sorprendió ante la respuesta, pues habría imaginado a Aidan como un estudiante de

Medicina, Biología, tal vez Física. Una vez más, volvía a sorprenderla.

—Lo cierto es que no tengo ni idea de qué estudiar —dijo cabizbaja—. Mi padre cree que se me darían bien los negocios. También dice que me ve como una gran organizadora de eventos prestigiosos. Aunque todavía no lo veo del todo claro.

—Entiendo. Debes entonces dejárselo al alma.

—¿Al alma?

—Ella es la única que sabe lo que quieres en realidad. Escucha lo que te diga, no hagas caso a los perjuicios, ni a los deseos de personas secundarias, como tu padre, sino a lo que ella quiera. Es la mejor forma de ser fiel a uno mismo.

—Quizás tengas razón —dijo Virginia pensando atentamente en esas palabras.

Aidan parecía una persona tan profunda, tan distinta, tan… madura, como si hubiese vivido muchos más años que ella. Y no se equivocaba.

Sin darse cuenta llegaron al parque de Jerome, que era famoso por sus sauces y sus bellas vistas al valle. Aidan la guio hacia uno de los bancos de forma semicircular que había en una colina, casi con la función de mirador. La piedra en la que estaba tallado convivía junto al musgo.

—¿Dónde te gustaría estudiar? —dijo él tomando asiento, con la mirada en el paisaje.

—Me da igual, con tal de salir de este pueblo. —Se sentó algo alejada de Aidan, estableciendo una distancia—. Aunque Helena quiere que vayamos juntas a la Universidad de Columbia, y mi padre nunca permitiría que me fuese tan lejos.

—Por casualidad, ¿no es él un poco sobreprotector contigo? —se atrevió a preguntar Aidan pasando las piernas al otro lado del banco y dándole la espalda a las vistas, después se apoyó con las manos en el borde estirando los brazos.

—Un poco… —rio ella— se quedaría corto. Está obsesionado con la idea de que me pase algo que me aleje de su lado. Ha calculado todos los posibles peligros y cree que la mejor forma de evitarlos es teniéndome confinada en casa.

Virginia pegó una patada a un montón de hojas haciéndolas volar para después caer con lentitud por la pequeña pendiente.

—Debes de ser muy querida para él.

—Soy lo único que tiene, después de que mi madre muriera.

Aidan no se atrevió a preguntar, no quería inmiscuirse demasiado en la vida de Virginia, aquellos temas eran demasiado delicados para ahondar en ellos.

—A veces pienso en buscarle una novia, ¿sabes? —dijo ella en un susurro—, para que se distraiga con otra persona.

—Supongo que él tampoco querrá que tú te busques un novio —aprovechó para decir Aidan y cambiar el rumbo de la conversación hacia el tema que de verdad era importante.

Virginia se quedó helada y bajó la mirada, se había puesto rojísima y lo sabía, así que prefería que él no fuera consciente de ello. Aidan se arrimó más hacia su lado y puso su mano sobre la de ella.

—Nun… nunca ha entrado en su cabeza esa idea —respondió entrecortadamente—, para él soy todavía una niña.

—¿Y en tu cabeza? ¿No ha entrado esa posibilidad?

Entonces, ella se atrevió a mirarle y se dio cuenta de que sus rostros estaban sorprendentemente cerca. Los ojos de Aidan pasaron de sostener a los suyos a desviarse a sus labios. Virginia se quedó profundamente hipnotizada, como si se hubiesen apropiado de ella y ya

no fuese capaz de controlarse a sí misma.

Aidan comprendió que ella estaba exactamente donde la quería tener, así que dejó caer su boca sobre la suya hundiendo su nariz en su mejilla. Virginia sintió una sensación realmente extraña y maravillosa a la vez, como si quemase terriblemente, pero al mismo tiempo le recorriese todo el cuerpo de escalofríos.

Aidan alargó unos segundos el beso hasta que no pudo esperar más, levantó la mano y chasqueó los dedos. En ese preciso momento, Virginia se quedó suspendida y comenzó a caer hacia atrás. Pero él la sostuvo con un brazo y la dejó suavemente recostada contra el banco, permitiendo que su melena pelirroja se esparciese sobre la piedra y se escapase por los bordes, casi rozando el suelo. Realmente parecía una bella durmiente, sumida en el mejor de los sueños.

Aidan sacó de uno de sus bolsillos un frasco transparente. Bebió apenas un sorbo y sintió cómo su cuerpo se desvanecía para el resto de mortales, ocultando así las siguientes acciones. No podía exponerse al que hubiese testigos, por muy intransitado que se encontrase el parque a aquellas horas.

Se puso en pie y decidió llamar a sus instrumentos emitiendo un rasgador silbido. En menos de un minuto aparecieron, flotando en el aire y a unos palmos de él, su arco y carcaj de flechas. Atrapó ambos concienciándose de que era la última vez que los sostendría. Había esperado casi seiscientos años para aquel momento. Cuidó de elegir una de sus flechas doradas y, sin demasiada prisa, la situó a la altura de sus hombros, hasta que coincidió con su comisura derecha. De esta forma, tensó el arco y lo colocó en simetría con Virginia. Agudizó bien la trayectoria y aspiró intensamente. Al expulsar el aire soltó la rígida flecha.

Mientras la cuerda del arco oscilaba inquieta hasta detenerse del todo, Aidan se quedó mirando el cuerpo de Virginia, allí en su pecho donde debía estar clavada la flecha no había más que un intenso y prominente vacío.

Al segundo, se emitió un sonido seco y Aidan se dio cuenta de que su flecha había ido a parar a un tramo de hierba que había no muy lejos. Procedió a recuperar el arma y se dispuso a lanzarla de nuevo, esta vez más concentrado en su cometido. Pero de igual forma la flecha se desvió resistiéndose a llegar al pecho de Virginia. Y así una y otra vez, hasta que se dio por vencido.

Se dejó caer contra el tronco de un árbol con la rebelde flecha entre sus dedos. ¿Cómo era posible? Había cumplido con cada paso, ¿es que debía ser de otra forma? Su mirada entonces se proyectó en el dulce letargo de Virginia, quien reposaba con una calma y tranquilidad nunca vistas, a diferencia de sus pensamientos plagados de desasosiego.

Sin poder evitarlo, pasó por su mente una idea que quiso desechar, pues no podía sentirse más estúpido de ser cierta.

Sí, Virginia Ainsworth, al contrario de como él había supuesto desde el principio, podría no ser la última.

Capítulo 5

—¿Cuál es tu opinión al respecto, querido Marxias?

Este, que había escuchado con atención y silencio todo lo relatado por Aidan, aspiró su pipa y, reclinando la cabeza, pensativo, expulsó una humareda rosada en la habitación.

—Creo que has actuado impulsivamente. Que la chica fuese la última de tu lista no te ha hecho ver con claridad, y es posible que esa ceguera e impaciencia tuya te hayan arrastrado a confundirte de chica, lo cual es, aunque no quiero jactarme, bastante divertido.

Mientras Marxias se reía entre caladas y expiraciones de humo, Aidan se revolvía enfadado a lo largo de todo el salón, queriendo romper alguna silla o plato de porcelana.

—Es alentadora tu opinión, me es de mucha ayuda —le reprendió Aidan.

—Reconócelo, Aidaniel, has sido un necio. ¿Creías que los de arriba serían indulgentes y te lo pondrían fácil al final del camino? Al contrario, ahora que estás por terminar se te presentará más difícil que nunca, suerte que eres un chico bastante avispado, podrás superarlo y así ganarte el cielo.

—Pero… estaba seguro de que era Virginia la elegida. Lo sentí al llegar a Deerwoods, cuando hablaba con ella, cuando la veía. ¿Cómo he podido equivocarme de tal manera? ¿Cómo he podido creer estas últimas semanas que era ella y no otra la que debía conquistar?

—Aunque tienes atributos de ángel, sigues siendo semihumano y, como tal, es costumbre de la especie humana el errar, y mucho.

—Hablas como si tú nunca hubieses sido humano. ¡Pero qué digo! Por el momento pareces incluso más humano que yo, *pequeño* amigo.

—Cuando recupere mis alas pienso abofetearte con ellas.

Aidan se rio, le encantaba arremeter contra Marxias y hacerlo enojar.

—Como iba diciendo, será mejor que te pongas a trabajar cuanto antes, Aidaniel, ahí fuera queda un corazón más que robar.

—Sí —se dijo para sí mismo—. Pero ¿quién será? ¿Por qué no la he sentido desde el principio? He perdido tanto tiempo con Virginia…

—¿Cuánto? ¿Tres semanas? Llevas quinientos años esperando, creo que puedes esperar un poco más.

Virginia no le quitó ojo a Aidan durante toda la clase. Aunque tenía algo distorsionado el recuerdo de su último encuentro, sí que recordaba cómo él se había apoderado de su primer beso.

Se moría de ganas de hablar con él, pero el solo hecho de hacerlo la hacía sonrojar de una manera en la que solo quería encontrar un lugar seguro donde poder esconderse. Por eso esperaba con ansia que fuese él quien acudiese a ella y así podrían empezar a hablar de retomar

ese beso.

Su descontrolada imaginación comenzó a formular posibles acontecimientos futuros en los que aparecía la imagen de ambos, cogidos de la mano, paseando por los pasillos de Osborne, por los alrededores de Deerwoods, siendo el centro de miradas y recelos. Pues era ella, Virginia Ainsworth y no ninguna otra, ni siquiera Charlotte u Olivia, la que había conquistado al más atrayente de los chicos en la escuela. Establecer una unión con Aidan Grivaldi era un privilegio que la haría sobresalir aún más que nunca. Años y años escuchando reproches de su padre sobre que ningún chico sería lo suficientemente bueno para merecerla, una cuestión que había calado muy profundamente en ella y que la había convertido en una muchacha exigente.

Por el contrario, Aidan parecía demasiado abstraído en sus pensamientos y jugueteaba con sus dedos con la pluma que le había quitado a Marxias, sin prestar atención a la clase ni a ninguno de los que le rodeaban. Dentro de su mente divagaba sobre todos sus pasos al llegar a Deerwoods, sobre la primera vez que vio a Virginia Ainsworth, ese momento en el que sintió, y nunca de forma tan sincera, que era ella su última conquista; o, dicho de otro modo, su llave para abrir las puertas del tan ansiado cielo. Y, sin embargo, la flecha no se había clavado en Virginia, pues no le correspondía ese honor a ella, sino a otra persona.

Levantó la mirada, ¿sería alguien de la clase? Había sentido la presencia entre esas paredes, de forma que no descartó la idea. Pero ¿quién? ¿Quién era lo suficientemente inconquistable para precisar sus servicios? Desde luego que Virginia Ainsworth había encajado a la perfección dentro de esos parámetros, como corazón un tanto difícil de tomar, aunque al final se había demostrado dócil.

Al finalizar la clase todavía le recorría esa inquietud, esa duda, esa laguna que lo instaba a comprender cómo había podido fallar por primera vez en su cometido. Se levantó dispuesto a dar un paseo por Deerwoods en busca de paz y de respuestas, cuando se le acercó su amigo Matt.

—Ey, ¿te vienes con nosotros? Vamos a subir a la montaña y viene la prima de Fred. —Guiñó un ojo.

—Quizás otro día, tengo mucho lío.

—Como veas, Grivaldi. Eso sí, tienes que venirte a la fiesta de este viernes en casa de Peter —le gritó mientras se marchaba con sus amigos.

Aidan asintió, aunque por dentro no tenía real intención de ir, no hasta que resolviese aquel asunto que sí era de verdadero interés para él, más que cualquier otra distracción banal como acudir a una fiesta de niños ricos.

Estaba caminando por el pasillo en dirección a la salida cuando sintió un fuerte dolor en el pecho, de tal intensidad y magnitud que se paró de seco propiciando alguna que otra queja a sus espaldas. Tuvo que apoyar una mano en una de las taquillas de madera para sostenerse en pie.

De pronto, empezó a latir su corazón muy rápidamente, como si este quisiera decirle que se pusiese en camino, que *ella* andaba más cerca de lo que creía. Sintió tal emoción que comenzó a andar, más bien a abrirse paso entre la marea de alumnos que obstaculizaban su paso. Cuando apareció delante de él la persona menos oportuna.

—Aidan.

—Virginia, ¿te encuentras bien hoy? —le preguntó intentando ser cortés—. Tienes que perdonarme, tengo bastante prisa.

—Pero… yo quería hablar, bueno, ya sabes…

Aidan no se sentía con fuerzas para hacer frente a los sentimientos que había causado en ella. Lo cierto es que nunca había tenido que hacerlo, pues siempre que lanzaba sus flechas ellas

solían olvidarse para siempre de todo lo concerniente a él: sus palabras, sus besos, o incluso si alguna vez lo habían conocido. El caso de Virginia, pues, no era más que una excepción sin posible final feliz, que traería consigo un futuro desamor del que tendría que recuperarse con el tiempo. Todo por culpa de su equivocación. Por su culpa.

—Quizás en otro momento, debo marcharme.

—Claro, entiendo que tengas prisa, pero no podemos dejar este tema por más tiempo. Creo que no nos favorece a ninguno de los dos ocultarlo más.

Pero Aidan ya no la escuchaba, pues en sus pensamientos apareció una sensación, más bien una pista nueva. Sentía un movimiento circular y constante, quizás el de una rueda. Una rueda que no tenía intención de detenerse, lo que le dio a entender que él tampoco debía hacerlo.

—Hasta mañana, Virginia. —Fue lo único que pudo decir, y luego salió corriendo.

Llegó hasta el aparcamiento y continuó su camino, pues la presencia parecía que cada vez se alejaba más y más de él.

Tomó la carretera que llevaba al pueblo, con sus curvas y bajadas en pendiente. Aunque el paisaje no dejaba de ser magnífico, Aidan solo podía prestar atención a lo que le venía de frente, como los carteles y señales, o los coches que pasaban por su lado casi rozándolo, uno de ellos ralentizó su velocidad y se paró a su izquierda.

—¿Necesitas que te llevemos? —preguntó Matt que estaba sentado en el asiento del copiloto del descapotable gris de Peter.

Aidan dudó un instante, pero después se subió en un rápido movimiento, sin tan siquiera abrir la puerta. Fred y Hans se echaron a un lado para dejarle sitio.

—¿Me podéis dejar en la iglesia?

—¿La iglesia? —repitió riéndose Peter.

—Dinos que no era tu intención ir a misa, sino casarte con la señorita Hallowey —se burló Matt.

—¿La señorita Hallowey no es esa nueva profesora en prácticas? —preguntó Fred—. La de las largas piernas.

—En efecto —corroboró Hans—. ¡Y qué piernas! Sus alumnos se van a fijar en lo largas que son y lo cortas que se van a hacer sus clases.

Todos se rieron, menos Aidan, que no tenía tiempo para atender a sus típicos comentarios, sino a aquella presencia que parecía que, a medida que Peter metía el acelerador temerariamente, se acercaba más y más.

Había dicho la iglesia porque de alguna forma sentía que ella había pasado por allí, era el rastro más cercano que tenía. Después continuaría su búsqueda por su cuenta.

Cuando llegaron a la calle principal de Deerwoods, Peter se desvió para pararse en la gasolinera.

—Lo siento, amigos, tengo el depósito casi vacío.

Aidan que no tenía ni un segundo que perder saltó del coche y despidiéndose de forma apresurada echó a correr, pues, aunque no conocía a fondo el pueblo, la iglesia estaba a dos manzanas más adelante. Al alcanzarla, ya no supo hacia dónde tirar, no tuvo más remedio que pararse a meditar sobre su siguiente rumbo.

La calle de su derecha no le transmitía demasiada confianza, mientras que la de la izquierda era por la cual había venido corriendo. Tardó unos minutos en caer en la cuenta de que había un tercer camino, situado a un lateral de la iglesia, un pequeño sendero que no era más que un ventajoso atajo para llegar hasta la biblioteca. Y sí, ese lugar despertó en Aidan gran

reconocimiento y lo hizo congratularse por haber dado al fin con una pista fija. Entró en el edificio a través de una entrada con pórtico griego y columnas acanaladas. Ya en el interior agradeció ese silencio tan particular de las bibliotecas, solo interrumpido con los habituales movimientos de las sillas, teclados de ordenador o el continuo pasar de las páginas.

Se paseó por los laberínticos pasillos rozando con los dedos las cubiertas de los libros, hasta que estos palparon un hueco. Allí, donde debía encontrarse uno de los volúmenes, había un vacío. Intuitivamente Aidan creyó que no hacía mucho alguien había tomado prestado ese faltante libro. Se dirigió pues, apresuradamente, hasta la recepción de la bibliotecaria que, respondiendo a sus preguntas de si acababa de sacar un libro una chica, respondió con estimada indiferencia:

—Cada día se sacan muchos libros, jovencito. Como comprenderá, uno de los recursos que cuenta esta biblioteca, por no decir en casi todas, es el de préstamo.

Dicho lo cual, regresó a su labor de seguir con su lectura sin prestarle mayor atención.

Aidan, que no se sentía muy dispuesto a hacer uso de sus dotes persuasivas en el plano de la elocuencia, se inclinó sobre el escritorio y ella no tuvo más remedio que levantar la mirada oculta bajo unas alargadas gafas de cordón. Al encontrarse súbitamente con el verdor chispeante de sus ojos tragó un nudo en la garganta y comenzó a sentirse extrañamente atraída por aquel muchacho. Aidan sonrió y ella ya solo pudo proferir en un susurro:

—Se ha llevado *Palabras de ceniza* hace no menos de cuatro minutos, después se ha ido.

—Que tenga un buen día —se despidió él sin ocultar su emoción. Pronto conocería a tal misteriosa nómada que lo estaba haciendo enloquecer incluso más que cuando se dedicó a perseguir a la inquieta Shio Huang por todo Singapur.

Ya en el exterior, descubrió la entrada a uno de los parques de Deerwoods. Dado que el sol había pedido permiso para salir del refugio que le proporcionaban las nubes, no había mejor lugar y momento para comenzar una lectura recién adquirida.

Caminó tranquilo por los senderos asfaltados donde había algún que otro visitante que paseaba a su perro o bien se trataba de un aficionado corredor. Se percató de la presencia de una chica rubia en medio de uno de los claros de césped. Ella sonreía y andaba hacia una de las fuentes. Parecía solitaria cuando un chico se le aproximó pasándole el brazo por los hombros y Aidan enseguida la descartó.

No. Tenía que estar en otra parte, allí no quedaba nadie más a excepción de… a excepción de una bicicleta apoyada sobre un árbol. Una bicicleta que él conocía lo suficiente como para negar con la cabeza de pura incredulidad. Se fue asomando ante él una imagen; allí, bajo un álamo, sentada sobre un banco de piedra, se encontraba una chica abandonada a la lectura en consonancia con el suave y melódico sonido del arroyo que circulaba a no menos de dos metros de sus pies. No era otra que aquella a la que había prestado su ayuda más de una vez, pero que al mismo tiempo había relegado a un segundo lugar, cuando todos sus intereses se habían centrado o, más bien dicho, malgastado, en Virginia Ainsworth.

Realmente, su sexto sentido no le había fallado en ningún momento, le había estado dirigiendo una y otra vez a *ella*. El que había fallado era sin duda él. Quien, demasiado atraído hacia la idea de que fuera Virginia a la que tuviese que conquistar y no ninguna otra, se había olvidado por completo de quien se merecía en verdad su atención.

Capítulo 6

Aquella mañana, Brie se llevó una gran sorpresa al encontrarse con todo un banquete dispuesto en el comedor; lleno de gofres, tortitas, huevos revueltos, beicon, tostadas, galletas y pastelitos. Jane parecía tan sorprendida como su hermana, sentada a la derecha de su madre, quien presidía la mesa.

—Siéntate, Brianna, se va a enfriar el desayuno —dijo la señora Laidhart mientras repasaba una revista de moda y le pegaba un sorbo a su café.

Desconcertada, tomó el asiento que había enfrente de Jane. Hacía mucho tiempo que no desayunaban en el comedor todas juntas, mucho tiempo. No tenía ganas de preguntar a qué se debía el honor, así que comenzó a servirse de los huevos revueltos y se rellenó un vaso de zumo.

—¿Y tus gafas? —le preguntó Jane.

Como Brie no sabía muy bien cómo explicar aquello, se limitó a responder:

—Ahora llevo lentillas.

Pegó entonces un bocado a su comida y no pudo más que sentir, por muy rico que estuviera, una sensación realmente desagradable. Como si aquellos no fueran los huevos revueltos que con tanto amor le preparaba Cecil casi todas las mañanas. No, sin duda no eran esos, pues les faltaba orégano y Cecil nunca los hacía sin contar con esa especia.

—¿Quién ha hecho el desayuno? ¿Has sido tú?

—¿Yo? —inquirió su madre—. Oh, no, ¿por quién me tomas, Brianna?, no tengo tiempo para semejante festín. Lo ha preparado Cornelia.

—¿Quién es Cornelia? —saltó Brie, alarmada.

—¿Os vais a separar papá y tú? —aprovechó para preguntar Jane, no precisamente en el mejor momento.

—Cornelia es la nueva criada. Cocina estupendamente, nunca deja las cosas poco hechas como Cecil. —Dirigiendo la mirada hacia su otra hija, respondió—: Ese es un asunto todavía sin resolver, Jane, tu padre ha decidido que es más importante esa reunión con sus viejos amigos que conversar seriamente sobre el futuro de nuestro matrimonio.

—¿La nueva criada? La has contratado para que ayude a Cecil, ¿no? —quiso saber, contenta porque por primera vez su madre hubiese tenido en consideración la cantidad de trabajo que recaía sobre Cecil y que exigían la ampliación del servicio, de dos personas a tres, pues contaban también con la asistenta Noelle, para tareas más especializadas.

—No. La he contratado para que haga el trabajo que deja sin hacer Cecil. No puedo controlar a esta familia, pero sí controlaré esta casa, y por supuesto no dejaré que esta también se venga abajo.

—Así que os vais a divorciar… —comentó Jane, apesadumbrada.

—¿Dónde está Cecil? —gritó Brie pegando un golpe a la mesa—. ¿No la habrás…?

—Cálmate, Brianna, no hay necesidad de que utilices ese tono conmigo, hay que ver que genio has heredado de tu padre. Y sí, en efecto, ya era hora de renovar el servicio, posiblemente en un mes nos deje también Noelle. Sully y Miranda me han estado recomendando una serie de chicas que por sus opiniones van a ser de gran provecho para esta casa y esta familia. Fíjate en todo lo que ha cocinado Cornelia en tan solo una mañana, y tiene unos modales y una obediencia nunca vistos.

—No me lo puedo creer —profirió Brie con la voz temblorosa, mientras le caían las lágrimas hasta la mandíbula, una tras otra—. Has despedido a una mujer que lleva trabajando para nosotros desde que era una niña, ¿acaso no ha demostrado su fidelidad para con nosotros? —«Para conmigo», pensó—. Nunca nos ha fallado, ni ha pedido vacaciones no programadas, ni un solo día, aun estando enferma.

Su madre se mantuvo en silencio y ella no tuvo más remedio que preguntar:

—¿Dónde está?

—¿Ahora? Haciendo las maletas, supongo. La voy a llevar a la estación de autobuses después del desayuno.

Brie se limpió la boca con una servilleta y, con la ira todavía dominando su cuerpo, soltó lo que había querido decirle desde hacía mucho tiempo:

—Como siempre, pensando solo en ti, mamá, solo en ti. Si papá y tú os separáis me iré a vivir con él.

La señora Laidhart se rio, intentando no tomarse en serio las despechadas palabras de su hija.

—Adelante, así habrá alguien que lo aguante.

—Cecil ha sido para mí lo que tú no has sido. Me siento mil veces más hija suya que tuya.

—¡Retira eso ahora mismo, Brianna Laidhart! —espetó ella, por fin dando indicios de que las palabras hacían mella en su tibio corazón—. Te he dado siempre todo, niña desagradecida. ¡Nunca te ha faltado nada!

—No pienso retractarme de lo que pienso. Vuelve a contratar a Cecil o no te volveré a dirigir la palabra. Nunca más. —Diciendo esto se levantó de golpe de la mesa haciendo repiquetear el tenedor en su plato y salió de salón sin mirar atrás.

—Seguro que no lo dice en serio, ya se le pasará —comentó su madre y continuó tranquila con su lectura sobre la sección de complementos que estaban de moda aquel otoño.

En cuanto a Brie, fue hasta la planta inferior donde estaban las habitaciones de Cecil y Noelle. Llamó a la puerta y escuchó al otro lado:

—Adelante.

Brie se encontró al otro lado a su querida cuidadora, quien estaba vaciando todos sus cajones y perchas del armario.

—¡Cecil!

Se lanzó a sus brazos y ella la acogió en un confortable y cariñoso abrazo.

—Mi niña —le dijo en el oído, acariciándole la cabeza.

Brie sorbió por la nariz, mientras sus lágrimas discurrían como dos ríos que desembocaban en su mandíbula.

—No puedo creer lo que ha hecho mi madre. Hablaré con papá para que no lo permita.

Se separaron para mirarse la una a la otra. Cecil la sonrió con tristeza, pero su trabajada fortaleza le permitió mantener la compostura y limpiarle las lágrimas con el puño de su jersey.

—No le metas en esto, pequeña —le suplicó—. Solo servirá para que ellos discutan más.

—¡Pues que lo hagan! Estoy harta. ¡Llévame contigo!

Ella rio con pesar.

—No puedo.

—¿A dónde vas?

—Me voy a Filadelfia, donde están mis primos y sus hijos. Además, tu madre me ha escrito una muy buena carta de recomendación para que encuentre allí otro trabajo.

Brie gruñó ante aquella información.

—¿No te parece una injusticia? Después de todo lo que has ayudado a nuestra familia.

—No. Todo el tiempo que he pasado cuidándoos, criando a Jane desde que nació y a ti cuando me llegabas apenas por la cintura, ha merecido la pena. Ahora es el momento de cambiar de aires. No puedo pasarme toda la vida aquí, me estoy haciendo mayor, algún día no podré trabajar más.

—Tus hijos…

—Sí, ellos cuidarán de mí, pero mientras tanto debo apoyarlos en sus estudios para que en el futuro se dé esa circunstancia.

—Si pudiese ayudarte… Si necesitases dinero, lo que sea.

Cecil sonrió dulcemente.

—Oh, pequeña, no te preocupes por eso. Mi familia me ayudará hasta que encuentre otro trabajo. Nos mantendremos en contacto. ¿Tienes mi teléfono?

Ella asintió. Se lo sabía de memoria.

—Puedes venir a verme siempre que quieras.

Su labio inferior tembló, iba a volver a llorar.

—¿Qué… qué voy a hacer sin ti? Estaré sola.

—Seguir hacia delante. No debes aferrarte a nadie, Brianna. La gente va y viene, la vida es un constante cambio. Pronto vendrá alguien especial a tu vida, lo presiento.

—No te creo.

—Además, Él siempre estará contigo, aunque todavía no lo veas. —Señaló al cielo.

—Si Él existiese, tú seguirías conmigo.

—No, precisamente porque Él existe, debo irme de tu lado, para que puedas crecer sin mí.

Brie volvió a abrazarla hasta que sintió plenamente reconfortada en sus brazos. Después disfrutaron de aquella última hora que pasarían juntas hasta dentro de mucho tiempo. Brie la ayudó a empaquetar las últimas cosas, que no le cabían en la maleta y que una empresa transportista le enviaría a Filadelfia. Cuando terminaron, Jane apareció asomada por la puerta.

—¿De verdad te vas?

—Sí, pequeñuela, así es.

—Te echaré de menos —confesó mirando al suelo mientras se mordía el labio para no llorar.

—Yo también a vosotras.

Brie la volvió a abrazar y Jane se unió a ellas. Cecil las acogió entre sus fornidos brazos estrechándolas con fuerza.

—Ay, mis pequeñas. Ahora os tenéis la una a la otra. Nada de desobedecer a la nueva, ¿me habéis oído? Nada de comer entre horas, ni molestar a mi sustituta, ni discutir con vuestros padres, suficiente tienen con sus propias discusiones.

Brie, aunque no estaba de acuerdo, asintió solo por complacerla en su última voluntad.

—Cornelia no me cae bien —dijo Jane entre dientes.

—Que sea quien me sustituye no es buen motivo para odiarla. Busca un argumento más sólido.

—¿Nos llamarás?

—Todas las semanas.

Sonrieron.

—Jane, Cecil —las llamó su madre desde la planta de arriba—: es la hora.

Tomaron entre las dos la maleta y bolsa de viaje de Cecil y subieron a la planta principal. Su madre, Lauren Laidhart, las esperaba retocándose el pelo y los labios en el gran espejo del recibidor. En cuanto vio a Brianna abrió los ojos con sorpresa diciendo:

—¿Todavía sigues aquí? Si tus clases ya han empezado.

Brie no respondió.

—Está bien, te llevaré también a la escuela —accedió—. Pero después de dejar a Cecil, no quiero que pierda su autobús.

—Todo un detalle de tu parte —le contestó Brie mordazmente.

Tomando sus abrigos y mochilas, salieron de la casa y se dirigieron al porche donde estaba aparcado el Mercedes de su madre. Se subieron al coche, dejando el asiento delantero para Cecil. Durante el trayecto, su madre se dedicó a hacer comentarios condescendientes sobre las cualidades de vivir en Filadelfia, a lo que Brie se agarraba fuertemente a la correa del cinturón.

No podía creer lo que estaba pasando. Hacía unas horas se había despertado creyendo que era una día normal y corriente donde lo peor que podía pasarle era tener que ir a Osborne y aguantar los insultos y desprecios de sus compañeros. Pero no. Había algo peor.

Dejaron a Jane de camino en la escuela. Después se dirigieron a la pequeña estación de autobuses de Deerwoods, desde donde salían solo autobuses a Concord y Vermont. Habría sido todo un detalle que su padre, quien trabajaba en Concord hubiese acercado a Cecil, pero Brie desconocía siquiera si anoche había regresado a casa o se había quedado a dormir en el apartamento que tenían en la ciudad.

Llegaron con quince minutos de antelación. Aunque su madre quería irse cuanto antes para atender su «apretada» agenda, tuvo la decencia de esperar, lo cual Brie agradeció. Ella y Cecil se sentaron juntas en los asientos de plástico, cogidas de la mano.

—No tengas miedo.

Cecil tenía la cualidad de saber cómo se sentía por dentro, sin ella haberle dicho nada.

—Pero lo tengo.

—Lo sé.

—Voy a estar más sola que nunca —rezongó ella con pesar.

—Nunca estás verdaderamente sola.

—Todavía no te has ido y ya me siento sola.

—Escucha, pequeña. Nunca te lo he dicho antes, pero desde que te conocí he visto algo especial en tus ojos.

Brie frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Hay algo dentro de ti que te hace muy diferente del resto.

—Solo lo dices para hacerme sentir especial.

—Ya lo eres. Por eso algo especial te aguarda, lo presiento.

—¿Como qué?

—No lo sé, pero está a punto de suceder. Tendrás que llamarme cuando lo sepas, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Confía.

Volvió a arrugar la frente.

—¿En qué?

—De momento, en mis palabras, pero si se presenta la ocasión… confía en algo más.

—¿Otra vez Dios?

—Tú solo confía.

Asintió de nuevo.

El sonido de unos neumáticos sobre el asfalto mojado las despertó. El autobús acababa de llegar.

—Es la hora.

Se despidieron en un intenso abrazo que duró al menos veinte segundos, hasta que su madre se aclaró la garganta.

—Se va a marchar el autobús.

Cecil se despidió en un abrazo algo forzado con Lauren quien le dio una palmadita en la espalda y la sonrió con algo de falsedad. Estaba claro que no le pesaba nada tener que decir adiós a Cecil y eso le dolió a Brie en el corazón.

—Adiós pequeña.

Se volvieron a abrazar.

—No llores más.

Ella negó con la cabeza queriendo hacerse la fuerte.

—Te llamaré cuando llegue.

Brie intentó sonreír, pero solo consiguió crear una mueca en sus labios.

—Te quiero.

—Yo también.

—Ven a visitarnos cuando quieras, Cecil —ofreció su madre.

—Gracias, señora Laidhart, por todo.

Lauren respondió con un asentimiento de cabeza.

Cecil subió al autobús y Brie, a pesar de la opacidad del cristal, se quedó mirándola entrar y caminar por el pasillo buscando su sitio correspondiente. Después su cuidadora le devolvió la mirada y la despidió con la mano. El autobús arrancó con un sonido ensordecedor y comenzó a maniobrar para dar la vuelta y marcharse. Brie se quedó hasta que desapareció de su campo de visión.

—Vamos, te habrás perdido casi todas las lecciones de la mañana.

Brie siguió a su madre hacia el aparcamiento, con la mirada hundida. Se metió en el coche pensando: «Se ha ido. En un segundo ha desaparecido de nuestras vidas. De mi vida».

—¿Brianna?

No tenía la mínima intención de hablarle a su madre. Simplemente puso su mirada perdida en la carretera.

—Ya hemos llegado.

Brie abrió la puerta y, cogiendo la mochila que tenía entre sus piernas, salió cerrando de un portazo. No dijo ni siquiera adiós. Pero, cuando se vio a sí misma frente de la puerta principal de Osborne, le flaquearon las fuerzas. No podía entrar allí. No lo soportaría ni una vez más. El rechazo. La burla. El aislamiento. La soledad.

En vez de ir a clase, tomó el camino habitual para regresar a casa. Comenzó a llover, quizás no con demasiada intensidad, pero sí lo suficiente para mojarse. Si hubiese sido en circunstancias normales se habría parado a admirar el repiqueteo de las gotas de agua sobre el manto del lago,

sin embargo, todo a su alrededor se veía inusualmente apagado e insustancial.

Cuando llegó a su casa esquivó a Noelle, quien le estaba enseñando las normas a la sustituta de Cecil, Cornelia. A pesar de su presencia, Brie sintió una soledad sobrecogedora.

Cecil se había marchado y no iba a volver. Y todo estaba en silencio. Faltaba la característica esencia de su querida cuidadora.

«¿Y ahora qué?», se dijo a sí misma.

Un vacío le recorrió el pecho. No había nada capaz de llenarlo.

Era la nada misma.

La nada que habitaba dentro de su cuerpo.

Llegó a su habitación y se tiró sobre la cama. La misma cama que Cecil le destapaba cuando se iba a dormir desde que era pequeña, aunque, a medida que crecía, lo había hecho con menos frecuencia. Le solía dejar su té especial en la mesilla. Le ponía la ropa planchada sobre la colcha para que ella la colocase en su lugar correspondiente. El escritorio que tenía a su izquierda…, cuando ella se quedaba dormida estudiando, le recogía todos los papeles sucios y le ponía un cojín debajo de la cabeza, para que estuviese más cómoda.

Era cierto que se había hecho mayor. Que no podía pasarse la vida entera dependiendo de personas como Cecil que le daban todo tipo de comodidades. Pero para ella todo lo que Cecil hacía era como si le dijese continuamente: «Lo hago porque me importas, lo hago porque te quiero». Y eso era lo único que Brie quería. Que la quisiesen.

No tenía ya ganas de seguir luchando contra aquellos que la atacaban diariamente en Osborne. Ni tampoco le sobraban fuerzas para recuperar su prestigio como la alumna más aplicada de clase, si para ello tenía que enfrentarse al despreciable y superdotado de Aidan Grivaldi.

Nada ni nadie le importaba en absoluto, puede que quizás se salvase Jane, pero solo medianamente, pues con el tiempo se había demostrado que ambas hermanas podían vivir perfectamente la una sin la otra. Igual que sus padres podían vivir sin ellas, atendiendo a sus demás necesidades por encima del cuidado y educación de sus hijos.

Con qué dureza se la estaba castigando. ¿Qué había hecho mal para que todas las desgracias recayeran sobre ella? ¿Qué tenía ella? Ni belleza, ni amistades, ni amor. Dinero era lo único que podía tener y, aun así, valía y le servía para tan poco que también lo rechazaba. Prefería ser pobre, pero gozar al menos de un poco de felicidad. Como lo era Cecil, ella siempre era feliz, aunque tuviese que servir a otros para ganarse la vida. Era la persona más libre y valiente que había conocido.

Comprendió que se negaba a vivir en aquella casa si no estaba ella. Es más, se negaba siquiera a vivir.

Descorrió el cajón de su mesilla de noche. Ahí estaban: las pastillas para dormir que tantas veces le había ayudado a conciliar el sueño cuando tenía un examen importante al día siguiente. ¡Qué fácil y oportuno!

Por primera vez tuvo algo claro: quería cerrar los ojos y no volver a despertar.

Brianna Laidhart había faltado a clase aquel día. Lo que no había hecho más que acrecentar la necesidad que tenía Aidan de enmendar su conducta. Reconocía que su actitud no había sido la más adecuada, sino que había sido realmente desconsiderada, contando con que más de una vez le había hecho el vacío para guiar su interés hacia Virginia. Ahora, no solo debía enfrentarse a los sentimientos de una, sino que debía volver a ganarse el afecto de la otra.

Aidan más o menos conocía la situación social de Brianna y, lejos de agradarle, tampoco podía decirse que no le favoreciese. Albergaba la esperanza de que un par de buenas acciones le hicieran recuperar su atención, pues no parecía recibir muchas más.

Todo eran ventajas se mirase por donde se mirase: ella ganaría popularidad en la escuela y quizás menos comentarios despectivos. A cambio, Aidan cumpliría con su cometido de una vez por todas. Eso sí, si Brianna se dignaba a aparecer por la escuela, pues ya era el segundo día que su pupitre se encontraba vacío. Nadie preguntó por ella, ni siquiera los profesores. Sin duda, el trato que recibía era el de invisible tanto en su presencia como en su ausencia.

Aidan denotaba impacientarse más de lo normal. ¿Dónde podía estar? ¿Estaría enferma? Cómo una chica tan aplicada como ella, que llevaba todo el temario al día, podía permitirse el lujo de faltar a clase. Había algo que no le cuadraba, algo que le preocupaba terriblemente, pues nunca le había llegado ese sexto sentido tan tenuemente como aquella mañana, como si fuesen brasas que se apagaban por momentos.

Al terminar las clases se marchó lo más rápido que pudo. En el aparcamiento se encontró con Matt y los demás que le dieron la enhorabuena.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó él, desorientado.

—Así que Virginia Ainsworth al final ha caído, campeón. —Le pegó una fuerte palmada en la espalda Matt.

Aidan no dijo nada, sino que puso una mirada de desconcierto que lo asemejó terriblemente al David de Miguel Ángel.

—Así que estás saliendo con Virginia, qué fiera —congratuló Fred, subido al capo del coche de Peter.

—En realidad no.

—Eso no es lo que se comenta por Osborne.

Aidan se percató del grupo de chicas que lo miraba entre risas al otro lado del aparcamiento, entre ellas estaba Virginia, que parecía encantada de ser el centro de atención aquel día.

Por más que la situación lo requiriese, no tenía tiempo, ni siquiera ganas, de enfrentarse a desmentir tal rumor. Al parecer, Virginia se había tomado demasiadas libertades con respecto a su encuentro del otro día, y no le faltaba razón. Decidió que mañana mismo hablaría de una vez por todas con ella y le dejaría claro que sus sentimientos, lamentablemente, no eran mutuos y que sentía muchísimo haber causado tal ilusión en los suyos.

Se despidió de sus amigos, a los que consideraba cada vez más una amistad innecesaria, y se dispuso a volver a Avonshire en busca del consejo de Marxias. Llevaba ya medio trayecto cuando descubrió el sendero por el cual solía aparecer siempre Brianna con su bicicleta. Desde lejos, este parecía invitarlo a entrar y, sin dilación, se propuso por lo menos descubrir dónde vivía ella.

Fue un camino algo empinado, pero muy bonito, que lo condujo hasta una puerta de metal entreabierta que daba paso a un jardín. Estaba dispuesto a dar media vuelta cuando sintió la necesidad de seguir avanzando, así que se bebió su pócima de invisibilidad que siempre llevaba consigo por si surgía la ocasión. Ese poder le benefició a la hora de entrar en las posesiones de los Laidhart, ya que el jardinero parecía encontrarse no muy lejos.

Desde luego que la casa se encontraba a la altura de cualquier otra dentro de la vecindad de Deerwoods. Era grande y portentosa, quizás un tanto clásica, de ladrillo oscuro y tejas negras, y un macetero en cada ventana. No le faltaba dinero, como podía observar, a Brianna Laidhart.

«Bueno, ya has visto su casa, ahora vete», se dijo.

Sin embargo, su sexto sentido lo instó a seguir andando, bordeando la casa por el lateral izquierdo. Allí se topó con un roble, cuyas ramas casi alcanzaban una de las ventanas.

«*Su* ventana», fue lo primero que pensó Aidan.

Casi de inmediato, se contuvo ante una descabellada idea. Pero necesitaba comprobar que ella estaba allí. Quería saber qué había estado haciendo al no haber acudido a la escuela.

Como nadie podía verle, se subió al árbol con su característica destreza y se inclinó sobre una de las ramas para asomarse a su ventana. Al principio no vislumbró más allá de un armario y un espejo de cuerpo entero, después se encontró con una escena realmente inquietante. Una mano resbalaba escurriéndose por la colcha de la cama, parecía inerte, fría y sin vida, como si hubiese perdido el pulso en sus frágiles dedos. No muy lejos se encontraba, concretamente en la mesilla de noche, un bote de medicamentos, abierto y, para horror de Aidan, casi vacío.

«Pero ¿qué has hecho, Brianna?».

Capítulo 7

Por poco se cayó del árbol del susto. Bajó de un salto y se llevó, aterrado, las manos a la cabeza. Se encontró a sí mismo dentro de una encrucijada. Si Brianna había conseguido su propósito, eso significaba que tanto su alma y su corazón estaban fuera de su alcance. Y si no cumplía su cometido con ella, entonces él también estaba perdido. Ya no podría aspirar al cielo y vagaría extraviado en el limbo, de la misma forma que Brianna Laidhart.

Solo había una manera de comprobar si ella todavía seguía viva. Una medida arriesgada y que se presentó como única salida. Aidan no estaba dispuesto a darse por vencido habiendo llegado tan lejos.

Sacó de su bolsillo la llave Ghala, que, cómo no, había sido otra de sus muchas adquisiciones en el Mercado de Todo y Nada. La llave Ghala era famosa en los otros planos supraterrenales por ser capaz de abrir, en cualquier superficie vertical, una puerta hacia ciertos lugares. La de Aidan conducía únicamente a un lugar neutro entre el cielo y la tierra, un lugar donde se encontraban todo tipo de seres semiinmortales. Algunos ángeles, otros desterrados, así como demonios y otros seres del inframundo. Pero ante todo allí se encontraban los errantes, las almas de los que no podían acceder al infierno ni al cielo. Miles de almas estancadas en medio de la infinita y solemne nada.

Aidan introdujo con sorprendente facilidad la llave Ghala en la corteza del árbol y esta comenzó a desprender una luz dorada y cálida que se expandió hasta tomar la forma de un arco de medio punto. La desencajó y se la guardó en el bolsillo. La puerta ya estaba abierta.

Tras sumergirse dentro del resplandor, la entrada se desvaneció. Al principio sintió aquel característico calor, después llegó el frío que anunciaba su llegada al limbo. El espacio a su alrededor se fue esclareciendo. Un paisaje desértico e inhóspito se presentó ante él. Un cielo encapotado parecía cubrirlo todo, dejando apenas unos retazos de luz grisácea. El suelo, seco y sin vida, marcado por una infinita tela de grietas.

Un único elemento marcaba la orientación. El árbol de Egeón. Marchito y muerto. Alto y enrevesado en un sinfín de ramas chamuscadas. Algunos decían que se trataba del árbol de Adán y Eva, en cuyas ramas había enroscado la diabólica serpiente. Otros creían que era el único superviviente de un bosque que hacía miles de años poblaba el limbo. Lo seguro y cierto era que había ardido temiblemente en algún momento, pero se resistía a desaparecer, como un recuerdo de la condena a los errantes; quienes, aunque estuvieran muertos, no podían descansar en paz.

Si tirabas hacia el norte del árbol dabas con Captisme, la ciudadela del limbo, el único punto de convergencia entre seres celestiales, terrenales e infernales. Gobernada, por supuesto, por el cielo, pero hasta cierto punto controlable por este. Bibliotecas, archivos, pensiones de paso y comercio. Ahí es donde se instalaba el Mercado de Todo y Nada, aquel que hacía latir a Captisme. Cualquier objeto más allá de lo terrenal que necesitases se encontraba en el mercado.

Si sabías moverte entre los comerciantes podías llegar a acceder a lo más deseado y codiciado.

El dinero no regía el mercado, sino los contactos con el cielo. La principal moneda de cambio era el tiempo en la lista de espera para La Entrada. Para una segunda oportunidad. Muchos llegaban al limbo sin posición ni escalafón, sin nada. Aquellos eran los que se encontraban al oeste del árbol de Egeón. Surcaban eternamente las aguas del Estigie, el río infinito con forma circular que giraba una y otra vez. Muchos se resignaban a surcar sus aguas, otros huían a Captisme en busca de alcanzar algún día La Entrada. Como hacía seiscientos años había hecho Aidan. Solo unos pocos alcanzaban algún tipo de pacto o trabajo con el que poder crearse un lugar en el limbo, así como en la lista. Afortunadamente, Aidan había sido uno de ellos. Y ahora se encontraba dirigiéndose hacia el oeste, hacia el río Estigie, antes de que fuera demasiado tarde para Brianna.

Llegó enseguida a la orilla, donde bajo las aguas de un intenso azul oscuro se dejaban arrastrar las almas de los que dudaron y se resistieron la primera vez que alcanzaron La Entrada, pero también de aquellos que se quitaron la vida en contra de los designios divinos. Suicidas que jamás llegaron a ver La Entrada. Y aquella era su condena.

Aidan comenzó a recorrer el curso del Estigie en busca de Brianna. A medida que caminaba veía seres incorpóreos que se hundían en sus profundidades. Y aunque no quería desviarse de su verdadero propósito, se percató de que todos ellos eran muy jóvenes y aquello lo entristeció. Ni siquiera en su época había existido tal cantidad de suicidios y menos de personas con tanta vida por delante. Pero así andaba el mundo en aquellos tiempos: perdido y terriblemente solo.

Una vez que entrabas por completo en el Estigie, tu alma abandonaba para siempre tu cuerpo. Por eso Aidan comprendió que tenía que dar con ella cuanto antes, o ambos se convertirían en errantes.

Brianna Laidhart observaba su desfallecido aspecto en el reflejo del Estigie. Parecía dudar entre dejarse caer o sumergirse lentamente. Fuera como fuese, el dolor se acabaría y eso la inspiraba a dar uno y otro paso hacia delante.

«Pronto todo habrá terminado, para siempre», pensó y se dibujó una sonrisa en sus pensamientos.

Se puso de cuclillas y encorvó la espalda para seguir observándose en el río. Nadie extrañaría sus simples facciones. Nadie volvería a verla sonreír, ni llorar, ni hablar.

Hundió las yemas de los dedos en el agua y la acarició. Sentaba bien. Llegó a sumir todo el brazo hasta la altura del codo. Cerró los ojos e inclinó la barbilla hacia el cielo, como si esperase recibir algún retazo de lluvia. Pero nada. Absolutamente nada.

—Brianna.

No abrió los ojos, ni siquiera se movió.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro.

—Tranquila, todo está bien. Confía en mí.

Aquella voz era tan suave, tan melodiosa que relajó todo su cuerpo y sin pretenderlo se inclinó más hacia el Estigie.

—¿Eres Dios?

—Soy aquel que te va a devolver… a la vida.

—No quiero volver —dijo ella del todo convencida.

—Pero tienes que hacerlo, Brianna.

—La vida me ha rechazado.

—Yo no, y por eso quiero que vuelvas, conmigo.

—¿Quién eres?

—Eso no importa. —La voz se acercó más a su oído, como calándose dentro de ella.

—¿Por qué tengo que volver?

—Porque hay alguien esperándote allí.

—¿Jane? Ojalá me perdone.

—No, alguien especial, creado especialmente para ti.

—Pero yo no le gusto a nadie.

—Él todavía no te conoce, ni tú a él. Si vuelves yo podré uniros a los dos. Si no… vagarás eternamente sin descanso.

—Pero… iré al cielo, ¿no?

—Solo si vuelves conmigo.

—Estoy cansada de vivir.

—Él te ayudará a ver la vida como un regalo, te hará feliz.

—Feliz —repitió ella embelesada—. ¿Cómo sé que es verdad?

—Tienes que confiar en mí.

—No sé quién eres.

—Me han dado una misión en la que tú eres la protagonista. Porque hay un plan pensado solo para ti, Brianna, y si no vienes conmigo jamás lo podrás realizar.

—¿Y por qué yo? No soy nadie.

—Tú… eres todo. Ahí, donde estás tú ahora, estuve yo hace muchísimo tiempo. El mayor error fue dejarme caer, ya no hubo marcha atrás. Pero ahora no estás sola como lo estuve yo. Estoy aquí.

Sintió un cosquilleó en la mejilla izquierda que la hizo temblar. Una mano se sumergió siguiendo la trayectoria de la suya, alcanzó sus dedos y los entrelazó con los suyos. Muy lentamente fue sacando ambas de la oscura agua del Estigie. Una vez fuera, Brianna respiró hondamente como si volviese a respirar.

—No te vayas —le pidió.

—Sigo aquí.

—Me iré contigo.

—Ya nos estamos yendo.

—¿A dónde vamos?

—Hacia la luz, Brianna.

—¿Al cielo?

—No. Al cielo en la tierra.

Lo primero que pensó al despertar fue en las muchas ganas que tenía de volver a aquel lugar fuera cual fuese y con aquella misteriosa y placentera compañía. ¿Sería su ángel de la guarda? O simplemente una voz de su conciencia que se preocupaba verdaderamente por ella.

«Vuelve», pensó.

Cerró los ojos fuertemente como queriendo prolongar aquel hermoso sueño.

Pero nada.

Seguía ahí, en la tierra, en su habitación. Estaba viva e inexplicablemente existía algo más,

algo que no quería llevársela todavía y lo único que podía hacer era aceptarlo.

«¿Y ahora qué?», se dijo. «Ya me has traído de vuelta, ¿qué quieres que haga?».

Tenía dos opciones: quedarse exactamente dónde estaba, tirada en su cama y no levantarse jamás o plantarle cara a la vida que, según ella, la había rechazado. Pero la segunda opción parecía tan tan tan difícil. ¿Cómo lo iba a hacer? Se sentía débil e inepta para encararse a cada maldito problema. Vivir sin amigos. ¡Sin Cecil! Sin amor. Era tan duro que le entraban ganas de gritar.

Abrió la boca y profirió un grito mudo. Pegó con las manos hecha puños a ambos lados de la cama. Luego simplemente cerró los párpados y se calmó.

«Sea lo que sea, algo o… ¿alguien? Quiere que sigas viviendo, de lo contrario, no estarías aquí. Así que, haz algo, Brianna Laidhart. Muévete». Pero no se movió. «¡Vamos!». Era como si su cuerpo no le respondiera. Como si una parte de su ser debatiera con su otra mitad y la impidiera avanzar.

«Mañana irás a la escuela», pensó tomando por fin alguna decisión. «Ignorarás a cada idiota de tu clase y vas a ponerte a recuperar las clases perdidas. Maldita sea, te has perdido la clase de Historia. ¿Quién te va a dejar ahora los apuntes? ¿Y si entra algo en el examen que han dado en esos días? Nadie me va a ayudar».

—¿Necesitas los apuntes de Historia? —susurró una voz por encima de ella.

Brie levantó la mirada hacia un lateral. Aidan Grivaldi parecía estar dirigiéndose a ella en medio de la biblioteca. ¿O quizás se lo decía a Kelly McGuire que estaba sentada en el otro extremo de la mesa?

—Sí, te lo pregunto a ti —corroboró.

No podía creérselo. ¿De qué demonios iba? ¿Es que estaba aprovechando cualquier oportunidad para volver a dejarla en ridículo? ¿Es que quería restregarle sus perfectos apuntes de Historia con los que pensaba ganarse la mención de honor?

—No, gracias —respondió secamente y volvió a su libro de texto de Historia del que estaba sacando a información además de otros libros sobre el temario dado en la clase perdida.

Levantó la mirada para ver cómo Aidan desaparecía de su campo de visión y tomaba asiento unas mesas más a la izquierda junto a Matt Sunders y Peter Byers que parecían divertirse de lo lindo entre risas en tono apagado. Cuando Aidan se sentó, él la miró y ella bajó la cabeza otra vez hacia su tarea. Al verle rodeado de sus amigos comprendió que posiblemente aquel ofrecimiento solo habría sido una de sus bromas para reírse de ella.

«¿Por qué no le dejas tus apuntes a Brianna Laidhart y luego le das una hoja pisoteada y sucia?», se imaginó que le habrían podido decir.

Suerte que no había caído en su trampa aceptando sus estúpidos apuntes. No los necesitaba. No necesitaba a nadie. Esa era una verdad que había acabado aceptando con el tiempo. Cuando nadie quiere ser tu amigo ni ayudarte aprendes a valerte por ti solo. Una tarea terriblemente complicada, pero que Brie dominaba cada día más.

Ayer, después de despertar milagrosamente después de haber consumido una copiosa cantidad de somníferos, había tomado la decisión de seguir viviendo. Por Cecil. Por Jane. Incluso, aunque le costase reconocerlo, por sus padres. Además, no podía desperdiciar el milagro que se había dado y que la había devuelto a la vida. Significaba que tenía que seguir viviendo, quisiera o no.

No iba a dejar que aquella gente le robase una buena plaza para una buena universidad. Ni siquiera ese idiota de Grivaldi. Solo le quedaba ese curso y se acabó. Se marcharía a la otra punta del país, lejos de su fragmentada familia, lejos de aquel frívolo pueblo y de cada insoportable

persona de Osborne.

Al otro lado de la biblioteca Aidan se revolvía internamente. Brianna Laidhart acababa de rechazar su muy cortés ofrecimiento a expensas de que él sabía lo mucho que necesitaba esos apuntes. «¡Será orgullosa!», pensó.

—Oye, ¿qué le has dicho a Brianna Laidhart? —le preguntó Peter.

—No intentes pedirle los apuntes a ella —le aconsejó Matt—. No le gusta compartir.

Aidan fue a añadir algo en defensa de Brie cuando vio que aquellos chicos podrían serle de cierta utilidad para conocer más sobre ella.

Llevaba un día entero observándola desde la clandestinidad, cada paso, cada movimiento y gesto. Había descubierto que Brianna estaba realmente sola dentro de Osborne y le caía mal a la mayoría de los alumnos. No era guapa, ni resaltaba lo suficiente para encajar allí. La gente no le dirigía la palabra prácticamente nunca y si lo hacía era por asuntos que atañían a alguna asignatura. Las chicas de clase se reían de ella continuamente, la utilizaban de punto de mira para sus críticas y burlas.

«La prefería con gafas, le tapaban más la cara», había dicho Charlotte Fanning con sus amigas.

Aquel comentario había hecho estremecer a Aidan. Nunca había presenciado tanta maldad junta y jamás creyó que sería allí donde la vería, en un puñado de adolescentes que a primera parecían inofensivos, pero que con el tiempo podía llegar a ser letales. Ellos debían de ser una de las razones por las que Brianna había estado a punto de quitarse la vida.

—¿Siempre ha sido así? —les preguntó.

—¿De borde? ¿O de fea? —se burló Hans.

Aidan apretó la mandíbula para no propinarle una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—Supongo. Yo iba con ella al colegio —respondió Matt concentrado con su escuadra y cartabón en los deberes de Dibujo Técnico—. Antes tenía una amiga, pero luego ella se marchó de Osborne y desde entonces siempre está sola. Tampoco es que sea muy simpática.

—¿Simpática? Es tan irascible como un gato —comentó Hans.

—¿De quién habláis? —se acopló Fred que enseguida se incorporó a la mesa, además de a la conversación.

Matt señaló con la cabeza a la mesa de Brianna.

—¿De Kelly o de la bicho palo?

—De la bicho palo.

—¿«La bicho palo»? —preguntó Aidan.

—Es que no tiene tetas —se mofó Fred.

—Ni culo —añadió Hans—. Me preguntó dónde habrá metido esas horribles gafas.

Aidan estaba a punto de perder los estribos. No podía soportar escuchar a aquella panda de idiotas decir tales barbaridades. Nunca había creído que en algún momento de la historia se podría faltar tanto al respeto a una mujer.

Entró entonces en la biblioteca Virginia Ainsworth junto a su amiga Helena. Al verle saludó a Aidan con la mano y se mordió el labio coquetamente. Él le devolvió el saludo de manera cohibida.

—No se te ve demasiado ilusionado con Virginia —le susurró Matt al oído.

Hans que lo había escuchado añadió:

—Si tú no la quieres, chaval, no me importaría relevarte.

—Ahora me interesa otra persona —admitió Aidan para sí mismo.

—Vaya con Grivaldi —comentó Matt ajustando su compás—. Puede que te quite el puesto de

rompecorazones, Peter.

A lo que Peter se jactó sonriendo con suficiencia y regresando a su lectura como había hecho durante toda la conversación, como si aquello no fuera lo suficientemente interesante como para añadir o decir nada.

Aidan no quiso seguir con ellos ni un minuto más, se levantó de la silla sin dar explicaciones. Decidió camuflarse entre los pasillos de la biblioteca de la escuela, cimentados por grandes y altas estanterías de madera que parecían haber estado allí desde que se abrieron las puertas de Osborne. Vio entonces a Virginia tanteando algunos volúmenes no muy lejos de él. Era su oportunidad para dejarle claro su relación. A medida que se iba acercando, ella lo miró nerviosa y contenta de que por fin tuvieran un momento a solas después de tantos días de encuentros intermitentes.

—Creí que no vendrías nunca —dijo y se lanzó a sus brazos rodeándole el cuello y estampando sus labios contra los de Aidan.

Él se sintió pillado por sorpresa y se separó para recuperar el aliento.

—Te echado de menos, ¿ya estás mejor? Estos días parecías distante.

—Virginia, yo…

Ella volvió a besarlo y Aidan no tuvo más remedio que atrapar sus manos que le asían las solapas de la camisa del uniforme y retirárselas hasta bajarlas a la altura de su cintura. Pero Virginia lo empujó contra la estantería y empezó a subirle la camisa rozándole los abdominales.

—Virginia, para.

—Lo sé, te da cosa que alguien nos vea, pero a mí eso no me importa.

Lo atacó de nuevo y él intentó zafarse de sus agarres. Podía haberlo hecho antes pero no quería resultar demasiado brusco. Estaba lidiando con un corazón enamorado del que él era el principal responsable. Virginia no se merecía sufrir un rechazo aplastante y doloroso por culpa de él.

—Perdonad —dijo una voz que le heló la sangre.

Virginia se apartó de Aidan realmente enfadada. Este no fue capaz de levantar la mirada.

—¿Y ahora qué quieres? Tienes que interrumpir siempre.

—Necesito coger un libro —se defendió Brie—. Y estáis apoyándoos en él.

—Piérdete —le espetó ella.

—Estamos una biblioteca para coger libros y para estudiar no para…

—¿Para qué? Sabes, quédate mirándonos y así no tendrás que verlo en las películas.

—Bien, lo cogeré después —dijo Brie dándose la vuelta y regresando a su mesa.

—¡Qué pesada!

Virginia volvió a sus brazos, haciendo como si no hubiera pasado nada. Pero esta vez Aidan había perdido toda su paciencia. Se la quitó bruscamente de encima y volvió, enojado, a su asiento. Recogió sus cosas, se despidió apenas de los imbéciles de sus amigos y se marchó hacia Avonshire. Necesitaba hablar con Marxias. La situación no hacía más que complicarse. Parecía no agradarle a Brianna Laidhart y, después de que le pillase con Virginia, estaba seguro de que cualquier afecto que hubiese podido sentir por él aquella vez que la ayudó al caerse la bicicleta, se había disipado por completo.

Aidan observó desde su pupitre los escasos movimientos de Brianna.

Ella copiaba cada palabra o gesto que transmitía el profesor de Historia. Realmente era una

chica muy aplicada y autosuficiente. No iba a ser fácil que ella aceptase su ayuda de primeras, ya lo había comprobado el otro día en la biblioteca. Pero… había otra cuestión que lo corroía interiormente. ¿Cuál era la verdadera imagen que se había formado de él Brianna Laidhart? Desde luego que no una buena después del episodio en la clase de esgrima donde la había dejado en ridículo delante de sus compañeros. Lo que quedaba de su imagen generosa y amigable se había esfumado en ese momento y, definitivamente, cuando le pilló en los labios de Virginia Ainsworth. ¿Cómo lo posicionaba a él? ¿Cómo un depredador de chicas guapas? ¿O cómo un tipo imposible de alcanzar?

¿Cómo iba ahora a enamorarla? Nadie se puede enamorar de un imbécil. ¿O sí? ¿O todavía tenía posibilidades de resultar ante sus ojos atrayente? ¿Hasta qué punto era Brianna Laidhart manipulable con una sonrisa bonita? ¿Debía arriesgarse y comprobarlo? Había llegado tan lejos y ahora se encontraba en medio de un laberinto donde él mismo se había metido. Podía darse de bruces con un muro en cuestión de segundos si no media sus actos y consecuencias. Tantos años bañado de prudencia y, sin darse cuenta, había amasado un nudo difícil de desenredar.

Tenía tiempo, de eso estaba seguro. Tiempo para pensar cómo hallar el camino directo hacia su corazón, pues de alguna forma debía alcanzarlo. Así estaba escrito.

Tiempo para conocerla mejor. Para saber qué decir y cómo actuar de la manera correcta. Sin embargo, ¿cómo pensaba conocerla si ella se rehusaba a que la conocieran de verdad? ¿Tendría que espiarla a gran escala? ¿Beber su poción invisible y seguirla día y noche?

No.

Debía ser ella la que le abriese las puertas de su mundo. Con paciencia. Una cualidad que había aprendido a amasar a lo largo de los siglos de existencia.

«Pacientemente, Grivaldi, pacientemente».

Acudió a la biblioteca de Deerwoods aquella tarde esperando encontrársela. Su sexto sentido no le fallaba. Brianna devolvió un par de libros y se llevó otro par. Se pasó casi toda la tarde sentada en una mesa cerca de los ventanales, en busca de luz natural. Estudió, consultó manuales, descansó tomándose un café de la máquina expendedora y revisando algo en su teléfono móvil. Si se enteró de la presencia de Aidan no dio señales de ello.

Él permaneció en un tercer plano desde donde podía observarla sin ser observado.

Brianna no parecía un enigma como tal, pero sí ciertamente infranqueable. Aidan sentía como si hubiese puesto a su alrededor una gran muralla que la separaba del resto del mundo. Casi como si ya no fuera para protegerse de los demás, sino para proteger a los demás de ella. Como si *ella* fuera la verdadera culpable de su soledad. Algo que lo entristeció notablemente.

Si alguien conocía la soledad ese era él. No podía permitirse el lujo de hacer demasiadas amistades en su larga y, por el momento, inmortal vida.

Aidan solía decir que era como los sueños. Un día aparecía en la vida de una chica, se presentaba maravilloso e imposible y al día siguiente desaparecía de sus recuerdos. Era eterno y al mismo tiempo finito. No es que quisiera permanecer para siempre en el corazón de cada mujer, pero tampoco le agradaba la idea de ser tan invisible, tan caduco. La memoria de su persona se borraba de la faz de la tierra una y otra vez. Los únicos que sabían de su existencia eran los seres supraterrenales, como Marxias. Esa era una de las razones por la cual eran amigos.

Pero Brianna…, ella parecía que había asumido su posición con respecto al mundo. Era invisible. A nadie le importaba lo que hiciera o dejase de hacer. Había llegado hasta tal punto que prefería tomar el camino rápido hacia la muerte.

Aidan reflexionó interiormente. Él no podía arreglar todos sus problemas, pero le concedería

cierta salvación. Y ella, a su vez y sin saberlo, se la concedería a él.

Episodio VI

A una dama silenciosa:

Os escribo por tercera vez, esperando que recibáis mis letras y os animéis a responderlas. Hace dos semanas que partí de Florencia, por deseos de mi padre, quien vio oportuno mi intervención en los asuntos militares, como castigo a mis malas fechorías. Así pues, marché con el ejército de nuestra amada República a combatir contra la rebelde ciudad de Volterra. A estas alturas ya estaréis informada de nuestra victoria y, si mis cálculos proceden de la forma correcta, mientras leéis mis palabras, yo y mis allegados nos encontramos de camino a Florencia, quizás entrando por sus puertas.

Sé por vuestro silencio que queréis finalizar nuestra correspondencia, mas no lo hagáis, madonna*, os lo suplico, pues no seré yo quien lo haga. Quizás no recibisteis mis cartas anteriores, fueron dos, que escribí lejos de nuestra ciudad. Sí, dos pedazos de papel cargados de temor, pues no entraba en mis deseos combatir y menos con los buenos vecinos de Volterra, pero uno no puede luchar contra los deseos de su gobierno, menos contra los de su padre.*

Si en estos momentos escucháis los vítores y aclamas del pueblo florentino, por favor, madonna*, salid a mi encuentro, recibid a un caballero que viene empapado de sudor, sangre y muerte. Al menos lanzad una rama de romero a los pies de mi caballo, o sonreídme desde la lejanía para saber de vuestra merced, para saber que seguís aquí y no me habéis olvidado. Vos,* madonna*, sois el alivio de mis días, sois la esperanza de alcanzar mi libertad.*

Os lo suplica vuestro máximo redentor,

Nastagio

Giovanna guardó rápidamente aquella carta en su escondite, que era la primera que recibía en dos semanas. ¿Tres veces la había escrito? ¿Dónde habrían ido a parar las dos primeras cartas? Sin duda, él no había dejado de escribirla, ni temía el que ella no pudiese corresponderlo, solo quería mantener unas palabras alejadas del resto del mundo y compartirlas únicamente con ella.

Entonces recordó lo que él le suplicaba en sus letras. Agudizó el oído y, en efecto, se oían proclamas al otro lado de la ciudad. Habían llegado de Volterra.

Tomó una capa de terciopelo azul oscuro casi negro y se cubrió con ella. Logró escabullirse de su casa gracias a las salidas de los criados. Una vez fuera, se cubrió con la capucha y se guio a través de las callejuelas hasta alcanzar la procesión militar que cruzaba por la ciudad. Sus ojos volaron por todos aquellos soldados a caballo que saludaban a la multitud y recibían aclamas y flores. Lo buscaba, más que nunca. «¿Dónde estáis, Nastagio?», se dijo.

Se abrió paso entre el gentío, para adquirir mayor campo de visión y, aun así, le fue imposible, apenas podría alcanzar la primera fila. De forma que se subió a uno de los escalones de una

puerta y alzó el cuello como un cisne.

Y lo vio. Montaba un corcel gris moteado, magnífico y esbelto, pero no tanto como su semblante. El rostro más hermoso de Florencia seguía siéndolo, quizás más cansado y apenado, pero inmutable a la belleza y juventud. Quiso gritar su nombre, aclamarlo y, sin embargo, no salieron palabras de su boca. No supo qué hacer, solo pudo seguir mirándolo, cómo marchaba calle abajo, hasta desaparecer de su visión.

A un ilustre caballero:

Me llena el corazón el recibir noticias vuestras, señor. No os ocultaré este pensamiento, pues prometí contaros todo cuanto silenciasen mis labios y que, gracias a vos, ahora recitan mis letras.

Tuvisteis razón en todo: no recibí vuestras cartas, solamente la última, de lo cual me complazco, pues habría temido por vos y vuestra vida cada día de haber sabido dónde y en qué condiciones os encontrabais. Y como desde hace tiempo tenéis cierta influencia sobre mí, salí a escondidas de mi casa para salir a recibiros. No fue un recibimiento como pedisteis, pero fue uno, señor Grivaldi. Ni la guerra puede ocultar vuestra belleza, quizás el tiempo tenga mayor suerte.

Recordad, aunque mis palabras se hayan endulzado, no lo hará mi alma a vuestros encantos. Sigo aquí, y no, no os he olvidado, aunque al no recibir cartas vuestras llegué a pensar que tendría que hacerlo.

Os recibe llena de orgullo, vuestra consejera,

Vulcana

—Ha llegado una carta para vos, de vuestra casa.

Nastagio se levantó de golpe tropezando con la armadura que había dejado tirada en el suelo el día anterior, cuando se la había quitado cual naranja que se desprende de su cáscara. Cruzó la estancia con el ánimo sobrecogido y, nada más coger el sobre de los dedos rechonchos de Piero, le dio un beso en uno de sus mofletes diciendo:

—Bienvenido seas, Pierochino.

—Señor…

—Tráeme algo de vino, Piero. Ah, y recoge mi armadura, lleva en el suelo desde ayer.

—Sí, señor.

Nastagio sostuvo aquella carta, colmado de felicidad, pues había llegado a pensar que no volvería a recibir otro trozo de papel doblado y perfumado de claveles. Pero mucho menos pensó que volvería a saborear la grata sensación de leer otro de sus mensajes.

Tomó asiento junto a la ventana y desenvolvió aquel exquisito tormento. Lo leyó tan rápido que al terminar solo pudo cerrar los ojos e imaginarse sus labios diciéndole tales palabras. ¿De verdad las sentía? Nunca había sido tan cálida su contestación, ni tan ansiada su voluntad de corresponder a sus demandas. Ella misma parecía reiterar su posición para con él, aunque esta no dejase de cambiar a cada carta.

Se pensó seriamente su respuesta y después no pudo más que escribirla.

A Venus:

No os conozco, madonna*, pero creo que vuestro nombre debería ser el de Venus y no el de Vulcana. Solo la belleza se escondería tras bellas palabras. No sabéis la felicidad que habéis*

despertado en mí esta mañana, tras leer vuestra carta. Ayer no os pude ver, pero os sentí, o creí sentiros. Habría querido conoceros, de forma que os habría reconocido y, si vuestro honor me lo hubiese permitido, os habría rodeado entre mis brazos, hundido mi nariz en vuestro cabello y os hubiese dicho lo importante que os habéis vuelto para mí, mi Venus literaria. Le dejaré el trabajo a la tinta de mis letras, pues son las únicas pueden llegar hasta vos.

Os extrañé más de lo que quise y más de lo que me permití. Últimamente, como os relaté, he estado ocupado en las labores militares, pero siempre que se me presentaba un momento de paz os recordaba, extrañando y muy apesadumbrado de no tener noticias vuestras. ¿Erro al confesaros esto, madonna*? Al igual que vos, espero que no estéis jugando con mis confesiones, pues son sinceras y no querrían ser tratadas como inciertas.*

Y vos, ¿pensasteis en mí? Quiero creer que así fue. Como me hacéis saber, sois mi más fiel consejera. Así pues, os demando consejo. Hay una dama en Florencia que se apropia mi voluntad desde hace semanas. Debería estar asustado, pues ninguna otra lo ha hecho anteriormente y podría traerme fatales consecuencias para el corazón. Pero por más que intento controlar mis sentimientos, ellos ganan todas las batallas. ¿He de luchar de nuevo? ¿O simplemente resignarme a sus grilletes?

Siento como si mi esclavitud pasase de las manos de mi padre a vuestras letras. Ahora ya lo sabéis, ahora sois la señora de mis pensamientos. Me cabe decir que los gobernéis prudentemente, si alguna vez me habéis apreciado, a pesar de todas mis insolencias.

Os estima sin poder evitarlo,

Vulcano.

Terminó de leer su carta sentada en el banco de la fuente que poseía su pequeño jardín, mientras el sol le bañaba el rostro, el pelo y el vestido, inundándola de calor matutino. Dejó el trozo de papel sobre la piedra y se atrevió a rasgar con la yema de sus dedos el agua, fría y revoltosa, que se fundían entre una serie de plantas acuáticas amarillas, rosas y naranjas. Aquello la tranquilizó, la serenó y la hizo tomar conciencia de lo que aquel hombre acababa de confesarle. Sin pretenderlo, habían caído en un círculo infinito del que ya no podían salir.

«Tienes que dejar de escribirle», se dijo a sí misma dentro de su propia ingenuidad, como si aquello fuese posible.

«Vulcano». Así que Nastagio ya había asumido su papel para con ella y eso, eso significaba tanto. Significaba no más prejuicios, no más dilaciones, no más juegos. Como si le dijese al oído: «Esto es lo que hay, *madonna*, esto es lo que hemos construido sin quererlo». Y así era: él, que la había despreciado de una de las maneras más viles y la había hecho dudar sobre sí misma, sobre su virtud, sobre su belleza, sobre lo que era y dejaba de ser. Y, sin embargo, ya no le dolía más esa herida. Le había perdonado, porque veía en él un retazo de esperanza, de cambio, de libertad. Ahora ella, una chica tan poco agraciada, dominaba a Nastagio Grivaldi. ¿Y pensaba vengarse? No, no podía, por más que esa hubiese sido su mayor ilusión desde un principio. Si alguien debía juzgar las ofensas de Nastagio, ese era Dios.

¿Qué podía hacer? ¿Sucumbir también? Ella no era así, no se dejaba llevar por esas pasiones porque creía que nunca llegaría a experimentarlas. Otra vez pecaba de ingenua, porque ahora se presentaban y parecían cálidas, buenas, sinceras… ¿Así eran de verdad las pasiones? ¿Por qué todo el mundo siempre las habías rehusado? ¿Tan poderosas eran que podían consumirla a ella también?

Solo pensar en lo que Nastagio le había relatado… En ese abrazo imaginario, hacía que se le estremecieran los músculos y, por un segundo, solo cerrando los ojos, pudiese sentirse entre sus brazos.

«Él no es bueno para ti», dijo su conciencia. «Lo sé, lo sé, por eso temo», se dijo a sí misma. «Pero ¿y si yo fuese buena para él?».

A mi querido Vulcano:

Por más que me llaméis Venus, seguiré siendo Vulcana, pues con ese nombre me bauticé la primera vez que os escribí, una vez que jamás olvidaré. Por entonces, señor, yo os odiaba, intensamente, no he de ocultarlo. Herida estaba mi alma, lo demostraban mis palabras, cargadas de resentimiento. Creí que no me responderíais y si lo hacíais sería plagado de orgullo y justificación, como realmente fue. Mas seguisteis insistiendo en escribirme, en conocerme, en sentirme. No llegó vuestro criado hasta mí, pero sí llegaron vuestras palabras y, desde entonces, no se han ido. Cruzan mi mente, como las mías cruzan la vuestra.

Quiero y debo convencerme de que todo seguirá igual si dejamos de escribirnos y olvidamos lo que estas semanas hemos compartido. Sin embargo, sé que no se puede abrir una puerta cuando tú mismo te has tragado la llave. ¿Me equivoco, señor?

Confieso que tengo miedo, pues pocos confiarían en usted y menos en lo que me escribís, cuando son palabras que no han salido directamente de vuestros labios, menos de vuestros actos. ¿Puedo aferrarme a un trozo de papel siempre que dude de vuestras intenciones? No. Sé que no debería, pero el deber parece difuminarse a medida que os escribo. Quizás, señor, yo también esté en una jaula, donde no me ha molestado vivir durante toda mi vida. Y ahora, cuando mi sentido del honor me llama a permanecer entre sus barrotes, sin pretenderlo, quiero salir de entre ellos y encerrarme entre los vuestros.

Ya he confesado demasiado. Si vuestro deseo era vengaros de mí por la crudeza con la que os tratado, os felicito, vengado estáis. Ahora no solo soy una dama sin nombre, ni una consejera, ni menos una Venus. Soy un clavel y vos el agua que lo riega.

Estaréis eufórico por vuestra victoria.

Mis felicitaciones,

Vulcana

Giovanna dejó reposar su pluma sobre el tintero. Miró aquella carta, la más especial que había escrito, y la palpó, sin dudar en ningún momento en mandarla. La perfumó como siempre solía hacer y la dobló para formar su sobre. Hizo llamar a Raffaella y, antes de darle la misiva, le dijo:

—Quiero que cuando recojas su respuesta, te dejes seguir por su criado hasta casa, Raffaella.

—Pero, entonces él…

—Sí. Le llevarás hasta mí.

Episodio VII

—¡Piero! Piero, ¿dónde estás? Ven aquí ahora mismo.

Piero soltó el muslo de pollo que se llevaba a la boca sobre el plato, derramando toda la salsa por la mesa de la cocina. Nastagio entró al segundo pillándole desprevenido.

—Aquí estás, pequeño glotón, donde esperaba encontrarte.

—¿Qué ocurre, señor? —se levantó este al instante y se limpió la boca y las manos con la servilleta que pendía del cuello de su jubón.

—¿Que qué ocurre, Piero? —Sacó una carta y la extendió sobre la mesa—. Esto, Piero, esto. Creí que jamás me lo diría, que esperaría hasta el día de mi muerte queriendo recibir estas palabras.

—¿Qué os ha dicho?

—Que me quiere. ¡Me quiere!

—¿Qué os quiere? ¿Con esas palabras?

—No con esas palabras exactamente, pero yo sé que me quiere.

Agarró a su criado por las hombreras de terciopelo rojo y lo obligó a mirarlo.

—Y yo la quiero.

—Creo, señor, que está intentando burlarse de mí, debí suponerlo antes.

Nastagio estalló a reír con una sonora y sinfónica carcajada. Piero lo miró asustado y tragó un nudo que le aprisionaba la garganta. Entonces, su amo le asió por ambos antebrazos y lo levantó casi hasta hacerle tocar el techo.

—¡Señor! ¿Os habéis vuelto loco?

—Sí, más loco de lo que no he estado nunca, Pierochino. —Lo bajó y comenzó a dar vueltas con él por toda la cocina, casi como si estuviesen bailando.

—¡Señor!

—Te has vuelto más grueso de lo que pensaba, Piero —le dijo una vez se cansó de dar tumbos y se dio un momento para recuperar el aire—. Me alegra saber que estáis bien alimentado, no quisiera perder los talentos de mi fiel servidor.

—Señor, ¿estáis bien? Me estáis preocupando.

—¡Yo! Nunca he estado mejor. Nunca.

—¿De verdad la amáis?

Nastagio sonrió dejando caer los hombros y posando un brazo sobre su cintura.

—Lo sé, no suelo ser yo el que las ama, ¿verdad, Piero?

—Pues no, señor, no suele ser así. ¿Qué vais a hacer?

—¿Qué voy a hacer? —Rio—. No, querido amigo, no. La pregunta es: ¿qué vas a hacer tú para traerla hasta mí? Necesito saber quién es, no puedo amarla a través de un mísero trozo de papel. Si no la tengo entre mis brazos me voy a desesperar, Piero, y como buen sirviente debéis

cuidar a vuestro amo.

—Así será, señor, os prometo encontrarla, después de que haya terminado de comer.

—¡Ah, glotón! Ya veo cuánto os importa vuestro amo. Sí, terminad vuestra comida antes de que me muera de impotencia. Iré a escribir mi respuesta y entonces podréis seguir a su criada. No me falléis, Piero, os jugáis la comida de esta noche y la de mañana, y la del día siguiente y viceversa.

A mi dama:

No me siento ganador si no os tengo frente a mí, madonna*. Durante mi vida he jugado a ganarme los afectos ajenos, ¿sería por diversión? ¿Sería por escapar de mi condición? ¿Por pretender ser libre por unos momentos? Ahora, más que nunca, y no sería sino gracias a vos, soy consciente de que anhelaba el ser correspondido, pero para lograrlo, antes debía ser mi merced la que correspondiese.*

He guardado demasiado bien mis afectos, llegando a creer que no los tenía, o que nunca serían lo suficientes. Podréis vos juzgarlos, podréis juzgar todo de mí, cada detalle e imperfección, cada falta, cada palabra, cada aliento, pues ahora esos afectos son vuestros.

Ya no pertenezco a mi padre, ni si quiera a mí mismo, os pertenezco a vos, así lo quiso Dios al dejaros escribirme aquella carta. Sí, os confieso también que no me agradó recibirla, pues nadie jamás me había dicho tanta verdad junta, clara y sincera. Bendita verdad que abrió mis ojos, que me mostró cómo en realidad eráis y que me hizo amaros.

Sois demasiado buena para alguien como yo, tanto que me duele no mereceros. Pero acepto el regalo que el Señor me ofrece, pues sería un necio si lo desechase.

Perdonadme, madonna*, más necesito saber quién sois, necesito ponerle un rostro a la Venus que ahora es dueña de mi alma. Necesito acogeros entre mis brazos antes de que despleguéis las alas. Deseo, como nunca he deseado, encerraros, conmigo y solo conmigo, en mi jaula de oro.*

De un herrero sometido a la fragua de Vulcana,

Vulcano

—¿Qué os dice esta vez, *madonna*? —le preguntaba Raffaella mientras le deshacía las trenzas.

—No lo creeríais, Raffaella, pero aquí —sacudió el papel— dice que me ama.

—¿Cómo? ¿Ese rufián? Válgame el cielo, ¿estáis segura?

Dejó de peinarla para leer ella misma sus palabras y, al terminar, soltó una risa de incredulidad que ocultó con la palma de su mano, atisbándose solo en su rostro los restos de una sonrisa pícara.

—Solo vos podíais amansar con vuestras palabras a tal desvergonzado, *madonna*.

—¿Puede ser posible, Raffaella, que esté cambiando? ¿Que yo le haya hecho reflexionar sobre su comportamiento? ¿Que pueda convertirse en mejor persona? Lo cierto es que yo…

—¿También lo amáis?

—Me agradan tanto sus letras, Raffaella, retumban en mi cabeza a todas horas. No puedo evitar sentir… una sensación extraña.

—Eso es que lo amáis —convino la criada terminando de peinar su cabello en una sola trenza para que pudiese irse a dormir más cómoda.

—¿Hicisteis lo que os pedí?

—Sí, *madonna*, dejé que esta vez su criado me siguiese. Al principio temía por vuestra

decisión, pero al saber ahora que os ama, es bien oportuno que sepa de vos y que hable inmediatamente con vuestro padre.

—Espero que no le haya alarmado demasiado la noticia…, pues mi identidad podría resultar una decepción.

—¡Eso son tonterías! No, mi señora, no puede resultar una decepción. Quizás una sorpresa, pero ya os aseguro que si os ama como os ha dicho no le importará quién seáis. No tenéis nada que temer, sois incluso más respetable que él.

—Sí, tenéis razón, Raffaella, pero ¡tengo tanto miedo! ¿Qué estará pensando ahora de mí? ¿Se habrá enterado ya de quién soy?

La *piazza della Signoria* latía cual corazón de Florencia una mañana de domingo, entre el ir y venir de sus gentes, los carruajes que recogían a los grandes señores de la ciudad recién salidos de misa, los paseos de las damas bajo en sol acompañadas de su corte; como era el caso de las hermanas Rimini, quienes andaban cogidas del brazo. Alessandra, la menor, iba ataviada de color verde y rosado, con algunos detalles dorados, como las cintas que recubrían su peinado, resplandeciente cual rayo matutino gracias a todos los remedios caseros aclarantes que sus doncellas le aplicaban. Su belleza era cada día más perceptible, o eso pensaba su hermana mayor al contemplarla. Pronto se desposaría muy beneficiosamente para su familia, aunque no contase con una dote igual de alta a la de Giovanna, por ser la menor.

Por el contrario, Giovanna llevaba un vestido del color de los melocotones y tiras rojas allá en las mangas y en las trenzas que se enroscaban en su nuca. Se había puesto también un broche, regalo de su padre, enroscado en su pálido cuello por cuentas de coral.

Iban acompañadas de sus amigas, Felisina y Bianca, así como de sus damas de compañía. Caminaban a lo largo de la plaza riendo e intercambiando comentarios sobre los vestidos que acababan de ver en misa y el siguiente matrimonio que tendría lugar en la catedral. Cuando una figura se interpuso en su camino. Allí, parado frente a ellas, se encontraba el mayor de los Grivaldi, flanqueado por dos de sus sirvientes y uno de sus amigos. Tenía una pierna adelantada y apoyaba la mano en el puño ámbar de su espada. Su jubón marrón y azul se ajustaba a su pecho y se abría a su cintura apretado por un cinturón. La brisa primaveral hacía oscilar sus bucles platinos hacia su derecha contorneando sus pómulos y acariciando sus orejas. Levantó entonces la mirada encontrándose con la de las damas.

Ellas contuvieron la respiración. Una de las criadas se aproximó a Alessandra y le susurró en el oído:

—Nastagio Stefano de los Grivaldi, señora.

Alessandra asimiló la información y mostró una tímida sonrisa. Giovanna, por el contrario, estaba sin aliento. Las palmas de sus manos se volvían húmedas y parecían derretirse cuál manteca al sol. Y, aunque quería detener sus ojos en los verdosos de él, no encontraba el valor suficiente para alzar la mirada del suelo terroso de la plaza. Él ya sabía quién era ella y no había perdido el tiempo en ir a su encuentro.

Como era costumbre hacer, Nastagio hizo una reverencia a las damas y estas a su vez le respondieron. Entonces se aproximó hacia ellas, haciendo un gesto para que no le siguieran sus criados.

El pulso de Giovanna se disparó precipitadamente al sentir su cercanía. Levantó pues el rostro y le miró. Tan hermoso como la primera vez que se conocieron, en aquella breve reunión cuando

se discutía su supuesto compromiso. Nunca había observado con tanto anhelo a ninguna persona, menos a un hombre. Y, cuando creyó que él también la miraba a ella con aquella admiración característica de un enamorado, se encontró con una amarga realidad. Esos ojos verdes como los campos de Florencia en primavera iban proyectados hacia otros que no eran los suyos. Nastagio se presentó ante su hermana, quien enseguida se desquitó del brazo de Giovanna para tomar el de él.

Su mano se quedó suspendida, congelada en el tiempo, carente de contacto, casi como si esa frialdad pronto se extendiese por todo su cuerpo hasta congelar su corazón. Quiso llamarle, pero ambos ya cruzaban la plaza seguidos de todos sus acompañantes.

Giovanna los observó, inmutable, incapaz de explicar lo ocurrido. Él sacó su bonita sonrisa mientras conversaba con Alessandra, haciéndola reír una y otra vez. Parecían encajar cuales piedras de una misma joya, flores de un mismo jardín, espuma de un mismo mar. Y Giovanna lo vio. Entendió cuál era su posición, la de una sombra que nunca podría encajar con la luz. O bien, una luz que nunca se conformaría con una sombra. Y si el universo se regía bajos tales términos, no podría contradecirle. Le había dado una última oportunidad, ahora ya no le quedaba ninguna más que dar.

Capítulo 8

—Necesito que vayáis subiendo al autobús, por favor —anunció el profesor Dugerton a sus alumnos. En su voz se detectaba ese tic de nerviosísimo que aparecía cada vez que tenía que lidiar con una excursión fuera del tranquilo valle de Deerwoods, y más si bajo su responsabilidad se encontraban un puñado de adolescentes que preferían estar en cualquier otro sitio que confinados en un vehículo durante tres horas—. Suban de una vez, no tengo todo el día. Señor Byers, ¡apague ese cigarrillo!

—Técnicamente, estamos fuera de Osborne, puedo fumar todo lo que quiera.

—Técnicamente, usted está bajo mi jurisdicción en estos precisos momentos, ¿entiende? Y además, no puede usted fumar dentro del autobús, y resulta que nos vamos ya, señor Byers.

Peter puso los ojos en blanco y dejó caer su pitillo al suelo empapado del aparcamiento.

—Luego me tomaré otro —murmuró a sus amigos y estos rieron por lo bajo.

—Vamos, suban de una vez —los instó—. Ah, y ustedes, señoritas, también.

Virginia Ainsworth y sus amigas dispersaron su círculo y continuaron hablando a medida que subían y tomaban asientos. Cuando ya estaban todos dentro, el profesor Dugerton procedió a pasar lista y todos se manifestaron excepto…

—¿Dónde está Grivaldi? ¿Ustedes saben algo? —se refirió al grupo de alumnos que había sentados al final del autobús—. ¿No son amigos de Grivaldi?

Matt se reincorporó en su asiento y respondió:

—Sí, ayer me dijo que pensaba venir.

—Se habrá quedado pegado a las sábanas —se mofó Fred.

—Soñando con Virginia —susurró Hans.

—Bueno, nosotros tenemos que marcharnos, ya hemos perdido suficiente tiempo. Y es una lástima, porque él ha perdido suficientes prácticas. Una verdadera lástima, comenzaba a ganarse la asignatura —murmuró para sí mismo.

—Quizás podríamos esperar un poco más —se atrevió a decir Virginia, luego cayó en la cuenta de que aquel comentario había estado fuera de lugar y cerró la boca avergonzada.

—Entiendo, señorita Ainsworth, que desee esperar a uno de sus compañeros, pero hacía media hora que…

Se oyeron unos pasos retumbar en los escalones de la puerta delantera.

—Perdone, profesor Dugerton, he tenido alguna que otra complicación esta mañana.

El profesor se giró sobre sus talones y se encontró con Aidan Grivaldi. Daba la impresión de que el muchacho había estado corriendo para alcanzar el bus. Tenía las mejillas rojas allá donde se apreciaba el contorno de sus pómulos. Le había pillado la lluvia y se había empapado el abrigo de la escuela, así como el cabello que le caía sobre la frente. Y aun así lucía tan encantador que la parte femenina del autobús suspiró nada más verlo, incluida la profesora Zimmer, que los

acompañaba durante la excursión como segunda al mando.

—Tome asiento, señor Grivaldi, estábamos a punto de marcharnos.

—Gracias, señor Dugerton, por esperar un poco más.

—Sí…, bueno, ¡pónganse los cinturones! Nos vamos ya.

Nadie le obedeció, a excepción de un par de personas como fue el caso de Brianna Laidhart, quien se había abrochado el cinturón nada más subir. El último asiento que nadie había ocupado era el que había justo a su derecha. Brianna había estado acostumbrada a no compartir asiento con nadie de su clase, pues era la única de todos que no tenía un amigo o pareja de asiento que la acompañase durante las excursiones. Alguna vez había ido a sentarse con ella Henry Donnagan, simplemente porque quería dormir y buscaba alguien que no hablase nada en absoluto. ¿Y qué le iba a decir ella a Henry Donnagan? Quien solo buscaba temas de conversación que contuviesen las palabras «coche», «*pizza*» y «puntuación de batalla».

—¿Está ocupado?

Brianna ya se había abandonado al sonido de la música de sus auriculares y miraba absorta por la ventana, a la espera de que el paisaje cambiara y dejase de ver los muros de Osborne.

—Ey —la llamó.

Al fin se encontró con el semblante de Aidan, lo suficientemente hermoso para desorientarla un par de segundos y lo justo para quitarse un auricular y fruncir el ceño.

—¿Puedo sentarme aquí?

Brianna arrugó aún más el ceño e, intimidada, asintió pegándose contra el cristal todo lo posible como si temiera que ambos fueran a tocarse.

Aidan se acomodó y miró hacia el asiento que tenía en frente. Su táctica de llegar tarde había resultado efectiva. Al principio había temido que Virginia le hubiese guardado un sitio junto a ella, pero supuso que seguramente estaría junto a su queridísima amiga Helena. También llegó a la conclusión de que Brianna, indudablemente, no se sentaría con nadie. O bien… nadie se sentaría con ella, lo que tristemente había resultado ser cierto. ¡Aidan Grivaldi queriendo sentarse por voluntad propia junto a Brianna Laidhart! No sería tan extraño si llegaba tarde.

Bien, había llegado hasta allí, ahora debía intentar romper el silencio durante aquellas horas de alguna forma ingeniosa que le hiciera recuperar su confianza.

Nunca se había sentido tan inútil en sus cientos de años de seducción. Temía lo que fuese a decir, pues no estaba seguro hasta qué punto ella le rechazaría. Cualquier tema de conversación que cruzase por su mente era desechado: parecía que no hubiese ningún punto en común que pudiese obtener, más que sonsacarle unos simples monosílabos.

«Oh, vamos, Aidan, no has llegado hasta aquí, después de todo lo que has pasado, para no decir nada».

Decidió relajarse sobre su asiento y seguir pensando cómo acercarse a Brianna, ya que todavía les quedaban dos horas y media de viaje. Se percató de lo carísimos que parecían los asientos en aquella tapicería de cuero blanco. Se habría esperado un cutre autobús amarillo de instituto, no aquel Mercedes que llevaba el logo de Osborne como si hubiese sido creado especialmente para la renombrada institución. Incluso cada asiento portaba una pequeña pantalla en el de adelante.

Aidan escuchó las risas de sus supuestos amigos que estaban en la parte trasera molestando a las chicas y cambiándose de sitio continuamente. Era una suerte que los separase medio autobús, de forma que podía concentrarse únicamente en Brianna. Ni siquiera Virginia Ainsworth podía alcanzar a escucharlos si hablaban, porque… ¡porque debían hablar!

Torció el rostro con disimuló para mirarla.

Brianna observaba ensimismada la belleza de los árboles anaranjados que cercaban la carretera, así como los pájaros que huían de sus ramas y se perdían entre la niebla. Parecía estar escuchando música animada, pues agitaba ligeramente la cabeza hacia adelante y con su mano izquierda repiqueteaba con los dedos en el alfeizar de la ventana. Aidan se esforzó por dejar de lado los gritos y voces del autobús y centrarse en el débil sonido de sus auriculares. Si solo pudiera saber sobre sus gustos musicales… Ese ritmo tan característico y monótono. ¿Los ochenta? Así que tenía preferencia por los clásicos, una grata sorpresa. Enseguida la reconoció al llegar al estribillo. *Give It Up*. La primera vez que Aidan la había escuchado había sido en las calles de San Francisco allá por 1982, no dejaba de sonar en la radio. Sin pretenderlo, continuó escuchándola y se dejó llevar por el ritmo pisando con su pie derecho. Estaba nervioso, es más, estaba impaciente. Deseaba alcanzar a Brianna Laidhart más de lo que había deseado alcanzar a ninguna otra. ¿La razón? Ella era la última.

—Escuchadme atentamente —anunció el profesor levantándose del asiento con el micrófono del autobús en la mano—. Señor Sunders, esto también va por usted. Os entregaré unas hojas que debéis rellenar cuando lleguemos al museo. Lo haréis por parejas, es decir, aquel con el que estéis sentados en el autobús y así nos evitamos el revuelo. Además, podréis leerlas durante el viaje. Al final de la visita tendréis que entregármelas y aquella pareja que consiga la mejor puntuación se le subirá la nota en el siguiente examen. ¿Habéis entendido?

—¡Oído cocina! —respondió Fred queriendo hacerse el gracioso y conseguir las risas de los demás.

Brianna, quien se había quitado el auricular para escuchar al profesor, se puso verdaderamente nerviosa al percatarse de quién era su nueva pareja. Se suponía que ella estaría sentada sola y ahora tenía que colaborar con un sabelotodo como Grivaldi. Bueno, a decir verdad, ella también era una sabelotodo. Pero si ganaban, no solo se le subiría la nota a ella, sino también a él… Brianna no podía creer hasta donde iban sus pensamientos, o, mejor dicho: su competitividad.

Aidan ocultaba, tras una máscara de seriedad, lo contento que estaba con la noticia. Al parecer, iban a pasar un largo día juntos. Se premió a sí mismo por haber conseguido sentarse junto a ella, ahora tenía la excusa perfecta para recorrer el museo pisándole los talones a Brianna Laidhart.

—Pobre Aidan, mira con quien le ha tocado —escuchó decir a Virginia a sus amigas—. Debí haberme sentado con él.

Aidan hizo como si no lo hubiese escuchado y prestó atención a la hoja que le repartía el profesor Dugerton. Al ser la asignatura de Historia debían analizar una serie interminable de obras y comentarlas según lo que habían cursado en clase, casi todas de la Época Moderna y principios de la Edad Contemporánea, lo cual estaba mucho a su favor al haber vivido en ambas.

Brianna también analizaba las preguntas y no parecía nada asustada, como si manejase la situación a la perfección. Era una chica aplicada, que parecía destacar en Historia, o era así como se dejaba ver en las clases.

—Creo que podríamos ganarles —dijo él por fin en un intento de hacerla hablar.

—Puede —se limitó a responder.

—¿Quieres ganar?

«Quiero que me dejes en paz y te vayas con tus amigos», pensó ella.

—Me conformó con completar todas las preguntas antes de que acabe la excursión.

—Cierto, son muchas obras —corroboró Aidan—. Creo que podríamos hacerlo. Quiero…

«Quiero que ganes», pensó él.

Pero ella ya se había vestido con su muro protector poniéndose los cascos de música de nuevo

y abandonándose a un mundo lejos de él, donde solo podía percibir el hermoso paisaje de New Hampshire.

Y otra vez silencio. No consiguió hacerla hablar en todo el resto del viaje, aunque sí consiguió que ella le descubriese mirándola y, como respuesta, retirase la mirada, abrumada. Al menos podía comprobar que seguía causando algún tipo de expresión en ella.

Que se sentasen juntos era lo más cercano que habían podido estar después del accidente de la bicicleta. Ya no tenía que observarla más desde la lejanía: podía apreciar cada detalle en su rostro, como aquellas pecas que moteaban su nariz y parte de sus mejillas. Ahora que no llevaba gafas, sus facciones eran más perceptibles, así como su estrecha nariz y sus cortas pestañas que enmarcaban las almendras de sus ojos. Cuando aspiraba contra el cristal empañándolo, se dejaban ver sus dientes revestido de un aparato ortodóntico. A simple vista no destacaba, no como lo hacían chicas como Charlotte o Virginia. No era una belleza notable, sino un rostro que parecía descompuesto por el dolor interno, allí en la oscuridad de sus párpados y ojeras. Incluso su cabello lacio parecía desprovisto de movimiento, de vida. Aidan se preguntó cómo sería una sonrisa suya, ¿deslumbrarían los hierros de su boca? Algo le decía que hacía mucho tiempo que nadie presenciaba una sonrisa de Brianna Laidhart.

Y era momento de echarle una mirada.

—Dejad todos los objetos que llevéis en las bandejas; bolsos, teléfonos móviles, incluso zapatos de tacón —les informó el profesor Dugerton que seguía al pie de la letra las instrucciones que le habían dado lo de seguridad para poder acceder al museo.

—Estupendo —soltó Olivia tomando el hombro de su amiga Charlotte para descalzarse las botas de plataforma que llevaba todos los días a la escuela.

—Al menos no tienes que quitarte la mitad de tu personalidad —se burló Charlotte dirigiendo su mirada hacia Zoey Eliza Goldman, quien era la segunda *rarita* de la clase, después de Brianna Laidhart.

Zoey Eliza Goldman había sido una vez una alumna más de Osborne que solía llevar todo tipo objetos rosas de pequeña. Las niñas siempre se burlaban de su excéntrico gusto por el color fucsia, de forma que cuando alcanzó la adolescencia intercambió aquel color por uno mucho más opuesto como principalmente el negro, el morado o el azul oscuro. Se tiñó su melena rubia con aquellos colores y se maquillaba los ojos con abrumadoras sombras, así como se pintaba las uñas con rotuladores negros cuando se le destapaba el esmalte del mismo color. Confeccionó su cuello, sus orejas y sus muñecas con collares de cadenas o pinchos. Innumerables veces se le había llamado la atención en la escuela en cuanto a su vestimenta, pero su padre era Gary Pierce Goldman y nadie podía rebatirle que fuese el que más dinero donaba. Y aun así no había conseguido que se la aceptase del todo en aquella institución. Zoey no poseía muchos amigos al igual que Brianna. Su única diferencia era que ella podía ignorar abiertamente cada comentario despectivo dirigido a su persona. Parecía inmune a las críticas y llegó un momento en el que los demás se cansaron de meterse con ella al no recibir ninguna respuesta de Zoey. Aunque de vez en cuando alguien soltaba alguna burla, como acaba de hacer Olivia.

Zoey, haciendo caso omiso a Olivia, procedió resignada a desquitarse de todas sus cadenas y collares, incluso se retiró sus anillos con calaveras y gemas y los fue dejando en la bandeja.

—Es para hoy, novia cadáver —murmuró Olivia moviendo la mandíbula exageradamente mientras mascaba un chicle.

Zoey finalmente pasó por la máquina de escáner y esta comenzó a pitar.

—¿Hay algo que haya olvidado? —preguntó la mujer de seguridad—. ¿Alguna pulsera o…? Quizás si se quita las botas.

—Dios, puede quitarse más cosas —se rio Charlotte por lo bajo.

Zoey se descalzó quedándose con las medias azules del uniforme y dejó las botas en la bandeja. Pero la máquina volvió a pitar colmando la paciencia de todos los presentes.

—Señorita Goldman, creo que será mejor si dejamos pasar primero a sus compañeros y luego puede pasar usted en última instancia, no disponemos de mucho tiempo —propuso el profesor.

—Oh, sí, por favor —dijo Olivia pasando bruscamente al lado de Zoey y propinándole un golpe con el hombro.

Finalmente, todos cruzaron el control, incluidos Brianna y Aidan, que eran los últimos en la cola. Llegó el turno de Zoey y fue chequeada por la mujer de seguridad, quien, al final, le dio el visto bueno para continuar su visita. Estaban los tres recogiendo sus pertenencias de las bandejas cuando Zoey cayó en la cuenta de que le faltaba algo.

—Esas zorras… ¡me han robado mi pulsera favorita!

Brie levantó la mirada y se compadeció de Zoey.

—¿Y tú qué cojones miras?

Se sobresaltó por el tono brusco de su voz y enseguida se arrepintió de toda la compasión que había podido sentir por Zoey Eliza Goldman.

—Tranquilízate, deberíamos decírselo al profesor Dugerton —opinó Aidan mientras se abrochaba su reloj de pulsera y clavaba su mirada en ella.

Al percibir Zoey la intensidad de sus ojos, sintió cómo toda la sangre de su cuerpo iba a parar a su rostro y eso la enfureció. Nadie la había hecho nunca sonrojar, se guardaba muy bien el mostrar sus emociones.

—Oh, chico nuevo, gracias por tu fantástico consejo, ¿por qué no se me ha ocurrido en los pasados diecisiete años? Imbécil —escupió sus palabras cargadas de ironía y, aún con las mejillas ardiendo, se marchó junto al resto de la clase que se adentraba por el pasillo.

—No debería hablarle así a la gente.

—¿Y a ti qué te importa cómo hable a la gente? —lo asaltó Brie—. Como si te importásemos ninguna de las dos. Vuelve con tu gente, Aidan Grivaldi.

Aidan asimiló sus palabras y, lejos de agradarle, observó cómo Brie se marchaba por el pasillo para incorporarse al resto de la clase. Todos se pararon para dejar sus abrigos y mochilas en las taquillas y Brie aprovechó después para ir al baño. Las demás chicas estaban allí, haciendo cola después de dos horas y media de viaje. Cuando finalmente estuvieron todos listos, el profesor Dugerton los esperaba en uno de los bancos que tenía el recibidor del Museo de Bellas Artes de Boston.

—Bien, a partir de ahora tenéis dos horas de reloj para completar las hojas que os he repartido. Para entonces, nos encontraremos aquí mismo. Debéis ser puntuales, porque no tenemos mucho tiempo para comer y regresar después. ¿Ha quedado claro, señor Sunders? ¿Byers?

Ambos dejaron de hablar y asintieron como si hubiesen prestado atención.

—Bien, nos vemos en dos horas. Ah, se me olvidado añadir —todos dejaron de andar y se pararon a escucharle de nuevo— que quien no conteste la mitad de las preguntas correctamente se le bajará un punto en el siguiente examen. Ahora váyanse, no pierdan el tiempo, han venido a aprender no ha divertirse. Y recuerden que se encuentran en un museo, así que, sean civilizados.

Dicho lo cual, los alumnos comenzaron a perderse por los pasillos, no sin antes haber cogido

un plano del museo para orientar las obras que debían buscar. Brie fue a tomar el último panfleto que quedaba cuando una mano fue más rápida y se lo quitó. Virginia Laidhart.

—Ups, es el último.

—Tú ya tienes uno —le recordó Brie fijándose en su mano izquierda donde Virginia tenía otro plano.

—Ya, pero siempre los pierdo, por eso necesito dos.

—Vale —se resignó Brie a punto de marcharse, no se sentía con fuerzas para discutir.

—Espera —la paró—, te lo doy si cambiábamos de pareja. Me gustaría estar con mi novio en las prácticas.

Sus rostros se desviaron intuitivamente hacia Aidan Grivaldi, quien husmeaba entre los diferentes panfletos unos metros más a su izquierda.

—¿Trato hecho?

Brie fue a aceptar cuando la voz de Aidan las interrumpió:

—¿Nos vamos, Brianna? Tenemos mucho trabajo por hacer.

Cruzó el recibidor y cogió la muñeca de Brie, con la otra mano le quitó el plano a Virginia, quien lo miraba con la boca abierta.

—Gracias, Virginia, espero que ganéis tú y tu amiga Helena.

Esta se quedó sin palabras con las que responder, solo pudo observar cómo Aidan se llevaba por los pasillos a Brianna Laidhart.

—¿A qué ha venido eso? —le inquirió cuando la oscuridad de una sala los protegió de la asesina mirada de Virginia.

—No podemos estar perdiendo el tiempo —dijo él soltando su muñeca, la cual Brie se la palpó nada más recuperarla. Había sido un contacto fuerte pero cálido y ahora ya solo quedaban la fría marca de sus dedos sobre su articulación.

—¿Por qué has actuado así con Virginia? Pensé que era tu novia.

—Una cosa es que ella piense que es mi novia y otra muy distinta es que de verdad lo sea —respondió, mirándola a los ojos en aquella penumbra tan fantasmagórica, donde la única luz que alumbraba la estancia la recibían los distintos cuadros que la habitaban.

—Así que todo el mundo piensa que… que salís juntos, pe… pero… ¿no es verdad? —tartamudeó Brie, algo intimidada.

—No puedo controlar lo que todo el mundo piense o deje de pensar, Brianna.

Escuchar su nombre viniendo de los labios de Aidan Grivaldi era una sensación realmente extraña, no estaba segura de si le gustaba de verdad escucharlo. No, definitivamente no le gustaba. Le hacía desconfiar.

—Deberíamos empezar.

Ahora fue ella la quien le quitó el plano a Aidan y sacó un bolígrafo de su estuche.

—Ve dictándome las obras y las apuntaré en el plano, así podremos crear un recorrido y no perdernos ninguna de camino.

—Parece que lo tienes todo planeado.

—Solo intento darnos más oportunidades para ganar, así que colabora, ¿vale? Ya sé que no te hace mucha gracia tener que compartir este trabajo conmigo, pero no es momento para lamentarse.

—Yo no he dicho eso, admiro tu capacidad en esta asignatura y creo que ninguna otra pareja tiene las mismas posibilidades de ganar como nosotros. Después de todo, eres la primera de clase.

—Ya no. —Rio apenada Brie—. ¿Sabes?, da igual, solo díctame las obras, ¿vale?

Aidan procedió a obedecerla y juntos marcaron las salas donde podrían encontrarse las obras, dividiéndolas por periodos y estilos. Después comenzaron su búsqueda por las que tenían más próximas.

—¡*La galera de los hombres*! Aquí está. La he encontrado —gritó Brie.

—Yo he encontrado la siguiente obra.

—Bien, déjame el bolígrafo.

Aidan se quedó observando cómo Brie respondía con asombrosa rapidez las preguntas, como si se lo supiese de memoria.

—Podrías escribir la siguiente obra, ¿no te parece?

—Sí, claro —respondió él despertando de su ensimismamiento—. Te gusta mucho la Edad Moderna, ¿no?

—Toda la historia en general, pero sí, soy más de la Moderna.

Aidan torció la mandíbula, realmente sorprendido. Quién lo iba a decir…

Se fue hacia la siguiente obra y comenzó a completar su hoja, él también contaba con sus propios conocimientos, los suficientes al haber vivido en aquellos tiempos.

—Ya he terminado, ¿vamos a la siguiente?

—Sí, un segundo, creo que la siguiente está en la sala B1, no muy lejos de donde estamos.

—Vale, voy a por ella.

En cierto modo, Aidan confiaba en que terminasen antes que ningún otro y así aprovechar el tiempo restante para hablar de algo más que no fuesen las clases, sumidos en las solitarias salas del museo. No pensaba desechar la oportunidad de pasar tiempo con Brianna Laidhart.

Encontró a Brie en la sala B1, había dado con la obra y la analizaba en detalle para poder apuntar cada signo histórico que se manifestaba en la pintura.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, creo que lo estoy haciendo bien.

—Déjame ver.

Ella le tendió la hoja en una mueca, como si el hecho de que él desconfiase de sus conocimientos lo hiciera parecer más arrogante de lo que ya era.

—En todo coincides, excepto en que es un noble, porque en realidad es un embajador, quizás de procedencia burguesa, fíjate en sus ropajes, incluso en su forma de sentarse. Un noble no necesitaría cargarse de elementos para afianzar su posición, no como lo hace este hombre.

Brie lo miró confundida y al mismo tiempo fascinada, cuando Aidan hablaba no estaba segura de si parecía un clásico pedante o por el contrario era una máquina del tiempo en carne y hueso.

—¿Cómo sabes eso?

—También soy un aficionado de la historia, aunque soy más de la Baja Edad Media.

Realmente iba a ser difícil competir con alguien como Aidan Grivaldi en la asignatura. Brie comprendió entonces que era muy posible que sus conocimientos superasen a los de ella, por muchos libros que hubiese leído y por mucho que le gustasen las novelas y películas históricas.

—Continuemos.

Brie, al haberse sentado en el suelo usando un banco como superficie para escribir, Aidan le tendió una mano para ayudarla a levantarse, pero ella la rechazó y se puso en pie al segundo, sin ninguna ayuda.

—¿Has pensado en estudiar Historia cuando acabes el instituto? —le preguntó Aidan que le pisaba los talones, parecía estar ganando terreno hacia Brianna Laidhart.

Ella se paró en seco y él tropezó con su cuerpo retirándose hacia atrás al momento. Su contacto hizo que se le pusieran los pelos de punta y se le enfriase la nuca. Brie giró la cabeza y encajó su mandíbula en su hombro para poder mirarle.

—Solo lo he imaginado, no es algo que sea posible para mí.

—¿Por qué no? Es tu pasión, ¿no?

—Es un *hobbie* —corrigió ella—. No se vive de los *hobbies*, Aidan Grivaldi.

—Pero sí de los sueños, y deberías vivir de *tu* sueño.

—¿A qué viene eso? Si alguien en esta sala debería estudiar Historia ese eres tú, ¿de dónde has salido? ¿Cómo sabes tanto? —Dirigió su mirada hacia la hoja—. ¿Cómo puedes saber qué tipo de barco sale en un cuadro? ¿O cuanto pagaban los viajeros para cruzar el Atlántico? ¿Te has estudiado las obras antes de venir aquí? ¿Querías impresionar a la chica que fuese a ser tu compañera de prácticas? Siento no ser Charlotte u Olivia, debe de ser decepcionante.

—Estás verdaderamente molesta, ¿acaso te he hecho algo?

Brie simplemente se echó a reír mordiéndose el labio.

—Olvídalo, sigamos. —Se tornó sobre sus pies—. Pero hazme un favor, deja de hablar como si lo supieses todo, ¿vale? Ya sé que lo sabes todo.

—De acuerdo. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—¿Estás celosa de mí?

Brie se quedó sin aliento con el que contestar y enseguida sintió como sus mejillas comenzaban a adquirir color.

Ahora Aidan entendía todo mucho mejor, incluso por qué Brie actuaba tan fríamente contra él. Había sido un completo estúpido al no haber caído en la cuenta antes. ¡Y todo volvía a ser culpa suya! Le había estado robado mérito a la mejor alumna de la clase con sus perfectas notas, cuando él solo pretendía cobrarse más importancia, más puntos a su favor de chico nuevo.

—Te diré… te diré una cosa, Grivaldi, solo uno puede llevarse una mención de honor en Historia, si no saco esa mención probablemente mi padre ni considere el que yo pueda estudiar Historia. De forma que no voy a dejar que te lleves algo para lo que he estado trabajando todo el curso, ¿entiendes?

—Así que sí que te planteas estudiar Historia.

—Desde que tú apareciste, se me están quitando las ganas.

—Puedes estar tranquila, no creo que me lleve tal honor —dijo él con un tono convincente en la voz.

—Déjame adivinar, ¿piensas estudiar una ingeniería? ¿Empresariales tal vez? ¿Derecho?

—Craso error, tengo otros planes después del instituto.

—¿No vas a estudiar? —preguntó ella, aturdida por la noticia.

—No exactamente.

«Quizás en mi próxima vida», pensó en su interior Aidan.

—¿Por qué no?

—¿Tanta curiosidad despierto en ti?

—Todos los demás piensan estudiar en la universidad, incluso alguien como Kelly McGuire va a estudiar, supongo que, gracias al dinero de su padre, porque no es muy…

—¿Lista? —terminó Aidan por ella—. Eso ha sido algo cruel, Brianna Laidhart.

Ella enrojeció.

—Tú no sabes nada sobre la crueldad —diciendo esto le dio la espalda y le dijo—: Completa

la pregunta quince y búscame en la siguiente. Ya hemos perdido suficiente tiempo hablando.

Brie le dejó en aquella sala y pasó a la siguiente, mucho más pequeña y oscura.

Hablar con Aidan estaba despertando en ella un sentimiento con el que no estaba muy familiarizada: el valor. Era como si pudiese decir todo aquello que pensase y le molestase sobre él. Se sentía verdaderamente libre por primera vez en mucho tiempo.

Buscando la pregunta dieciséis, se perdió entre los pasillos. Se suponía que tenía que estar en la sala C11, pero no había rastro de ella, así que pasó a la siguiente. La belleza de los cuadros renacentistas la cautivó hasta tal punto que se olvidó de su búsqueda y se dejó llevar por la maestría de sus trazos. Hasta que llegó a un retrato en particular, ocultado entre dos mucho más sobresalientes. En él se había representado a una muchacha de perfil, retratada de cadera para arriba y envuelta en un lujoso y elaborado vestido color melocotón y cargada de una serie de joyas que cubrían su cabello marrón oscuro. Portaba un collar con perlas entramadas entre tiras de oro que caía sobre su pecho. La seriedad estaba pintada en sus simples facciones, a excepción de su ojo del color de las castañas asadas, este miraba hacia el horizonte infinito, como en busca de algo, o más bien de alguien.

—Aquí estás, ¿dónde te habías meti…?

Aidan se estancó nada más posar sus ojos en la pintura, pues lo hizo viajar a lo más hondo de sus recuerdos.

—Lo sé, es bonita —dijo Brie al ver su reacción—. Quiero decir, la pintura. Ella no lo es tanto…, ¿no crees?

—No, no es demasiado bonita, no coincide en los cánones de la época —respondió al segundo él—. Por eso es especial, y la tienen aquí oculta bajo esta luz, ¡qué desperdicio!

Brie se acercó a la placa que había a la derecha de la pintura y leyó:

—«Dama florentina, 1474-76». ¿Estaría casada?

—Por supuesto, las joyas que lleva delatan que estaba casada, su marido se las regaló.

—Claro, es obvio —dijo ella poniendo los ojos en blanco tras aquella muestra de información —. ¿También sabes su nombre? —bromeó.

—Sí, es Giovanna —contestó él en un susurro—. Giovanna de los Rimini.

Capítulo 9

Brie continuó en la busca de la obra perdida mientras que Aidan no se veía capaz de abandonar aquella pintura. La última vez que la había visto había sido en la casa de los Rimini. Con el tiempo, el retrato había ido pasando de dueño en dueño, como una obra de segunda categoría. Hacía mucho tiempo que Aidan la creía destruida, o quizás perdida en alguna que otra subasta o almacenada en una colección secreta. Y allí estaba, había cruzado el Atlántico y había acabado en un museo, escondida entre otras muchas obras de mayor valor. Una pieza sin nombre. Al menos la habían datado correctamente.

—Aidan —lo llamó ella—. ¿Me ayudas?

—Eh, sí, dame un momento, ahora te sigo.

—Vale.

Aidan se acercó a la pieza y la contempló una última vez, pues él sabía que no volvería a contemplarla, no siendo Nastagio Grivaldi.

—Pronto te volveré a ver, Giovanna, dentro de poco. Estoy a punto de terminar.

Le dijo adiós y se dio la vuelta. No estaba triste, quizás melancólico. Se había obligado durante siglos a centrarse en la chica que tuviese que enamorar y no rebuscar en el pasado, en la *otra* chica.

Y eso era precisamente lo que iba a hacer de nuevo.

Mientras tanto, Brie había dado finalmente con la obra que curiosamente estaba descontextualizada, de forma que no se encontraba en la sala correcta y le había costado un poco más dar con ella. Volvió a arrodillarse para utilizar uno de los bancos como mesa, cuando una mano le robó la hoja de los dedos.

—Vaya, Grivaldi y tú habéis escrito muchísimo —dijo Olivia Lavender.

—Dame la hoja —le rogó poniéndose en pie y extendiendo la palma de la mano.

—Solo quiero echarle un vistazo, quizás os robe algo de información.

—Sí, a ver qué pone —dijo Charlotte—. Anda, pero si nos falta eso, y eso.

—Creo que ahora sí podemos terminar nuestra tarea, Char.

—Es nuestro trabajo —alzó la voz Brie, alarmada—. Dádmelo.

—Claro que sí, aquí tienes.

Olivia le tendió el papel y antes de que Brie lo cogiese lo rasgó con su otra mano. Brie gritó.

—Vaya, qué frágil.

—Eres una…

—¿Una qué? Dilo —exigió Olivia, quería llevar a Brianna al límite y parecía estar consiguiéndolo.

Brie no contestó y Olivia rompió más el papel.

—¡Para! —suplicó a punto de llorar.

—Ya basta —dijo una voz que retumbó en la sala.

Aidan se interpuso entre ambas y le quitó la hoja de la mano a Olivia.

—Robarle la información a la chica más lista de la clase no te hará más inteligente, Olivia. Lamento ser yo el que te lo diga.

Olivia se puso tan roja como un tomate. Nadie le había contestado de aquella forma y mucho menos alguien como Aidan Grivaldi.

Brie abrió los ojos de par en par tras escuchar aquello. Aidan estaba contestando a Olivia Lavender, no, en realidad, ¡la estaba defendiendo! ¿O quizás estaba defendiendo el que le sabotearan su trabajo?

—Solo queríamos ver vuestras respuestas.

—Esa tampoco es una solución muy inteligente.

Olivia no supo cómo responder y, cogiendo a Charlotte del brazo, se marcharon rápidamente de la sala.

—¿Estás bien? —se dirigió a Brie.

Ella tardó un segundo en reaccionar, todavía seguía impactada por los recientes acontecimientos.

—Sí, eh… ¿No te habrás metido en un lío por responder así a Olivia Lavender?

—¿Acaso importa? Vamos, copiaremos tus respuestas en mi hoja, porque la tuya no está para entregársela al profesor.

Brie le dictó sus palabras y Aidan aprovechó para modificar algún que otro dato sin que ella lo percibiese, quería que Brianna ganase a toda costa y eso significaba eliminar cualquier margen de error.

—Gracias —dijo ella por lo bajo.

—¿Qué? —se hizo el sordo.

—He dicho que gracias —repitió—. Por haber controlado la situación antes y haber recuperado nuestro trabajo.

Aidan ladeó una sonrisa.

—De nada, solo pretendía hacer lo que creía justo.

—¿Y qué es lo justo?

Aidan levantó la mirada clavándola en la de ella.

—Bueno, en primer lugar, recuperar nuestro trabajo.

Brie bajó la cabeza mirándose los zapatos de charol del uniforme.

—Y, en segundo lugar, decir lo que pienso en voz alta, sin importar las consecuencias.

—Entonces, ¿has tenido un arrebato de valentía? —preguntó ella.

—Más bien de sinceridad, ¿no crees?

—Sí, supongo. Algunos, Aidan Grivaldi, no podemos permitirnos decir lo que pensamos.

—¿Por qué no?

—Porque estamos expuestos, gente como yo, como Zoey Eliza Goldman: todo lo que digamos es juzgado… —Miró hacia un grupo de alumnos que se divertía deslizándose por el pasillo contiguo— por *ellos*.

—Pero la diferencia es que Zoey sí dice lo que piensa.

—¿Y le sirve de algo?

Aidan se paró un segundo a pensarlo, debatiéndose sobre qué responder, pero no halló las palabras adecuadas y calló.

—Lo que te decía, a veces es mejor no decir nada y tirar hacia delante.

—No, no creo que esa la solución.

—Ah, ¿y se te ocurre una mejor?

«Estoy en ello, Brianna, estoy en ello».

Tampoco se dijeron mucho a la vuelta del viaje. Entregaron su hoja completada al profesor Dugerton y volvieron a como habían estado antes. Brianna se autoprotegió bajo la música de sus auriculares y Aidan no tuvo más remedio que aprovechar el tiempo observándola con todo el disimulo que le era posible. Matt y los demás le pidieron que se fuera a los asientos de atrás con ellos, pero él se negó alegando que quería «descansar».

Brianna, que escuchaba todo, aunque no lo pareciese, se alegraba en el fondo de haber oído aquella negativa, aunque eso significase que Aidan se había convertido en el nuevo Henry Donnagan, ese que solo se sentaba a su lado para dormir. Bueno, ¿y qué más daba? En cuanto regresaran a Deerwoods todo volvería a ser como antes. Lo único alentador era saber que cada vez quedaba menos para marcharse de ese infierno.

Aidan no quería regresar, quería sacar a Brianna de aquel autobús y llevársela a cualquier otro sitio donde se sintiera cómoda para abrirse a él, lejos de toda aquella gente. Lejos de los estereotipos de Osborne, de las miradas acusadoras y de los comentarios hirientes.

Gracias a su colaboración como pareja, había descubierto ciertos aspectos de ella. Como que vivía y respiraba con miedo hacia a aquellos que tanto mal le habían hecho. Y él era una excepción, parecía descargar toda su ira acumulada con él, como si sintiese a salvo para decir lo que pensaba y, eso, eso era bueno. Al menos era un paso, quizás no demasiado avanzado, pero sí hacia delante.

Finalmente llegaron a Deerwoods pasadas las cinco de la tarde. Llovía intensamente, el agua era tanta que se escurría por cada carretera, pared y tejado; o bien se fundía con el lago y el río. Desde el autobús apenas se discernía el paisaje del valle, pues los cristales estaban completamente empañados y difuminados desde el exterior por el agua de la lluvia. Aun así, supieron enseguida que habían llegado, y Matt y los demás se pusieron a cantar haciendo reír a las chicas. Cuando el autobús llegó a Osborne todos se levantaron de sus asientos armando revuelo y el profesor les mandó sentarse hasta que aparcaran. Ya no pudo pararles cuando se abrieron las puertas y salieron disparados al frío exterior. Los únicos que no se movieron fueron Brie y Aidan, quienes esperaron hasta que el autobús estuviese vacío y solo entonces él se levantó y ella lo siguió.

Afuera había dejado de llover y solo chispeaba, pero Brie se abrochó el abrigo y se puso la capucha. Iba a dirigirse hacia su bicicleta cuando una mano la paró agarrándole de la manga.

—Espera.

Aidan Grivaldi parecía no haber terminado de relacionarse con ella.

—Hoy hemos hecho un buen equipo, gracias.

—De nada.

—¿Volvemos juntos a casa?

Brie abrió los ojos impactada. ¿A qué había venido eso? Solo pudo responder:

—Tengo… la bici.

—Ya, claro. Menos mal que ha parado de llover.

—Sí.

Brie se dio la vuelta todo lo incómoda que se podía sentir por la conversación. ¿Qué estaba

tratando de hacer? ¿Reírse de ella? Se fijó en su alrededor. ¿Acaso alguien los había visto hablando juntos? Esperaba que no. No podía imaginarse la cantidad de rumores crueles que podría despertar.

Llegó hasta el aparcamiento de bicicletas, a aquellas horas solo quedaba atada la suya. La liberó de su candado y lo lanzó a la cesta. Sacó su vehículo del aparcamiento y se dirigió hacia el camino que estaba a unos metros a la izquierda. Sin embargo, se dio la vuelta una vez más.

Aidan había regresado con sus amigos y hablaban al otro lado del aparcamiento. «Las cosas han vuelto a la normalidad», pensó, aparentando estar tranquila, cuando en realidad se sentía una forma totalmente opuesta.

Se internó en el camino embarrado, consciente de que su jardinero, Jackson, tendría que darle un buen manguerazo a la bicicleta cuando llegase a casa. Comenzó a subir aquella pequeña cuesta con más dificultad de lo que pensaba. Debía ser el barro que estaba estancando las ruedas, pues no entendía como apenas avanzaba. Se dio una pausa a sí misma para recobrar las fuerzas y después lo volvió a intentar.

—¿Necesitas ayuda?

Se paró en seco.

—Ya casi estoy —alegó mirando ligeramente hacia debajo de la cuesta.

Aidan Grivaldi no había terminado de hablar con ella.

—Como quieras.

Y comenzó a subir. Enseguida la adelantó y ella se esforzó por ir más rápido. Llegó exhausta a la cima, cuando ni siquiera había sido una cuesta del todo empinada, una cuesta que había subido siempre: lloviese, nevase o granizase. Ya estando arriba se subió a la bicicleta y comenzó a pedalear.

Al principio todo parecía como siempre, hasta que, nada más adelantar a Aidan, la bici comenzó a emitir un ruido espantoso y chirriante. Seguidamente, sonó como si una de las ruedas estuviese perdiendo todo el aire y Brie no tuvo más remedio que pararse. Se bajó e inspeccionó, asustada, ambas ruedas. En efecto, la trasera se había deshinchado completamente. Pero ¿cómo? Entonces se percató de que había algo estancado en la parte inferior al sillín.

—¿Todo va bien? —preguntó Aidan.

Ella no respondió. Con la mano cogió aquel objeto que se había clavado en la goma de la rueda, de forma que ralentizaba su movimiento. Era una pulsera negra de pequeños pinchos. Aquello no estaba allí por simple curiosidad, pues estaba segura de que era la pulsera favorita de Zoey Eliza Goldman, la misma que había perdido en el control de seguridad para entrar en el museo. La misma que posiblemente le hubiesen robado Charlotte y Olivia.

Y cuando levantó la vista, allí estaba él, mirándola preocupado.

—Eso es…

—Es de Zoey —le cortó ella—. Parece que tu valiente actuación de antes no ha resuelto nada, Aidan Grivaldi.

Y es que no había otra manera de interpretar la situación. Olivia se había sentido humillada y había decidido dejar claro quién dominaba la situación en la escuela, quizás como un aviso de lo que podía llegar a pasar si te metías con la persona equivocada.

—¿Y yo qué tengo que ver? ¿Por qué iba Zoey a…?

—¿Es qué no te enteras de nada? —le increpó furiosa.

Empezó a llover.

—Tus amigas me han pinchado la bicicleta porque antes les hablaste de esa manera.

—¿Te refieres a Olivia y Charlotte?

—¿Quiénes si no?

La lluvia los comenzó a empapar. Aidan no supo que decir y Brie decidió echar a andar con la bicicleta por el camino, aunque apenas circulase.

—Déjame ayudarte.

Apareció al segundo a su lado.

—No, ya has hecho suficiente —dijo ella en tono seco, apartándose de él.

—Lamento que mis acciones te hayan causado problemas, yo no quería que esto pasase.

—¿Ah, no? ¿Por eso me has distraído al salir del bus? ¿Para qué ellas pudieran fastidiarme la bicicleta?

—Creo que estás imaginándote demasiadas conspiraciones.

—Oh, perdona que desconfíe de todo el mundo. ¿Acaso no has visto el boquete que tiene mi rueda? ¿De qué cojones vas? —comenzó a gritar, al menos la lluvia amortiguaba su voz—. ¿Qué es lo que pretendes conmigo? ¿Estás intentando reírte de mí? Primero eres amable conmigo, después te comportas como todos los demás y ahora vuelves a ser amable conmigo. ¿Por qué? ¿Es acaso un jueguecito vuestro? ¿Peter y los demás te han pedido hacerlo? ¿O han sido Olivia y el resto de sus amigas? ¿Queréis reíros de mí?

—Brianna, escúchame —intentó calmarla.

—¡No! Cállate —respondió alterada, la capucha se le cayó sobre la espalda y el pelo comenzó a mojársele, la lluvia a recorrer su frente y caer por sus sienes hasta la mandíbula—. No soy la burla de nadie, ¿vale? ¿Os creéis que porque soy fea y poco importante no soy un ser humano? Os equivocáis, todo lo que hacéis, Aidan, todo, me duele y me afecta. No voy a dejar que os riais más de mí, ya he tenido suficiente.

Sus lágrimas enseguida se camuflaron con el agua de la lluvia. Aidan no apartó la mirada, por muy intensa que esta fuera, por muy cargada de reproche y resentimiento que estuviese.

—Yo no me río de ti, nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—No te creo. Eres como todos los demás, aquel día en clase de esgrima…

—Aquel día no sabía quién eras —se escapó de sus labios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir… —Calló y miró hacia sus zapatos llenos de lodo, agua y hojas empapadas—. Brianna, tú no eres como los demás, lo que ocurre es que he tardado en darme cuenta. Pero ahora lo sé, sé que nunca mereciste ese trato por mi parte. Lo siento.

—Ya no importan tus disculpas, Aidan Grivaldi, no importa nada. Vuelve a *tu* mundo, con *tu* gente y déjame en paz.

Brianna se mordió el labio reprimiendo más lágrimas y le dio la espalda, dejó su bicicleta tirada sobre el linde del camino y echó a andar hacia su casa. Aidan la observó alejarse hasta que perdió su figura entre los árboles. Nunca se sintió tan inútil, tan inválido, tan idiota. O quizás sí…, pero de eso hacía mucho tiempo y ahora volvía a recorrerle, una vez más, esa amargura.

—¿Te ocurre algo? A penas has tocado mis galletas y todas las mañanas las devoras —le dijo Marxias levantando la mirada por encima de su libro de Matemáticas.

Aidan negó con la cabeza jugando a remover su té de grosellas una y otra vez.

—En esta casa, jovencito, se responde cuando te preguntan, y extensamente.

—Déjalo, Marcel, déjalo.

—¿Qué pasa con la chica? ¿No has conseguido todavía conquistarla? ¿Está siendo difícil?

—La más difícil. No me soporta —contestó estrujando una pasta con la mano—, ¿cómo demonios la voy a enamorar?

—Escucha —cambió su tono de voz y dejó el libro sobre la mesa del comedor—, eres el mayor conquistador de la tierra, tu voz, tu rostro, tus gestos, además de tus poderes, pueden hacer que cualquier mujer se deshaga emocionalmente ante tus pies. Y llega esta chiquilla, que encima es la última de tu lista y, ¿te vas a amedrentar? Del odio al amor hay solo un paso, así que camínalo y termina con todo esto de una maldita vez, Aidaniel. ¡Ya! Vete de mi vista ahora mismo, vete a ese denigrante colegio, ¡vamos!

Cogió el libro y se lo tiró a la cabeza. Aidan lo paró a medias y este rebotó cayendo al suelo boca abajo.

—¡No es tan sencillo, Marxias! —gritó poniéndose de pie—. Ella es tan diferente… Es impredecible, no sé cuáles van a ser sus contestaciones y movimientos, no me puedo adelantar, no consigo entenderla. Y sufre, sufre muchísimo, de eso no tengo duda, pero no deja que nadie apague ese sufrimiento, es como si aceptase que es suyo y solo suyo. Y a veces siento… siento.

—¿Qué sientes? ¿Amor?

—No, sabes que eso es imposible, es otro sentimiento más extraño. Siento como si ella fuera una vieja amiga, igual que tú. Lo que es jodidamente contradictorio porque en realidad no sé cómo es, no sé nada.

—Te estás comiendo la cabeza, Aidan, te está afectado más de lo que pensaba.

Marxias se rascó la nuca, mientras veía como Aidan iba hacia la ventana y apoyaba su frente contra el frío cristal, así como su antebrazo para sostenerse.

—¿Sabes lo que de verdad creo? —dijo Marxias.

—¿El qué? —respondió con la voz amortiguada.

—Que los de arriba no quieren que les ganes la batalla. Es un reto, un gran reto, y tienes que ganarlo, no has pasado por tanto para nada, chico.

—Lo sé, tienes razón.

—Bien, ahora vete, vas a llegar tarde y vuelve a intentarlo, no se te ha dado una cara bonita para nada.

—Eh, mi belleza es natural —respondió este recuperando el humor.

—Sí y mi inteligencia también, ¡vete!

Aidan le sonrió con algo de pesar y, cogiendo su abrigo y su mochila, se marchó de Avonshire. Marxias había conseguido devolverle algo más de fuerza, y la necesitaba más que nunca. Se dijo en su interior que era normal que después de tantos años se sintiese cansado de la labor y hubiese perdido el entusiasmo del principio. Pero mientras caminaba hacia la escuela no pudo evitar pensar: «No desistas ahora, solo queda una piedra en el camino».

También recordó la promesa que se había hecho a sí mismo hacía más de quinientos años, de que se ganaría su posición en el cielo y, si tenía suerte, volvería a ver a Giovanna de los Rimini, pero ya no en un retrato, sino rodeada de la gloria celestial. Ese, ese fue su aliento durante medio milenio de existencia. Suerte que aún conservaba algo de ese suspiro para alimentar su ánimo y sus fuerzas.

El destino pareció sonreírle al encontrarse de golpe con Brianna Laidhart que bajaba a pie aquella mañana, al tener pinchada la bicicleta. No fue un encuentro forzado, más bien casual, que los sorprendió a ambos. Quizás era mejor así, dejar que las situaciones surgiesen por sí solas.

Ella lo miró por un segundo y enseguida le retiró la mirada y se la concedió al camino. Estaba

dispuesta a seguir andando cuando él notó en ella una pizca, quizás demasiado pequeña de ¿remordimiento? En ese caso…, ¿cómo debía actuar? Aidan estuvo a punto de saludarla, sin embargo, algo en su interior lo mantuvo callado, haciendo más intensa e incómoda la situación y estrechando el nudo de culpabilidad de Brianna, si es que lo tenía.

Y, por si fuera poco, la atizó con una mirada demasiado indescriptible, pero acusadora, y que le reclamaba unas mínimas disculpas. Ella enseguida la notó sobre su persona y se sintió más incapaz que nunca de reaccionar. Puede que los malos tratos de Osborne hubiesen moldeado a Brie en piedra, pero Aidan se consideraba un buen escultor y sabía cuándo y cómo hundir el cincel.

—Deberías ponerte a andar o llegaremos tarde —dijo él con un tono de voz que se asemejaba al de un amigo dando un consejo a otro.

Brianna reaccionó al momento y movió los pies. Aidan la alcanzó y se situó a su lado. Caminaron juntos en silencio bordeando el lago que por entonces pugnaba contra la niebla por dejarse ver.

—Siento lo de tu bicicleta, al menos ya no te volverás a caer.

Aquello la pilló por sorpresa y abrió la boca para defenderse, pero no se le ocurrió nada y guardó silencio. Incluso pensó en andar más rápido para perderle de vista, pero tampoco se vio capaz. Aidan se rio por dentro ante su respuesta corporal y buscó otras palabras con las que atacar:

—Siento también mi sinceridad, pero no pienso renunciar a ella mientras tú no renuncies a la tuya. Ayer…

—Ayer estallé —le cortó—. Pero no te dije nada que no fuera verdad, aunque igual me pasé en la parte en la que creí que habías confabulado con *ellas* para pincharme la bicicleta.

—Eso que oigo… ¿es una disculpa?

Brianna se paró en seco y lo miró.

—¿Por qué iba a disculparme cuando tú todavía no lo has hecho? Seguramente no estás involucrado en lo de la bicicleta, pero sigue siendo culpa tuya. Tus acciones acabaron repercutiéndome a mí. Así que será mejor que no volvamos a hablarnos, jamás. Tú puedes seguir con Peter y sus amigos y yo intentaré sobrevivir a ese infierno un poquito más.

Se dio la vuelta para marcharse, pero él la cogió del brazo y la hizo girar hasta tenerla a un palmo de sus ojos.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la que sigo hablándote? ¿Por la que, por muchas evasivas, por lo fría e insoportable y borde que seas conmigo, sigo insistiendo?

Brianna agachó la mirada.

—¡Mírame! ¿Quieres saberlo?

—Suéltame.

—No.

—Vale, entonces dímelo y déjame en paz de una vez, Grivaldi. Mi vida es suficientemente complicada para tener que lidiar contigo también. Estoy harta de vivir, si pudiese…

Él le apretó más fuerte el brazo y la miró espantado.

—¿Si pudieses qué?

—Morirme —susurró exhalando vapor por la boca.

—No vuelvas a decir eso, nunca —declaró él con firmeza y seriedad en su voz.

—Deja de darme órdenes, suéltame de una vez.

—¿Sabes por qué no sales de ese pozo de desesperación que te consume a cada día?

—¡Déjame! —gritó casi a punto de llorar.

—Porque tú misma te has cerrado con llave y no dejas que nada ni nadie te abra.

—Su-él-ta-me.

—¿Te crees la única que ha vivido una tristeza tan absoluta que se ahoga en sus propias lágrimas? Despierta, Brianna Laidhart, despierta. Seré uno de los más populares en Osborne, que tenga más amigos y chicas detrás de mí, pero todo eso es una gran e inmensa mentira. Puedes seguir creyendo que mi universo y el de los demás gira perfectamente y que es tu órbita la única estancada, pero sigues viendo una enorme mentira. Todos tenemos nuestra cruz, aquí —se llevó la mano al pecho—, y quema, abrasa las entrañas a cada segundo queramos o no verlo. Tú no eres la única que la siente, Brianna.

—Tú no sabes nada de lo que siento.

—Sé mejor que nadie lo que sientes. Ese dolor que tienes nunca se irá del todo, tendrás que vivir con él, asumirlo y abordarlo de otra manera, una manera que te hará más feliz.

—¿Y cómo lo sabes? ¿A qué viene todo esto?

—Deja de desconfiar, Brianna, yo no soy malo en esta historia. Sí, puede que no te haya tratado de la manera acertada, pero me arrepiento por ello, de veras. Solo quiero ser tu amigo, no te vendría mal tener alguno, ¿no crees?

—Lo siento, pero no te creo. Sé cómo son los chicos de Osborne y tú puedes ser perfectamente como ellos. Aquel día en la clase de esgrima…

Aidan puso los ojos en blanco y añadió:

—Lo sé. Si fui tan brusco es porque quería ganarme la atención de Virginia y coincidió que nos tocó a ti y a mí juntos.

—¿Por qué querías su atención si ahora le hablas de esa forma? ¿Es que ya no te gusta? Todas tus acciones son ciertamente sospechosas, comprenderás el que no pueda confiar en alguien como tú.

—Sí, lo entiendo.

—Tengo que irme, vamos a llegar tarde.

—Virginia me gustaba, sí, es bastante guapa —continuó él sin soltarla—. Pero entonces me mostró cómo era en realidad, por dentro. Hace tiempo una persona me enseñó que no se debe juzgar por las apariencias, pues estas a veces te sorprenden. Por un segundo yo… olvidé esto, ese fue mi error. Y cuando conocí de verdad a Virginia me di cuenta de que no era para mí. Así que, para… no alimentar más sus ilusiones, me retracté. Ella tarde o temprano tendrá que aceptar que mis sentimientos nunca le correspondieron. A veces, uno tiene que mostrar algo de valor y juntarse con aquellos que de verdad le convienen.

—Tú mismo lo has dicho, no te conviene ni lo más mínimo ser mi amigo, Aidan Grivaldi.

—Sé perfectamente lo que me conviene, Brianna Laidhart.

Él finalmente la soltó y ella continuó mirándole, intentando comprender más allá de sus palabras.

—Ahora sí, deberíamos irnos.

Brianna asintió y lo siguió por el camino hasta llegar a Osborne. A la entrada de la escuela decidió quedarse unos pasos más atrás para que no los vieran llegar juntos, pero él se dio la vuelta buscándola.

—¿Vienes o qué? —la instó.

Ella quiso mandarle bajar la voz, pero no se atrevió y aceleró los pasos hasta alcanzarle. Entraron juntos en el edificio. Brianna no sabía qué decir ni cómo actuar. ¿Los miraban? ¿O

quizás era simple casualidad que Brianna Laidhart y Aidan Grivaldi hubiesen entrado en la escuela a la vez?

—Buenos días, señorita Pinkerton —dijo Aidan a la recepcionista.

—Buenos días, señor Grivaldi —le respondió embelesada ella.

—Te vas a quedar sin amigos como sigas hablándome —soltó Brie entre dientes, todavía ocupando un lugar rezagado.

—Es posible, pero tú seguirás siendo mi amiga.

—Primero tengo que serlo.

—Pensé que ya lo eras.

—Incluso la señora Pinkerton dejará de hablarte amablemente —le susurró mientras cruzaban la escuela.

—No sabes lo triste que me pone eso.

Llegaron a una bifurcación de pasillos.

—Lamentablemente nuestros caminos se separan aquí. ¿Qué haces en el descanso? —preguntó él.

—Voy a la biblioteca.

—Vale, te veo allí.

—¿Qué? No. ¡Nos verán!

—Necesito que alguien me explique álgebra.

—Como si necesitases mi ayuda… —murmuró poniendo los ojos en blanco.

—La necesito, hay un problema que llevo días intentando solucionar. Los amigos se ayudan, Brianna Laidhart.

—Tú y yo no…

Pero él ya caminaba por el pasillo alejándose de ella.

Episodio VIII

Al principio el dolor supo amargo; se apropió de sus noches, de sus días, de sus palabras y de sus gestos. Sus criadas trataron de evitar que cayese enferma, la mimaron y la colmaron de atenciones, incluso su padre llegó a preocuparse por su salud, teniendo que llamar al médico. Este se limitó a decir que se trataba de una fase de temor, propia de las damas aún solteras y que era importante procurarle un marido en los sucesivos meses, lo cual acrecentó su estado de tristeza y desesperación.

En cuanto a su hermana, continuó siendo cortejada por Grivaldi a la salida de misa, lo cual llegó a oídos de sus padres, que no tomaron demasiado bien la noticia, después del desafortunado e inconcluso enlace con Giovanna. Sin embargo, ella no dijo absolutamente nada al respecto, sino que se limitó a mostrarle sus bendiciones a su bien amada hermana y no impidió que esta continuase sus atenciones para con Nastagio, siempre y cuando fuese feliz. Pronto, él se presentaría en su casa y exigiría su mano, era una realidad que todos, incluidos los criados y gentes de la ciudad esperaban. También Giovanna, quien concebía mejor que nadie la proximidad del acontecimiento.

Una mañana se recompuso y se prometió alejarse de la cama durante todo el día. Comprendió que, aunque no podía dejar de amarle, al menos tenía la fuerza suficiente para reubicar su vida en lo que había sido antes. No se castigó a sí misma por necia, ni a él por haber seguido sus instintos y apetencias hacia la hermana más sugerente de los Rimini. En realidad, no sabía quién tenía la culpa, quizás los propios sentimientos del ser humano, tan difíciles de amansar, tan libres y tan… peligrosos.

Su criada, Raffaella, había tratado de convencerla de escribir a Nastagio para que supiese de su verdadera identidad, para tratar de corregir aquel estrepitoso error. Sin embargo, Giovanna sentía que aquel propósito no cambiaría nada, no ahora que su hermana ardía en esperanzas de un enlace y él se creía enamorado de un ser que no existía, con el interior de una hermana y el exterior de otra.

Lo que no alcanzaba a creer era cómo habiéndose visto ambos tres veces, Nastagio no hubiese percibido que se equivocaba de persona. Quizás la timidez que despertaba Alessandra habría podido mitigar cualquier sospecha, pues no era dada a hablar más que con damas.

Como sospechaba Giovanna, él mandó cartas, ahora directamente a la casa de los Rimini. Letras que fueron a parar a los dedos de su hermana.

—¡Giovanna!

Unos gritos la despertaron de su plácida lectura en la balconada de su habitación. Se puso en pie con el tomo en las manos y miró hacia la puerta.

—Oh, Giovanna. Tienes que ayudarme.

Alessandra se dejó caer sobre la colcha de la alta cama.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —preguntó acompañándola.

—Estoy perfectamente, querida hermana, pero he recibido hoy una carta. En el sobre va dirigida a mí, pero al desplegarla se refiere a otra persona.

—¿De quién es la carta?

—Es de…

—Grivaldi —adivinó Giovanna en voz alta.

Alessandra suspiró de alivio, pues no se atrevía a pronunciar su nombre.

—Sí, es de él.

—Cuéntame, ¿no sabes cómo responderle?

—Sí, bueno, no es ese el problema. Aquí —sacó la carta de su vestido y la desdobló— dice un montón de cosas que no entiendo, como toda una serie de suplicas amorosas. Creo que es un código que solo puede descifrar una persona que ciertamente no soy yo.

Giovanna cerró los ojos acopiando fuerzas y respiró.

—Alessandra, respóndeme, ¿lo amáis?

Ella se tomó un momento para meditarlo.

—Parece un buen partido, ¿no crees? Aunque muchos me han dicho que no he de precipitarme, pues malas famas le persiguen a lo largo de la ciudad. Además, estuvo prometido contigo. No me odiáis por eso, ¿verdad?

—¿Odiarte? Nunca, no podría. Solo quiero que estés bien y seas dichosa.

Alessandra sonrió y le cogió las manos a su hermana para mirarla a los ojos.

—Giovanna, has de escucharme ahora. Quiero que me cuentes la verdad.

—¿De qué estás hablando?

—¿A quién se dirige esta carta? Sabes que no es para mí, yo lo sé. Raffaella también.

—¿Qué te ha dicho? ¡Traidora!

Giovanna le soltó las manos, alterada, pero Alessandra se las tomó de nuevo y la obligó a mirarla.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Qué importa eso ya? Eres tú lo que ama, tú y tus bellos ojos, tu pelo dorado, tu tez, tu sonrisa. Sabes que no hay marcha atrás.

—Siento tanto todo. No voy a contestarle a esta carta, ni el domingo acudiré a verle. No creo que sea una buena persona, Giovanna. Lo que me ha contado Raffaella me ha hecho comprender el daño que te ha causado, el por qué has estado enferma.

—No, por favor, no quiero ser la causante de este cambio de actitud si eso significa interferir en…

—¿En qué? No pienso comprometerme con un hombre que ha herido a mi buen y preciada hermana. A partir de hoy, nuestra familia se alejará de él para siempre.

Giovanna se mordió los labios para evitar llorar y Alessandra la abrazó acogiendo sus tristezas y preocupaciones.

—Tranquila, todo va a ir bien —le decía al oído mientras acariciaba sus trenzas.

—He sido tan estúpida.

—Eso es imposible, eres la persona más inteligente que conozco, después de padre.

—Aún me duele la traición de Raffaella —murmuró.

—Solo trata de protegernos, siempre lo ha hecho, desde que éramos unas niñas. Agradezco tanto su sinceridad, me ha librado de una vida desdichada. De hoy en adelante, seremos más prudentes, hermana.

Así se dijo Giovanna a sí misma, tratando de convencerse de que aquella primavera crecerían los claveles más hermosos y fuertes que nunca.

Llegaron más. Al principio una cada tres días, después vino una a la mañana y otra a la tarde. Las criadas recibieron órdenes de mandarlas al fuego, sin siquiera abrirlas o entregarlas a las damas de la casa.

Las hermanas dejaron de pasear por la *piazza della Signoria* y otras partes de la ciudad, dirigiéndose al carruaje nada más salir de misa junto a sus padres. Todo pareció volver a la normalidad, lo cual Giovanna agradeció. Y, aunque admitía de vez en cuando sentirse algo melancólica, sus lágrimas dejaron de caer con la habitualidad que lo habían hecho días atrás. Solo cuando salía por las noches a su balcón, cuando todo estaba en calma y oscuro, el momento en el que recordaba alguna de sus palabras, de sus promesas y anhelos. En ese momento una libertina lágrima se escapaba por la colina de su pómulo.

Pero ese dolor terminaría pronto, en el momento que comenzase una nueva etapa de su vida.

Él dejó de escribir. Lo que fue un alivio para todos. Una forma de terminar para siempre una correspondencia ya no correspondida.

Pero un día llegó una carta inesperada, que no fue entregada por ninguna de las criadas, sino por el mozo las cuadras que había eludido al servicio y consiguió penetrar en la habitación de las damas, donde solían leer, bordar o jugar a juegos de mesa. Allí depositó, sobre uno de los libros a la vista, un sobre. Afortunada o desventuradamente, Giovanna lo encontró antes que Raffaella, Constanza o Alessandra. Al verlo, se extrañó de que en el sobre no hubiese ningún remitente. Y cuando lo abrió y reconoció la letra, fue demasiado tarde para echarla a las brasas del pequeño fuego que iluminaba la habitación.

No fue un trozo de papel cargado de suplicas ni de amor, solo exigía respuestas, explicaciones al por qué se le había privado de contacto durante tanto tiempo. Había resentimiento y alguna que otra lágrima manifestada en las discontinuidades de la tinta, lo que no pudo más que aflorar la compasión en el corazón de ella.

Giovanna entendió que no podría cerrar aquella etapa de su vida si no la cerraba antes con él. Lo que significaba que jamás podrían avanzar, ninguno de los dos, pues siempre estarían atados a lo que pudieron ser, a una fantasía bordada en tinta, a una ilusión propia de una novela caballeresca, ficticia, irreal, impura.

A Nastagio de los Grivaldi:

Señor, son muchas las lunas que han transcurrido desde que os escribo. Os seguiréis preguntado el porqué de mi silencio. Una vez prometí responder cada una de vuestras preguntas, no quiero faltar a mi palabra. Como os debo demasiadas respuestas, creo necesario comunicároslas en boca y no en letras. Tal como estáis leyendo, dentro de cuatro días, a la caída del astro, os esperaré a las afueras de Florencia, en las antiguas ruinas de la iglesia de San Paolo, al linde del bosque.

Vulcana

Capítulo 10

Brie seguía sin saber cómo abordar a Aidan Grivaldi. ¿Acaso era sincero y de verdad quería ser su amigo? ¿O lo que en realidad quería era burlarse de ella? La vida le había enseñado a desconfiar de todos, así como de sus acciones. Además, ¿por qué arriesgar tanto por tan poco? ¿Qué valía ella en comparación con la popularidad de la que gozaba Aidan? Quería entenderlo, más que nunca. Porque… era demasiado bueno para ser verdad: el que alguien como él quisiese su amistad.

En el descanso aprovechó para ir al baño, antes de pasarse por la biblioteca. Al lavarse las manos se encontró con Zoey Eliza Goldman, que se repasaba la línea de los ojos. Entonces se acordó de lo que guardaba en su mochila.

—Zoey, espera —la llamó justo antes de que se fuese.

—¿Qué quieres?

Brie sacó la pulsera del bolsillo de su mochila.

—¡Mi pulsera favorita! ¿La cogiste tú?

Ella negó con la cabeza.

—Ayer, cuando volvimos, alguien la utilizó para pinchar la rueda de mi bicicleta.

—Olivia —murmuró Zoey con desagrado—. Esa zorra pretenciosa…

Zoey cogió la pulsera de sus dedos y la sostuvo con fuerza casi clavándose los pinchos.

—Gracias por devolvérmela.

—De nada.

Y se fue sin decir nada más. Brie también se marchó aliviada por haberle devuelto aquel objeto tan preciado a Zoey, aunque en realidad no se lo mereciera.

Se dirigió pues hacia la biblioteca creyendo que había ciertas posibilidades de que Aidan no acudiese. Y en efecto, cuando llegó a su sitio de siempre este estaba vacío, como casi toda la biblioteca en horario de descanso. Cogió aquel par de libros de historia moderna que tanto había manoseado y se puso a leer sobre la Florencia del siglo XV. Era sin duda uno de los periodos que más le fascinaban.

—Así que te gustan los Médici, eran uno tipos singulares, verdaderamente astutos se podría decir.

Brie cerró el libro de golpe sobresaltada.

—Pensé que no ibas a venir.

Aidan tomó asiento en su lado izquierdo y arrimó la silla a la suya.

—Te dije que necesitaba ayuda con álgebra.

—Y yo que si nos veían…

—Oh, por favor, mira a tu alrededor, Brianna, no hay nadie. Solo se te puede ocurrir a ti estudiar en el descanso.

—Cuando no tienes amigos con los que compartir ese momento te pasas a los libros.

—Bueno, ya tienes uno. —Le sonrió, lo que hizo que ella le retirase la mirada al segundo—. ¿Así que los Médici?

—¿Así que álgebra?

—Soy un chico de letras, Brianna, compadécete de mí.

—La semana pasada sacaste un notable alto.

—Copié.

Ella levantó las cejas en señal de incredulidad.

—No te crees nada de lo que te digo —supuso él con gesto cansado.

—¿Sinceramente? No.

—¿Qué quieres saber sobre la Florencia de los Médici? —dijo él cambiando de tema, a uno que verdaderamente le interesaba.

—¿Piensas contármelo tú, don sabelotodo?

—Si tú me ayudas con álgebra, yo puedo hablarte de historia, no para que saques mejores notas, sino porque sé que te gusta.

—Quizás…

—¿Sí?

—No, olvídalo —se dijo a sí misma volviendo a su libro.

—Dilo.

—Da igual.

—Venga, vamos, ¿qué quieres?

—Se me había ocurrido que me podrías enseñar esgrima, pero no como la última vez que me humillaste delante de todos. Enseñarme de verdad, para que pueda aspirar a más de un notable bajo y subir mi media. Pero no importa, déjalo, no está bien que nos veamos.

—Oh, vaya, mi querida amiga Brianna Laidhart quiere hacer un trueque de habilidades. Deja que consulte mi agenda. Estoy libre… —se frotó el mentón— todos los días después de clase.

—¿Todos los días? Quiero aprender esgrima, no convertirme en D'Artagnan.

Aidan se echó a reír.

—Quizás martes y jueves. ¿Qué te parece?

—Solo hasta que aprenda, después se acabó.

—Vale. Pero tengo que sacar buena nota en álgebra, así que tendrás que darme bastantes clases —negoció él, saliéndose con la suya.

—Tampoco es que yo sea una experta en la materia, también me considero más letrada que científica.

—Me fío de tus impecables notas en la materia.

—No soy demasiado buena profesora, solo le enseñó algunas cosas básicas a mi hermana pequeña.

—¿Tienes una hermana pequeña?

Brie se mordió la lengua, no quería contarle nada sobre sí misma, ni a él ni a nadie de la escuela, aunque fuese el mínimo detalle, porque sabía que lo utilizarían en su contra.

—¿Tú tienes hermanos? —desvió la conversación hacia él.

—Tuve una hermana también —confesó Aidan.

Aquel verbo en pasado la hizo callar.

—Hace ya mucho tiempo de eso, no te preocupes, no me importa hablar de ello. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Jane.

—Apuesto a que es tan inteligente como tú —se atrevió a decir sin apartar sus ojos de Brie.

—Se defiende, le gustan más las ciencias. Así somos de opuestas.

—Igual ella me puede enseñar álgebra.

—Ja, ja, muy gracioso. Deberíamos empezar a estudiar. ¿Has traído el libro?

Aidan lo sacó de su mochila y se lo tendió. Brie buscó hasta llegar a la página donde estaban dando las ecuaciones y le preguntó qué no entendía. Aidan se inventó que uno de los ejercicios que les habían mandado parecía no tener solución. Era hábil mintiendo, se había pasado más de medio milenio haciéndolo.

Olivia Lavender salió de clase de Biología aquel viernes a última hora. Recogió sus cosas y se reunió con Charlotte para dirigirse juntas al aparcamiento. No faltaba por supuesto alguna que otra despedida al grupo de Peter:

—Adiós, Pete, ¿nos vemos esta noche en tu casa?

—Sí, pueden venir también tus amigas.

—Genial —respondió Olivia.

Charlotte se quedó atrás sonriéndole coquetamente y después salió corriendo detrás de Olivia.

—Olvídalo, Peter no es bueno para ti, recuerda cómo acabó la última vez —la previno Olivia.

—Es que es tan guapo… Oye, ¿crees que irá Grivaldi a la fiesta?

—Ni lo sé ni me importa, después de lo del otro día preferiría no verlo nunca más.

—Entonces, ¿no estás interesada?

—Por supuesto que no, ya sabes quién me interesa —respondió deteniéndose un segundo para abrir su taquilla y meter sus libros.

—¿Y si yo estuviese…?

—¿No hablarás en serio?

—Es mil veces más atractivo que Peter y tiene algo… que me llama.

—Está con Virginia —soltó al tiempo que cerraba de un portazo su taquilla.

—Eso no es lo que se comenta, parece que pasa de ella.

—Ya, eso he oído, la verdad. Debe de ser muy exigente para pasar de Virginia Ainsworth. Seguramente esté interesado en queso brie, ¿te imaginas?

Las dos estallaron a reír.

—¿De qué os reís?

Sus otras dos amigas del grupo, Cassie y Sabrina, aparecieron junto a su taquilla y se pusieron a andar todas juntas hacia la salida.

—Nada importante.

—Peter nos invita esta noche a su casa —anunció Charlotte.

—¡Bien! —exclamó Sabrina dando palmas—. Por cierto, ¿habéis oído lo que le ha pasado al pardillo de Darren Holfman durante Lenguaje Musical?

—Seguro que se le quedó estancada la cabeza en la tuba —bromeó Charlotte.

—Peor, el profesor le dejó a cargo de las partituras y al dejar la ventana abierta se le volaron todas por el patio, dicen que llegaron hasta el río. Se ha pasado todo el día recuperándolas. Cassie tiene una.

Cassie sacó un trozo de papel arrugado diciendo:

—Estoy pensando en devolvérsela personalmente al profesor Flamming.

—¿No hablarás en serio?

—Cassie, es muy mayor para ti —la previno Olivia.

—Pero es muy sexi, le quedan demasiado bien esas camisas.

—Tiene mujer, o eso es lo que me han dicho.

—Yo escuché que se había divorciado —añadió Sabrina animando a su amiga—. Deberías devolvérsela al final de clase el lunes, cuando no haya nadie.

—Sí, a ver qué pasa —dijo Charlotte.

Salieron las cuatro por las puertas de Osborne. Sabrina se marchó con su novio Weyland y las tres que quedaban se subieron en el deportivo plateado de Olivia.

—¿Vamos a tu casa, Oli? —preguntó Cassie.

—Claro, tenemos que prepararnos para esta noche, luego vendrá Sabrina.

Olivia arrancó el coche y dio marcha atrás para salir del aparcamiento, cuando se escuchó un sonido chirriante e impropio que hizo que apretase el freno en un golpe brusco y las tres se dieran fuertemente contra el asiento.

—¿Qué ha pasado? ¿Le has dado a alguien?

—No —respondió Olivia con las manos amarradas al volante.

Salió del vehículo posando sus botas de tacón sobre el asfalto, después se percató de un elemento inusual; allí, en la rueda de su descapotable. Se acercó frunciendo el ceño y desencajó la pulsera favorita de Zoey Eliza Goldman.

—¡Pedazo de zorra! —gritó alertando a todo el mundo.

Sus amigas se bajaron directamente del coche y se acercaron a ella.

—Me ha pinchado el coche, esa desgraciada…

—¡No puede ser! —exclamó Charlotte—. Ha ido demasiado lejos. Hay que decírselo a la directora.

—¡Ahí está! —chilló Olivia levantando un dedo acusador hacia Brianna Laidhart, que salía de la escuela y se dirigía hacia el sendero que la llevaba a casa—. TÚ.

Se acercaron las tres hacia ella y Olivia le pegó un empujón que por poco la tira al suelo. Brie estaba demasiado asustada para decir o hacer nada, jamás había visto a Olivia Lavender tan enfadada. Sus ojos marrones abrasaban de ira sobre los suyos. La gente comenzó a aglomerarse a su alrededor, queriendo enterarse de lo que pasaba.

—¿No tienes nada que decir? Cobarde.

—Ya no das pena, queso brie, das asco —escupió Charlotte.

—Ese coche vale más que tu desgraciada vida —le gritó Olivia con las manos levantadas como queriendo estrangularla.

—No sé de qué estáis hablando.

—¿Ah, no? He encontrado esto. —Le mostró la pulsera de Zoey—. En la rueda de mi coche.

Todos gritaron al unísono: «Uuuh», alimentando la atmósfera de pelea.

—Esa pulsera no es mía.

—¿Te crees que soy estúpida, queso brie? Aunque no sea tuya, sé que has sido tú y no vas a quedar libre de esta, te lo puedo asegurar. Desde hoy voy a arruinar todo lo que queda de tu penosa y patética vida, ¿me oyes?

Brie abrió la boca para defenderse, pero se sintió indefensa, rodeada de personas que no la apoyaban y que no pensaban decir nada para ayudarla. Y entonces le vio, abriéndose paso entre la gente y con sus ojos clavados en los de ella.

Aidan comprendió al instante la precaria situación en la que se encontraba, frágil y sola, con el

labio temblando, a punto de echarse a llorar. Aquella pelea había comenzado por su culpa, al haberle plantado cara el día de antes a Olivia. Ahora solo podía hacer una cosa: enmendarlo.

No tenía tiempo para encontrar las palabras, así que recurrió a los actos. Cruzó la corta distancia que había entre los dos, ignorando la presencia de Olivia y sus amigas y la del resto del mundo. «Ahora estamos tú y yo», quiso decirle para tranquilizarla. La volvió a mirar con ternura y comprensión y la cogió de la cintura atrayéndola hacia sí mismo. Con su mano derecha la asió del cuello y, sin saber qué hacía exactamente, pues se sintió dominado por sus impulsos, encajó sus labios con los suyos y le robó un beso delante de toda la escuela.

Todo el mundo se quedó en silencio, después se oyeron algunos suspiros de exclamación. Olivia, Charlotte y Cassie se quedaron con las bocas abiertas sin proferir sonido. Matt y sus amigos los miraron impactados. Incluso Virginia Lainsworth lo presenció. Y aunque no profirió más que un sonido mudo, en su interior una voz gritaba, como si le hubiesen clavado un puñal en las entrañas, repetidas veces.

Nadie comprendió lo que allí estaba pasando, mucho menos Brianna Laidhart.

Episodio IX

El bosque gemía a última hora de la tarde; los grillos tarareaban, los pájaros silbaban y las copas de los árboles murmuraban. Una luz anaranjada se escurría entre las hojas dando color a la hierba y a las flores de la primavera. Se respiraban una calma y quietud propias de las afueras de la ciudad, pues allí, no muy lejos del linde del bosque, se encontraba la pequeña iglesia de San Paolo, de época medieval, que había sido abandonada tras las guerras y asedios. Constaba de ser una pequeña construcción, o bien lo que quedaba de ella, de tintes góticos. Ahora, la naturaleza engullía sus ventanales sin vidrieras, la madreselva se apropiaba de los trifolios y los arcos ojivales. Crecían además zarzas de rosales por el muro de la nave en cuyo cimborrio se mantenía todavía por los nervios de una bóveda de crucería. La iglesia era pues una extensión más del bosque y este, a su vez, una más del templo.

Giovanna conocía la iglesia porque alguna vez la había visitado con su hermana y su padre al salir a montar a caballo. Siempre la había considerado como una solemne mirada al pasado, dejándose cautivar por la belleza de sus ruinas y sin comprender cómo había podido terminar abandonada. Cuando la visitaba sentía cierta nostalgia al pensar que jamás se podría volver a impartir un oficio en ella. Pero aquella tarde de primavera sus pensamientos apenas se detuvieron en contemplarla. Llegó más pronto de lo establecido, cuando aún quedaba una hora para la puesta de sol, pues los nervios y la intranquilidad la embargaban.

Trató de calmarse escondida entre las sombras de uno de los muros, sentada sobre un trozo de granito. Iba toda encapuchada, para evitar que nadie la reconociese al salir de Florencia; llevaba un puñal colgado a la cintura, pues temía de encontrarse con bandidos y malas gentes, y más a aquellas horas de la tarde. Bajo su capa se escondía un sencillo vestido azul pálido que acostumbraba a ponerse cuando se encontraba melancólica, aunque en aquellos momentos su ánimo distaba de sentirse como tal, tirando más a una tristeza honda e inquebrantable.

Se quedó ensimismada mirando la pinocha que pisaban sus zapatos, así como la sombra de su caballo, que a cada minuto se alargaba más y más irrumpiendo en toda la nave. Entonces comenzó a impacientarse, creyendo que o bien no había recibido su mensaje o no estaba dispuesto a reunirse con ella.

Se levantó con el estómago revuelto, no debería haber comido aquel día, aunque era la primera vez que comía copiosamente desde hacía mucho tiempo. Fue hasta una de las zarzas y jugó a pasar las yemas de sus dedos por su tallo sin lastimarse. Se pinchó y, al segundo, se llevó el dedo a la boca. Continuaba inquieta, así que siguió esquivando las espinas casi como esperando el pinchazo de nuevo, para poder mortificarse por lo que allí ocurriría.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que al principio no escuchó la llegada de otro caballo. Un jinete desmontó y comenzó a andar hacia la iglesia. Sus pasos la despertaron. Enseguida se dio la vuelta hacia los ventanales, como tratando de ocultarse incluso más de lo que ya la

ocultaba la capa. Irrumpió una figura por la entrada sur y al descubrirla se paró en seco. Por unos segundos, solo se escuchó su respiración y la de ella, aceleradas.

Finalmente, Giovanna se dio la vuelta todavía cubierta bajo las sombras y la de su capucha. Él se descubrió, situándose frente al sol. Ella dio un par de pasos hacia delante hasta alcanzar la luz del ocaso, que sorteó los pliegues de su capa y bañó el principio de su barbilla.

—¿Quién eres? —dijo él.

Giovanna levantó la vista y lo volvió a contemplar, como solía hacer, admirando cada relieve de su rostro, así como el verdor de sus ojos ahora empapados de la luz anaranjada del atardecer. Su cabellera rubia parecía estar en su hábitat, hecha y forjada en los rayos de sol. Su jubón rojo se amoldaba a los perfiles de sus hombros y le envolvía hasta las rodillas. Él era magnífico, cual escultura esculpida en las lejanas tierras helenas.

Era el momento.

Levantó su brazo y, muy lentamente, fue dejando caer su capucha hacia su espalda. El sol se apropió de su identidad.

Él no dijo nada, simplemente la miró, por primera vez la observó de verdad, tal y como era. Nunca le pareció un rostro tan hermoso como aquel. Era ella y solo ella. Era Vulcana. Era la mayor de los Rimini. Era el iris de sus ojos. El aire de su pecho. El latido de su sangre. No había más, solo su ser y su persona, ahí enfrente de él. Al fin.

Nastagio alzó una mano casi como queriendo alcanzarla en vano, esta simple acción partió la luz en toda una serie de haces que dejaron al descubierto las motas de polen, ocultas en la atmósfera. Giovanna se aproximó un poco más y, alargando la suya, rozó sus dedos. Él soltó un suspiró de sobrecogimiento, pero no apartó su mano.

—Eres tú —susurró.

—Sí, soy yo.

Sus dedos jugaron a pasar unos por otros repasando sus yemas y llenando sus anhelos por tocarse.

—Necesitaba decirte algo —dijo ella acopiando valor.

—Espera —la paró—. Por favor no digas nada más, solo déjame…

Agarró su mano y tiró de ella hasta acercarla todo lo posible a él. No se opuso a que Nastagio posase su frente sobre la suya. Cerraron los ojos, inspiraron el aire del bosque y se embargaron del calor crepuscular. Aquella sensación de plenitud pareció inmortal durante unos segundos.

—¿Por qué tan ciego? —preguntó él hacia sí mismo—. Pensaba…

—Lo sé.

—¿Por qué no habré…?

—Lo sé.

—Tienes que perdonarme.

La miró.

—Te perdoné —respondió mirándole a su vez.

—No entendí por qué…

—No importa ya, Nastagio de los Grivaldi.

Giovanna cogió una de sus manos y, sin poder evitarlo, la besó.

—Debiste odiarme.

Ella sonrió, aunque solo fue un mero gesto para eludir sus lágrimas.

—No os portasteis como un caballero. Rechazasteis lo que soy, dos veces.

Nastagio cerró los ojos, cargado de remordimiento. Ella acunó su faz con la palma de su mano

y él se recostó en su contacto hasta acariciarla con la punta de su nariz.

—Lo siento.

—Hemos jugado con las tortuosas llamas del fuego.

—Y sigo queriendo quemarme —contestó él.

La volvió a mirar.

—Giovanna, yo…

—Chist —lo mandó callar con sus dedos en el relieve de sus labios—. Ya es demasiado tarde.

Nastagio frunció el ceño, confundido, mientras que ella se atrevió a palpar los bucles de su cabello, tan suaves y finos.

—Siempre quise saber qué se sentiría al tocaros.

—¿Y qué sentís, mi amor? —preguntó él.

Giovanna le miró.

—Tu belleza.

Nastagio sonrió y, sin poder evitarlo, también tocó el cabello de ella, es más, lo deshizo de sus trenzas y lo dejó al descubierto, permitiendo que el último aliento del sol se apropiase de sus hebras.

—Vos sí que sois hermosa —dijo con un mechón entre sus dedos.

—Nunca pensaste eso.

—Ahora ese pensamiento cabalga impetuoso por mi mente, nunca dejará de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque sois vos, Giovanna de los Rimini, vos y solo vos.

—¿Y quién sois vos, Grivaldi?

—Soy aliento de vuestro aliento, alma de vuestra alma, voz de vuestra voz y carne de vuestra carne.

Ella apartó la mirada bruscamente hacia el suelo.

—Os casareis conmigo —anunció él—, ahora que estáis junto a mí, jamás debéis apartaros de mi lado.

En su interior no pudo contener por más tiempo las emociones. Ella rompió a llorar.

—¿Qué ocurre?

Nastagio la acogió entre sus brazos y la estrechó fuertemente.

—¿Crees que tu padre no me permitirá vuestra mano después de todos mis errores? ¿De cortejar a vuestra hermana?

Ella no respondió.

—Haré todo lo que este en mi mano para asegurar el que estéis conmigo.

Giovanna se apartó y se secó las lágrimas con las mangas de su túnica, tratando de recomponerse.

—Nuestro tiempo ha pasado.

—¿El de ahora? ¿Tienes que irte? —preguntó él, alarmado.

—El de siempre.

Nastagio sintió un golpe en el pecho.

—¿Cómo? Sigues enfadada conmigo por todo lo que os he hecho, ¿verdad?

—No, ya no, te perdoné hace tiempo.

—¿Entonces?

—Os di una oportunidad y distéis en el blanco equivocado. Quise daros otra, pero no me quedaron más. Mi familia esperaba de mí lo que siempre ha esperado y yo no podía

decepcionarles.

—¿Qué intentas decir?

Ella trató de calmarse para decir lo más difícil que había tenido que decir en su vida.

—Yo…

—No dirás que…

—Hace menos de tres días ya —confesó— que me desposé con Arnoldo de Ferruci.

El sol finalmente se fue, solo quedó la luz del crepúsculo, así como también pareció abandonar la vida el cuerpo de Nastagio.

—¿Por… por qué? —Sus labios temblaban.

—No podía verme atada a una ilusión de por vida, Nastagio.

—¿Eso soy? ¿Soy un espejismo?

—Es lo que me diste a entender que eras.

—Os dije… os dije que os amaba.

—Las palabras son solo palabras. Vos hablasteis con los actos. Fuisteis a por la hermana más deseable de las dos. Elegisteis.

—Yo os quería a vos —intentó decir con la voz hecha pedazos.

—Y yo a… ti —volvió a llorar—. Ahora es tarde para remordimientos.

—Podríamos…

—No. Yo también he elegido, no haré daño a los demás por mis propios deseos, no expondré a mi casa a mis pecados y errores.

—¿Le amáis?

—Qué importa eso ya, nadie ama en el matrimonio, menos una mujer.

—¿Me amáis?

Giovanna asintió mientras sentía las lágrimas sobre sus labios.

—¿Qué voy a hacer contigo? —quiso saber él.

—Olvidarme.

—No creo que pueda.

—Debes intentarlo —pidió ella—, yo también lo intentaré, por el bien de todos.

—¿Qué bien puede haber en olvidar una parte de uno mismo?

—Vos sois vos, Nastagio, y yo soy yo.

—No, tú eres parte de mí —repitió—, como yo lo soy de ti, para siempre.

Ella negó con la cabeza con los ojos cerrados.

—Fue voluntad de mi familia el que me casara, no mía.

—Pero tú aceptaste.

—¿Qué pretendías que hiciese? Tú escogiste, me diste a entender que alguien como yo jamás podría pertenecer a alguien como tú.

Nastagio trató de tranquilizarse, pero las palabras quemaron sus entrañas.

—Debo irme —dijo ella al fin rompiendo el silencio—. Solo quería verte una última vez para que ambos pudiésemos cerrar este capítulo. Necesitabas saber quién era, y yo que lo sabrías y seguirías hacia adelante. Debes hacerlo, busca una buena esposa, engendra hijos, lee y cultívate de cultura, sirve al gobierno si así te place, haz nuevos amigos y muere en paz.

—No puedo.

Él agarró su rostro y lo alzó hacia el suyo.

—¿Cómo puedes pensar que seré capaz de sentir la felicidad estando incompleto?

—No quiero pensarlo, quiero creerlo, porque si no lo haces no podré vivir tranquila, sino que

siempre estarás vagando en mi alma y mi juicio, torturándome hasta el final de mis días.

—Así que lo haces por ti misma.

—Por el bien de los dos, pero sí, pienso en mí. Pienso en todo lo que he sufrido desde que te conocí, en todas las lágrimas que he derramado y en todo el dolor que jamás creí que llegaría a experimentar. Pienso en el mañana, en lo que podría suponer para mí y para mi nueva familia el no querer pertenecer a ella. Pienso en lo que es lo correcto, en lo que me han dicho que sería el único objetivo de mi vida, servir a otro y a su casa como esposa.

—Debía ser a mí, solo a mí. Igual que yo debería servirte a ti, como un vasallo sirve a su reina.

—Ya… no hay vuelta atrás, solo nos queda el canto de la resignación.

—Por mi culpa.

—No, los dos cargamos con ella, vos con la vuestra y yo con la mía.

Nastagio tapó sus orejas con sus grandes manos y volvió a dejar su frente sobre la de ella. Giovanna le tomó de las muñecas y, negando con la cabeza, le acarició.

—Lo siento —pronunció temblorosa.

—No, yo lo siento. Mi error os ha hecho caer en el vuestro. Tenéis razón, debo cargar ese peso, igual que vos.

—Quizás en otra vida podamos estar juntos —dejó caer ella en un suspiro.

—En cualquiera que venga, yo os seguiré amando, Giovanna de los Rimini.

—Mira a donde os ha llevado ese amor.

—Si no se ama no se vive.

Dolían; cada palabra y cada sílaba.

—Debo marcharme, pronto notarán mi ausencia.

—Yo casi la notó y todavía seguís conmigo.

—Has de acostumbrarte a esa sensación, pronto se hará vecina.

—Si existe otra vida, Giovanna, nos encontraremos y entonces te entregarás a mí y solo a mí. Promételo.

Ella le sostuvo la mirada.

—Sí, así será.

Él experimentó una sensación cercana al alivio, aunque aquella promesa no consiguió mitigar su abatimiento.

—Esperaré todo lo que falte, cada día y cada noche.

—Déjame marchar, no puedo soportarlo más —sollozó.

Entonces, él la atrapó del cuello con delicadeza y trató de llevar su boca hasta sus labios, pero ella se apartó en un suspiró entrecortado.

—Por favor —pidió él con dulzura en su voz, pero también cierta desesperación—, permíteme ese recuerdo.

Al final cedió y cerró los ojos a la espera de ese contacto. Sus labios supieron exquisitamente bien, mejor que ninguna otra comida, supieron a un pedazo de cielo, a una miga de paraíso, efímera pero latente. Quiso entonces creer que podría existir una vida más allá de aquella, donde algún día volvería a besar el edén.

Capítulo 11

Si pudieras describir una sensación envolvente, azorada y tildada de melancolía, quizás se asemejaría a lo que Aidan sintió en aquellos cuatro segundos en los que silenció los labios de Brianna. Fue como si toda su eternidad cruzase por sus ojos, cada momento, cada día, cada hora, cada beso que había robado, cada minuto atrapado en la tierra, cada sonrisa que había sacado, cada flecha que había lanzado. Todo se resumió en cuatro segundos.

Y sin poder evitarlo vino a su cabeza un beso en particular, uno que lo había llevado a ese momento en la historia. Se vio de nuevo besándola a *ella.* Había luchado tanto por apartar ese recuerdo y, sin embargo, este había renacido más fuerte que nunca, hiriéndole. Quería expulsarlo de su mente, o al menos reprimirlo, pero quemaba tanto que se apropiaba de la totalidad de sus pensamientos. ¿Tanto querían castigarle los de arriba que su última conquista no solo sería la más difícil sino la más dolorosa?

La soltó permitiendo que recuperaran a la vez el aliento. Brie lo miraba todavía con los ojos empapados de exaltación y la boca entreabierta. Aidan, con los párpados cerrados, respiró pesadamente y susurró como para sí mismo:

—¿Por qué tú?

Brie pestañeó un par de veces y se percató en su alrededor, que parecía igual de sorprendido que ella, como si acabasen de ver al fuego y al agua convivir el uno con el otro. Algunos incluso habían sacado el teléfono móvil para grabar aquello. Olivia se sentía tan incómoda por haber sido interrumpida de aquella forma que miraba al suelo con los labios fruncidos y las manos hechas puños. Charlotte y Cassie intercalaban la sorpresa y la risa, al igual que el resto.

Finalmente, Aidan abrió los ojos y le lanzó una mirada a Brie entremezclada de sentimiento e incomprensión. Ella la apartó al segundo, sintiéndose más abrumada de lo que ya estaba.

Y llegó el miedo. Se mordió el labio porque lo único que le apetecía entonces era desaparecer.

—Lo siento —dijo él, luego se dirigió a Olivia y sus amigas—. ¿Cómo estás tan segura de que ha sido Brianna, Olivia?

Ella pestañeó recuperando el sentido.

—Porque…

—Chist —la mandó callar—. No te he pedido que te justifiques. Ayer alguien pinchó la rueda de la bicicleta de Brianna con esa pulsera. Si la acusas a ella de lo que le ha pasado a tu coche, también te acusas a ti misma, Olivia.

—¡No es lo mismo una ridícula bicicleta que la rueda de un coche! —saltó enfurecida.

—No, tienes razón, pero mira el lado bueno, quizás deberías venir de hoy en adelante a la escuela en bicicleta. Sea quien sea quien te haya hecho esto, te hace un gran favor, no solo contaminarías menos, sino que también harías ejercicio.

La gente no pudo contener las risas por aquella contestación. Olivia se quedó sin palabras.

—No vuelvas a dirigirle la palabra a Brianna, jamás, ni siquiera a las espaldas —la amenazó —. No te conviene convertirte en un chiste andante. ¿Entiendes?

Ella no respondió. Aidan sonrió y, pasándole un brazo por los hombros a Brie, se dio la vuelta dirigiéndose al camino que los llevaba a casa.

—¡Que te jodan! Verte con queso brie sí que es un verdadero chiste —le gritó Olivia enfurecida—. Jamás creí que podrías caer tan bajo en cuestión de gusto. Supongo que te va el queso y pronto comenzaréis a apestar.

Aidan se paró en seco, soltó a Brie y, sacando una moneda de un centavo de su bolsillo, se la tiró diciendo:

—Toma, para que empieces ahorrar para la bicicleta.

Le guiñó un ojo y se dio la vuelta, dejando atrás a la multitud que estallaba en exclamaciones y risas.

Pero cuando quiso darse cuenta, Brie había aprovechado para salir corriendo por el camino, dejando tirada en el suelo su mochila. Aidan la tomó enganchándosela en el hombro y salió detrás de ella.

—¡Brianna! —la llamó a gritos.

Ella lo ignoró sin pararse un solo segundo. Terminó de subir la cuesta y comenzó a bordear el lago tan rápido como podía. Solo quería escapar de todo aquello, alcanzar la cumbre de la montaña más alta y abandonarse al silencio de la naturaleza donde estuviese completamente sola. Así que se salió del camino penetrando por completo en el bosque de hayas. Comenzó a sortear obstáculos perdiendo de vez en cuando el equilibrio y apoyándose en ramas y troncos, evitando las piedras, troceando las setas, haciendo crujir las hojas, manchando los zapatos de charol de barro. Llegó un punto en el que perdió el sentido de la orientación y se sintió más perdida que nunca. Pero no le importo, lo único que quería era alejarse para siempre del mundo.

—¡Brianna!

Al oír de nuevo la voz de Aidan se asustó y decidió ocultarse tras la gruesa corteza de un árbol. Se quedó muy quieta escuchando cómo él se acercaba cada vez más. Se atrevió a asomarse para ver a qué distancia estaba de ella. La buscaba desorientado, pero no dándose por vencido. Al verlo, tan apuesto, con el rostro encendido por el ejercicio de perseguirla, su corazón se aceleró recordando que hacía apenas unos minutos la había besado delante de todos. Se obligó a retirar la mirada de inmediato. Cerró los ojos y se camufló con el bosque. En menos de un minuto se dejó de oír cualquier ruido, esperó un poco más por si acaso y volvió a asomarse. Él ya no estaba, se había marchado en otra dirección. Suspiró aliviada, por fin estaba sola.

—¿Se puede saber qué pretendes? —le dijo una voz a su izquierda.

Brianna pegó un salto, sobrecogida. Ladeó el cuerpo para verle y, asustada, salió corriendo de nuevo, pero esta vez él la cogió del brazo impidiéndole continuar en su huida. La hizo girarse hasta mirarla a los ojos.

—¿A dónde vas, Brianna Laidhart?

Ella no dijo absolutamente nada.

—¿Tengo que volver a besarte para que recuperes las palabras? —preguntó alzando una ceja.

Brie abrió los ojos y lo miró escandalizada, pero siguió sin articular palabra.

—Bien, si es lo que quieres.

Fue a atraerla hacia sí cuando ella lo paró con la mano extendida sobre su chaqueta y agachó la cabeza dejando caer su pelo lacio sobre su rostro.

—Brianna, mírame.

Pero no reaccionó, siguió mirando hacia el musgo húmedo de las piedras.

—Por favor, no te enfades conmigo. Sé que no te gusta convertirte en el centro de atención, y menos de ellos. Pero no iba a dejar que siguieran menospreciándote, ¿entiendes lo que quiero decir?

Esperó a que reaccionase y, al no ver ninguna iniciativa por su parte, continuó excusándose:

—Vales más de lo que ellos piensan que vales. Vales más de lo que tú piensas que vales. Y cuando algo es valioso hay que protegerlo a toda costa, porque no solo enriquece a esta desgastada y pretenciosa sociedad, enriquece al mundo entero.

—Pero ¿qué dices? —soltó por fin ella en un ahogo.

Levantó al fin la mirada riéndose entre lágrimas.

—A lo largo de la historia ha habido todo tipo de personajes, desde hipócritas que se han dejado consumir por la vanidad y la apariencia hasta mente privilegiadas que se esconden por miedo de los cánones de una sociedad en cuyo molde no parecen encajar. Van Gogh murió pobre. Tan solo vendió un cuadro en toda su vida y hoy en día es considerado uno de los mayores pintores de la humanidad.

—Yo no pinto.

—No te comparaba con él en ese sentido —explicó—. Sino en que, aquí dentro —le palpó la frente con un dedo haciéndola estremecer—, se esconde una personalidad única en el mundo, y eso vale más que cualquier beso, acto o palabra.

Brie continuó llorando sin pausa, descargando en cada lágrima un sentimiento descorazonador, una herida, un insulto, una falta.

—Soy horrible, no le gusto a nadie, todo el mundo me odia —murmuraba con el labio temblando.

—El mundo no posee la verdad. Pueden hacer juicios, en eso son expertos, pero por mucho que una mayoría opine algo, nunca podrá darlo por cierto. Por eso no podemos dejarnos llevar por lo que los demás opinen, sino por lo que en verdad somos.

—¿Y quién soy?

—Un ser humano, imperfecto como todos, virtuoso como algunos e inteligente como pocos. Además, ahora eres también mi amiga.

Ella lo miró intensamente. Había algo en su mirada, algo que le daba latir a su corazón, aire a sus pulmones, aliento a su alma. Nadie jamás le había sostenido la mirada de aquella forma, nadie la había mirado nunca con verdadera admiración. Parecía de verdad que Aidan creía en sus palabras. Como si tuviese fe en que ella valía más que todo Osborne.

—Los amigos no se besan.

Aidan no pudo evitar sonreír, no esperaba escuchar aquello.

—Lo sé, no lo volveré a hacer, no sin tu permiso. Entonces, ¿somos amigos?

Brie se tomó un segundo para pensarlo y se quedó mirando un punto fijo a lo lejos, entre los árboles.

—Sigo sin poder confiar en ti, no creo que eso pueda asentarse dentro de una amistad.

—Vale, entonces sé mi novia.

Ella lo miró boquiabierta.

—Solo bromeaba. —Rio, relajando la atmósfera—. Puedes ser mi amiga, solo quiero estar contigo.

—Ves, ¡a eso me refiero! ¿Cómo puedes soltar esos comentarios? A penas me conoces, y por lo poco que conoces sigues insistiendo en estar conmigo. ¿No es eso indudablemente

sospechoso?

Brie se alejó de él bajando por la pendiente para dirigirse hacia el camino de nuevo.

—¿No puedes simplemente imaginar el que quiera ser tu amigo? —le gritaba a sus espaldas mientras la seguía—. ¿Tan etiquetado me tienes?

—Sé perfectamente cómo eres, Grivaldi.

—¿Ah, sí? Me muero por oírlo —dijo cuando por fin la había alcanzado.

—Toda tu vida ha sido una fantasía, rodeado de amistades, de chicas, de aceptación.

—Créeme, ha sido mucho más que eso. —Se rio para sus adentros.

—Estoy segura de que siempre consigues lo que quieres.

«Todo, menos una cosa», pensó en su interior.

—Lo que no acabo de entender es por qué insistes en meterte en mi vida —dijo ella como para sí misma—. Eso… eso que has hecho antes en el aparcamiento no te va a beneficiar en absoluto.

—¿Te refieres al beso? Seguramente me aíslen y me quede sin amigos, ¿y me ves preocupado por ello?

—Eres raro.

Aidan se echó a reír, era una buena palabra para describirle. Sí, lo era.

—Es posible que nadie se siente conmigo en el autobús —continuó—, que coma solo en la cafetería y nadie me quiera como compañero de trabajos.

—Eres un suicida social.

—A veces uno necesita tirarse al vacío para volver a vivir, Brianna Laidhart.

Aquella frase hizo que perdiese el equilibrio, y si no fuese porque él la asió del abrigo se habría tropezado con unas ramas.

—Sigues siendo igual de torpe.

—Y tú igual de sincero, por lo que veo.

—¿Podríamos pararnos un segundo a recordar las caras que se les han quedado a esa panda de imbéciles?

Brie intentó no reírse, pero se le escapó una risita.

—Eso que le has dicho a Olivia…

—Lo volvería a hacer, pero podría convertirme en ella y eso es lo que menos quiero.

Se formó un silencio acompañado de los sonidos pacíficos del bosque. Toda una serie de pajarillos murmuraba entre las ramas creando una serena atmósfera. Alcanzaron por fin el sendero después de varios minutos de bajada, y se encontraron justo en la bifurcación de caminos, donde debían separarse.

—Mi mochila, ¿me la das, por favor? —dijo ella de brazos cruzados.

Aidan se la descolgó del brazo y se la devolvió.

—Ten cuidado de ir dejando tus cosas por ahí. Por cierto, pesa muchísimo. ¿Qué llevas dentro? ¿Un cadáver?

—Libros.

—Ya.

—Adiós —se despidió ella con el semblante incómodo.

—Hasta mañana.

Brie tomó su sendero dejándole atrás cuando se paró en seco.

—¡Aidan!

Este se dio la vuelta justo en el momento en el que ella se giraba sobre sus pies. Se miraron.

—Gracias. Por todo.

Él sonrió y ella desapareció. Y tan solo con un gesto tan simple y casual recibió de nuevo un sentimiento común y familiar dentro de él. Un recuerdo. Un momento inolvidable.

«¿Quién eres?».

No se sentía bien emocionalmente, algo turbaba sus pensamientos más de lo normal y debía averiguar qué era. El único lugar donde encontrar respuestas más concisas que las que podía aportar Marxias era en la comuna de los cielos, situada en el centro del limbo. No solía acudir más que una vez cada cincuenta años, si se encontraba en una situación comprometida, y no quería poner en riesgo su contrato celeste.

La comuna era el lugar donde se hallaba la segunda biblioteca más importante del universo, siendo la primera la del cielo y la tercera la del infierno. Toda una serie de volúmenes que recogían saberes de todos los planos celestes y terrestres. Y algo más que eso: veintiún sabios dedicados a aumentar las colecciones durante milenios y así también como a albergar su conocimiento dentro de sus prodigiosas mentes. Uno de ellos era Anael, el ángel asignado a Aidan como tutor en la tierra. No solía llevarse demasiado bien con él, pues este siempre había insistido en restringirle lo más que pudiera la vida mundana, exigiendo que se centrase únicamente en su labor: el de enamorar corazones. Aidan siempre se había sentido sin alas, consciente de que él lo vigilaba y que cualquier paso en falso le podría valer su futuro lugar en el cielo.

Nada más llegar al limbo se dirigió hacia su ciudadela Captisme, llegó a perderse en el mercado y estuvo a punto de comprarle un reloj a un errante que lo atrapó durante minutos, hasta que consiguió quitárselo de encima y alcanzar el edificio circular donde se encontraba la comuna de los cielos. Al entrar, se vio sumergido en una serie de procesos de autentificación y seguridad que finalmente le dieron paso a su interior.

La comuna continuaba tan ajetreada y bulliciosa como siempre, tanto que por poco ganaría al Mercado de Todo y Nada. Toda una serie de funcionarios celestes recorrían sus pasillos cargando manuscritos y libros. Algunos incluso parecían llevar experimentos, maquetas, nuevos inventos, instrumentos musicales, obras de arte. De vez en cuando aparecía un erote alado revoleteando de un piso a otro con volúmenes que cambiar de estantería o bien que catalogar en una nueva sección. La mejor parte era cuando aparecía uno de los sabios y todo el mundo guardaba silencio y procedía a una reverencia diciendo: «Buen día, Su Muy Conocedora Gracia», para después volver a su tarea.

Afortunadamente, la comuna contaba con algo de organización, caso de la recepción a cargo de Samoviv, un erote con un humor que no parecía reclamar la cordialidad y la afabilidad. Nada más ver a Aidan, apretó sus gafas redondas hacia su rostro de bebé y mostró su tan típico semblante cargado de orgullo.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿No deberías haber terminado ya? ¿O es que vienes a despedirte antes de irte al cielo?

Aidan se acercó hasta el mostrador y se apoyó en él.

—Sé perfectamente lo duro que será para ti cuando me vaya, te enviaré una barba hecha de nubes cuando esté allí arriba —bromeó.

Samoviv no se rio.

—Así que vienes a despedirte.

—Nada más lejos de la realidad, querido, Sam.

—Es Samoviv —lo corrigió—. ¿Qué quieres, Aidaniel? Estamos muy ocupados por aquí, como puedes ver.

—Pues como siempre, me imagino.

—En realidad se ha desencadenado un caos, alguien entró a robar el otro día y se llevó una biblia judeocristiana.

—Necesito una audiencia con Su Muy Conocedora Gracia. Es decir, quiero ver a Anael.

—Como iba diciendo —continuó, haciéndole caso omiso—, el otro día robaron una biblia judeocristiana, es el primer robo después de doscientos años, la última vez se llevaron una escultura adriática de gran valor, suerte que la interceptaron a tiempo en el mercado.

—Anael —repitió Aidan sin demasiada paciencia en la voz.

—Se ha armado un gran escándalo, incluso ha sido relegado al Estigie nuestro compañero Demoviv, encargado de la supervisión y seguridad de esa sección. Posiblemente porque ayudó al ladrón a entrar, aunque nadie lo ha confirmado.

Aidan, que no pensaba perder ni un segundo, hizo uso de sus limitados pero efectivos poderes y, con un simple chasquido de dedos, consiguió callar al egocéntrico erote. Este, que no podía abrir sus regordetes labios, lo miró enojado. Aidan le agarró la punta de la nariz y lo meneó como un muñeco de porcelana regordete.

—Eres in-so-por-ta-ble —le dijo como quien le habla a un cachorro.

—Aidaniel —lo llamó una voz reconocible entre muchas.

El sabio Anael estaba al otro lado del corredor manteniendo su porte de solemnidad tan característico. Vestía una túnica azul oscuro con brocados dorados que arrastraba por el suelo marmóreo. Sus hermosos rasgos africanos le aportaban más honor del que ya desprendía y contrastaban con el blanco cano de su barba, recortada en ambos extremos de la mandíbula y crecida en el mentón, donde se enroscaba en un hilo sostenido con un anillo plateado.

Nada más hacer gala de su presencia, todos dejaron sus quehaceres y se pararon para decir: «Buenos días, Su Muy Conocedora Gracia». Incluido Aidan, que tuvo que hacer una reverencia a la que no aportó demasiada credibilidad.

—Ven, hablemos en mi biblioteca.

Aidan lo siguió y antes de salir de la estancia volvió a chasquear sus dedos permitiendo a Samoviv recuperar el habla. No pudo escuchar su serie de maldiciones, pues se internó en los larguísimos corredores de la comuna. Anael lo superaba por un par de metros, guardaba sus manos en los puños de su túnica y no emitía ningún sonido, ni siquiera al caminar. Finalmente, se paró frente a una puerta de altas dimensiones. Lo hizo entrar en una habitación con forma triangular en la que ya había estado más de una vez. En cada pared del triángulo isósceles se encontraba una estantería de caoba, invadida por todo tipo de libros y manuscritos, con algún que otro busto de personajes ilustres del cielo, así como objetos sofisticados como astrolabios, mapamundis, compases, incluso pipetas.

Justo en el vértice central se colocaba un escritorio rectangular de madera blanca pulcramente ordenado y con su propio tintero de cristal con una pluma de fénix, de las más solicitadas en el Mercado de Todo y Nada.

Distribuidos por el espacio se encontraban un juego de sillones y divanes de tapicería azul y dorada que recordaban al manto de Anael. Pero Aidan no tomó asiento, pues eso significaría que aquello le tomaría tiempo y quería ir a lo esencial cuanto antes.

—Creo que puedo imaginarme el motivo de tu visita —dijo Anael mientras se entretenía colocando sus volúmenes por centésima vez.

—Bien; entonces, dímelo de una vez. ¿Por qué estoy tardando más de lo normal? ¿Por qué parece que queréis mi fracaso tú y los de arriba?

—¿Por qué crees que se debe, Aidaniel?

Anael le sostuvo la mirada con un volumen abierto entre sus manos.

—No lo sé, supongo que es una forma más de torturarme.

—Han pasado casi seiscientos años y todavía nos sigues viendo como los de abajo.

Aidan sonrió con pesar, posando sus ojos en la tela del sillón en cuyo respaldo se apoyaba.

—Me habéis condenado a una vida de servidumbre.

—Te condenaste tú, Aidaniel, se te dio la oportunidad de salvarte.

—Sí, eso dices siempre. Ahora dudo más que nunca.

—¿Has conocido ya a la última?

Aidan no contestó.

—Sigues viéndonos como seres justicieros impiadosos, pero no puedes ver lo que tienes ante tus ojos.

Entonces le miró.

—¿Quién es ella, Anael?

El sabio guardó silencio alimentado la atmósfera de tensión.

—Digamos que por ella llegaste aquí y por ella te marcharás.

Episodio X

La hizo subir al caballo y le cogió una de las manos que agarraba de las riendas, en ella depositó un último beso. Supo frío y fugaz. Giovanna espoleó al animal y este se puso en marcha separando sus dedos de los de él, para siempre. Comenzó a salir del bosque y sintió una presencia tras ella. Nastagio la seguía desde la distancia, también montado en su caballo gris moteado. Pronto entró en el campo de amapolas, lo que quería decir que alcanzarían enseguida los campos de trigo de las afueras de Florencia. Los tonos amoratados se habían apropiado del cielo y una fina línea rosada de las nubes más lejanas. Allí, en los muros de la ciudad, estaba el futuro, atrás solo quedaba el pasado.

Giovanna paró el caballo en seco y se permitió echar una última mirada. Se encontró con sus ojos y le regaló una sonrisa ladeada. Nastagio percibió ese gesto en la lejanía y no reunió valor para continuar cabalgando, a pesar de que su caballo continuó llevándole tras las amapolas hasta el camino de tierra.

«¿Ahora qué?», preguntó al horizonte, mientras veía cómo Giovanna se alejaba más y más de él.

«Prométeme que no volveréis a hablarme en público, ni en privado. Ahora soy una mujer casada, es necesario que se mantenga mi reputación». Le había hecho prometer ella. «Prométeme que jamás volverás a escribirme. Ni una carta más. Vulcana ha dejado de existir a partir de este momento. Prométemelo, Nastagio». Él había aceptado sus condiciones a pesar de que fuesen los términos que menos le agradaban en el mundo. Pero ella tenía razón. No podía exponerla al ultraje, no a una alma tan limpia y noble como la suya.

Nastagio experimentó una sensación hasta ese momento desconocida: la soledad más infinita. Desde niño siempre había estado acompañado por alguno de sus sirvientes. Incluso cuando fue mandando a estudiar a Turín y Bolonia. Siempre hubo alguna dama de compañía que le visitaba por las noches. Siempre sintió el peso de su familia sobre él y nunca fue descuidado por ninguno de ellos, ni siquiera por su madre. Y, sin embargo, allí se encontraba él en medio del campo de trigales, completamente solo, en alma y espíritu. Ni tan siquiera se sentía completo del todo, como si una parte de sí mismo se hubiese perdido para siempre en un naufragio, entre el choque de dos impetuosas olas, hasta hundirse en las profundidades ínfimas de la nada.

«Huid conmigo, alma de mi alma», le había suplicado él aferrándose a la tela de su capa. Pero Giovanna le había negado entre lágrimas y el aliento entrecortado. «Nuestra vida juntos termina aquí», había respondido ella. Y así era, el último suspiro de luz era la despedida definitiva de su perecedero encuentro.

Nastagio desmontó del caballo y caminó junto a él por el trigal alcanzando el camino que llevaba a la ciudad. Ya no quedaba ningún rastro de Giovanna, finalmente el sol y la esperanza se habían ocultado en el mundo. El astro volvería a salir a la mañana siguiente, mientras que su

alma jamás despertaría de aquel letargo, siempre viviría una larga e inhóspita noche.

Arrancó un pedazo de trigo todavía prematuro y lo deshizo en su mano, dejando volar las espigas en un rumbo paulatino, perdiéndose en la ya casi perceptible oscuridad. Caminó hacia Florencia, manchando sus calzas con el polvo que levantaba su caballo. Hasta que se encontró con un campesino que parecía estar a punto de marcharse al hogar donde le esperaría su mujer e hijos con la cena preparada.

—Labriego —lo llamó con la voz todavía rota y debilitada.

—Señor —respondió en una reverencia pues, al verle vestido en aquellos ropajes, comprendió que se trataba de un hombre rico.

—¿Tenéis vino con el que mitigar el agujero que se abre en mi pecho?

Nastagio le lanzó una pequeña bolsa con monedas que el campesino cogió al vuelo.

—Por supuesto, señor, mas no es mucho, me bebí la mitad esta tarde.

—Con una mitad me basta.

—Tenedlo, pues, señor, es todo vuestro.

Le tendió una cantimplora hecha con la piel de cordero y, despidiéndose con una reverencia, partió Nastagio hacia la bella Florencia. Acabó subido en su corcel moteado, tragando el vino ansiosamente, cual moribundo en el desierto, mientras este se escurría por su mandíbula manchando su jubón. Sabía exquisitamente bien, y eso que no era uno de los mejores vinos que había probado, pero denotaba un punto de amargura casi dulce que lo saciaba y lo mantenía despejado. Antes de que llegase a la ciudad, ya andaba completamente ebrio, que hasta se calló del caballo sobre el linde del camino. Las hierbas y flores altas le hicieron de cama y se abandonó al plácido sueño en busca del olvido, de alcanzar quimeras mejores lejos de la cruenta y dolorosa realidad.

Durante unas horas se abandonó a las exitosas llanuras de la embriaguez, sin embargo, acabaron llegando los perniciosos sueños. Nastagio despertó cuando todavía no había salido la aurora y los primeros cantos de los pajarillos se habían apropiado de los albores del silencio.

Pronto cantaría la alondra, pronto llegaría el nuevo y renegado día. Y él, en toda su desdicha, debería regresar a su hogar, solo y vacío, sin un propósito, sin un sentido en su vida. Lo único valioso en su pecaminosa existencia había desaparecido la noche pasada junto al atardecer.

«¿Qué vida puede haber ahora para un desventurado como yo?», pensó él con la mirada puesta en las estrellas que pronto dejarían de brillar ante sus ojos. «Soy una más de ellas, llevadme con vosotras», suplicó. «Sea cual sea vuestro mundo, llevadme a él, aquí ya no pertenezco». Pero ellas no respondieron más que con un suave resplandor que perdía su luz por momentos.

No sabía dónde estaba su caballo, no sabía cuán lejos estaba de la ciudad, ni si se había roto algún hueso que le dificultase el caminar. Solo sabía que algo se había apagado en su interior, algo que lo consumía por momentos, que le impedía respirar tranquilamente, que no le permitía mover ni siquiera un dedo de la mano, ni un párpado, ni un músculo.

Tocan mis manos el cielo,
tocan mis pies la tierra,
toca mi alma un anhelo.
Soy más muerte que vida,
respiro y no respiro,
veo y no veo,
siento y no siento.

Estoy vivo y estoy muerto.

Al final se alzó impulsado por una idea quizás loca, quizás descabellada, pero tan sumamente complaciente que ni se tomó un segundo para reflexionarla. Anduvo por los caminos de tierra con todas las pocas fuerzas que le restaban. Entró por una de las puertas de la ciudad que todavía se encontraba algo inhóspita por aquellas horas.

Sucia y hermosa, se iba despertando poco a poco, sobre todo los mercaderes que se preparaban para vender los productos más frescos a primera hora de la mañana. Pero Nastagio los ignoró, como si nada importase ya, ni el más mínimo sonido. Pasó cerca de la casa de su familia, podía reconocer las calles que le conducían a ella y por las que se había adentrado todos los días de su vida. Ni siquiera el cautivador olor del pan horneado lo despertó de su realidad. Todo, cada una de las cosas que lo rodeaban, se había vuelto insulso y sin gracia.

La gran catedral, esa que una vez había admirado como una de las grandes obras del ser humano, no solo por su belleza, sino por su brillantez arquitectónica, ya no deslumbraba como solía hacer ahora que se encontraba frente a ella. Al observarla, sintió como si pesase más que las laderas y picos de las montañas. Grande y pesada y estancada en la tierra para toda la eternidad.

Se dirigió al *campanile* justo a la izquierda del edificio. Una estructura, quizás no tan alta como la propia cúpula, pero un gran rival de esta. Llamó a la puerta, una primera vez cortés y una tercera a porrazos. Finalmente, un muchacho no menos mayor de dieciséis años abrió la puerta. Llevaba un tocado negro en la cabeza y vestía un jubón sencillo de esos que un pobre, pero tampoco un noble, suelen vestir.

—Mi nombre es Nastagio Grivaldi, de la casa de los Grivaldi, déjame subir al *campanile*.

El muchacho cerró un poco la puerta diciendo:

—Lo siento, no puedo dejar entrar a nadie.

Nastagio sacó otra bolsa de dinero, la última que le quedaba, y la apretó en su pecho estrujándole el jubón. Después pasó por su costado, internándose dentro. El muchacho capturó aquel pequeño pero copioso saco de florines y cerró la puerta. Tomando un manojo de llaves, condujo a Nastagio al primer piso. Subieron y subieron escaleras que parecían no tener fin, rectas, oscuras, frías. Escalón tras escalón, pasaban a los distintos pisos del *campanile*, abiertos con largas ventanas ricamente ornamentadas. Cada vez que tocaba subir al siguiente piso el muchacho se paraba y Nastagio insistía en seguir subiendo. A lo que este sacaba otra de sus pesadas llaves y abría la puerta para continuar. Llegaron al penúltimo piso, que contaba con las grandes campanas de bronce.

—Ya no hay más —mintió el chico.

Sin embargo, Nastagio se conformó hasta donde habían llegado y le dijo:

—Ahora márchate.

—Pero señor…

—¡Márchate!

El muchacho pensó en la bolsa de dinero que le esperaba abajo y le obedeció al segundo marchándose por las escaleras.

Una vez abandonado a la soledad de las alturas, Nastagio se asomó por uno de los ventanales, sorprendido por la inmensidad de la ciudad desde allí arriba. La catedral se veía tan majestuosa como siempre, quizás algo más pequeña de cómo el hombre terrenal la contemplaba desde abajo. El viento soplaba fuerte y ruidoso abofeteándole las mejillas y alborotándole los cabellos. Se desató el cuello del jubón que le ahogaba entre el calor de subir las escaleras y la angustia que

desataba en su interior. Respiró aquel viento con los ojos cerrados, tratando de buscar cualquier signo de paz. Pero nada, ni siquiera al encontrarse en la más infinita soledad, pudo dejar de pensar en ella.

«Dónde está la belleza en un mundo sin ti», dijo él. El viento aulló en respuesta y él se echó a llorar como había querido hacer desde que la vio marchar por el campo de amapolas. Sus lágrimas caían lentas y silenciosas por las colinas que formaban sus pómulos. Algunas incluso volaban desvaneciéndose con el aire como suaves pétalos desgajados de su flor.

El sol comenzó a salir, primero rozando el principio de la cúpula, la zona más alta de toda la ciudad. A lo lejos podía apreciar todavía la niebla del amanecer, azulada y verdosa sobre los montes toscanos. Nada lo cautivó. Y como todo individuo, incapaz de vivir con dolor, posó sus manos sobre la barandilla y se subió desafiando al equilibrio. Quizás pasaron unos segundos de miedo y dudas, pero estos desaparecieron enseguida. Y, antes de que el primer sol del día le tocase, se dejó caer.

Capítulo 12

—Esta es mi hija, Giovanna de los Rimini.

Ella se inclinó reverencialmente sin atreverse a levantar la mirada.

—Este es nuestro Nastagio —anunció la mujer—. Quizás quieran tomarse un tiempo para hablar.

Los recuerdos estallaron en el universo de su mente. Recorrió cada minuto de su tiempo en la tierra hasta regresar a ese momento, donde conocía a Giovanna por primera vez. Ella no había despertado en él ningún anhelo ni sentimiento, había sido una reunión insípida y corta. Y después, después había regresado a ese instante queriendo saborear algo, cualquier señal que demostrase la conexión que entonces existía entre ambos. ¿Y qué encontró? Un tiempo en el que sus ojos se hallaban ocultos tras las suaves líneas de la belleza superficial, impedidos de ver más allá, de ver a la verdadera Giovanna que tanto amaba. No solo por su inteligencia y su pericia, sino porque se veía reflejado en ella como un Narciso que ama su reflejo.

Amaba todo lo bueno y todo lo malo que pudiese traer eso, cada detalle y falta, cada palabra, porque ella parecía una extensión más de él, una mejor y más hermosa, más consciente y sobre todo más libre. Ese amor le había hecho arrebatarse la vida, pues no podía soportar la idea de vivir sin una parte de sí mismo.

«Digamos que por ella llegaste aquí y por ella te marcharás».

Había sido la respuesta de Anael. Simple, sincera, impactante.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, con el corazón retumbándole en el pecho.

Anael sonrió y se paseó con aquella tranquilidad sosegada tan común en él.

—Sabes lo que quiero decir, es solo que no quieres creerlo.

—Eso es imposible, ella… ¡ella no es Giovanna! —gritó.

Anael mantuvo su compostura y abrió uno de los frascos que había en sus estanterías. Derramó en la palma de su mano aquel polvo azulado y se quedó mirándolo ensimismado.

—¿Imposible? ¿Acaso es posible el que después de seiscientos años sigas aquí? ¿O que yo continúe con vida después tres milenios de existencia?

—No es lo mismo, nosotros bebimos ambrosía, ella no es inmortal.

—Pero su alma sí.

Anael sopló aquel polvo extendido en su mano y formó una pequeña nube brillante que se repartió por la habitación. Empezó a oler a lluvia despertando una sensación agradable que calmó inmediatamente el espíritu de Aidan.

—¿Quieres decir que…?

—Que tú no pudieses reencarnarte, no significa que ella no pudiese hacerlo, Aidaniel. Su alma ha ido cambiando de cuerpo una y otra vez a lo largo de este tiempo. Ha estado aquí en la tierra al mismo tiempo que tú. Es solo que no recuerda sus vidas pasadas, ni tampoco la que vivió

contigo.

—Pero… Brianna no es Giovanna, no son la misma persona.

—No lo son, pero comparten la misma alma. Una parte de Giovanna, muy significativa, está ahora en el cuerpo de Brianna.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis hecho que la encuentre? ¿Qué pretendéis? ¿Qué falle en mi misión? ¿Por eso la habéis puesto como la última en mi lista? ¿Qué clase de juego retorcido es este?

—No debes preocuparte, tú mismo has dicho que no son la misma persona, de forma que no corres ningún riesgo. Enamórala, lánzale la flecha y se abrirán tus puertas del cielo.

Aidan lo miró con desconfianza, levantando una ceja.

—Solo haz lo que debes, esa es tu misión.

—¿Puede acordarse de mí? —preguntó seriamente.

—¿Te preocupa?

—¿Que mi misión pueda fallar? Sí, me preocupa. Puedo lidiar con eso, pero si ella…

—Entonces no tienes nada que temer.

—¿Por qué me hacéis esto? ¿No habéis tenido suficiente? ¿Acaso no os he sido fiel tanto tiempo? ¿Acaso no he seguido todas vuestras órdenes?

—¿Por qué sigues creyendo que es cosa nuestra?

—¿Dices entonces que es simple coincidencia?

—No existen las coincidencias. Tú mismo deberías saber eso.

—Eres pura contradicción, no sé por qué trato de hablar contigo —dijo este llevándose las manos a la cabeza.

—Todo tiene una razón. Descubre la tuya. Ahora vete, no tienes tiempo que perder.

—Ella no es Giovanna —repitió.

Anael no dijo nada más, sino que extendió un brazo señalándole la salida. Aidan se marchó con el corazón todavía descompuesto. Había ido a por respuestas y se iba con más preguntas. Entonces recordó unas palabras en concreto o, más bien, una promesa que le heló la sangre:

—Quizás en otra vida podamos estar juntos.

—En cualquiera que venga, yo seguiré amándote, Giovanna de los Rimini.

Él negó con la cabeza, no era posible. Brianna era Brianna; y Giovanna, ella ya no estaba en ese mundo, sino en el cielo, a donde él aspiraba llegar para encontrarla.

—Increíble, no puede ser —dijo el niño-ángel levantándose de su butacón en un salto.

Marxias comenzó a dar círculos por su biblioteca en busca de libros. Aidan no dijo nada mientras le veía subirse a la escalera corredera y recorrerse las estanterías en busca del *Manual de la resurrección*.

—Lo sé —dijo al final—, es difícil de creer, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero… —alzó una de sus pequeñas manos para coger un grueso volumen un estante más a la derecha— también es bastante verosímil.

—Nunca pensé en la idea de que ella…, bueno, pudiera reencarnarse. Siempre imaginé que estaría en el cielo después de su muerte.

—¡Aquí está!

Marxias pegó un salto hasta el suelo y depositó el libro abierto sobre su mesa, comenzó a pasar hoja por hoja llenándose los dedos de polvo.

—Bien, lo que pensaba; el alma tiene varias opciones al llegar al cielo, aquí dice… —frunció el ceño—. Este dilecto celestial es un poco confuso, ¿no tendré yo alguna copia traducida a la lengua angelical común? —se preguntó a sí mismo—. Ah, espera, hay una traducción en el margen de la página, ¡qué estúpido! A ver, dice que el alma tiene varias opciones al llegar al cielo. Sí, eso ya lo sabía. Una es hacerse ángel, otra reposar para siempre en su luz, servir en el limbo, ser vigía de las puertas entre mundos… «Si el alma no ha completado su valor de ser debe regresar al plano terrestre ininterrumpidamente». «El alma apropiará otro cuerpo y otra vida desligada de su otro cuerpo y vida anteriores». «El alma no podrá recordar nada de su estancia en el cielo ni de su anterioridad en el plano terrestre, dándose la rara excepcionalidad de percibir sensaciones que no le pertenecen al menos una o dos veces durante su estancia en la tierra». «Nota: dichas sensaciones pueden venir de tantas vidas y cuerpos en los que haya permanecido con anterioridad. No es posible sentir experiencias futuras, solo pasadas».

Aidan asimilaba cada palabra en las inmensidades de su mente, queriendo alcanzar a comprender la realidad de la situación. Marxias se quedó observándole, todavía con el libro abierto entre las manos, pues Aidan casi recordaba a la escultura *El pensador* de Rodin.

No podía evitar hacerse una y otra vez la misma pregunta: ¿Por qué? ¿Cuál era el sentido de aquella tortura fortuita?

—¿Todo bien, Aidaniel?

Este respondió con un murmuro. Marxias respiró hondamente y volvió a dejar el libro en su sitio. Después se sirvió la última taza de té y se dejó caer sobre su amplio butacón de terciopelo púrpura, quedando sus piernas colgando.

—Es realmente interesante —comentó con la taza entre los dedos al más puro estilo inglés—. No sé hasta qué punto es malévolo y benévolo a la vez. ¿No lo comprendes? Te están regalando una segunda oportunidad.

Aidan lo atizó con la mirada despertando de su ensoñación.

—Me están pidiendo que la enamore para luego volver a separarme de ella. Me piden que le entregue su corazón a otro.

—Lo sé, pero ¿qué posibilidades había de que os volvieseis a encontrar en este mundo? —le preguntó Marxias.

—Ninguna —respondió al segundo Aidan comprendiendo el alcance de la situación.

—Y sin embargo aquí está, más cerca de ti que nunca.

—Relativamente cerca. Pero ella no es Giovanna.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso la conoces?

—La conozco lo suficiente, no veo nada de ella en Brianna.

—Pero fuiste a ver a Anael, ¿por qué?

Aidan meditó su respuesta.

—Vi algo.

—¿El qué?

—Primero lo sentí cuando la besé, fue como regresar al pasado, al único beso que pude darle a Giovanna. Pero esa sensación se esfumó. Después lo vi en uno de sus gestos, ya sabes, un *déjà vu* de esos.

—Entonces sí que hay algo de Giovanna en ella.

—Eso dijo Anael. Dijo que había una parte de Giovanna en Brianna.

—Quizás la descubras.

—Espero no hacerlo.

—Temes volver a enamorarte.

—No, temo perderme otra vez en el Estigie. No he trabajado tan duro para regresar a sus aguas.

—Sí, tienes razón, debes tener cuidado. Es una prueba, y los de arriba están observando, siempre lo hacen. La pregunta es: ¿qué vas a hacer tú?

Aidan apretó la mandíbula. Quería gritar de rabia, quería volver a cuando nadaba en la ignorancia y creía que Brianna era simplemente Brianna. Pero sabía en el fondo de su corazón que había algo, algo que le había llamado, que había susurrado su nombre, muy levemente. «Nastagio, Nastagio, soy yo, mírame». Lo único que podía hacer era taparse los oídos, silenciar esa voz tentadora, para así terminar su tarea celestial y entrar, al fin, por las puertas del paraíso.

La esperó a la mañana siguiente, apoyado contra uno de los árboles del camino. No había podido dejar de pensar en lo que le había dicho Anael y aún más en lo que había dicho Marxias al conocer la noticia. Estaba tan nervioso que resquebrajaba una de las ramas secas de un arbusto entre sus dedos. Iba cortando trocito a trocito, mutilando la hiedra y corteza.

Inevitablemente, su situación de desasosiego le llevó a una mucho más lejana en el tiempo, una que no se permitía recordar, pues esos momentos estaban sepultados muy al fondo del baúl de los recuerdos, casi sellados con un candado cuya llave había decidido tragarse. Y sin embargo regresaron.

Regresó la sensación de coger a Rico, su corcel blanco moteado en grises, con el que había partido hacia Volterra hacia la primavera de 1472. Era un caballo majestuoso, el más caro de entre sus caballerías, un regalo de su padre cuando cumplió los quince años. Solo Rico se dejaba cabalgar por él, nadie más podía montarlo. Y por eso mismo lo había elegido aquella tarde en la que pretendía reunirse con Giovanna, aun cuando todavía no sabía quién era ella. Aun cuando creía que iba a reunirse con su hermana.

Nunca se sintió tan excitado y nervioso en su vida. Rico enseguida captó su estado de humor y también compartió con él esa inquietud. Cabalgaron juntos por las afueras de Florencia, por los campos de trigo y amapolas hasta alcanzar aquella iglesia. Sus manos sudaban, su pecho subía y bajaba cual marea irregular. Sus pies apenas se movían por sí solos, sus dedos luchaban contra el tembleque al atar las riendas de Rico a uno de los árboles.

Alcanzó la iglesia, o lo que quedaba de ella. Y su mundo, todo lo que había hecho hasta ese momento, todos los errores, las faltas, los corazones destrozados, los honores manchados, todo se redujo a un sinsentido. Comprendió que su vida antes de conocer a Giovanna no había tenido ningún propósito, había sido en vano. Y eso lo hizo terriblemente feliz. Se impuso sobre él la idea que tantos años le habían intentado inculcar, maestros, mentores, amigos, su padre… La idea de una vida noble, una vida por y para alguien, donde él ya no era el protagonista, donde ya no giraba todo alrededor de sí mismo. Un nuevo sol había salido entre las montañas, ahora todo giraba en torno a Giovanna y, sin ella, sin esa vida de expiación, su mundo no sería más que una ilusoria llama degradada que con el tiempo acabaría por apagarse.

Aidan paró el recuerdo a tiempo, sin embargo, esa sensación de tristeza lo volvió a recorrer. Afortunadamente, ya estaba acostumbrado, había lidiado con ella durante quinientos años y no dejaría que le ganase una batalla más.

—Vas a llegar tarde —dijo una voz.

Aidan se reincorporó al segundo y alzó la mirada. Brianna Laidhart estaba al borde del camino

donde él la esperaba. Tenía la misma expresión cansada y doliente de siempre, pero esta vez había un toque de dulzura en su voz. Él la observó por un segundo casi como queriendo encontrar una pizca de Giovanna en ella.

Al final, Brie echó a andar por el camino sin decir nada y él la siguió, guardando una distancia. Fue al aproximarse a Osborne cuando ella se dio la vuelta y añadió:

—No creo que sea buena idea que nos vean llegar juntos, no después de lo que pasó ayer.

Aidan asintió y se paró en seco, dejando que ella transcurriese. Pero Brianna volvió a girarse para decir:

—Eso de intercambiar aptitudes de lo que hablamos ayer, ¿sigue en pie? Porque necesito de verdad ayuda con la esgrima.

Él apretó los labios y la sonrió.

—Claro, ¿hoy después de clase?

Ella asintió.

Aidan hizo un gesto con cabeza para continuase con su camino y ella se marchó. ¿Qué clase de actitud había sido esa? Quiso golpearse por su incompetencia. Saber quién era realmente Brianna lo tenía totalmente aprisionado en un aura de incomodidad, en la que no sabía qué decir y cómo actuar. Lo cual era absurdo, pues se había pasado toda su larga vida inmortal sujeto a situaciones forzosas. Pegó un puñetazo a la corteza de un árbol y se dio unos minutos para tranquilizarse.

Después llegó a Osborne y acabó notando alguna que otra mirada posada en su figura. La noticia ya se había propagado por toda la escuela, lo cual no sabía hasta qué punto repercutiría en Brianna, pues era ella lo único que le importaba de ese lugar.

—Tenemos que hablar —dijo una voz a sus espaldas.

«Virginia», pensó el cerrando los ojos. «Tú ahora no, por favor». Se dio la vuelta.

—Virginia, escucha.

—¿Por qué ella? ¿Por qué esa niña sucia y fea a la que nadie quiere? ¿Es que soy un chiste para ti? —Alzó tanto la voz que muchos se pararon a observar la escena.

—Ven, vayamos a un lugar más privado para hablar —le pidió él, no quería montar ningún espectáculo.

Ella le obedeció y se internaron en una de las aulas que estaba vacía en aquellos momentos. Miró a Aidan de brazos cruzados, esperando a que hablase.

—Lo siento, siento haberte dado una imagen equivocada de mí y de los dos. Pero tú y yo no vamos a estar juntos, Virginia. No de la forma que tú quieres —explicó él con toda la calma que pudo acopiar, no quería herirla, pero tampoco se sentía demasiado cordial hacia ella en ese momento.

—¿Vas a salir con la queso brie?

—Eso no es de tu incumbencia. Y te pido por favor que dejes de faltarle el respeto a Brianna.

—¡No! Tú me has faltado al respeto. Tú estabas conmigo —le golpeó en el pecho enfurecida.

—Virginia, eres una chica preciosa y excepcional, pero tú y yo no estamos pensados para estar juntos. No puedo corresponderte. Lo siento.

Ella intentó pegarle de nuevo, pero él la paró tomando su muñeca.

—Te equivocas —susurró ella ahora que se encontraban más cerca—, tú y yo somos perfectos el uno para el otro. ¿Por qué te cuesta tanto verlo? Míranos. —Hizo un gesto señalándolos a los dos con la mano—. No puede haber mejor pareja en Osborne.

—Espero que encuentres a esa persona que estás buscando. Pero Brianna es ahora mi amiga y

es importante para mí, así que no quiero oírte decir nada malo sobre ella, nunca. Quiero que sepas que siempre que necesites algo puedes seguir contando conmigo.

A ella se le empañaron los ojos y en un acto impulsivo trató de besarlo, pero él la esquivó de nuevo.

—Lo siento.

Entonces se encendió la ira en su hermoso rostro pálido y se separó bruscamente de él. Se marchó del aula envuelta de dignidad dejando a Aidan a la intemperie de todas las miradas curiosas que se asomaban por la puerta. Pero poco le importó, pues había dejado por fin claras las cosas a Virginia. Después de todo, era su culpa el que ella se hubiese enamorado de él.

Aidan caminó hacia la clase de Historia, todavía inmerso en sus pensamientos sobre su comportamiento hacia Brianna. Intentó convencerme a sí mismo de que aquella tarde actuaría de un modo más profesional, pues no estaba dispuesto a perder ni un minuto más. Brianna sería la última de sus conquistas. Y ella… ella no era… Solo había una Giovanna en el mundo, una de la que se había enamorado enardecidamente. Una Giovanna que había muerto hacía cinco siglos atrás y que nunca volvería a ver.

—¿Así que te van los bichos palo? —soltó Matt que lo había abordado en el pasillo, pasándole un brazo por los hombros.

Fred se situó a su otro lateral y Hans le siguió por detrás. Aidan miró seriamente a Matt.

—No la llames así.

Matt alzó las cejas sorprendido.

—Tranquilo, tío —añadió Fred—, yo te entiendo, Brianna Laidhart tiene… algo especial.

—¿Estarás de coña? —se mofó Matt—. Has pasado de Virginia Ainsworth a Brianna Laidhart. Tienes que explicarme qué te está pasando.

—A Aidan le gustan los retos —bromeó Hans.

—No, en serio, tienes que explicarnos qué paso ayer. Por cierto, la parte en la que humillaste a Olivia fue bestial, todos flipamos. Nadie se ha atrevido nunca a decirle nada.

Aidan no respondió, pero enseguida percibió cómo Fred se le quedaba mirando muy de cerca.

—¿Y a ti qué te pasa? —inquirió Aidan, algo molesto.

—Solo quiere saber cómo fue besar a Brianna Laidhart —respondió por él Matt, aguantando la risa.

—¿Le sabe el aliento a queso? —se mofó Hans.

Aidan apretó los puños.

—¡Qué burro, Hans! —le reprendió Fred.

—Brianna es mi amiga —explicó Aidan—. Así que os pido desde ahora que tengáis un mínimo de respeto hacia ella, en cualquier sentido. ¿De acuerdo?

—Claro —dijo Matt intimidado por el cambio de humor que se percibía en el semblante y voz de Aidan.

—Ella… —continuó— no es como creéis que es. La elegiría antes que a cualquier otra chica de esta escuela. Antes incluso que a Virginia. Espero que podáis comprender y aceptar mi elección, de lo contrario no creo que podamos seguir siendo amigos.

Matt se rascó la cabeza diciendo:

—Eh, vale, tío, si a te gusta pues todo bien, ¿no?

—Sí, todo bien —contestó dando por zanjada la conversación.

Sin embargo, él lo sabía, sabía que antes de que todo fuese verdaderamente bien, todavía quedaba mucho trabajo.

Osborne se encontraba completamente inhóspito a aquellas horas de la tarde. Todos los alumnos se habían marchado a sus casas, y todavía quedaba algún que otro profesor corrigiendo exámenes en los departamentos, así como también el servicio de limpieza que iba pasando aula por aula.

Aidan se las había ingeniado para convencer a la profesora Dankworth de que le cediese las llaves de la sala de esgrima. Solo había tenido que intimidarla lo suficiente con su belleza y sus dotes persuasivas, hasta que finalmente había accedido a sus demandas.

—¿Cómo has conseguido abrir la sala de esgrima?

—La profesora Dankworth me ha dado una copia de las llaves —respondió este mientras dejaba su mochila en una esquina.

—¿En serio? —rebatió de pura incredulidad.

—Sí, pero ¿qué importa eso ahora? Ve a cambiarte, no creo que te gustase quedarte aquí encerrada toda la noche. Según tengo entendido, a las ocho se cierra la escuela.

Brie no lo pensó dos veces y fue a los vestuarios para ponerse su traje de esgrima, ese que le quedaba grande. Se hizo una trenza trasera y pilló una de las caretas que había en el cesto del material. Cuando entró en la sala, amplia y luminosa por la luz del sol que de vez en cuando inundaba el suelo de parqué, se encontró con Aidan, que inspeccionaba las hojas de las desgastadas espadas, colocadas en un lateral de la estancia con el puño señalando al techo.

—Deberían cambiarlas. Sirven para practicar, pero están hechas una pena. Esta ya se está oxidando —dijo como para sí mismo con una hoja entre sus guantes blancos.

—Pero nos sirven, ¿no?

—Sí, aunque a este paso nos vendría mejor practicar con un palo de escoba.

Brie, sin poder evitarlo, puso los ojos en blanco. No lograba comprender esa pedantería refinada de la que se jactaba Aidan. Parecía no querer hacerlo a propósito, como si de verdad supiese del tema, lo cual no dejaba de ser molesto y desconcertante a la vez.

—Como tú digas… —murmuró—. ¿Empezamos?

Aidan reaccionó al segundo devolviéndole la mirada.

—Bien, elige tu espada —ordenó.

«¿Y eso qué importa?», quiso decirle, pero calló y le obedeció. Fue hacia las espadas y escogió la más próxima y brillante.

—Esa no —soltó él, cortante.

La mano de Brie quedó suspendida en el aire.

—Pero parece…

Aidan la miró alzando una ceja, como no aceptando ninguna contestación.

—Vale —cedió ella, algo intimidada.

Echó un vistazo más profundo a las hojas y puños y finalmente cogió la que estaba en la esquina, como escondida.

—¿Está bien? —le preguntó buscando su aprobación.

Aidan lo pensó durante unos segundos y dijo:

—Podría valer.

Brie la tomó por el puño y notó que era bastante ligera en comparación con las otras espadas que siempre había utilizado.

—¿Va bien?

—Sí —respondió ella.

—Pues empecemos.

Aidan recorrió la sala hasta situarse en el centro.

—Creo que deberíamos comenzar por lo básico. Voy a enseñarte varios pasos y movimientos desde el principio. ¿De acuerdo?

Ella asintió y se puso la careta.

—Supongo que de clase ya sabrás las cosas básicas, sin embargo, es fundamental que primero aprendas a moverte del modo correcto, después podremos pasar al ataque.

Brie observó y escuchó todo lo que Aidan tenía que enseñarle, sin reprochar en ningún momento nada, pues reconoció que las lecciones le eran de gran ayuda.

De vez en cuando él dejaba mostrar esa *modestia* tan característica suya, pero ella había comprendido que Aidan era verdaderamente experto en la materia, como si se hubiese pasado toda su vida formándose para el deporte de la esgrima. No solo sus movimientos eran limpios, sino que los acataba con una elegancia distintiva que casi la hipnotizaba. El sudor caía por sus sienes mojando sus cabellos platinos de una forma muy sutil, como unas gotas de rocío escurriéndose por una suave hoja. Llegó un momento en el que no pudo comprender cómo aquel muchacho tan talentoso y aparentemente perfecto se encontraba una tarde de diario dándole lecciones de esgrima, sin esperar más que unas míseras clases de Matemáticas.

«Que alguien me despierte», se dijo a sí misma.

—¿Brianna? ¿Has estado escuchando?

Ella asintió como una triunfante mentirosa.

—Bien, entonces repite lo que acabo de hacer.

—Eh, sí, claro…

Brie trató de recordar más o menos el movimiento de los pies, pero no lo consiguió ni de cerca.

—Veo que has estado desconcentrada. Lo repetiré, estate atenta, esta vez.

—Perdona —se disculpó avergonzada, no era culpa suya el que fuese tan fácil de admirar.

Continuaron practicando durante una hora, hasta que finalmente pasaron a la acción. Aidan prometió ser bueno y ella que trataría al menos de llevar a cabo bien dos pasos. Ninguno cumplió su promesa. Aidan se pasó de infalible y ella solo consiguió hacer bien un movimiento, el segundo quedó a medias, pues él la tocó antes de que se llevase a cabo.

Mientras combatían, el sol se iba alargando por toda la sala, listo para desaparecer en cualquier momento. Al final Brie mejoró considerablemente, pero todavía continuaba algo amedrentada por la destreza que deslumbraba Aidan y que la impedía moverse y actuar con algo de coherencia. A su lado, ella se veía como una completa inepta y él despertaba una inusitada magnificencia que hasta por un segundo le imaginó vestido de mosquetero.

—¿Dónde has aprendido a combatir así? ¿Eres campeón nacional o algo por el estilo? —le preguntó ella, mientras regresaban hacia sus hogares por el camino que bordeaba el lago, mientras el cielo se teñía de naranjas crepusculares.

Aidan sonrió y la miró.

—Digamos que he tenido mucho tiempo para practicar. Me enseñaron desde que era pequeño.

—¿Tus padres? ¿En la escuela? —saltó ella y después se dio cuenta de que estaba siendo demasiado curiosa.

Pero aquello alegró a Aidan, pues significaba que comenzaba a despertar cierto interés sobre él en Brianna Laidhart.

—Sí, bueno, mis padres contrataron a un maestro, querían que aprendiese un deporte de defensa.

Brie analizó la información en su intuitiva mente. Era la primera vez que le oía hablar de sus padres y, aunque quería preguntarle por qué no vivía con ellos, pues sabía de clase el que se encontraba viviendo con su tío, comprendió que pudiese tratarse de una historia no precisamente feliz y guardó silencio. Aidan analizó su mudez y alcanzó también a suponer lo que ella estaría pensando, así que añadió para su sorpresa:

—Ellos murieron junto a mi hermana en un accidente, cuando tenía once años. Ahora vivo con mi tío.

No era una mentira demasiado elaborada, pero la parte en la que estaban muertos contenía algo de verdad, pues hacía ya quinientos años que su familia había fallecido. Ahora solo le quedaban algunos amigos supraterrenales que andaban errantes por la tierra, como su querido amigo Marxias.

—Lo siento —dijo Brie algo incómoda, aunque le satisfizo que Aidan hubiese hablado de su pasado, confiando en ella: eso la permitía, a su vez, confiar un poco más en él.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó Aidan, pues ahora era su momento de sonsacarle información a Brianna.

Ella se vio obligada a contestar rápida e inconscientemente:

—Yo… eh, bueno, intentaron meterme en karate, también en judo, pero no era mucho lo mío.

Aidan se echó a reír y, cogiendo una piedra del camino, la lanzó fuerte al lago para que rebotase ininterrumpidamente por el manto de agua.

—Me refería a si vives con ellos.

—Sí, claro —respondió con el rostro encendido de vergüenza—, todavía no soy mayor de edad. Bueno, técnicamente vivo solo con mi hermana y madre, porque mi padre nunca está en casa.

«Lo suponía», pensó él también analizando esa brizna de información.

—Antes… —siguió hablando, sorprendiéndole— teníamos a Cecil.

—¿Cecil?

El rostro de Brie se oscureció.

—Era mi cuidadora, desde que era una niña. Hace unas semanas mi madre la despidió.

Aidan se mostró sorprendido y triste a la vez. Cada vez comprendía más y más cómo la vida de Brie se derrumbaba por momentos. Seguramente sus padres andaban demasiado ocupados para preocuparse por ellas. Y esa cuidadora Cecil habría actuado de segunda madre para ella y su hermana.

—¿Y estás bien?

—Yo… sí, es cuestión de acostumbrarse, ¿sabes? Aunque la extraño muchísimo.

—Siempre puedes volver a verla —comentó él con un tono esperanzador en la voz.

—Sí, aunque ahora vive en Filadelfia con su familia.

—Eso está a unas horas de aquí, ¿no?

—Hablé con ella por teléfono el otro día —confesó—. Está buscando trabajo y me dijo que un día podríamos encontrarnos en Nueva York. Ojalá me dejen ir.

Cuando quiso darse cuenta le había contado cosas que ella consideraba demasiado personales. Pero ¿cómo había podido sonsacarle esa información? Cuando él la miraba, incluso cuando le hablaba, se sentía como hipnotizada, como sumida en una calma infinita donde el transcurso de su voz no tenía límites y podía decirle cualquier cosa. Se tapó la boca con los dedos para no

hablar más.

—Ese es un buen plan —reconoció él, su persuasión estaba haciendo el efecto deseado en Brie.

—¿Y tú dónde vives exactamente? —le devolvió la pelota a su campo, para alejarle de su vida personal, la cual prefería guardar solo y exclusivamente para sí misma.

—¿Por qué? ¿Vas a venir a acosarme? ¿A observarme por la ventana subida a un árbol? —bromeó él—. Puedo dejarte unos prismáticos.

Brie cambió su expresión y puso los ojos en blanco ante sus bromas.

—Ja, ja. Es simple curiosidad, me conozco casi todas las casas de la zona y da la casualidad de que coincidimos para venir a la escuela, así que solo se me ocurre que vivas en alguna de las casas más alejadas, aunque pensaba que no eran habitables.

—Ahora lo son. Puedes venir cuando quieras, pero intenta no acosarme por las noches, puede ser peligroso el jardín a esas horas. No hay muy buena iluminación.

Brie trató de ignorarle, aunque dejó escapar una sonrisilla que reprimió casi al instante.

—Y tú vives… Déjame adivinar —continuó él, se paró en el camino con el gesto pensativo y luego siguieron andando—. En una casa muy grande, de dos pisos, seguramente con tejas negras. Tienes un jardín muy cuidado, lleno de setos, algún columpio que utilizabas de niña. Antes… tenías un perro, pero probablemente se murió de viejo. Es muy posible que tengas un almacén donde guardes tu primera bicicleta con pedales y borlas en el volante.

—¿Quién acosa a quién? —inquirió ella.

—¡Son meras suposiciones! —se defendió él levantando los brazos en alto en señal de paz.

—Y para tu información: Dominó murió bastante joven, tenía una enfermedad y tuvimos que sacrificarlo. Le quedaban todavía unos años para volverse viejo.

Ya estaba otra vez hablando de sí misma… «Cállate, Brianna», se ordenó en su interior.

Aidan, sin embargo, disfrutaba muchísimo escuchándola hablar de su vida, era como si pudiese empatizar con Brie a cada segundo, que hasta pudo olvidar por un momento el que se tratase del alma de Giovanna en el cuerpo de Brianna.

—Pero ¿lo de la bicicleta es verdad?

—Sí —cedió ella—, aunque nada de borlas en el volante, tenía una bandera en la parte trasera de color rojo y un asiento para llevar a mi muñeco. Ahora es la única bicicleta que puedo usar…

El ambiente se había oscurecido al sacar el tema de la bicicleta, así que Aidan recurrió al humor:

—Siempre puedes dejársela a Olivia. Aunque no sé si podría conducirla con los tacones.

—Calla. —Le pegó en el hombro riendo.

—Piénsalo, podría llevar a Charlotte en el sillín trasero.

—¡Para! —siguió riéndose.

Era tan gratificante ver a Brianna reír que Aidan quiso capturar esa expresión en una caracola de mar, donde se mantuviese a salvo de las penalidades de la vida. Finalmente, su risa se apagó y se quedaron en silencio, meditando cada uno en sus mentes.

—No recuerdo qué les dijiste ayer…, pero hoy, bueno, nadie me ha molestado. Supongo que ha sido cosa tuya, así que gracias —se atrevió a decir ella en un murmuro.

—Nadie merece ser menospreciado, Brianna. A veces ellos mismo están llenos de complejos e inseguridades y necesitan autorreafirmarse frente a los demás atacando a otras personas.

—Es que a veces no entiendo, ¿por qué yo? ¿Qué es lo que hay malo en mí que no quiere el mundo?

Dejaron de andar y ella lo miró en busca de una respuesta que consolase su espíritu, tan quebrantado.

—No hay nada malo en ti —dijo él al fin—. Tú no eres el problema.

«Eres la solución», se dijo en su interior.

—¿Es porque soy fea? ¿Porque no soy lo suficientemente buena para ellos? ¿Porque saco buenas notas? Yo… me he pasado la vida queriendo entender por qué no encajo allí, en Osborne. Antes tenía una amiga y todo era más fácil. Seguían siendo crueles, pero Samantha siempre me defendía. Después su familia se mudó a Europa y todo empeoró. Comencé a recibir críticas a diario, muchos me exigieron que les dejase mis apuntes, algún que otro trabajo… Y, si me negaba, enseguida soltaban que era una borde y que era normal que no tuviese amigos con esa personalidad. Y va a terminar el instituto y todavía no entiendo qué es lo que hago mal. Dímelo, tú te llevas bien con ellos, por favor, necesito saberlo.

Aidan la miró en silencio, contuvo el dolor que sentía en el pecho al ver los ojos llorosos de ella.

—Quizás…

—¿Sí?

—Eso que hace que no *encajes* con ellos es lo que te hace especial entre ellos. Piénsalo, ¿cederías tu personalidad, hasta tu inteligencia, por ocupar el frívolo lugar de Olivia Lavender? ¿Quién sería Brianna Laidhart? Tú eres tú, con todo lo que conlleva ser tú y todo lo que has vivido, que te ha hecho ser quién eres. A veces la vida no es justa, te puede tocar a ti, le puede tocar a Zoey Eliza Goldman, me puede tocar a mí. Sin embargo, eso que tú consideras una debilidad, al final te hace más fuerte que todos ellos, te hace… única.

—¿Fuerte? —repitió con la voz temblorosa—. ¿Qué hay de fuerte en mí? No valgo nada, Aidan.

—Ahí debo discrepar. —Comenzó a andar—. He visto tu verdadero carácter, es más, lo utilizaste contra mí. Puede que los demás hayan intentado hacerte creer que eres débil, pero yo he experimentado cómo eres en realidad, a mí no puedes engañarme.

—Siento… eso. A veces dejo asomar ese instinto de defensa personal.

—Menos mal que dejaste el karate —volvió a bromear él, liberando la tensión en el ambiente. Y lo consiguió, pues ella casi sonrió.

Terminaron llegando al cruce del camino, a pesar de que Aidan se había esforzado por retenerla lo máximo posible parándose a cada rato.

—Debo irme —dijo ella acercándose a su caminito de tierra—, se estarán preguntando donde estoy, no suelo llegar a estas horas a casa.

—Sí, claro.

—Podemos quedar mañana en el descanso para continuar con Matemáticas o… cuando te venga bien.

—Mañana es perfecto —dijo él sonriéndola.

—Mañana —repitió ella para zanjar su acuerdo.

«Hasta mañana, Brianna Laidhart», pensó él, y sin poder evitarlo sintió que al fin había dado un paso hacia el cielo.

«Hasta dentro de poco, Giovanna de los Rimini».

Episodio XI

Su cuerpo… No, su cuerpo no, quizás su alma. Sí, fue su alma. Fue ella la que viajó entre giro y giro, cruzando sistemas, galaxias, universos… Iba tan rápido que todo se convirtió en fogonazos de luz intermitente. Uno y otro, y otro más fuerte, más rápido, ¡más cerca! Más y más, infinitamente, sin pausa, sin descanso, a punto de alcanzar el Big Bang más grande de todos.

Justo cuando creía que el cosmos explotaría en mil pedazos, todo —y con esto nos referimos a todo— se paró. Alguien había paralizado la existencia en menos de un chasquido de dedos.

Silencio. Calma. Quietud. Y mucha, muchísima luz. Si hubiese tenido manos se habría ocultado de aquella estrella que se blandía fulgurante frente a él. Pero no sintió molestia. Al contrario, sintió la paz más grande de todas.

Y una voz. Clara y neutra. ¿Fuera o dentro de sí mismo? No lo sabía.

«Nastagio», dijo su nombre, por segunda vez.

«Me conoce», fue lo primero que respondió.

«Te conozco desde que naciste».

«¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Dónde estás?».

«Estoy aquí, Nastagio, justo enfrente de ti. Estás cerca de mí, pero todavía no estás conmigo. Porque yo estoy donde debes estar».

«¿Quién eres?».

«Soy el principio y el fin de tu camino».

«Entonces, ¿he llegado al principio o al final de mi camino?».

«Has llegado al principio para llegar al fin. No te preocupes. Llegarás, vendrás a mí, te estaré esperando. No tengo prisa. Tú tampoco debes tenerla, porque llegarás».

«No entiendo. ¿Qué está pasando?».

«No temas. Estoy contigo, siempre lo he estado, desde que naciste hasta que moriste».

«Entonces, ¿estoy muerto?».

«Todavía tienes que vivir otra vida, Nastagio, después llegarás a mí», susurró la voz.

«¡Espera!».

Pero ya se había ido para siempre.

Y volvió a caer. El cosmos tembló y lo balanceó de un lado a otro. Esta vez la caída pareció durar una eternidad. Gritó y gritó fruto de la desesperación. La luz y la tranquilidad habían quedado demasiado lejos. Todo era negro, seco y sórdido. Y estaba solo, sin nada ni nadie a su alrededor. Sin embargo, cuando parecía ya haberse acostumbrado a la negritud, esta se tornó en un grisáceo que ni era blanco, pero tampoco era negro. Y su caída terminó de forma brusca en el momento que… ¿su cuerpo?, ¿o fue su alma?, se sumergió en las aguas de lo que parecía un río. Aguas que asfixiaban a aquellos que las transitaban, además de arrastrarlos una y otra vez en un círculo sin desembocadura.

El tiempo se desvaneció. El sentido ya había abandonado aquel cauce hacía mucho. La esperanza se negaba a desaparecer, a pesar de que tarde o temprano lo haría.

Entonces se presentaron solo dos posibilidades; dejarse arrastrar o ir contracorriente. Había probado solo una, así que tomó la segunda. Al principio fue difícil, pues la fuerza de las aguas lo arrastraba más y más. Sin embargo, cuando intentó salir de ellas comprendió que todavía su alma contaba con su cuerpo, pues sus manos transparentes respiraban por encima de la línea ondeada del agua. Luchó por sobresalir las muñecas, después de los codos, hasta llegar a las proximidades de los hombros. Intentó palpar cualquier cosa que no fuese el río, en busca de algo que lo parase de aquella corriente. Pero nada.

Si quería encontrar algo, debía sacar al menos la cabeza. Un esfuerzo enorme. Al menos alcanzó a exponer la nariz y un poco la boca. Aun así, resultaba casi imposible exponer el rostro completo, pues era como si algo lo retuviese en las aguas empujándolo hasta el fondo. Tomó todas las fuerzas que le quedaban para dejar que sus labios sobresaliesen al frío exterior. Y pegó una bocanada de aire inmensa. Aquello le dio la energía que necesitaba para escapar de allí. Primero la cabeza, después los hombros, el pecho, el abdomen, la cadera, las rodillas, los tobillos y los pies. Su cuerpo translúcido se dejó caer sobre un montículo de tierra firme, húmeda y helada. Allí permaneció Dios sabe cuánto tiempo.

Hacía tanto frío que apenas podía mover sus extremidades. Los dedos fueron los primeros en moverse; primero realizaron pequeños movimientos que permitieron que los nudillos se movieran gradualmente, seguidos de las palmas de las manos.

«¿Cómo es que todavía no me he muerto?», se dijo a sí mismo mientras su cuerpo comenzaba a moverse extremidad por extremidad. «Porque ya estás muerto», se respondió también a sí mismo.

Lo más difícil de todo fue levantarse. Sus rodillas eran las únicas que no respondían de todo su cuerpo, a pesar de que había probado a flexionarlas. Acabó resignándose a trasladarse gracias a los brazos y codos. Se arrastraba sobre aquellas llanuras inhóspitas, alejándose cada vez más del río. Aunque para entonces ya podía hacer uso de la visión, no había absolutamente nada que contemplar. Todo era gris y desértico. Sin árboles, sin piedras, sin sol, sin vida. Continuó de esta forma sin darse por vencido, queriendo encontrar cualquier cosa. Deseando que aquel suplicio y angustia terminasen en el momento que…

Sus manos se posaron sobre algo que desafiaba la planitud del paisaje. Una raíz, gruesa y curva, bajo las yemas de sus dedos. Levantó la mirada en un esfuerzo enorme. Un árbol de dimensiones inmensas, seco y muerto, se alzaba sobre él. «¿Dónde estoy?». «¿Será esto el infierno?». Si cualquiera le hubiese respondido que sí, él lo habría creído. Angustia y desesperación parecían adjetivos perfectos para denominar el lugar en el que ahora se encontraba.

Se acomodó entre raíz y raíz, y allí cerró los ojos pretendiendo dormir, quizás para alcanzar la paz. Pero volvió a escuchar la voz, estaba vez no porque estuviese ahí, sino porque el recuero invadió su pensamiento.

«Muévete. Tienes que vivir otra vida».

Se levantó de golpe y, apoyándose en una de las grandes raíces, logró ponerse en pie del todo. En ese momento suplicó por volver al suelo, pues todo su cuerpo entero crujió de dolor. Pero se obligó a caminar, paso por paso hasta que saliese de allí, hasta que encontrase algo.

Y de tanto caminar, de tanto seguir hacia delante, a pesar del malestar, el desconcierto y la desesperanza, llegó a las puertas de una ciudad, Captisme, la ciudadela del limbo, la capital entre

mundos. Fue como encontrar agua después del desierto. Todo eran sonidos, luces, colores diversos a la habitual gama de grises, personas… ¿o seres? Nadie de los que le rodearon se parecía enteramente a un humano. Ni siquiera él, que seguía siendo una translúcida hoja de papel. Vio a varios seres alados, lo cual lo perturbó casi tanto como cuando vio a los demonios que se apiñaban en las esquinas luchando unos con otros ferozmente. Ni siquiera pudo contener su expectación cuando una bellísima mujer rubia pasó por su lado luciendo un par cuernos de gacela.

Tampoco supo cómo reaccionar cuando entró en el mercado, si se le podía llamar así. Aquello sí parecía el infierno. Dos hombres gordos con nariz de cochinillo vendían todo tipo de relojes de arena y la gente pugnaba por conseguirlos al mejor precio. Un niño poco mayor de ocho años gritaba las nuevas ofertas del día subido a una caja parlante. Por un segundo creyó que se trataba de un niño normal hasta que vio cómo tenía un par de alas chamuscadas tras la espalda.

De vez en cuando alguien le golpeaba o le increpaba en lenguas diversas por ir demasiado lento. Algunos hablaban latín, hebreo, nórdico, lenguas romances o los famosos dialectos italianos, y otros hablaban las lenguas del primer, segundo y tercer mundo, las llamadas lenguas angelicales. Pero en aquel momento, Nastagio desconocía la existencia de ellas, como desconocía Captisme y todos sus habitantes.

Pasó por delante de un puesto donde solo se vendían llaves de todos los tamaños, puños y formas. Un anciano con lentes enormes hacía una demostración de qué cerraduras podían abrir; es decir, de a los lugares a los que te podían llevar, transportándote. Nastagio le observó por unos minutos ensimismado. Y quiso aplaudir cuando vio al anciano sacar un pedazo de hierba fresca del otro lado del portal que había abierto con la llave.

«Magia», pensó al instante.

Cruzó también una de las zonas más duras del mercado. Aquella donde se vendían todo tipo de criaturas como esclavos. Tuvo que presenciar la venta de una chiquilla que era igual de translucida que él, un alma del Estigie. Pudo observar desde cierta lejanía cómo aquel hombre con cuernos de cabra se llevaba a su esclava, recién comprada, y comprendió que, como en todos los sitios, en Captisme también había gente rica y poderosa.

Cuando creyó llegar al final del mercado, se topó con una larga cola de gente translúcida y se atrevió a hablar a uno de los que esperaban:

—¿A qué estáis esperando?

Un señor de mediana edad lo miró con gesto cansino. Después reconoció los ropajes elegantes de Nastagio y añadió:

—¿Cuánto tiempo llevas en Captisme para no reconocer esta fila? No te voy a dejar pasar, ni siquiera porque fueses rico en tu vida anterior, ya no lo eres.

—¡Eso! —gritó la señora que se encontraba tras él—. Vete olvidando, señorito.

—Solo quiero saber a dónde conduce la fila.

—Espera como todos los demás y lo sabrás.

Como no tenía nada que hacer, y menos que perder, decidió ir hasta el final de la fila. Y allí esperó, observando a todos los que transitaban por la ciudad. La espera hizo que comenzase a familiarizarse con el mercado; sus gentes, normas y excentricidades. Fue cuando ya se estaba acercando al final, cuando vio a dos seres increíblemente bellos pasar de negocio en negocio, buscando algo. Eran dos, de cabellos rizados, envueltos en túnicas oscuras, pero con una piel pálida y limpia de imperfecciones. Al moverse, tenían una gracilidad casi asombrosa que fascinó profundamente a Nastagio.

—Son ángeles —le dijo una voz a su izquierda.

Era aquel muchacho poco menor que él que esperaba también la cola y que iba vestido con armadura. Y, para su sorpresa, entendía perfectamente en qué lengua le hablaba, a pesar de no ser florentino.

—¿Lo son?

—Pocas veces se les ve, porque siempre están en el cielo.

—¿Dónde estamos ahora? ¿En el infierno?

El chico negó con la cabeza.

—Eso creí yo al principio. En realidad, estamos en el medio entre ambos. Se llama el limbo y Captisme es su única ciudad, donde nos encontramos ahora mismo.

—¿Por qué esperamos esta fila?

—¿La verdad? No lo sé. No hace mucho que llegué a la ciudad, escapando del Estigie.

—¿De dónde?

—El río, de ahí venimos todos los errantes.

—¿Errantes?

—Sí, vos, yo y todos los que esperamos en esta fila.

Nastagio le escudriñó. Aquel muchacho tenía el pelo mojado, como por el sudor, además de manchas de sangre en la armadura y en el rostro.

—¿Qué os ha pasado?

—Morí en el campo de batalla. Me clavé un cuchillo para evitar que me matasen. Habíamos perdido.

Nastagio continuó observándole, sin reconocer la armadura que este portaba, pues era para su gusto demasiado medieval para ser de su época.

—Creo que nacisteis unos cuantos años antes que yo —confesó Nastagio.

El otro le miró confuso.

—No puede ser, llevo muerto casi once meses.

—¿Estáis seguro?

—Sí —decretó el chico de mal humor y no le volvió a dirigir la palabra.

Nastagio guardó silencio hasta que por fin alcanzó el puesto donde terminaba la fila. Un hombre calvo y pequeño presidía una mesa de madera, tenía además un par de pequeñas alas de color ceniza que se batían como un corazón latente tras su gruesa espalda.

—Nombre —exigió enseñando los dientes amarillos y negros.

—Nastagio de los Grivaldi.

Lo buscó en su larga lista y finalmente lo encontró.

—Aquí estás.

—¿Cuánto años ofreces?

—Eh… ¿Por qué? ¿Para qué?

Los que estaban detrás le abuchearon para que se diese prisa.

—Para volver a casa. Esta es la moneda de cambio en Captisme, tiempo, ¿cuánto ofreces?

No sabía qué decir, así que dijo:

—Cuatro años.

El hombre se rio fuertemente, y los demás demonios que lo rodeaban se rieron con él.

—Ha dicho cuatro el desgraciado este. —Dejó de reírse y se puso serio—: Te diré una cosa, puedes ofrecer cuatro, de forma que puedes estar solo cuatro días con los vivos. Si te pasas de límite pagarás un siglo.

—De acuerdo —aceptó sin titubear, después de todo, no tenía nada que perder, ya estaba muerto.

Capítulo 13

Acordaron seguir durante el fin de semana las lecciones de esgrima. Y como Osborne se encontraba cerrado, Aidan citó a Brie en el bosque. Aunque el plan no le convencía del todo, acabó aceptando, pues si practicaban con tanta frecuencia acabaría mejorando lo suficiente en esgrima para superar su mediocre nota.

Se citaron la mañana del sábado, a las diez en el cruce de caminos. Aidan la esperaba sentado sobre un tronco de madera mientras jugaba a crear círculos en la tierra mojada con un palo. Fue extraño verle vestido sin el uniforme de la escuela. Llevaba unos pantalones marrón oscuro y una chaqueta negra que rendía honor a la complexión de sus hombros. Brianna por el contrario se había llevaba aquella mañana con unas simples mallas negras y una sudadera azul desgastada. Después de todo, habían quedado para hacer deporte, no para desfilar en la semana de la moda de París.

—Buenos días —dijo él levantando la mirada oculta por algún que otro mechón que caía de su revoltoso flequillo rubio.

Brianna sonrió tímidamente con las manos escondidas en el bolsillo central de su sudadera.

—¿Estás preparada?

Se levantó de un salto y la apuntó con el palo de madera.

—¿Conseguiste alguna espada? —quiso saber ella.

—No, no me gusta tomar cosas prestadas sin permiso.

—¿Y cómo se supone que vamos a practicar?

Aidan sonrió y blandió ante ella aquel palo que llevaba entre las manos.

—¿Es en serio? ¿Y si nos hacemos daño? Podemos clavarnos una astilla.

—Brianna, tranquilízate, no voy a hacerte daño, y es mucho más improbable que tú me lo hagas a mí.

«Arrogante», cruzó por la mente de ella al segundo.

—De acuerdo, como quieras.

—Te he preparado a ti otro. —Fue hasta uno de los árboles más próximos, donde había apoyado un palo, perfectamente pulido y despojado de ramas secundarias—. Las manos, exigió.

—¿Por qué tanta reverencia? ¿Vas a nombrarme caballero? —quiso bromear ella.

—Las manos —volvió a exigir, esta vez más autoritariamente.

Brianna extendió las palmas y este depositó en ellas el arma improvisada con una exquisita solemnidad.

—Debes ponerle un nombre.

—Palo. Palo de madera.

Aidan puso los ojos en blanco.

—Dejémoslo en… Wood.

Brianna se rio por dentro. ¿Desde cuándo ella se ponía así de sarcástica? ¿Por qué tenía la sensación de que estar cerca de aquel muchacho hacía despertar a una Brianna que no reconocía?

Pero Aidan echó andar por el camino, en dirección contraria a Osborne, y ella no tuvo más remedio que seguirlo.

—¿A dónde vamos?

—¿Siempre haces tantas preguntas?

—¿Siempre eres así de misterioso o lo haces aposta? Me conozco este valle mil veces mejor que tú, no creo que puedas sorprenderme.

«Eso es porque no has visto Avonshire y jamás imaginarías que he invocado una mansión en el centro del bosque», pensó Aidan.

—Deberías dejar de querer controlar todo, Brianna, y tomarte las cosas con… —La miró buscando unas palabras adecuadas— más calma.

—Así que no me vas a decir a dónde vamos.

—No.

—¿Por qué?

—Como sigas preguntando, voy a darte un golpe con la espada que te meta directa en el lago.

—Eso suena terrorífico —ironizó ella.

Aidan no dijo nada, sino que continuó andando hasta que finalmente el camino terminó por desviarse de la trayectoria del lago. Se internaron por uno de los senderos que subían por la ladera de la montaña. Por un segundo, Brie se imaginó cómo Aidan le había tendido una trampa para asesinarla sádicamente y enterrar su cuerpo entre aquellos árboles. Al menos aquella teoría aportaba algo de sentido a la insistente atención que recibía por su parte.

—Ya casi estamos.

Su voz la despertó de sus maquinaciones mentales y borró la imagen de posible asesino que tenía en aquellos momentos sobre él.

Se fijó entonces, más detenidamente, en el camino y recordó haber estado por allí alguna vez. Había dos opciones: llegar a un campo abierto o seguir subiendo hasta alcanzar la cumbre de una de las montañas. Sin embargo, Aidan no tomó ninguna de las dos, sino que se salió del camino y ella se detuvo.

—Ahora sí que me tienes que decir a donde vamos. No esperarás que me meta en lo profundo del bosque contigo.

Él resopló.

—No vamos a perdernos. Sé cómo volver.

Ella gruñó, nada convencida.

—Confía en mí.

Brie cogió aire acopiando fuerza y le siguió. Supo entonces que a partir de aquel momento ya no podía dar marcha atrás, solo había una opción: la de dejarse guiar por la altiva figura de Aidan Grivaldi, quien parecía llevarla a las profundidades del valle.

No pasaron ni cinco minutos hasta que llegaron a una pequeña esplanada verde y fértil que atravesaba uno de los afluyentes del río que traía agua directamente de la nieve de las montañas. La naturaleza rocosa del paisaje había creado una pequeña poza que se llenaba a través de una estrecha cascada. Todo parecía desordenado y ordenado a la vez, como si las piedras cubiertas de líquenes estuviesen colocadas en una azarosa combinación que imperaba armonía. Brie observó aquel diminuto y escondido paraíso dejándose sumir en la calma del riachuelo, en el sonido vibrante de las alas de una libélula que sobrevolaba las aguas y se posaba sobre uno de los

juncos, en el crujir de las ramas que se balanceaban danzantes acariciándose unas con otras. Sin duda, no recordaba ese lugar, y creía no haberlo visto nunca hasta ese momento.

—De acuerdo, ha merecido la pena —admitió ella—. Pero ¿por qué este sitio?

—¿Qué mejor lugar para hacer la guerra que aquel donde hay paz?

—Eso no tiene ningún tipo de sentido —le cortó ella queriendo eclipsar su poesía.

—No, no lo tiene —reconoció él—. Pero así es la vida, ¿no? Un completo sinsentido.

Ella le sostuvo la mirada por unos segundos, casi creyendo en su palabrería filosófica.

—¿Empezamos?

Brie asintió y levantó su arma señalándole. Pero antes de que comenzasen advirtió en las discontinuidades del relieve de la tierra; piedras, hoyos, setas…

—¿No hay demasiado obstáculos?

—Ahí está la gracia, Brianna.

Y él atacó.

Brie tardó muy poco en tropezarse con una raíz del suelo y caer de espaldas. Aidan la ayudó a levantarse y no le dio más que un segundo hasta volver a situarse. Esta vez ella trató de evadirlo entre los árboles, lo cual resultó ser una estupenda decisión táctica pues estos le sirvieron de escudo. No obstante, el palo de Aidan golpeaba el suyo con fuerza una y otra vez creado un continuo sonido hueco, como de los cascos de un caballo o el de un coco cayéndose de una palmera. Llegó un momento en el que consiguió sacarla del rescoldo de las columnas de los troncos, dejándola en campo abierto. Ella reaccionó retrocediendo e intentando fútilmente ver hacia donde iba.

—No mires a tu espalda, mírame a mí.

—¿De qué me va a servir eso? —respondió ella entre estocada y estocada.

—Te enfrentas a mí, nunca le des la espalda a tu enemigo.

—¿Y si me caigo al río?

—¿Prefieres morir a mojarte?

La fue empujando hacia el río intencionadamente y ella estuvo a punto de perder el equilibrio, cuando se subió a una de las rocas que tambaleaban sobre el agua. Aidan la imitó tomando posición en otra aparentemente plana pero sólida. Desde ahí comenzaron a jugar con estabilidad que él parecía también dominar.

Ella en cambio luchaba por no acabar sumergida en la poza, pues esta no parecía estar especialmente cálida. Llegó a escurrirse por el musgo mojado y decidió sujetarse en una roca. Entonces, Aidan aprovechó para tocarla, pero ella le lanzó agua a la cara defensivamente y él cerró los ojos. En esos segundos ganados consiguió volver a reincorporarse y saltar hacia otra roca más estable.

—Muy inteligente.

Ahora que se encontraba a una distancia, Brie aprovechó para hacer una disimulada reverencia.

—Qué elegancia —dijo él con un tono de impresión fingida en la voz.

—¡Terminemos con esto!

Y le atacó de frente alargando todo su cuerpo. Aidan se retiró a un lado y ella por poco cayó contra las rocas, si no fuese porque él la paró con un palo y la volvió a levantar. Brie, quien se sintió socorrida, decidió recuperar su dignidad de espadachina volviendo a atacarle, y juntos pasaron varios minutos sorteando las rocas, saltando, mojándose hasta los zapatos. Aidan no tardó en ver algo en la mirada de Brianna, algo que antes no había podido apreciar al llevar la

máscara puesta. En sus ojos había ahora otro tipo de sensación que lo fascinaba profundamente. Una mezcla de fiereza y valor que no parecían coincidir con la débil fragilidad de su espíritu. Por un momento, sintió como si aquella que lo miraba fuese Giovanna y no Brianna, y eso lo desconcentró, dándole más margen de maniobra a ella.

Brie, por su parte, no comprendía si él estaba distraído o estaba aflojando la cuerda con la que trataba de enseñarle esgrima. Sin duda, no estaba siendo fácil para él mantener su porte tan característico de elegancia, pues sus movimientos se volvían más flojos, incluso torpes, en comparación con los que le había mostrado al principio del duelo.

«¿Qué pretendes?», quiso saber ella, mientras analizaba esa suavidad con la que él golpeaba ahora su palo de madera.

A este paso conseguiría por primera vez tocarle, y esperaba no hacerle daño, pues ninguno de los dos llevaba protección. Aunque, pensándolo mejor, sí que esperaba hacerle algo de daño, solo para descubrir si era de carne y hueso y si algo podía herirle, aunque solo fuese un poco. Desde que había visto a Aidan por primera vez en clase, había caído en la cuenta de que parecía más un ser sobrenatural, de esos que se han escapado del cielo, intentando integrarse sin éxito entre los humanos. Si supiese lo poco alejada que estaba de la realidad.

«¿Quién eres, Brianna Laidhart?», volvía a preguntarse una y otra vez Aidan, queriendo comprender cómo después de quinientos años había acabado luchando con el alma de su ser más querido en la tierra, aquel que había jurado olvidar durante su estancia transitoria entre los mortales. «¿Eres real?».

«¿Puedo ganarte?», pensaba ella. «¿O es que me estás dejando ganar?», se interrogaba a sí misma plagada de dudas. Aidan volvió a flaquear y Brie estuvo esta vez muy cerca de tocarle. «Me deja ganar, obviamente». Entonces, sus palos se cruzaron acercando sus rostros y al segundo se deshicieron alejándose unos pasos el uno del otro.

«¿Qué me ocurre? Debería dejar de…», pero ella lo atacó antes de terminar la frase en sus pensamientos y Aidan comprendió que ahora estaba siendo acorralado. Había tardado unos minutos en recuperarse, quizás porque su cuerpo se encontraba en el siglo XXI y su mente varios siglos atrás.

«Ahí estás. Bienvenido», le dijo ella al ver por fin un cambio en su actitud.

Esta vez Aidan fue letal y la venció impíamente.

—Descanso —anunció él apoyándose sobre un árbol y limpiándose el sudor con la manga de la chaqueta y las piernas flexionadas.

—Te… das… cuenta —decía ella recuperando el aliento, tirada sobre la hierba— de que si alguien… nos encontrase dándonos palazos en medio del bosque… podría resultar catastrófico para tu reputación.

—Al diablo mi reputación.

Brianna comenzó a reírse por lo absurdo de la situación, llegando a ahogarse por falta de aire, y terminar tosiendo.

—Estás mejorando considerablemente.

Brie posó la mirada sobre las nubes que se movían a gran celeridad sobre sus cabezas.

—Supongo que tengo un buen maestro.

—Me siento halagado.

Aidan se dejó caer sobre el tronco y se sentó con las piernas extendidas casi rozando las de ella.

—No hablaba de ti —bromeó ella—, me refería a mi querido palo, él es el único que me ha

enseñado a sobrevivir de tu letalidad.

—Increíble, has estado todo el rato burlándote del pobre palo y ahora levantas un altar en su honor. Eres impredecible, Brianna Laidhart.

Y lo era, era el ser más enigmático con el que se había topado. Y eso… lo asustaba terriblemente.

Al día siguiente aparecieron juntos a la entrada de Osborne. Nadie parecía sorprendido, pero eso no significaba que no tuviesen curiosidad. Brie se sintió profundamente observada, algo a lo que no estaba habituada. En cambio, Aidan parecía lleno de seguridad y confianza en sí mismo, como si a partir de entonces todo fuese a ir a mejor. Y así era, pues desde aquel día en el aparcamiento, donde había dejado claro de qué bando estaba, ya nadie le había reprochado que Brianna y él fuesen *amigos*.

En clase, Aidan cambió su sitio con el de Fred para sentarse al lado de ella, despertando toda una serie de rumores. Después ocurrió en la clase de Biología: decidió cambiar su compañero de prácticas por el de Brie. A lo que ella respondió: «Pero ¿te has vuelto loco? ¿Quieres dejar de perseguirme?».

Y siguió yendo a más, ya que en los descansos Aidan hacía todo lo posible por quedarse a solas con Brie en la biblioteca. Ella le enseñaba Matemáticas, él hacía como si prestase toda la atención en sus enseñanzas, aunque ya se las supiera. También había momentos en los que ella simplemente abría un libro y se ponía a leer. Aidan la observaba disimuladamente con el suyo, haciendo que pasaba las hojas cada tres o cuatro minutos. Y, cuando levantaba la vista, descubría una Brianna ensimismada, casi fascinada, con la lectura que parecía estar en otro mundo, que no era el que ambos compartían. Sin duda, había más en el interior de ella de lo que había imaginado. Quizás una fracción mínima pero latente del alma de Giovanna, que prefería no ver. Jamás.

Muchas veces quiso tener la facultad de parar el tiempo, solo para demorarse todo lo que pudiera en contemplarla, para poder comprender su espíritu y sus enigmas de una vez por todas. Lo que era realmente contradictorio, pues había poseído todo el tiempo del mundo y ahora este parecía más fugaz que nunca.

Brie no era ninguna estúpida, notaba la mirada de él con frecuencia y eso la mantenía alerta. ¿Qué podía causarle tanta admiración? Solo era una chica de facciones simples y rostro opaco en la que ni siquiera los profesores solían posar su atención. No había brillo, ni luces en ella, no como Virginia o Charlotte, quienes despertaban belleza en cada uno de sus poros. Y si no la admiraba por tales cualidades, ¿por qué si no?

Por una parte, deseaba volver a su solitaria vida, donde no existía ningún muchacho esplendoroso que la distrajese de sus quehaceres. Pero, por otro, reconocía, y de buena gana, que su situación en Osborne no dejaba de mejorar. El día anterior, Allison Stevens, una chica con la que no hablaba desde hacía tres años, había llegado a saludarla cuando se encontraron en el pasillo. Después, en clase, notó que la gente comenzaba a tenerla en cuenta, como si fuese una más.

Cierto era que, aunque Olivia y sus amigas ya no la acosaban, seguían dirigiéndole miradas cargadas de odio y repulsión, pero ya sabía cómo confrontarlas desde el silencio y la calma. Incluso en el laboratorio, cuando se había acercado Matt a hablar con Aidan, había llegado a dirigirse a ella también, por primera vez desde… no se acordaba, quizás nunca.

¿Era posible que Osborne la *aceptase* medianamente solo por el hecho de que Aidan lo había hecho? Lo cual no dejaba de demostrarle cómo era aquel lugar. Bastaba ser popular para que todos te diesen el visto bueno, fuesen cuales fuesen tus decisiones.

Y Aidan la había elegido a ella, desde hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Estás saliendo con Grivaldi?

Charlotte Fanning la abordó mientras iban hacia la clase de Historia. Brie se detuvo bruscamente e hizo que los de atrás soltasen un par de palabrotas y luego la esquivasen.

—¿Y eso qué puede importarte a ti? —logró soltar ella con una valentía en la voz que no sabía que tenía.

Charlotte frunció sus labios repartiéndose el *gloss*, después levantó una expresiva mano diciendo:

—Escucha, a nadie le importa lo que hagas o dejes de hacer, es un hecho. Pero sí nos importa Grivaldi y algunos merecemos saber qué te traes con él. ¿Por qué estáis siempre juntos? ¿Es que le pagas la escuela o qué? —Se echó a reír.

Brie suspiró profundamente, lista para combatir aquel asalto.

—Oh, ya lo entiendo.

—Qué bien, creí que iba a tener que repetírtelo para que tu incompetencia lo entendiese.

—Te gusta Aidan.

Charlotte cerró la boca.

—Pero él no te hace ni caso. Ves, por supuesto que entiendo la situación. Ahora, me voy a clase.

Brie se escabulló por el pasillo dejando a Charlotte Fanning todavía asimilando lo sucedido. Nunca, jamás, se habría atrevido a responder con tanta coherencia y valentía. Y aquello la hizo sentir tan bien, como si su boca ya no estuviese sellada por una banda de esparadrapo llamada prudencia, sino más bien como si una voz nueva surgiese de sus entrañas. Una voz callada durante años, escondida por miedo al fracaso, al rechazo, a la soledad. Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, hablaba alto y claro.

Cuando entró en clase con la cabeza erguida se encontró con la acusadora mirada de Virginia Ainsworth, quien no se molestaba en ocultar sus muecas de desagrado desde que ella y Aidan eran *amigos*. Le había dicho a todo el mundo que había superado lo de Aidan, sin embargo, nadie se lo creía, pues cada vez que alguien o un profesor le nombraba, ella le miraba al momento. También había comenzado a imaginarse fantasías en las que él regresaba con ella pidiendo perdón y se convertían en la pareja más deseada de todo Osborne. Sus ilusiones habían llegado tan lejos que incluso se había imaginado su boda y su futura casa en el valle de Deerwoods. A la única a la que le había confesado su ciego amor había sido a su amiga Helena, quien había tratado de convencerla de la irrealidad de sus sueños. Pero Virginia no podía evitarlo, por más que intentase odiarle, hacerle el vacío e injuriarle en silencio, no podía ocultar que se había enamorado y obsesionado completamente con Aidan Grivaldi.

Y todos lo sabían. La primera era Brie, quien ya se había acostumbrado a las furtivas miradas de Virginia. Aquella vez decidió ignorarla de nuevo, pues no pensaba olvidar su breve y anterior conversación con Charlotte. Ahora se sentía con fuerza suficiente como para combatir a cualquiera, quizás incluso a… Olivia Lavender.

—Uff, ¡qué olor más espantoso! —había dicho la susodicha cuando Brie pasó por su lado.

A lo que Brianna respondió como si no hubiese escuchado nada y tomó asiento.

No. Quizás todavía no se sentía del todo preparada para encarar a Olivia.

Entonces, Aidan entró en clase y muchas de las miradas femeninas dejaron completamente sus tareas para dirigirle su atención. Saludó a Matt y a Fred con un saludo de manos y al delegado de la clase, Byron, con el que recientemente se llevaba. Después fue directo a su nuevo pupitre, justo al lado del de Brie.

—Parece que has madrugado esta mañana —le susurró a modo de saludo.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Como salir corriendo sin esperarme para ir a la escuela?

—Como enfrentarme al interrogatorio de Charlotte sobre tu persona o a las miraditas asesinas que me dedica con todo el amor del mundo tu querida Virginia.

—Oh, vaya. Por eso precisamente debías esperarme. Conmigo nadie se habría atrevido a decirte o hacerte nada.

—Discúlpeme, señor guardaespaldas, pero puedo cuidar de mí misma —su voz se fue apagando progresivamente, pues el profesor Dugerton había entrado en el aula.

—Buenos días —anunció.

—Ah, ¿sí? Me gustaría verlo —continuó Aidan, haciendo caso omiso a la entrada del profesor.

—Chist, estamos en clase —le mandó callar ella con un dedo puesto en los labios.

—Discúlpame, señorita sabelotodo.

Brie puso los ojos en blanco y guardó silencio, no podía desconcentrarse ni un minuto más por culpa de Grivaldi. Abrió su libro por la página que había dicho el profesor y comenzó a apuntar con un lápiz los temas que debían repasar para el lunes.

Y llegó una nota: la primera que recibía sin insultos ofensivos. La desplegó con cuidado, queriendo pasar desapercibida, y miró a su alrededor, percatándose de que nadie la veía leerla.

Mañana.
A la misma hora. Mismo sitio. Trae tu palo.
A.

Ningún signo de interrogación, solo órdenes con un fuerte tono imperativo. Ella no le respondió, la guardó en su estuche y siguió tomando apuntes, aunque con la cabeza todavía en otra parte.

Llegó la siguiente.

Ella resopló y decidió no leerla. Pero acabó llegando una tercera.

«¿En serio, Aidan?», se dijo realmente molesta.

—¿Qué… quieres? —murmuró entre dientes con los ojos puestos en su cuaderno y su mano todavía moviéndose a la velocidad de las palabras del profesor.

—Una respuesta.

—¿Te vale esta? —susurró ella haciéndole un corte de mangas por debajo del pupitre.

Aidan controló sus ganas de reírse.

—Eso ha sido grosero.

—Tú eres grosero. Déjame atender.

—¿Laidhart? ¿Grivaldi?

Ambos callaron. Brie se puso tan nerviosa que apenas escuchó lo que decía el profesor.

—¿Alguna duda con respecto a lo que estaba diciendo? Usted, Grivaldi, ¿puede repetirlo para recordarlo al resto de sus compañeros?

—Sí, a partir del siglo XVIII, Europa sale de su anterior crisis existencial, de guerras, valores, pensamientos, ahora con la mirada puesta en una nueva corriente artística, incluso modo de gobernar, la Ilustración.

—Sí, como suponía, ha estado prestando atención —admitió poco complacido mientras escudriñaba a Brie, quien no era capaz de levantar la mirada por la vergüenza.

Nunca le habían reprendido en clase por no prestar atención, pues… siempre la habría prestado. «¿Qué estás haciendo conmigo, Aidan Grivaldi?».

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó él al terminar la clase.

—Sí, pero no vuelvas a distraerme. Por favor —añadió esto último suavizando sus palabras.

Él asintió algo arrepentido. La clase terminó en quince minutos y ella dijo:

—Necesito… Voy al baño. Cuida mis cosas.

Brie se levantó rápidamente, pues si se daba prisa podría regresar antes de que llegase la profesora de Literatura. Aquella mañana se había tomado un café demasiado temprano para no toparse con Aidan y ahora le pasaba factura. Le había evitado no porque le desagradase su compañía, sino porque estaba comenzando a olvidar el sentimiento de estar sola y su único deseo era caminar pacíficamente hacia la escuela, en completo silencio, para reflexionar sobre el giro que comenzaba a tomar su vida.

Deseaba contarle a Cecil sobre Aidan, sobre cómo alguien había aparecido prácticamente de la nada y parecía estar dándole… ¿todo? «¿Por unas míseras clases de Matemáticas?», se decía a cada rato. «No, no puede ser por eso».

Una vez en el baño, tuvo un breve descanso. Siguió pensando en él y en sus conversaciones, cada día más cargadas de humor y confianza. Se sentía bien tener esa especie de amistad. Hacía mucho que no recibía las palabras de un amigo, no desde que se marchó su mejor y única amiga, Samantha, a Luxemburgo, hacía ya dos años.

Se refrescó la cara como dos veces en los lavabos y finalmente se miró al espejo. Siguió sin ver nada poderoso ni magistral en ella. Simplemente era… ella. Aunque quizás algo más viva, con las mismas ojeras, pero las comisuras de su boca ya no se torcían hacia abajo, sino que estaban rectas, casi dispuestas a curvarse en una sonrisa de vez en cuando. Sus ojos ahora se veían algo más brillantes, tal vez porque no estaban ocultos por sus gafas.

Nunca había querido ceder mucho tiempo a observarse a sí misma, por miedo a descubrir lo que los demás odiaban de ella. Prefería tratar con su reflejo lo menos posible. Muchas veces, cuando su madre la obligaba a acompañarla de compras, evitaba los grandes espejos de las tiendas, o incluso los de los probadores. Pero también los largos escaparates donde se podía ver igualmente reflejada. Y ahora que se veía frente a un espejo reconocía que seguía sin gustarse a sí misma, lo cual no significa que no pudiese soportar aquella forastera sensación.

«No eres bonita, eres tú», pensó al segundo.

Volvió a refrescarse la cara y al levantar la mirada vio a alguien más en el reflejo. Un chico completamente vestido de negro. Pegó un grito del susto.

—Creo que te has equivocado…

Pero al darse la vuelta no había nadie. Brie sacudió la cabeza y se estrujó los ojos. Seguía sin haber nadie. Confundida, salió del baño hacia clase. El rellano estaba desierto, lo cual quería decir que había empezado la segunda hora de clases. Y llegaba tarde.

Sin embargo, el elegante pasillo de Osborne comenzó a doblarse sobre sí mismo como una

goma elástica. Brie tuvo que apoyarse en la pared y sintió cómo sus piernas le flaqueaban. Y aunque trató de seguir andando, fue como si el mundo a su alrededor se deshiciese en un bucle infinito. Se sintió como en una pesadilla alucinógena, pero peor, mucho peor.

«No pasa nada, no pasa nada. Solo estás soñando. Ahora te despertarás».

Pero no se despertó.

Capítulo 14

La profesora Janice, de Lengua y Literatura, entró en el aula y cerró la puerta. Aidan se impacientó. Brianna no era la típica chica que se perdía el principio de una clase. Y, sin embargo, en los siguientes minutos nadie regresó.

«Ha pasado algo», fue su único pensamiento. No había otra forma de comprender su ausencia.

—Parece ser que alguien está haciendo novillos —se burló Olivia, lo suficientemente alto para que él lo escuchase.

Aidan esperó un poco más, solo por si acaso. Hasta que vio que Brianna no tenía intención de volver y eso le hizo levantarse de golpe, haciendo chirriar la silla y provocando que todos los presentes lo mirarán, incluso Virginia, que ya lo observaba desde hacía mucho antes. La profesora le atizó con la mirada, confundida.

—Señor, Grivaldi —dijo ella.

Pero él cruzó la clase sin decir absolutamente nada y se marchó por la puerta dejando a todos desconcertados. Fue directo a los servicios femeninos, donde inspeccionó cada cubículo, uno por uno.

—¿Brianna? —la llamó.

Regresó al pasillo y echó a andar precipitadamente, casi guiado por una sensación para nada placentera que le decía una y otra vez que algo estaba mal. Lo respiraba en el aire, lo percibía en la cargada atmósfera y lo vio en medio del rellano.

Había depositada en el suelo, como un objeto preciado y perdido, una pluma azabache. Aidan la sostuvo entre sus dedos, y la levantó encajándola en el hueco que formaban sus ojos. Era larga, suave, pero al mismo tiempo áspera. ¿Un demonio? No, la raíz era blanca grisácea, no podía ser un demonio. Además, no olía a azufre, sino más bien era un olor cítrico y fuerte. Pero, sobre todo, extremadamente familiar. Trató de repasar todos sus recuerdos en busca de una coincidencia. Unas alas iguales o casi tan esbeltas como las suyas, solo que eclipsadas por una gama de grises, pardos y negros. Que además olían a jugo de limón, amargas, pero no perversas. O quizás… Sí había algo de perversidad en ellas, pues habían tomado a Brianna, su última flecha.

El porqué estaba claro, es más, había estado esperando que regresase en busca de venganza, tomando lo más importante para él: su salvación.

—Siento decirte esto, pero encuentro en ti poca… belleza —oyó que le susurraba una voz hipnótica en el interior de su cabeza—. Siempre quise saber cómo sería mi última —continuó hablando—. Si estaría a la altura de todas las demás, si sería la más difícil, la más astuta, la más incorruptible. Y tú…, tú eres una chiquilla cualquiera. Y sin embargo él está tardando contigo.

¿Por qué? —se decía a sí mismo—. ¿Qué tendrás de especial? Quizás sí seas una roca pesada de mover, después de todo eres la última.

Brie sintió unas manos grandes y rígidas que se apropiaban de su mandíbula y la dirigían de un lado a otro.

—No, sigo sin ver nada bello en ti. No debe de ser ese tu fuerte, querida.

Después comenzó a acariciarla y ella sintió escalofríos.

—Calma.

—¿Qui… quién eres? —consiguió decir—. ¿Qué me has hecho? ¿Por qué no puedo ver?

—Porque solo puedes odiarme si no me ves.

—¿Qui… quieres dinero? Mis padres te darán dinero, tienen mucho, te darán lo que pidas.

—Lo que quiero no se puede comprar.

—¿Me quieres a mí? ¿Vas a…?

—Por suerte para ti, no me atraes lo suficiente para eso.

—¿Vas a matarme?

—Voy a hacerle sufrir. Y tú me vas a ayudar.

—¿A quién?

—Eros.

—¿Quién?

—Chist —Puso sus dedos contra sus labios y ella llegó a oler la mezcla de su sudor y la esencia de un jabón de limón—. Deja de hablar.

Brie contuvo el aliento, sentía una fuerte repulsión, sin contar con un burbujeante temor que recorría cada músculo de su cuerpo hacia esa persona que aparentemente la había secuestrado y a la que no podía ver. ¿Acaso estaba encerrada en una habitación a oscuras o se había quedado ciega?

—¿Puedo ver?

—Todavía no.

—¿Por qué no puedo moverme?

—Porque yo no quiero que lo hagas.

—¿Me has atado?

—No exactamente.

—¿Quién eres?

—Soy el antónimo de él.

—¿De quién?

—Ya te lo he dicho.

—De…

Pero entonces él la hizo callar con un beso que se apropió de su boca y por el que dejó pasar su lengua como una serpiente profanando una tierra santa y poco habitada. Brie sintió ganas de deshacerse de ese nudo de saliva del todo vomitivo, pero no la dejó. Al no poder moverse, se vio incapaz de luchar contra aquello y simplemente trató de pensar que pronto acabaría. Y así fue: él, al poco tiempo, la liberó de ese aprisionamiento.

—Espero que no lo hayas disfrutado —susurró su boca todavía húmeda contra su oído y ella se encogió de aversión.

—Estás… enfermo.

—Se podría decir así, querida. Pero ya tengo lo que quería.

—¿Y qué querías?

—Tu odio.

—De verdad que estás enfermo. Es cómo un fetiche para ti, ¿verdad?

—En realidad es como una maldición, de la que solo puedo escapar repitiéndolo una y otra vez hasta llegar a la última.

—Eso de la última que no dejas de repetir, ¿qué significa?

—Significa abandonar tu vida maldita. Interesante, ¿no crees?

—¿Yo… soy la última?

—La mía no.

—Así que vas a secuestrar a más chicas y las torturarás hasta que llegues a la última.

—Digamos que no vas muy desencaminada.

Pero Brie escuchó entonces los sonidos del bosque, *su* bosque. Y eso la tranquilizó, era una sensación cercana, aunque al mismo tiempo significaba que podía estar en cualquier parte del valle, en lo más recóndito de este, donde nadie la encontraría.

—Si no quieres dinero, ¿qué quieres?

—No me hagas repetirte las cosas, Brianna.

—Sabes mi nombre.

—Sé muchas cosas.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Vengarme.

—¿De quién? ¡Déjame ver!

—No te gustará.

Ella sabía que tenía razón. Pero solo quería saber a qué tipo de psicópata se estaba enfrentando. Casi le causaba más miedo el no poder verle que el estar *protegida* de cualquier visión que pudiese traumatizarla.

—Quiero verte.

—¿Quieres ver la realidad, Brianna? Bien, yo te la enseñaré.

Sintió como si una mano retirase un velo invisible de su rostro devolviendo a su mirada la luz. Al principio solo distinguió manchas borrosas, negras, verdes, blancas del cielo. Después la imagen se fue aclarando y reconoció las copas de los pinos, hasta que se definió una figura frente a ella. Un muchacho de pelo laceo y castaño que enmarcaba su fino rostro, con unas cejas igual de marrones solo que oscuras y penetrantes, y que además presidían el rescoldo de dos ojos del color de la tierra mojada. Pero no fue la aparente belleza de él lo que la cautivó, sino eso que sobresalía de su espalda en un abanico de tonalidades pardas y negras, casi rojizas.

—Eso son… ¿alas?

Soltó un silbido que rasgó el aire. Al poco aparecieron dos objetos flotando; un carcaj de flechas de cuero rojo y un arco fundido en plata. Brie apenas los percibió pues miraba hipnotizada aquel par de alas que se movían al unísono de una respiración. «No puede ser, debo de estar soñando», se decía. Sin embargo, seguía observando la curvatura de cada pluma ordenada en una perfecta sinfonía tras la espalda de aquel muchacho.

—¿Te gustan? —le preguntó él sonriente—. Vinieron con la condena. Un bonito regalo por las molestias añadidas.

Brie fue incapaz de responder, ni siquiera de parpadear.

Él extendió los brazos y al segundo tuvo en ambas manos los dos objetos. Sacó del carcaj una

flecha también de plata, con unas plumas moteadas que la remataban en uno de sus extremos. A pesar de que parecía que estaba atardeciendo, pues el cielo comenzó a ruborizarse de tonos anaranjados, el mástil y todas las partes de la flecha brillaron despertando fascinación y algo de temor dentro de ella. Él tomó la punta con sus dedos y se la llevó a la lengua, entonces apareció un destelló plateado transcurriendo desde su interior al mortífero instrumento.

—Eso es… asqueroso —añadió ella arrugando la nariz.

Él sonrió.

—¿Qué eres? —preguntó.

Él la miró otra vez, todavía sonriendo.

—Pensé que ya habíamos zanjado esa conversación.

—¿Eres un ángel?

—¿Tengo pinta de ángel? —se burló mientras jugueteaba a voltear la flecha por sus dedos sin pincharse.

—¿Un demonio?

—Solo por dentro, querida.

—¿Vas a matarme con eso?

—Nadie va a matar a nadie. Esto… es solo un regalo para tu querido amigo.

—¿Qué amigo?

—Ese que últimamente te acecha.

Ella no respondió.

—Alto, luminoso, muy rubio, tentadoramente irresistible. Sabes de quien estoy hablando.

—¿Qué tiene que ver Aidan en todo esto? ¿Eres amigo suyo?

—No exactamente.

—¿Y quieres hacerle daño?

—Quiero que sufra.

—Entonces, sí quieres herirle. Pero yo no puedo ayudarte, apenas le conozco, no soy importante para él… Deberías dejarme ir, esto es una equivocación.

Él comenzó a reírse en alto y ella lo miró con toda una mezcla de emociones que iban desde la tristeza hasta el miedo.

—Por favor —pidió en un murmullo ahogado.

—Chist —la mandó callar—, ya queda poco, Brianna, después ya no te necesitaré más.

—¿Necesitarme para qué?

No respondió.

—Dime al menos tu nombre.

—Athos. Aunque soy conocido en los tres mundos como Anteros.

—¿Anteros?

—¿Te suena?

—No.

—Lo suponía, a pocos le suena —sostuvo este, algo decepcionado—. Conocen más a tu querido Aidan, lamentablemente.

—¿Por qué?

—Es más famoso en estos días, se lleva todo el protagonismo.

—Realmente te has creado toda una película en tu cabeza.

—Y tú, querida, no sabes nada del mundo, solo conoces una ínfima parte de él, que además resulta ser también una mentira.

—¿Y tú sí conoces el mundo?

—Conozco los dos mundos, y hasta hace poco luchaba acérrimamente por el tercero, ahora ya solo me queda la resignación.

—¿Qué hay en ese tercer mundo?

—La salvación, pequeña ignorante, la salvación eterna.

—¿El… cielo?

—Por fin empezamos a entendernos.

Athos le dio un capirotazo en la frente y ella estrujó los ojos en un acto reflejo.

—El cielo no existe —expresó ella.

—¿Ah, no? —Rio él—. Si tú tienes razón querrá decir que llevó cuatrocientos años desperdiciados y que mis jefes se han estado burlando de mí.

«Está loco de remate», se dijo a sí misma.

—Eso que dijiste antes, lo de que soy la última, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que eres la llave final para abrir las puertas del cielo. Pero no la mía, no. La de él.

—Eso no tiene ningún sentido. Yo no soy nadie.

—Precisamente eso es lo irónico de la situación, que sí eres alguien, Brianna.

—Pero…

—Chist.

Esta vez él le puso una de sus grandes manos en la boca y ella contuvo la respiración. Athos miró a su alrededor y agudizó su oído.

—Ya viene.

Le retiró la mano y la volvió a besar, esta vez fue feroz y fugaz, robándole cualquier posibilidad de hablar. Después se ocultó entre los árboles y allí esperó, sonriente desde la penumbra con su arco y flecha preparados para dar en el blanco.

Brie por el contrario permaneció casi inconsciente tirada contra un árbol con las piernas entre sus raíces y la cabeza dándole vueltas. Parecía como si las ramas que se levantaban encima de ella se doblasen y amenazasen con caer aplastando su cuerpo. Así como el cielo daba la impresión de convertirse en una nube de humo rojo que se disipaba por momentos, creando hondas infinitas. «¿Qué me está pasando? ¿Es un sueño o me ha drogado? Ojalá sea un sueño».

Al mismo tiempo, alguien pensaba, escondido entre las sombras y consumido de impotencia: «Vamos, aparece. Te estoy esperando. Eros».

—Brianna —escuchó su voz muy lejanamente, le resultó tan familiar que por un momento la asoció a aquella que la había rescatado de la muerte una vez.

—Eres tú.

Abrió los ojos. Esta vez el resplandor fue mayor que cualquier otro, más incluso que el de la fecha de Athos. Un haz de luz se abrió paso entre las copas de los árboles eclipsando al cielo. Pronto se definieron el contorno de un par de alas blancas como la sal, cuyo brillo nada tenía que envidiar a las constelaciones en una noche de verano. Cuya belleza superaba los límites de la naturaleza convirtiéndolas en una combinación casi imposible de contemplar.

Partieron el aire y descendieron con una elegancia inusitada hasta la tierra donde continuaron batiéndose, como si tuviesen vida propia y fueran capaces de respirar. Enseguida se calmaron del todo y parecieron replegarse lo suficiente para poder atisbar el contorno de la figura que las albergaba.

—Brianna.

—¿Quién eres?

Unas manos se extendieron para levantarla del suelo. Y todo su cuerpo se elevó quedando en suspensión, solamente su brazo inerte se balanceó dejando que sus dedos apenas rozasen la hierba mojada.

—No temas, estoy aquí.

—Otra vez tú. ¿Te conozco?

—Solo en tus sueños.

—¿Esto es un sueño?

—Lo es, cierra los ojos.

—Pero quiero verte.

—Ya me has visto.

—Eres… ¿Eros? ¿Ese es tu nombre?

La voz guardó silencio.

—¿Quieres que lo sea?

—No lo sé, solo quiero saber quién eres. Él dice…

—¿Quién?

—Dice que soy la última —murmuró adormilada.

Una flecha cruzó el aire desde algún punto ciego en dirección a él. Pero este fue más rápido y la paró tomándola por el mástil justo a unos centímetros de su piel, lo que hizo que el cuerpo de ella fuese a parar contra la hierba.

—Anteros —susurró tirando la flecha con rabia.

Volvió a coger a Brie y la dejó recostada contra un árbol diciendo:

—Ahora vuelvo.

Lo siguiente que se escuchó fue el impactante sonido de dos cuerpos chocando el uno contra el otro. Ella se asustó. Aunque le pesaban los párpados, consiguió ir abriendo estos poco a poco hasta lograr vislumbrar la escaramuza que entonces se lidiaba en el claro. El otro muchacho de colores terrosos había salido de entre la penumbra y ahora blandía sus alas ferozmente contra las blancas e impolutas de… de Él.

—¡Cuidado! —gritó ella.

Pero ninguno la escuchó. Parecían absortos en su propia batalla, como si no fuese la primera que disputaban.

«Qué sueño tan extraño», se decía mientras parpadeaba una y otra vez sin querer perderse ni un detalle.

En poco tiempo, ambos seres alados se alzaron sobre el aire traspasando el duelo a las alturas. Iban de un lado al otro, como enzarzados en el baile de la vida y la muerte. Athos golpeó a Eros contra las ramas de los árboles haciéndolas crujir. Brie quiso gritar, pero apenas salió un sonido ahogado de entre sus labios.

Cayeron un puñado de plumas blancas derramándose por el claro como migas de pan. Una de ellas se balanceó suavemente hasta recostarse sobre la tierra a menos de un metro de ella.

Brie la reconoció entonces como un objeto preciado que necesitaba preservar. Trató de alzar el brazo, pero este estaba inmovilizado, pudiendo solo flexionar el extremo de sus dedos. Después intentó mover sus hombros y estos respondieron en un suave titubeo. Continuó esforzándose hasta que pudo mover su cadera y el resto del tronco. Fue solo cuestión de tiempo que consiguiese arrastrarse cual oruga sorteando las gruesas raíces del árbol que la rodeaban. Finalmente, se encontró a un centímetro de la pluma, suave, blanca, pura y de *él*. Cerró los ojos

aspirando su dulce aroma y pensó: «Así debe de oler el cielo».

Y se quedó dormida.

Episodio XII

—Hubers —gritó el hombrecillo a uno de sus esbirros.

Un demonio grande y fornido salió de entre las sombras de una cortina. Tenía unos rasgos aterradores, pero nadie parecía temerlo, a excepción de Nastagio, que lo observó con la boca abierta.

—Conduce al señorito a la sala del contrato —ordenó con un gesto con la mano.

Hubers gruñó en respuesta y, cogiendo del brazo a Nastagio, lo condujo dentro del negocio. En su interior no había más que otros seres, bebiendo, jugando o durmiendo, que ni se molestaron con su presencia. Una mujer de piel azul brillante se atrevió a tocar a Nastagio sensualmente por el cuello y Hubers le gruñó para que se apartase. Ella reaccionó en una carcajada de la que salieron sapos y culebras, a lo que Nastagio respondió con una arcada.

«No quiero ni imaginar cómo será el infierno», pensó.

Finalmente, después de pasar por salas llenas de desenfreno, música y lujuria, terminaron por entrar en un cuarto con forma circular.

—Espera a tu turno —dijo la grave e inquietante voz de Hubers, después se marchó.

Un hombre alto y delgado con los cuernos mutilados le atendió, pidiéndole el nombre y fecha de nacimiento y muerte aproximadas. Después se le tendió un contrato y una pluma. Leyó la hoja de papel y comprendió que se le concedían solo cuatro días, después de lo cual tendría que regresar.

—No tiene tinta —dijo Nastagio al ver que estaba completamente seca.

—Es con tu sangre, córtate en la palma de la mano.

Utilizó la puntiaguda pluma para realizarse un pequeño corte en la piel translúcida, de ella salió una sangre igual de transparente y difusa, de color gris. No sintió ningún dolor.

—Firma —dijo el hombre.

Dudó.

¿Estaba haciendo lo correcto?

—Espera, ¿cómo he de regresar?

El hombre le tendió una cadena de oro que portaba una llave oxidada con el puño en forma de triángulo.

—Antes del alba del cuarto día abrirás una puerta con la llave y esta te conducirá aquí.

—¿Qué puerta?

—Cualquiera que encuentres.

—¿Y después?

—Después pagas tu deuda.

Como su sangre continuaba derramándose gota por gota, tomó de nuevo la pluma y la mojó en su herida, sin sentir todavía ninguna molestia. Firmó el contrato con su distinguida y

ceremoniosa firma y, al terminar, esta brilló dando por concluido el pacto.

—Está hecho. Guarda la llave.

Nastagio se la colgó al cuello y después observó cómo en el centro de la sala parecía haber un agujero enorme completamente negro. La mujer que había estado esperando delante de él estaba allí con la mirada puesta al vacío. Se escuchó un chasquido de manos en la sala y la mujer se inclinó hasta caer. Nastagio estuvo a punto de gritar, pero guardó la calma, apoyado en una de las columnas.

—Es tu turno —dijo el hombre invitándole a pasar al centro de la sala, después se marchó a la entrada para atender al siguiente errante.

Nastagio se acercó con paso vacilante, pero guardando distancia con el agujero.

—Mássss cerca —le invitó una voz silenciosa en la oscuridad.

Dio un paso al frente y se asomó cómo queriendo reconocer algo dentro de aquella negritud. Pasó casi diez segundos en tensión hasta que escuchó el chasquido. Quiso retractarse, pero ya era demasiado tarde. Algo lo empujó a la caída y la penumbra lo engulló. Sin embargo, no sintió que caía, sino más bien como si volase en la inmensidad de la nada. Poco después comenzó a escuchar campanas, pero no cualesquiera, no, estas las podía reconocer entre miles. Sonaban más y más fuertes, en una combinación poco inusual, aquella que mantenía a toda la ciudad de luto.

El cielo se esclareció a su alrededor. Volvió a ver el sol y las nubes blancas. Contempló las casas amarillas, las tejas de ladrillo, los mármoles de la catedral, sus esculturas y sus contornos. Reconoció las brillantes y doradas puertas del baptisterio expuestas a los habitantes. Admiró una vez más la curvatura inmensa de la cúpula de Florencia y se deleitó con las bandadas de pájaros que correteaban en círculos en la lejanía.

«He vuelto», se dijo feliz. «Estoy aquí de nuevo».

El sonido de un llanto le despertó y oscureció toda sensación de paz que hubiese podido sentir. Estaba entrando en la *piazza del Duomo* una procesión fúnebre, encabezada por un niño que blandía el escudo de los Grivaldi. Una masa de personas vestidas de negro la conformaba. Entre ellas, su querida y complaciente madre, lloraba desconsolada entre un grupo de mujeres, donde también se encontraba su hermana, tías y primas. Por el contrario, su padre mantenía el gesto imperturbable, pero al mismo tiempo descompuesto, rodeado de amigos y familiares, casi como si hubiese visto algo horrible ante sus ojos y ya no los pudiese volver a cerrar. Y Piero, su amado y queridísimo Piero, derramaba lágrimas silenciosas a lo largo de su grasienta y redonda piel. Tenía su gorro rojo, aquel que Nastagio le había regalado, entre las manos, aferrándolo con determinación. Girondino también estaba, no lejos de él, junto al resto del servicio de su casa. Reconoció a su tutor Ambrosio, de Latín y Literatura, a sus mejores amigos en sus años de universidad en Bolonia, a sus compañeros de la Academia Platónica Florentina, a algún que otro líder político de la República presentando sus respetos, como el hermano pequeño de los Médici con el que había hablado alguna que otra vez durante las fiestas de la ciudad. Nadie se había perdido aquella ceremonia, ni siquiera *ella*.

Las campanas fúnebres continuaron sonando, pero dentro de él se hizo el silencio. De entre los últimos asistentes, Giovanna, ya no de los Rimini, sino de los Ferruci, caminaba del brazo de su esposo, al lado de sus padres. Sintió como si hubiese pasado una vida desde la última vez que la vio, la tarde antes de morir. Su rostro no denotaba ningún tipo de sentimiento ni expresión, simplemente una dejadez silenciosa e inamovible.

Nastagio no pudo evitarlo y se acercó a ella, casi como queriendo… ¿tocarla? Su mano se desvaneció en el color de sus ropajes y se maldijo por pretender capturar la nada.

Decidió seguirles a ella y a su ridículo esposo al interior de la catedral, donde resonaban llantos y gemidos, con el débil tañer de las campanas de fondo. Inmerso en la magnitud del edificio, sus ojos se centraron en el altar, donde se exhibía su cuerpo, todavía demacrado por la brutalidad de su muerte, y embellecido de flores silvestres. Giovanna, al verlo, soltó un quejido casi sordo, quizás de sorpresa o quizás de dolor, pero fue suficiente para que él volviese a observarla de nuevo. Después bajó la mirada y, con su mano izquierda, se aferró con ímpetu la manga de su vestido negro. Él la vio y se situó a su lado, como si se tratase de una presencia invisible pero tranquilizadora.

—Giovanna —la llamó su esposo, Arnoldo, en un murmuro.

Ella hizo un esfuerzo por mirarlo.

—¿Es cierto lo que dicen tus padres de que fue tu primer prometido?

Giovanna se limitó a asentir. Solo un translúcido Nastagio observó cómo apretaba con más fuerza su vestido, como intentando controlar sus emociones. La ceremonia continuó interrumpidamente: se cantó, se realizaron las oraciones y se guardó silencio en honor a su muerte. Pero poco le importaba todo aquello a Nastagio, solo se sentía un espectador al que nadie podía ver, reconocer u oír. No era nada. No podía consolar a ninguno de los presentes porque ya no existía, era simplemente un reflejo atrapado en el mundo de los vivos. Ni siquiera podía tocarla a ella, evitar que siguiese agarrando aquella tela negra.

«Giovanna», la llamó en una voz insonora. «Perdóname». «Lo siento, madre, también a ti. Siempre tomé decisiones egoístas. Perdona, Piero, por dejarte solo, fuiste como un hermano pequeño para mí. Padre, te odié, pero también te quise, siento no haber complacido tus deseos e ilusiones que impusiste en mí». Volvió a mirarla a ella. «Y a ti, Giovanna». La escudriñó detenidamente. «Nunca debí rehusar a quien no conocía de verdad».

De pronto, ella levantó la mirada, casi como si le hubiese escuchado. Miró a su alrededor desconcertada. Nastagio frunció el ceño. «¿Me has escuchado? Mi amor, ¿oyes mi voz?». Ella siguió mirando a su alrededor, entre pestañeo y pestañeo. «Estoy aquí, justo a tu lado».

—Vámonos a casa —decretó el esposo, tirando de su brazo, mientras todos los demás presentes salían de la catedral al darse por terminada la ceremonia.

Ella se dejó llevar, pero con el cuello ligeramente apoyado sobre su hombro para mirar tras de sí.

Nastagio la siguió sin perderla de vista, incluso cuando el matrimonio se subió al coche de caballos, él continuó detrás de ellos hasta alcanzar su casa, que se encontraba en el linde de la muralla de la ciudad. Al principio se quedó frente a la puerta, sin atreverse a ir más allá. Una desazonada sensación lo recorría. Todo podía haber sido suyo. Un hogar, una esposa, una familia. Y ahora no tenía nada.

Entonces vio la entrada del servicio, allí donde una de las criadas golpeaba la puerta para que le abriesen. Cuando entró, Nastagio aprovechó para penetrar en la residencia de los Ferruci. Dentro, nada llamó su especial atención, pues parecía una casa señorial más de la ciudad. Con buenos muebles y tejidos, ventanas amplias, retratos de familia, alguna que otra escultura, libros en estanterías, flores para endulzar el olor de las estancias… Pero fue un retrato en particular de todos los que vio el que le dejó sin aliento. Era aquel que la retrataba a ella, colgado en medio de una sala de estar. Seguramente un regalo de bodas por parte de Arnoldo. Nastagio lo observó complacido, como quien observa el sol del atardecer ocultarse tras las colinas. «Ninguna pintura podría hacer honor a tu verdadero espíritu».

Escuchó voces y, como nadie podía verle, las buscó.

—Dile a Bernarda que prepare la cena —escuchó la voz de Arnoldo Ferruci.

—Sí, señor —respondió la criada y se marchó.

—No tengo hambre —dijo Giovanna—. No me encuentro bien, me iré a la habitación.

—Ve a descansar, entonces.

Justo salió de la estancia cuando Nastagio pretendía entrar y entonces Giovanna cruzó todo su cuerpo translúcido en menos de dos segundos. Se paró en seco, con el corazón bombeando fuertemente en su pecho. Se dio la vuelta, pero no vio nada tras ella, aunque en realidad él estaba ahí, observándola como ser incorpóreo.

«Me has sentido», pensó él.

Giovanna se marchó a sus aposentos, todavía turbada. Nastagio fue tras ella y la acompañó dentro de la estancia donde la vio sentarse sobre el lecho, todavía envuelta en sus ropajes de luto. Las ventanas estaban abiertas, dejando que una pequeña brisa primaveral se colase por el balcón acariciándole la cara y el cabello bellamente recogido. Giovanna se desquitó de aquel broche que le oprimía la cabeza, dejando escapar un par de mechones rizados sobre su rostro. Posó su mirada ausente sobre los tejados anaranjados que se podían observar a lo lejos, pues era allí donde se podía gozar de una las vistas privilegiadas de la casa.

Él la observó con toda la calma del mundo, sin querer perderse ninguno de sus gestos. Por primera vez, podía disfrutar de su presencia todo el tiempo que quisiese y aquello lo complacía infinitamente.

El labio de Giovanna tembló y luchó por mantenerlo quieto, entre los límites que separaban la pasión de la sensatez. Sin embargo, ya no era lo suficientemente fuerte. Se llevó la manga del vestido a la boca, en un intento de gritar sin ser escuchada. Comenzó a llorar, lágrima tras lágrima, sin que nadie, a excepción de Nastagio, lo advirtiese.

Él, que no podía soportar aquella escena, tomó asiento a su lado y, con su mano vidriosa, se atrevió a acariciar sus pequeños bucles rizados. Ella no sintió nada, tampoco él. Pero al menos sirvió para tranquilizar la agitación de su alma. Después repasó el resto de sus cabellos y estos terminaron deshaciéndose del peinado y cayendo por toda su espalda. Él siguió repasándolos, punta por punta, mientras Giovanna se abandonaba a un yanto mudo y descompuesto.

«Si supieras que estoy aquí…, a tu lado».

Nastagio dejó caer muy lentamente su cabeza en el hueco de su hombro, sin poder tocarlo ni sentirlo. Entonces, ella se calmó y dejó de llorar.

Capítulo 15

Su almohada debía de estar realmente aboyada de lo que le pesaba la cabeza. La movió de un lado a otro como intentando buscar una posición más cómoda con la que pudiese seguir durmiendo. Sin embargo, cualquier postura le incomodaba, como si su cama fuese una combinación de cemento y vigas de acero. Terminó abriendo los ojos en contra de su voluntad y se topó con la luz del día que atravesaba su ventana. Ni siquiera había corrido las persianas. Se llevó las manos a la frente y la frotó con fuerza tratando de aliviar aquella espantosa jaqueca.

Había tenido un sueño horrible, lleno de personajes fantásticos y situaciones absurdas. De esos que te dan una mala noche y te dejan mal sabor de boca durante todo el día que te queda por delante.

Brie, todavía desorientada, palpó su mesilla de noche hasta alcanzar el reloj digital. Lo hundió en la colcha y sus ojos enfocaron los números en rojo. Era muy temprano, debía seguir durmiendo, después de todo era… ¿jueves? Jueves.

¡Jueves!

Pegó un brinco de la cama y todo su cuerpo crujió. Le dolían brazos, piernas, cadera, incluso músculos que no sabía que podían doler. Pero, ante todo, ganó la presión de su cabeza, que la volvió a tumbar en la cama.

«No voy a clase», se dijo, pero al segundo rectificó: «Mierda. Tienes que ir, Brianna, no deberías perder ni una clase más».

Volvió a intentarlo y esta vez consiguió sostenerse en pie hasta llegar al lavabo donde se refrescó la cara y se miró al espejo. Llevaba puesto el uniforme. Debía de estar muy cansada la noche anterior para ni siquiera haberse puesto el pijama. Porque… ¿qué había pasado exactamente? En su mente solo encontró una gran laguna en blanco.

Se miró de nuevo y descubrió un chichón en la parte derecha de su cabeza. Quizás ese golpe explicara su horrible migraña. Se peinó superficialmente y se lavó los dientes. Quiso darse una ducha, pero al comprobar de nuevo la hora advirtió que no tenía más que dos minutos para recoger sus cosas y picar algo de la cocina. Y así hizo, se llevó un bollo de chocolate relleno y salió pitando de casa. Desde que no tenía bicicleta no podía darse el lujo de ir con el tiempo justo.

Afuera hacía el frío usual de siempre, que la obligó a abrocharse el abrigo mientras se dirigía a la cancela de su jardín, con el bollo prensado entre los labios. Se enroscó dos veces la bufanda al cuello y aligeró el paso, con cuidado de no escurrirse con algunas de las mortíferas hojas mojadas. Y, aunque intentó concentrarse en el paisaje para despertarse de aquel estado de ensoñamiento y confusión continuos, se perdió en lo más profundo de su subconsciente, plagado de preguntas sin respuesta.

—¿Ni un «buenos días»?

La voz de Aidan la despertó. En el rostro de Brie se manifestó una mueca que se debatía entre la vergüenza y el desconcierto. Se dio la vuelta para ver cómo había pasado por delante de él sin advertir su presencia.

—Llegas tarde —dijo él—. ¿Todo bien?

—Eh, sí —contestó automáticamente.

Aidan se situó a su lado derecho como siempre solía hacer, mientras andaban hacia la escuela.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo una mala pesadilla.

—Pero ¿estás bien?

Brie tragó un nudo en la garganta.

—Sí, es solo que… todo está blanco en mi cabeza.

—Eso es porque ayer…, bueno, tuviste un accidente —añadió él rascándose la nuca.

—¿Qué?

—Te golpease en la cabeza. Te encontré en los baños de chicas.

—Ah, eso explica el golpe —dijo ella, encontrándole algo más de sentido a lo sucedido.

—Casi llaman a una ambulancia, pero la enfermera consiguió que recuperases la conciencia y te envió a casa.

—Entiendo. ¿Alguien más lo vio?

—No, nadie más que yo estuvo presente. No debes preocuparte, ellos no saben nada.

—Menos mal —suspiró de alivio—, habría sido bochornoso.

—Deberías haberte quedado en casa descansado. Yo te habría pasado los apuntes.

—Estoy bien, además, hoy darán las pautas para el trabajo de laboratorio, tengo que apuntar todo.

—Como quieras, pero será mejor que dejemos la esgrima hasta que te recuperes.

—¡Estoy bien! —recalcó ella alzando la voz.

—No, no lo estás. —La paró en seco, clavó sus ojos en los suyos y Brie tuvo que apartar la mirada—. Pasado mañana seguiremos.

Tras aquella aclaración, continuaron caminando, ahora sorteando un incómodo silencio.

—¿Y qué es lo que has soñado?

—Algo… muy raro —confesó.

—¿Estaba yo?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces quién?

—Un chico realmente repulsivo y psicopático.

—¿Solo él?

—Y otra persona, creo… —rio con incredulidad— creo que era mi ángel de la guarda.

Aidan sonrió en su interior ante aquello, complaciéndose por aquel apelativo.

—¿Y cómo era?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio de la Oficina General de Sueños?

Aidan puso los ojos en blanco.

—Solo quiero saber qué te ha puesto de tan mal humor esta mañana.

—Tú. Tú me estás poniendo de mal humor ahora mismo.

—*Mi dispiace.*

—¿Cómo?

—Es italiano —aclaró él.

—Sí, ya lo sé, estudié un año por mi cuenta y al final acabé pasándome al francés.

—Vaya…, supongo que algo aprenderías.

—¿Eres italiano? —preguntó ella sin tapujos—. Es lo que se escucha en la escuela.

—Así que cambiamos de papel, ahora seré yo el interrogado.

—Es solo que tu apellido…

—Sí, soy italiano.

—¿De qué parte? ¿Roma? ¿Milán?

—Entre ambas. Florencia.

—¿Florencia?

—Sí, nací allí, pero de eso ya hace mucho tiempo, he vivido la mayor parte de mi vida en el extranjero.

—Ya —murmuró ella asimilando esa brizna de información.

—¿Y tú? ¿Naciste en New Hampshire?

—En Washington D. C. Vivimos allí tres años hasta que nos mudamos a Deerwoods.

—Muy americana, nacida en su capital —comentó él.

—Sí, bueno, y tú muy renacentista, nacido en la cuna del Renacimiento.

—¿Has estado? —preguntó él con curiosidad.

—No he tenido la oportunidad, pero sí llegué a visitar Roma una vez con doce años, porque mi padre tenía un viaje de negocios largo y decidió que pasásemos allí nuestras vacaciones.

—Así que has cruzado el charco.

—Más de una vez —remarcó.

—¿Y cuál es tu ciudad favorita? —quiso saber él.

—No lo sé, supongo que aquella donde pueda ser feliz, muy lejos de aquí.

—Aquí no eres feliz, ¿verdad? ¿Acaso no te gusta cada árbol, hoja y camino de este bosque?

—Una cosa es el cariño que le tenga por mi infancia y otra que no me sienta… fuera de lugar.

—Demasiado única para un sitio tan común, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Deerwoods no es común —esclareció ella—, es especial. Sin embargo, es la gente quien lo empobrece, quien lo convierte en un lugar donde todo gira en torno a la imagen que des de ti mismo al mundo.

—Sí, pero… ¿no estás describiendo la sociedad misma? Si lo que quieres es ser feliz lejos de la gente prejuiciosa, tendrás que huir a una isla desierta, y no creo que esa sea la solución, Brianna. La huida es solo una cortina, los problemas siguen estando al otro lado.

—¿Crees que no lo sé? La vida me ha demostrado que puede ser injusta. Que, aun teniendo una casa llena de comodidades y otros lujos, no tengo absolutamente nada de lo que me gustaría en verdad tener. Que debo caminar hacia delante, cargando con esa tristeza, ese vacío dentro de mí que me consume por dentro, esa cruz de la que me has hablado. Que puede que algún día, si tengo suerte, me despierte con verdaderas ganas de vivir. Con ganas de estar en mi casa sin temer escuchar los gritos y discusiones de mis padres, ni tener que llenar yo sola las carencias de mi hermana o escuchar las nuevas distracciones absurdas de mi madre. Además, no quiero volver a preguntarme como una absoluta idiota por qué mi padre nunca está cuando le necesito. —Se tomó una pausa para pensar y al final confesó—: Lo cierto es que tengo la esperanza de que, al salir de Osborne, la universidad no me decepcionará como sí lo ha hecho el instituto. Y que, por fin, por fin me mirarán a los ojos cuando me hablen. —Sus miradas entraron en contacto por un segundo, después ella la retiró—. Finalmente, si no es mucho pedir, me gustaría, y sé que roza la

utopía, despertar un día en un mundo donde no se me juzgue a cada segundo, lo que hago y dejo de hacer, lo que me pongo o lo que digo. Un mundo donde simplemente pudiese ser yo y que con eso bastase.

Él no dijo nada ante aquello, no todavía. Solo se oyeron sus pisadas en la grava del camino. Una y otra, rascando la arena, dejando la huella de sus carísimos zapatos sobre las hojas caducas.

Brie tuvo el tiempo justo para repetir sus palabras en el silencio de su mente. Y sin poder evitarlo, se arrepintió por lo que le había dicho. Había salido tan disparatado de su boca, de manera atropellada, como si la voz de su conciencia tuviese vida propia. Por aquel breve lapso, todo lo que pensaba y se había callado durante mucho tiempo había sido revelado. A él.

—Tú ya tienes ganas de vivir desde hace mucho, Brianna.

—¿Qué quieres decir?

—Eso que acabas de decir —respondió él— es toda una confesión de voluntad de vivir.

Se detuvieron por un segundo, dedicándole una intensa mirada, que esta vez ella sí sostuvo, aunque la abrumase terriblemente.

—Y si estuvieses menos ciega —continuó—, te darías cuenta de que hay alguien frente a ti que quiere conocer a la verdadera y auténtica Brianna Laidhart. Esa que se esconde en tu interior.

—¿Por qué yo, Aidan? —preguntó, queriendo una vez más comprender qué hacía aquel muchacho tan popular y agraciado hablando con ella una mañana de camino a la escuela—. ¿Por qué sigues insistiendo en conocerme a mí? ¿Qué valgo yo?

—La pregunta no es por qué te quiero conocer, sino por qué no puedes ser tú a quién quiero conocer.

—Porque no es lo correcto. La gente como tú no habla con la gente como yo. No son amigos, ni van juntos a la escuela, ni comparten los descansos.

—Porque no sea lo socialmente *correcto* no quiere decir que esté mal. Ya lo has visto, has visto que no me importa ni lo más mínimo lo que ellos piensen. —Señaló con la cabeza en dirección a Osborne—. Y con el tiempo, si lo trabajas, a ti tampoco te importará.

—¿Lo crees?

Él asintió, transmitiendo una confianza plena en sus palabras.

—Creí que no me importaba —confesó ella—. Me autoconvencí con los años, pero, en realidad…, todo lo que dicen o hacen tiene efecto en mí —apretó los dientes—, y no quiero concederles ni una sola cosa más.

—Bien —concordó él—. Ese es un gran paso hacia adelante.

Guardaron silencio lo que les quedaba de trayecto. Brie, por un segundo, se había olvidado de la jaqueca y de los extraños acontecimientos del día pasado. Ahora en su mente divagaba la conversación que acababa de mantener. Entonces, justo antes de llegar, le preguntó algo que siempre había querido saber:

—¿Crees que este dolor que siento se pasará?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el dolor es solo el principio del camino para llegar a la felicidad.

Hicieron algunas burlas sobre su chichón, pero ella ni se inmutó, es más, tenía la cabeza demasiado ocupada pensando en el encuentro con Aidan aquella mañana para atender a los cruentos comentarios. No dejaba de repasar las palabras que habían intercambiado, en cómo él la

había mirado de verdad, colándose a través de las cuencas de sus ojos a un pedacito de su alma. Quizás sí que tenía razón y sus intenciones eran sinceras y solo quería llegar… a ella, a la verdadera Brianna Laidhart. Pero ¿acaso sabía ella quien era esa chica? Hacía ya demasiado tiempo que no la veía. Ahora era otra persona a la que ni ella misma sabía si conocía de verdad.

No solo fue aquella profunda conversación lo que la mantuvo distraída durante las clases, sino también la extraña laguna en blanco de los acontecimientos del día anterior. Cada vez que intentaba recordar volvía al inexplicable sueño. ¿Por qué le había impactado tanto? Repasó en su mente aquella placentera y genuina sensación justo cuando aparecía aquel ángel de la guarda y todo volvía a estar en calma, como recobrando un orden primigenio. En ese preciso momento había experimentado la dicha eterna. ¿Cómo era posible que en un sueño fuese tan plenamente feliz? Igual o incluso más feliz de cómo había deseado ser en la vida real. Si solo pudiese volver a dormirse…

Trató de recordar al ángel, algún rasgo que le diese forma, un aspecto, una identidad. Y, sin embargo, solo quedaba la sensación de que era el ser más hermoso del mundo, aunque jamás lo hubiese visto. Quizás podría parecerse a Aidan, sí, en cierta manera. Aunque este siempre se quedaría corto, pues nada podía alcanzar esa deslumbrante belleza.

«No temas, estoy aquí», le había dicho en el sueño. Y después, después había venido la batalla entre dos ángeles de alas opuestas.

Una pluma blanca había caído cerca de ella, *su* pluma. Se había aproximado a ella y había llegado incluso a tocarla con los dedos. Aquel recuerdo le pareció tan real en sus pensamientos que pudo imaginarse la suavidad de su tacto. Y, aun así, había sido solo un sueño, el más auténtico que había tenido. De esos que quieres que duren para siempre, pero en cambio no duran más que unos segundos hasta que te despiertas en tu cama con la sensación de melancolía en la boca.

Regresando a casa como habituaban a hacer, pues esta vez no había lecciones de esgrima, Brie escudriñó con la mirada a Aidan. Como intentando descifrar en él algún pedacito de su sueño. Cuando le observaba realmente encontraba un cierto parecido con su ángel de la guarda. Pero había algo más que eso, una impresión que casi le resultaba familiar, como si Aidan fuese la esquirla del espejo de su pasado.

«¿Quién eres?».

—Eros —dijo en voz alta, al recordar aquella palabra.

Aidan se detuvo en seco.

—¿Cómo? —se hizo el confundido.

—Eros, así se llamaba mi ángel de la guarda en mi sueño. Acabo de recordarlo. ¿Sabes lo que significa?

—Amor en griego —respondió casi al instante—. ¿Todavía sigues dándole vueltas al sueño?

—Sí, bueno, pero había algo más —continuó—. Era una persona, ¿verdad? Mira que intenté aprenderme todos los nombres de la mitología…

—¿Todos?

—Casi todos. Eros era…, estaba vinculado a Afrodita, ¿verdad?

—Es el dios del amor, de la atracción sexual, hijo de la diosa del amor, Afrodita —explicó él —. De nombre Cupido en la mitología latina.

—¡Eso! Qué raro, ¿verdad? Cómo mi subconsciente habrá sacado esa palabra. Aunque había otra, se parecía mucho a Eros, no la puedo recordar.

—Esa seguramente te la inventases.

—Puede —reconoció ella—. Es solo que no puedo quitármelo de la cabeza.

—Creo que deberías descansar en cuanto llegues a casa.

Y tenía razón. Se despidieron en el cruce de caminos y, nada más llegar a su cuarto, se desplomó contra la cama con la mirada puesta en el techo. No solo la conversación con Aidan la había aturdido, sino el hecho de que no dejaba de pensar en aquel extraño sueño, el golpe en su cabeza, el blanco de su mente, todo parecía concluir en él. Todo estaba, de una manera inexplicable y casi absurda, íntimamente ligado a su persona. Pero ¿por qué? ¿Por qué Aidan Grivaldi estaba en su vida? ¿Por qué aparecía en sus sueños? O al menos una versión muy parecida a él.

Nada tenía sentido. ¿Qué estaba pasando?

Decidió darse una ducha para despejar su mente. Se quitó el uniforme, la camisa, la falda y cuando se retiró la media derecha algo se escapó y se balanceó hasta posarse en el suelo. Confusa, se asomó por el borde de la cama y vio algo blanco sobre su alfombra. Se agachó para observarlo y se topó con una fina y arrugada pluma blanca. Se atrevió a cogerla por el cálamo, delicado y fino como un hueso. La sostuvo frente a sus ojos casi quedando bizca.

«No puede ser», se decía mientras la inspeccionaba, barbilla por barbilla, algo maltratada por haberse encontrado escondida en su media durante, ¿cuánto tiempo?

Pasó sus dedos una y otra vez peinándola, palpando su sueño, queriendo comprender. Llegó incluso a acercarla debajo de su nariz, como si se tratase de los pétalos de una flor. Aquello despertó un reconocimiento pleno de sus recuerdos. Fue como cuando Cenicienta contemplaba aquella calabaza convertirse en una lujosa carroza. Al igual, el sueño de Brianna dejó de ser un sueño, una mera imaginación… Ahora era real.

Al día siguiente Brie intentó actuar como si nada hubiese ocurrido, como si el día anterior su sueño no se hubiese materializado y como si nunca hubiese encontrado aquella pluma blanca. Pero en su interior algo le hablaba con voz fuerte e impetuosa, animándola a querer saber más y más, a comprender, a indagar. Lo que la llevó inevitablemente a fijar su mirada en Aidan, como nunca antes lo había hecho, pues este sin duda era su mayor sospechoso hasta la fecha. Si bien eran en cierta manera *amigos*, Brie jamás había dejado de sospechar de él.

Dedicó, pues, el resto del día a observarle desde la distancia; sus movimientos, sus gestos, sus palabras. Cuando se paraba a hablar con Matt o alguno de sus amigos, cuando sonreía ante sus bromas estúpidas, cuando andaba por el pasillo con diligencia y confianza en sí mismo, cuando se sentaba frente a ella en la biblioteca y jugaba a pasar las páginas de los libros… Ella lo escudriñaba. Siempre intentando pasar desapercibida, posaba aquí y allá su mirada sobre él, como intentando encontrar algo, o a alguien…

«¿Quién eres, Aidan Grivaldi? Hay algo que no veo de ti o, mejor dicho, que no dejas que vea». Y no iba muy desencaminada.

Cualquier conducta fuera de lo normal era motivo para sospechar sobre él. Y lo cierto era que parecía una persona normal y corriente, quizás excesivamente atractiva, también inteligente y, en ocasiones, incluso pedante. Pero ¿qué más? ¿Qué se estaba perdiendo? ¿Qué estaba dejando atrás? ¿Qué no podía ver?

Estaba comenzando a pensar que se estaba volviendo loca, que su mente le estaba haciendo pasar una mala jugada y que la pluma que guardaba en el bolsillo de su abrigo no era más que la pluma de un ave normal y corriente.

Sin embargo, no era eso lo que quería creer. Estaba *él*. Ese ángel de la guarda que se le aparecía en ¿sueños?

Brie dejó que pasasen los días para aclarar su mente. Hablar con Aidan hacía que le volviese a tener algo de confianza, aunque no bajó la guardia, por si algo o alguien se dejaba ver dentro o fuera de él.

Una tarde, nada más despedirse en el cruce de caminos, una idea descabellada cruzó su mente. «¿Y si le sigo?». Quiso desecharla, pero ya fue demasiado tarde, sus pies se movían hacia su misma dirección. «¿Qué estás haciendo, Brianna?», se dijo mientras intentaba no perder de vista la suave cabellera rubia de Aidan por el bosque. Parecía caminar por un camino imaginario hacia un punto remoto ilocalizable. Finalmente llegaron a un estrecho sendero, casi imperceptible por la alta maleza que lo consumía desde hacía años. En él, Brie tuvo que esconderse más de una vez tras algún árbol, temiendo ser descubierta.

En total calculó que habían pasado unos cinco o siete minutos desde que emprendieron a andar, pues el paso de Aidan era rápido, como si el tiempo apremiase y tuviera que llegar a casa cuanto antes para atender todas sus obligaciones. Pero ¿qué haría en su tiempo libre? ¿Estudiar? No, no lo creía. Por eso debía seguirle, debía saber qué hacía y quién era. Porque estaba claro que algo le ocultaba desde hacía tiempo. No sabía qué, ni por qué; en realidad, no sabía nada de nada.

Sin embargo, en un momento dado, él desapareció entre arbustos y árboles. Brianna miró a su alrededor por si volvía a verlo, pero nada. Intentó seguir sus pasos, queriendo saber a dónde había ido. Se llegó a camuflar con la naturaleza y estuvo a punto de retroceder, dando por finalizada la búsqueda, pues no quería perderse. Entonces se tropezó con una piedra y cayó de bruces.

—Ouch —profirió.

Primero levantó la mirada y distinguió el contorno de sus dedos sobre la hierba. Cuando enfocó más correctamente llegó a reconocer lo que podría considerarse un jardín. Pero no fue esto lo que captó su atención, sino la enorme construcción que se levantaba frente a ella.

«¿Dónde estoy?».

Había erigida una casa inmensa, con múltiples ventanas, incluso torres con una veleta de una gaviota en una de ellas. La madreselva la adornaba como un vestido a su reina. Podía reconocer diferentes tipos de arcos en su fachada, decorados con motivos vegetales y, en sus salientes, desagües con forma de gárgolas. Y si no le parecía lo suficientemente colosal, la mansión se levantaba sobre un pódium de un metro de alto que solo reforzaba sus dimensiones colosales.

Brie se sacudió el uniforme y las medias manchadas de barro. Y, con su mochila al hombro, hecho a andar sin retirar la mirada de la casa, casi como si fuera posible que fuese a desaparecer en cualquier momento. Serpenteó el jardín hasta llegar a uno de los caminos enlosados, cubierto de malas hierbas. Había por lo menos una decena de esculturas enverdecidas, sin contar con una fuente de pequeños angelotes abandonada a su suerte. Descubrió también un invernadero que parecía estar al otro lado de la casa, se preguntó si estaría igual de descuidado que el resto del jardín.

Y oyó voces. Se quedó paralizada y estuvo a punto de echar a correr. Pero se dio cuenta de que provenían de dentro de la casa, así que se aproximó a sus muros y pegó el oído mientras la bordeaba. Se asomó a un ventanal de puntillas y agarrada al alfeizar.

—¿Todavía no tienes noticias de Anteros? —decía una vocecita.

«¡Anteros! Ese era el nombre», recordó.

—No. Creo que después de la pelea le quedó bastante claro que puedo destruirle y hacerle perder la entrada al cielo.

Ese era Aidan. Brie trató de asomarse más hacia el ángulo derecho y lo vio. Estaba de pie como recién llegado, todavía con su uniforme, solo que se había desanudado la corbata y arremangado la camisa. Se sirvió una copa de lo que parecía brandi de la mesa de minibar que había contra la pared.

«Arg, bebiendo a estas horas», pensó desconcertada y asqueada a la vez.

—¿Y qué tal con ella?

Brie abrió la boca y escuchó.

—Mejor, cada día siento que estoy más cerca. Aunque no es fácil, ya lo sabes.

—¿Sigues preocupado por lo que te dijo Anael?

«¿Anael?», repitió en su mente.

Aidan se aproximó hacia el ventanal y Brie se agachó contra el muro con el pulso cardiaco excesivamente acelerado.

—Ya no como antes. El tiempo me ha hecho ver que no tengo nada de lo que preocuparme. Vamos progresando a cada día y pronto se acabará todo, querido Marxias, lo digo en serio, esta vez sí.

«¿Acabarse el qué?», quiso saber Brie.

—Seguro que sí, muchacho, te lo mereces.

—Es solo que…, cuando estoy con ella, algo me mantiene alerta constantemente y me cuesta respirar —confesó él—. Es extraño, lo sé.

—Se llama miedo.

Aidan se dio la vuelta y miró hacia la esquina desde donde procedía aquella vocecilla.

—¿Crees que tengo miedo?

—Creo que tu espíritu es lo suficientemente listo para saber cómo reaccionar ante situaciones peliagudas como en la que te encuentras ahora mismo.

—Es que a veces creo que ella me necesita y ellos lo saben, saben que me necesita. Por eso estoy envuelto en todo esto, como si fuera mi destino.

—¿Te crees destinado a esto?

—En cierta parte. No pude ayudarla en el pasado, no estuve ahí, preferí huir de la realidad antes que afrontarla. Y ahora es…

—Una segunda oportunidad.

—Una segunda vez, para arreglarlo todo. Quizás puedo romper la maldición que la mantiene aquí.

—Quizás. Solo tiene que enamorarse de ti, ¿no?

—Así está escrito.

—Así será.

Brie dejó de escuchar, pues ambos parecieron abandonar la habitación. Se quedó sola, meditando aquella conversación.

Ahora, más que nunca y definitivamente, desconfiaba de Aidan Grivaldi. Y hacía bien.

Episodio XIII

Durante los siguientes días no se apartó de ella. La acompañó a misa, la observó mientras dormía, o bien cuando se peinaba. Pero, sobre todo, adoraba verla leer sentada en el pequeño jardín de la casa, en uno de los bancos de piedra. Otro de sus lugares favoritos era justo en el anillo de la fuente principal, donde podía al mismo tiempo contemplar las dulces flores acuáticas danzar entre el sol y el agua. Mientras ella leía, él le removía las flores, casi como queriendo mandarle mensajes secretos. Y cuando, por un segundo, ella cerraba los ojos, Nastagio levantaba las hojas de su libro y la despertaba sutilmente.

La cuidaba a escondidas, tras su velo de plata invisible, ayudándola a recordar cuando se olvidaba de algo, tapándola con la manta cuando se quedaba dormida en el jardín, soplando una brisa cuando se acaloraba demasiado por el sol primaveral. Le habría gustado hacer más por ella, pero sus recursos eran muy limitados en la tierra de los vivos. Sin embargo, un día aprendió a traspasar las puertas, muros y paredes de la casa. Y otro, a subir de un piso a otro sin necesidad de cruzar por las escaleras, dones que se estaba demostrando asombrosamente útiles.

Pasaron semanas y, aunque Giovanna seguía llorando a escondidas, había comenzado a aprender a vivir con el dolor de la pérdida de Nastagio. Le empezó a escribir cartas imaginarias, que él leía sobre su hombro, deleitado porque de alguna forma todavía pudiesen comunicarse. En ellas manifestaba su deseo por saber si se encontraría en paz en el cielo. Otras veces expresaba el querer encontrarse allí con él y aquello le horrorizaba: la sola idea de que se pudiese convertir en una errante.

Aunque Nastagio podía ver por sí mismo el día a día de Giovanna, en las cartas ella también le contaba su nueva vida de casada. Sobre todas las nuevas responsabilidades que traía ser la mujer de la casa, como representante de la familia frente a la sociedad, cómo debía acompañar a su esposo a tantas celebraciones, saludar y conocer a sus amigos, socios o nuevos conocidos. Le explicaba sobre las decepciones cotidianas de su nueva vida, cómo no soportaba a las criadas de Arnoldo, pues siempre querían darle consejos y reprenderla por no estar a la altura de su esposo.

También le escribía sobre él en particular, sobre sus hábitos molestos, sus continuos viajes de negocios, su poca dedicación hacia ella. Arnoldo era de esas personas que no tenían suficiente paciencia para dedicar una tarde a leer un buen libro sobre filosofía. Es más, no tenía paciencia para nada, ni cuando las criadas se retrasaban en traer la comida. A veces le echaba la culpa a Giovanna de no ser más exigente con el servicio, pues él «no tenía tiempo para dedicarse a los temas de la casa». Y aquello la hacía amasar una culpa inmensa, como si no fuese capaz de hacer la única cosa para la que la habían criado toda su vida.

«Si me hubiese casado contigo…», se lamentaba Nastagio, viéndola en muchas ocasiones a punto de llorar.

Si había algo que Giovanna verdaderamente detestaba eran las cenas, cuando debían ir a otra

casa o cuando se realizaban en la suya propia, aún peor. Caía una responsabilidad sobre ella inmensa, además de una exigencia a la que no sabía muchas veces cómo responder. Las mujeres de los amigos de Arnoldo siempre la miraban con desdén, sobre todo y por un motivo en particular: no tenía todavía hijos. Esta era, sin duda, su mayor preocupación. ¿Por qué Dios no les bendecía con descendencia? Al menos estos podrían traer algo de felicidad a su vida. Y ella se dedicaría a ellos noche y día, sin importarle el resto del duro y cruel mundo que se desenvolvía a su alrededor. Sin embargo, y a pesar de todos sus rezos por formar una familia, seguía completamente sola en aquella gran casa, vacía y silenciosa.

Una noche discutió con Arnoldo sobre el tema, asumiendo ella el papel de «la principal culpable de la desgracia que desolaba a su familia». Su esposo acabó resintiéndose de haber confiado en el nombre de su casa, creyendo que había elegido una esposa fértil y próspera, y recibiendo en su lugar un linaje sin estirpe ni futuro. Giovanna no supo cómo responder ante aquellas acusaciones, pues comenzaba de verdad a creer que fueran ciertas. ¿Quién era ella para ir en contra de su marido? Nada, solo una mujercita poco mayor de dieciocho años, que era incapaz de concebir.

—Podríamos ver a un doctor especialista —se atrevió a decirle ella, mientras él bebía una copa de vino entre maldiciones.

—No me fío de los doctores, solo quieren sacarte el dinero a través de sus mentiras. Te darán remedios naturales, como que comas cierta raíz exótica o que te laves todos los días con algún fármaco que hayan creado ellos. Tonterías.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada, no puedes hacer nada. Márchate, no puedo mirarte ahora —dijo mirando su copa de vino vacía.

Giovanna acogió sus duras palabras como pudo y se marchó aguantado sus ganas de llorar. Nastagio, que había presenciado aquello, esperó unos segundos, observando a Arnoldo servirse más vino.

«Seguro que es culpa tuya, viejo canalla inservible. Ella todavía es joven». Después, para vengarse y sirviéndose de su invisibilidad, le derramó toda la copa en la boca consiguiendo que se ahogara entre toses y carraspeos. No quiso desperdiciar más tiempo con aquel vejestorio, y fue detrás de Giovanna, pero ella no había ido a su habitación. Y aunque tampoco podía preguntarle a nadie donde se encontraba, tenía un mal presentimiento.

La esperó en su balcón, observando los claveles rosados que adornaban la piedra saliente. Ella los había mandado plantar en el pequeño jardín y en algunas de las ventanas porque le complacía observarlos y no eran plantas demasiado caras. A él también le gustaban, nunca los había contemplado con la misma admiración que ahora les otorgaba. Sus favoritos eran los de color rosa porque parecía que algún pintor había moteado sus pétalos con las hebras de un pincel, dejando espacios más oscuros y otros más claros.

Giovanna regresó a la noche, toda encapuchada, mientras su marido se encontraba fuera en alguno de los burdeles más transitados de Florencia. Portaba con ella una bolsita de terciopelo que dejó sobre su tocador de madera. Rechazó la compañía de todas sus sirvientas y se deshizo ella misma del peinado y de las joyas.

Nastagio la observó como solía hacer, cautivado por su belleza. Habiéndose desquitado aquel corpiño asfixiante, se miró al espejo y dijo en alto:

—¿Qué he hecho mal?

Silencio. Ni siquiera él, espectador invisible, le contestó.

—Pensé que había tomado las decisiones correctas, pero ninguna lo ha sido.

Cerró los ojos y una lágrima se escapó, cayendo directamente en sus piernas. Después apoyó sus codos en la mesa y realizó una plegaria en silencio. Nastagio se atrevió a colocarse justo detrás de ella, como una presencia tranquilizadora. Giovanna dejó de rezar al segundo y abrió los ojos, fue como si sintiese algo justo en su cuello. Miró en el espejo, pero no había nadie allí, ninguna de sus sirvientas. Se dio la vuelta para asegurarse y miró a su alrededor confundida.

«¿Me has vuelto a sentir?», dijo él queriendo gritarle. «Estoy aquí». Pero Giovanna volvió a su rezo dándole la espalda. Al terminar, se tomó unos segundos para reflexionar en silencio y después cogió la bolsa que había dejado en la mesa. Sacó de ella un frasco poco más pequeño que su dedo meñique, con un líquido verde oscuro en su interior.

«¿Qué es eso?», preguntó Nastagio. «Giovanna, ¿qué pretendes hacer?».

Destapó el frasco y olió su contenido. No debió de ser muy agradable porque arrugó la nariz, nada deleitada con el olor. Se cerró los conductos nasales con la mano y dijo:

—Dios, perdóname.

Después se llevó el frasco a la boca y se bebió hasta la última gota.

Capítulo 16

Brie salió corriendo de la última clase y tomó el camino más largo a casa, por la carretera. Con un poco de suerte, Aidan habría ido tras ella por el sendero del lago.

Había estado evitándolo durante todo el día, pues sabía que algo se traía entre manos, algo que podría ser letal y a lo que no iba a quedarse esperando. Ya no confiaba en nadie. Menos en aquel deslumbrante muchacho que parecía sospechosamente interesado en ella. ¡En ella! Brie se rio por dentro. ¿Cómo había sido tan estúpida? Estúpida de creer que los chicos como él querrían ser amigos de chicas como ella.

Ya había aprendido esa lección del pasado, la vez en la que Peter Byers la hizo creer que ella le gustaba. Brie sucumbió a su treta demasiado rápido, pues no tardó en darse cuenta de que solo lo había hecho para reírse con sus amigos. Comprendió entonces que nada de eso podría ser real y menos para alguien como ella. ¿Qué podía diferenciar a Aidan? ¿Su notable inteligencia y elaborada palabrería?

Tras veinte minutos andando por la acera asfaltada, llegó por fin a su casa, el número 18 de la Rue Street de Deerwoods, toda una calle residencial donde también vivían alumnos de Osborne como Fred o la mismísima Charlotte Fanning. El coche de su padre no estaba, como ya se imaginaba, aunque sí se encontraba el Mercedes de su madre.

Entró por la puerta principal y se encontró con Cornelia, la asistenta que había sustituido a Cecil y que nunca había llegado a agradarle del todo. Estaba pasando el aspirador a la gran alfombra del recibidor.

—Buenas tardes, Brianna.

Brie le devolvió el saludo algo más seria.

Dejó su abrigo en el perchero de la entrada y los zapatos de charol en el armario del calzado. Enseguida reconoció la mochila rosa y morada de Jane tirada en el rellano, como malamente acostumbraba a hacer. Escuchó voces provenientes de la cocina, debían de estar merendando.

—¿Brianna, eres tú? —preguntó su madre, quien debía de haber escuchado la puerta de la entrada.

—Sí, mamá.

—Has tardado mucho, tenemos compañía.

Cuando Brie entró por la puerta perdió el equilibrio del susto y se agarró a la encimera. Aidan Grivaldi estaba sentado sobre una de las banquetas de su cocina, con un sándwich de jamón y queso sobre un plato. Jane estaba a su lado con otro, pero este entre las manos.

—Mira quién ha venido a verte —dijo su madre con su tan característica sonrisa forzada que ponía siempre a los invitados.

—Tu novio te ha traído los deberes —dijo Jane picaronamente.

—No es…

—Es encantador, Brianna —la interrumpió su madre—. Nos ha dicho que saliste tan rápido de clase que te olvidaste las fotocopias que repartió el profesor y te las ha traído. ¡Qué detalle!

Brie trató de sonreír, pero sus ojos se achinaron en una intimidadora mirada.

«¿Qué haces aquí?».

Él respondió telepáticamente: «No es mi culpa que seas una despistada».

«¡Fuera de mi casa!», quiso gritarle.

—¿Quieres merendar?

—No tengo apetito hoy, gracias, mamá.

—Tómate al menos una fruta, está tan delgada… Se lo ha dicho un montón de veces el médico, que tiene que ganar peso —comentó por lo bajo.

—¡Mamá! —le reprochó Brie muerta de vergüenza.

Él no dijo nada, sino que le sonrió y se comió su sándwich.

—No eres de por aquí, ¿verdad, Aidan?

—No, señora Laidhart, mi familia es italiana.

—¡Italia! Es un país precioso. Con un gusto para la moda exquisito.

—Sí, lo es.

—Tu inglés es realmente bueno, apenas se nota tu acento.

Brie quiso que la tierra la tragase, ya estaba su madre dejándola en ridículo indirectamente.

—Años de práctica.

—¿Y qué vas a estudiar?

«Basta ya, por favor», pensó Brie.

—Todavía no está claro, pero cuando termine seguramente me vaya de nuevo al extranjero.

—¿A dónde?

—Lo más lejos que pueda.

Su madre se echó a reír.

—Maravilloso, realmente maravilloso —concordó ella, embelesada.

—Las flores favoritas de Brianna son los claveles —le soltó Jane.

—Cállate —la reprendió su hermana entre dientes.

—Ah, ¿sí? No tenía ni idea. ¿Por qué los claveles?

Brie comenzó a pelarse una manzana, no porque tuviese especial hambre, sino porque necesitaba distraerse con algo.

—No lo sé, simplemente me gustan.

—Le gustan los de color rosa pálido —agregó Jane casi como si esperase que él tomase nota.

—Creo que Aidan tiene que volver a casa temprano…

—Tonterías, si todavía no se ha terminado el sándwich. ¿Te hago otro?

Aidan la miró con el que tenía en la boca, sin saber qué decir. Tragó lo que estaba masticando y contestó:

—De acuerdo, gracias.

Brie quiso quejarse, pero en lugar de ello trató de domesticar su paciencia y respiró profundamente.

Su madre se dispuso a hacer otro sándwich, complacida por su nuevo invitado, y después se lo sirvió diciendo:

—Es increíble que Brianna nunca nos haya hablado de ti.

—No ha surgido la conversación, mamá.

—Es que no suele decir nunca nada sobre la escuela. Solo nos habla de los profesores.

«Tampoco es que te importe demasiado», le respondió mentalmente.

—Es una estudiante extraordinaria —la halagó él—, saca las mejores notas de clase.

—Sí, de eso hay que estar verdaderamente orgullosa. Mis amigas del Aid Society Club me han dicho un montón de veces que debería presentarse a concursos de memorización, y yo se lo digo también. Los ganaría.

—Ya estuve el año pasado y no fue una buena experiencia —repuso Brianna mordiendo un pedazo de manzana recién cortado.

—Pero deberías hacerlo igualmente, son puntos para las universidades. Pronto tendrás que empezar a rellenar las solicitudes.

—Lo sé, mamá, ¿podemos dejar de hablar de mí? Gracias.

—Entonces, ¿eres el novio de Brianna?

—¡Jane! Para de una vez.

Aidan intentó aguantar la risa y mantener su compostura.

—No —reconoció—, somos amigos y compañeros de clase. Además, Brie me enseña Matemáticas, por eso también he venido, el jueves tenemos examen.

—¿Ah, sí? —convino su madre entusiasmada—. Eso es estupendo, podéis estudiar en el cuarto de Brianna, tiene un escritorio muy espacioso.

Brianna dejó car su manzana inacabada sobre la encimera de la cocina, totalmente indignada. Por el contrario, Aidan terminó su segundo sándwich con una calma inusitada y después se levantó de la banqueta.

—Muchas gracias, señora Laidhart.

Ella lo sonrió.

—Pequeñaja —dijo refiriéndose a Jane.

Jane le devolvió un saludo de manos y chasqueó los dientes.

—¿Vamos, Brianna? —la llamó.

Aidan iba saliendo de la cocina cuando Brie miró a su espalda.

«Es muy guapo», vocalizó su madre dramáticamente.

Brie borró la imagen de su mente y, resignada, guio a Aidan por la casa hasta llegar a la puerta de su habitación. Al menos allí podrían hablar en privado y ella podría reprenderle por aparecer en su casa.

—Vaya…

—¿Qué?

—Menuda casa —dijo él con la mirada puesta en los cuadros de la escalera.

—Te la regalo, con familia incluida.

Brie le dejó entrar en su cuarto y cerró la puerta. Se dio la vuelta y se cruzó de brazos.

—¿Qué diantres haces aquí? ¿Te he dado permiso para invadir mi vida?

Aidan la ignoró y se centró en su habitación. Las cuatro paredes de papel maché repetían un bello patrón de hayas y robles con tonalidades suaves y armónicas. Había una larga mesa de escritorio de color blanco en la zona de la ventana, toda perfectamente ordenada con material escolar y un portátil en la esquina izquierda. Una estantería cubría una de las paredes, llena de objetos con un valor sentimental, como una fotografía de un hombre que llevaba las mismas gafas que solía llevar Brie. Aidan intuyó que se trataba de su abuelo. También había una minibicicleta de metal que hacía de sujetalibros.

Era cierto que había visto antes su habitación desde el árbol de su jardín, pero solo superficialmente. Estar allí dentro era como invadir el centro del universo de Brianna Laidhart;

donde estudiaba, donde leía, donde se refugiaba del mundo entero.

—¿A qué estás jugando? No toques nada.

Aidan levantó las manos.

—Así que esta es tu habitación.

—Tienes que irte. Ahora —le increpó.

—No. No hasta que me expliques por qué me has evitado durante todo el día.

—Porque eres peligroso.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ilústrame, por favor.

Ella se cruzó de brazos.

—No eres quien dices ser.

—¿Ah, no? ¿Y quién soy?

Esta vez Aidan estaba acorralándola hacia la puerta. En apenas un segundo, pegó su cuerpo lo suficiente cerca del suyo, por lo que ella tuvo que bajar la mirada.

—Todavía no lo sé. Pero me hago una idea.

—No tienes idea de nada, Brianna Laidhart.

—Sé que estás jugando conmigo, llevas haciéndolo todo este tiempo. Yo no soy la diversión de nadie.

—Ya estás otra vez con lo mismo.

Aidan posó la mano sobre su puerta blanca creando un espacio de tensión entre ambos.

—Aléjate.

—Eso no es lo que quieres.

—No te acerques más a mí, Grivaldi.

—¿Por qué?

Había un destello en sus ojos verdes que la amedrentó.

—Ya te lo he dicho. Eres peligroso.

—Arguméntalo.

—¿Quieres pruebas?

Él asintió.

Brie deslizó su mano hacia el bolsillo de la chaqueta de su uniforme. Allí palpó lo que estaba buscando. La fue retirando muy lentamente y la sostuvo a un palmo de su rostro. Aquella pluma blanca, la fuente de toda sospecha.

—¿La reconoces?

Aidan no parecía alterado.

—Sí. *Himantopus himantopus*, un tipo de ave, más concretamente una cigüeña. Aunque no es común por esta zona. ¿De dónde la has sacado?

Brie dudó por un segundo, pero después pensó: «Es un farol, buen intento».

—No trates de engañarme, Grivaldi.

—¿Siempre eres tan cabezota?

—¿Quién eres? ¿Quién es Anteros? ¿Eros es tu verdadero nombre? ¿Eres un…?

—¿Un qué? —increpó él.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Creo que tu vena conspiratoria está volviendo a aparecer.

—Pues yo creo que sí sabes a lo que me refiero, lo sabes perfectamente. Y lo peor es que…

sabes que te he visto.

—¿Y qué has visto, Brianna?

Ella guardó silencio.

—Esto. —Le mostró la pluma—. Cientos de estas crecer de tu espalda.

—Eso suena a locura, ¿no crees?

—Lo es, y yo no suelo creer en esas cosas, pero esto lo puedo tocar, sentir, ver.

—*Himantopus himantopus* —repitió él.

—Vete a la mierda.

—Solo intento aportar algo de sentido a tus acusaciones.

—Quiero verlas.

—¿Perdona?

—Tus alas.

Aidan estalló a reír. Brie mantuvo su compostura y siguió preguntando:

—¿Qué quiso decir Anteros con lo de que yo era la última?

—¿Y qué voy a saber yo de tus sueños, Brianna? Es absurdo todo esto.

Pero él acababa de cometer un error. Ella jamás le había dicho que había soñado con Anteros.

—Si vas a seguir actuando como si estuviese loca, no quiero saber nada más de ti. No vuelvas a acercarte a mí, nunca más. ¿Te queda claro? No quiero formar parte de nada de lo que estés tramando. No me fío de ti.

Aidan se quedó muy callado observándola. Brie no pensaba ceder, tenía que llevarle al límite, a su campo de batalla donde por fin recibiría respuestas.

—¿Crees en los cuentos de hadas, Brianna Laidhart?

—No debería.

—No, no deberías —convino él.

—¿Quieres la verdad?

Ella asintió con fulgor en los ojos.

—No te gustará.

—Prueba.

—Aquí no. Todavía quedan tres horas para que oscurezca. Te espero en nuestro lugar secreto.

—¿Por qué no vamos juntos? —preguntó ella, extrañada.

—Primero tienes que hacer tus tareas para mañana, no podemos dejar que tu media decaiga a estas alturas del curso. Después vienes a donde ya te he dicho, allí te estaré esperando. —El tono de la conversación se había vuelto más suave, lo que inevitablemente le hizo bajar un poco la guardia.

—¿Seguro?

—Lo prometo.

—Vale —aceptó ella.

Aidan se la quedó mirando.

—¿Qué pasa?

—Necesito salir y estás en la puerta.

—Eh, sí, claro.

Brie se apartó avergonzada y Aidan se marchó. Se quedó unos minutos pensativa, sentada sobre su cama. No entendía qué había pasado. ¿Quién había ganado la batalla? ¿Él realmente iba a ser sincero con ella? ¿O simplemente la había manipulado de nuevo para salirse con la suya?

Finalmente, decidió hacer lo que él le había dicho. Terminó sus tareas, aunque todavía con la

cabeza en otro sitio. Después, sin quitarse el uniforme, se puso el abrigo y se marchó de casa diciendo que solo iba a dar a un paseo, eso sí, pasando por el interrogatorio gratuito de su madre sobre Aidan, el cual decidió ignorar.

—¿Vas a ver a tu novio? —le gritó Jane desde la ventana de la habitación de sus padres mientras la veía marchar por el jardín hacia el caminito.

—Cierra el pico, Jane.

Brie caminó solitariamente por el bosque, temerosa de lo que fuese a pasar aquella tarde. Solo esperaba que Aidan no se estuviese riendo ella, pues esta sería la última oportunidad que le daría.

Después de internarse en el bosque, consiguió llegar a ese lugar secreto que ambos compartían, a pesar de que el bosque comenzaba a oscurecerse por la luz mortecina del atardecer. Al menos no estaba tan lejos del camino principal que conducía a la cima de la montaña.

Aidan estaba esperándola sentado en una roca lanzando piedrecitas al agua burbujeante del riachuelo. Al verla, se levantó al segundo, como quien recibe una visita inesperada, aunque en este caso él sí la estaba esperando.

—Espero que merezca la pena hacerme venir hasta aquí.

—Yo también lo espero.

—Si vas a soltarme alguna declaración bochornosa, por favor, ahórratela.

—Oh, ¿es eso lo que estás esperando? —dijo él acercándose a ella.

—Digamos que estoy acostumbrada a que se rían de mí, Grivaldi.

—He estado pensando durante esta última hora —confesó él, denotando una seriedad profunda en su voz. Brie se envaró, preparada para lo que él iba a decir— en si es correcto lo que voy a hacer.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

Se puso nerviosa y comenzó a jugar con sus manos. Iba a descubrir la verdad.

—¿Vas a reírte de mí? ¿Es eso? Peter Byers ya lo hizo una vez.

—¿Qué? ¡No! Brianna, yo no soy como ellos, creí que ya te lo había dejado claro. No hay ningún plan malvado detrás, créeme.

—Entonces, ¿por qué eres mi amigo?

—Porque quiero y porque lo necesitas. ¿Acaso me equivoco? —la acusó con la mirada.

—No lo sé, dímelo tú. ¿De verdad quieres ser mi amigo?

—No. La verdad es que no sé si quiero ser tu amigo.

Sintió como si la golpeasen en el estómago. Por fin había dicho algo con sentido.

—Porque creo que hay algo más entre tú y yo que simple amistad —confesó él, para sorpresa de ambos.

Brie frunció el ceño.

—Te he dicho que nada de declaraciones bo…

Pero Aidan ya se había aproximado lo suficiente para taparle la boca con la mano.

—Y no debería —continuó él— ser así, porque no es como en realidad ha de ser.

Aidan le sostuvo la mirada y ella entonces vio en él algo que hasta ahora no había querido creer: sinceridad.

—Y ahora tú comienzas a hacer preguntas y piensas que soy… que soy… *eso.* Y todo se complica, se retuerce, se vuelve incontrolable. Y en tan solo un segundo todos mis sueños y mis metas se desvanecen y, una vez más, descompones mi realidad…, la fragmentas y haces que pierda el rumbo de mi ser.

«No entiendo nada», pensó ella.

—Lo sé, no sabes qué estoy diciendo —intuyó él debido a su expresión—. Tampoco yo lo sé.

Liberó su boca, aún con su aliento impregnado en sus dedos. Brie respiró, todavía con el aroma de su piel inundando sus fosas nasales. Poco después se desvaneció y solo quedó el silencio.

—Está siendo más difícil de lo que creía.

—¿El qué? —dijo ella todavía con el corazón acelerado.

—Todo, joder, maldita sea, todo.

Se agarró de los cabellos dorados hundiendo sus dedos desde sus entradas hacia la nuca y se mantuvo en esa postura, con los brazos flexionados, dándole la espalda.

—Eso que has dicho que hay entre nosotros dos —soltó ella—, eso es imposible. ¿Acaso me has visto? ¿Acaso no ves cómo me tratan todos los demás? ¿Acaso no te doy… asco?

—¿Cómo puedes decir eso? La vida no es solo apariencia, Brianna.

—¿Y tú qué sabes? Como vas a saber cómo me siento si jamás has estado en mi lugar.

—Porque me importas, Brianna. Porque me he fijado en cómo te sientes día a día, semana a semana. He estado ahí, observando cómo sufres en silencio.

Ambos callaron dejando que sus miradas continuasen aquella disputa. Hasta que él anunció:

—Brianna, cierra los ojos.

Entonces tuvo miedo.

—No. ¿Qué vas a hacer?

—Por favor, confía en mí, solo esta vez.

—¿Por qué?

—Porque has venido a por respuestas, ¿no?

Ella asintió, ya nada segura de si quería saber la verdad.

—Pues cierra los ojos.

Finalmente, le obedeció todavía con el ceño arqueado por la desconfianza.

—Relájate.

Bajó los hombros y respiró. Él le retiró el cabello del rostro hasta dejarlo colgando de sus orejas.

—¿Qué estás haciendo?

—No podrás ver nada con el pelo en la cara.

—¿Ver qué?

—No los abras.

Una ráfaga de viento se levantó en el claro y se escuchó un sonido en particular, casi como el crujir de una hoja, solo que multiplicado por cincuenta, y después, como si un trueno quebrase el cielo a kilómetros de distancia. Brie se sobrecogió.

—¿Qué pasa? —dijo ella agarrando la mano de él con fuerza.

Todo se oscureció, haciéndola creer que el sol se había, por fin, ocultado.

—Ahora date la vuelta, muy lentamente. No te preocupes, estoy aquí, coge mi otra mano.

Brie palpó a ciegas hasta que capturó sus dedos y después fue girando sobre sus talones hasta que sintió el aliento de él sobre su nuca, lo cual la tranquilizó, pero la asustó al mismo tiempo.

—¿Ya?

Aidan luchó contra aquella voz de su conciencia que le advertía sobre las consecuencias de aquello. Pero no importaba. Estaba dispuesto a dejarse guiar por primera vez por sus impulsos y a romper las reglas. Quizás, en ese sentido, seguía siendo humano: totalmente irracional y débil a las emociones.

«Ya no hay vuelta atrás», le dijo una voz como advertencia.

«Lo sé», le respondió.

—Abre los ojos, Brianna Laidhart.

Y vio. Todo estaba blanco a su alrededor, aprisionándola como si ella fuese un barco dentro de una botella de cristal. Entonces, un par de alas cobraron vida desplegándose poco a poco, hasta desaparecer del campo de su visión y dejando entrever los árboles del bosque. Para no perderlas de vista, Brie se dio la vuelta y las encontró de nuevo frente a sus ojos, pero esta vez estaba Aidan con el torso descubierto, entre una y otra como un tendón que une ambos huesos. Estas parecían una extensión más de él, como un brazo o una mano, solo que mucho más incontrolables. Nunca le pareció tan hermoso, ni tan real. Era él, sin duda, era él. Ese era el verdadero Aidan Grivaldi.

Brie se llevó una mano a los labios y se encogió incapaz de entender cómo aquello podía existir. Al alzarlas, el sol que se filtraba entre las ramas contorneó las plumas de sus alas volviéndolas incluso más bellas de lo que ya eran.

—¿Co… cómo?

Él las volvió a bajar hasta situarlas a su altura, lo que le permitió obsérvalas detenidamente a un palmo de su rostro. Entonces, tuvo una idea. Tenía que intentarlo. Era la única manera de constatar que aquello era real. Si tan solo pudiese…

Alargó la mano tímidamente.

—Adelante —la invitó él.

Y lo hizo. Palpó aquella suavidad infinita que parecía lo más cercano a tocar el mismísimo cielo. Repasó con los dedos las hileras de plumas que formaban el borde del ala, hasta llegar a su extremo, solo para cerciorarse de que existían.

—¿Esto… es real? —le preguntó dudando una vez más.

Él asintió con una sonrisa. Ella lo miró, esta vez con una mirada muy diferente a todas las que le había dedicado. Una mirada que le golpeó fuertemente en el cajón de sus recuerdos. «Giovanna».

—Ya sé quién eres.

—¿Y quién soy?

El corazón de Aidan bombeó con fuerza. Ella se acercó hasta quedar a unos pocos centímetros de él.

—*Himantopus himantopus* —soltó Brie muy seriamente.

Aidan estalló a reír como nunca, pero también en cierta parte aliviado por la contestación. Ella se unió a su risa. Él le cogió el rostro entre las manos y apoyó su frente en la de ella. Brie soltó un suspiro ahogado.

—Tranquila, no tengas miedo.

—No lo tengo.

Quizás no era miedo la palabra exacta para describir lo que sentía.

—¿Sabes quién soy en realidad?

Asintió.

—Mi ángel de la guarda —respondió.

Aidan volvió a reír.

—Así es.

Ella sonrió.

—Ahora todo tiene un poco más de sentido.

—¿Ah, sí?

—Por eso has estado acosándome todo este tiempo, ¿no? —dijo ella, encontrándose con su mirada.

Aidan se mordió el labio para aguantar la risa, pero un breve sonido se escapó de entre sus dientes.

—Perdona, pero has sido tú la que me ha estado acosando a mí.

—¡Eso no es cierto! Tú…

—¿Yo qué?

—Tú has estado siempre apareciendo de la nada —se quejó ella.

—Corrijo, he estado apareciendo en el momento oportuno. Cuando te caíste de la bicicleta, cuando necesitaste un compañero para el museo, cuando Olivia y sus arpías te atacaron, cuando…

—Tú —le interrumpió, diciéndose a sí misma—. Tú has aparecido en mis sueños. ¿De verdad eres…? ¿Hay más como tú? —Su cabeza estaba llena de preguntas y nuevas posibilidades.

—Sí, pero no me puedes cambiar por otro.

Brie rio poniendo los ojos en blanco.

—Esto es surrealista.

—En realidad está prohibido, que lo sepas, no puedes decírselo a nadie, prométemelo.

—¿Y quién me va a creer?

—Promételo.

—Sí, lo prometo.

—Bien, ahora vamos a dar un paseo.

Aidan la cogió de la cintura.

—¿Qué?

Entonces, vio cómo sus pies se separaban del suelo y comenzaban a alejarse. Al segundo se aferró al cuello de él.

—Ay, Dios…

—Tranquila, Brianna, mírame.

Ella lo miró, con todo el sol bañando su rostro y sus ojos más verdes que nunca. El batir de sus alas se volvió impetuoso hasta el punto de que les revolvió el cabello. Estaban a varios metros por encima del nivel de la tierra. Volaban.

—Esto no es real.

—Ven, te voy a dar la vuelta, ¿vale? Necesito que veas esto.

Ella soltó su cuello, todavía sintiendo sus grandes manos sobre su cintura que giraban su cuerpo, después se cruzaron sobre su pecho para mantenerla fuertemente agarrada contra él. Aquello le permitió ver lo mismo que él observaba: todo el valle de Deerwoods. Su espléndido lago, sus montañas y su atardecer. El sol parecía dejar escapar una corona de rayos entre las nubes en señal de despedida. Nunca había visto una puesta de sol parecida. Es más, nunca había volado en brazos de un ángel.

Tomaron altura y los árboles se empequeñecieron más y más bajo ellos, parecían estar abandonando las fronteras del valle en busca de otros igualmente hermosos. Ahora las copas de hojas que sobrevolaban parecían adquirir el aspecto estrellado de los remates de un brócoli romanesco. Sus follajes se debatían entre verdes, amarillos, rojos y naranjas creando un arrecife de colores terrestre. Solo en los bosques de New Hamphire se podían percibir cinco, siete o veinte tonos de rojo diferentes. Y cada uno era especial y único, como manchas de pintura

escarlata desperdigadas y acogidas por sus compañeros precoces, todavía susceptibles a la metamorfosis otoñal. Otros habían perdido por completo sus abrigos de hojas, y se dejaban ver desnudos y grises como si fuesen los ancianos de la comunidad, augurando la llegada del invierno.

Esquivaron una carretera que cruzaba el patrón de la naturaleza, como único signo de la civilización, pues no convenía, para ninguno, dejarse ver los juiciosos ojos del mundo racional.

Estaban bajo perspectiva de las aves: aquella inaudita vista para la óptica limitada humana, si no fuese porque por entonces ya existían drones que captaban imágenes similares. Pero observarlo con tus propios ojos…, eso era cosa totalmente distinta. No existía ninguna posible comparación.

—Increíble, ¿no crees? —le susurró él al oído.

Brie empezó a reír de incredulidad. «¿Esto me está pasando a mí?», se preguntó desorientada. «¿Estoy despierta?».

Las sombras poblaron la colcha bordada en árboles que cubría las ondas delineadas de la superficie. La luz solar les había abandonado, definitivamente, hasta el próximo día.

—¿Qué te parece si seguimos al sol?

Ella no tuvo tiempo para responder. Aidan cambio el ritmo del batir de sus alas a uno más fuerte y sonoro que los llevó a la altura de las nubes. Estas comenzaron a disiparse a medida que las cruzaban, pero también se volvían de tonalidades rosadas que les iluminaron el tono de la piel. Alcanzaron los últimos vestigios de sol del día y, después de aquel ultimo baño de luz, se dejaron caer de nuevo hacia las sombras.

Esta vez sobre el paisaje natural, se inclinaron horizontalmente, y Brie se agarró más fuerte, pues sus pies ahora colgaban hacia el vacío.

—Extiende los brazos.

Ella dudó al principio, pero cuando se percató de cómo él seguía aferrándose a su cuerpo, decidió realizar un acto de fe y extenderlos como si fuese un avión. Cerró los ojos dejando que el viento le acariciase el rostro y, sin poder evitarlo, sonrió de pura y verdadera felicidad. Por un segundo, se sintió como un águila que planeaba con sus alas extendidas.

Libre.

Abrió los ojos deleitada porque el sueño todavía fuese real. Entonces cambiaron el rumbo. Juntos, se dejaron bañar por los cúmulos de vapor que gobernaban el aire. Y Brie perdió completamente el sentido de la orientación. Poco después, comprendió que habían comenzado a descender y, asustada, se volvió a agarrar a sus brazos. Pero Aidan redujo la velocidad y terminaron dejándose caer sobre su lugar secreto de nuevo, como dos plumas ahora acatando la ley de la gravedad.

Sin separarse, se miraron el uno al otro sin decir absolutamente nada.

Brie estaba conmocionada, como cuando leía un libro fascinante que no podía dejar de leer hasta alcanzar el final, para quedar del todo satisfecha. Ahora el libro había quedado abierto y las palabras, antes sin sentido, se habían vuelto legibles, pero rozando la línea de lo fantástico. No, de lo imposible.

Aidan intentaba convencerse de que no acababa de tirar por la borda casi seiscientos años de esperanzas y trabajo. Y aunque había millones de posibilidades de que así fuera, acababa de recuperar al verdadero Nastagio Grivaldi del pasado, tan lleno de errores y faltas, pero con una capacidad inabarcable de amar y ser amado. Él era su verdadero ser, aquel que quiso creer por perdido y olvidado. Y si tenía una parte de sí mismo, solo necesitaba la otra, una que le había

dado hacía mucho tiempo a Giovanna de los Rimini.

Episodio XIV

Al principio pensó que Giovanna se había envenenado con algún tónico. Sin embargo, después de beberlo, no se evidenció ningún síntoma; es más, ella parecía mejor que nunca, por lo que Nastagio se calmó. Lo siguientes días pasaron con toda naturalidad, entre quehaceres y obligaciones. Pero al quinto día, ella dio la noticia a su marido Arnoldo y a los sirvientes de la casa de que estaba embarazada. Aquello se festejó con una gran recepción a la que acudieron los familiares de Arnoldo y la familia de Giovanna, incluida su hermana. Todos esperaban ansiosos y felices la llegada del nuevo miembro de la familia Ferruci. Todos excepto Nastagio, que observa la escena con intranquilidad desde las sombras. Aunque en cierto modo se alegraba por ella, pues quería que su vida continuase y diese fruto, al mismo tiempo sospechaba de sus acciones.

«¿Qué es lo que tomaste, Giovanna?», se preguntaba como único testigo invisible de su crimen nocturno.

No comprendía cómo habían cambiado los acontecimientos, solo sabía que algo tenía que ver con aquella pócima que Giovanna ingería cada tres o cuatro días. A veces le disgustaba tanto que ella tenía que hacer un esfuerzo enorme por tragarla, a pesar de que quería vomitarla al segundo. Aidan no entendía mucho de remedios fertilizantes, pero aquel desde luego no le trasmitía ninguna confianza.

Un día decidió seguir a la criada que se lo suministraba. Descubrió que un boticario de mala muerte que vivía en los límites de la ciudad era quien lo fabricaba. Tenía todo un taller donde preparaba una serie de remedios caseros con plantas y especias. Muchas mujeres acudían a él, igual que Giovanna, para pedirle un hijo. Otras, en cambio, para deshacerse de ellos. Nada de lo que salía de aquel lugar podía ser bueno.

Una de las noches en las que Giovanna debía beber el tónico, se le escurrió de entre las manos y se derramó por el suelo. Ella se alarmó al segundo.

—Maldita sea, cómo he sido tan estúpida de tirarlo. Benedetta, ven aquí ahora mismo.

La sirvienta apareció poco después.

—Necesito que vayas a por más. Tengo que tomarme uno esta noche.

—Me temo, señora, que tendrá que esperar, ayer me dijo el boticario que realizaría un viaje a Venecia para recoger especias y que regresaría en dos semanas.

—¡No puede ser! Debe de tener algún aprendiz, ve corriendo y llama a su puerta, es de máxima urgencia. Él me dijo que… ¡Tú ve! ¡Corre, no me falles!

Giovanna, alterada, recogió el líquido derramado en el suelo con uno de sus pañuelos limpios. Después esperó ansiosa a la llegada de su sirvienta. Esta apareció después de una hora con las malas noticias que esperaba. El taller estaba cerrado, el boticario debió de haberse marchado aquella misma tarde. Sin saber qué hacer, se llevó el pañuelo manchado a la boca y trató de

absorber lo que quedaba del tónico.

«¿Tanto lo necesitas?», le preguntaba asqueado Nastagio retirando la mirada. «¿Qué es lo que estás tomando, Giovanna? ¿Por qué haces eso, insensata?».

Ella se llevó las manos al vientre y se echó a llorar.

—Lo siento, lo siento —repetía desconsolada.

«Oh, Giovanna», le dijo él en el silencio que ambos compartían. Después mandó una ligera brisa contra el rostro de ella para amenizar sus punzantes lágrimas. «Le has dicho a todos que estás embarazada, pero no es verdad, ¿me equivoco?». Ella pareció responderle con un llanto descontrolado. De hecho, se fue a la cama entre sollozos, y Nastagio le hizo compañía hasta que llegó Arnoldo borracho a la madrugada. Para entonces, ella ya se había calmado, pero cuando su marido se acercó a ella notó que la temperatura corporal de Giovanna era más alta de lo normal y despertó al servicio para que la atendiesen.

Entre todos la dispusieron sobre el lecho y le colocaron trapos de agua tibia sobre los brazos y la frente. Sin embargo, Giovanna parecía no parar de sudar y sudar. Pasaron toda la noche cuidándola, incluido Nastagio, quien enviaba suaves brisas sobre su piel, pues era lo único que podía hacer.

A la mañana siguiente la fiebre descendió. Arnoldo se marchó al campo donde tenía asuntos que atender durante los próximos tres días. Antes de su partida, hizo llamar al doctor de la familia, uno de los mejores de Florencia, para que examinase a Giovanna. Este declaró que parecía tratarse de algún tipo de intoxicación y pidió al servicio de cocina que le preparasen solo caldos y papillas durante una semana.

Todos en la casa temían por la recuperación de su señora, y por su supuesto y prematuro bebé. Cada quince minutos se le cambiaban los paños, pues a medida que pasaba el tiempo la temperatura de Giovanna crecía y crecía.

Nastagio, desde las sombras y desde la impotencia, observaba cómo el ser que más amaba en la tierra comenzaba a perder su color y su viveza corporal. Debía escuchar los continuos delirios proferidos por su boca. En muchas ocasiones, Giovanna hacía que hablaba con su padre, sobre los libros que quería leer y lo que ya había leído. Pero una tarde, cuando no había ninguna sirvienta en la habitación, ella le llamó:

—Nastagio. ¿Dónde estás?

Él reaccionó al segundo y no respondió, pues sabía que no tenía sentido hacerlo.

—¿Por qué siento tan próxima tu presencia? Nastagio, respóndeme, Nastagio.

«Estoy aquí, Giovanna, he estado aquí durante todo este tiempo».

—Perdóname. Tienes que hacerlo, he sido una cobarde.

«No, eres el ser más valiente que conozco. Hiciste lo correcto. Yo soy el cobarde aquí, si estuviese vivo podría sostenerte la mano ahora mismo y no puedo, porque yo mismo me maté».

—Te he querido tanto… ¡Nastagio! Vuelve conmigo. Vuelve.

La sirvienta Benedetta regresó al escuchar sus gritos y la destapó un poco de las mantas para evitar que le subiese de nuevo la temperatura.

—No se preocupe, señora, estoy aquí.

—No, él no está. No está. No está —repetía delirando.

«Perdóname tú a mí, Giovanna. Debí casarme contigo el día que nos comprometimos, nada de esto hubiera pasado si yo hubiese sido capaz de seguir los deseos de mis padres. Que nos comprometiesen fue una de las mejores decisiones que tomaron por mí. Quizás nunca te hubiese conocido si no fuera por ellos».

Como si ella hubiese sido capaz de escucharle, dejó de gritar y se quedó dormida con una media sonrisa pintada en el rostro. Nastagio la observó al pie de su cama dormir durante largas horas, sin cansarse. La había amado cuando estaba vivo, la amaba aún más ahora que estaba muerto. Sufría solo de verla en aquella situación tan frágil y moribunda. Y rezaba, como nunca antes, a cada instante por su recuperación.

A las tres de la madrugada para ser exactos, Giovanna le volvió a llamar en un suspiro:

—Nastagio, mi querido Nastagio.

Él seguía allí, arrodillado, simulando que la cogía de la mano con la suya etérea a la luz de una vela. Benedetta, en cambio, dormía profundamente apoyada en una silla contra la pared.

«Dime», respondió.

—Todo está bien —fue lo único que dijo.

Realizó un hondo respiro y su cuerpo no volvió a llenarse de aire.

Nastagio observó horrorizado cómo el alma de Giovanna se desligaba de su cuerpo muy lentamente. Una luz irrumpió en la habitación. Una luz tan potente que el propio Nastagio luchó por abrir los ojos para poder observar aquella escena. El alma de su querida Giovanna se alzó del lecho como un velo de plata que dejaba pasar la luz en una combinación de colores. Él quiso seguirla, pero algo se lo impidió. No estaba listo para hacerlo, no era su momento, no todavía.

«¡Espera! ¿A dónde vas? Llévame contigo», la llamó.

Giovanna le miró por primera vez. Él atrapó su mirada al segundo y vio cómo ella le mostraba su más sincera sonrisa, transmitiéndole una paz infinita. Con aquel pequeño gesto, Giovanna quería decir tantas cosas que él todavía no podía comprender. Sin embargo, le devolvió la sonrisa, con el gesto cargado de tristeza y pesar. Después, ella le dio la espalda y se adentró en la luz desapareciendo para siempre de su vista.

«Nos volveremos a ver en la próxima vida, Giovanna. Me ganaré otra vida para volver a verte».

Capítulo 17

Como una astrónoma atrapada en la bóveda celeste, no podía dejar de mirarle. Intentaba prestar atención al profesor, pero le era sumamente difícil concentrarse. En su mente viajaban teorías y teorías sobre el porqué, la razón, el sentido… A penas había pegado ojo aquella noche, y lo que es más, había estado soñando con un par de alas blancas, inmensamente hermosas e increíblemente reales. Al despertar creyó que todo había sido producto de su imaginación, sin embargo, cuando se encontraron el cruce de caminos, Aidan lucía distinto, casi como avergonzado. Ella le había sonreído, pues aquello había confirmado que todo era extraordinariamente cierto.

Dejó de tomar apuntes y tornó su cuello para mirarle. Él estaba simulando escribir de aquella forma tan convincente suya, sentado a medio metro más a su izquierda. Ya no era Aidan Grivaldi, era otra persona, o quizás otro ser que no pertenecía a su mismo mundo.

—Deberías dejar de mirarme. Te vas a perder ciertas cosas importantes de Biología.

Pero Brie no reaccionó hasta pasados unos segundos, cuando por centésima vez en toda la primera media hora de lección se obligó a prestar atención a la clase.

—Tú me pasarás los apuntes —susurró por lo bajo—, después de todo, eres mi ángel de la guarda.

Aidan rio por lo bajo y dijo:

—Me acaban de caer un montón de responsabilidades.

—Oye, si no vas a colaborar, creo que me gustaría hablar con tu supervisor.

Entonces, él rompió la punta del lápiz y apretó los labios para no estallar a reír. Ella lo volvió a mirar y él le sostuvo la mirada.

—Atiende —la regañó él.

Brie obedeció, pero con una sonrisa en sus labios poco habitual. Aidan se deleitó al contemplarla.

Mostrarse a Brianna como ángel jamás había estado previsto dentro de su plan, pues era una de sus normas.

No.

Era *la norma* a cumplir.

La discreción. No revelar en ninguna circunstancia quién era. Y ahora, por primera vez, había desvelado uno de los muchos secretos con los que había convivido durante siglos y todavía no comprendía qué le había llevado a hacerlo. Lo único positivo de la situación era que Brianna por fin había comenzado a confiar en él, o eso era lo que había dado a entender. Al menos, ahora estaba un poco más cerca del corazón de Brianna. Y si tenía suerte, ella se enamoraría pronto de él, antes de que los de arriba se enterasen de lo ocurrido.

—¿Hay más como tú? —preguntó ella al salir de clase.

—¿Quieres decir de mi especie?

—Sí, bueno…

Aidan se rio de ella. Ambos caminaban por el pasillo hacia la biblioteca, pues era la hora del descanso.

—Me refiero…

—¿Te refieres a chicos con alas? —concluyó él.

—¿Qué sois?

—Un experimento fallido —susurró él.

—¿Hablas en serio?

Él volvió a reír y ella se enfadó.

—Deja de quedarte conmigo. ¿Eres un ángel o no?

—Digamos que sí. —Torció la boca en una mueca.

—¿No lo eres?

—Bueno, estoy aquí en la tierra, de forma que no soy del todo ángel.

—¿Existe el cielo? —Fue lo primero que vino a su mente, tenía tanta curiosidad, como si ahora todo lo que había sido irreal o fantasioso pudiese llegar a ser cierto.

Él asintió.

—¿Y Dios?

Volvió a asentir.

—¿Le has visto?

—Sí, el otro día me invitó a tomar el té, mientras una bandada de angelotes tocaba instrumentos y nos halagaban.

Por un segundo, ella se creyó su mentira y él se volvió a reír de ella.

—¡Estúpido! No, en serio, cuéntamelo todo.

—Créeme, necesitarías una vida para saberlo todo, Brianna Laidhart, y solo tienes una.

«O quizás alguna más», añadió él en su mente.

—¿De verdad existe Dios?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque… le vi una vez.

—¿En el cielo?

Él negó con la cabeza.

—Esa es una historia que algún día te contaré.

—¿Qué? ¡No! Cuéntamela ahora, tenemos tiempo, es el descanso.

Se pararon frente a la taquilla de ella.

—Los libros —dijo él señalando la taquilla.

—¿Naciste así? ¿O te convertiste en ángel?

Él dirigió la mirada de nuevo a la taquilla. Brie puso los ojos en blanco y decidió abrirla mientras decía:

—Ya sé por qué no estás en el cielo.

—Porque me encomendaron la misión de cuidar de adolescentes tercas como tú —murmuró él.

Ella lo miró.

—¿Cómo?

Él frunció los labios queriendo morderse la lengua.

—¿No eres adolescente? —Él desvió la mirada—. ¿Cuántos años tienes?

—Eres un poco descarada, ¿lo sabías?

Brie dejó los libros de Biología e Historia y cogió los de las lecciones de la tarde. Después cerró de un portazo y continuaron andando por el pasillo.

—Vayamos afuera —propuso ella.

—¿Afuera? ¿Qué ha pasado con lo de ser ratones de biblioteca?

—En la biblioteca no te puedo interrogar.

—Ya veo por dónde vas… En ese caso, volvamos a la ratonera.

Brie lo paró en seco.

—No, por favor. No puedes mostrarme eso y luego pretender como si todo fuese…

—¿Cómo?

—Ya sabes, normal.

Aidan fingió que aquello le había dolido y se tocó le pecho. Brie volvió a tornar los ojos.

—Estaba bromeando, venga, vamos afuera. —La tomó de la mano y tiró de ella.

En pocos minutos estaban en el jardín exterior de Osborne, por primera vez desde aquellas semanas juntos. La gente se paró a observarles como si fuesen un par de alienígenas saliendo de su nave. Aidan soltó su mano y le pasó un brazo por los hombros estrechando su costado al suyo.

—Pero ¿qué haces? —dijo ella entre dientes y algo alterada.

—Nada, solo divertirme un poco.

—¿Provocándoles?

—Mira la cara de Charlotte —susurró Aidan—. Está pálida.

Brie se atrevió a levantar el rostro y al segundo se topó con la mirada en llamas de Virginia Ainsworth, que todavía seguía enamorada de Aidan, aunque le había dicho a todo el mundo que lo había superado. Charlotte también les observaba rodeada por Olivia y sus amigas con la exacta expresión que había descrito Aidan.

—No creo que esto sea buena idea…

Él la llevó por uno de los senderos de arbustos y, al pasar por delante de algunos de sus compañeros de clase, estos se los quedaron mirando con extrañeza.

—Solo faltaba que sacases tus alas.

—Aunque me encantaría, creo que con que lo sepas tú es suficiente.

—Sí, yo también lo creo. —Rio ella—. Ya es bastante rareza el que seas mi amigo.

Él la miró arqueando una ceja.

—¿Sigo siendo tu amigo? Yo diría que hemos pasado al puesto de ángel de la guarda, ¿no?

Ella se sonrojó.

—¿Y qué significa eso exactamente?

Se pararon frente a un banco de piedra que estaba bajo uno de los árboles del jardín. Él la obligó a tomar asiento y, cuando estuvieron acomodados, por fin respondió:

—Que debo protegerte y estar a tu lado.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que no me necesites más.

—¿Y cuándo te he necesitado?

Él guardo silenció, dejando que las demás voces bulliciosas del jardín conquistasen la atmósfera. Llegaron a oír incluso la adulterada risa de Olivia al otro lado del jardín.

—¿Recuerdas ese día que faltaste a clase? —dijo él al fin.

—Yo no… Ah, sí, ese día.

—Fui a visitarte —confesó él.

—¿Qué? ¿Hiciste qué? ¡No!

—Descubrí lo que habías hecho.

Brianna agachó el rostro, avergonzada.

—Pero… —intentó decir.

—Tuve que salvarte, podías haber muerto.

—Tú. —Le miró al fin, fascinada—. Eras esa voz.

Brie comenzó a encajar las piezas en el rompecabezas que había estado inconcluso en su mente.

—¿Cómo me salvaste?

—Te seguí hasta la tierra de los casi muertos.

—¿Dónde?

—El limbo.

—Ah. ¿Eso existe? ¡Pues claro que existe! ¿Y el infierno?

Él asintió.

—¿Tú lo has visto?

—No, pero he conocido a algunos que han estado.

—Te estás quedando otra vez conmigo.

—No, lo digo en serio, existe. Pero eso da igual, lo que quería decirte, Brianna, es que nuestras vidas están escritas.

—¿Qué?

—Los de arriba escriben el destino al que estamos ligados, y tu destino era encontrarme a mí, como el mío era encontrarte.

—¿Los de arriba? No entiendo.

—Lo sé, son demasiadas cosas que asimilar. Solo intenta comprender por qué estoy aquí contigo y por qué he estado contigo desde el principio.

—Pero… ¿y Virginia?

—Creí que era ella la que necesitaba ese ángel de la guarda. Pero eras tú.

Brie le sostuvo la mirada, con un nudo en la garganta por la intensidad con la que él la miraba.

«Pero eras tú».

«Tú».

—Comprendo. Te equivocaste de chica desesperada.

—Ouch, eso ha sido demoledor —bromeó él rebajando la tensión del momento.

—¿Y en qué más te puedo necesitar?

Aidan se limitó a responder dirigiéndose a todos aquellos que los observaban, más o menos disimuladamente, en el jardín de Osborne.

—A olvidarte de ellos, Brianna, a no dejar que dominen tu vida y tus emociones, ni a que te hagan sentir vulnerable y sola. Ahora yo soy tu apoyo. —La tomó fuertemente de la mano—. Estás conmigo.

Sus mejillas volvieron a encenderse, quiso dejar de mirarle y oírle, pero le fue imposible, la había capturado con su tan característico encanto.

—Todos necesitan un ángel de la guarda, Laidhart, hasta la mismísima Olivia Lavender. Solo que algunos lo necesitan más que otros, como tú.

Ella se mordió el labio, había tocado su fibra sensible, otra vez.

—No lo puedo creer. ¿Por qué? ¿Y qué ganas tú con todo esto? ¿Lo haces por mí o porque los

de arriba te pagan?

—Porque es mi deber, eso es lo que hacen los ángeles de la guarda.

Sin embargo, ella no le creyó, nadie hace nada por caridad en estos tiempos, menos Aidan.

—Irás al cielo… —especuló ella.

—Eres la chica más lista de la clase después de todo —declaró con resignación—. Sí, efectivamente, entraré en el cielo. Pero ¿no te das cuenta, Brianna? Los dos ganamos.

—¿Y si no te necesitara?

—Si no me necesitaras no estaríamos aquí sentados el uno frente al otro. Mientras me necesites, estaré aquí. Contigo.

—¿Como un mayordomo?

—¿Desde cuándo los mayordomos tienen alas, princesita?

—Desde luego, eres un mayordomo muy particular —declaró ella acomodándose sobre el banco—. Y dime, ¿qué pasará cuando no te necesite?

—Me marcharé de tu vida y de todos los que te rodean.

—Umm, entiendo. Pero pongámonos en la hipotética situación de que siempre te necesitase. ¿Tendrías que renunciar al cielo?

—Créeme, llegará un momento en el que seré prescindible en tu vida. Todo tiene un orden inquebrantable, Brianna. A veces dos se juntan en un momento muy preciso de sus vidas y se separan cuando deben hacerlo. Todo está escrito y regido por hilos invisibles que ni tú ni yo podemos controlar.

—¿Quién es Marxias?

—¿Cómo demonios sa…?

—Te seguí… —confesó ella, algo arrepentida, mientras miraba hacia sus zapatos de charol que transcurrían por el pasillo de Osborne.

—¿Me has estado espiando?

—¡Tú me has estado ocultando que eres mi ángel de la guarda!

—No es precisamente algo que se le pueda contar a los humanos cotillas como tú.

Brie frunció el ceño.

—¿Qué?

—No es nada, solo es raro que nos llames «humanos», como si fueses…

—¿Un extraterrestre? —se burló él.

—Algo parecido. Pero has dicho que no eres un ángel del todo, ¿qué eres?

—Ahora soy una criatura celeste-terrenal.

—Qué científico suena y, sin embargo, sigue siendo totalmente irracional.

—La vida es irracional.

Brie puso los ojos en blanco ante aquella pedantería que tan bien conocía.

—¿No deberíamos ir en la dirección contraria? —dijo él cuando vio que Brie tomaba el camino de la derecha.

—Eh, sí, toca…

—Esgrima.

—Oh, no —se lamentó ella y volvió a su lado a regañadientes.

—No te preocupes, hemos practicado, sabes cómo hacerlo.

—¿Lo sé? —preguntó ella casi retóricamente.

Aidan se paró de golpe y la miró con decisión.

—Sí, lo sabes —concordó con tono autoritario.

—No quiero. Me tocará contra alguien que sepa y me tirará al suelo y… se reirán de mí.

—Eso no va a pasar.

—¿Y si…?

—Nadie se va a reír de ti, Brianna Laidhart. No dejaré que ocurra.

Ella mostró una sonrisa ladeada y se le formó un casi imperceptible hoyuelo. «Qué tierno», pensó él. Era la primera vez que contemplaba aquel gesto.

—¿Vas a mostrar tus alas y dejarles sin aliento? —le preguntó ella.

—Bueno, tengo varias armas con las que jugar, pero si la situación…

Brie se lanzó contra su pecho en un abrazo y Aidan contuvo la respiración. Por un segundo, su cuerpo se suspendió y sintió como si sus extremidades se hubiesen vuelto de cera, casi como si Brianna fuese la llama que las consumiese. Ella, por un segundo, escuchó el sonido ajetreado de su corazón y quiso creer que era el suyo y no el de Aidan.

Nada más darse cuenta de lo que estaba haciendo, se separó bruscamente.

—Gracias.

Él no dijo nada y Brie echó a andar por el pasillo con la sangre en sus mejillas, agradecida de que Aidan no pudiese verlo. Se separaron para ir cada uno a sus respectivos vestuarios. Brie todavía seguía conmocionada mientras se vestía con el traje de esgrima que ni siquiera escuchó los murmullos despectivos que despertaban Olivia y sus amigas en referencia a su reducida talla de sujetador. Pero sí una conversación que mantenía Kelly McGuire con Tanya Anderson, justo a su derecha.

—Se llama Thomas Carter y, según he oído, viene de Misisipi —decía Tanya entre murmullos.

—¿Quién? —preguntó Cassie, una de las estúpidas amigas de Olivia y Charlotte.

—El chico nuevo —aclaró Kelly McGuire poniendo los ojos en blanco—. ¿Todavía no te has enterado? Ha venido esta mañana, se sentó a mi lado en clase de Lenguaje Musical.

—¿Y cómo es?

—Solo tienes que verlo, no se puede describir con palabras.

—¿Es más guapo que Aidan? —preguntó Cassie, entusiasmada.

—Sí, bueno, casi tan guapo como Aidan —concretó Tanya en una sonrisa.

Brie se levantó del banco del vestuario y, cogiendo una careta, se marchó por la puerta hacia la clase de esgrima. Las chicas la miraron mientras se movía y Olivia, que había estado escuchando la conversación, dijo desatando multitud de risas:

—Esperemos que ese tal Thomas no tenga tan mal gusto como Aidan.

Mientras, en el vestuario de chicos, Aidan se cambiaba todavía pensando en cómo su relación con Brianna comenzaba a caminar hacia adelante. ¿Si había hecho lo correcto en demostrarle quién era en realidad? No lo sabía, tampoco quería mortificarse con la idea, no ahora que veía algún tipo de progreso entre ellos dos. Y, por otro lado, se sentía tan libre de haberse mostrado al fin, aunque hubiese significado romper las reglas. Ya no tenía por qué esconderse más. Aunque ella todavía no conociese del todo cuales eran sus pretensiones y pensase de verdad que él era su ángel de la guarda.

—¿Y vienes de Misisipi? —preguntó Matt.

Aidan levantó la mirada. Había un chico que acababa de llegar al vestuario y dejaba sus cosas colgadas en una de las perchas. Lo reconoció.

—¡TÚ! —gritó Aidan.

Se levantó de golpe y se abalanzó contra él.

—Pero ¿qué cojones? —gritó Matt.

Los chicos corrieron a separarlos, pero Aidan ya lo tenía agarrado de la camiseta blanca y con un brazo le apretaba el cuello contra la fría pared del vestuario, estrujándolo. Todos armaron revuelo ante aquella escena y se cayó uno de los bancos en un estridente ruido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Como te acerques a ella te mato.

El muchacho lo miraba sonriente, a pesar de que su rostro estaba rojo por falta de aire.

—Menudo recibimiento.

Aidan apretó los dientes al mismo tiempo que ejercía más fuerza contra él en un intento de asfixiarlo por completo. Matt finalmente consiguió desatar el fuerte nudo con el que Aidan se había amarrado al chico nuevo.

—Te lo digo en serio —le señaló con el dedo, con el rostro enfurecido y fuera de sí—. No tendré piedad como la última vez, Anteros.

—Eh, calma, calma —le decía Matt agarrándole por la cintura para tenerle todo lo separado posible.

Athos, o Anteros, como se le conocía profesionalmente, recuperó el aire y la compostura, y siguió sonriendo a Aidan. Lo que fue suficiente para motivarlo a atacar de nuevo, pero esta vez fue parado por Fred y Peter.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Conoces a ese tipo? —le dijo Matt una vez se hubo calmado.

Aidan, sin retirar la mirada de Athos, respondió:

—Antes éramos amigos, ahora no se puede confiar él.

—Entiendo —convino Matt aún con el ceño fruncido—. Pero cálmate, ¿vale?

Aidan asintió, sin dejar de mirar con desconfianza a Athos. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Quería acercarse de nuevo a Brianna? No lo permitiría.

Terminó de vestirse, tomó una careta y fue a clase. La profesora Dankworth estaba a punto de pasar lista cuando encontró a Brie apoyada contra la pared alejada del resto y decidió ir a su encuentro.

—Ey —dijo ella, y mostró una pequeña sonrisa, pues agradecía el que ya no estuviese sola esperando, mientras observa a todos los demás.

—Ey —respondió él.

Brie enseguida se percató de que parecía inquieto y le preguntó:

—¿Pasa algo?

—No —mintió, no quería preocuparla, solo que se centrase en el deporte—. Nada, lo harás genial.

La profesora Dankworth pasó lista y cuando terminó dio unas orientaciones para los ejercicios que tendrían que practicar en parejas. Aidan se posicionó para enfrentarse a cualquiera que fuese su oponente, pues toda su atención iba desviada a Athos, quien hablaba con la profesora sobre su nueva admisión dentro de la escuela. Ella le orientó lo mejor que pudo y le puso a trabajar con Kelly McGuire, quien despertó envidias en todas las demás chicas de la clase.

Aunque Aidan se movía en uno y otro movimiento con su tan característica gracilidad, no separaba sus ojos de los de Athos, siempre atento a que se encontrase a cierta distancia de Brianna.

También reparó en ella, quien parecía haber mejorado considerablemente sus habilidades. ¡Cuánto le habría gustado estar frente a Brie en el lugar de su oponente! Solo así podía

asegurarse que *él* no se acercase a ella ni lo más mínimo.

En cambio, la profesora Dankworth se percató de que Kelly McGuire era una pésima compañera para el chico nuevo, pues apenas se concentraba y se pasaban los minutos hablando. Aquel alumno nuevo, Thomas, no sabía tampoco mucho del arte de la esgrima, y no lo culpaba, tratándose de su primer día. Cansada como estaba de repetir una y otra vez las lecciones, puso los ojos en blanco y gritó:

—¡Grivaldi!

—¿Sí? —contestó él al instante.

—Ven aquí, por favor.

Aidan bajo el brazo que situaba tras de sí y el que blandía con su espada de frente. Fue hasta donde se encontraba la profesora y la miró, a la espera de sus órdenes.

—¿Podrías enseñar al nuevo los movimientos básicos?

Los chicos, que no hacía mucho habían presenciado una batalla entre ambos, los miraron horrorizados. Matt estuvo a punto de replicar, pero al final calló. Incluso Brie se paró en seco queriendo saber qué ocurría.

Aidan asintió, con la mandíbula más tensa de lo normal, y fue hasta Athos, quien todavía seguía con su máscara. Matt, entonces, se puso nervioso y quiso intervenir, pero sus amigos le pararon.

—Tranquilo, todavía no ha pasado nada —le susurró Fred.

—Precisamente eso es lo que deberíamos evitar —masculló Matt.

Pero lo único que hicieron fue fingir que volvían a los ejercicios cuando la tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo de mantequilla. Aidan se situó frente a Athos como queriendo decir: «no tendré piedad, Anteros, huye ahora que estás a tiempo». Por el contrario, el otro le respondió: «Hoy no perderé, Eros, aunque me arranques las alas».

Comenzaron sigilosamente, no tenían prisa. Iban ganando terreno el uno al otro. El chico nuevo ya no parecía un novato, o eso fue lo que pensó la profesora, ahora sorprendida por aquellos movimientos. Aidan no podía enseñarle nada que el otro no supiese ya, puesto que, a pesar de que Athos había nacido dos siglos después de él, o eso es lo que suponía, aún por aquel entonces se seguía utilizando la espada para defenderse del enemigo.

Llegó un punto en el que la compostura y rectitud de la esgrima les abandonó y se dejaron llevar por el resentimiento y la rabia. Aidan luchaba porque no podía confiar más en él, no después de que hubiese secuestrado a Brianna. Athos, en cambio, tenía unos motivos mucho más profundos, de los que Aidan era perfectamente consciente.

—¿Los tiempos modernos te han oxidado? —farfulló Athos tras la máscara, pues acababa de esquivarle dejándolo en evidencia.

—¡Cállate!

Continuaron peleando y todos dejaron de moverse para observarles. La batalla se había vuelto de lo más interesante y a cada movimiento se escuchaba alguna exclamación, así como las chicas se tapaban los ojos temiendo que alguno acabase herido, aunque las puntas de las espadas fuesen de goma.

—¡Ya basta! —decretó la profesora—. Ya no están jugando limpio. ¡Grivaldi!

Pero ninguno la obedeció, ni siquiera la escucharon. Se tomaban aquel duelo tan en serio que ambos habrían preferido blandir dos espadas puntiagudas con las que atravesar al otro.

—¿Por qué… has… vuelto? ¿Cuántas… veces tengo… que acabar contigo? —le increpaba, mientras trataba de acorralarlo.

—He venido… a limpiar… tus errores.

—¿Qué errores?

Sus hojas chocaron con fuerza amenazando casi con romperse.

—¡Paren de una vez! ¿Acaso no me oyen? —gritaba la profesora con desesperación, a punto de entrar en el duelo para detenerlos.

—Te equivocaste de chica —respondió Athos entre risas.

Aidan aprovechó aquel momento para tirarlo al suelo con una patada. Athos se dio contra el parqué y soltó un quejido.

—Lárgate de mi vista —diciendo esto, lanzó con desprecio su espada justo a un metro de Athos, escurriéndose hasta chocar con la pared.

El abatido se reincorporó y se sacó la máscara, liberando su suave cabello castaño. Brie, que había estado presenciando aquello con el corazón en un puño, lo reconoció enseguida.

«Tú también eres real», se dijo.

Athos la miró con una sonrisa.

—Me alegro de verte de nuevo, querida —dijo dirigiéndose a ella.

Todos la miraron sorprendidos como queriendo saber por qué él la conocía. Brie agachó la mirada.

—¿Qué demonios creían estar haciendo? Han roto cada una de las normas de la esgrima, debería darles vergüenza. Vayan ahora mismo al despacho de la directora y le cuentan lo que acaban de hacer. ¡Fuera!

Aidan salió por la puerta enfurecido. Athos guiñó un ojo a Brianna y le siguió un segundo después.

Todavía con el traje blanco puesto, llegaron al pasillo, sin ninguna intención de ir hacia el despacho de nadie.

—Yo no dicto quién está en mi lista —dijo Aidan al fin, rompiendo el silencio—. No podías hacer nada por impedirlo. Ni yo tampoco.

—Me la quitaste, ¿por qué yo no tengo el derecho de hacer lo mismo contigo? Lástima que no estés enamorado de ella, porque así sufrirías mucho más si…

—¡Cállate! —le gritó, a punto de perder los estribos por tercera vez aquel día—. ¿Qué haces aquí? Se lo diré a ellos, lo que tramas, así que márchate.

—Ellos me quieren aquí.

—¿Por qué? ¿Para que me vuelvas loco?

—No tiene nada que ver con ella. Sino con la chica que has enamorado erróneamente.

—Virginia —respondió Aidan en alto.

—Sí, parece ser que tu sexto sentido ya no es lo que era —se burló.

—Cierra la boca, Anteros.

—Me la quitaste —repitió Athos, ahora con un tono quebrado en la voz—. Sabías que yo…

—Su destino ya estaba escrito —aclaró Aidan, casi sintiendo una nota de compasión hacia él —. El nuestro también, no estamos hechos para amar a ningún ser en esta vida, solo nos queda la esperanza de amar en la que venga después de esta.

Sus palabras fueron claras y contundentes. Después desapareció de su vista, dejándole solo y pensativo en el corredor.

Athos sabía dentro de sí mismo que Aidan tenía razón. Pero aun así continuaba odiándole. En un principio le había aborrecido por haberle arrebatado a la mujer de la que se había enamorado años atrás. Lamentablemente, ella había acabado en la lista de Aidan, truncando su destino

juntos. Después de eso, bueno, había perdido su corazón para siempre. Había jurado vengarse, aun sabiendo que no era verdaderamente culpa de Aidan. Sin embargo, no era ese el motivo por el cual le guardaba tanta ira y rencor. En realidad, era envidia lo que sentía hacia él. Principalmente porque era Aidan quien terminaría pronto su condena. Aquel bastardo iría al cielo, mientras que él continuaría atado a un mundo al que no pertenecía enteramente.

«Algún día, algún día será mi día. Yo también me marcharé, Eros».

Capítulo 18

—¿Quién es Anteros? —preguntó Brie de camino a casa.

—Vaya, no te rindes, ¿eh?

—Bueno, teniendo en cuenta que ese tipo me secuestró, podrías explicarme quién es, solo por precaución.

—No tienes que preocuparte por nada, no dejaré que vuelva a pasar.

—¿Es un demonio?

Aidan soltó un resoplido ante sus insistencias.

—Si no me lo explicas tendré que ir a preguntárselo yo misma —le retó.

—Brianna, no estoy para más discusiones hoy. —La miró desafiante.

—Tiene alas, así que podría ser… ¿un ángel caído?

—Creo que lees demasiadas novelas de fantasía.

Siguió caminando con la mirada puesta en el camino.

—¿Qué hace en la escuela? ¿Está aquí por mí? ¿Qué es lo que quiere?

Aidan se paró en seco.

—Respóndeme, Grivaldi. No puedes decir que eres mi ángel de la guarda y dejar que un individuo no humano potencialmente peligroso y con problemas psicológicos ande por la escuela.

Él siguió sin responder, toda su atención la robaba uno de los viejos muelles del lago que estaba justo a un par de metros hacia delante. Tuvo una idea.

—Ven, vamos a sentarnos —fue lo único que dijo.

Brie lo siguió y, poco después, tomaron asiento sobre la húmeda madera del muelle. Aidan se había colocado justo a la derecha, apoyado en uno de los palos y con las piernas colgando hacia el agua. Ella replegó sus piernas a lo indio y guardó silencio.

—Hay muchas cosas que me gustaría contarte. Secretos. Historias. Pero puede ser peligroso que conozcas demasiado del mundo, me refiero a esa otra parte…, la que tiene alas.

—Pero es que es… fascinante. Tienes que entender que tenga curiosidad. Podrías intentar contarme un poquito, ¿no crees?

Aidan puso los ojos en blanco mientras decía medio riendo:

—No tienes remedio, Brianna Laidhart.

—Quieres ponerle la venda de nuevo a quien ha abierto los ojos. No puedes pretender que yo no quiera saber más. Que no quiera entender por qué tienes alas o por qué Anteros las tiene. Si existe un mundo irracional, lejos de las respuestas matemático-científicas, necesito saber de él.

Aidan sabía que ella tenía razón, había cruzado la línea de lo verosímil para alcanzar el mundo de lo imposible. En cierto sentido, se vio reflejado en ella, pues él también había tenido que pasar por la misma situación de desconcierto, así como por el ansia de entender y conocer el resto de

los mundos. Es más, sabía que el universo de Brianna había pasado de ser bidimensional a convertirse en un prisma lleno de nuevas caras y colores. Y ahora quería saber.

—Quizás nunca debí enseñarte quién era —dijo él, casi como un pensamiento en voz alta.

—¡No! No pienses eso. Te veo de una forma completamente diferente ahora.

Él la miró intensamente ante aquellas palabras y ella agachó la mirada intimidada por haberse permitido decir aquello.

—¿En qué sentido? —preguntó Aidan.

—Bueno —respondió titubeante—, digamos que siento como si te conociese mejor. Aunque siempre he sentido que había algo en ti diferente. Quiero decir… Lo siento, no sé cómo explicarme.

Brie se llevó la mano a la cabeza y se tiró del pelo por la impotencia.

—No te lamentes. Está bien. Me alegro de que por fin confíes en mí. Estoy aquí por ti, Brianna. Nada de lo que haga tiene otro propósito que no seas tú.

Ella se quedó sin aire. Aidan tomó la mano con la que ella tenía asidos sus cabellos y la dejó caer sobre sus rodillas.

—Te estás despeinando.

Le retiró el pelo de la cara y recompuso su suave línea en el medio. Aquellos pequeños detalles eran clave para perturbarla, pues si algo necesitaba Aidan era que los sentimientos de ella comenzasen a florecer como los bellos cerezos en marzo.

Y, una vez más, se autoprotegió retirándole la mirada y desviando la conversación:

—Dime al menos por qué Anteros y tú os peleáis.

«Ya estamos…», se lamentó él. «Seguiré intentándolo la próxima vez».

—Si te lo digo, ¿dejarás de preguntar?

Ella asintió, después estiró las piernas y las dejó también colgando, moviendo una y otra como las extremidades de una juguetona marioneta.

—Hace tiempo le robé una chica que le gustaba.

Brie soltó un grito ahogado. ¿Aidan era esa clase de chicos?

—No es lo que tú piensas —se explicó Aidan, temeroso por distorsionar la imagen que comenzaba a tener de él—. Ella se enamoró de mí y se olvidó de él. A día de hoy, aún me sigue echando la culpa de lo que ocurrió.

—¿Y yo que tengo que ver en esa historia exactamente? —se cruzó de brazos.

—Que eres importante para mí. —La observó con ternura, conociendo el impacto de sus palabras, pues, en cierta manera, no era ninguna mentira. Brianna era quizás, de entre todas, la más importante. Por el contrario, ella disimuló que aquella afirmación no la había influido, pero él era lo suficientemente listo como para percibirlo. Después concluyó, contemplando de nuevo el reflejo de la montaña en el lago—: Así que eres el cebo perfecto para alimentar su venganza.

—Oh, eso me tranquiliza muchísimo.

—Por eso mismo quiero mantenerte al margen de mi mundo y sus problemas —reafirmó él—. No todos los seres con alas son buenos y el amor a veces nos hace cometer algunos de los peores errores, incluso a los que no somos del todo humanos.

Se hizo un silencio de varios minutos. Aidan pensaba en lo que acababa de decir. Solo el amor había podido llevarle al límite, quitándose la vida. Brie, en cambio, no podía entender aquello, pues en realidad no entendía nada del amor, nunca se había enamorado, no todavía.

Observaron la corriente del agua, en especial, las pequeñas olas que surcaban los patos, distorsionando el reflejo del valle. Era realmente hermoso, aunque las espesas nubes dejasen

pasar pocos rayos de sol.

—Aidan.

—¿Sí?

—¿Cómo de viejo eres?

—¿Nunca te dijeron que es de mala educación preguntar la edad? —respondió él burlándose de ella.

—Venga, dímelo. Un momento, ¿es esta tu verdadera apariencia? Quiero decir, ¿cómo eres?

—Sí, mantengo mi apariencia —aclaró él—. Aunque quizás algo más idealizada de lo que en su día fue. Y en cuanto a mi edad, si te lo dijese saldrías corriendo o, ¿quién sabe?, tal vez te tirarías al agua.

—Solo quiero saber… ¿Has estado en la Primera y Segunda Guerra Mundial? ¿Revolución rusa? ¿La *Belle Époque*? ¡Oh! ¿La Revolución francesa? Oh, Dios, tienes que decírmelo.

Él rio entre dientes, su curiosidad era insaciable.

—Quizás un poco más atrás de la Revolución francesa —confesó al fin, mordiéndose el labio, no quería desvelar demasiado.

—¡No te creo! ¿Has conocido a algún personaje histórico?

—Alguno que otro. A Napoleón lo vi una vez desde lejos. Te digo que imponía respeto incluso desde la distancia.

¡Y desde luego que lo hacía! Cualquiera en aquellos tiempos se habría dado la vuelta para evitar un confronte con el ejército napoleónico, al menos durante los primeros años de su expansión.

—Ahora entiendo que seas tan bueno en Historia —murmuró ella complacida de comprender un poco más al misterioso Aidan Grivaldi—. Ya no podemos competir, jugamos en ligas completamente distintas.

Aidan volvió a reír.

—Pero ahora que lo pienso —continuó ella pensando en voz alta—, ¿qué has estado haciendo este tiempo antes de, bueno, de ser mi ángel de la guarda?

—He tenido otras chicas a las que cuidar, Brianna. Pero no te pongas celosa. —Brie rodó los ojos no queriéndose dar por aludida—. Todas ya se fueron de este mundo hace mucho tiempo. Ahora solo me quedas tú.

Después le pasó rápidamente un dedo por la punta de la nariz, desorientándola. Brie bizqueó y se puso roja ante el contacto.

—¿Qué… qué quieres decir con eso?

—Todo ángel de la guarda tiene que ir al cielo, como bien adivinaste antes. Después de ti habré acabado.

Asimiló la información. Comenzaba a entender mejor todo lo ocurrido. También las palabras de Anteros: «Eres la última». Sintió un escalofrío.

—¿Por qué vas a terminar después de mí? ¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —se limitó a decir plagado de confianza.

«Arrogante», pensó ella, sonriendo mentalmente.

—Así que tu trabajo es el de ayudar a otras personas. En este caso, mujeres. ¿Por qué mujeres?

—A veces hay cosas que ni yo mismo puedo responder.

Aidan dejó caer su espalda sobre la madera húmeda del muelle y, con los brazos cruzados bajo la nuca, miró al cielo. Ojalá saliese el sol, aunque solo fuesen unos segundos.

—Eres tan… ambiguo.

—Y tú tan poco complaciente. Debería dejar de contarte cosas.

—Volvamos a los personajes históricos —retomó ella.

—Una vez desayuné con el presidente de los Estados Unidos, James A. Garfield.

—Venga ya, no me lo creo. ¿Es en serio?

Aidan comenzó a reírse y ella le propinó un golpe poco amistoso en la rodilla.

—Deja de quedarte conmigo.

—¡Es verdad! Solo me reía de lo surrealista de la conversación.

—Ah, conque a ti te parece surrealista. Entonces, yo debo de estar soñando.

Callaron. Ella lo volvió a mirar y él atrapó sus ojos ocres al segundo. Aquel día brillaban de forma especial, lo habían hecho desde que se encontraron por la mañana.

—¿Ningún otro personaje memorable? —preguntó.

—¿Define memorable?

—No sé… Descartes, Newton, Shakespeare, Darwin, ¡María Antonieta!

—¿Qué pasa con María Antonieta?

—Nada, solo que la he recordado, siempre tuve curiosidad sobre ella y su estilo de vida estrafalario.

—Bueno, no la llegué a ver en persona, pero sí frecuenté el círculo de la corte del rey Luis XIV, o mejor conocido como…

—¡El Rey Sol! —terminó ella por él—. Increíble. ¿Y qué hay de Platón? ¿Alejandro Magno? ¿Julio César?

—Eh, calma, calma, soy viejo, pero no tanto. Esos personajes me quedan demasiado lejos.

—Oh, eso quiere decir que debiste de nacer de la época medieval en adelante —sopesó ella en su calculadora mente.

Aidan no afirmó nada, pero tampoco lo negó.

—Interesante —murmuró Brie—. ¿Algún consejo para generaciones futuras como la mía?

—Proyecta tu futuro bajo los errores del pasado.

Ella sonrió ante aquella muestra de sabiduría, tan escuchada, pero sin dejar de ser coherente y sencilla.

—¿Algo que hayas aprendido de los humanos?

—Sois ambiciosos, tercos, oportunos, ¡impacientes! —Se reincorporó sobre sus codos, enderezando el pecho y arrugando su camisa del uniforme en una multitud de pliegues sugerentes que Brie torpemente trató de ignorar—. Pero también inteligentes, atrevidos, cambiantes, dulces y amargos.

—¿Cómo se nace ángel? —se atrevió a preguntar.

Aidan escudriñó los botones de la camisa, mientras pensaba cómo responder.

—Primero tienes que morir.

—¿Cómo?

—Antes de conseguir mis alas, Brianna, yo también fui humano como tú. Es más, puedo parecer un humano a tus ojos porque una parte de mí sigue siéndolo. Sin embargo, tengo una serie de dones, como mis alas o mi aparente inmortalidad, que me convierten en algo que sobrepasa lo humano. Supraterrenal, se nos llama, a los que somos como yo o como Anteros. En realidad, no somos celestes, estamos entre ambos mundos, o más bien en ninguno. Ni en la tierra ni en el cielo, siempre en el medio.

—Entiendo, debe de ser difícil —se compadeció ella, inclinándose hacia el agua para atrapar una de las preciosas hojas de haya. Después la contempló extendida y mojada sobre la palma de

su mano—. ¿Qué otros dones tienes?

—Poco has tardado en hacer esa pregunta.

—Venga, tengo curiosidad. ¿Puedes hacerte invisible?

—Si bebo algo que me haga invisible, sí.

—¿Algo más, Superman?

Él la miró sin decir absolutamente nada.

—¿Aidan?

—¿Recuerdas aquel día, después de haber perdido tus gafas en el accidente?

Brie enseguida lo recordó, aunque hacía ya tanto tiempo desde aquel episodio que casi lo había olvidado. Pero ¿cómo? Quizás era demasiado difícil de entender como para darle más vueltas, y había acabado aceptando que, fuese lo que fuese que había pasado, ya no podía hacer nada para impedirlo.

—Yo…

—Te encontré llorando debajo de aquel roble —la interrumpió sin pretender ser brusco.

Ella, avergonzada, se mordió el labio y giró tímidamente el tallo de la hoja con sus dedos pulgar e índice.

—¿Qué intentas decir?

—Bueno, fui yo el que te curó la vista esa mañana, Brianna.

Silencio.

—Supongo que me compadecí de ti… Te vi tan destruida y hundida. Sabía que haría falta mucho más para sacarte de esa situación, más que devolverte la vista. Mucho más. Sin embargo, se nos da la oportunidad de hacer un milagro una vez cada cierto tiempo. Yo nunca los había utilizado demasiado, pero me pareció oportuno.

Otra vez silencio.

—Di algo. ¿Qué piensas?

Torció el gesto para encontrarse con el suyo y lo que vio le sorprendió.

—Gracias. —Se frotó el ojo izquierdo con la manga del jersey.

—¿Estás llorando?

—No —mintió—. Bueno, solo ha sido una lágrima, estoy bien. Gracias por haber utilizado tu milagro.

—No tienes que hacerte la fuerte conmigo, yo no voy a juzgarte, prefiero que seas tú misma cuando estemos juntos.

Se reincorporó del todo para quedar a pocos centímetros de ella.

—Estoy bien —repitió, como queriendo mantener las distancias.

Entonces, él tuvo una idea. Sonrió.

—¿Te gustaría deshacerte del aparato?

Ella lo miró al segundo con los ojos muy abiertos.

—¿Po… podrías…?

—Sí, pero el modo no te va a gustar.

—Bueno, déjalo, es demasiado vanidoso —declaró ella negando con la cabeza. Se llevó la mano a los dientes, atrapados entre hierros durante ya dos años de su vida—. ¿Cómo lo harías?

—Tendríamos que besarnos.

Brie se sobresaltó y sonrojó a la vez.

—¿Qué? No. De ninguna manera.

—Como quieras, estaba dispuesto a sacrificarme por tu bellísima dentadura —añadió,

frotándose la nuca—. Además, estaría gastando otro milagro.

Ella lo escudriñó, desconfiando. ¿A qué estaba jugando exactamente? ¿Estaba diciéndole la verdad? Quizás sus poderes pasasen de boca en boca… No, menuda ridiculez. Abandonó esos pensamientos y se mantuvo firme. Pero después, sin poder evitarlo, se imaginó sus dientes blancos y libres. ¡Qué hermosa y dañina era la imaginación!

—¿Solo un beso? ¿Nada de sentimientos? ¿Un beso?

Él asintió, con el gesto desinteresado. Brie lo pensó unos minutos más y al final dijo:

—Está bien.

Aidan sonrió en su interior. Sabía que aquel beso no valdría lo suficiente para alcanzar su corazón, no todavía, pero podría esclarecer muchas otras cosas.

—Bien, cierra los ojos.

Brie le obedeció, aunque su cuerpo se puso a temblar de manera inconsciente. Aidan comenzó a acercarse cuando ella lo paró:

—No sé besar. No he besado a nadie. Es más, creo que solo te he besado a ti. Ah, y también me besó Anteros, pero me gustaría olvidarme de eso.

Aidan ladeó una sonrisa.

—Eso no importa. Estamos hablando de tu dentadura, céntrate, ¿vale?

Ella asintió y respiró hondo.

—Lo siento —dijo volviendo a interrumpirle.

Pero él ya no la esperó. Hundió sus labios en los de ella muy suavemente y sintió cómo Brie se sobrecogía ante el contacto. Después, consiguió encajar sus bocas de una forma más armoniosa. Pasó de ser un gesto incómodo a convertirse en algo más, algo que no solo descompuso los sentimientos encontrados de ella, sino que hizo brillar una serie de recuerdos pasados en el maremágnum de la mente de él.

«¿Quién eres? ¿Qué es lo que hay dentro de ti que conozco como la palma de mi mano?».

Aidan agarró su rostro con sus dedos por detrás de su oreja, profundizando el beso, y Brie dejó que él la guiase por aquel camino tan inexplorado. No sintió ningún tipo de repulsión, fue casi como la primera vez, cargado de atracción física, pero también de algo más. De pronto sintió como un sobresalto en el corazón. En su mente el beso se transformó en una realidad… ¿ya vivida? Como si aquella unión tan repentina, tan electrizante, cautivadora…, fuese una pieza faltante dentro del rompecabezas de su vida. Pero ¿cómo?

«¿Qué está pasando? Seguimos…».

Brie se paró en seco habiéndose quedado sin aliento. Tenía el rostro enrojecido y los labios calientes. Le miró confundida. Después se repasó la dentadura con la lengua; seguía tal y como siempre, aprisionada entre los hierros.

—Oh —susurró—. Serás imbécil.

—Brian…

Pero ella le soltó una bofetada poco efectiva, que pretendía dejar un mensaje contundente. Recogió su mochila llevándosela al hombro y se marchó por el muelle hacia el camino, todavía con ardor en la palma de su mano y el rojo conquistando sus mejillas.

—Brianna, espera —gritó él siguiéndola.

Quizás no había sido una buena idea después de todo. ¿O sí?

—Cómo he sido tan estúpida —murmuraba ella dando patadas a los montones de hojas—. Maldito seas, Grivaldi.

—Oye, oye. —Corrió hasta situarse frente a ella para frenarla.

—Quita de en medio.

Brie le dio un empujón y se escabulló por su derecha. Pero él la atrapó por la cintura y ella gritó.

—¡Suéltame! ¿A qué estás jugando?

Aidan la situó frente a su rostro, todavía aferrándola por la cintura, solo que aflojando el contacto.

—Ey, cálmate, no ha estado tan mal, ¿verdad?

Ella evitó mirarle, todavía avergonzada. No pensaba darle la satisfacción de su respuesta, aunque esta, vergonzosamente, se debatiese entre el sí y el no.

—Me has mentido. ¿Por qué lo has hecho? ¿Cuál es tu juego? ¿Eres mi ángel de la guarda o un canalla?

—Creo que un poco de ambos.

Brie levantó la mano casi como queriendo pegarle de nuevo, pero se frenó.

—Lo siento. Sí, te he mentido, me apetecía besarte.

Ella abrió la boca para quejarse, pero no supo qué decir ante aquello. Porque, ¿qué podía responder?

—¿Tan horrible ha sido?

—¿Qué es lo que pretendes? Se suponía que estabas conmigo para ayudarme, no para…

—¿Acaso te ha disgustado? Venga, dímelo.

No se atrevió a hablar. Al final se soltó de su amarre y dijo:

—Me voy a casa. No me sigas.

—Mi casa también está en la misma dirección.

Pero ella no le contestó. Continuó andando, haciéndole caso omiso hasta que llegó a su caminito de tierra que llevaba a su casa y desapareció. Aidan se quedó observando aquel punto en la naturaleza donde había dejado de ver su figura, todavía con una sensación extraña en los labios y un montón de preguntas sin respuesta.

Durmió mal toda la noche pensando en aquel beso. Cuando Brie cerraba los ojos sentía que volvía a ese momento y su cuerpo entero se estremecía. ¿Por qué se sentía así? Tan débil y confusa. Soñó que se volvían a besar, retomando el beso que ella había interrumpido. Esa vez, Aidan prometía hacer un milagro con sus dientes y ella volvía a creerlo, aunque en realidad solo había aceptado para volver a besarlo, demostrando qué deseos moraban su subconsciente.

Pero al abrir los ojos en su sueño, se encontró con un Aidan completamente diferente. Era él, pero de otra forma. «Soy yo», decía él con una de sus carismáticas sonrisas. «Soy yo». No, no era él, aunque sí lo era. Tenía el cabello más largo, los ojos brillantes, más humanos, un rostro dulce, pero con sus imperfecciones. Era como una versión diferente del ángel que ella conocía. Menos angelical, sería la forma más acertada de describirlo.

«Antes de conseguir mis alas, Brianna, yo también fui humano como tú».

«Por fin me ves», dijo él, y la volvió a besar.

Se despertó con todas las mantas alborotadas y el corazón inquieto. Se llevó los dedos a los labios, como si allí se hubiese desatado aquel beso ficticio solo hacía un segundo. Se sentía tan real que por poco quiso volver a retomarlo. ¡No!

«Pero ¿qué me pasa? ¿Por qué pienso eso?».

Echó un vistazo a la hora y se relajó cuando vio que todavía era temprano. Intentó dormir algo

más, pero no fue posible. Sintió que la otra versión de Aidan se había difuminado ante sus ojos y ya no lo vería nunca más. Y quería verle. ¿El por qué? Nadie podría explicárselo, ni siquiera ella misma.

Decidió bajar a la cocina y prepararse un café. Nadie transitaba la casa en aquellas horas, cuando la aurora esclarecía el cielo y los pájaros cantaban más y más fuerte. Se sintió refugiada dentro de aquellas paredes, siendo el exterior un mundo difícil e incomprensible. Al menos su situación social había mejorado considerablemente desde que Aidan se había convertido en su amigo. Si es que se le podía llamar así. Quizás él sí tenía razón y estaba logrando el cometido de ayudarla, como un buen ángel de la guarda. Quién lo sabía.

Y aunque quería volver a verle, todavía estaba enfadada por haberse dejado engañar por él. No soportaba las burlas externas, pues ya había tenido que soportar muchas. No obstante, sabía que Aidan no había querido reírse de ella. Era lo único de lo que estaba segura.

Enseguida llegó la hora de prepararse para ir a la escuela. Se dio una ducha y se puso el uniforme. Esta vez se dejó el pelo alborotado, en vez de definirse aquella simple ralla al medio. De esa forma pareció que hasta ganaba algo de volumen.

Preparó su mochila con todo el material necesario y bajó de nuevo a la cocina, donde le esperaba el desayuno. No habló mucho ni con Cornelia ni con su hermana Jane, que parecía más interesada en la pantalla de su *tablet*. Terminó de desayunar y se llevó la bolsa de su merienda.

—Adiós, nos vemos luego —se despidió saliendo por la puerta del salón hacia el jardín.

Comenzó a caminar consciente de que tendría que hacerle frente a Aidan en el cruce de caminos. Respiró hondo y se animó a sí misma. Había recibido mucho de su amistad aquellas últimas semanas, como clases de esgrima, más consideración social, conversaciones más allá de monosílabos… En cierto modo, debía estarle agradecida.

Para su sorpresa, él no la esperaba aquella mañana como solía hacer. Ahora el árbol, contra el cual se apoyaba, se encontraba vacío. Brie fingió que no le importaba, cuando en realidad había esperado verle casi con ganas y miedo a la vez. Decidió no preocuparse y, como no tenía tiempo, echó a andar sola hacia la escuela.

¿Dónde estaría él? ¿Acaso también se había enfadado? ¿O quizás le habían relegado de sus servicios por haberla besado? No, eso era una estupidez. Les vendría bien a ambos algo de distancia. Sí, todo iría bien.

Pasó por delante del muelle y se quedó observándolo con demasiada atención, como si los recuerdos aún fuesen nítidos, escritos en la tinta de su pensamiento. Entonces, el sonido metálico de un timbre la sobresaltó del susto.

Aidan, subido a una bicicleta amarilla, pasó por su izquierda escopetado. La miró sonriente y después dio media vuelta para llegar a su encuentro.

—Perdona la demora, pero es que me ha costado una eternidad encontrar una verdaderamente bonita.

Se bajó del vehículo, equipado con cesta y trasportín.

—¿Te gusta?

Brie, algo confundida, repasó la bicicleta, dejándose cautivar por su estilo antiguo, como el sillín y los manillares de piel color pastel que jugaba a ser una combinación del amarillo y naranja.

—Es bonita.

—Es mi regalo como tregua —dijo él con los brazos abiertos.

—¿Bromeas?

Él negó con la cabeza.

—Pero hay una condición.

Brie se cruzó de brazos.

—Por supuesto que la hay.

—No la puedes utilizar para ir a clase.

—Ja, y entonces, ¿cuándo demonios la voy a utilizar, listillo? —preguntó de brazos cruzados.

—Para ir al pueblo a comprar, a la biblioteca, dar un paseo… Pero no para la escuela.

—¿Por qué no?

—Porque quiero ir caminando contigo, es un camino largo y tedioso —exageró él casi haciéndola reír—. ¿Hay trato?

Brie le observó con los ojos achinados cargados de sospecha.

—Eres verdaderamente un canalla, Aidan Grivaldi.

Él sonrió ante aquello y, encogiéndose de hombros, respondió:

—Es lo que hay.

Después hizo sonar el timbre otra vez para convencerla definitivamente.

—Me gusta —agregó Brie.

—¿Quieres probarla?

—¿Ahora? Tenemos que ir a clase.

—Lo sé. Me refiero a después de clase.

—Sigo enfadada por lo de ayer —aclaró ella, ensombreciendo la conversación.

—Lo suponía. Por eso, después de que pruebes la bicicleta, me perdonarás.

—Estás muy seguro de ti mismo y de tu bicicleta.

Aidan le sonrió sin abrir la boca y ella, sin poder evitarlo, se sonrojó igual que el horizonte en su punto más álgido del atardecer. Él continuó intimidándola con su mirada y Brie finalmente añadió:

—¿Nos vamos ya? Por favor.

—Sí, ya nos vamos —decretó Aidan, sin dejar de sonreír.

Al parecer, Brianna Laidhart comenzaba, después de tantos esfuerzos, a sentir algo hacia él.

Aquel día Anteros no vino a clase, todo el mundo preguntó por él. Pero nada, ninguna noticia. Aidan se alegró de no tener que verle deambular por allí, pues no podía asegurar a nadie que no volvería a atacarlo. Quizás después de la pelea se hubiese acobardado, aunque él mismo le había admitido que estaba allí únicamente por Virginia. Al parecer, alguien tenía que desenamorarla de Aidan y ese era el trabajo de Anteros.

Aidan se dedicó por el contrario a observar desde la distancia los movimientos de Brianna, como bien acostumbraba a hacer. Aunque todo parecía normal, no lo era, notaba en ella un cambio de actitud. Quizás cierto color en sus mejillas que no solo dulcificaba su rostro, sino que la hacía casi brillar entre sus compañeros. Ya no parecía esa muchacha apagada y sin vida que había conocido en un principio. Era distinta. Él lo notaba y el resto también.

Verla en aquella situación le hacía feliz. Quizás estaba ante la chica, de entre todas, que más le importaba. Porque sentía un cariño especial hacia ella, casi fraternal. Seguramente por el vínculo que la unía al alma de Giovanna de los Rimini. Y sabía que el tiempo estaba echado. ¿Qué pasarían? ¿Días? ¿Una semana? Hasta que ella finalmente se enamorase de él. Después él dejaría de existir para ella y sus sentimientos acabarían por corresponder los de otra persona.

Quería lo mejor para Brianna. No solo porque dentro de ella hubiese un rastro de alguien querido para él, sino también porque ella le preocupaba. Era una chica verdaderamente extraordinaria y no le dejaba de sorprender a cada minuto. Se alegró de que fuese la última de su lista. Ninguna le había necesitado tanto como ella.

—Hoy estás distinta —declaró él mientras salían de Osborne, finalizadas las clases.

—¿En qué sentido?

—Se te ve… feliz. Animada, de buen humor. Quizás fue por ese beso.

Brie volvió a enrojecer.

—Cállate —masculló—. No quiero que hablemos de eso.

—¿Por qué? ¿Te pone nerviosa?

—¡Aidan!

Él se echó a reír. Pero su risa se apagó al momento cuando vio cómo uno de los alumnos pasaba contracorriente a punto de golpear a Brianna. En un reflejo la apartó, llevándola hacia su hombro derecho y recibiendo el impacto en su lugar.

—Cuidado —murmuró.

Brie se separó al segundo, casi sin respiración.

—Al parecer, todavía sigo siendo invisible —dijo ella—. Gracias.

Se miraron.

—No hay de qué —respondió él—. Y en cuanto a lo otro, creo que tú invisibilidad no incluye a todo el mundo, yo te acabo de ver.

Aunque se aguantaron la mirada, los alumnos comenzaron a quejarse porque estaban obstruyendo el paso y tuvieron que continuar su camino, saliendo por la puerta principal de la escuela.

—Ven, vayamos a probar la bicicleta —decretó él, suavizando la tensión que acababan de compartir.

Fueron hacia donde estaba el vehículo aparcado y se marcharon por su habitual camino, despertando comentarios como siempre. Por ejemplo, Olivia Lavender, quien se había percatado de la nueva bicicleta de Brianna, estaba sentada en su deportivo plateado y se regodeaba imaginando cómo la destruiría con la carrocería de su coche.

—¿Tú no te sientes diferente? —le decía él mientras subían la cuesta, ya alejados de los prejuicios de sus compañeros de clase.

—No sé, ¿debería?

—Solo te preguntaba. Yo desde fuera puedo verte cambiada. Bueno, es mi apreciación.

—Supongo que tienes razón. La verdad es que ya no me preocupa más lo que piensen los demás, si te soy sincera.

—Eso es… es una maravillosa noticia, ¿no crees? Es un progreso, hacia otra forma de ver las cosas.

—Sí, creo que sí —murmuró ella con una tímida sonrisa.

Aidan realizó un último empujón y terminaron de subir la pequeña pendiente. Después alcanzaron el habitual paseo que bordeaba el lago. Su camino.

—Bien, antes de que nos subamos…

—¿Nos subamos? Aidan, vamos a romper la bicicleta.

—Ey, calma, confía en mí. Como te explicaba, antes de que nos subamos, tengo que advertirte de que este no es como otro vehículo de dos ruedas que hayas visto.

—¿Es eléctrica? —preguntó ella extrañada.

—No. —Rio—. Bueno, no exactamente.

—¿Qué?

—Es mágica, como deberías haber supuesto. La compré en un lugar… digamos que también mágico.

—¿Y qué hace?

—Esa es la cuestión, tienes que confiar en mí.

—Me estás dando miedo.

—Tú solo confía, Brianna. ¿De acuerdo?

—Ahora sí tengo miedo.

Aidan ignoró aquel comentario burlón y paró la bicicleta en medio del camino. Se subió tomando asiento, pero con ambos pies sobre la tierra.

—¿Y dónde voy a ir yo?

—De momento tendrás que sentarte sobre la barra central, ¿supone eso un problema? Es por tu seguridad, yo voy a llevar el manillar.

Brie lo miró con una mueca de «no estoy nada segura de esto». Pero él insistió, sacando a la luz sus tretas persuasivas y ella cedió. Sin embargo, antes de subirse preguntó:

—¿Y la mochila?

—Puedes dejar la tuya en la cesta, la mía irá en mi espalda.

Y así hicieron, aunque Aidan después le pidió que se cerrase el abrigo en cada uno de sus botones y que se pusiese los guantes.

—Queda un último paso.

Aidan sacó un frasco con un contenido rosado.

—Tienes que beberte esto.

—Dime, por favor, que tú intención no es envenenarme para luego vender mi cuerpo en el mercado negro junto a la bicicleta. Piénsalo, dos por uno, será una verdadera ganga.

—Es una poción que te hace invisible —aclaró él ante su sarcasmo, tratando de sonar serio, aunque Brie le hubiese hecho sonreír en su interior—. Yo también la beberé.

Brie cogió el frasco con un gesto de desconfianza en la boca. Mientras él se bebía otra poción idéntica hasta el final.

—Vamos —la instó—. No tenemos toda la tarde.

—¿Por qué tenemos que beber esto?

—Digamos que es mejor si pasamos desapercibidos. La magia no es bien recibida en el mundo de los vivos, Brianna.

Finalmente, ella aceptó y terminó bebiéndose el contenido del frasco. Le supo a una combinación de caramelo y medicina.

—Puaj, es… extraño. No sé si me gusta.

Se inspeccionó a sí misma buscando los efectos. La decepción pobló su rostro.

—¿Esperabas volverte transparente? —Se rio él.

—Umm, explícame qué ha cambiado.

—Digamos que nadie del exterior puede vernos, solo yo, porque también he bebido la poción.

—Interesante… y perturbador —añadió ella.

—Venga, pongámonos en marcha.

Volvieron a sus puestos y al final ella se colocó sobre la barra de la bicicleta, solo que de lado, como cuando antiguamente las mujeres montaban a caballo.

—¿Estás bien?

—Define «bien» —respondió ella.

—¿Quieres que busquemos otra forma?

—No, no hace falta.

—Vale. Ahora quiero que te agarres a la parte estrecha del manillar, para dejarme algo de espacio.

Ella obedeció.

—¿Alguna medida más de seguridad? Parece que vayamos a subirnos a un coche de carreras y no a una bicicleta.

—Ahora lo verás, no seas impaciente.

Aidan pegó a los pedales y los puso en movimiento. Brie se agarró más fuerte al manillar por el impulso. Comenzaron a pasar por el camino a una velocidad con algún que otro bache. Aidan apretó un poco más la velocidad y ella simplemente sonrió al sentir el viento despejar su rostro. Amaba montar en bicicleta y ¡cuánto lo había echado de menos!

—¿Estás preparada?

Pero ella no tuvo tiempo de responder. Aidan se desvío del camino y se metió de lleno en el muelle del lago. Los radios de la bicicleta ya corrían sobre las maderas crujientes y Brie lo único que pudo hacer fue gritar.

—Nos vamos a ahogar. ¡Aidan! ¡Párala! ¡Paraaaaaaaaaaaaaa!

Clic. Cambió las marchas.

Brie continuó gritando, con los ojos cerrados esperando el impacto, el agua, el frío… Pero, al contario, sintió… nada, solo una suave brisa sobre su rostro.

—Ábrelos ya.

Brie levantó los párpados con mucho cuidado, aún aterrorizada. Sus ojos observaron cómo parecían estar… ¿sobrevolando el lago? Cuando creyó que la bicicleta podía ir por el agua, se dio cuenta de que, justo entre los pedales y la rueda trasera, sobresalían un par de alas rosadas que impulsaban el vehículo hacia lo alto. Asustada y fascinada a la vez, se pegó al pecho de él, con las manos todavía en el manillar.

—Te dije que era mágica.

Recorrieron un poco más sobre las aguas, permitiendo que ella pudiese hacerse a la idea de volar. Después comenzó a pedalear con fuerza y ganaron altura abandonando el lago. Brie quería cerrar los ojos y al mismo tiempo continuar despierta. Era sin duda una mezcla extraña de emociones que no sabía cómo gestionar.

Rozaron las copas de los árboles, lo que hizo que ella se riese al acariciar con su zapato del uniforme justo la punta de uno de los pinos. Y cuanto más subían más reconocían los techos, calles y jardines del valle de Deerwoods. No era la primera vez que volaban. Quizás sí la primera que se subían a una bicicleta con alas. Pero siempre hay una primera vez.

Siguieron subiendo y subiendo, hasta que comenzó a hacer frío. Menos mal que se había abrigado bien, porque el viento se hacía notar a cada pedaleo. Alcanzaron la primera ráfaga de nubes y el mundo se volvió blanco e infinito. La siguió la segunda oleada y una tercera, con un poco de sol.

—Extiende la mano —la animó él.

Brie, con mucho cuidado, soltó una de sus manos enguantadas y la pasó entre la niebla creando surcos. Finalmente, las alas de la bicicleta se batieron con mayor intensidad hasta alcanzar el culmen de las nubes, donde ya solo había sol y una explanada mullida y blanca. Las ruedas dejaron su rastro sobre aquella superficie casi imaginaria y Aidan no dejó de pedalear en

dirección al sol decreciente, como si pudiesen alcanzarlo.

—¿Crees que llegaremos?

—¿A dónde? —preguntó ella alzando la voz y con los oídos tamponados por la presión.

—A tocar el sol.

Brie rio ante aquello.

—Creo que nunca nadie ha estado tan cerca —gritó.

—Yo también lo creo.

Guardaron silencio. Momentos como aquel hacían que las palabras se volviesen vacías e innecesarias. La belleza del paisaje había robado todo el protagonismo. Todo y cada uno de los detalles del mundo, desde allí arriba, se veían hermosos. Y cuando Brie se giró para observar a Aidan, se topó con su mandíbula y, un poco más arriba, había una sonrisa luminosa que eclipsaba su rostro.

Él observaba aquello con un deleite especial y Brie comprendió una cosa; no era la única que había vivido sin ser feliz. Aidan llevaba así una y otra vida, dándose a los demás, entregándose a las personas que más lo necesitaban. Personas, como ella, que comenzaban a vivir por segunda vez.

Lo que ninguno de los dos sabía, ni siquiera Aidan podía intuir, era la necesidad creciente dentro de sus almas por volver a encontrarse.

Episodio XV

Recordó la llave que llevaba colgada al cuello y que era la única manera de regresar al limbo. Ahora que Giovanna se había ido al cielo, no le quedaba nada más en la tierra. Se despidió una vez más de su familia y de su querido Piero, y después abrió una puerta con la llave creando un portal de luz. Al otro lado había una habitación cubierta de tapices y con unas brasas en el centro. Estaba vacía, o eso pensaba.

—Te has retrasado.

Apareció de entre las sombras un hombre grueso con cara de sátiro, orejas puntiagudas y con la punta su nariz de porra rosada.

—¿Quién eres? —preguntó Nastagio—. ¿Esto es el limbo?

Le sonrió.

—Soy Gadot, cobrador de almas. Y sí, estamos en una de las salas de la puerta Vigardy del limbo.

—¿Cuánto tengo que pagar?

Volvió a sonreír.

—Al final, Falcon hizo buen negocio contigo, aunque corrió cierto riesgo al tomar tu palabra.

—¿Cuánto tengo que pagar? —exigió saber.

—¿No te acuerdas? Un siglo.

Nastagio frunció los labios. No recordaba haber accedido al trato por tantos años. Pero Giovanna valía eso y mucho más.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nos pagas.

—¿Cómo?

—Formarás parte de la puerta Vigardy como esclavo.

—¡¿Esclavo?!

Aquello era un completo ultraje. ¡Él era un hombre rico! O lo había sido…

—La puerta se quedará con tu siglo, pero para ello tienes que pagarlo con trabajo, muchacho. ¿Qué creías? ¿Que te dejaríamos ir así como así?

Gadot chasqueó los dedos y un grillete traslúcido apareció en su tobillo.

—¿Qué es esto? —preguntó asustado.

—Una garantía de que no te escaparás. Tranquilo, trabajar para una puerta es escalar socialmente en el limbo, incluso si es como esclavo. Si te portas bien te ascenderemos dentro de veinticinco años.

Por un segundo, Nastagio se vio como un esclavo envejecido. Sin embargo, recordó que no podía envejecer, estaba pausado completamente en su juventud. ¿Cómo transcurriría el tiempo en el limbo? Seguro que cien años no podían medirse igual que en la tierra.

—¿Y cómo puedo entrar en el cielo?

Gadot estalló a reír.

—Tienes que ponerte en la lista.

—¿La lista?

—Para una audiencia con los redentores. Todavía es pronto, ya irás conociendo todo un poco más. ¡Zelian!

Apareció de entre una de las puertas oscuras un hombre translúcido unos años mayor que él, muy alargado, con un gorro de bufón y unos zapatos con cascabeles que no emitían sonido alguno.

—Te presento a Zelian, será tu tutor, él sí que está ascendido y guiará tu trabajo en la puerta. Debes obedecerle en todo lo que te diga. ¿Has entendido?

Nastagio asintió con la mandíbula apretada.

—Perfecto.

Zelian fingió una reverencia para presentarse.

—Ahora marcharos, tengo otras almas que cobrar.

Su tutor hizo un gesto con la cabeza para que le siguiese y Nastagio no tuvo más remedio que obedecer. Además, el grillete se lo exigía de alguna forma, como un esclavo que obedece a su señor. Mientras andaban por un pasillo levemente iluminado por candelabros, Nastagio se mordía la lengua, cargado de remordimiento por haber dado tanto tiempo a la puerta. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Zelian se dio la vuelta para mirarle y, cuando creyó que iba a responder, no dijo absolutamente nada.

«Estupendo», se dijo Nastagio. «El bufón de mi tutor no parece muy simpático».

—¿Tú también quieres entrar en el cielo?

Siguió sin responder, sin embargo, levantó un dedo en alto como para que se le concediese un segundo. Nastagio le miró extrañado. Después de un largo recorrido por pasillos llenos de gente ajetreada o bien congregada realizando fiestas, simposios y bailes diversos, llegaron a un patio abierto construido de un mineral ennegrecido. Había una fuente en el centro de la que corría agua del mismo color oscuro, nada apetecible de beber. De repente aparecieron tres tipos, uno translúcido, otro corpóreo y uno que parecía un demonio con cuernos y alas. Nastagio intentó zafarse, pero entre todos le tomaron y le sumergieron en la fuente. Al principio no sintió nada hasta que poco después comenzó a percibir cómo el agua calaba sus huesos.

Salió a la superficie en un gemido desesperado. Allí, Zelian le sonreía tendiéndole un cuenco.

—Bebe —le dijo.

Él frunció el ceño. El resto de los presentes asintió secundando la orden. Y el grillete volvió a brillar. Tomó el cuenco y tragó el agua oscura.

—Ahora formas parte oficialmente de la puerta de Vigardy. Bienvenido. ¿Cuál es tu nombre?

Iba a responder, pero se detuvo al darse cuenta de que Nastagio estaba muerto. Ya no podía ser él si iba a ser un esclavo.

—Ponedme un nombre.

Se miraron entre sí sorprendidos.

—¿Qué os parece Tuetacio? —dijo un gran hombretón traslúcido.

—¿Tuetacio? Es horrible —respondió un pequeño demonio—. Mejor llamarle Saturno.

—Nada de nombres humanos, Dondardo —dijo Zelian.

—Pues entonces no se me ocurre nada.

Mientras discutían, Zelian ayudaba a Nastagio a salir del agua.

—¿Qué tal Lukel? —propuso el único de los presentes que era corpóreo, un muchacho de cabello negro largo.

—Me gusta Lukel —reconoció Zelian.

—A mí también —confirmó el hombretón.

—¿Te gusta Lukel?

Nastagio se encogió de hombros.

—Por qué no.

—¡Estupendo! Ese será tu nombre. Ahora vayamos a trabajar, muchachos. Dondardo y Sarry, vosotros id a las galeras. Capodano, tú al registro. Yo me encargaré de Lukel.

Todos asintieron y Nastagio percibió cómo sus grilletes brillaban. Todos ellos debían estar al servicio de Zelian, igual que él.

—Ven conmigo.

Zelian llevó a Nastagio a un almacén lleno de cosas absurdas y estrafalarias. Allí había todo tipo de gente catalogando todos los objetos y trasportándolos de un lugar a otro. Ese fue uno de sus primeros trabajos y puede que de los más cansados. Podían pasar días hasta que Zelian volviera a por él. Pero claro, en el limbo no existía el día y la noche y el tiempo se medía por las campanadas del torreón de Captisme, que sonaban marcando los tiempos de jornada.

El segundo trabajo fue el de limpiar las instalaciones del edificio de la puerta. Una gran estructura de pasillos infinitos. Aquel fue otro de los trabajos más arduos. Y lo hizo en compañía de Capodano, el gran hombretón traslúcido. Era entonces cuando Nastagio aprovechaba para saber más sobre el limbo.

—¿Es que no descansamos nunca?

—Nunca. Aunque de vez en cuando se nos concede una noche libre.

—Vaya.

—Y a medida que vas escalando van aumentando los favores. Sarry, por ejemplo…

—¿El corpóreo?

—Sí, consiguió su corporeidad hace cinco deones.

Los deones, como había descubierto, eran algo parecido a los meses, solo que de diferente duración: contenía cada uno unas cien jornadas.

—¿Cómo?

—Recuperó a un errante de la tierra.

—¿Ah, sí?

—Le concedieron esa misión y la ejecutó con éxito, así que se le concedió la corporeidad. Pero es relativa, sigue sin poder ir al cielo. Al menos puede disfrutar de la comida y bebida, aunque no necesita descansar y no siente dolor.

—Lo del dolor…

—No es físico, es espiritual —explicó Capodano.

—Últimamente siento dolor en el pecho y me cuesta…

—¿Respirar?

—Es la marca del limbo, la tenemos todos. Es el peso por vivir aquí. Anhelamos el cielo, pero no podemos obtenerlo. Por eso muchos reniegan por completo a regresar a él y deciden entregarse al infierno. De ahí que algunos tengan alas y cuernos. Ya no podrán entrar en el cielo, pero no tendrán que soportar el dolor espiritual. Vagan entre el infierno y el limbo, buscando

desesperadamente un lugar entre ambos mundos.

Capítulo 19

El otoño llegaba a su fin. Los árboles caducos se habían despoblado de hojas, que ahora moraban las superficies de la tierra en grandes montones de colores pardos y secos. Era ya finales de noviembre y Aidan y Brie apenas habían pasado tiempo juntos al encontrarse en periodo de exámenes. Él había insistido en que se viesen alguna que otra vez, pero Brie estaba demasiado enfocada en sus estudios y Aidan había decidido dejarle algo de espacio para que se concentrase. Entendía lo importante que eran para ella, sobre todo en su último año de instituto.

Continuaron yendo y volviendo juntos de la escuela, los únicos momentos que tenían para hablar. Ella insistía en que le hablase sobre el pasado y él acababa contando alguna que otra historia sobre las guerras napoleónicas o cómo era la gente que había conocido en cada época. También discutían cómo las películas de Hollywood eran muy poco fieles a la esencia histórica original.

Al fin llegó el último examen, el de Historia con el profesor Dugerton. Nada más terminar, Aidan se acercó a su asiento y le dijo:

—¿Y bien?

Brianna asintió disimulando una sonrisa. Eso significaba que le había salido bien.

—Venga, vámonos a celebrarlo.

Recogieron sus cosas, dispuestos a marcharse a casa. Por fin eran libres.

En el pasillo, Brie se percató de la presencia de Anteros, quien todavía seguía deambulando por la escuela. Aunque no había vuelto a acercarse a ninguno de los dos desde aquel día en esgrima, ahora se encontraba hablando con Virginia y ambos parecían absortos en una importante conversación.

—¿Qué hace hablando con ella? —preguntó Brie.

—Déjalos, no importa —dijo Aidan tirando de ella para ir hacia las escaleras.

—Qué raro, ¿qué estará tramando ahora? —le preguntó mientras bajaban hacia la planta principal.

—Qué más da, ¡has terminado los exámenes! —exclamó él ilusionado cambiando de tema—. Por fin podemos hacer algo.

—Hemos terminado —puntualizó—. ¿Y qué hacemos ahora?

—¿Qué propones?

Brianna comenzó a pensar en una serie de posibilidades al tiempo que salían de Osborne. Por un lado, quería volver a pillar la bicicleta voladora, pero al mismo tiempo quería saber más sobre Aidan, como casi siempre que estaban juntos.

—Me gustaría…

—¿Sí?

—Conocer dónde vives.

Aquello le pilló desprevenido.

—¿Acaso no lo sabes ya?

—Bueno, sí —dijo algo avergonzada—. La vez que te seguí, acabé en esa enorme mansión. ¿Es ahí donde vives con tu tío?

—Marxias —dijo él—. Y no es mi tío, es… es difícil de explicar.

Caminaban ya por el aparcamiento de Osborne en dirección al camino del lago.

—Soy bastante aplicada, lo entenderé.

Aidan rio.

—No es eso lo que me preocupa. Marxias no es lo que digamos simpatizante de los humanos.

Brie frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Es un ángel?

—No exactamente. En su tiempo fue uno, de la Tercera Orden.

—¿Tercera qué?

—Hay varios rangos dentro del cielo. Primero están los serafines, que son tres y custodian el trono de Dios; después los arcángeles, que son cuatro; y tras ellos van los ángeles de la Tercera Orden, importantes, pero no tanto como los dos grupos que te acabo de nombrar.

—¿Y tú qué eres?

—Soy la categoría más baja, porque estoy en la tierra.

—¿Cómo sigue el orden?

—Después de los de la Tercera Orden, que representan casi a la mayoría de los ángeles, están los custodios, que protegen las fronteras del cielo con los demás mundos. Y fuera del cielo tenemos en lo alto a los sabios, que son veintiuno y viven en el limbo, aunque pueden visitar también la tierra, pero no lo hacen más que en ocasiones excepcionales, igual que los ángeles del cielo. Bajo todos ellos estamos los seres celestes terrenales, como yo y Anteros.

Brie escuchaba con atención, recopilando todos aquellos datos que hacía unas semanas le habrían parecido propios de una novela de ficción fantástica.

—Siento haberte abrumado con tanta información.

—No te preocupes, me gusta escucharte, me ayuda a comprender mejor tu mundo. ¿Qué estabas diciendo de Marxias?

—Te decía que fue un ángel de la Tercera Orden. Pero cometió un error, no puedo contártelo porque desconozco la historia. Lo único que sé es que lo consideraron un traidor o algo por el estilo y se le impuso un castigo eterno.

—¿Castigo eterno? —repitió ella apretando los dientes.

—Sí, se le despojó de sus alas y su condición angelical. Hoy conserva el aspecto de un niño de once años, casi los mismos que tu hermana Jane. Pero sigue teniendo capacidades y dones celestiales, además de que es inmortal e imperecedero al tiempo, de forma que no crece ni tampoco envejece.

—Parece que estás describiendo a Peter Pan —dijo ella en un murmuró.

Aidan soltó una risotada.

—En cierto modo, sí, podría ser un niño perdido del país de Nunca Jamás. Sin embargo, ahora vive condenado, incapaz de regresar al cielo, varado entre la tierra y el limbo. Habita desde entonces en una inmensa casa, Avonshire, que traslada de un lugar a otro cada década. Él y yo nos conocimos en el Londres de la época victoriana y desde entonces hemos sido amigos. Yo…, bueno, digamos que hice aparecer la casa en Deerwoods y desde entonces me ha dejado vivir con él, hasta que termines de requerir mis servicios, Brianna.

Aquello último no le agradó. No quería pensar en un momento en el que sus caminos tuviesen que separarse, aunque Aidan no había dejado de insistir en ello. Sin embargo, volvió su atención hacia Marxias y su increíble historia.

—Quiero conocerle —soltó ella después de un pequeño silencio.

En aquel momento se encontraban ya por el camino que bordeaba el lago, después de la pequeña pendiente.

—Ese es el problema. A Marxias no le agradan los humanos.

—¿Por qué? ¿Tan horrorosos somos?

—No, no es eso. Simplemente lleva siglos intentando no interactuar con ninguno. Su confinamiento le ha vuelto un viejo carcamal, cerrado con muchos y abierto solo con aquellos que conoce. Además, defiende la teoría de que los humanos son demasiado estúpidos como para ganarse el cielo y lo suficientemente listos como para destruir la tierra.

—Vaya, tiene todo un manifiesto en contra de la raza humana —bromeó ella.

Aidan sonrió.

—Creo que es por ese mismo motivo por el cual los de arriba todavía no le han perdonado sus ofensas pasadas.

—¿Los de arriba? ¿Los ángeles?

—Sí, los que habitan el cielo.

—Interesante —comentó ella.

—Lo es, aunque también es complejo. Todavía hay jerarquías que ni yo mismo comprendo.

—¿Alguna vez has visto a los ángeles del cielo?

—Una vez, en el limbo, me encontré con un arcángel, rodeado de ángeles de la Tercera Orden. Son increíblemente hermosos, una belleza que supera lo terrenal en miles de formas. A veces no se distingue su género, pues en ellos confluyen los elementos masculinos y femeninos más perfectos. También conocí a algún ángel de la Tercera Orden y me topé con un custodio. Además, he conocido a los sabios. Uno de ellos es mi supervisor en la tierra, Anael se llama. No sé por qué te cuento todo esto.

—¡No! Es fascinante, sigue hablando, por favor. ¿Qué hay de los serafines?

—Nadie los ha visto, nadie que no haya estado en el cielo, como yo.

—¿Ni siquiera Marxias?

Aidan se tomó un segundo para pensar.

—Si los vio, seguramente no pueda describírtelos. Se dice que son lo más parecido a Dios, casi como una extensión de él. Nunca salen del cielo, jamás.

—¿Y Dios? ¿Cómo es? Dijiste que le habías visto.

—Brianna, Dios es sin duda lo más indescriptible del mundo. Cuando morí, antes de convertirme en ángel, tuvimos un encuentro. No llegué a verle, pero me habló.

—¿Qué te dijo?

—Que llegaría a él. Me… me prometió el cielo.

—¿Hace cuánto tiempo de eso?

Aidan guardó silencio y sonrió apenado.

—Lamentablemente, mucho tiempo atrás.

—¿Le crees? ¿Crees que llegarás al cielo? Tú mismo dijiste que después de mí entrarías.

—No lo sé. Brianna, llevo esperando siglos a que suceda y nunca he estado tan cerca de conseguirlo. Pero a veces dudo y me pregunto: ¿y si nunca sucede? ¿Por qué esperar tanto? ¿Cuál es el sentido?

Ella le miró conmocionada sin saber cómo responder ante aquello.

—¿Y qué hay de nosotros los humanos? ¿Cómo entramos en el cielo?

—Ah, esa es una buena pregunta. Pero la respuesta fácil ya te la sabes: los malos van al infierno y los buenos al cielo.

—¿A dónde fuiste tú entonces?

—Me quedé entre ambos mundos, en el limbo.

—¿Por qué? ¿Fuiste bueno y malo a la vez?

—Sí, se podría decir de esa forma —respondió él, no quería hablar demasiado de su muerte ni de su vida antes del limbo.

—¿Cómo te convertiste en ángel entonces?

—Se me ofreció como una vía para entrar al cielo. Casi como un trabajo a larga jornada —bromeó él—. Así que acepté, era eso o acabar como alma errante en el Estigie.

Brie no entendió aquello último, pero decidió callar, ya había realizado demasiadas preguntas.

Llegaron justo a la bifurcación de los caminos y se miraron. Brie pareció implorarle con la mirada para que la llevase a Avonshire, mientras Aidan todavía sopesaba que aquello fuese una buena idea.

—Hemos terminado los exámenes —recalcó ella, ladeando la mirada.

—No me mires así. Te he explicado lo de Marxias, es más, te he explicado básicamente todas las jerarquías celestiales, ¿en qué estaría pensando?

Pero Brie continuaba mirándole llena de suplicas.

—Me portaré bien, solo será un ratito. Marxias apenas notará mi presencia, quizás incluso pueda hacerle cambiar de parecer sobre los humanos, ¿no sería maravilloso?

—Eres realmente manipuladora, Brianna Laidhart.

—¡Por favor! No tenemos nada que hacer.

Aidan gruñó.

—Pero tendrás que enfrentarte tú sola a Marxias —terminó cediendo—. No depende de mí el que te deje visitar Avonshire.

Brie dio saltos de emoción y él se alegró, en cierto modo, de complacerla.

Mientras contemplaba su rostro plagado de satisfacción, comenzó a pensar. ¿Por qué estaba accediendo a aquella idea suicida? ¿Cómo era posible que Brianna Laidhart influyese de tal manera en sus decisiones? ¿Desde cuándo perdía el control sobre sí mismo? Primero le había mostrado quién era. Después le había contado todo aquello que estaba prohibido que supiese, y ahora…, ahora iba a llevarla con Marxias, quien aborrecía a los humanos por encima de los demonios. ¿Por qué? Quizás…, sí, quizás era una forma de respirar. Décadas y décadas sin hablar, ocultando, mintiendo y guardando para sí. Además, cuando terminase su cometido con Brie, ella olvidaría todo, cada detalle y cada conversación. ¿Qué importaba si ahora se salía de las reglas? Después de todo, aquello había tenido un efecto positivo en Brie, pues ahora era mucho, muchísimo más cercana a él.

—Sé que voy a acabar arrepintiéndome —reconoció Aidan en un murmuro.

Ella fingió no haberlo escuchado y se desvió de su trayectoria habitual hacia el camino de tierra por el cual siempre aparecía y desaparecía Aidan.

—Espera, quién ha dicho que vayamos a tomar esa senda.

—¿Y cómo vamos a llegar? —quiso saber ella confundida, ahora se esperaba cualquier cosa por parte de él—. ¿Con la bicicleta voladora?

Él sonrió.

—¿Aidan? —pidió una respuesta.

Él sacó de su bolsillo un manojo de llaves y sostuvo de entre ellas una dorada con una bella empuñadora que parecía la de un motivo celta: un monstruo marino diminuto serpenteaba desde el mango a la punta donde terminaba redondamente. El óxido le aportaba un aspecto más sugerente, casi como si se tratase de una reliquia que abría el baúl de un gran tesoro. Brie la observó fascinada. ¿Cómo algo tan pequeño e insignificante podía despertar tanta atracción?

—Esta es la llave Ghala. Abre todas las puertas, pero solo te lleva al lugar para el que fue creada.

—Espera, ¿qué? ¿Todas las puertas?

—Está programada para abrir un portal en una puerta, pared, superficie, donde quiera que estés. No importa el lugar del que huyas, solo al que llegues, pues es uno. En este caso nos llevará a Avonshire, la casa que inspeccionaste el otro día.

—Creo que lo entiendo… Pero ¿por qué no la utilizaste el otro día cuando te seguí?

—Bueno, no es recomendable utilizarla en espacios públicos, Brianna, alguien desconocido podría pasar por la puerta en una equivocación y acabar en un lugar no deseado, pues el portal se mantiene abierto un minuto, después se cierra para siempre. La llave Ghala no tiene como fin la comodidad, bueno, en cierta parte sí, pero lo que quiero decir es que siempre es mejor para los seres como yo pasar desapercibidos y no abusar de nuestros dones y objetos celestiales, pues pueden causar estragos en la tierra.

Brie asintió comprendiendo ahora la situación, después levantó la mirada y dijo:

—¡Muéstramelo!

Aidan volvió a sonreír.

—Presta atención.

Escogió uno de los árboles más corpulentos y dijo:

—Aunque es mejor utilizar una puerta, en nuestro caso en cualquier superficie plana se puede abrir un portal gracias a la llave.

La sostuvo entre sus dedos, mostrándosela de nuevo, después la introdujo sobre la corteza y esta se deslizó en la superficie rugosa, como creando su propia cerradura. Brie soltó un suspiró entrecortado. La madera comenzó a desprender una luz dorada y se formó el contorno de un arco que desprendió un destelló. Brie parpadeó y al regresar la mirada distinguió un amplio salón, con un conjunto de sillones, alfombras, mesitas, estanterías, libros, un gramófono, pero también un tocadiscos; cortinas a juego con la tapicería, lámparas pequeñas, altas y algunas ensambladas en la pared con papel tapiz de diseño floral. Y todo, absolutamente todo, cabía dentro del arco de luz que había creado Aidan.

—Las damas primero —insistió él con un tono caballeroso que combinó con una reverencia.

Ella dudó, vacilante. Pero ante la invitación de él, dio un paso al frente y examinó aquel arco de luz, fascinada y asustada al mismo tiempo. Levantó sus frágiles dedos y traspasó el marco. Sintió como si estuviese tocando una especie de algodón de azúcar y le pareció una sensación agradable, casi placentera.

—Brianna, el portal se va a cerrar como no entres de una vez.

Ella le miró con los ojos abiertos, como queriendo decirle que no estaba segura, de la misma forma que un deportista de riesgo se prepara por primera vez para saltar de un avión.

Finalmente, Aidan decidió darle un empujoncito. Brianna traspasó el portal en menos de un segundo y calló de bruces en un grito contra una blanda y áspera alfombra.

—Ouch —profirió.

El portal se cerró y una mano apareció a su lado, dispuesta a ayudarla a levantarse.

—Lo siento, estabas tardando una eternidad.

Brie le ignoró. Aquella caballerosidad no iba a eclipsar el anterior gesto tan poco considerado.

—Ha dolido, que lo sepas.

Se levantó subiéndose las medias que se le habías escurrido al caer con las rodillas. Después se arremangó la mochila de nuevo. Entonces lo volvió a ver. Aquel salón que parecía sacado del 221B de la Baker Street, como si tratase de la mismísima casa de Sherlock Holmes.

—Vaya…

—Y esto es solo una fracción de la casa. Bueno, ya la has visto, será mejor que nos vayamos —bromeó él, aunque en cierta manera lo decía totalmente en serio, antes de que apareciera…

—¡QUÉ DEMONIOS Y ÁNGELES, AIDANIEL!

Marxias apareció por la puerta que conectaba el salón con la cocina. Miraba a Brianna como quien mira la tierra y el cielo juntarse por primera vez.

—Buenas tardes, querido amigo.

—¿No has tenido suficiente con enseñarle las alas? ¡La has traído aquí! ¿Has perdido el juicio y el sentido de la razón? Te estás jugando el cielo.

A pesar de los gritos, Aidan no reaccionó, quizás para transmitirle algo de calma. Después de un minuto de reprimendas a toda voz, Marxias recuperó la compostura, aunque no se atrevió a acercarse.

Brie le observó entre la vergüenza y la emoción. Aidan tenía razón: no le gustaban los humanos. Y sí, era un niño poco mayor de once años. De un rostro hermoso pero infantil, cabello cobrizo, ojos de un negro casi azulado, mofletes rojos, piel blanca y brillante. No era así como se esperaba a un ángel de la Tercera Orden. ¿Cómo sería su verdadero aspecto? ¿Y sus alas?

—Es un placer conocerte —dijo ella, algo asustada, aún no sabía cómo caer bien a la gente.

—¿Le has hablado de mí? ¿Qué le has dicho?

—Brianna ya te conocía, al parecer, me estuvo siguiendo —dijo él de brazos cruzados—. Estás siendo bastante descortés, ¿lo sabías? Podrías ofrecernos algo de merienda.

—Tenéis que iros —increpó él—. No debería interactuar conmigo. Sabes las normas, Aidaniel.

Brie quiso saber qué tipo de normas eran las que concernían a los ángeles de la guarda, pero sabía que no era el momento para sus preguntas. Al mismo tiempo, aquel nombre resonó en su cabeza. «Aidaniel». ¿Era una versión más alargada de Aidan? Le gustaba. Pero sonaba demasiado formal.

—Y nos iremos —añadió ella—. Después de merendar —propuso y buscó a Aidan con la mirada para que secundase su idea.

—Así es. Brianna se muere por probar tu mermelada de Naranco.

—No me queda.

—¿Y qué hay de tu té de frutos rojos?

—No está hecho para humanos.

—Por eso tengo que probarlo —insistió ella y comenzó a divagar haciendo uso de sus algunas de sus dotes persuasivas—: Quizás… sea la primera humana en probarlo. ¿No tienes curiosidad en saber qué opinión tiene el paladar humano de tal excepcional combinación de sabores? Puede que te sirva para hacerlo aún más perfecto, de una forma que ni yo ni mis compatriotas mortales podamos estar jamás al alcance de tal obra maestra.

Aidan soltó una carcajada en lo profundo de su interior. Brie, sin duda, había captado la

esencia de Marxias: como ángel de la Tercera Orden, se sentía superior a todos los seres, especialmente a los humanos. Y si esa era la única baza con la que podía jugar, no dudaría en utilizarla.

«Buena jugada, Brianna Laidhart», la premió Aidan.

Marxias la escrutó con la mirada. Había algo en Brianna que le estaba haciendo sopesarlo. ¡Él! ¡Sopesar lo que un humano tenía que decir! De ninguna manera. ¡Fuera de su casa!

—Bueno —continuó ella—, está claro que no quieres arriesgarte a que mi mente humana pueda mejorar tu fórmula. Eso sería… una verdadera humillación.

El gesto de Marxias cambió. ¡Cómo se atrevía a tal descaro! ¡Esa humana! ¡Maldito era Aidan por haberla traído!

—No podrías —sentenció, cargado de seguridad.

—Ah, entonces es eso lo que te gustaría pensar… —Levantó los hombros—. Aunque ya sabes lo que dicen: sin experiencia no hay garantía.

Aidan observaba a uno y a otro como quien observa un partido de tenis: la bola acababa pasar al campo de Marxias.

—¡¿Cómo te atreves a cuestionar una de mis verdades irrefutables?! Los humanos no sois capaces ni de controlar vuestros propios sentimientos, y vais a poder superar las dotes de los ángeles… —se jactó cruzándose de brazos.

—Entonces, ¿por qué tienes un gramófono y un tocadiscos? —Desvió la mirada hacia donde se encontraban ambos objetos—. El primero lo creó Berliner, perfeccionando el fonógrafo de Edison, a finales del siglo XIX. Supongo que tú y Aidan fuisteis de los primeros en adquirirlo cuando salió, pues sois los únicos contemporáneos que conozco. Y el segundo, el tocadiscos, es desde luego el perfeccionamiento del primero. Pero hemos dejado de lado la obviedad más notoria —enfatizó—: ambos son instrumentos creados por el hombre.

Marxias guardó silencio, inspeccionando los ojos marrones de Brianna, donde había una resolución y audacia humanas que se atrevían a acusarlo de hipocresía. Aidan se había quedado sin aliento y también la miraba. Una vez más, había aparecido ante sus ojos la Brianna que solo él conocía. Y, sin poder evitarlo, le recordó a Giovanna. Su pecho comenzó a doler.

—Los inventos humanos son solo producto de una necesidad divina —explicó Marxias con un altivo tono en el registro de su voz—. La música los acerca más a un cielo que no pueden todavía, o bien jamás, alcanzar.

—Parece que algo tenemos en común tú y yo después de todo.

Al principio ni Marxias ni Aidan entendieron. Pero después de dos segundos en los que las palabras de Brianna resonaron en el eco de sus mentes, Marxias se convirtió en una hoguera crepitante y Aidan se llevó el puño a la boca para ocultar la risa que escapaba de sus labios.

«¿Cómo te has atrevido?».

Brie acababa de jugar la última baza que le quedaba, hundiendo el dedo en la llaga, pues si había algo que Marxias lamentaba cada día era su expulsión del cielo.

—Aceptó el reto —respondió él con firmeza, para asombro de Aidan, quien daba ya perdido el duelo—. Prepara un té mejor que el mío, humana. Tengo curiosidad. Y luego… te vas. Treinta minutos, ni uno menos.

—Vamos, Marxias, tienes toda una eternidad por delante —trató Aidan de hacerle entrar en razón, para flexibilizar un poco más el tiempo.

Pero él arrugó las cejas y Aidan no dijo nada más por miedo a hacerle cambiar de opinión. Suficiente milagro era el que dejara quedarse a Brianna más de dos segundos. Después de todo,

era su casa, él mandaba.

—A la cocina. Ya —ordenó.

Desapareció por la puerta y las miradas de Aidan y Brianna se encontraron. Tras un segundo de meditación interior, se echaron a reír de incredulidad. Sus ojos se volvieron a encontrar guardando silencio, pero la risa volvió a ganar la batalla contra aquella instantánea y poco creíble seriedad.

—Dios santo, me inclino ante ti, Brianna Laidhart —admitió Aidan, impresionado—. Lo has conseguido. Por un segundo pensé que iba a tener que sacarte de aquí antes de que te hiciese algo.

—Yo también. Pero no cantemos victoria antes de tiempo —dijo ella aún emocionada—. Todavía queda la parte del té.

—Es difícil de roer, acabas de verlo. Te ofrezco mis respetos y mis ánimos.

—Oh, muchas gracias.

—¿Vais a venir o qué? —increpó una vocecilla desde la cocina—. El tiempo corre, humana.

—Sí —contestó Brie mirando a Aidan todavía con una sonrisa—. Ya vamos.

Cruzaron el umbral de la puerta y Brie enmudeció cuando fue sorprendida por el abarrotamiento absoluto de la cocina. ¿Cómo cabían tantas cosas juntas? ¿Se podía encontrar algo en medio de aquel caos? Muchos alimentos llamaron su atención, los que conocía y los que no sabía qué nombre ponerles. Sobre todo, las calabazas disformes que había encima de la mesa central. ¿Calabazas azules? ¿Rojas? ¡Violetas! ¡Y las flores! ¿De dónde habían salido? Desde luego, fuese donde fuese que se encontrase Avonshire, era muy distinto a la tierra.

Marxias ya había comenzado a preparar su té de frutos rojos. Aidan la miró instándola a comenzar.

—¿Puedo utilizar cualquier cosa de la cocina? —preguntó ella con educación, no quería sobrepasar los límites del ángel.

Marxias levantó la mirada juiciosamente.

—Oh, venga, Marcel, no seas tan severo —se quejó Aidan.

—No me importa lo que hagas, mientras no destroces mi cocina. Pero tampoco toques muchas cosas, hueles a… Digamos que hueles.

—Oh, gracias —respondió ella sin saber cómo interpretar aquello.

Brie dejó su mochila en el único hueco que encontró libre, así como su abrigo sobre uno de los pomos de una silla. Después se arremangó y fue hasta el fregadero para lavarse las manos con jabón. Mientras, Aidan se quedó apoyado contra el marco de la puerta, muerto de curiosidad por lo que iba a presenciar.

Brie inspeccionó su alrededor, al tiempo que Marxias preparaba sus tostadas de mermelada de Naranco para acompañar su té. Buscó las especias dulces y al no dar con ellas miró a Aidan: «¿Las especias?», le preguntó vocalizando sin sonido. A lo que él respondió señalando la estantería. Marxias levantó la mirada en ese preciso momento y Aidan fingió un bostezo alargando el brazo por detrás de su espalda en un estiramiento.

Brie fue hacia donde había señalado Aidan, y encontró la caja de tés de Marxias, pero no era eso lo que quería. Volvió a pedir ayuda a Aidan, señalándole que allí no había nada. Él se encogió de hombros sin saber a qué se refería exactamente. Brie puso los ojos en blanco, iba a tener que arreglárselas por su cuenta.

Por suerte para ella, sabía de tés. Su querida cuidadora, Cecil, había sido una gran apasionada y la había introducido en la materia. Muchas tardes habían creado nuevas infusiones exóticas,

dulces, somnolientas… Pero, de entre todas ellas, tenía su favorita. La receta estrella de Cecil, una que había pasado de generación en generación. Era una infusión a la que Brie tenía un cariño especial. Cuando se encontraba triste o con malestar, Cecil la preparaba y la dejaba siempre junto a su cama, incluso en su escritorio en periodo de exámenes. ¡Cómo la echaba de menos! Pero se acordaba de la receta… más o menos. Y sabía que era la única forma de impresionar a Marxias y de ganarse al menos una brizna de su aprobación.

Volvió a inspeccionar la cocina y finalmente consiguió encontrar canela, cardamomo, anís y otras plantas que fue incapaz de reconocer. Quizás se podía permitir experimentar con alguna de ellas. Aunque… ¿tenía tiempo?

Puso a hervir agua y después añadió una vaina de cardamomo y otra de canela, sin olvidar por supuesto el anís estrellado. Aquello iba a parecerse más al té chai que a la receta de Cecil. Solo necesitaba dar con la vainilla.

Inspeccionó las flores exóticas que se hospedaban en un bello jarrón en el centro de la mesa. De entre ellas sobresalía una orquídea y Brie pensó al segundo que podía tratarse de la flor de la vainilla. Pero desechó la idea al segundo, consciente de que, aunque así fuese, no disponía ni del tiempo ni del equipo necesario para destilar la esencia.

Aidan, mientras tanto, la observaba absorto, todavía apoyado contra la puerta. Le complacía la seriedad con la que Brianna había asumido el reto y se regodeaba de la competitividad de su amigo, quien no pensaba ponérselo fácil. «Vamos, Brianna, demuéstrale quién eres al cascarrabias de Marxias».

Hubo una flor de tonalidades púrpuras que sí se atrevió a utilizar, quizás podría suplantar la vainilla de cierta manera. Y aunque no llegó a probarla, el mero olor dulzón despertó sus conductos nasales y decidió agregarla. Primero la lavó, la deshizo de sus hojas y guardó sus pétalos para utilizarlos. Encontró, entonces, un mortero de madera escondido entre tazones de porcelana y lo limpió con un poco de agua. Después lo utilizó para adquirir las propiedades de la flor, formando un líquido marrón. Osó introducir un dedo para luego llevárselo a la lengua.

«Umm».

Una explosión de sabor recorrió su paladar. ¿Qué demonios era aquello? Desde luego que podría suplantar a la vainilla. Se debatía entre el caramelo y la jalea, pero con un toque propio y original. Así que le añadió una cucharadita de melaza que había encontrado en un bote de la estantería, y después removió todo creando su propia mezcla. Ahora sí.

El agua terminó de hervir y la coló. Después la dejó reposar en otra olla, con la tapa puesta. Preparó tres tazas de porcelana exquisita, de las que estaba casi segura podían ser de la época victoriana, aquella en la que Marxias y Aidan se habían conocido. Le pareció apropiado utilizarlas, incluso si el niño-ángel la juzgaba con la mirada.

Primero situó con una cuchara su pequeño experimento en el fondo de las tazas. Al derramar el té en ellas, se disolvió en la infusión. Brie inspiró el contenido humeante. Estaba casi listo.

—Se acabó el tiempo —decretó Marxias que la miraba receloso desde la otra punta de la cocina—. Al comedor. Ya.

Aidan se marchaba hacia el comedor cuando Marxias lo paró:

—No, mejor vayamos al salón de té. Ahora tenemos una buena excusa para utilizarlo.

Brie miró a Aidan para que le guiase, pero este parecía casi tan perdido como ella.

—Oh, es verdad —se percató el niño-ángel—. Tú nunca lo has visto. Lo he tenido cerrado durante un tiempo.

—¿Podría ser aquel…?

—No, lo cambié justo cuando me marché de Londres, necesitaba un cambio. Y sí, no lo he utilizado más que un par de ocasiones después de aquella época.

Marxias sacó una bandeja de plata donde dispuso su tetera y sus tazas correspondientes, sin olvidar las tostadas de mermelada de Naranco y un plato de las galletas favoritas de Aidan. Después miró a Brianna.

—¿A qué estás esperando?

Ella no respondió, intimidada.

—Deja tus tazas en la bandeja, no creo que tengas suficientes brazos como la diosa Shiva para llevarlas por tu cuenta.

Brie obedeció al segundo. Un momento… Marxias había tratado de ser ¿amable?

—Aidaniel, ¿me harías el favor de llevar la bandeja?

—Por supuesto —respondió él con la misma cortesía.

—Bien. Acompañadme.

Los dos le siguieron por el pasillo de Avonshire. Aidan dejó que Brie se le adelantase, para ocupar un plano secundario, puesto que era el que más iba cargado de los tres. Mientras ella inspeccionaba la galería llena de puertas cerradas y se preguntó qué esconderían. También se vio reflejada en varios espejos de marcos dorados y le sorprendió el buen aspecto que lucía su rostro, a pesar de las duras semanas de exámenes.

La presumida y pequeña figura de Marxias avanzaba a paso veloz, sin detenerse en los detalles que sí apreciaba Brianna, como los amplios ventanales de cristal, decorados con macetas de palmeras y otras plantas tropicales de interior. Finalmente, se paró en seco frente a una puerta. La abrió con cuidado y les dejó entrar. Se encontraron de pronto en un salón de té puramente victoriano: todo conjuntado en una gama de blancos y azul cobalto. Para asombro de Brie, tenía forma rectangular, pero al mismo tiempo las ventanas ocupaban dos semicírculos poligonales que daban al jardín exterior. Junto a ellas había dos bancos, cuatro en total, acolchados y de moldura elegante y refinada. Las paredes estaban recortadas en marcos de yeso barnizado, donde asomaba papel tapiz con motivos decorativos. Y el techo…, aquello rozaba lo espectacular. Había pintadas estatuas, fuentes, plantas y animales, todos en un azul intenso y con sombras de un tono más pálido. Parecían llevarte hacia los dos centros de la sala donde pendían dos lámparas de araña con tonos dorados y añiles, igual de exquisitas. Bajo ellas había dos mesas circulares con su conjunto de sillas. Dos manteles de un tierno encaje blanco las cubrían.

Al final de la sala había situado un armario de caoba que albergaba un juego de porcelana azul, preparado para ser estrenado después de varias décadas. Y, sin embargo, nada en el espacio parecía sucio o roído por el tiempo. Al contrario, más bien daba la impresión de que había permanecido cual estatua paralizada en un instante. Marxias, al abrir la puerta, la había devuelto a la vida, dando al botón de *play* de nuevo.

—Bien, tomad asiento.

Eligió la mesa más cercana a la salida, el asiento más cómodo. Y, aunque ninguno parecía presidir, quedaba claro quién estaba al mando y quién era el juez de aquella competición.

Marxias colocó las tazas, la tetera y la comida fuera de la bandeja, todo con una delicadeza jamás vista a los ojos de Brie, solo en las películas de época. El niño-ángel sirvió con una distinguida desenvoltura dos tazas a sus *invitados*. Después tomó una de las tazas de Brie con desaire y la observó con indecisión. Ambos le miraron tensamente durante unos segundos hasta que dictó:

—Empieza el duelo.

Y se llevó la taza de té a los labios.

Capítulo 20

Brianna y Aidan posaron su mirada en el pequeño rostro de Marxias, temiendo lo que este pudiera decir u opinar. Él los ignoró por completo, estaba más concentrado en la bebida que todavía reposaba en su paladar. Era sin duda un sabor… ordinario quizás, pero con un retazo de dulzor al final. Crispó el gesto y sus espectadores se sobrecogieron, pero al segundo relajó sus facciones y se relamió los labios. ¿Era buena o mala señal?

Después pegó otro sorbo, de forma muy delicada y refinada. Mmm. Sí, algo ordinario, dulce, puede incluso que algo picante. Aquella humana debía de haber añadido…

Aidan se moría de curiosidad y no dudó ni un segundo: se llevó la bebida a los labios.

—Aidan, ¡no! —trató de advertirle Marxias, pero este ya había ingerido casi la mitad de su té y sus ojos ahora le observan confundidos, con la nariz escondida tras el borde de su taza.

Brie los miró preocupada. Y entonces Marxias estalló en risas, desconcertándolos aún más. Pero ¿qué le pasaba?

—Estupendo —se carcajeó mientras golpeaba con su puño en la mesa y todos los objetos comenzaba a temblar—. Ahora ya… *gf* no tenemos… salvación alguna.

Aidan comenzó a sentir aquel picante primigenio y en pocos segundos un ardor creciente en su garganta, sin olvidarse del dulzor que aún residía en su boca. «Oh». Ahora entendía.

Brie quiso probar su té, pero la mano de Aidan la paró en seco derramando su contenido por toda la mesa y el suelo, creando un charco que se enfrió sobre el parqué.

—¿Por qué has…? ¿Aidan?

Tenía la mirada ausente, como en otro lugar, muy lejos de aquella mansión encantada o incluso de Deerwoods. La risa descontrolada de Marxias continuaba sonando de fondo, ya no tanto placenteramente, sino de manera irracional y casi perturbadora.

—¿Aidan? —le volvió a llamar pasando una mano por delante de sus ojos. No hubo ninguna reacción—. ¿Qué ocurre? ¿Marxias? ¿Qué te pasa? ¿Qué os pasa?

—Tu humana nos… acaba de drogar. —Soltó una risotada descontrolada—. Estarás contento, ¿no?

Brie se llevó la mano a la boca.

—Dios mío, pero ¡qué he hecho! Ay, no, no…

Entonces Aidan por fin la miró. Ella guardó aliento.

Los ojos verdes del semi-ángel la observaron con absoluta contundencia, como flechas candentes que pretendían penetrar cada uno de sus pensamientos. Nadie jamás la había mirado de esa forma. Por un segundo se sintió realmente admirada, como si hubiese algo en ella que de verdad hubiese podido causar tal atención en él, lo cual no tenía ningún sentido, no se sentía hermosa ni mucho menos sugerente. Y si ella hubiese entendido más de sentimientos habría jurado que había algo de ellos en las pupilas inquisidoras de él.

Fue difícil sostener su mirada, brillante a pesar del contraluz, pues Brie sentía el rubor allí donde residían sus pecas, a ambos lados y sobre el puente de su nariz.

De repente, la voz de Marxias se apagó por completo, incluso si todavía seguía riendo en la habitación. No se oyó absolutamente nada. Excepto el sonido rimbombante de su corazón acelerado. Sintió que habían pasado horas, no, años… ¡No, siglos! Muchos siglos.

Un recuerdo cruzó como un meteorito en el universo inexplorado de su mente. Así fue. Algo se encendió dentro de ella, como un rayo de sol que huye de las espesas nubes de tormenta creando un halo de luz inesperado. Algo… demasiado familiar como para apartar la mirada. Y por un segundo, uno demasiado largo, leyó en sus ojos que él también acababa de ver exactamente lo mismo que ella. Pero ¿cómo? «¿Quién eres?», preguntó ella.

Él respondió en silencio. «En realidad, ya lo sabes».

—Aidan —consiguió decir, aunque sonó más cómo una pregunta hacia alguien que había más allá de él: otro Aidan, más humano, uno que había visto solo en sueños. Pero aquella tarde, por primera vez, le había visto estando consciente… ¿O acaso es que estaba soñando despierta?

Él sonrió de una manera muy natural y acogedora. Sus comisuras parecían estar sosteniendo como pinzas la tela curvea de sus labios, cargados de un tipo de emoción desconocida para ella y olvidada para él.

—Son… *gf*… los efectos del… *Adoreus Dadomomus* —explicaba la vocecilla de Marxias entre toses por la risa.

Ella se despertó de aquel sueño casi aliviada y prestó atención a la figura del niño-ángel, quien se encontraba recostado contra el suelo incapaz de aguantar la risa.

—A cada uno… le afecta… de diferente manera.

—¿Es esa planta morada que había en tu cocina?

—Sí. ¡Insensata! Un poco más… de dosis y… nos habrías dejado… inconscien… —Una carcajada le impidió terminar la frase y comenzó a dar patadas como un niño que acaba de escuchar el mejor chiste de su vida.

—¿Y por qué demonios tendrías algo tan peligroso y nocivo en tu cocina? —se defendió ella de mal humor, aunque no había olvidado todavía la extraña visión de su mente al mirar a Aidan.

—Son… bonitas… No *gff* suelo tener… hu… humanas estúpidas que se… a… atrevan. Ay, no puedo parar. —Tomó aire y sostuvo con sus bracitos la barriga dolorida de tanto reír—. A co… comer mis… flo… flores.

—Lo siento —dijo ella—. Pensaba que le daría un toque más exótico. Tú tampoco me explicaste lo que podía y no podía usar.

—No… suelo estar pen… pendiente… de las estupideces… humanas.

Brie se cruzó de hombros, no podía permitir ofenderse ante aquello, no cuando tanto como Marxias como Aidan necesitaban su ayuda en aquellos momentos. Después de todo, era culpa suya si se encontraban en esa situación. Pero Aidan…, él seguía observándola, con el semblante embelesado y aquella perfecta sonrisa en la boca que comenzaba a incomodarla de verdad.

—¿Cómo lo solucionamos? ¿Hay algún tipo de medicamento o tónico que lo inmunice? ¿Tal vez otra planta?

Pero Marxias giraba haciendo la croqueta por la habitación y ella puso los ojos en blanco.

Devolvió la mirada a Aidan, quizás algo asustada por si él… Sí, efectivamente, seguía igual como le había dejado, solo que ahora su rostro se encontraba mucho más cerca del suyo.

Suspiró cargándose de paciencia.

—Aidan, por favor, ayúdame. No sé qué os he hecho, pero parece que tú estás más…

Los labios de él se inclinaron dispuestos a encontrar lugar en los suyos. Brie, horrorizada, se apartó al segundo en un grito ahogado. Aidan cayó al suelo dándose de morros, pero no profirió ninguna queja.

—Maldita sea.

Aidan había tratado de besarla. Pero ¿qué demonios? Era peor de lo que pensaba. No había sido buena idea haber visitado a Marxias, tampoco haber querido ganarse su aprobación a través de un té poco experimentado y menos aún… habérselo dado de beber.

Se arrodilló a su lado para asegurarse de que no se había hecho daño.

—¿Estás bien?

Se atrevió a tocar con su mano la camisa del uniforme y, de una forma increíblemente veloz, él se la tomó y volvió a mirarla, con el mismo gesto desconcertante de siempre. Entonces tiró de ella.

—Aidan, me estás asustan…

Su pechó amortiguó sus palabras, la había aprisionado completamente en el hueco que formaban sus brazos.

—Aidan, ¡suéltame! —dijo su voz apenas audible—. Dios santo, ¿estáis todos locos?

Aunque se negaba a seguir bajo aquel protector y cándido abrazo, su cuerpo terminó por relajarse y sus músculos de destensaron. Por un momento se sintió muy a gusto, a pesar de la seriedad de las circunstancias. Hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba con tanta ternura y dulzura. Quizás la última había sido su cuidadora Cecil. O el abrazo fraternal de Jane cuando estaba sumamente feliz los viernes por la tarde, su día favorito de la semana, cuando solo reclamaba algo de cariño familiar que ni papá ni mamá le daban. Sí, era una sensación muy similar, aunque mil veces más reconfortante.

Consiguió asomar un ojo para observar cómo, gracias a Dios, Marxias los ignoraba, sin aumentar la incomodidad de la escena. Se encontraba entonces enjuagándose las lágrimas entre carcajadas entrecortadas. Parecía que el efecto estaba remitiendo en cierta manera en él y aquello la esperanzó. Quizás solo debía esperar, acunada en los brazos de Aidan Grivaldi, a que todo aquello terminase. «Vaya tortura, Brianna», se burlaba de ella la voz maligna de su mente. Sacudió la cabeza, no le gustaba pensar de esa forma sobre él. Como si… como si le gustase Aidan.

¡No!

Se sobrecogió y, en respuesta, los brazos de él la apretaron más fuerte. La calma la volvió a embargar y decidió borrar aquellos pensamientos; o mejor aún, ocultaros muy en el fondo de su conciencia.

Se concentró en el olor de Aidan, tan cercano, tan embriagador que no pasaba desapercibido despertando sus sentidos mortales. Se le enrizaban los pelos de los brazos y sentía un ligero cosquilleo en la nuca que la hacía temblar muy levemente. Algo en su cuerpo la estaba advirtiendo.

«Sí que debe de gustarte».

¡Otra vez esa detestable voz en su cabeza!

Se obligó a borrar de nuevo aquellas reflexiones absurdas y esta vez analizó la situación desde una perspectiva más crítica. Aunque pudiesen volver a la normalidad en cuestión de horas, tenía que ayudar de alguna forma, para enmendar sus errores.

Menuda paradoja que ella fuese quien debía hacerse cargo de su ángel de la guarda y quizás también de un ángel atrapado en el cuerpo de un niño, pues era la única que conservaba algo de

cordura en aquella habitación. Pero… ¿cómo? Solo era una humana más, terriblemente limitada.

Podía intentar deshacerse del amarre y regresar a la cocina, no sin haberse perdido por aquellos laberínticos pasillos. Después podía buscar cualquier planta o, quizás, algo más sencillo, un vaso de agua, fruta, azúcar, lo que fuese que pudiese bajar los fuertes efectos de la flor exótica de su té. Pero… ¿y si volvía a envenenar a aquellos seres supraterrenales más poderosos, celestes y hermosos que ella?

—¿Te encuentras mejor? —preguntó a Marxias, pues Aidan parecía un completo zombi, incapaz de responder ni articular palabra.

El niño había dejado de reír por unos pocos segundos, aunque después dejó caer alguna que otra carcajada. Al parecer, el efecto sí estaba remitiendo.

—Bueno, ahora mi estado de humor… —respondió por primera vez con algo de seriedad, pero después rio de nuevo—. Ha mejoraaaaaaa… do.

No del todo. Brie puso los ojos en blanco. Luego prestó atención al carcelero que la aprisionaba entre sus brazos. Tenía los ojos cerrados y seguía sonriendo, como si se sintiese increíblemente cómodo dónde y cómo estaba. Era hermoso. Es más, había mucha más belleza en él, pues Brie jamás le había visto así de feliz, ni siquiera cuando volaban juntos en bicicleta por el valle de Deerwoods. Quiso comprender entonces por qué Aidan actuaba de esa forma, casi como si fuera un cachorro fácil de complacer y terriblemente cariñoso.

¿Y por qué, en cambio, Marxias se tronchaba en el suelo de la sala de té? ¿Cuál era la diferencia? Ella también había probado la flor al preparar la bebida. ¿Por qué no surtía ningún efecto extraño en ella? Su falta de información la hizo sentirse una humana incompetente, algo que sin duda Marxias habría señalado si no estuviese todavía intentando controlar sus carcajadas.

—Bueno, ¡ya basta!

Comenzó a forcejear para escapar de aquel abrazo y él no cedió. Maldito té. Sí que era contundente. Consiguió darse la vuelta y ahora sus brazos pasaron a ocupar su cintura y su cabeza, el hueco entre su pecho y su barbilla. Al menos sus manos habían quedado libres. Aunque todavía seguían de rodillas y Brie luchó porque pudiesen ponerse en pie. Con un poco de suerte, quizás pudiera salir de allí en busca de una cura o un encantamiento.

—¿Tú sabes por qué Aidan se comporta así? Me está empezando a molestar de verdad.

—Es el… *Adoreus Dadomomus* —dijo Marxias, sin revelar nada que ya no supiera—. Juega con tu estado de… —tomó una pausa, había dejado de reír, y Brie rezó porque no soltase ninguna risotada más. Y no lo hizo. Al contrario, sus bellos ojos negros comenzaron a llenarse lágrimas— ánimo.

Ahora su vocecilla parecía frágil y descompuesta. Por un segundo, Brie sintió el impulso de abrazarle, si la situación se lo hubiese permitido, pues el rostro de Marxias era muy similar al que ponía su hermana cuando estaba triste.

—Estoy… bi.. bien, sniff.

—Oh, lo que faltaba.

Sus blandas mejillas rosadas se inundaron y la curva de su boca, que por un segundo dejaba ver sus hoyuelos y la hilera de sus dientes, ahora parecía una nave volcada sobre la cual llovía el agua salada de sus ojos. Desde luego, no estaba en sus planes hacer llorar al amigo de Aidan en su primer encuentro. Mucho menos drogarle. Tenía que pararlo cuanto antes.

—¡Aidan!

Se sacudió de su amarre, pero entonces, al darse la vuelta, vio cómo él también parecía estar a punto de cambiar sus emociones afectuosas por unas mucho más distintas. No, no podía ser la

culpable de eso también. No quería dañar a nadie más.

—Está bien —le dijo mirándole a los ojos. Su semblante continuaba sombrío, ya no quedaba ningún retazo de la sonrisa cordial de siempre—. No voy a ir a ninguna parte —le prometió.

Consiguió desenganchar una de sus manos que le agarraba la cintura, justo encima de la falda del uniforme. La tomó con cuidado y entrelazó sus dedos con los de él, como si fueran una bonita pareja adolescente. Aquello la asustó, pero sabía que era el mejor contacto que podía ofrecerle por ahora: le daría más movilidad y le seguiría manteniendo atado a su persona. Después separó la otra mano, liberándola.

Perfecto.

Comenzó a andar y Aidan se movió por la inercia, casi como un apéndice más de ella. Pasaron junto a Marxias, quien ahora estaba sentado a lo indio, con los puños sobre las mejillas y el entrecejo fruncido por la tristeza involuntaria.

—No sé cómo voy a ayudaros, pero algo tengo que hacer —le dijo—. Sería un poco más fácil si pudieras decirme qué debo buscar o a dónde tengo que ir.

Le dio algo de tiempo para que se recompusiese y, pasados unos minutos, finalmente, pudo responder:

—Yo te… snif… llevaré.

Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta. Brie volvió a tirar de Aidan y este no se mostró reticente pues, como ya habían comprobado, era capaz de seguirla hasta el fin del mundo, al menos mientras durasen los efectos de la flor.

Mientras caminaban por el pasillo, Marxias parecía muy seguro de sí mismo, aunque todavía ella lo escuchase sollozar.

—Estúpidas… emociones humanas —masculló por lo bajo, pero Brie le oyó perfectamente.

Torcieron a la derecha, después a la izquierda y luego subieron unas escaleras antiguas muy bonitas, de mármoles blancos y verdes. Tardaron quizás unos cuatro minutos, calculó ella, en llegar a una puerta en especial de color ocre. Marxias se paró en seco y después torció la cabeza para mirarla.

—Ni se te ocurra tocar nada, humana… Es… estás advertida.

Sin embargo, aquello sonó más como una súplica doliente que como una amenazadora advertencia. Brie se rio por dentro, sin dejar de tomarse en serio las palabras del niño-ángel.

Él abrió la puerta y un olor a bosque inundó el pasillo. Pero no era el típico olor otoñal húmedo y fresco de Deerwoods, no, este contenía una nota de polen y un efluvio cálido de reminiscencias primaverales. Marxias se internó dentro de aquella ¿habitación?

Brie permaneció en el umbral, observando el ecosistema que había, latente, al otro lado. Aquello le recordó a la llave Ghala, cuando Aidan la había utilizado para abrir una puerta mágica, hacía apenas una hora, que les había trasportado a Avonshire. Pero, en este caso, Marxias no había utilizado ninguna llave, solo había girado el pomo de la puerta y ahora parecían haber cambiado de estación y de atmósfera.

Sin darse cuenta, ya estaba dentro, sus pies caminaban sobre la hierba de un verde profundo, bañada por la luz del sol, y que le llegaba hasta un poco más allá del tobillo. Al mismo tiempo, Aidan se dejaba guiar de su mano, pero no mostraba sorpresa como ella, sino que seguía todavía capturado por el hechizo.

Brie intentó realizar una vista panorámica para poder descifrar dónde se encontraban, haciéndoles girar trescientos sesenta grados. A su derecha había una treintena de árboles, entre ellos algunos fresnos y arces, a su izquierda también había otros cuantos. Allí, Marxias había

montado toda una oficina de boticario debajo de un templete de tela de color marfil; estanterías de madera de roble blanco, mesas abarrotadas de instrumentos, cestas de mimbre llenas de tierra con diversas plantas, libros apilados o entreabiertos, pipetas, destiladores, elementos de jardinería, bolsas de semillas, peceras como macetas… La cocina, en comparación, no contenía ni la cuarta parte de aquel desconcertante desorden.

Pero había más. Se extendían más allá del estudio-herbolario varios terrenos de cultivo; naranjos, limoneros, manzanos, perales y otros tipos de frutales que Brie no pudo identificar. Entre ellos se cultivaban a su vez calabazas, pimientos, judías, tomates, coles, cebollas, zanahorias…

En el lado contrario, se había colocado un terreno especial destinado a albergar las plantas exóticas que a Brianna tanto habían cautivado y que Marxias tenía desperdigadas por su cocina, a pesar de que algunas pudiesen resultar letales, como ya habían comprobado.

El niño-ángel tomó algunos de sus utensilios de jardinero y se dirigió hacia la zona. Sorteó algunas de las flores de las que Brie solo pudo distinguir las rosas, caléndulas, violetas y, por supuesto, claveles, sus favoritos. Marxias buscaba en concreto una o quizás varias plantas. Todavía se escuchaban algunos de sus sollozos salir de su boca. Brie volvió a sentirse culpable, aunque, por otro lado, se complació de que él pudiese hacer el trabajo sucio buscando los ingredientes que necesitaban para el antídoto. No quería volver a confundirse de nuevo.

Una mariposa de tonalidades azules revoloteó por delante de sus ojos y pegó un respingo del susto. Aidan la tomó con fuerza de la mano y la atrajo hacia él. Ella habría apostado que si se encontrase en sus cabales se habría reído de ella y su comportamiento ridículamente asustadizo. Aquello le hizo ser consciente de cómo se había acostumbrado lo suficiente a Aidan Grivaldi como para anticipar sus reacciones en una situación normal. Ahora parecía que se conocían mejor, al menos cuando los dos estaban conscientes.

Brie devolvió la mirada a su alrededor e intentó adivinar en qué estado, país, continente se encontraban. El aire que respiraban era tan cálido y embriagador, cargado de esencias y olores inexplorados. Sin embargo, algo le decía que no era real. Parecía que todo aquello se tratase del escenario de una obra de teatro, realmente bien preparado. El sol que se alzaba sobre ellos tampoco parecía real, sino suspendido en el tiempo como una gran bombilla sin interruptor y con acceso a una corriente ilimitada.

¡Cuánto le habría gustado hablar con el Aidan normal para que pudiese explicarle dónde estaban! ¡Y cómo funcionaba ese mundo encerrado en una habitación de una mansión! Pero al mirarle este solo tenía ojos para ella, como si el resto del mágico entorno no existiese.

Brie volvió a enrojecer, no soportaba esa mirada sobre su persona, pues sentía que había adquirido un importante papel dentro del universo de él y eso la asustaba. No. No iba a volver a pensar en lo mismo que había cruzado su mente cuando estaban en la sala de té victoriana.

«Es mi amigo. Soy su amiga. Es mi ángel de la guarda. Soy… ¿Quién soy para él?», pensó, turbada. «No, para de una vez, Brianna», se dijo después, obligándose a calmarse e intentando una vez más ignorar a Aidan y a sus burbujeantes pensamientos traicioneros.

Caminaron bordeando las plantas y algunos árboles, simplemente disfrutando de aquella primavera anticipada. Una brisa cálida se levantó por el oeste y los cabellos de ella quedaron revueltos y se interpusieron en su rostro, pegándosele a los labios. Mientras se los apartaba con la mano libre, apareció súbitamente la de él. Ahora había capturado sus mechones marrones entre sus dedos, los mismo que hacía un segundo impregnaban su boca. Sus ojos verdes disfrutaban inspeccionando las tonalidades que adquiría su pelo con los rayos de sol.

«Maldita sea, Aidan», dijo ella luchando por mantener la calma.

Miró a Marxias, ahora a varios metros de ellos, su pequeña figura recogía una serie de plantas de su particular jardín, totalmente ajeno a sus problemas de pareja. ¡¿Pareja?!

«Por favor, Marxias, date prisa», le suplicó.

Pero Aidan sonrió de una forma casual y hermosa, como queriendo decir: «Simplemente disfruta, Brianna Laidhart. No creo que vuelvas a tener la oportunidad de tenerme por completo doblegado a ti».

No, ciertamente no habría dicho eso. Era solo su cabeza que se imaginaba tales palabras y las ponía en aquel ángel-marioneta que se erguía delante de ella.

Suspiró.

—Bien, sigamos caminando —decretó ella. Él no había dejado de sonreír y Brie casi percibió cómo las fronteras de su propia sonrisa se acercaban más a sus pómulos.

Aceleró la marcha y pareció que trotaban sorteando la hierba cada vez más espesa, que subió hasta sus rodillas. Brie se quejó, había elegido las medias cortas del uniforme y ahora se estaba arrepintiendo al sentir cosquilleos en la parte inferior de los muslos. No es como si hubiese podido prevenir que dejaría de encontrarse en Deerwoods y en una estación completamente diferente.

Aidan lo tenía fácil, llevaba los pantalones caquis uniformados de Osborne que tan bien le sentaban y disfrutaba en silencio de aquel mar de maleza y flores silvestres que atravesaban.

Brie no tardó en percatarse de las margaritas y amapolas que crecían en torno a ellos. ¡Cómo le gustaba aquella época del año! Sentía que era la más fugaz de todas: un día despertabas y, sin previo aviso, te encontrabas campos y campos floridos. En cambio, el invierno se presentaba frío e inhóspito y, de repente, había vida por todas partes. Los colores volvían a dominar la tierra, poblar las hojas de los árboles, jugar con la luz del sol o bien con tu estado de humor.

No tuvo tiempo para seguir admirando el paisaje, pues el comportamiento sumiso de Aidan cambió y, al segundo, se encontró corriendo a ciegas junto a él por la pradera.

—Ay, Aidan, cuidado, no veo dónde pisamos… —le advirtió ella intentando seguir su ritmo, con la mano entrelazada a la suya.

Pero él no dijo nada, como llevaba haciendo todo ese tiempo desde que bebió el té. Brie, en cambio, se reía a cada paso por el miedo a tropezar entre la hierba que se hundía a sus pies. Aidan no dejaba de tirar de ella, perdiéndose más y más, alejándose de Marxias y de la puerta de salida. Hasta que se pararon en seco y cayeron sobre el terreno como si tratase de una cama recién hecha llena de cojines. Brie sintió cómo su cuerpo se amoldaba en aquel manto verde. Aidan había caído justo a su lado y, sin dejar de sujetar su mano, miraba al cielo. Ella siguió su mirada: un azul intenso imperaba sobre sus cabezas. Hacía bastante tiempo que no veía un cielo tan despejado, sin ninguna nube a la vista, aquello no era propio de Deerwoods.

Cansada por el exceso de luz, giró su rostro hacia el de él.

La miraba. Era algo con lo que ya contaba, así que esta vez no se ruborizó. Volvía a formar parte del centro del universo de él, una vez más. Nada existía, solo su insignificante persona para los ojos de un ser espléndido y supraterrenal como era él. Y decidió disfrutar de esa sensación. Sí, ¿por qué no? Nunca había robado la atención de nadie, no de esa manera tan… vehemente.

Entonces, tomó una decisión que la sorprendió: iba a dejar que le gustase Aidan Grivaldi solo mientras durasen esos efectos. Él era inofensivo, quizás un poco demasiado afectuoso, pero totalmente honesto. Al menos, no se andaba con sus tretas para hacerla sonrojar ni con sus comentarios mordaces para reírse de ella y ponerla nerviosa. No, no había ninguna triquiñuela,

ningún aspecto que le hiciese desconfiar en absoluto de sus intenciones. Actuaba como si de verdad… como si de verdad ella fuese importante para él. Y aquella sensación, en cierta medida, aunque fuese fruto de un brebaje mal preparado, era real y, al mismo tiempo, terriblemente satisfactoria. Por eso, no podían controlar lo que sentía hacia él: paz, confianza y un sentimiento grande y verdadero que palpitaba refugiado en las cavidades de su interior. Sí, era feliz, muy feliz.

«Te lo mereces», habrían dicho los labios de él, aunque solo hablasen sus ojos en ese momento.

Y lo volvió a ver. El recuerdo voló esta vez a una velocidad menos apresurada que cuando se encontraban en el salón de té. Ahora era mucho más nítido, más brillante, más real. Aidan volvía a transformarse en carne y hueso, sin alas, sin la perfección de su tez, sin el fulgor inusual de sus pupilas…

«Hola, otra vez», le saludó al momento, por miedo a que desapareciese antes de tiempo. «¿Quién eres?», le preguntó hipnotizada e incapaz de distinguir entre la realidad, un sueño o un recuerdo dentro de su mente. Solo sabía que le veía. Al Aidan humano. Nada de ángeles, nada de seres sobrenaturales, solo *él*.

«¿Te conozco?», quiso saber. No respondió. «¿Me conoces?».

Entonces, él pareció asentir y ella se sobrecogió.

«No eres Aidan, ¿verdad?», se atrevió a formular.

Su cabeza osciló en un gesto de duda que vacilaba entre el sí y el no.

«¿Cuál es tu nombre?».

Sonrió.

Brie supo entonces que no iba a recibir una respuesta, era algo que tendría que descubrir por ella misma y él pensaba dejarle ese reto sobre la mesa.

«Está bien», aceptó a regañadientes. «Dime al menos quién soy para ti».

Y él abrió la boca a punto de hablar cuando escucharon el canturreo de Marxias que los llamaba:

—¿Dónde os habéis metido, tortolitos? Tenemos que volver.

El recuerdo se esfumó. Su ángel de la guarda le había vuelto a sustituir. Brie se revolvió decepcionada, quería seguir hablando con él. Quería descubrir…

—Salid ahora mismo, no podéis quedaros aquí para siempre, no es seguro.

¿Que no era seguro? Brie frunció el ceño. Le parecía el lugar más seguro en toda la tierra, si es que seguían en aquel tipo de mundo.

Aidan, finalmente, se envaró sobresaliendo de entre la maleza. Brie le contempló. Sí, su belleza cegaba incluso más que el sol que se cernía sobre ellos. Habría querido tener más tiempo para hundir sus dedos en aquel cabello revuelto dorado. Estaba segura de que el tacto sería una gozosa experiencia.

La mano de Aidan la puso en pie al segundo y ella se encontró sujetándose a su pecho para no perder el equilibrio. Pero aquel contacto ya no le importó, se había acostumbrado. Es más, estaba descubriendo que le gustaba.

—Ahí estáis. Cuando despiertes, Aidaniel, te espera una buena reprimenda. Y en cuanto a ti… —La acusó con la mirada, pero no se le ocurrió nada que decir, así que al final soltó—: Mejor vámonos, no tenemos tiempo que perder.

Regresaron por el sendero hundido por el que se habían sumergido en el prado silvestre.

Ahora Marxias parecía tener entre sus bracitos una botella de cristal llena de un líquido marrón

nada apetecible que parecía estar acunada entre los tallos de diferentes plantas exóticas. Debían de ser los ingredientes del antídoto, sin duda.

—¿Te encuentras mejor, Marxias? —se atrevió a preguntar cuando habían alcanzado por fin la carpa blanca del laboratorio.

Él se giró sobre sus talones con el rostro plagado de lágrimas, como si en vez de haber estado recolectando flores hubiese estado cortando cebollas. Solo viendo aquello, Brie comprendió la respuesta y calló. Pero Marxias acabó respondiendo:

—Yo he bebido menos de tu té. En cambio… —Atizó con la mirada al muñeco hechizado de Aidan—. Bueno, no puedo decir lo mismo del pobre Aidaniel, aunque se lo tiene bien merecido.

—Lo siento —dijo ella—. Solo quería impresionarte. Pero está claro que he armado una buena.

Marxias apretó los labios para obligarse a no decir lo que tenía en mente y ella lo agradeció. Era mejor su silencio que sus reprimendas.

—Vamos —ordenó él—. Prepararé el remedio en la cocina y tú te mantendrás bien alejada de ella —concretó—. Bien bien alejada.

Brie asintió.

—Estupendo.

A Marxias le encantaba que acatasen sus órdenes, pues no estaba muy habituado a darlas. Sin embargo, cuando se presentaba la ocasión, le hacía recuperar en cierta manera su rol como poderoso ángel de la Tercera Orden.

Brie y Aidan, todavía emparejados como la aguja y el hilo, siguieron su figura hasta salir por la puerta al pasillo de Avonshire. Después, Marxias cogió el pomo dorado y cerró muy lentamente el paraíso que escondía dentro, casi como si lo dejase durmiendo.

Episodio XVI

El tercer trabajo fue mucho mejor, aunque continuó sin descansar. En total había contado que había estado trabajando unos seis deones desde su llegada a la puerta. Había escuchado en alguna parte que un siglo era unos quinientos deones en total, lo cual sumó su desesperanza. Sin embargo, decidió que, mientras pudiese, intentaría escalar en la puerta y sobre todo buscar una manera de regresar al cielo, para volver con Giovanna o, al menos, deshacerse del dolor espiritual.

Trabajar en las galeras fue toda una experiencia. Se habría imaginado tener que remar y, en realidad, consistía en crear esas llaves mágicas de las que le habían dado la primera vez para regresar de la tierra. Nadie entendía por qué lo habían llamado «las galeras». En el trabajo le instruyó Dondardo, por lo que Nastagio aprovechó para preguntarle sobre su tema predilecto:

—¿Cómo consigo una audiencia con los redentores?

—Poniéndote en la lista de espera. Yo estuve apuntado una vez hace muchos deones, ahora… —señaló sus cuernos—, bueno, formo parte del otro bando.

—¿Por qué? ¿Por qué te saliste de la lista y fuiste…?

—Me cansé de esperar, Lukel. Todos lo hacen. La audiencia se te puede o no conceder.

—¿Y en tu caso?

—Tuve mi oportunidad. Pero no se me concedió esa *gracia*.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no estaba preparado para el cielo.

—¿Cómo?

—No se le concede la entrada a todo el mundo. Normalmente lo consiguen los que más tiempo llevan en la lista, pero porque han sido insistentes y lo han querido con todo su ser.

—¿Conoces a alguien…?

—Una vez sí, conocí a uno que lo consiguió. Un buen tipo. Estaba listo y los ángeles lo sabían. Tardaron tres mil deones en aceptarlo.

—¿¡Tanto?! —exclamó horrorizado.

¿Cómo iba a esperar tanto? Para entonces, Giovanna se habría olvidado de él o él de ella… No obstante, pensaba apuntarse en la lista. Primeramente, porque convertirse en demonio no estaba en sus planes. Un alma tan pura como la de Giovanna jamás habría ido al infierno.

Entonces, llegó el siguiente trabajo. Debían ir y entregar una serie de paquetes a lo largo de Captisme. Lo que le permitió salir al fin de la puerta de Vigardy y volver a ver el limbo, pero, sobre todo, conocerlo en profundidad. Visitar el mercado, pasear por los alrededores de la comuna de los cielos, pararse frente al gran torreón de las jornadas y, solo muy de vez en cuando, atisbar alguna figura encapuchada transcurrir con la elegancia de una pluma por las calles de Captisme: ángeles.

En uno de sus repartos aprovechó para inscribirse en la lista. Para ello, sacrificó una moneda lanzándola a lo oscuro de un pozo en medio de una plaza. De esta forma, mostrabas tu petición para una audiencia que podía o no concedérsete a lo largo de mucho mucho tiempo. Cuanto más tiempo hubieses esperado, más tenías con qué pagar en el limbo. Algunos cedían algunos deones de su lista de espera y así pagaban muchas de sus casas y objetos del mercado. El tiempo era la moneda de cambio.

Otros se bañaban, para purificarse en los baños del limbo. Unas piscinas naturales más allá de la ciudad. Era tan doloroso recibir un baño de sus aguas que pocos se atrevían a ir. Solo los que más sufrían el dolor espiritual marchaban, como última opción antes de ceder ante el otro bando. Aquello se presentó muy conveniente a ojos de Nastagio, pues decían que si conseguías darte al menos cinco baños ascendías en la lista y podías tener una audiencia antes, donde se te daba una segunda oportunidad para cruzar al otro lado.

Comenzó a conocer a todo tipo de gente en la puerta y fuera de ella. Algunos eran cordiales y simpáticos, otros eran tiránicos y desagradables hasta tal punto que influían en su dolor espiritual.

Aunque era translúcido, aún continuaba siendo atractivo, por lo que se ganó el favor de lady Lodership, una mujer corpórea que era administradora en la comuna de los cielos. La lady tenía gran carácter, pero también era considerada un gran contacto en el limbo. Siempre que la puerta tenía que entregarle algo pedía expresamente que enviarán a Nastagio y así lo podía retener en su palacete por lo menos media jornada. Nastagio aprovechaba ese momento para ganarse aún más su afecto. Le daba conversación, la adulaba y respondía a todas sus demandas.

Sin embargo, un día él le preguntó sobre el cielo y cómo ascender en la lista. Y ella, que comprendió sus acciones interesadas, se encolerizó tanto que terminó echándolo de su casa. Mandó una carta a la puerta para que se castigase duramente al osado muchacho, por lo que Zelian no tuvo más remedio que reducirle a la carbonera. El peor lugar de la puerta: donde se producían las cenizas que debían beber todos los demonios (algunos trabajadores de la puerta, otros habitantes de Captisme que compraban las cenizas restantes) para poder continuar sin dolor en el limbo, como si fuese una manera de mantenerse conectados con el infierno.

Pasó por lo menos cien jornadas en la carbonera al tiempo que su dolor espiritual crecía a una velocidad vertiginosa. El calor era tal que hasta casi podía sentir su piel translúcida chamuscada. Aquellas cenizas se pegaban a su cuerpo incorpóreo manchándolo continuamente.

Un día vino Zelian a visitarle.

—Lukel, traigo noticias.

—¿Puedo salir de aquí?

—No todavía, pero lady Lodership quiere que vayas a entregarle el *denom*.

—¿Cómo?

—Ha solicitado que seas tú.

—Pero…

—No hay otra opción.

Nastagio asintió. Quizás pudiese aprovechar para pedirle perdón y recuperar su favor, así como su trabajo de repartidor. Tomó el *denom*, un extraño perfume extremadamente caro y valioso, y salió de nuevo a la ciudad. ¡Qué bien sentaba aquella libertad! Saludó a algunos de sus amigos e intentó no entretenerse demasiado en los nuevos puestos que había en el mercado.

Andaba tan distraído que tropezó con un hombre gigantesco y cayó contra el suelo. El frasco del *denom* que llevaba en sus manos quedó completamente destruido. Nastagio gritó y se

arrodilló ante los fragmentos. Su última posibilidad para enmendar sus faltas yacía derramada ante sus ojos. Tomó uno de los trozos de cristal entre sus manos y lloró un par de etéreas lágrimas, al mismo tiempo que el dolor en su pecho se ampliaba exponencialmente.

—¿Por qué lloras, muchacho?

Sintió una mano apoyada en su cabeza. Se quedó paralizado. Aquella voz…

—¿Qué es lo que has perdido? —preguntó retirando su mano para tomar uno de los pedazos de cristal.

—Una oportunidad —respondió.

—No. Una oportunidad es lo que acabas de ganar.

Aquel hombre encapuchado le dirigió la mirada. Era un ángel.

Capítulo 21

Marxias preparaba el tónico en la cocina y, mientras tanto, Brie y Aidan se encontraban sentados en el cómodo sofá del salón. Ninguno hablaba. Como si continuasen aquel duelo de miradas recíprocas de antes, cuando estaban en aquel prado fantasioso. Aunque la de Aidan era mucho más efusiva que aquella sonrojada que le dedicaba Brianna.

Sin duda, ella había bajado todas sus barreras humanas, encontrándose ahora del todo indefensas ante los dones hechizados de él. Pero ¿qué importaba? Si en un momento u otro Marxias aparecería por la puerta con una poción mágica que devolvería todo a la normalidad. Igual que en las películas de comedia fantástica.

Seguramente él olvidaría todo lo sucedido y se despertaría de aquel encantamiento totalmente aturdido, arrugando la nariz y con una gran laguna en blanco. Al menos Aidan estaba más habituado a lo paranormal, lo entendería perfectamente. No haría preguntas incómodas. ¿O sí? Ella le conocía lo suficiente como para saber que sí haría alguna pregunta de ese tipo. Solo tendría que eludirla de alguna forma perspicaz. De esta forma, el recuerdo del Aidan humano quedaría solo para ella, incluido todos los acercamientos que habían tenido aquella inusual tarde de noviembre.

Aidan torció la cabeza, como buscando algo en particular en el rostro de ella. Brie quiso preguntarle qué era lo que estaba mirando exactamente. Su cara cambió su peso esta vez en su lado opuesto, como una balanza desestabilizada. «¿Qué pasa ahora?», inquirió ella frunciendo el ceño.

Ese gesto no le gustó a él, pues se enderezó del todo, retomando su postura inicial, y eso ella lo interpretó como si se hubiese puesto en guardia. Aquella versión de Aidan era realmente sensible; cada movimiento de ella debía ser grato, o por el contrario dejaba de sonreír y su mente se poblaba de arrugas.

Brie estiró su semblante y trató de permanecer tranquila y sosegada. Después, se atrevió a sonreírle tímidamente. Él copió aquella expresión al segundo, como el reflejo de una cámara que va unos segundos más retardada.

Bien, eso estaba mejor.

Después, la sonrisa de Brie traspasó toda su carga a su lado derecho y se formó un pequeño hoyuelo en su mejilla. Las pupilas de Aidan se engrandaron, como deleitadas por aquella tierna gesticulación. Ella percibió el cambió en su conducta. Ahora estaba mucho más cerca, mucho más de lo que habría deseado. ¿Cómo habían llegado a ese punto sin haberse dado cuenta?

«¿Y qué?», le decía la voz imaginaria de Aidan como una mala jugada de la parte irracional de su cerebro. «Como si te incomodase de verdad mi cercanía. Los dos sabemos que no es así. Ya no».

«Cállate», le advirtió ella.

«Estoy callado».

«Ja, muy gracioso. Fuera de mi cabeza», exigió.

Después se imaginó la risa burlona de él ocupando todos y cada uno de los rincones de su mente. Sí, él conseguía alcanzar su parte externa e interna de cualquier modo. Por muchos esfuerzos con los que contratacase, ya no se sentía con ganas de seguir luchando contra unos sentimientos como aquellos. Era lo que había decidido mientras se miraban en el prado. Él podía gustarle mientras continuase bajo el hechizo de su té. Eso dejaba vía libre a…

Aidan se estaba inclinado hacia ella muy lentamente. Aun así, ella no se tomó ni un segundo para pensar con claridad, sus ojos se habían perdido en los labios de él y la espera le pareció incluso tediosa. Como si… lo necesitase.

—¡Ya está listo!

La voz de Marxias los sobresaltó tanto a ella como a él y se golpearon en la nariz. Brie se agarró el tabique murmurando un gesto de dolor. El niño-ángel, al contrario, se reía a carcajada suelta, igual o más fuerte que cuando se retorcía por el suelo del salón de té una hora antes.

—Parece que he interrumpido un momento demasiado íntimo… de nuevo.

—No seas absurdo —soltó con toda la confianza de quienes se conociesen de toda la vida y no solo de apenas unas horas, aunque no pudo ni mucho menos ocultar el sonrojo inevitable de sus mejillas.

Aidan parecía igual de molesto, pero no dedicó ni un minuto de su tiempo a acusar con la mirada a su amigo. Nada podía quitarle a Brianna de su campo de visión.

Marxias los ignoró y situó su bandeja de plata sobre la mesita de cristal que había a los pies del sofá. Había una taza humeante con una cucharilla ocupando toda la superficie.

—¿Y tu bebida? —le preguntó ella extrañada.

—No la necesito, ya se me ha pasado toda esa llorera. Ahora es turno de Aidan.

—Quizás debería ayudarle —propuso Brie tomando la taza por el mango, pues quemaba al estar recién hecha.

Se volvió hacia el hechizado y, soplando la cuchara con delicadeza, le ofreció la bebida. Los labios de él no se movieron y ella insistió con una sonrisa de acogida. Aidan abrió la boca finalmente y absorbió el brebaje del color del jengibre. En cuanto al olor…, se intuía que no era muy apetecible, pero como cualquier otra medicina. Tras varias cucharadas pidió consejo al niño-ángel, que por entonces se había acomodado en un gran butacón de terciopelo granate del que sobresalían sus pies colgantes. Ella evitó reírse.

—Basta con unas cucharadas más —respondió él, ahora ensimismado en la lectura que descansaba sobre sus pequeñas rodillas. Un gigantesco libro ocupaba casi todo su espacio y él repasaba con los ojos cada línea.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Brie alzando una ceja, curiosa.

—Nada que pudieses entender, humana —dijo con su habitual petulancia angelical. Ella hizo un mohín intentando ocultar el efecto desolador que había tenido aquel inminente rechazo de él. Pero Marxias captó aquel gesto y su voz rectificó—: Está escrito en dialectos de los tres mundos, nunca podrías leerlos.

—Pero ¿tiene algo que ver con el tónico que se está bebiendo Aidan?

—No realmente. Solo me ha entrado algo de curiosidad, digamos, por conocer más sobre los efectos…

Entonces, Aidan cerró los ojos y calló sobre el regazo de ella sin previo aviso, completamente sumido en un sueño profundo. Brie del susto había estado a punto de derramar todo el brebaje y

cuando tuvo ocasión lo dejó, con mucho cuidado, sobre la mesa.

—… secundarios —contestó ya para sí mismo—. Vaya, supongo que era predecible que acabaría quedándose completamente…

—¿Grogui? ¿Muerto?

Marxias no dijo nada, había vuelto la mirada a su libro, con más atención que la de antes. Brie, por el contrario, se percató del durmiente que había ahora sobre sus rodillas. Tenía la boca abierta, pero ningún ronquido sordo salía entre sus labios, simplemente una respiración igual de honda que su sueño. Nunca le había visto dormir frente a sus ojos. Es más, se había preguntado si los ángeles dormían como los humanos y aquello confirmó todas sus sospechas. Después de todo, era lo que él calificaba «semihumano».

Era hermoso. Como cualquier ángel, supuso ella, pues tampoco había conocido muchos y la belleza de Anteros era demasiado agresiva como para compararlos. No obstante, en aquel momento desprendía más belleza de la normal. Aunque siempre lo había hecho desde que le conoció, solo que mil veces más ahora que su cuerpo se había abandonado por completo a sus impulsos más primarios.

Por un segundo quiso saber si él estaría soñando y, en ese caso, ¿qué sería exactamente? Sabía que, de ser ella la que se encontrase en su lugar, estaría soñando con una sola cosa… Bueno, más bien con una sola persona. Quizás la próxima vez que se encontrasen, ella y su recuerdo, podría sacar algo más de información sobre su identidad misteriosa.

Brie comprendió entonces que lo que habían vivido en las últimas dos horas estaba por finalizar. Aidan despertaría antes o después y entonces volverían a retomar sus roles de siempre, así como las distancias. Se sintió aliviada, pero al mismo tiempo algo desencantada, pues había contado con un poco más de tiempo. Ahora se había casi acostumbrado al Aidan cariñoso y se le hizo un nudo en la garganta el descubrir que posiblemente no le volvería a ver. Al menos que decidiese darle de beber aquella flor de nuevo, y aquello, como ya habían comprobado, no podía ser una buena idea.

Entonces se atrevió a hacer lo que había querido probar estando en el prado, solo que con un poco de cuidado para que él ni siquiera lo notase. Sus dedos se hundieron como una pequeña peineta cruzando los surcos de su pelo de los colores de la mantequilla y la cerveza malteada.

Confirmó que era casi tan suave como las plumas de sus alas, pues nada podía igualar aquel tacto. Sin embargo, los bucles dorados de él brillaban como rayos de verano entre las extremidades frágiles y delgadas de su mano. Aidan se revolvió ante el contacto y ella quiso retirarla al segundo, pero al ver la sonrisa de él se quedó completamente quieta y, después, retomó la caricia.

Pasaron así unos cuantos minutos, en completo silencio, solo el pasar de las hojas de Marxias les interrumpió. Brie, sin dejar de acunar su melena, posó su mirada en el niño-ángel, ahora con ansía de respuestas.

—¿Qué ha querido decir antes con que no era seguro donde estábamos?

Marxias se revolvió sobre su asiento. Al parecer, la humana estaba reclamando algo más de información. Menuda cotilla. Suspiró. En realidad, a él le gustaba hablar y explayarse sobre todo lo mucho que sabía, así que abrió la boca sin reticencia:

—Es un *edoreas*. Como seguramente hayas intuido, es un lugar irreal, aunque actúa casi como una alucinación, tiene partes de realidad, por eso puedo utilizarlo para cultivar muchos de mis alimentos. Lo único diferente es que no se encuentra en ninguno de los tres mundos, es un punto muerto, un momento pausado en el tiempo, donde puede crecer la vida una y otra vez, sin agotar

la fertilidad, ni los recursos. Es una máquina contenedora perfecta. Pero… eso no resta lo que es en realidad: una falacia disfrazada de paraíso —remarcó con contundencia sacando a relucir la otra cara de la moneda—. Es por eso por lo que, en sitios como ese, pierdes completamente la orientación del espacio-tiempo. Puedes pasar días, incluso meses, pensando que son solo horas, y luego salir y descubrir que el mundo real ha cambiado por completo. Así también como tu cuerpo sufre cambios, sobre todos los humanos débiles como tú. El espacio-tiempo no cambia dentro del *edoreas*, pero tu alrededor, tu organismo, tu mente sí, y puede tener graves consecuencias a largo plazo. En definitiva: no es seguro.

—Vaya —fue lo único que dijo ella, sorprendida por aquella explicación que había esclarecido muchas cosas, como la sensación de haber trascurrido una semana tirada sobre la hierba con la mano entrelazada a la de Aidan. Pero entonces otra pregunta cruzó por su mente—: ¿Hay más como ese… *edoreas* en esta casa?

Marxias sonrió.

—¿Has contado las puertas de regreso al salón?

—Oh —exclamó—. Ahora entiendo que vivas completamente recluido aquí, no estás para nada encerrado.

—Bueno, si eso es lo que te gustaría pensar… Estoy completamente aprisionado en una infinidad de mundos irreales. Cuando solo me gustaría regresar a uno en concreto. El único real.

Brie creyó haber comprendido la respuesta, así que evitó decirla en alto. Marxias, como leyendo su mente, continuó hablando:

—No es fácil para nosotros, los ángeles, vivir fuera de nuestro hábitat. Estamos demasiado acostumbrados al cielo como para renunciar a él.

—¿Acaso nunca podrás volver? ¿Ni siquiera de visita?

Él rio.

—Ojalá fuese así de sencillo. Míralo de esta forma: soy como un exiliado que tiene que vivir en tierras ajenas con las que no me siento identificado. Y a eso le añadimos que tampoco ocupo mi cuerpo original, el del ángel que acostumbraba a ser.

—¿Y de quién es el cuerpo que habitas? —preguntó ella, alarmada.

—Tranquila, no le he robado el recipiente a ningún niño. En realidad, soy yo mismo, lo cual es bastante paradójico, ¿no crees? Esto que ves frente a tus ojos es mi yo de unos… ¿once, diez años? Sí, se podría decir así.

—O sea, ¿tu cuerpo de humano? —quiso afirmar ella.

—No —zanjó él, molesto de que se le quisiese compara como tal—. Lo que quiero decir es que conservo todos mis dones de ángel, pero por desgracia no mi cuerpo de adulto ni mis alas. Al menos, algo es algo, y eso me da cierta esperanza de que no he perdido por completo lo que soy. Aunque ahora este atrapado en el cuerpo que tuve hace mucho mucho tiempo antes de convertirme en ángel.

Brie quiso preguntar la cifra exacta de años que se extendía ese periodo, pues su ansia de historiadora aún habitaba en ella, aunque ahora pareciese más una entrevistadora de actividad paranormal del Discovery Channel.

—Aidaniel —salió de sus labios inconscientemente—. Le has llamado así antes. ¿Acaso es su nombre de ángel?

—Sí —corroboró él—. Significa «ladrón de corazones» o «el portador del sentimiento». Lo sé, es algo remilgado, pero los ángeles tienen ese gusto para los nombres.

Aquello sin duda coincidía con la descripción de Aidan, aunque Brie habría añadido su propia

variante: «Ladrón de besos». Sí ese era un epígrafe mucho más fidedigno si tenía en cuenta las dos únicas veces que se habían besado. ¿Por qué pensaba ahora en eso?

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Por qué? —graznó muy serio él, oscureciendo por completo la agradable atmósfera que se había formado en el salón—. ¿Marxias suena demasiado antiestético para ti, humana?

Un sentimiento de culpa le recorrió el cuerpo.

—Yo… no pretendía, no me refería a eso, quiero decir.

—Está bien. Solo me burlaba de ti. —Rio recuperando su relajada compostura.

Brie achinó los ojos. Maldito niño-ángel, tenía un punto muy parecido al humor burlesco de Aidan.

—Me llamaron Marcel, «lucero del mediodía», «espíritu conciliador de los pueblos».

—Vaya, ni idea de lo que significa.

—Tranquila, yo tampoco lo he descubierto todavía.

Ella sonrió. De pronto, Aidan torció el rostro revolviéndose contra ella, encontrando una nueva postura reconfortante. Brie soltó sus cabellos un segundo por miedo a que se despertase. Una vez se hubo restablecido, Aidan volvió a caer completamente en los brazos de Morfeo, así como su cabello entre los dedos de Brianna.

—Volviendo a Aidan —dijo ella—, ¿tiene otro nombre aparte de Aidaniel?

Aquello sí que le interesaba. Guardó silencio.

Marxias ahora la observó de una forma singular, como esos personajes que miran por encima de las gafas, con la cabeza todavía gacha, solo que, en su caso, no llevaba nada sobre los ojos.

—No estoy seguro de que esté en mi mano compartir esos detalles contigo.

—Es solo un nombre —insistió ella—. Ni que Aidan fuese un famoso encubierto.

Marxias arqueó las cejas.

—Él no te ha contado nada de su pasado, ¿verdad?

—Bueno, solo que ha estado ayudando a otras chicas como yo, como ángel de la guarda y todo ese rollo. Pero nada sobre su otra vida…, la humana.

—Ya —dijo él en respuesta, como si asimilase la información.

—Es solo que me gustaría conocerle un poco más. Siento que, no sé, como que me oculta algo más grande que todo esto. Es un leve presentimiento. Y luego hay… —Guardó silencio. ¿Debía desvelarle aquello? Quizás Marxias pudiese esclarecer muchas dudas—. Hay un extraño recuerdo recorriendo mis pensamientos de manera intermitente durante los últimos días. Como si yo conociese a Aidan, pero mucho más allá de lo que es ahora. Lo sé, puede ser extraño, bueno, en realidad, supongo que no debe de serlo para seres como tú. La cuestión es que pienso que saber algo más sobre él puede ayudarme a entender mucho mejor todo eso. Como esta situación surrealista que estoy viviendo desde las últimas semanas. Solo quiero asegurarme de que no estoy loca y que todavía queda algo de cordura en mi subconsciente.

Levantó la mirada. Marxias la escrutaba de una manera inusual, como si quisiese ver dentro de ella misma. ¿Acaso era capaz? ¿Comprendía lo que le estaba tratando de decir?

—No sé demasiado sobre los… ángeles de la guarda. Pero sé que está prohibido que te desvele todo… *esto.* —Señaló su alrededor rodando los ojos.

Brie asintió, lo sabía, había sido ella quien había insistido en descubrir la verdad y ahora tenía que enfrentarse a otras muchas cosas.

—Pero también sé que ya no importa lo que llegues a saber. —El rostro de ella se iluminó lleno de esperanza—. Has superado la fase de la completa ignorancia humana a la del

conocimiento supraterrenal. Puede que con un poco de ayuda de ese insensato dormilón.

Ella sonrió.

—Puedo contarte algunas cosas. Pero debe ser un secreto entre los dos. ¿Puedo fiarme de tu débil lealtad humana?

—¿Dónde hay que firmar? —soltó ella y él la miró con gesto airado.

—Simplemente quedas advertida.

—Ni una palabra —prometió cerrando sus labios con sus dedos como si fuesen una cremallera.

—Sigo sin fiarme de ti, la verdad. —Rio él como diciendo aquello para sí mismo, mientras sus hombros temblaban contra el butacón.

—¿Cómo se llamaba Aidan?

—Es un nombre algo peculiar, no muchos lo llevaban en su época, pero sí unos cuantos, los suficientes para que sus padres se lo pusieran al nacer —comenzó a relatar él—. Según tengo entendido, fue el segundo hijo de la familia Grivaldi, antes había nacido su hermana.

—Así que sí se apellida Grivaldi.

—Por supuesto, eran una familia bastante bien acomodada de banqueros menores durante la Florencia de los Médici.

Brie soltó un grito de asombro. ¡Claro! Aidan había mencionado una vez que sabía sobre mucho sobre esa época. Por entonces, ella todavía creía que él era humano y no dejaba de perseguirla a todas partes, como a la biblioteca.

—¿Sabes en qué fecha nació?

—Lo siento, no puedo proporcionarte cada detalle. Pongamos que hacia mediados del siglo XV.

—Sí, claro —asumió ella complacida por la aproximación.

—Fue educado por maestros eruditos de la ciudad, estudió en la Universidad de Bolonia durante un tiempo, también viajó por el norte de Italia y regresó a Florencia donde consiguió ganarse un puesto dentro de la Academia Neoplatónica Florentina, pero él siempre añade que fue un periodo muy breve, ya que acabaron echándole por sus imprudencias.

Brie frunció el gesto.

—No creo que sea buena idea el que continúe con esa parte de la historia. Aidan es ahora una persona completamente diferente a la que fue en su momento. No quiero manchar la imagen que tienes sobre él.

—Entiendo —dijo ella, algo desilusionada, aunque comprendía la situación. A ella tampoco le gustaría que rebelasen los detalles escabrosos de su vida—. No es algo por lo que me tenga que preocupar, supongo, ¿no?

—No, como te he dicho, Aidaniel es otra persona en muchos sentidos. Los siglos moldean a los ángeles, cambian su forma de pensar, sus impulsos humanos, sus sentimientos…

—¿Por qué murió?

—Vaya, directa al grano —soltó él como si ella hubiese lanzado una flecha contra su pecho sin previo aviso.

—Lo siento…

—No te andas con rodeos. Ahora entiendo que resultes tan difícil para el pobre Aidaniel. Eres una humana realmente particular, Brianna.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Quiso sonreír, pero se contuvo, tenía que continuar sacando información a Marxias, pues no sabía cuánto tiempo disponían hasta que él se

despertase.

—Aidan dijo algo de que se había portado bien y mal a la vez, por eso había acabado en el limbo.

—Sí, eso es lo que le sucede a quien se quita la vida por voluntad propia, queda completamente varado en medio del cielo y la tierra.

Ella se sobrecogió, ahora sus manos agarraban los mechones de Aidan con fuerza, como queriendo de alguna forma consolarle, aunque él no estuviese consciente.

—Así que fue eso. ¿Por qué lo hizo? Era guapo, rico, listo… Nada mal para su época.

—Sí, desde luego que estaba bien acondicionado. Pero no contaba con un factor: el corazón humano. ¡Qué frágil y poderoso es al mismo tiempo! Inestable, complejo y dominante. Al final él ganó la batalla y nuestro Aidaniel se tiró nada menos que desde el campanario de la catedral de Florencia.

Brie cerró los ojos intentando apartar la imagen que se había formado en su mente ante aquella descripción tan amarga. Pero…

—Espera, ¿el corazón? —Se recompuso intentando encontrar un sentido. No tardó mucho en comprenderlo—. Se había enamorado. —Aquello último salió de entre sus labios como una simple afirmación.

El silencio de Marxias corroboró la especulación y ella volvió a mirar a Aidan, que dormía en su regazo. Parecía inquebrantable: tan seguro de sí mismo, tan divino, un ángel todopoderoso y celestial, capaz de superar cualquier obstáculo, de… consolar sus miedos e inseguridades. De protegerla de los alumnos carroñeros de Osborne, es más, interponerse entre ella y cualquiera que fuese capaz de herir sus sentimientos de nuevo. Pero no, ese no era el Aidan humano e imperfecto de hacía quinientos años. Ella era la única que lo conocía de verdad. Ni siquiera Marxias lo conocía en aquella época. Solo ella. Solo ella lo había visto. ¿Cómo? Ella no era inmortal. No había vivido en el siglo XV, era totalmente del siglo XXI. ¿Por qué entonces era capaz de ver a alguien que había existido siglos atrás? ¿Quién era en realidad Aidan? ¿Un muchacho florentino que se había quitado la vida por amor y después convertido en ángel de la guarda? ¿*Su* ángel de la guarda?

«Porque creo que hay algo más entre tú y yo que simple amistad», había declarado él la tarde que le había mostrado sus alas. Ella no había entendido entonces a lo que él realmente se refería. No había sido ninguna declaración de sentimientos.

Era una duda sin respuesta.

Porque sí, había algo más. Algo que ni siquiera Aidan podía comprender mejor que ella. Y tenía que descubrirlo. Tenía que llegar al fondo del asunto. Era la única forma de entenderlo todo.

—Nastagio —dijo el niño-ángel al fin—. Se llamaba Nastagio de los Grivaldi.

Episodio XVII

Eran tres. Dos compañeros y aquel misterioso y hermoso ser que le miraba con atención. Tenía el cabello rizado de un color cobrizo dorado que cautivó a Nastagio. Los ojos eran de un azul profundo y la piel tan perfecta que se preguntó si sería igual de suave como la nieve al caer.

—¿Cómo te llamas?

—Lukel.

—¿Es ese tu verdadero nombre?

Negó con la cabeza.

—Nastagio. Nastagio de los Grivaldi. —Hacía tanto tiempo que no pronunciaba su auténtico nombre que sintió un escalofrío.

El ángel sonrió ante aquello.

—Yo soy el arcángel Uriel.

¡Arcángel! Una vez había conseguido que Sarry le hablase sobre los rangos de ángeles y, aunque había sido una conversación corta, había aprendido ciertas cosas. Los arcángeles eran cuatro y bastante importantes, por no decir de los más importantes en el limbo y en la tierra y los terceros más importantes en el cielo, después de Dios y los serafines.

—Ellos son los ángeles Gemaniel y Domil, de la Tercera Orden —presentó a los dos ángeles que le colindaban y parecían estar más atentos a su alrededor que al propio Nastagio.

El arcángel le sonrió de una manera deslumbrante y Nastagio se quedó prácticamente sin voz. Nunca había visto un ser tan esplendoroso. Uriel le tomó de la barbilla como inspeccionándole y al hacerlo las manchas de ceniza desaparecieron milagrosamente y volvió a adquirir su tono azul grisáceo normal.

—Dime, Nastagio de los Grivaldi, ¿qué haces en el limbo?

—Soy errante.

—Sí —respondió con dulzura—. Eso ya lo sé.

—Soy repartidor, trabajo para la puerta. La puerta de Vigardy, señor.

Uriel alzó una ceja, pero en ningún momento mostró signo de disgusto, aquello no era propio de su rango. Sin embargo, si uno era lo suficientemente listo podía intuir que la puerta no era del agrado de nadie, menos de un arcángel.

—Así que Vigardy.

—Sí.

—¿Cuánto es tu condena?

—Un siglo, mi señor. Aunque hasta ahora he completado casi treinta deones.

El arcángel continuó inspeccionándole, moviendo su barbilla de un lado a otro.

—¿Treinta deones?

Él asintió.

—Eso es mucho. Supongo que querrás ir al cielo…

—Sí, mi señor, estoy apuntado en la lista.

El arcángel volvió a sonreír robándole el aliento.

—Es una gran noticia. ¿Qué os parece para ocupar el lugar de Aidaniel? —preguntó a sus compañeros.

Los ángeles se miraron entre sí.

—Podría valer.

—¿Qué me dices muchacho? ¿Te gustaría dejar Vigardy y algún día entrar en el cielo?

Los ángeles le acompañaron de vuelta a la puerta de Vigardy. Aquello creó tal alboroto que hasta el cabecilla de la puerta, Vigardo Yolam, acudió a su encuentro. No faltaron Zelian y los otros, quienes se aproximaron para ver cómo Uriel pagaba la deuda de su amigo Lukel y se llevaba a este para ofrecerle un puesto nada menos que como ángel menor. Nastagio tuvo un minuto para despedirse de ellos y después desapareció de Vigardy para no volver más. Ni siquiera se preocupó ya por lady Lodership, sino que comprendió lo afortunado que había sido y especialmente de que la lady le hubiese requerido aquel día.

Ya no importaba la lista. Ni la audiencia. Ni la carbonera, ni las galeras, ni ascender en la puerta, ni volverse corpóreo. ¿Él? ¿Como ángel? Aquello debía ser imposible.

Uriel lo condujo a un pabellón especial de la comuna de los cielos y le presentó al sabio Anael, otro ángel que sería su mentor hasta y después de que se le concediesen las alas.

—Gracias, mi señor.

—Llámame Uriel, Nastagio de los Grivaldi. Pero recuerda, todavía no estás del todo salvado, aún queda mucho camino por recorrer.

Dicho esto, desapareció por un portal de luz junto a Gemaniel y Domil. Nastagio se encontró confuso y asustado en presencia de Anael, como si cualquier movimiento que hiciese pudiera devolverle a Vigardy.

—¿Sabes quién soy?

Él asintió.

—Un sabio.

—Debes dirigirte a mí con «Su Muy Conocedora Gracia», pero solo cuando nos encontremos por primera vez, después seré simplemente Anael.

Volvió a asentir.

—¿Sabes por qué se te ha concedido este regalo?

Tragó un nudo en la garganta.

—Lo desconozco.

—Uriel ha visto algo en ti. Tendrás que demostrarlo.

Él asintió con la cabeza.

—Bien. Debemos empezar cuanto antes.

Anael lo condujo a unos baños donde unos angelotes le limpiaron las ultimas manchas de ceniza de su cuerpo. Le dieron ropajes nuevos: una larga túnica que en su cuerpo traslúcido parecía de color cían con bordados más oscuros. Después fue conducido a una sala con una fuente en el centro muy parecida a la del patio de Vigardy. Sin embargo, el agua que emanaba de ella era de color dorado. Fue también sumergido y, del mismo modo, se le ofreció beber el agua de la fuente de una copa. Entonces sintió cómo todo su cuerpo se convertía en corpóreo. Sus

manos eran de color rosado, la túnica era en realidad blanca con bordados azules y su cabello volvía a ser rubio, así como sus ojos verdes.

—Ese era el primero de los muchos dones que ganarás en este tiempo de iniciación —le dijo Anael.

Nastagio quiso saber a qué se refería, pero para eso todavía tenía que esperar. Y esperar era algo a lo que ya estaba acostumbrado en el limbo.

En las siguientes jornadas, Anael junto a otros sabios y querubines e instruyeron a Nastagio, al que llamaban «niño», pues todavía no era un ángel. Le dieron libros que leer, tareas que realizar, clases de retórica, de angelología y sobre todo le hablaron de los tres mundos, sus leyes y normas. Aquellas eran sin duda sus clases preferidas. No solo porque aprendía más y más sobre aquellos mundos desconocidos, sino que le ayudaban a comprender cómo funcionaba realmente el universo.

Y un día le hablaron sobre Eros. Desde el principio de sus tiempos hasta su ahora. El amor encarnado en un ángel, un mensajero, un mero peón en el tablero de la vida, un conector de hilos invisibles. ¿Acaso ese iba a ser su trabajo? ¿Su misión para ganarse el cielo? Todo apuntaba a que sí.

—En efecto, niño, algún día serás Eros, y se te nombrará Aidaniel, como a tantos otros se ha nombrado antes que a ti y como a tantos se nombrará después de que entres en el reino de los cielos —había dicho Anael aclarando sus dudas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ah, tiempo, siempre os preocupáis por él los errantes y humanos.

—Por favor —pidió saber.

—El tiempo que sea necesario. Pero tranquilo, tu momento llegará.

—¿Cómo voy a ser un ángel si no voy al cielo? Si ni siquiera lo he visto.

—No todos los ángeles vivimos en el cielo, niño.

—Lo sé —dijo él, sabiendo que se refería a los sabios, los únicos ángeles que habitaban del limbo, pues el resto solo estaba de paso.

—Pero tampoco todos los errantes van al cielo.

—Eso también lo sé.

—Por eso debes tener paciencia. No solo has dejado de estar condenado al Estigie, sino que se está dando un camino de expiación. Y cuando la completes, se te concederá un regalo incluso mayor.

Capítulo 22

«Nastagio».

Retumbaba convertido en eco por su mente. «Nastagio». Qué nombre tan… especial. Quizás sí demasiado italiano, pero estaba segura de que era la primera vez que lo escuchaba, ¿o no? Ahora «Aidan» parecía incluso insulso a su lado. Pero comprendía que no quisiera seguir utilizando su nombre original, no cuando los ángeles le habían renombrado cuando le dieron las alas.

—Me gusta —declaró—. Era un nombre muy original.

—Lo era. Pero a él no le gusta demasiado. Le trae demasiados recuerdos, ya sabes.

Brie quería seguir indagando sobre el tema, pero ante todo quería saber más sobre aquella fatídica historia de amor. Porque si algo le fascinaba más que nada eran las historias reales, siendo una de las razones por las que quería convertirse en historiadora.

—Debió de sufrir mucho.

—Coincido. Pero es un chico fuerte y no tardará en ser recompensado.

—Sí, él me dijo que entraría en el cielo cuando acabase… —Su voz se quedó sin sonido. «Conmigo», concluyó en su mente.

—Parece que estás bien informada.

—No tanto como me gustaría.

Entonces se percató de que la anterior conversación sobre la vida de Aidan acababa de finalizar. Y no quería. Porque necesitaba saber más sobre Aidan Grivaldi, pero sobre todo y ante todo sobre Nastagio de los Grivaldi. Sin embargo, Marxias no la dejó continuar con su interrogatorio, se puso en pie cerrando aquel grueso libro en un golpe sordo.

—¿Te gustaría ver una cosa? —le preguntó. Ella respondió señalando al Aidan que dormía en su regazo—. No te preocupes por él, todavía le queda al menos media hora de sueño. Nos dará tiempo.

—Entonces, de acuerdo —aceptó ella ilusionada, aunque le apenase tener que renunciar a treinta minutos más de contacto con Aidan. Pero ¿por qué continuaba pensando aquello? Maldita sea.

Retiró con mucho cuidado la cabeza de su ángel de la guarda y sustituyó sus piernas por un cojín mullido que le ofreció Marxias. Antes de marcharse del salón, Brie lanzó una última mirada al durmiente. «No te despiertes antes de tiempo, ahora volvemos».

—No tenemos ni un segundo que perder —decía el niño-ángel, que se desenvolvía por el laberinto de pasillos con toda naturalidad.

Durante el trayecto, Brie comenzó a contar las puertas: algunas viejas, otras completamente nuevas, pero todas de madera pintada en diversos colores, posiblemente para no equivocarse de *edoreas*, pensó. Sintió gran curiosidad por asomar la cabeza en cada una de ellas solo para descubrir miles de lugares inexistentes en los que nunca había estado. Aquello podría

considerarse como hacer un viaje alrededor del mundo.

—¿Conoces todos los *edoreas* de Avonshire? —preguntó ella, cautivada por la cantidad de magia que les rodeaba.

—Casi todos —puntualizó él—. Algunos hace tanto tiempo que no los visito que he olvidado por completo lo que esconden.

—Pero… tendrás alguno favorito, ¿no?

—Por supuesto, y son varios. Los que más se parecen al cielo.

—Me encantaría verlos —confesó ella mordiéndose el labio, no quería sobrepasarse con él, ni exigirle nada, suficiente que se estaba comportando con cierto respeto hacia ella.

Pero Marxias no respondió, pues habían llegado. Se detuvo frente a una puerta gigantesca, la más grande de todas las que había visto hasta ahora, en el segundo piso. Era de una tonalidad plateada y con los pomos bañados en oro. Brie intuyó que, fuese lo que fuese que albergase en su interior, debía de contener un incalculable valor. Y no se equivocaba.

Él hizo los honores abriendo aquellas dos compuertas que crearon sobre el suelo un haz de luz. Sus rostros quedaron iluminados del blanquecino interior.

—Bienvenida a mi galería particular.

Dentro, una nave de cañón se arqueaba sobre sus cabezas y estaba horadada en casetones. En el centro, como elemento divisorio, se alzaba una cúpula de cristal aportaba toda la iluminación a la galería, que se dividía en dos extremos de unos treinta metros cada uno. Era inmenso, blanco, clásico y hermoso. Pero lo más imponente sin duda eran las esculturas que lo habitaban, como residentes silenciosos cuyo sentido de existencia era el de despertar admiración en sus visitantes vivientes.

Marxias tenía toda una colección de arte distribuida entre las paredes y el centro, con un ancho pasillo entre ambas. Los ojos de Brie volaron desde una Venus dormida a un busto solemne de un emperador romano situado contra la pared. Pero hubo también otras muchas esculturas que no reconoció iconográficamente. Por supuesto, eran ángeles. Pausados en el tiempo como recuerdos demasiado místicos, divinos y perfectos como para parecer reales.

Pero había uno en particular. ¿Cómo no se había parado antes a observarlo? Se encontraba en el centro mismo de la galería, debajo de la cúpula.

Aidaniel.

Él estaba allí con las alas replegadas hacia el cielo esculpidas en un mármol tan pulido como cegador. La luz repasaba los contornos de su carne pétrea e inmaculada, creando las sombras de sus músculos. Una tela envolvía su cintura como un adonis griego, creando una conjunción de pliegues fantástica. El rostro parecía recabar casi la misma gloria de sus alas. Lo reconoció. La nariz recta, el perfil de su mandíbula, los labios pequeños pero carnosos con un espacio reducido en el centro marcado por la incisión de cincel. Los ojos eran grandes, de pupilas incoloras pero penetrantes, y llenos de alma.

Había un detalle más que al principio había pasado desapercibido: una flecha dorada, fina y sutilísima pendía de sus manos inanimadas, como único rastro de color de todo el conjunto. También, su peso residía sobre su rodilla derecha en *contrapposto*, donde había situado un tronco ficticio para evitar su fractura, donde residía un carcaj de flechas que había sido labrado con lujo de detalles.

—Cuando se te conceden las alas, también se dan otro tipo de regalos, aunque no de valor comparable con ellas, pero sí hermosos en cierta manera —explicó la voz de Marxias como narrador de fondo, pues Brie continuaba ensimismada con la escultura de Aidan—. Él mismo me

la regaló cuando nos conocimos. A parte de que no le gusta vanagloriarse, sabía de la existencia de mi colección y quería dejar algo dentro de ella, también como agradecimiento por las semanas que vivimos juntos, conociéndonos y convirtiéndonos en grandes amigos.

Brie entonces captó otro accesorio: el basamento circular de medio metro de alto que sostenía el conjunto escultórico. En él había escrito en letras latinas: *Aidaniel*.

—¿Por qué el carcaj y las flechas? No entiendo mucho de la iconografía celestial.

—Todo ángel tiene sus propios atributos, es una tradición, así se le puede reconocer con mayor precisión —relató Marxias con sumo cuidado de no revelar más de la cuenta. Era mejor que Brianna supiese lo menos posible sobre la verdadera naturaleza de Aidan.

—Interesante —murmuró por lo bajo, todavía seducida por los mármoles que se levantaban sobre sus ojos. Al cabo de un minuto se despertó en ella una duda—: ¿Tú también tienes una?

Marxias gruñó. Detestaba verse a sí mismo como ángel, le traía demasiados recuerdos encontrados.

—La tienes —adivinó ella ante aquella reacción—. Venga, déjame verla. Me muero de curiosidad por ver tu aspecto original.

El niño-ángel estaba cruzado de brazos poniendo morros de desagrado.

—¿Está aquí?

Brie giró a su alrededor y sus ojos pasaron por ángeles de la habitación. No, ninguno le inspiraba el tipo de reconocimiento que esperaba. O quizás sí se equivocaba y uno de ellos eran en realidad Marcel.

Entonces la vio. Al fondo de la habitación, casi inobservada, una escultura escondida bajo una tela color marfil.

—Ah, ya veo.

—Has sido rápida —le concedió él. Brie se preparó para poner pucheros, pero él la atajó—: Bueno, solo una miradita.

—Gracias, gracias… —dijo colmada de ilusión y agradecimiento.

Aunque no quería admitirlo, él también se moría de ganas por verse en su estado anterior, incluso si aquello podía resultar algo doloroso. La última vez que había mostrado la pieza había sido a Aidan cuando instalaron la escultura de Aidaniel en la galería. Hacía ya más de un siglo desde entonces.

Alcanzaron el final de la sala. Brie se ofreció a ayudarle con la tela, pero él la paró con un gesto con la mano. Después tiró con fuerza de uno de sus extremos y esta cayó en un rasgador gemido hasta desparramarse por el suelo.

Contuvo el aliento.

Sí, Marcel podía ser el único ángel capaz de compararse con la belleza de Aidaniel. Era mucho mayor, como había intuido, pero todavía joven y esbelto. Sus alas eran de una grandeza superior a las de Aidan, quizás porque ocupaba un rango más importante como ángel de la Tercera Orden, como le habían explicado aquella tarde.

Pero no tenía el torso desnudo, sino que llevaba una coraza cincelada de la que sobresalían las mangas en tela dejando a la vista sus hombros. Otro paño más ceñido que el de Aidan envolvía su cadera y caía hasta sus rodillas.

El cabello estaba tallado en bucles rizados y Brie intuyó que su color sería muy parecido al negro azabache de Marxias. Uno de esos bucles caía sobre su frente de forma armoniosa y delicada. Pero su rostro era mucho más expresivo que el de Aidan, tenía las cejas algo más alzadas, una nariz igual de perfilada, unos labios ondeantes bajo los cuales descasaba un hoyuelo

sugerente. Cómo no, levantaba el mentón con un gesto de superioridad sobre el resto de los mortales siendo este el gesto definitivo para reconocerle. Brie sonrió.

Sí, era Marcel.

Sus atributos también eran diferentes, como podía haber supuesto. En la mano derecha descansaba un pergamino muy antiguo, casi cómo un códice egipcio. En su izquierda había situada una esfera que se encajaba perfectamente en la forma de sus dedos.

—Significa el cielo y la tierra —aclaró aquel narrador omnisciente—. El pergamino es la verdad que solo se encuentra en el cielo, la esfera es la tierra donde solo se halla una ínfima parte del cielo. Después de tantos años, sigo pensando que, en relación con mi condena, parece una broma de mal gusto impuesta por los ángeles, como si supiesen ya desde el inicio sobre mi fatal destino.

—«Conciliador de pueblos» —repitió ella.

—Sí. Algo así.

Cruzaron miradas. Brie no supo si podría elegir entre el Marxias ángel o el niño que había frente a sus ojos. Los dos parecían extraordinarios, aunque el niño estuviese limitado a su cuerpo imperfecto semihumano.

—No te preocupes, no has perdido ni un átomo de tu belleza natural.

Marxias se carcajeó ante aquello.

—Nunca he dudado de ello —añadió levantando la barbilla exactamente de la misma forma que el Marcel petrificado que se alzaba a su lado.

—Como dos gotas de agua.

Se sonrieron por unos segundos.

Sí, la humana le estaba cayendo, para su sorpresa, realmente bien. Lo cuál era inusual, pues… era una dichosa y estúpida humana. Bueno, quizás no tan estúpida. Marxias entendía ahora por qué Aidan estaba tardado tanto con ella: Brianna era única. No solo se trataba de alguien importante para él, sino que despertaba una personalidad inspiradora que a cualquiera le gustaría desengranar con tiempo y paciencia. Además de ser increíblemente perceptiva y avispada, sin dejar nada por alto, siempre en busca del sentido y la verdad. Igual que él. Mentes curiosas que jamás quedan saciadas por completo de conocimiento.

—Tengo que ir a por una cosa —dijo interrumpiendo la agradable atmósfera entre ambos—. Por favor, quédate aquí unos minutos, no toques nada, disfruta del resto de piezas y espérame, vuelvo enseguida.

—De acuerdo —prometió ella—. No tardes, Aidan puede despertarse en cualquier momento, me gustaría estar con él cuando suceda.

—Descuida —decía su vocecilla desde el pasillo.

Brie se abrazó a sí misma frotándose los brazos, allí dentro hacía una temperatura demasiado baja, sin ningún otro elemento más que el frío mármol que la rodeaba. Decidió realizar un recorrido por toda la galería, disfrutando de los detalles de cada pieza, sus formas arriesgadas, sus contornos, sus corporeidades y la ductilidad de sus gestos, a pesar de la dureza del material.

Aquella tarde estaba siendo del todo extraordinaria, quizás no había visto tanta belleza junta desde…, bueno, quizás nunca. Avonshire era algo más que un museo, era un contenedor de lugares mágicos y por eso parecía incluso pequeño, pues cada puerta a su vez ampliaba muchísimo más sus fronteras. Se preguntó si también tendría una galería solo de pintura, si así era, quería saber qué clase de artistas famosos contendría.

Su recorrido llegó a su fin en el momento que volvió a encontrarse con Aidaniel de frente.

Había tenido el placer de verlo por detrás, pero solo había podido apreciar las sombras de los músculos de su espalda de donde sobresalían el inicio de sus alas. Era mucho mejor desde aquel ángulo donde podía contemplar las características de su semblante. Una vez más, su cuerpo se deshizo al observarle, como fundente mantequilla sobre una tostada recién hecha.

Se maldijo por no tener con ella su teléfono móvil, que había dejado abandonado en el salón, dentro de su mochila. Necesitaba capturar lo que ya había sido capturado en el tiempo, para demostrarse una vez más que Aidaniel existía.

—Así que al final sí voy a tener que dejarte esos prismáticos para que sigas acosándome.

Aquella voz la hizo pegar un salto y se dio la vuelta al momento, avergonzada y conmocionada a la vez. Aidan le sonreía de manera burlona apoyado, con las piernas y brazos cruzados, contra el marco del portón. Se había despertado y volvía a ser el mismo. Nada de encantamientos por ninguna parte.

—Brianna, me siento halagado, pero deberías cerrar la boca, se te cae toda la saliva y no es atractivo.

Ella cerró los labios al segundo, con el rostro más rojo de lo normal. Maldito. Ahora sí echaba de menos al Aidan cariñoso y hechizado.

—Me has asustado —le echó en cara.

—Tú me has drogado.

Brie hizo un mohín ante aquello, no tenía cómo contratacar.

—Lo siento.

—Estamos en paz —concordó él—. No estoy enfadado, solo un poco… aturdido. ¿Qué ha pasado exactamente? Las imágenes en mi cabeza aparecen como fogonazos de sinsentido. Hierba, risas, me duele la nariz…

Brie guardó silencio, sonrojada. Claro que le dolía la nariz: primero se había caído de morros contra el suelo intentando besarla y después Marxias había interrumpido el segundo asalto y se habían golpeado el uno contra el otro. Brie borró los recuerdos de su mente, por miedo a que él pudiese, de cualquier forma, leerlos.

—Nada del otro mundo. Acompañamos a Marxias a su *pequeño* jardín, te preparó el tónico y cuando te lo bebiste te quedaste completamente sobado. Te has perdido una cantidad de cosas… —Y no era ninguna ironía, se había perdido absolutamente todo y, gracias a Dios, no lo recordaba.

—Vaya —dijo algo desilusionado—. Tendré que preguntarle a Marxias sobre su versión de la historia, la tuya no sé por qué me resulta poco creíble. No te ofendas, no es que no confíe en ti, es solo que… presiento que algo te estás guardando.

«Ni se te ocurra», lo amenazó ella en silencio. Tenía que aprender a mentir mejor, o al menos a resultar creíble.

—Así que ¿«ladrón de corazones»? —cambió de tema, para desviar la conversación—. ¿«Portador del sentimiento»?

Él la miró sorprendido. Al parecer, Marxias se había ido de la lengua. No le culpaba, ella era bastante persuasiva.

—No te ofendas —repitió sus palabras con sorna—, pero es un poco cursi. Me esperaba algo más como «liberador de los compungidos», «alentador de los espíritus débiles», «guardián de los mortales». ¡Oh, todo poderoso! —se burló ella—. Ya sabes, algún rollo de esos. Marxias al menos tiene «espíritu conciliador de pueblos», es mucho más venerable, tienes que reconocerlo.

—Has estado haciendo los deberes, por lo que veo —respondió él—. Pero si quieres te

compro alguno de tus epígrafes, aunque parezcan sacados de un perfume barato de supermercado.

—Ja, ja.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él sin tapujos.

Su rostro, que estaba casi recuperado, volvió a encenderse como el cielo crepuscular de una noche de verano. No hizo falta responder. Él sonreía, cómo no.

—Parece que ya no controlas tanto tus emociones, Brianna Laidhart. No, en serio, ¿qué me he perdido en las últimas horas?

Ella gruñó. Se miraron durante unos segundos. Aidan no disimulaba su desconcierto y sus ganas por saber qué había ocurrido durante su *ausencia*.

—¿No me vas a dar una pista?

—Te prefería callado, ¿sabes?

—Así que no he dicho nada vergonzoso —concluyó él de su revelación—. Menudo alivio.

—Sí… —Miró hacia su lateral—. Dejémoslo así.

—¿Brianna?

Dio un paso hacia ella, Brie retrocedió otro. Aidan se mantuvo en su posición, a pesar de que quería seguir acorralándola.

—¿Cómo me has encontrado? Pensaba que seguías durmiendo en el salón.

—Marxias me lo ha dicho, me lo acabo de encontrar por los pasillos.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Que te había dejado deleitándote con mi belleza. Así que, muerto de curiosidad, he decido venir yo mismo para comprobarlo en persona. ¿Te gusta? —Señaló la estatua con la mirada—. Si dispusiese de más copias te regalaría una, no lo dudes.

Brie puso los ojos en blanco. «Arrogante».

—Lo cierto es que me ha sorprendido lo muy idealizada que está, no eres así de divino en persona, aún menos cuando abres la boca.

—Vaya, ¿en estas últimas horas has chupado un limón, Brianna Laidhart? Te noto algo amarga.

Dio otro paso al frente y, en respuesta, Brie alcanzó el pedestal de la estatua y se lamentó de no poder seguir alejándose de él. Aidan ahora la miraba socarronamente y ella quiso retirar la mirada, pero no se vio capaz. Porque, en cierta manera, sí, le había echado de menos.

—Fue un regalo de los ángeles cuando me dieron las alas —explicó él, relajando la postura, así como la atmósfera que se había creado entre ellos.

—Sí, Marxias me lo explicó.

—Ese pequeñuelo te ha contado un montón de cosas.

—Menos de lo que me gustaría —mintió a medias, pues, aunque Marxias sí le había revelado detalles importantes sobre Aidan, no habían sido suficientes para satisfacer las lagunas sobre su persona.

—Le encanta que le escuchen, como ya habrás advertido.

—Sí, me he hecho una idea.

—¿Ha sido muy duro contigo? —quiso saber cambiando de tono, a uno más compasivo—. Después de…

—No, se ha portado mejor de lo que merezco. Lo siento, una vez más.

—Está bien. Es culpa mía, te dejé sola en todo ese trabajo de hacer el té —dijo él con la mirada puesta en el suelo y frunciendo las cejas—. Tu aparente

inteligencia me hizo olvidar que eras humana y que, por tanto, podías… cagarla.

Ella apretó los morros y achinó los ojos. Ya estaba otra vez.

—Tranquila, solo te lo echaré en cara todos los días de tu existencia.

—Muchas gracias, Aidan, es todo un detalle.

—De nada.

Se hizo el silencio como si no tuviesen nada más que decirse, pero ninguno se sintió incómodo. Sin embargo, en la mente de Brie todavía viajaba la idea de él y ella juntos cogidos de la mano, tirados sobre una suave pradera. Iba a ser difícil poder olvidar aquella sensación, aunque, al ser la única de los dos que la recordaba, tenía más el carácter de un sueño que de un suceso real.

—¿En qué estás pensando?

—En nada. —Sacudió la cabeza.

—¿En mí? —insistió.

—Aidan, no todo gira en torno a ti.

—Pero pensabas en mí, ¿a qué sí?

—Sí —confesó al fin, pues se había cansado ya de evasivas poco efectivas.

Él sonreía, cómo no.

—Bien, vamos mejorando. ¿Algo en concreto sobre mi persona? ¿Mis ojos? ¿Mi pelo? ¿Mi… cuerpo?

Cada uno de los sustantivos se manifestó de manera gráfica en su mente siguiendo el orden de sus palabras.

—No —le cortó ella incómoda por aquellos pensamientos involuntarios—. En algo más sustancial y menos superficial. Un recuerdo agradable de esta tarde. De los pocos que tenemos juntos.

—Ouch. Eso ha sido demoledor. —Se tocó el pecho en un gesto dramatizado—. Tengo derecho a saberlo y lo sabes.

—Bueno, como soy la única que recuerda haberlo vivido, es, por tanto, *mi* recuerdo. Y puedo decidir si quiero o no compartirlo.

—Lo habría recordado si una humana no me hubiese drogado hasta las trancas —le echó en cara.

—¿«Humana»? ¿Quién te crees? ¿Marxias? —se burló ella recuperando las riendas de la conversación, no podía seguir dejándose intimidar por Aidan Grivaldi—. Y… si tú hubieses estado cuerdo, quizás nunca hubiera ocurrido. Así que, de alguna forma, me alegro de haberte drogado.

—¿Volverías a hacerlo?

—No.

—¿Pero se te ha cruzado por la cabeza?

Ella abrió mucho la boca para responder, pero se quedó sin sonido.

—Oh, ¿debería empezar a preocuparme? —Rio él—. Definitivamente, eres un peligro, Brianna Laidhart.

—Para ya —pidió ella como una cría que está cansada de defenderse a sí misma y que ya no le quedan más que unos pocos argumentos bajo la manga—. Me voy con Marxias ahora mismo, él me trata mejor.

Intentó ir hacia la puerta, pero él se interpuso en su camino. Brie realizó un traspié y buscó fortuna en el lado derecho. Volvió a cerrarle el paso y ella quiso golpearle con las manos, sin

embargo, él se las tomó con dulzura por la parte de las muñecas.

—Para, Brianna.

—No, para tú —dijo forcejeando.

—Te estás comportando como una niña. —La voz de Aidan se introdujo en su cabeza de manera persuasiva y, sin poder evitarlo, relajó todo su cuerpo.

—Aidan, suéltame. No me apetece seguir hablando contigo.

—No seas tonta. Por extraño que te parezca, yo sí te he echado de menos.

El rojo pobló sus mejillas, de nuevo, coloreando sus pecas.

—Pero ¿¡qué dices!?

—Escucha —ahora le hablaba en un susurro del todo embriagador—, tengo la sensación de que, en las últimas horas, algo ha cambiado entre tú y yo. Y creo que tú sabes lo que es. ¿Me equivoco?

Brie guardó silencio. No quería admitirlo, no en voz alta, era demasiado vergonzoso. Además, el Aidan frente a ella no era el mismo que había visto en sus recuerdos, ni siquiera el que había hechizado. Porque era *ese* el que le gustaba. Sí. Solo *ese*.

Los dedos de Aidan bajaron suavemente por sus muñecas hasta sus palmas y, al ejercer fuerza contra ellas, estas se doblaron entorno a los puños de él. Ella fue capaz de ver ese gesto, pues tenía la cabeza gacha.

—Brianna, mírame durante un segundo.

No le obedeció.

—Por favor.

Nadie, no mientras fuese humano, podía resistirse al juego de su voz. Era algo con lo que ya contaba él, después de siglos de persuasión.

Brie levantó la vista, completamente doblegada a sus encantos. Pero fue entonces, en ese preciso instante en el que sus ojos volvieron a encontrarse, cuando el recuerdo se despertó de nuevo. Su cuerpo tembló, todavía amarrado al de él. Cerró los ojos abandonándose a las imágenes vívidas de su mente. Solo que esta vez no era solo el Aidan humano, había algo más, algo… indescriptible. Dentro de su cabeza retumbaban sonidos de verano: grillos, aves, el murmuro de las hojas acariciadas por toda una gama de brisas sutiles. El calor, el aire seco, pero también húmedo, las motas de polvo bailando sobre la embriagadora luz del sol poniente. Y, en entre todo aquello, él. La parte restante de su alma.

Sintió cómo su frente descansaba contra la suya y ya no pudo distinguir entre su recuerdo o la realidad. Era demasiado difícil. Esos dos mundos parecían haberse fusionado durante unos segundos, convirtiéndose en uno.

Aidan escudriñó en silencio su semblante. Decididamente, ella estaba en otro sitio y se moría por saber qué cruzaba por su mente en aquellos instantes.

—¿En qué estás pensando? —preguntó sin tapujos.

—Nada.

«Ya, seguro», se dijo, riéndose en su interior.

—¿En mí? —se atrevió a decir, pues quería llevarla al límite.

—Aidan, no todo gira en torno a ti —protestó ella.

—Pero pensabas en mí, ¿a qué sí?

Le concedió al menos un segundo para que lo sopesara, aunque en realidad tenía la suficiente

confianza en su sexto sentido como para conocer la respuesta. Brie había cambiado aquella tarde, podía percibirlo. Más cuando la había pillado infraganti deleitándose con su estatua. Él inspiraba fascinación en ella, posiblemente desde que le enseñó las alas. Pero ahora con mucha más intensidad.

—Sí —dijo ella finalmente, confirmando sus sospechas y robándole una sonrisa de la boca.

«¿Qué ha cambiado en ti, Brianna?», quiso preguntarle.

—Bien, vamos mejorando. ¿Algo en concreto sobre mi persona? ¿Mis ojos? ¿Mi pelo? ¿Mi… cuerpo?

¡Cómo se estaba divirtiendo haciéndola sentir incómoda! Se había propuesto ver el rubor de sus mejillas, al menos una vez más.

—No. En algo más sustancial y menos superficial. Un recuerdo agradable de esta tarde. De los pocos que tenemos juntos.

—Ouch. Eso ha sido demoledor. —Él era consciente de que ambos compartían una gran cantidad de recuerdos *bonitos*, o al menos eso era lo que le agradaba pensar. Después de él, el mundo de Brianna se había poblado de más sonrisas y alguna que otra carcajada, y era algo que no le podía discutir—. Tengo derecho a saberlo y lo sabes.

—Bueno, como soy la única que recuerda haberlo vivido, es, por tanto, *mi* recuerdo. Y puedo decidir si quiero o no compartirlo.

Sí que era testaruda. Le iba a costar más de lo que pensaba sacar algo de información sobre la gran laguna en blanco de aquella tarde. Pero no se dio por vencido y contratacó:

—Lo habría recordado si una humana no me hubiese drogado hasta las trancas.

—¿«Humana»? ¿Quién te crees? ¿Marxias?

«Como si no fueras una», le rebatió él en su fuero interno.

—Y… si tú hubieses estado cuerdo —continuó ella—, quizás nunca hubiera ocurrido. Así que, de alguna forma, me alegro de haberte drogado.

Vaya, aquello lo tomó desprevenido. Fuera lo que fuese que había pasado, ella lo había disfrutado, al menos por los dos. Ahora sí que se moría por descubrirlo. Necesitaba saber en qué punto había avanzado con Brianna Laidhart. ¿Dónde les dejaba eso? ¿Acaso quedaba ya poco para que ella, finalmente, sucumbiese a sus seducciones?

—¿Volverías a hacerlo?

—No.

Aquella negativa no le resultó creíble.

—Pero ¿se te ha cruzado por la cabeza?

El gesto mudo de ella sirvió como aclaración final. Ya no sabía cómo seguir defendiéndose.

«Jaque mate».

—Oh, ¿debería empezar a preocuparme? Definitivamente, eres un peligro, Brianna Laidhart.

—Para ya. —La voz de ella le alertó de que se había agotado su paciencia—. Me voy con Marxias ahora mismo, él me trata mejor.

Brie intentó escabullirse por su lateral. «Oh, no. No vas a ir ninguna parte, todavía», decretó para sí mismo. Interceptó su huida y, a la segunda vez, ella, frustrada, quiso golpearle, pero él fue más rápido y evitó el contacto aprisionando sus muñecas en un movimiento ágil y tranquilizador.

—Para, Brianna —le rogó con paciente dulzura.

—No, para tú.

Se revolvió y sintió la imperante necesidad de calmarla, pues le desagradaba aquella actitud.

—Te estás comportando como una niña.

—Aidan, suéltame. No me apetece seguir hablando contigo.

«Déjalo de una vez, los dos sabemos que eso es una grandísima mentira», le rebatió.

—No seas tonta. Por extraño que te parezca, yo sí te echado de menos —le confesó, pues en verdad no estaba nada alejado de la realidad. Al despertar había sentido unas impetuosas ganas de verla. Y, al encontrarse su alrededor vacío, un sentimiento descorazonado había inundado su pecho, como si hubiese esperado encontrarla nada más abrir los ojos.

Ahora Brianna había vuelto a sonrojarse frente a él, complaciendo sus deseos.

—Pero ¡¿qué dices!?

—Escucha —susurró, pues su cercanía se lo permitía—, tengo la sensación de que, en las últimas horas, algo ha cambiado entre tú y yo. Y creo que tú sabes lo que es. ¿Me equivoco?

Brie se limitó a permanecer callada agachando la mirada, otra vez sumida en sus pensamientos.

«Dímelo. Lo que sea que estés pensando. Dilo», le rogó.

Se acordó de que sus manos todavía la unían a él. Y, aunque suavizó el contacto, agarró esta vez sus dedos, excepto el pulgar, permitiendo que sus nudillos se doblasen igual que los de una dama que acaba de tenderle la mano al caballero para besarla, solo que, en este caso, sin ese tipo de roce al final.

Él quiso llamar su atención, al menos una vez más.

—Brianna, mírame durante un segundo.

Pero ella ni se inmutó.

—Por favor —le suplicó.

Si hubiese sabido lo que ocurriría después, jamás la habría presionado. No se le habría ocurrido ni mucho menos haber forzado la situación. Al contrario, habría dejado marchar a Brianna en busca de Marxias y así no habría tenido que experimentar aquello. Otra vez.

Lo reconocía. El momento exacto en el que su vida humana había terminado. No fue cuando se dejó caer desde el campanario de la catedral de su querida Florencia. No. Había ocurrido un poco antes. Cuando había tenido que renunciar a… *ella*. Esa tarde calurosa que inauguraba el inicio del verano. Su última tarde. La primera vez que se conocieron. La última vez que se vieron, al menos, cuando él todavía seguía con vida.

El recuerdo cayó sobre él como un cazo de agua fría: con insospechada contundencia, pero con un frío tan glacial que era capaz de quemar la piel durante los primeros segundos.

Frente a él, los ojos marrones de Brianna brillaban entre sol y sombras de la misma manera en que los de Giovanna de los Rimini habían refulgido hacia casi seis siglos. Después, estos se cerraron y él quiso perseguirlos, abrírselos de nuevo, contemplar su reflejo en el iris de los suyos. Contemplarse a sí mismo, Nastagio, feliz y descompuesto.

Sus frentes se apoyaron la una en la otra y, entonces, el pasado se convirtió en presente.

Capítulo 23

Se soltaron casi al mismo tiempo. Ella todavía temblaba y el sonido de su aliento sonaba entrecortado. Él, en cambio, continuaba petrificado, con los ojos cerrados, como una copia a color de la estatua que había detrás de Brie.

«Tú también lo has visto», pensó ella, pues era la única que había despertado de aquel ¿sueño?

Porque sí, ella sabía lo que él había sentido. Estaba casi cien por cien segura de que habían contemplado el mismo recuerdo, abandonando aquel mundo que les rodeaba, huyendo hacia otro más lejano, mucho más incoherente y difuso. Un mundo donde ella no era ella y él…, él era menos ángel y más humano.

Pero también presentía que para Aidan había sido algo más que un sinfín de sensaciones juntas: como el primer encuentro entre dos entidades que habían permanecido separadas casi una eternidad.

Ella lo sabía. Sabía que Aidan era capaz de ver más allá de aquellos fragmentos de memoria, como si él los hubiese vivido, a diferencia de ella. Y no se equivocaba. Sospechaba que la información restante la tenía él y solo él. Quizás incluso también Marxias. Solo cuando aquella inexplicable experiencia quedase por fin revelada, podría entender por qué sentía lo que sentía hacia Aidan Grivaldi. Por qué ahora su mente parecía completamente sometida a un recuerdo que no era suyo. O al menos, un recuerdo que no recordaba haber vivido en esa vida.

—¿Aidan?

Nadie contestó.

Se le formó un nudo en la garganta y la preocupación recorrió su semblante. Él continuaba por completo sumido en el sueño. Tan quieto que por un segundo ella pensó que no estaba respirando. Pero abrió los ojos y esta vez la miraron de una forma diferente, aunque sin prescindir de la intensidad anterior.

Brie se mordió el labio involuntariamente, pues no sabía qué más decir. No podía explicarse y al mismo tiempo esperaba algún tipo de aclaración por parte de él. Pero Aidan no dijo absolutamente nada. Y ella comprendió que aquella explicación que buscaba no iba a llegar, sino que tendría que buscarla por su cuenta.

—Tengo que irme —anunció ella.

No esperaba ningún tipo de reacción, así que no se decepcionó al ver que él seguía sin responder. «¿Acaso sigues drogado?», le increpó ella en su subconsciente. Sin embargo, antes de poder decirle algo en voz alta, comprendió que su cuerpo había reaccionado por sí solo y ahora se encontraba en el linde de la puerta. Quiso darse la vuelta para verle una vez más, pero se contuvo. No podía. Tenía demasiado miedo.

Echó a andar por el pasillo de manera apresurada, intentando volver por donde había venido desde el salón. Se encontraba tan profundamente distraída en el amasijo revuelto de sus

pensamientos que no vio la figura de Marxias, quien regresaba de aquello que fuese que había estado haciendo cuando la dejó en la galería esperando. De forma que, inevitablemente, se chocaron.

—Eh, cuidado —dijo él echándose a un lateral—. Pero ¿qué te pasa?

Brie pestañeó recuperando la compostura.

—Yo… Lo siento, Marcel —se atrevió a llamarle por su nombre de ángel y aquello no le desagradó al aludido—. Tengo que regresar a casa, se está haciendo tarde.

Este se cruzó de brazos. No era el hecho de que ella por fin se marchase lo que le desconcertaba, sino que parecía en cierto modo afligida, como si algo turbase sus incontrolables emociones humanas.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió—. Aidan sigue en la galería. Yo me marcho.

—Sí, por supuesto.

—Gracias por todo. Ha sido una tarde… —¿Increíble, de cuento de hadas, maravillosa?—. Inesperada. He disfrutado de veras tu compañía. Espero poder verte alguna vez más en el futuro.

El niño-ángel le dedicó una sonrisa de complacencia. Él también había disfrutado, para su sorpresa, con la compañía de Brianna Laidhart. Pero aquello era demasiado vergonzoso para admitirlo en voz alta, así que se contentó con decir:

—Podía haber sido peor.

—Sí, podía haberlo sido.

Iba a ponerse de nuevo en marcha cuando él la paró:

—¿A dónde vas? Esa no es la salida más rápida.

—Ah —soltó avergonzada.

Brie dio media vuelta para corregir el rumbo, tomando el lado opuesto del pasillo.

—Esa tampoco.

—Pero…

Marxias sacó una llave del bolsillo de su bata. Ella la reconoció a pesar de que era diferente a la de Aidan.

—Una llave Ghala —dijo Brie en voz alta.

Él asintió. Entonces seleccionó la puerta azul que había justo a su costado. Introdujo la llave en la cerradura imaginaria y esta se hundió echando chispas doradas. Giró la empuñadura y sonó un suave clic. Después se abrió la puerta, pudiéndose distinguir, al otro lado, el camino de tierra que bordeaba el lago. *Su* camino.

Aunque ya había comprobado los efectos de la llave Ghala, esta no dejó de sorprenderla y su boca formó una O. Marxias rio.

—Puedes quedártela —confesó él, algo avergonzado por aquella repentina concesión.

Brie le miró con el ceño fruncido.

—La llave. Tengo muchas otras copias. Así podrás venir a visitarme otra vez. Solo tienes que introducirla en cualquier puerta que tengas o superficie plana vertical, y te llevará a Avonshire.

—¿Es en serio? —preguntó, plagada de incredulidad.

Él asintió y sus mejillas se sonrojaron. Brie se conmovió ante tal gesto.

—Oh, Marcel, gracias, gracias.

Sin poder evitarlo, había cruzado la distancia entre los dos y sus brazos envolvían el pequeño cuerpo de él.

—Pero… ¿qué… haces? Me ahogas —exclamaba él intentando deshacerse de su abrazo.

—Lo siento. —Se separó al segundo—. Ha sido sin querer.

—Ya. Vamos, vete ya, antes de que me arrepienta o el portal se cerrará —dijo tendiéndole la llave, ella la tomó colmada de agradecimiento, como si le hubiesen entregado una de las cosas más valiosas del mundo.

—Sí, sí. Gracias. Nos vemos pronto.

—Adiós —se despidió él, mientras se volvía a peinar el cabello que ella le había despeinado al abrazarle.

Brie cruzó el portal y, cuando sus pies tocaron la gravilla del suelo, se giró para cerrar la puerta, pero esta ya había desaparecido a sus espaldas.

Una vez se hubo dado una ducha caliente, se dejó caer sobre la cama, completamente agotada. Había sido uno de los días más intensos de su vida. Aunque quería seguir recordando aquellos momentos en la pradera imaginaria con el Aidan hechizado o la conversación emocionante que había mantenido con Marxias sobre su pasado humano, había algo más que la intranquilizaba. Y sabía lo que era, por mucho que se obligase a borrarlo de su mente. No podía. Ahora formaba parte de ella.

Quería entender. Quería saber. Quería alcanzar la verdad.

«Nastagio», retumbó en su mente. Sí, cuando pensaba en ese nombre, todo parecía tener un poquito más de sentido, por difícil que pareciese.

Y le echaba de menos. Tanto que la llave Ghala quemaba entre sus dedos. Aquel objeto era lo único que los separaba. Solo tenía que abrir un portal y terminaría en Avonshire en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, estarían juntos de nuevo. Pero ¿por qué? ¿Por qué le urgía la inexplicable necesidad de verle? ¿De oír su melódica e hipnótica voz?

Antes no lo había necesitado. Solo había hecho sus días en Osborne un poco más amenos. Había sido un amigo, un apoyo, un aliciente para seguir luchando contra el despiadado mundo que les rodeaba. ¿Acaso él tenía razón? ¿Había cambiado algo entre ellos? Y si era así, ¿qué era?

Tenía que volver a Avonshire. Sí, al día siguiente lo haría. Era sábado, no tenía ningún plan, había terminado los exámenes. Además, había dejado olvidada su mochila con todas sus cosas: su estuche, libros, cuadernos, su teléfono móvil… Era una buena excusa para regresar. Quizás incluso le pareciese buena idea a Marxias que se dejase caer por allí por unas horas.

«No, Brianna, para de una vez. ¿Acaso no te oyes a ti misma? Te estás volviendo loca. Contrólate», se decía haciendo un esfuerzo enorme por domar la parte irracional de su cabeza. «Además, ¿qué le vas a decir? Después de lo que ha pasado hoy. Después de cómo te has marchado corriendo sin dejarle un poco más de tiempo para hablar. Él podía haberse explicado al final».

Le costó conciliar el sueño más de lo que creía y, cuando esto ocurrió, todos los recuerdos de la tarde regresaron a su mente, solo que distorsionados por su subconsciente. Podía escuchar la vocecilla del niño-ángel. «Ladrón de corazones». «Fue un regalo». «Se lanzó desde el campanario de la catedral de Florencia».

Y las oyó. El repiqueo constante de unas campanas que parecía no tener fin. Llamándola. Una y otra vez. Quiso despertarse, que dejasen de sonar en su cabeza, pero todo fue en vano. Se habían apropiado de su sueño y ahora este se tornó en pesadilla. «Parad», les suplicó. El sonido perdió potencia y se fue ralentizado poco a poco, hasta que quedó como un murmullo de fondo, dejando paso a otra voz:

«Brianna», la llamó. Era *su* Aidan, el humano.

«Nastagio», respondió ella. «¿Eres tú?».

«Sí, soy yo».

El gozo la inundó y seguramente una sonrisa despertó en sus labios mientras dormía.

«Sabía que eras tú».

«Siempre he sido yo», le susurró con dulzura.

«Sí», le respondió con todo convencimiento. «Lo sé, pero ¿quién soy yo, Nastagio? Tienes que decírmelo. Necesito saberlo».

«Lo sabrás, pronto lo sabrás». La voz disminuyó, como alejándose.

«No te vayas».

«Siempre he estado contigo. Solo tienes que recordar».

«Nastagio», suplicó en su sueño, pero también en voz alta, partiendo el silencio de su habitación.

Nadie respondió. Se había marchado. Volvió a quedarse profundamente dormida, mientras las campanas murmuraban de fondo. Nada volvió a interrumpir su sueño hasta que, poco después de que amaneciese, un molesto sonido se introdujo en su cabeza. Solo que esta vez no era fruto de su imaginación, sino que venía del mundo real.

Y otra vez. Ese chasquido inoportuno. Frunció el ceño revolviéndose contra las sábanas. Pero no cesó. Abrió los ojos, rindiéndose. Miró a su alrededor, pero todo parecía igual, como si nada pudiese provocar ese sonido.

Tic.

Su rostro se giró hacia la ventana.

«Pero ¿qué demonios?».

Se puso en pie, confundida, y se asomó para comprobar de una vez qué era lo que la estaba impidiendo dormir. Pero afuera no estaba granizando y las hojas de su árbol se mecían con calma. Entonces se subió a la mesa de su escritorio para conseguir un ángulo más preciso.

Y le vio.

Es más, sus miradas se encontraron. Su corazón pegó un tumbo y se retiró al segundo de su campo de visión. ¿Qué estaba haciendo allí bajo su ventana? ¿Es qué se había vuelto loco? ¿Y a esas horas de la mañana?

Tic. Otra piedrecita.

Iba a tener que decirle algo. Aunque no quería. Aunque…, al mismo tiempo, no pudiese controlar esa parte dentro de sí misma que se alegraba de volver a verle.

Tic.

—Brianna —la llamó en un susurro algo más subido de tono—. Sal un segundo. Te he visto.

Cerró los ojos con fuerza como queriendo estar dormida. Al menos en los sueños sí había escapatoria. Se estaba comportando como una niña pequeña. Tomó aire y se recompuso. Después abrió la ventana dejando que el frío exterior se colase en su habitación y, exagerando su enfado, le increpó en un susurro:

—¿Qué diantres estás haciendo, Grivaldi? Son las siete de la mañana y es sábado, vete a dormir y deja a otros que lo hagan.

—Buenos días, Brianna —le dijo él con una sonrisa demasiado encantadora como para pasarla por alto.

—Hasta mañana, Aidan.

Fue a cerrar la ventana cuando su voz la detuvo:

—Ya es mañana. Y pensaba que la actitud de niña tonta ya se te había pasado.

—Pero tú…

Él no la dejó rebatir:

—Venga, por qué no bajas de una vez, aquí hace un frío espantoso, el té de Marxias nos está esperando calentito y recién hecho. No te preocupes, esta vez va sin ninguna dosis peligrosa dentro.

Aquello la sorprendió. ¿Marxias les esperaba con el desayuno preparado? ¿Y por qué Aidan actuaba de esa forma? ¿Como si el día de antes no hubiese ocurrido nada entre los dos? ¿Como si se hubiese olvidado de todo lo sucedido? O bien…, como si fuera consciente de ello, pero quisiera restarle importancia y desviar el tema. «Aquí no ha pasado nada, ¿no?», pensó ella nada dispuesta a aceptar aquella actitud.

—Ayer te fuiste corriendo y te dejaste todas tus cosas. Te las habría traído, pero resulta que… me he olvidado.

Los dos sabían que había mentido sin ninguna intención de resultar creíble. «Ja, muy gracioso», respondió ella en su fuero interno.

—¿Por qué no te vas al infierno, Aidan? Al menos ahí puedes ir.

Aidan la miró con los ojos abiertos.

—Eso ha sido de muy mal gusto, así que voy a hacer como que no lo has dicho.

—¿Cómo pretendes que nada haya cambiado desde ayer? —soltó ella y tardó un segundo en darse cuenta de que había tenido un arrebato de valentía y ahora se arrepentía de sus palabras.

—¿Quieres que hablemos de eso? —dijo él, tornándose serio.

Se quedó sin aire. El miedo recorrió su cuerpo. Ella había sacado el tema, ahora tocaba dar la cara.

—Sí… —dijo con algo de temor.

—Bien, entonces vístete y baja ahora mismo.

Brie cerró la ventana, todavía con el corazón acelerado. ¿De verdad iban a hablar de lo sucedido? ¿Y qué tipo de explicación le iba a dar? ¿Se inventaría alguna mentira piadosa para que dejase de hacer preguntas? Y lo que era más importante, ¿sería capaz de saber si él le estaba o no mintiendo? Después de todo, ella no era la que más sabía sobre situaciones sobrenaturales. Es más, no sabía nada de nada. Tan solo algunos datos que le había sacado a Aidan y a Marxias.

Decidió obedecer sus instrucciones y se dirigió hacia su armario. No estaba segura de si se alegraba de que fuese sábado y no tuviese que ir a la detestable escuela o si por el contrario se lamentaba, pues tenía que pensar qué ponerse. Otro día normal solo se habría enfundado el uniforme, y ahora…, ¿por qué le daba vueltas a su vestimenta? Acaso quería verse… ¿guapa? O quizás algo más arreglada de lo que solía ir.

Aunque nunca se había preocupado demasiado por su imagen ni por su ropa —quizás como consecuencia de su poca autoestima—, su madre sí lo había hecho y había intentado siempre llenarle el armario de todo tipo de prendas que los adolescentes llevaban a la moda. Muchas de ellas nunca se las llegaba a poner, solo cuando tenían algún evento social, iban a visitar a amigos de la familia o bien aparecían los socios de su padre por casa. Aquellos conjuntos no le agradaban demasiado a Brie, quien prefería todo lo que fuese de colores neutros y sencillos: negros, verdes oscuros, blancos, marrón. Nada de tonalidades llamativas, ni estampados, ni lentejuelas, ni ninguna otra cosa que la hiciese destacar demasiado.

Decidió escoger unos vaqueros que casi siempre utilizaba, pues eran de los pocos que no le quedaban grandes y arrugados. Pero cuando se los puso advirtió que estos le quedaban apretados

¡por primera vez! ¿Había engordado? Reconocía que últimamente había sido más propensa a comer, sobre todo porque Cornelia cocinaba platos riquísimos y cada día aceptaba más sus creaciones, aunque no fueran ni de lejos igual de sabrosas que las de su querida Cecil. También el periodo de los exámenes y verse todos los días con Aidan le quitaban la suficiente energía como para influir de alguna manera en sus dosis alimenticias.

Tuvo que coger otro de los vaqueros de su madre: acampanados y de color azul marino oscuro. Estos no le quedaban del todo justos, pero se sentía más cómoda con ellos. Después repasó los jerséis y optó por uno de color crema que se había puesto solo una vez y era extremadamente suave, óptimo para los días de invierno. Por último, se calzó unas converse negras que estaban algo más desgastadas.

Se lavó la cara y descubrió que sus mejillas estaban más rojas de lo normal. ¿Acaso era porque Aidan Grivaldi la esperaba bajo su ventana para llevarla a una mansión encantada? No. Era el calor de su habitación, definitivamente.

También se enzarzó en una lucha con el peine por deshacerse de un par de nudos en la coronilla y después dejó caer su débil melena sobre sus hombros. Aunque aquella forma no le gustó y jugó a cambiarla de lado, buscando un ángulo algo más favorecedor.

Se vio a sí misma de forma extraña al mirarse al espejo de cuerpo entero que había instalado dentro de su armario. No acostumbraba a hacerlo, pues nunca antes había pensado en la imagen que mostraba a los demás. Sabía de sobra lo que ellos pensaban de ella y no eran precisamente cualidades positivas. Pero esa vez fue diferente. Sintió que aquella Brianna del reflejo era otra completamente distinta. ¿Dónde estás?, quiso preguntarle. ¿Qué ha pasado contigo?

Sus pómulos, antes afilados, ahora se habían reblandecido y casi aportaban cierto dulzor a su semblante. La carne había suavizado sus facciones y ahora ya no parecía aquella muchacha frágil y arisca a la que nadie hablaba. Es más, parecía invitar a una conversación tranquila y pacífica, donde no había insultos, ni ofensas, simplemente había… normalidad.

No quedó encantada con su imagen, pero tampoco le desagradó, lo cual era importante. Era un cambio en su conducta que no había experimentado desde…, bueno, puede que nunca.

«¡Pendientes!», pensó. ¿Pendientes? Había una caja de accesorios en su baño llena de compartimentos donde había todo tipo de joyería: regalos de cumpleaños y de Navidad, aportaciones de su madre, pendientes alargados y vistosos de fiesta que solo se había puesto Jane cuando husmeaba en sus cosas. Pero de entre todos había una pareja de tréboles de cuatro hojas, bañados en oro rosa con una piedra brillante en el centro, que habían sido obsequio de su abuelo dos Navidades antes de que muriese. No estaba segura de si alguna vez se los había puesto, pues en su lugar solía llevar unos bastante disimulados de plata que siempre iban bien con el uniforme. Tardó menos de un minuto en cambiarlos y, al mirarse de nuevo al espejo, descubrió que le gustaban bastante y sopesó quedárselos puestos durante una temporada. Sacudió la cabeza. Estaba perdiendo demasiado tiempo, ¿Aidan todavía seguiría esperándola?

Por fin salió corriendo de su cuarto con el abrigo en mano, en cuyo bolsillo había metido la llave Ghala que le había regalado Marxias.

Hizo el mínimo ruido posible. Sabía que su padre no estaba en casa porque no se escuchaban sus ronquidos, lo cual quería decir que su madre no usaba los tapones para los oídos y seguramente tuviese el sueño más ligero. Jane, por el contrario, siempre dormía a pierna suelta y no había forma de despertarla más que con fuertes sacudidas.

Consiguió llegar al salón, pero entonces se topó con Cornelia, que limpiaba cuidadosamente las estanterías.

—Buenos días, Brianna.

Brie asintió queriendo escapar por la puerta del jardín sin dar explicaciones, sin embargo, vio a Aidan apoyado contra un árbol detrás del cristal y se obligó a decir:

—Por favor, dile a mi madre que hoy pasaré el día en casa de unos amigos.

—Por supuesto.

—Gracias.

Sonrió formando una línea recta con sus labios y Cornelia respondió con un asentimiento de cabeza. Después continuó con su labor demasiado entretenida como para cerciorarse de la presencia de Aidan.

Brie salió por la puerta cerrando esta con mucho cuidado a sus espaldas. La temperatura era despiadada afuera y tuvo que ponerse el abrigo de inmediato.

—Ya era hora. Pensé que me tendrías esperando toda la mañana.

Brie levantó la mirada. Aidan despertaba incluso más encanto que visto desde su ventana. Se puso nerviosa, pero su cerebro fue más inteligente y suprimió sus sentimientos diciendo:

—¿Acaso no eres algo así como inmortal? Creí que sabrías cómo gestionar la paciencia.

Aidan se carcajeó.

—Tan aguda como siempre, Laidhart.

Alcanzó su figura e instintivamente echaron a andar hacia la puerta del jardín que conducía al caminito. Brie ladeó la mirada con disimulo para apreciar cómo iba vestido. Desde luego que él sabía conjuntar la ropa, a diferencia de ella. O en palabras más certeras: todo le quedaba mil veces mejor. Llevaba unos pantalones color hueso y una especie de chaqueta de azul oscuro profundo con botones que parecía demasiado *vintage* para ser de aquella época. Aquel color destacaba más que nunca sus mechones rubios, a pesar de que la luz continuaba siendo algo mortecina en aquellas horas.

—¿Qué? —La pilló mirándole. Al parecer, la discreción inicial se había esfumado.

—Nada. —Tragó un nudo en la garganta—. ¿De dónde has sacado esa chaqueta?

—Te gusta, ¿eh?

—Es vistosa. Parece antigua.

—Es de cuando estuve en el ejército. Aunque la sometí a algún cambio cuando pasamos de milenio, para adaptarla a vuestros gustos.

Brie quiso preguntar a qué ejército y qué guerra. ¿Y cómo se conservaba tan bien el tejido? Parecía completamente nueva. Era fascinante.

—¿Tienes más ropa antigua?

—Oh, sí, no sabes lo fácil que es para nosotros acumular, como para vosotros los humanos cansaros del estilo anterior y cambiarlo cada dos por tres. Pero Marxias tiene una habitación…

—¿Sí?

—Bueno, no es técnicamente suya —aclaró él—. Tiene una amiga que es fanática de estas cosas y le pidió utilizar Avonshire como una especie de armario personal. Según tengo entendido, le visita de vez en cuando con cajas llenas de ropa y se lleva otras piezas. Es una especie de coleccionista histórica. Pero no solo son prendas de mujer, también de hombre. Marxias me ha dejado alguna vez alguno de sus modelitos, pues ella le deja a su vez disponer de la habitación, aunque este no le haga mucho caso. Quizás lo más sorprendente es que se conserven a la perfección conjuntos de hace siglos que deberían estar ya roídos por el tiempo.

—Ventajas de los *edoreas* —concluyó ella, dejándole con la boca abierta.

—Marxias te ha contado bastante, por lo que veo.

—Solo lo esencial.

«Como que naciste en la Florencia del siglo XV y te suicidaste por amor», añadió en su mente al segundo.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella—. ¿Vamos a ir por el camino tradicional? ¿Has perdido tu llave Ghala?

—Solo ha pasado un día y ya actúas como si fueras un ser supraterrenal —le echó él en cara.

—Ha sido un día intenso, créeme, estoy en mi derecho.

«Bastante intenso», subrayó ella.

—¿Has estado estudiando los temas angelicales mientras andaba drogado?

—Nunca pierdo un segundo por aprender.

—Por supuesto que no, eres Brianna Laidhart. No esperaba menos de una mente curiosa como la tuya. ¿Qué más has aprendido?

—Lo manipulador que resultas ser para salirte por la tangente, Aidan.

Se paró en seco y él tuvo que detener el paso y recostar su pie sobre una de las piedras del camino. Se cruzaron de brazos. Era el momento. Aunque le temblasen las extremidades y su pulso corriese una maratón. Tenía que armarse de valor.

—¿Qué paso ayer? —preguntó con seriedad—. Respóndeme antes de que veamos a Marxias y te salves el pescuezo en su presencia.

Él la miró con pesar, como si no estuviese dispuesto a participar en aquella batalla.

—Brianna…

—No es tan difícil. Tú al menos dispones de más información que yo. Podrías intentar explicárselo a mi limitada mente terrenal. No me gusta hacer como si no hubiese pasado nada. Estoy harta de ser una cobarde que deja las cosas a medias. ¿Qué pasó, Aidan? Porque yo sentí… Porque tú…

—¿La verdad?

Ella asintió.

—Brianna, no lo sé. Hay lazos… demasiado fuertes y, casi siempre, indescifrables. Eso traté de explicártelo una vez. En ocasiones ni siquiera yo o Marxias, podemos comprender ciertas cosas. Pienso que, bueno, que hay una conexión entre nosotros dos, quizás porque eres la última de todas y eso te hace más importante en cierta manera. Podría ser una buena teoría.

—Podría serlo —aceptó ella, aunque sabía, o al menos intuía, que aquellos recuerdos y sueños que la habían estado persiguiendo en las últimas horas parecían mucho más densos y profundos que una especie de conexión entre una simple humana y su ángel de la guarda. Y, al mismo tiempo, no tenía ni idea de qué tipo de vínculos podían tener ese tipo de parejas, si es que se les podía llamar así.

—¿Tienes una teoría mejor? —la invitó él, como queriendo concluir con la cuestión de una vez.

¿La tenía? ¿Acaso tenía sentido que viese al Aidan de hacía siglos en sus sueños o recuerdos? ¿Como si ella le hubiese conocido por aquel entonces? Imposible.

—No, déjalo, es una estupidez.

Vislumbró en el rostro de él cierto asombro, pero también una sensación algo extraña. Como… ¿miedo?

—¿Qué es? Venga, dímelo —la instó.

—Es que no podría explicártelo. Pero yo…, o sea, sí que siento ese lazo del que hablas, lo que pasa es que es extraño y muy fuerte y hace que te vea de una manera diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido diferente?

Aidan había cruzado la distancia entre los dos y ahora la acorralaba contra un árbol.

—Pues como tú, pero no eres tú. Ayer me pasó varias veces. No es que no sea una buena sensación, es solo que… asusta un poco, ¿sabes? Puede que tengas razón y que nunca lleguemos a entenderlo. No sé cómo funciona todo esto de los ángeles de la guarda, no sé prácticamente nada. Tienes que ayudarme.

Se llevó la mano a los cabellos como habituaba a hacer cuando se veía impotente e incapaz de expresarse con claridad. Él no se atrevió a tocarla, aunque sintió un leve impulso de impedir que ella realizase la acción. Después la miró con compasión: parecía realmente en una encrucijada, y no era la única. Aidan se sentía casi igual de inútil y estúpido, sin saber cómo actuar de la manera más correcta. Solo quería que ella volviese a sentirse cómoda a su lado, a pesar del incidente de ayer, pues solo había una única manera de terminar con aquello.

—Está bien, Brianna, no te preocupes.

Él relajó su postura dejando fluir algo más de aire entre los dos. Brie se fue calmando con lentitud y él también.

—Se supone que no tienes que saber estas cosas. Es más, no debes saber nada de lo que te cuento, ni conocer a Marxias, ni Avonshire, nada. Es mucho más sencillo de esa forma, ¿no crees?

—¿En la ignorancia? —dijo ella con el tono de voz ligeramente quebrado.

—En tu humanidad —matizó él—. Lejos de seres supraterrenales como yo, alas de ángel o hierbas alucinógenas.

—¿Insinúas que debería dejar de saber todo lo que sé ahora? ¿Vas a robarme la memoria o algo por el estilo?

Aidan rio con dulzura.

—No. —Sacudió la cabeza—. Aunque pudiese, no se me ocurriría, las circunstancias me obligaron a tomar medidas excepcionales. Además, es más fácil para mí que para ti. Yo puedo, por primera vez, actuar siendo yo y fascinarte con mi magia y mis dones sin necesidad de ocultarlos.

—Ah, así que de eso se trata —dijo ella achinando los ojos—. ¿Azorarme con tus trucos? ¿Qué es lo que los ángeles de la guarda pretendéis en realidad?

«Desconfiada», pensó él rodando los ojos en su inconsciente.

—Ya te lo he dicho. Mi único propósito es ayudarte. Por lo que he comprobado hasta ahora, pareces bastante feliz en compañía de ángeles y bicicletas voladoras.

Ella guardó silencio, recordando cómo se había sentido entre sus brazos la primera vez que volaron sostenidos por sus alas. La segunda también había sido memorable de recordar: subidos en aquella bicicleta mágica. Pero, sin duda, el mejor recuerdo de todos era el de ellos dos tirados sobre la dulce pradera imaginaria. No podía quitarse de la cabeza aquella imagen tan cercana.

—Ves —recalcó él, pues Brie estaba sonriendo, sumida en sus pensamientos—. ¿Me equivoco?

—Supongo que tendré que aceptar todo lo que me digas, aunque siga dudando.

—Puede que lo único que no consiga cambiar en ti sea tu terca tendencia a desconfiar.

—No todos tienen buenas intenciones en este mundo, Grivaldi —se defendió ella, ahora con la mirada en sus converse que jugaban a patear las hojas húmedas del sendero.

—Pero tampoco todos tienen malas. Si no hubiese un plan pensado mejor para ti, yo no sería tu ángel de la guarda y, al mismo tiempo, tú y yo jamás nos habríamos conocido. De forma que

seguramente andarías deambulando como alma solitaria y triste por los pasillos de esa espantosa escuela.

Ella guardó silencio. En su mente se instaló esa nueva idea: donde él y ella no se habían llegado a conocer. Fue un pensamiento instantáneo, pero… desolador. Una punzada le recorrió el pecho.

No.

Se alegraba de cómo habían ocurrido las cosas. Incluso si eso significaba que tendría que renunciar a cómo había concebido el mundo antes de conocer su otra cara sobrenatural. Y sí, también se alegraba de tener a Aidaniel con ella. *Su* ángel de la guarda.

—Gracias.

Las copas de los árboles se estremecieron por el viento, así como el cabello de Aidan quedó revuelto hacia su costado izquierdo. Él ignoraba los sonidos del bosque, es más, todo cuanto les rodeaba, solo se limitó a mirarla. En su boca no había instalada una sonrisa, pero sí un gesto muy parecido.

—Entonces, ¿estamos bien? ¿Vas a dejar de desconfiar en mí?

Brie entrecerró los ojos. No estaba segura de la respuesta. Aunque le gustaba creer que él tenía razón y sus recuerdos con él eran fruto de un vínculo celestial o algo por el estilo, también sabía que eran importantes y no quería dejarlos pasar. En su corazón algo la estaba llamando, casi a gritos. Esas campanas atronadoras de su sueño. Las sensaciones vívidas. Sus ojos de un verde cálido. Su piel tersa pero imperfecta. El sonido de su voz. La del Aidan humano. La de Nastagio. ¿Qué significaban? ¿Qué clase de lazo les unía? Quizás él decía la verdad, de forma que ni siquiera disponía de más información que ella. Puede incluso que tampoco hubiese sentido lo mismo cuando se sostuvieron la mirada por unos segundos en la galería de Marxias. Aunque Brie quería creer lo contrario, pues el recuerdo había sido el más real hasta la fecha, el más desconcertante, irreal y misterioso. Pero si él no podía responderle a aquello…, o si bien prefería guardarse la verdad, tenía solo dos opciones. Podía aceptar su teoría y dejarse llevar por la resignación, sin hacer más preguntas, simplemente dejándolo estar. O bien podía estar alerta, por si volvía a pasar, como intuía que ocurriría. Entonces, una vez hubiese tenido todos esos recuerdos recopilados, solo tendría que encajar todas las piezas de ese puzle sin sentido, como un libro despedazado que vuelve a tener todas sus páginas. Ella lo leería y descubriría, por fin, el porqué.

Capítulo 24

—Buenos días, Marcel.

—Buenos días, Brianna —respondió el niño-ángel, sentado en la gran silla que presidía la mesa del comedor de Avonshire—. Veo que no puedes pasar ni un día sin mi grata compañía. O, debería decir… —Miró a Aidan, que en ese momento movía uno de los asientos de manera caballerosa para que ella se sentase—, sin mi querido amigo Aidaniel.

—Gracias —le dijo en un murmuró por aquel cordial gesto. Después de acomodarse sobre el cojín mullido y haber dejado su abrigo sobre el respaldo de la silla, se giró hacia Marxias diciendo—: Ciertamente, Marcel, me moría de ganas por probar tu famosa mermelada de Naranco. Ayer, bueno, sabes a lo que me refiero. En cuanto a lo segundo…

Ambos posaron la mirada en el otro ángel de la habitación que se había situado frente a ella en la larga mesa y desdoblaba una servilleta para cubrir sus piernas.

—Creo que es Aidan el que no puede prescindir de mi compañía. Ha aparecido en mi casa a horas poco razonables y, por si fuera poco, ha comenzado a golpear ridículamente mi ventana con piedrecitas.

—Oh —comentó Marxias levantando las cejas—. ¿No te ha tocado una bonita balada con su cítara? Estoy decepcionado por tu cortejo, Aidaniel.

¿Cortejo? Brie se puso nerviosa, aunque sabía que Marxias solo estaba bromeando.

—Muy graciosos los dos —se defendió el aludido mientras servía café tanto a Brie como a sí mismo—. Te recuerdo, Brianna, que has aceptado venir, eso dice sobre lo mucho que me has echado de menos y las ganas que tenías de estar conmigo. Y en cuanto a ti, amigo mío, los tiempos cambian, seguramente nunca habría venido si llego a recitarle un soneto del siglo XVII.

—Eso no lo sabes —respondió Brie, aquella mañana se sentía peculiarmente mordaz—. Quizás me hubieses impresionado o, todo lo contrario, te hubiese dado de comer a los perros guardianes por impertinente y acosador.

—¿Qué perros guardianes? ¿Tu jardinero? Sabes que soy un ángel poderoso, ¿no?

—«Ladrón de corazones» —se jactó ella.

Él gruñó.

—Parad de una vez —les pidió el niño-ángel como intercesor—. Vuestro coqueteo no me deja leer tranquilo.

Los dos enrojecieron. Brie estaba acostumbrada a que ocurriese en su rostro, pero Aidan… Se suponía que, de los dos, él sabía mejor cómo controlar aquellas situaciones. Primero porque estaba familiarizado a convivir con ellas. Segundo porque sus sentimientos estaban bien ocultos en lo profundo de su alma y nunca le pillaban desprevenido. Ese flirteo había sido el más espontáneo durante toda su carrera. No. Se equivocaba de término: el más inconsciente.

Brie para cambiar de tema se atrevió a preguntar:

—¿Qué estás leyendo, Marcel?

—Nada importante —respondió pasando una de las páginas con la saliva de su dedo—. Solo un libro sobre reencarnaciones.

Aidan escupió al segundo el café sobre la mesa y ella lo miró confundida, pero volvió su atención hacia Marxias.

—¿Reencarnaciones? ¿Eso también existe?

Aidan lo miró horrorizado. «¿En serio, Marcel? ¿Qué estás haciendo? No lo estropees y cierra tu maldito pico de ángel», le increpó en silencio.

—Al parecer, sí. Siempre se ha creído que la reencarnación es cuando el alma pasa de la tierra al cielo. Pero también ocurre en este mundo terrenal, donde el alma pasa de vida en vida. Solo que hay muchísimos menos casos, excepciones, se podrían llamar. Pobres criaturas, jamás pueden aspirar a la gloria del cielo. Atrapadas en este mundo bicolor eternamente.

Brie escuchaba ensimismada lo que relataba el ángel, casi como si hablase sobre algo científico y no surrealista.

—¿Eternamente? —inquirió.

Aidan carraspeó.

—¿Has probado ya las tostadas de Naranco? —dijo tendiéndole un plato.

Brie le ignoró y, mientas roía una galleta danesa, preguntó:

—¿Estás diciendo que hay almas humanas que nunca van al cielo o al infierno o al… limbo?

—En efecto. Tienen una eternidad diferente a la que tenemos Aidan, yo u otro de los seres supraterrenales.

—Bueno eso es relativo y no creo que sea del todo cierto —añadió Aidan en su contra—. No deberías dejarte llevar por la emoción, querido amigo, sino por lo factible y demostrable, y tus libros no siempre lo son.

Marxias arqueó las cejas, no le gustaba que cuestionasen su conocimiento. Pero, al mismo tiempo, no le importaba hablar más de la cuenta, pues en su interior crecía una apabullante curiosidad por descubrir si Brianna, en efecto, podía ser consciente de sus vidas pasadas. No todos los días podía estar tan cerca de una de esas *excepciones*. Quizás Brianna pudiese convertirse en parte del nuevo estudio sobre la reencarnación que tenía en mente. Y tampoco temía porque aquello pudiese complicar a Aidan su entrada en el cielo, ya que estaba casi seguro de que los recuerdos de ella, sí los tenía, eran mínimos.

—Pero ¿el alma es inmortal? —continuó Brie, sorprendentemente interesada en el tema—. Algo así como el mito del carro de Platón. ¿No? Quiero decir, en todos y cada uno de nosotros, los humanos.

—Sí, el alma es inmortal y nunca muere, pero se reencarna: o bien cuando va al cielo, cuando se transforma en ángel, o… la tercera posibilidad, cuando se queda en la tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué se queda aquí? ¿Ha hecho algo incorrecto para no ir al cielo?

—Es un misterio que me encantaría resolver. Pero en cada caso es diferente. Según las fuentes…

—Según las fuentes que manejas —le cortó Aidan—, es decir, copias de la biblioteca de la comuna desperdigadas y malvendidas por el mercado, Marxias. A saber, qué tipo de transcripciones se han llevado a cabo y qué es verdad o no. Deja de desinformar a Brianna.

—¿La comuna? —dijo ella.

Aidan aprovechó ese desliz para desviar la conversación:

—La comuna de los cielos es el lugar principal desde el cual se gobierna el limbo, algo así

como el palacio real. Es un sitio interesante, tiene la segunda biblioteca más importante del universo.

—¿Biblioteca?

Aidan sonrió en su interior. Había sido fácil dejar atrás aquel tema tan incómodo y… peligroso.

Mientras Marxias había vuelto a su lectura en silencio, asimilando la conversación. Puede que se hubiese pasado de charlatán de nuevo y Aidan se lo echara en cara después. En cierto sentido, era su amigo y algo de lealtad le debía.

—Sí, en ella viven los sabios de los que te he hablado. Pero también hay erotes que los acompañan y se encargan de ordenar y catalogar los libros y demás objetos preciados.

—¿Erotes? ¿Como querubines?

—Ángeles que parecen niños, sí. Pero son bastante inteligentes, además de que algunos de ellos tienen un carácter y genio particulares —confesó él recordando su encuentro con el irritable Samoviv.

—Vaya, eso sí que es raro.

—Sí —concordó él sirviéndose otra taza de café—. Como casi todo en el mundo supraterrenal.

Se hizo un silencio donde se escuchaban las páginas del libro de Marxias. Brie pegó un sorbo a su café, que era uno de los mejores que había probado en toda su vida, y eso que su padre era un aficionado a coleccionar cafés del mundo. ¿De dónde lo había sacado el niño-ángel? ¿Acaso lo había cultivado en el huerto de su *edoreas*? ¿Y porque no podía dejar de comer una pasta tras otra? El sabor de la vainilla conjuntado con el del chocolate y el de la mantequilla con cereza creaban una combinación simple pero magnífica que se deshacía en su boca. Puede que aquel fuera uno de los mejores desayunos que había tenido. Si no contaba los franceses que había probado cuando viajó a Europa con su familia.

—¿Cuáles son vuestros planes para hoy? —les preguntó Marxias.

Se miraron buscando la respuesta en el otro.

—Ya veo.

—Esperaba que Aidan tuviese un plan premeditado antes de hacerme madrugar y traerme hasta aquí.

—La idea era pasar el día juntos —aclaró Aidan.

—A mí no me molestéis con vuestras cosas de tortolitos.

La forma en la que había dicho «tortolitos» hizo temblar a Brie y se llevó la taza a los labios de nuevo para disimular el sonrojo. Entonces, Aidan la miró.

—¿Te gustaría que te enseñase mi habitación?

—Yo que tú aceptaría —la invitó Marxias—. No todos los días se puede visitar un *edoreas* como el que tiene montado nuestro querido Aidaniel. Es de categoría superior.

—Fue un regalo de los ángeles —confirmó Aidan—. Por mi incorporación.

—¿Qué es lo que tiene de especial?

Ellos intercambiaron una sonrisa. Ahora sí que habían despertado curiosidad en ella.

—Es transportable —explicó el niño-ángel, quien nunca desperdiciaba una oportunidad para demostrar sus conocimientos—. Digamos que mientras yo necesito un recipiente para mis *edoreas* como Avonshire. Aidan puede llevarse consigo su *edoreas* por todo el mundo. Solo necesita un lugar provisional cuando quiere instalarlo: una casa abandonada, una habitación de hotel…

—Un baño de una gasolinera de autoservicio —añadió él levantando las cejas mientras se carcajeaba en su interior—. ¡Un camerino de un teatro!

—¿El almacén de una tienda de ultramarinos? —quiso intervenir ella.

—Podría ser —le concedió Aidan—. Siempre y cuando tenga una puerta, se puede instalar.

—¿Por qué son tan importantes las puertas?

—Son como puentes entre mundos. —Ahora Marxias había recuperado la conversación—. Son perfectos delineadores de lo que pertenece a un plano y a otro.

—¿Siempre han sido puertas?

—A veces sirven portales, como esos que crean las llaves Ghala.

—En este caso, necesitamos una. —Aidan sacó del bolsillo de su chaqueta azul su manojo de llaves y entre ellas sostuvo una bañada en oro rosado.

—¿Qué pasa si la pierdes?

Aidan sonrió.

—Ardes en el infierno.

Ella contrajo las cejas, asustada.

—Te está tomando el pelo —aclaró Marxias soltando una risita.

Brie frunció los labios.

—No, en serio, ¿qué pasa?

—Bueno, pues que lo reporta a la comuna y ellos hacen desaparecer la llave perdida de forma automática. Luego me dan otra copia y me tragó un discurso de tres horas sobre la irresponsabilidad de mis actos, sin olvidar una dura e implacable advertencia.

—Así que ya te ha ocurrido otras veces.

—¿Quién no ha perdido las llaves alguna vez?

Ella nunca había necesitado de ellas, pues siempre había alguien en casa para abrirle la puerta, ya fuese su madre, Noelle, Cornelia o el jardinero, Jackson.

—Entonces, ¿me vas a enseñar tu habitación o no?

—Cuando termines tu desayuno.

Brie se sintió como si se lo hubiese dicho su padre, aun así, obedeció. Se terminó el café casi con pesar y se pasó una servilleta para limpiar el bigote que se le había formado encima del labio superior.

—Ya está.

—Estaré rondando por aquí —dijo Marxias—. Por si necesitáis algo. Tampoco es que me pueda ir a ninguna parte.

Aidan y Brie corrieron las sillas hacia atrás a la vez y después las volvieron a pegar a la mesa.

—¿Necesitas que recojamos? —se ofreció Brie, pues se sintió obligada, dada su condición de invitada.

—¡No! Mejor no toquéis nada, ya me encargo yo. Marcharos.

«Gracias, amigo», le dijo Aidan en silencio. Este, como si le hubiese escuchado, le devolvió un gesto de cabeza.

Brie esperó a que Aidan rodease la mesa y, cuando pasó por su lado, le siguió internándose en el pasillo de Avonshire. Observó su andar quizás con demasiada atención. El abrigo militar se amoldaba a su espalda y le llegaba poco más largo de la cintura. Sus hombros se balanceaban con su paso elegante y sus manos repetían el movimiento de manera despreocupada, pero no desatendida. Cuando quiso darse cuenta tenía la boca abierta y la cabeza inclinada. Se enderezó justo a tiempo, pues él torció el rostro sobre su hombro para ver si ella le seguía.

—Ya casi estamos.

Brie asintió, con la respiración acelerada. Pero ¿qué demonios le pasaba?

—Aquí es.

Se detuvieron frente a una puerta de madera de un rosa pálido.

—Vaya, rosita —se burló ella.

—¿Algún problema? —inquirió levantando una ceja.

Ella se quedó sin la poca respiración que le quedaba. La oscuridad del pasillo en aquella parte creaba un aura de misterio entre los dos.

—*Nop*.

—Bien.

Introdujo su llave en la ranura y se volvió a formar una película dorada, solo que esta vez de una forma mucho más fina que cuando abría el portal para ir a Avonshire. Cada llave Ghala debía ser diferente, intuyó Brie.

Clac.

Aidan giró el pomo y empujó la puerta para abrirla del todo. Brie entornó los ojos queriendo vislumbrar el interior. Pero había demasiada luz.

—Adelante —la invitó él.

—No me vayas a cerrar la puerta a mis espaldas —le rogó ella—. No sería una broma de buen gusto.

—No seas desconfiada.

Aidan le pegó una palmadita en la espalda y dio un paso hacia delante. Brie se encontró dentro de una habitación circular de cincuenta metros de ancho por lo menos y unos casi setenta de alto. La parte de la cúpula estaba horadada en casetones rectangulares que llegaban hasta el registro superior. Allí, una banda dorada rodeada de otras dos de color blanco que recorrían el círculo de la bóveda acristalada muy parecida a la de la galería de Marxias. Solo que la luz del sol se filtraba por ella creando algunos reflejos de arcoíris en el suelo. Era ese sol imaginario y etéreo de los *edoreas.* Le recordó inevitablemente al Panteón de Roma, solo que de un estilo neoclásico evidentemente posterior.

Pero la habitación no era finita: delante de ellos había una escalera doble que llevaba a otro espacio enmarcado por unas cortinas de terciopelo rojo. Al segundo, Brie quiso saber qué escondía allí. Pero sus ojos continuaron repasando los objetos que les rodeaban.

Aunque la habitación de Aidan estaba casi llena, tampoco daba la sensación de abarrotamiento. Quizás gracias al espacio diáfano que se formaba entre la distancia del ojo humano hasta el óculo superior.

En el lateral derecho había un juego de sillones con un diván del mismo tejido que las cortinas: suave y amoratado. Una mesilla de té en el centro y otra de lectura en el costado, con un filón de libros que, apilados, tomaban la forma de un abanico escalonado. Detrás, había situada una cómoda con cajones de todos los tamaños y con tiradores dorados. Encima, había más objetos de épocas pasadas, propios de un coleccionista. Brie se acercó movida por su curiosidad y empezó a recorrer el perímetro circular, prestando atención a las tapas de los libros antiguos que andaban desperdigados, la hilera de pipas tanto occidentales como orientales que ocupaban una estantería y se ordenaban por tamaño, el globo terráqueo hecho de piedras pulidas, el telescopio portátil bañado en bronce y el microscopio que lo acompañaba como su antónimo amigo. Había además un gran baúl lleno de ropa descolocada: el único signo de desorden hasta el momento. Aidan se precipitó a cerrarlo antes de que ella le prestase algo más de atención.

Después sonrió entre dientes como quien acaba de ocultar su cara oscura. Brie trató de levantar una ceja, aunque se carcajeaba por dentro ante la situación.

Después pasó por su lado y no tardó en llegar a la puerta principal. En el otro lado había más de lo mismo; libros, objetos identificables, una balanza con sus pesos, un bote de pinceles sucios… ¿Aidan pintaba? No lo habría imaginado. Se topó con otra cómoda, pero encima se erguía un pequeño mueble blanco de cajones más pequeños y tiradores plateados. Una decoración exquisita decoraba las esquinas de sus recipientes y parecía estar pintada a mano. Era sin duda una pieza de un valor notable y muy posiblemente creada hacía más de cien años.

«Ábrelo», susurró una voz en su conciencia.

Sus dedos se movieron instintivamente hacia uno de los tiradores, guiados por un extraño impulso que crecía dentro de ella. Pero la mano de Aidan llegó antes que la suya y se lo impidió.

—Esto no. —En sus palabras resonó el imperativo.

Brie se quedó helada. También se dio cuenta de que había abusado de cotilla. ¿Quién se creía para hurgar en sus cajones? No era nada educado por su parte.

—Perdón.

Al mismo tiempo quiso saber por qué no podía ver su contenido. ¿Qué estaría guardando para que sus ojos mortales no lo pudiesen contemplar? ¿Qué secretos se escondían en aquel mueble preciado? ¿Y por qué se había dejado llevar por aquella sensación inconsciente?

—¿Qué hay arriba?

Él no se hizo el sorprendido. La conocía bien.

—Adelante —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el tramo derecho de las escaleras.

Brie no vaciló, siguió la línea de su invitación y comenzó a subir los peldaños. Al llegar a lo alto se asomó a la barandilla blanca y observó desde ella a Aidan, que la contemplaba desde abajo.

—¿Tengo vía libre?

Él repitió el gesto. Brie respiró profundamente y después se dio la vuelta internándose entre las grandes cortinas aterciopeladas. Dentro estaba oscuro y quiso saber dónde se encontraría el interruptor de la luz, si es que ese *edoreas* tenía acceso a la corriente eléctrica. Sin embargo, sus ojos se adaptaron rápidamente a la penumbra y descubrió que una luz blanquecina bañaba el interior. ¿Era la luna?

La habitación era esta vez cuadrangular y en la izquierda había una cama ancha con una colcha revuelta y un juego de cojines igual de alborotados. Pudo distinguir en el lado opuesto un armario, sobre el cual había recostados un paraguas, unos esquíes, una tabla de surf, ¿una caña de pescar? Brie frunció el ceño. También había un florete colgado al lado de una especie de catana enfundada. Junto a ellos, se encontraba además un sombrero de copa que pendía de la pared. ¿Algo más? ¿Una cabeza de búfalo disecada para que completase el bizarro escenario?

Cuando quiso darse cuenta, se había internado lo suficiente para percatarse de que también había un óculo en lo alto, la única ventana posible. Al posar sus ojos en él se topó con una luna ilusoria rodeada de sus hermanas las estrellas. Increíble. El día y la noche en un mismo *edoreas.*

—Es mejor que permanezca a oscuras. Aquí arriba hay más desorden del deseado.

La voz de Aidan no la sorprendió, pero sí la puso nerviosa. Al darse la vuelta casi se tropezó con él y pegó un traspié. Reconoció al segundo su cabellera rubia que brillaba bajo los rayos lunares. Su rostro por el contrario se debatía entre las luces y sombras, blancas y azules, grises y negras. A ella se le formó un nudo en la garganta. Solo recordaba un momento en el que los dos habían estado casi a oscuras. Cuando habían sido compañeros durante la excursión al Museo de

Bellas Artes de Boston. En aquella situación ella le aborrecía y él se hacía más simpático de lo normal. Ahora todo había cambiado.

—Guardas muchas cosas —comentó ella.

—Gajes de vivir eternamente. Aunque intento quedarme solo con lo prescindible.

—¿Una caña de pescar?

—Es tremendamente útil. O lo era antes de que existieran los supermercados.

Brie se rio.

—Bueno, solo un rápido vistazo.

Ella no le entendió, pero entonces él chasqueó los dedos y la noche se convirtió en día. Soltó un suspiro de exclamación. Ahora la luna redonda era un sol radiante que iluminaba toda la habitación. Se percató de que, en efecto, Aidan tenía una catana japonesa, pero además advirtió que había un planisferio colgado de la pared y tenía un montón de dardos de colores situados en ciudades y puntos diferentes del mundo.

—Sí, son los sitios en los que he estado.

—Son muchísimos.

—Todavía me quedan algunos lugares por explorar.

Después sus ojos se toparon con una gran sierra de leñador en una de las esquinas. Miró consternada a Aidan en busca de explicaciones.

—No preguntes.

Sin embargo, algo llamó su atención por encima de todo. Un instrumento de oro, también relegado a un plano secundario. Era un arpa. Abrió la boca sorprendida.

—¿Tú…?

—Otro regalo de los ángeles. Todo ángel debe tener dones espirituales, Brianna.

—Toca una canción —le rogó.

—Está desafinada —explicó él dándole evasivas.

—Mentiroso. Nada se estropea dentro de los *edoreas.*

Aidan refunfuñó, Brianna entendía demasiado bien sobre el tema. Maldito bocazas de Marxias.

—No.

Chasqueó los dedos y el arpa dorada pasó a ser una sombra más en la penumbra nocturna.

—Ya has visto suficiente.

Brie intentó chasquear los dedos para recuperar el día, pero no surtió efecto. Sus dedos al tercer chasquido ya no creaban ruido, sino que deslizaban agotados y resignados. Aidan se reía de ella.

—A ti no te obedece, porque no eres su dueña.

—Pero tú sí me obedecerás a mí. Eres mi ángel de la guarda. Yo soy tu dueña.

Aidan se rio más fuerte.

—Eso tampoco funciona así.

Brie se cruzó de brazos.

—Anda, toca una canción, por favor.

—Eres muy pesada, ¿lo sabías?

—Cito tus palabras de esta mañana: «Fascinarte con mi magia y mis dones sin necesidad de ocultártelos». «Dones» —enfatizó con una sonrisa, aunque no estaba segura de si él había captado el gesto bajo las sombras.

—¿Siempre te sales con la tuya? —gruñó él, consciente de que aquel último argumento era lo

suficientemente sólido. Después percibió la sonrisa de ella y soltó un suspiro exasperado—: Espérame abajo.

Ella le obedeció. Se marchó hacia la luz y bajó por el otro tramo de escaleras contrario hasta llegar cerca del diván. Se sentó en él y esperó, impaciente, mientras observaba el arcoíris que se formaba en el suelo de grandes losas de mármol que creaba un patrón como el de un reloj de bandas claras y oscuras que surgían desde el centro, donde había una estrella del norte inscrita en un círculo y perfilada por una línea dorada.

Entonces comenzó a sonar. Una melodía en cuerda, más irrisoria que una guitarra y menos melancólica que un violín. La conjunción de las notas le recordaba inevitablemente a la música renacentista que había escuchado en las películas históricas. Aidan tocaba desde el piso superior, envuelto en las tinieblas nocturnas, y, aun así, no parecía confundirse ni de cuerda ni de nota.

Era una melodía venerable y digna. Cerró los ojos y, sin quererlo, se transportó al pasado. En su cabeza aparecieron imágenes vívidas. Vestidos, lazos, brocados, moviéndose, bailando, chocando unos con otros. Risas juguetonas, naipes deslizándose sobre una mesa, el tintineo de las copas de vino, el fulgor de los candelabros sobre el pan de oro de los muebles. Sin previo aviso, la escena acabó por distorsionarse por otra completamente diferente. Un camino de tierra húmeda, flanqueado por grandes árboles, arbustos de hojas vistosas y flores silvestres. Sintió como si sus pies corriesen deslizándose por el embarrado, persiguiendo algo o alguien hasta escurrirse y terminar en la tierra rodeada de helechos. Desde allí, el bosque era hermoso y sincero. Los silbidos de los pájaros se confundían con las notas del harpa y, por un segundo, solo fue capaz de distinguir el nítido sol de mediodía que se abría paso entre las ramas.

La melodía cambió. Se volvió más fría, más tensa. Y con ella, las imágenes en su cabeza se transformaron en lúgubres y grises. Impetuosas tormentas, dedos temblorosos, el olor a madera mojada, los golpes sobre la mesa para amasar el pan, la textura plácida de la harina, el pequeño destello del fuego en la chimenea. La puerta se abrió ensordecedoramente y un soplido de lluvia y aire le revolvió los cabellos. Escuchó entonces voces. En francés. Discutiendo. Un portazo. Y después, solo el silbido del viento colándose por las ranuras de las ventanas cerradas.

Las notas volvieron a cambiar, adquiriendo un ritmo paulatino. Una por una, como hilos que componen un tejido.

Una brisa acariciaba sus flores favoritas. Claveles. Había también malvasías, peonías, rosas. El agua fluía con dulce sonoridad y creaba pequeños remolinos que bailaban siguiendo el borde de piedra de un estanque y chocándose con las hojas y pétalos hundidos. No lejos de allí, un soplo primaveral pasaba una página tras otra de uno de sus libros, abierto en par en par. Al mismo tiempo, una risa familiar se dejaba escuchar. Todo era calma y una inquietud moderada. Era, sin duda, la mejor imagen de todas. Donde era feliz.

Pero la tinta. La tinta empezó a cubrirlo todo. Cada recuerdo. Cada momento. Cada sensación. El negro se apoderó de sus pensamientos, igual que la noche lo había hecho del día dentro del *edoreas*, solo que esta vez parecía de manera inconsciente. ¿O era al contrario? La melodía continuaba alegre y atinada, sin coincidir con su desasosiego. La oscuridad se convirtió en sinónimo de incomprensión.

Nunca había vivido o visto nada de eso. No durante su vida. Sin embargo, sin pretenderlo, lo había experimentado. La música había resucitado una parte… No. Muchas partes de ella misma. «¿Qué has hecho, Aidan? ¿Es culpa tuya? ¿Es una cosa mágica del harpa que te hace imaginar cosas sin sentido?».

Dejó de sonar. Por unos minutos. Largos, tendidos, tediosos minutos. Pero esperó.

—¿Brianna? ¿Estás bien? ¿Te ha gustado?

Él estaba cerca de ella. Su voz le era cercana, demasiado cercana. Abrió los ojos. Le brillaban como si Aidan fuese una vela que se reflejaba doblemente en ellos. A él se le inundó el pecho, incapaz de sostener la mirada.

—¿Qué… qué pasa? —le preguntó en un titubeo.

—Nada —mintió.

Las palabras de Marxias resonaron en su cabeza. «El alma es inmortal y nunca muere, pero se reencarna: o bien cuando va al cielo, cuando se transforma en ángel, o… la tercera posibilidad, cuando se queda en la tierra».

Entonces, algo hizo clic dentro de ella.

Episodio XVIII

Para ganarse las alas, antes debía purificarse del todo, por lo que tuvo que volver a beber de la fuente dorada. Esto le permitió, para fortuna o desventura, ver pasar toda su vida como Nastagio de los Grivaldi.

Se vio a sí mismo creciendo en Florencia con su tutor Girondino, con sus diversos maestros, viajando a Bolonia para estudiar en la universidad, conociendo a su querido y amado Piero, discutiendo una y otra vez con su padre, conquistando y encandilando a toda una serie de muchachas florentinas o extranjeras. Y entonces, cuando justo iba a conocer a Giovanna, el recuerdo se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Eso es mejor para la próxima sesión —le respondió Anael.

—¿Has visto todo?

El sabio asintió.

—Tu reputación te precede.

—No he sido ningún santo. No sé si soy del todo digno para ser Eros.

—Nadie es del todo digno más que el Uno.

Después de varias jornadas regresaron a la fuente. Se veía preparado, o eso creía.

Cuando comenzaron aquellos recuerdos se sintió plenamente feliz, pero al mismo tiempo terriblemente desdichado. Revivió el momento en el que recibió la primera carta, así como la primera que, ofendido, le había escrito. Pero también cuando fue a la guerra contra Pisa y cómo regresó victorioso, aún con el amargo silencio de sus letras. Recordó el apabullante momento de sentirse enamorado y el día que Piero le confirmó que Vulcana era la menor de las Rimini. Ese día que fue al encuentro de la muchacha equivocada en la *piazza della Signoria* y todas las desgracias posteriores.

No quería seguir viéndolo. No quería seguir siendo partícipe de su miseria.

Pero aquello no paró. Hasta que se vio a sí mismo al borde del campanario de Florencia. Y después, todo se oscureció. Era el fin. Su último aliento.

Abrió los ojos. Y exhaló.

Estaba tirado en aquel suelo marmóreo. Temblando.

La piadosa mano de Anael se posó sobre su hombro en señal de fortaleza.

—Lo siento, pero era necesario.

Él apretó los dientes.

—Es hora de un baño —anunció el sabio.

Después le sumergieron en la fuente dorada una y otra vez, durante jornadas y jornadas. Los baños, aunque eran gratificantes, también le despertaban el dolor interno del limbo y a cada jornada se hacía más difícil sumergirse. Su cuerpo pesaba. Sus pensamientos le raspaban en lo

más hondo. Y los recuerdos. Aquellos eran lo peor. Se revivían una y otra vez. Hasta que comprendió qué había hecho mal y qué podía haber hecho mejor.

Era una purificación. Una purga de su alma. ¿Serían como los baños a las afueras de Captisme?

—Ya estás preparado —dictó Anael tras el centésimo baño—. Ahora te verán los ángeles.

Nastagio, casi sin aliento, sonrió. Pero la promesa del sabio no se cumplió hasta después de muchas tediosas jornadas, hasta que por fin los ángeles, ocupados en otros quehaceres, acudieron a la llamada.

En la comuna había una gran sala, la más importante, donde muchos, antes que él, habían tomado sus alas. Incluso algunos errantes se habían llegado a convertir en erotes, esos pequeños angelitos que trabajaban para los sabios en la comuna de los cielos. Un errante solo podía aspirar a ser ángel menor, pues solo aquellos que accedían al cielo podían convertirse en un rango superior.

Le habían explicado cuál era la posición de Eros. De las más bajas, teniendo que vivir en la tierra, en compañía de los custodios y los ángeles desertores. Pero aquello no le importaba a Nastagio. Cualquier cosa era mejor que Vigardy, que la carbonera, que estar en una lista infinita a la espera eterna para entrar en el paraíso.

Aquel camino, aunque sería difícil, se presentaba mucho más tentador. Además, iba a ser ángel.

El salón de la comuna estaba cubierto por un techo ovalado muy alto, pintado con frescos de los más bellos colores. El suelo y sus paredes soltaban un resplandor poco inusual en el limbo, como si se tratase de un lugar sagrado. Había una plataforma al final de la sala con tres tronos de mármol labrados en el muro. En el centro había instalada una lustrosa pero seca fuente.

Anael, junto al resto de los sabios, condujo a Nastagio hasta más allá de la pila, justo en frente de los tronos, y le pidió que guardase silencio.

No tardó en aparecer un resplandor que llenó todo el salón. Comenzaron a materializarse los ángeles y se reagruparon a ambos lados, posiblemente eran de rangos menores, algunos custodios y otros, en menor número, de la Tercera Orden. Finalmente, se encarnaron tres, lo más importantes. Nastagio enseguida reconoció al arcángel Uriel, quien muchas jornadas atrás le había rescatado del limbo.

El arcángel les dedicó una sonrisa que habría quitado el aliento a una nación entera.

—Bienvenidos, hermanos. Como bien sabéis, soy el arcángel Uriel y estos son Gemaniel y Domil, de la Tercera Orden —se dirigió a sus compañeros que le colindaban, los mismos que le habían acompañado por el mercado cuando se encontró con Nastagio.

Gemaniel se situó en el trono de la derecha. Tenía unos largos cabellos trenzados casi blancos y una mandíbula y pómulos afilados. Sus ojos negros demostraban una calma y esmeros meditados. Domil tenía una corona de rizos oscuros y sendas pestañas que enmarcaban sus ojos verdes. Con una gracia celestial, tomó el trono de la izquierda. Mientras que Uriel, presidiendo el encuentro, se sentó en el centro, acorde con su rango como arcángel.

Nastagio se percató de otro detalle: en una de las esquinas había un ángel menor dispuesto con pluma y pergamino, por lo que sería el cronista durante la ceremonia.

—Habéis sido llamados para ser testigos del nacimiento de un nuevo hermano. Un errante, que, a partir de ahora, algún día alcanzará el cielo.

Los ángeles asintieron casi reverencialmente.

—Acércate, Nastagio de los Grivaldi.

Este miró a su mentor, quien le animaba a seguir las indicaciones del arcángel. Nastagio se aproximó al pedestal que conducía a los tronos. Uriel se levantó y descendió peldaño por peldaño hasta que alcanzó el último de todos. Nastagio se arrodilló en señal de respeto diciendo:

—Su gracia.

Uriel le tomó delicadamente de la barbilla, obligando a mirarle. Su belleza era tan abrumadora que a Nastagio le costaba respirar.

—¿Eres consciente del regalo que se te va a otorgar?

—Sí, su gracia —respondió automáticamente.

Le soltó la barbilla y después posó su mano sobre su cabeza. Nastagio se sobrecogió. Como si le hubiese tocado el mismísimo Dios. Su cuerpo vibró. Fue incluso más efectivo que ninguno de los muchos baños que había tomado en la fuente dorada. Era la limpieza definitiva. Como si alguien le hubiese elegido para ese momento. Y él solo tenía que decir que sí.

—¿Conoces el contrato? —preguntó el arcángel.

—Sí, su gracia.

Durante su preparación se había aprendido todas las cláusulas del acuerdo para convertirse en ángel, entra las cuales había una serie de reglas importantes: no desvelar su identidad angelical, no implicarse con otros seres humanos que no estuviesen en su lista, no interferir en el mundo terrenal más que lo necesario. Y estaba de acuerdo con cada una de ellas.

—¿Juras cumplir tu deber justa y diligentemente?

—Juro.

Su cuerpo volvió a vibrar. La mano de Uriel seguía sobre su cabeza.

—¿Juras servir al cielo y al Uno?

—Juro.

Otra sacudida.

—¿Juras no implicarte con el Desterrado?

Aquel era el sobrenombre que utilizaban los ángeles para referirse a Lucifer y a todos sus seguidores.

—Juro.

Tembló con mayor intensidad.

—¿Juras llevar tu luz allá a donde vayas?

—Juro.

Le soltó y casi fue a parar al suelo por la conmoción, pero Anael lo sostuvo a tiempo. Aparecieron entonces dos ángeles, uno a su derecha con una pluma y otro a la izquierda con el pergamino del contrato. Le tendieron el instrumento afilado con el que debía realizarse un corte en el dedo índice, igual que había hecho la última vez para firmar aquel estúpido y errado contrato con la puerta de Vigardy. Nastagio firmó con su sangre y el pergamino emitió un destello hasta desaparecer.

Uriel posó su mano en su frente y proclamó en alto:

—Sea pues. Yo, el arcángel Uriel, te concedo tus alas por el ministerio que se me ha otorgado, en nombre del Uno.

—Sea —respondieron todos al unísono.

Y el agua de la fuente comenzó a brotar.

Le tomaron por ambos brazos conduciéndole al último y definitivo baño. Nastagio, desorientado, se dejó llevar hasta la fuente. El agua ya no era negra, ni dorada, era de un color indescriptible, parecido a la plata fundida con oro rosado y otro tipo de asombrosas aleaciones.

Enseguida comprendió lo que era. Anael le había hablado de la sangre de los ángeles.

La ambrosía.

El jugo de los inmortales.

El deseo ferviente de los hombres.

La esencia más pura de los tres mundos.

Le tendieron un cuenco de plata para que lo bebiese. Y así hizo. Comenzó a desprenderse de su alma mortal. Su cuerpo se llenó en cuestión se segundos, volviendo borroso todo su exterior. Quemaba y helaba al mismo tiempo. Pero limpiaba, una y otra vez. Cada mancha, error o imperfección que había cometido quedaba exculpada.

Le sumergieron.

Y la sensación se multiplicó por cincuenta.

Estaba muriendo por segunda vez.

Estaba muriendo para volver a nacer.

Le sacaron de la fuente, lo limpiaron y cubrieron con una túnica. Lo dejaron en el centro de la sala, a ojos de todos. Y entonces… comenzaron a crecer.

Su espalda entera zumbaba como una colmena de abejas. Sus músculos repiqueteaban. Algo acababa de despertarse dentro de él y quería salir. Necesitaba salir.

Intentó gritar, pero sus cuerdas vocales no pronunciaban sonido alguno. Inhaló entre dientes todo el aire posible y comenzaron las convulsiones. Para no perder el equilibrio y acopiar fuerzas, extendió los brazos contra el suelo. Y luchó.

Primero una, la derecha, se escapó de su espalda en una gratificante sensación. La segunda tardó un poco más, pero en cuanto se desplegó y se enderezó junto a su compañera se oyó una sonora palmada que golpeó todo el salón.

Un resplandor cegador y, después…, los colores regresaron.

Sus alas se extendieron gloriosas apuntando con sus extremos el techo. Ahora estaba erguido de rodillas, con el rostro de frente a los ángeles.

—Nastagio de los Grivaldi nos ha dejado —anunció Uriel—. Un hermano nuevo ha nacido en su lugar.

Todos se arrodillaron. Uriel sonrió diciendo:

—Bienvenido seas, Eros.

Capítulo 25

No vio a Aidan hasta el lunes. El sábado se quedaron durante horas atrapados en el espacio-tiempo del *edoreas* y al regresar a Avonshire ya era de noche. El domingo Brianna tuvo que quedarse en casa, pues unos amigos de sus padres fueron a comer. Y por la tarde acabó ayudando a Jane con un examen que tenía de Historia para el día siguiente.

Como siempre, se encontraron en el cruce de caminos. Él advirtió que Brie estaba muy seria desde que había tocado el arpa para ella. Algo había cambiado y no sabía si quería saberlo o no. Pero temía que aquello empeorase su relación, ya que había mejorado notablemente durante los últimos días. ¿Sería simple timidez? ¿Acaso ahora él le gustaba y por eso no sabía cómo actuar como había hecho antes? Ojalá fuese eso. Era una de las mejores noticias. Significaba que pronto Brianna Laidhart dejaría de *necesitarle* y él se marcharía para siempre de la tierra, como se le había prometido.

Le preguntó cómo había ido el resto del fin de semana, a lo que ella respondió con un encogimiento de hombros. Eso no le gustó. Le hizo dudar sobre si en verdad ella actuaba solo por vergüenza o por el contrario se mostraba indiferente y reacia hacia su persona.

¿Había hecho bien en tocar el harpa? No era un instrumento cualquiera. Para los seres supraterrenales, escucharla significaba conectar con el cielo directamente. Pero para los mortales… No había tenido la oportunidad de tocar antes para ninguno, solo para Brianna. Y, sin embargo, había llegado a sus oídos que la música de los ángeles podía despertar *cosas* en los humanos que iban más allá de lo terrenal. Podían enloquecer aún más las mentes turbadas, como el caso del emperador Nerón, quien se hizo en su poder con un instrumento angelical, la lira. Y, embriagado por su melodía, se atrevió con sus dedos mortales a tocarla, mientras la bella y mítica ciudad de Roma ardía a sus espaldas.

Otros solían perderse en lo hondo de su conciencia, la única parte espiritual de su ser, y nunca volvían a salir de allí. Por eso solía estar prohibido que escuchasen los sonidos supraterrenales, demasiado perfectos para sus oídos mundanos.

Quizás la música angelical se podía comparar con el canto de las sirenas. Hermoso y encantador al principio, pero temible y letal al final. De forma que había decidido tocar una canción corta y no demasiado compleja solo para satisfacer a Brianna. Y ahora se arrepentía de sus acciones. Marxias le habría echado una buena reprimenda por su falta de juicio y deseos de complacencia. No había mirado por la seguridad de Brianna, sino que había confiado en que a ella no le ocurriría nada.

«Necio».

—¿Estás bien? —insistió mientras esperaban al profesor de Matemáticas.

—Sí, todo bien.

—Te noto algo extraña. ¿Estás enfadada conmigo?

Brie negó con la cabeza.

—¿Después toca lenguaje musical? —preguntó ella cambiando de tema.

—Sí. Yo tengo laboratorio.

Ella asintió y comenzó a garabatear en su cuaderno, sin prestarle más atención. Aidan se enfadó. ¿Qué demonios le pasaba? «Maldita sea, Brianna, qué difícil eres».

Su bolígrafo se movía veloz de un lado a otro sin dibujar nada con sentido. Él comenzó a impacientarse. No entendía nada. Y ella no parecía dispuesta a colaborar.

—Para ya —soltó con rudeza.

Su mano se posó sobre la de ella y el bolígrafo se inclinó contra la hoja de su cuaderno. Brie le miró sin ninguna emoción en su rostro, solo desconcierto.

—Lo siento —dijo al tiempo que retiraba su mano y la devolvía a su mesa vergonzosamente.

Brie esperó unos segundos, sin decir ni hacer absolutamente nada. Después, el profesor entró por fin en el aula y no le volvió a dirigir la palabra hasta que se desviaron para ir cada uno a sus respectivas clases.

—Nos vemos luego.

—Sí —respondió Brie por lo bajo.

Él sonrió, desanimado, y se marchó por el pasillo contrario. Brie esperó a perderle de vista y, entonces, sin que nadie la viese, se metió dentro del baño de chicas. Se encerró en uno de los compartimentos y esperó sentada sobre la tapa del retrete a que sonase el segundo timbre que anunciaba el comienzo de clase. Era el único momento que podía escapar. Precisamente para hacer una visita secreta a Marxias.

Salió del baño y, asomándose por la rendija inferior de cada servicio, se aseguró de que no había nadie más con ella. Después, se arrimó la mochila al hombro y sacó la llave Ghala que le había regalado el niño-ángel. Nunca la había usado antes, pero ya había visto cómo se utilizaba. Así que fingió que abría una cerradura imaginaria en la puerta del único servicio averiado, donde nadie entraba. El resplandor dorado le advirtió que estaba funcionando y después solo tuvo que abrir el compartimento. Al otro lado, estaba el salón principal de Avonshire. Bingo.

Solo disponía de una hora. Antes de que Aidan notase su ausencia en la siguiente clase.

Se internó dentro y enseguida descubrió que había entrado por una de las puertas adyacentes del salón. Se atrevió a dejarla entreabierta por una fina rendija. Puede que el portal no durase más que unos minutos, pero Marxias le había explicado el sábado, cuando volvió al camino del lago a través de la llave Ghala, que si dejaba la entrada algo abierta siempre se podía regresar por el mismo sitio dándole un periodo más extenso de tiempo al portal. De forma que si quería ir más a menudo a Avonshire era más acertado utilizar una puerta real, donde solo funcionaba ese truco.

Y eso había hecho. Ahora solo tenía que encontrar a Marxias.

—Pero ¿qué demonios y ángeles?

Brie pegó un brinco del susto, todavía con las manos en la puerta. Se dio la vuelta, pillada infraganti. No había sido tan difícil. Marxias había aparecido por la puerta de la cocina con una bandeja de té y ahora la miraba confundido. Al menos no estaba escondido en unos de sus cientos de *edoreas*. Encontrarle sí que habría sido una tarea imposible.

—¿No deberías estar en clase, jovencita? ¿Y dónde está Aidaniel? ¿Has venido tú sola?

—He venido a hablar contigo.

Marxias levantó una ceja.

—Es importante y no tengo mucho tiempo.

Él la invitó a que tomase asiento en el sofá que había delante de ella.

—Te traeré una taza.

—No hace falta. Es mejor que vaya al grano.

—Entiendo.

Marxias se sentó en su habitual butacón al lado de la chimenea. Brie se situó donde él le había dicho con la mochila en los pies y las rodillas muy juntas. No sabía por dónde empezar. Estaba nerviosa.

—¿Y bien? —decía él mientras se inclinaba para servirse una taza de té recién hecho.

—Es sobre eso que dijiste el otro día. Sobre las reencarnaciones.

—Ah —soltó él haciéndose el sorprendido—. Así que te interesa el tema.

Debía tener cuidado. La última vez, Aidan le había reprendido duramente por desvelarle a Brianna más de lo que debería. Y Marxias había acabado reconociendo sus errores, disculpándose con la idea de que solo quería comprobar hasta donde Brianna era capaz de llegar. Pero, ahora que debía mantenerse callado, sintió la impetuosa necesidad de expresarse y más sobre un tema con el que llevaba trabajando varias semanas. Un tema que Aidan no quería escuchar, ni menos teorizar.

—Pienso que tienes razón en lo que dijiste. Es más, me creo lo que dicen tus libros. Pero ¿cómo puedes saber que una persona es una de esas almas estancadas?

—No puedes. No si no tienes la información de los archivos terrenales.

—¿Qué?

—Los ángeles lo saben todo o casi todo, Brianna. Suelen conocer partes del plan divino. Es más, muchos de ellos lo escriben. Y vosotros los humanos participáis de él.

—¿O sea que nuestra vida es un plan ya premeditado? ¿Qué pasa con la idea del libre albedrío? ¿Es una pantomima?

Marxias se rio.

—No me has entendido bien. Cada alma es libre, en sus decisiones recaen consecuencias. A lo que le sumamos ciertos eventos importantes que forman parte de ese plan divino, que pueden estar ya escritos o se escriben sobre la marcha, todo teniendo en cuenta las decisiones del mortal.

—Entonces, en ese caso, ¿qué es lo que ha hecho el alma para no poder ir al cielo? Tiene que haber un motivo. ¿Cuál es su error? ¿Qué decisión que tomase en el pasado la mantiene condenada?

—Ahí solo puedo contarte mi propia teoría.

—¿No hay nada seguro?

Él negó con la cabeza.

—Bien, pues entonces cuéntamela. Es mejor que nada.

—Coincido —dijo levantando el meñique con elegancia británica mientras pegaba un sorbo a su té. Después lo dejó sobre la mesilla y se limpió con una servilleta—. Ahí va: según he leído, el alma que no va al cielo es porque todavía le queda algo por hacer en la tierra. Esto suele suceder con algunas de las almas estancadas del limbo, los fantasmas, los espíritus. Pero también hay otras almas, que no necesariamente deben vivir entre ambos mundos. Son puras y aspiran al cielo, sin embargo…, todavía queda algo en su vida terrenal que ha quedado incompleto. Y su vida tras vida consiste en llegar a ese *algo* que necesitan desesperadamente. Y cuando lo consigan, sí, efectivamente, podrán marcharse al cielo. En ese sentido, no sé si son más afortunadas o desdichadas que yo. Pero en ellas, al menos, reside algo más de esperanza.

Brie guardó silencio, asimilando aquella brizna de información.

—¿Alguna pregunta más?

—¿Qué puede ser eso que buscan?

—Oh, esa ya es una cuestión difícil, pero tiene que ver con su primera vida.

—Primera vida —repitió en un murmuro.

—Sí, toda alma tiene una primera vida terrenal. Yo también la tuve, Aidan la tuvo…

—Aidan solo tuvo una —concluyó ella.

—Técnicamente, ahora tiene una segunda, solo que no es terrenal, sino que pertenece al plano celestial.

—¡Qué complejo es todo esto! —se quejó ella tirándose del pelo.

—En efecto. Y solo conoces una ínfima parte del universo, Brianna. Si supieras lo que yo sé…

—Marcel —le interrumpió—. ¿Qué ha podido pasar en la primera vida de esa alma reencarnada?

—No lo sé.

—¿Y si…?

Marxias se aproximó hacia ella con la oreja izquierda inclinada para escucharla mejor.

—¿Y si tuviese que encontrarse con alguien?

El niño-ángel la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Con alguien?

—Sí, alguien especial. Alguien de su primera vida. Alguien a quien…

Se hizo el silencio.

—Es una buena teoría. Pero si el alma de ese alguien es de su pasado, al morir, ha debido de irse al cielo o bien al infierno. Y solo podrá encontrarse con ella en esos mundos, de forma que nunca terminará con su cometido y, por ende, jamás saldrá del bucle infinito en el que está sumida.

—Entiendo —respondió ella.

Pero mientras Brie se quedaba ensimismada en la conversación, Marxias comenzaba a hilar toda una serie de acontecimientos y circunstancias en su mente, de las que ella no tenía constancia. Algo se encendió dentro de él sin que lo pretendiese. ¡Pues claro! Tenía que hablar con Aidan, ¡cuánto antes! O quizás, solo para asegurarse, debía visitar a su amigo el sabio Daromieh en la comuna de los cielos. Él le iluminaría y aclararía la nueva y descabellada teoría que se había formado en su mente. Por fin había comenzado a entender el sentido de todo aquello y pronto Aidan también lo entendería.

—Debo irme —anunció él con la mirada perdida—. Tú también deberías.

Brie quiso protestar. Todavía no había conseguido comprender muchas cosas y quería seguir preguntándole a Marxias sobre las reencarnaciones terrenales, pero este se levantó de su asiento y se marchó por el pasillo sin decir nada. Su taza de té se quedó fría y abandonada sobre la mesilla.

Ella recogió su mochila y, justo cuando estaba a punto de regresar al servicio femenino de Osborne, tuvo una idea. Era su única oportunidad para continuar aclarando todo aquello. Solo necesitaba un poco más de información.

Se internó en los largos pasillos de Avonshire, intentando recordar el camino exacto hacia *su* puerta, la de color rosado. No fue fácil y sabía que iba justa de tiempo. Quedaban menos de quince minutos para la siguiente clase. Al confundirse de camino tuvo que retroceder y a la segunda vez acabó encontrando la puerta de Aidan. Y, aunque no disponía de la llave de él, solo le quedaba la esperanza de poder abrirla sin necesidad de ella, como hacía Marxias con el resto de sus *edoreas.*

«Por favor», suplicó.

Después giró el pomo plateado y sonó un clic. Aidan había dejado abierta su habitación. ¿Un descuido? ¿O un golpe del destino? Brie creyó que había sido lo segundo. Volvía a estar bajo el sol ficticio que se filtraba por su óculo de cristal. Todo continuaba tal y como lo recordaba. Puede que incluso algo más recogido que la última vez. No perdió ni un segundo, no quería quedarse atrapada en el espacio-tiempo del *edoreas.*

Fue directamente hacia el único objeto prohibido de la habitación. El delicado mueble de cajones blancos pintados. Primero comenzó inspeccionando los de arriba, donde no encontró más que piedras preciosas, monedas antiguas, permisos de residencia, contratos, certificados falsos. Y fue bajando, cajón por cajón. Hasta que sus dedos se toparon con el mismo tirador que había intentado abrir el sábado, cuando él se lo impidió al momento.

Tuvo miedo. Fuese lo que fuera que albergase dentro, debía de ser más importante que todo lo demás. Sin embargo, tiró de él con delicadeza, evitando mirar. Después abrió los ojos. Un rollo de papel se escondía en el fondo del cajón. Lo sacó con mucho cuidado, estaba roído y desgastado, siendo el primer objeto que encontraba descuidado dentro de un *edoreas,* eso significaba que, antes de haberlo guardado, debía de ser viejo ya de por sí. Una fina tira de seda mantenía todo unido y compacto. Brie tiró de ella lentamente y entonces un montón de hojas se extendieron sobre sus manos, todavía encorvadas por el tiempo.

Eran cartas.

Capítulo 26

Llegó tarde a la siguiente clase. Sumergirse en el *edoreas* le había quitado más tiempo del deseado. Le dijo a Aidan que ese día no se encontraba bien, que no era culpa suya, pero que necesitaba irse a casa. Él insistió en acompañarla, pero ella se lo negó objetando que necesitaba que alguien le pasase los apuntes del resto de asignaturas. Él aceptó, aunque todavía la observaba con desconfianza y preocupación.

Brie se marchó de la escuela a mitad de las lecciones, algo que jamás había hecho antes. Pero no le importaba. Había algo más importante. Algo que escondía dentro de su mochila en el bolsillo interior. Algo tremendamente valioso para Aidan. Y ella había decidido guardarlo directamente en su mochila y volver cuanto antes a la escuela. Sin siquiera echarle un pequeño vistazo, no todavía.

Al llegar a casa, tuvo que esquivar a Cornelia mientras pasaba el aspirador por el salón. Prefería que nadie se enterase de que se había saltado las clases.

Ya en su habitación no aguantó un segundo más y sacó lo que había estado ocultando todo ese tiempo. Una vez en sus manos, volvió a tener miedo. ¿Qué había hecho? Le había robado a Aidan. Su amigo. Su ángel de la guarda. Había traicionado su confianza marchándose a escondidas para hablar con Marxias sobre reencarnaciones terrenales. ¡A sus espaldas! Cuando él se había abierto a ella, le había enseñado sus alas y su mundo. ¿Y qué había hecho ella a cambio? Desconfiar. Como él siempre le echaba en cara. Investigar secretamente sobre él. Robarle. Y ahora tenía esos pedazos de papel entre sus manos, que no le pertenecían, que debían de ser importantes para Aidan. ¿Y si los perdía? ¿Y si él lo descubría? ¿Volvería a confiar en ella? ¿La abandonaría? ¿Podía un ángel de la guarda abandonar a su protegida si esta le traicionaba? La sola idea le revolvió las entrañas. No quería perderle. Nunca. Jamás. En ninguna circunstancia.

Todavía estaba a tiempo. Podía volver a Avonshire, antes de que él terminase las clases. Devolvería el rollo de papel al cajón de donde lo había sacado y todo resuelto. Él no tenía por qué enterarse. Todo podía ser como antes.

¿Antes?

No. Tampoco podía ser como antes. Porque antes… ella no tenía esas visiones. Esas imágenes en su cabeza que aparecían una y otra vez, durante sus sueños, pero también en su vida real. Algo la estaba atormentando. Algo de lo que tenía una vaga idea, por muy descabellada que fuese, pero que comenzaba a cobrar sentido. Una que Marxias se había encargado de alimentar con un poco más de razonamiento que necesitaba.

Pero también había una posibilidad. Podía mirar el contenido de esas cartas, violando la intimidad de Aidan, muy rápidamente, y devolverlas a tiempo. ¿No? De todas formas, estaban ahí, en sus manos. Solo tenía que… mirarlas. Y eso hizo. Enfocó la vista en ellas y tardó muy poco en decepcionarse. No podía entender nada. A parte de la mala condición del papel, la letra

era alargada y apenas legible. Si a eso le añadimos que no era un idioma que ella conociese. Tuvo que leer por encima varias líneas para al final sacar la conclusión de que se parecía al portugués y al español, pero que casi seguro debía de ser italiano. La lengua de la primera vida de Aidan. El florentino del siglo XV. ¿Qué lejano debía de ser al de la *Divina Comedia* de Dante escrito un siglo antes? Pero no podía entender nada, solo se quedaba con algunas palabras sueltas que lograba descifrar.

Fue carta por carta y llegó incluso a sacar algún contenido gracias al traductor, pero nada consistente. Al final las extendió sobre la cama siendo muy cautelosa con cada una. Y descubrió que casi todas parecían escritas por una misma persona: Nastagio de los Grivaldi. Escritas por él.

Pero había dos con una letra diferente, mucho más refinada, quizás incluso más legible. Además, estaban firmadas por «Vulcana». ¿Qué clase de nombre era ese? ¿Era una mujer? ¿Acaso eran cartas de amor? ¿Era Vulcana…?

Y luego aquellas que parecían escritas por Nastagio estaban también firmadas, pero por «Vulcano». ¿Sería una especie de seudónimo? ¿Cuál era el sentido?

Se hizo un hueco sobre la cama y, recostada contra la almohada, se llevó a los ojos esas dos cartas diferentes al resto. En ellas estaba la clave de todo. Trató de leerlas por segunda vez. Una de ellas estaba dedicada a Vulcano. Era la más larga, y decidió concentrarse únicamente en ella. La sostuvo durante minutos en el aire. ¿O fueron horas? El tiempo desapareció igual que si hubiese estado en un *edoreas.*

Y entonces, a la centésima vez, empezó a entender:

A mi querido Vulcano:

Por más que me llaméis Venus, seguiré siendo Vulcana, pues con ese nombre me bauticé la primera vez que os escribí, una vez que jamás olvidaré. Por entonces, señor, yo os odiaba, intensamente, no he de ocultarlo. Herida estaba mi alma, lo demostraban mis palabras, cargadas de resentimiento. Creí que no me responderíais y si lo hacíais sería cargado de orgullo y justificación, como realmente fue. Mas seguisteis insistiendo en escribirme, en conocerme, en sentirme…

No llegó vuestro criado hasta mí, pero sí llegaron vuestras palabras y, desde entonces, no se han ido. Cruzan mi mente, como las mías cruzan la vuestra.

Quiero y debo convencerme de que todo seguirá igual si dejamos de escribirnos y olvidamos lo que estas semanas hemos compartido. Sin embargo, sé que no se puede abrir una puerta cuando tú mismo te has tragado la llave. ¿Me equivoco, señor?

Confieso que tengo miedo, pues pocos confiarían en usted y menos en lo que me escribís, cuando son palabras que no han salido directamente de vuestros labios, menos de vuestros actos. ¿Puedo aferrarme a un trozo de papel siempre que dude de vuestras intenciones? No. Sé que no debería, pero el deber parece difuminarse a medida que os escribo.

Quizás, señor, yo también esté en una jaula, donde no me ha molestado vivir durante toda mi vida. Y ahora, cuando mi sentido del honor me llama a permanecer entre sus barrotes, sin pretenderlo, quiero salir de entre ellos y encerrarme entre los vuestros.

Ya he confesado demasiado. Si vuestro deseo era vengaros de mí por la crudeza con la que os he tratado, os felicito, vengado estáis. Ahora no solo soy una dama sin nombre, ni una consejera, ni menos una Venus. Soy un clavel y vos el agua que lo riega.

Estaréis eufórico por vuestra victoria.

Mis felicitaciones,

Vulcana.

Un clavel. Vulcano. Vulcana. Nastagio. Esas palabras traspasaron su mente como fogonazos. Una por una. Cobrando sentido. Cogió otra carta y también la entendió. El florentino de hacía quinientos años. Sin ni siquiera saber el italiano actual.

Vulcano. Vulcana. Nastagio…

«A veces dos se juntan en un momento muy preciso de sus vidas y se separan cuando deben hacerlo. Todo está escrito y regido por hilos invisibles que ni tú ni yo podemos controlar», le había dicho una vez Aidan. Pero no hacía mucho también le había explicado: «Hay lazos… demasiado fuertes y, casi siempre, indescifrables. En ocasiones, ni siquiera yo o Marxias podemos comprender ciertas cosas. Pienso que, bueno, que hay una conexión entre nosotros dos, quizás porque eres la última de todas y eso te hace más importante en cierta manera».

Campanas. Vulcano. Vulcana. Nastagio. Otra vez. Aidan y ella en la galería, en el salón de té, tirados sobre el suave prado del jardín de Marxias. Sin embargo, esta vez el recuerdo se ensanchó.

«¿Quién eres?».

«Sabes quién soy», respondió.

«¿Y yo?».

«Eres tú», pero ya no estaba respondiendo a su pregunta, ahora hablaba por su propia voluntad.

«Sí, soy yo», le respondía otra voz, una nueva y desconocida hasta entonces.

«Nastagio», le llamó. «Aidan, ¿me oyes? ¿Por qué yo? Yo no soy nadie».

Pero no recibió respuesta, sino que las voces continuaron hablando en su cabeza, sumidas en su propia conversación:

«¿Qué bien puede haber en olvidar una parte de uno mismo?».

«Vos sois vos, Nastagio, y yo soy yo».

«No, tú eres parte de mí, como yo lo soy de ti, para siempre».

Para siempre había dicho. ¿Cuál era el poder de las palabras? ¿Podían perdurar en el tiempo? ¿Volverse reales?

«No soy nadie. No soy nadie. Yo no soy…».

Pero la realidad explotó por sí sola. Nada pudo contenerlo por más tiempo. Lo que habían sido pedazos de algo más grande se habían unido por fin en un *todo*. Lo que vino después fue inevitable. Había habido otras vidas después de la primera: una segunda, una tercera, una cuarta, una quinta, una sexta… Y, en ninguna de ellas, su alma había encontrado lo que buscaba. Había sido una búsqueda tediosa, infructífera y banal. Nada había tenido sentido durante mucho mucho tiempo. Ni siquiera en la vida que la había tocado vivir por entonces. Siempre se había sentido sin un verdadero propósito. ¿Estudiar Historia en una universidad prestigiosa? ¿Ser una entre las muchas otras prioridades de su padre? ¿Que su madre le mostrase que la quería sin tener que recurrir a lo material? ¿Demostrarles a sus compañeros en Osborne y al mundo entero que sí valía? ¿Acaso esas preocupaciones importaban? ¿Acaso alguna vez habían importado?

Ahora ya no. Ya no.

Solo importaba el origen de todo. Y el origen era *él*. Su primera vida había sido también la primera vida de Aidan. Lo sabía. Ahora lo sabía. Todo su dolor, su confusión, sus anhelos tenían un sentido. Ella tenía un sentido de existir.

Y una vez comprendido eso, los recuerdos comenzaron a brotar como agua de un manantial

inagotable. Primero con las vidas más cercanas, pequeños destellos del recorrido de su alma eterna durante casi seiscientos años. Guerras, cambios de régimen, teorías, ideas, sociedades… Nada importaba. Solo eran recuerdos vacíos de vidas vacías. Y en ninguna de ellas había encontrado lo que quería.

«Pobres criaturas, jamás pueden aspirar a la gloria del cielo. Atrapadas en este mundo bicolor eternamente», había explicado Marxias cuando le habló sobre las almas reencarnadas. Y, en efecto, así había sido.

Recordó haber nacido en una buena familia de Florencia. Haber dispuesto de un bello jardín donde nunca faltaban los claveles ni otras muchas comodidades. Había sido una vida pacífica y tranquila, donde todo su mundo como mujer se había centrado en casarse y servir a su marido, igual que como había servido a su padre hasta entonces. Sí, ahora podía verlo con claridad. La primera vez que vio a Nastagio, tan hermoso que hacía sombra al resto de flores de su jardín, ahí había comenzado todo. Un hilo se forjó entonces y todavía continuaba tejido a ella, a él, a su mera existencia.

«Quizás en otra vida podamos estar juntos», le había prometido ella.

«En cualquiera que venga, yo os seguiré amando, Giovanna de los Rimini».

Giovanna. Sí, ese era su primer nombre. Ella era Giovanna… Giovanna de los Rimini. La misma muchacha melancólica del retrato que habían contemplado juntos en el Museo de Bellas Artes de Boston. Pera también Vulcana. Y ella, y solo ella, era quien había escrito esas dos cartas. Cartas a su único amor. Por el cual se había quedado en la tierra siglo tras siglo, vida tras vida, buscándole, esperando el momento en el que pudiesen estar juntos, tal y como se habían prometido siglos atrás.

«Si existe otra vida, Giovanna, nos encontraremos y entonces te entregarás a mí y solo a mí. Promételo».

«Sí, así será».

¿Qué extraña fuerza o poder habían tenido sus palabras hacía seis siglos? ¿Podían ser ellas también eternas? ¿Podían crear un vínculo inquebrantable? ¿O acaso aquel vínculo se había creado mucho antes? Como le había dicho Marxias: «Las decisiones que se toman siempre traen sus respectivas consecuencias. Siendo libres para elegir, elijamos bien».

Y, hacía casi seiscientos años, ella le había elegido a él, y él la había elegido a ella.

Capítulo 27

El reencuentro

Pasaron las horas, una tras otra y tras otra, así hasta que se hizo de noche y Cornelia llamó a su puerta para que bajase a cenar con su familia. Pero ella se limitó a decir que no se encontraba bien y que no la esperasen. Nadie volvió a llamar a su puerta después. Y lo agradeció. Necesitaba toda la paz del mundo para reordenar los nuevos descubrimientos sobre sí misma. Sobre su alma. Sobre sus vidas anteriores a la suya. Sobre la primera de todas. Sobre Aidan.

Ahora entendía, aunque no del todo, por qué cuando estaban juntos todo parecía familiar, ameno, plácido y embriagador. Como si dos fragmentos de universo que se conocían el uno al otro hubiesen estado separados casi una eternidad. Y ahora ansiaban volver a unirse, reestableciendo el orden natural que los había unido en primera instancia.

Nastagio Grivaldi le había dado su corazón hacía más de cinco siglos, a través de esas cartas. Él las había escrito para ella y, al recordarlo, sabía cuál era su contenido sin necesidad de leerlas. Como también sabía que la última vez que le había visto con vida había sido a las afueras de Florencia, en las ruinas de una iglesia. Después había venido la catástrofe. Y entonces habían sonado las campanas del campanario, anunciando el final de Nastagio Grivaldi como humano. Esas campanas… Recordaba haberlas escuchado desde su habitación. Alguien había muerto. En su pecho se había abierto, casi al instante, un agujero oscuro, fruto de un presentimiento, así como una culpabilidad con la que tendría que cargar durante el resto de su corta vida. Lo que vino más tarde tampoco fue de su agrado. Todo el sufrimiento dentro de ese matrimonio no deseado que acabó con su prematura muerte. Y ahí se terminaron los recuerdos como Giovanna de los Rimini.

La pregunta era ¿qué quedaba de ese Nastagio en el Aidan ángel y semihumano? ¿Aún se acordaba de Giovanna? Todavía conservaba las cartas. Eso tenía que significar algo.

Pero también había otra cuestión. ¿Por qué él se había convertido en ángel en vez de ser un alma reencarnada como lo era ella? ¿*Su* ángel de la guarda? Eso ya no tenía sentido. ¿Él sabía quién era ella y la había buscado por el mundo entero hasta encontrarla? ¿Acaso le había intentado ocultar su verdadero ser? ¿Creía que ella jamás podría recordarlo?

Aquella pasada tarde en la galería de Marxias, cuando afloraron los recuerdos, él parecía tan sorprendido como ella. Pero lo había explicado al día siguiente como un vínculo entre ángel de la guarda y humana, sonando realmente convincente. ¿Y si le había mentido? ¿O decía la verdad y no sabía verdaderamente cómo explicar lo que había ocurrido?

Tenía que hablar con él. Cuánto antes. Si no lo sabía, debía saberlo. Y si lo sabía, debía darle explicaciones.

Quedaba una última cuestión. ¿Qué era lo que ella sentía por él? Ella, Brianna Laidhart, una chica cualquiera que estudiaba como si le dependiese la vida de ello, no tenía amigos, pocos propósitos y nada que aportar. Solo era… ella. Pero si pensaba en él, el humano o el ángel, se le

llenaba el pecho de algo más que de aire, y el mundo, por unos segundos, se veía desde más arriba. Igual que cuando voló suspendida por sus alas por el valle de Deerwoods. La sensación que la embargaba era grande y conmovedora. Nada podía controlarla. Ni siquiera ella misma o lo que quedaba de su razón.

Eso era lo que sentía, además de su angustiosa ausencia y la creciente necesidad de su presencia. Cuando se reencontrasen, con la conciencia de quienes eran, todo volvería a encajar y a cobrar sentido. Y lo que se había quedado incompleto hacía casi seiscientos años se uniría de nuevo, calmando el dolor y el desasosiego. ¿Era así de sencillo? No. Debía de haber algo más.

Cuando comprendió que debía encontrarse con él, ya eran más de las siete de la mañana y había amanecido. Se había pasado horas y horas con la mirada puesta en el techo de su habitación. Recordando. Pensando. Realizando preguntas retóricas. Analizando aquel descubrimiento que acababa de cambiar su vida para siempre.

Podía crear un portal para ir a Avonshire, pero también sabía que quedaba poco para que Aidan la esperase como siempre, en el cruce de caminos. Si conseguía contenerse unos minutos más, allí se encontrarían. ¿Podía esperar? Sí, podía hacerlo. Había esperado siglos. Unos minutos más no eran nada comparado con la eternidad que habían estado separados.

Aunque continuaba vestida con el uniforme del día anterior, decidió darse una ducha para despejarse. El agua calmó el nerviosismo que la recorría. Se sentía como si tuviese un examen importantísimo cuyo resultado dependiese de ella. ¿Qué pasaría? ¿Aprobaría el examen? ¿Sería rechazada? ¿Aidan le contaría la verdad? ¿Le diría que se había vuelto loca? Que él no era Nastagio de los Grivaldi y que ella… no era nadie.

Se quedó paralizada bajo el agua caliente. El miedo se había apoderado de ella. Pero al mismo tiempo sabía que no habían esperado seiscientos años para que ahora no fuese capaz de demostrar algo de valor por su parte. Si aquello era una segunda oportunidad para completar el pasado, ¿cómo podía ella quedarse al umbral de la salvación por miedo al rechazo?

Salió de la ducha respirando con dificultad, pero intentando calmar todos los pensamientos negativos que la envenenaban. Se lo debía. A él, por no haber podido estar a su lado debido a sus decisiones precipitadas: como casarse con otro. Y a ella también, se lo debía a sí misma y al resto de sus infelices vidas pasadas. Porque ella también debía ir al cielo, cerrando el ciclo infinito para siempre. Y Marxias le había explicado que solo había una forma.

Después de secarse superficialmente el pelo para no resfriarse, se vistió con el otro uniforme de repuesto que Cornelia le había planchado y metido en el armario. Iba a bajar a desayunar, o al menos a intentar llevarse algo a la boca, cuando se percató de todas las cartas de su cama. No podían quedarse allí. ¿Y si se estropeaban por no estar bajo el escudo protector del *edoreas*? Jamás se lo perdonaría si las perdía. Eran las cosas más preciadas que había tenido en sus manos, por no ser solo fragmentos de ella, sino también del Aidan del pasado. Era todo lo que quedaba de ellos, a parte de los recuerdos.

Las volvió a envolver en un rollo, menos compacto que el que había encontrado, pero en cierta manera eficiente. Luego se puso el abrigo y lo guardó en el bolsillo derecho junto a la llave Ghala. Los dos objetos importantes que no podía perder.

Se marchó al piso de abajo y, al llegar a la cocina, robó una manzana que se comió a mordiscos sin suficiente paciencia como para ponerse a pelarla.

—Ayer no bajaste a cenar —le dijo Jane mientras se echaba más cereales de colores en su bol.

Brie la miró al segundo. Jane. ¡Cómo la quería! Ser un alma reencarnada no significaba que su vida actual no tuviese importancia. Su hermana era una de las pocas personas que ocupaba un

hueco importante en su corazón, si contaba además a sus padres, aunque a veces se mostrase algo reticente a demostrarles cariño. Se preguntó entonces, ¿había tenido más hermanas y hermanos? No lograba recordar todavía todos los detalles de sus vidas pasadas.

—No me sentía bien. —Tampoco era una mentira.

—¿Estás mejor ahora?

Brie asintió masticando su manzana. Jane sonrió tímidamente y Brie no tardó en devolverle la sonrisa. «Te quiero, Jane».

—Tengo que irme.

Jane frunció las cejas, últimamente no pasaban mucho tiempo juntas y la echaba de menos.

—Luego nos vemos. Tengo que ir a clase y tú también.

Jane quiso gritarle que no llevaba la mochila, pero Brianna había tirado lo que quedaba de su manzana y ya se había marchado por la puerta del salón que daba al jardín. Tomó su bicicleta voladora y salió disparada hacia su caminito de tierra.

Ya quedaba menos. Es más, no quedaba nada de tiempo. Cuestión de segundos. ¿Estaría él esperándola o ella llegaría antes de tiempo y le tendría que esperar a él? ¿Y si no aparecía? Tendría que recurrir a la llave Ghala.

«Cálmate, cálmate», se obligó a sí misma.

El caminito comenzó a descender. Era el momento.

«Calma, calma».

Las ruedas repiquetearon con los baches del suelo y, entonces, ella levantó la mirada. Él estaba allí, apoyado contra el árbol. Al escucharla, giró el rostro y se miraron a los ojos.

Brie saltó de la bicicleta y la tiró contra el linde del camino.

«Calma, calma».

Quiso acercarse despacio, guardar cierta distancia, pero algo en su interior la empujó a continuar y sus piernas corrieron por ella. Sin pretenderlo, acabó por estrellarse contra su pecho.

Por fin.

Él no tuvo más remedio que acogerla entre sus brazos, completamente confundido. Brie volvió a respirar con normalidad. El vaso acababa de llenarse por primera vez en siglos. Ese era su lugar. Todo tenía sentido. El miedo, las inseguridades y el dolor se desvanecieron. Solo hubo paz y sosiego. Ese era el orden. Y acababa de reestablecerlo.

—Brianna —dijo él, con notas de incomprensión en la voz—. ¿Qué te ocurre?

No fue capaz de responder. No todavía, necesitaba un minuto más entre sus brazos. Sin embargo, el vaso se desbordó, pues nunca había estado tan lleno. Las lágrimas inundaron sus sienes y entonces él empezó a preocuparse.

—¿Te han hecho daño? ¿Es culpa mía?

La despegó de su cuerpo para mirarla a la cara. Brie trató de enjugarse las lágrimas, pero eran demasiadas y salían por doquier. No había forma de controlarlas.

—No… —dijo con dificultad—. Nadie me ha herido.

—¿Qué te pasa? Ayer estabas…

Guardaron silencio y sus ojos se encontraron, continuando la conversación en silencio.

«Lo sé todo, Aidan».

«¿Qué te ocurre?».

—Tú lo sabes —le dijo ella en voz alta—. Debes de saberlo.

—¿El qué? —preguntó él, asustado y plagado de desconcierto—. ¿Qué debo de saber?

—Sabes quién soy, bueno —corrigió—, quién era.

—¿Qué?

—Y yo sé quién eres. Lo sé *todo*.

—¿Todo?

Aidan dejó de mirarla y se apartó de ella, con el pecho subiendo y bajando sin parar.

—Ayer lo descubrí.

Sacó de su bolsillo el rollo compuesto por las cartas. *Sus* cartas. Aidan enseguida lo reconoció entre sus manos.

—¡¿Qué haces con eso?!

—Ayer las cogí de tu habitación.

—¿Que has hecho qué?

—No son solo tuyas, también me pertenecen a mí.

—¿Qué? —La voz de Aidan sonó fragmentada.

—Es lo que intento decirte —soltó ella en un sollozo—. Es solo que es muy difícil.

—No. Para. Para —le pidió él llevándose las manos a la cabeza.

—Nastagio, por favor.

—¡¿Cómo me has llamado?!

Él la miraba horrorizado, como si hubiese visto algo espantoso. Brie, entonces, comenzó a temblar, no había imaginado tal reacción por parte de él. Quizás se había equivocado al soltar todo de golpe. Era demasiado.

—Aidan —rectificó.

—No es verdad. Estás mintiendo —le decía murmurando para sí, como intentando convencerse de sus propias palabras—. Marxias te ha confundido, te ha contado cosas…

—Sí —concordó ella—. Me ha contado cosas, pero muy poco. Casi todo lo he recordado yo.

—No es posible. No funciona así. No es posible.

Era como si él ya no hablase con ella, sino que mantenía una conversación con su conciencia en un mundo donde esta le ganaba la batalla.

—Escúchame solo un segundo, Nas… Aidan.

—No, no… puedo. Para. ¡Para! —le ordenó con la mano en alto para alejarla de él.

—Por favor. —Se le quebró la voz—. Necesito que me escuches. Necesito que me expliques. ¿Por qué eres un ángel, Aidan? ¿Tú sabes quién soy? ¿Lo has sabido todo este tiempo? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no es así. Yo no te he buscado. Tú has aparecido. Tú eres…

—¿Quién soy? ¿No se supone que eres mi ángel de la guarda? ¿Por eso estamos juntos? ¿Por eso nos hemos reencontrado?

—No soy tu ángel de la guarda, Brianna —soltó él con más frialdad de la deseada.

Ella guardó silencio, pero después declaró:

—Lo suponía.

—Solo soy una pieza más dentro de tu plan divino. No soy nadie para ti y cuando termine mi cometido no lo seré jamás.

—¿Tu cometido? ¿Qué cometido?

—No… no puedo explicártelo.

—Pero…

—No sabes nada, Brianna. No sé qué te ha contado Marxias, pero es mentira.

—¿Cómo puedes decir eso? —Su voz calló una octava hacia abajo. Ahora sí temió por sí misma, por su corazón—. Después de todo este tiempo. De todo lo que he esperado… Hemos

esperado. No importa si no quieres aceptarlo, pero yo sí lo haré. Porque lo recuerdo todo. Cada palabra que te he escrito. —Le mostró de nuevo las cartas—. Y cada una que tú me has escrito. Pero más. Recuerdo mucho más. Cuando te conocí por primera vez, que no fue en esa estúpida escuela. Recuerdo todo lo mucho que te he querido. Y también cuando me besaste aquella tarde en las ruinas. El amargo dolor de tu muerte y la mía propia.

—Por favor —le suplicó él—. Deja de hablar.

—No. No puedo callarme por más tiempo. La espera… no puede dilatarse más.

Aidan negó con la cabeza.

—No puedes negarlo. Yo no lo he hecho. Porque todo tiene más sentido si lo acepto. Si acepto que es verdad.

Él no respondió, estaba demasiado aturdido como para hacerlo.

—Así que esto es así. ¿Necesitas más tiempo para asimilarlo? ¿No has tenido suficiente con cinco siglos? Para mí ha sido más que suficiente. Mi alma está cansada, Aidan. ¿Acaso no lo está la tuya? ¿Acaso te has olvidado…? —«De mí», concluyó en silencio.

Pero él continuó callado, sin decir absolutamente nada. Brie soltó un gemido. Era demasiado doloroso. Al menos se había preparado medianamente aquella mañana, cuando sopesaba sobre su posible reacción.

—Está bien —asumió—. Me voy a ver a Marxias ahora mismo. Parece que es el único que puede ayudarme. Él sí me dará respuestas y me explicará todo.

Se frotó por debajo de la nariz con el dorso de la mano y tragó saliva. Después pasó por su lado y se dirigió hacia el gran árbol que había a sus espaldas, aquel donde él solía apoyarse para esperarla todas las mañanas. En aquel momento era perfecto para abrir un portal. Guardó el rollo de cartas en su bolsillo y sacó en su lugar la llave Ghala. Fue a crear la cerradura invisible cuando sintió un contacto en su espalda.

Él la estaba abrazando, de forma que impedía que diese un paso más. Se quedaron así durante poco más de diez segundos, hasta que él dijo al fin en su oído:

—Lo siento.

Brie suspiró.

—Es que… tengo tanto miedo —confesó él en un lamento.

—Yo también. Me muero de miedo, Aidan.

Se encogió entre sus brazos e inspiró con fuerza. Parecía que por fin ambos se habían calmado.

—Es solo que, que no puedo creerlo —continuó él—. Es demasiado difícil. No parece posible.

—Pero lo es. Antes de ti, yo no creía en ángeles, el cielo, el infierno, en nada de eso. Y, sin embargo, es real. Como esto. —Le tomó una de las manos que la abrazaban—. Esto también es real.

—Eso es lo que no entiendo.

Se soltaron y ella se giró para volverle a mirar a los ojos, solo que los de él todavía observaban al suelo, ocultos por algunos de sus mechones rubios.

—¿Y crees que yo también lo entiendo? Aunque tengo algunas teorías. Marxias las esclareció ayer cuando fui a verle durante las clases.

—¿Que has hecho qué?

—Necesitaba saber qué estaba pasando y tú solo me soltabas cosas como vínculos entre ángeles de la guarda y humanas que además decías no entender. Como comprenderás, aquella información no me parecía demasiado fiable, no desde que hace unos días empecé a recordar.

—¿Recordar?

—Sí. Todo. O, bueno, casi todo. Al principio eras solo tú.

—¿Yo?

—El tú humano. Nastagio. Primero aparecías en mis sueños, pero luego pasaste a un plano consciente, donde estaba despierta. Ocurrió sobre todo cuando te tomaste el té.

—Así que fue eso lo que pasó…

—Comencé a verte. En la galería, también en mis sueños. Cada vez con más nitidez. Y cuando tocaste el arpa… No sé cómo explicarlo, pero algo se despertó dentro de mí. Una revelación. Un sentido. Entonces, leí las cartas y todo explotó. Absolutamente todo. Aidan, tienes que creerme.

—Te creo —reveló, aunque un nudo se formaba en su garganta—. Con esfuerzo, pero quiero creerte, aunque…

—Aunque suene imposible.

Él asintió. Brie apretó los labios para no llorar por segunda vez. Se sorbió la nariz y se enderezó.

—Ha ocurrido tan rápido, Aidan. Pero he empezado a recordar. Recordarlo todo o casi todo. ¿Sabías que he tenido otras vidas antes de *esa*?

—No, no lo supe hasta que Marxias me habló sobre las almas reencarnadas.

—¿El otro día?

Aidan negó con la cabeza y evitó mirarla, como si se sintiese avergonzado.

—¡Lo sabías! —soltó sorprendida—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué te has comportado así si ya lo sabías?

—¡Porque no lo quería creer! —se defendió alzando la voz y dándole la espalda—. ¿Crees que ha sido fácil para mí? ¿Tener que estar a tu lado y preguntarme todos los días si Anael tiene razón? ¿Si tú eres, en verdad, Giovanna? Cómo iba a poder terminar si tenía que dudar de quién eras en realidad.

—¿Terminar? Todo esto tiene todavía que ver con ir al cielo, ¿verdad?

—Sí —reveló él.

—Pero ahora… —Perdió la voz.

—¿Ahora?

Aidan se dirigió a ella, aunque todavía sin atreverse a mirarla.

—Nos hemos reencontrado —concluyó ella.

Algo golpeó el pecho de él, haciéndole estremecerse.

—Te he encontrado —continuó ella—. Y tú a mí. Por primera vez en casi seiscientos años, ¿me equivoco? No sé qué demonios has estado haciendo todo ese tiempo, pero mientras tú cenabas con Luis XV y jugabas a los naipes con Napoleón, yo he estado atrapada aquí, en la tierra, en mi mortalidad. Una y otra vez. Y te diré una cosa, recuerdo muy poco del resto de mis vidas, pero tengo una pequeña noción de que no he sido feliz. En ninguna de ellas. Y ¿sabes por qué?

Él no la miró.

—¿Sabes por qué? —repitió a punto de llorar—. Porque tú no estabas. Me has faltado todo este tiempo, todos estos siglos, mi alma estaba buscando algo. Te estaba buscando a ti.

Aidan miraba hacia algún punto en la lejanía del bosque, como sopesando las palabras de ella.

—Ahora lo entiendo. Creo que eso explica por qué yo no puedo ir al cielo. Y quizás, también, el por qué tú…

—Brianna, yo me suicidé —soltó bruscamente.

—Lo sé.

—No puedes ir al cielo si te quitas la vida.

—Ah. Eso no lo sabía —reconoció con sorpresa—. Entonces…

—Entonces, se me dio una segunda oportunidad. —Ahora el tono de su voz era mucho más serio y ella se preparó para lo que venía a continuación—: Una sola. Para enmendar el error.

—¿Cómo?

—Trabajar para los ángeles. Pero no como un ángel de la guarda, eso era solo una tapadera.

—¿Y qué eres?

—«Ladrón de corazones» —respondió riendo con tristeza, después se mordió el labio, como temiendo hablar de más.

—Aidan, tienes que decírmelo, tengo que entenderlo.

—No te va a gustar.

—No importa. Sea lo que sea, te perdono. No importa nada de eso, solo me importas tú y el haberte encontrado.

Él cerró los ojos como si las palabras de ella le acariciasen las partes más hondas e inalcanzables de su alma.

—Ven —la llamó.

Aidan pasó por su lado y caminó unos pasos hasta llegar al borde del lago. Recostó el antebrazo en la corteza de una haya que se erguía a su izquierda. Brie le siguió y si situó a su lado, de brazos cruzados y con la mirada puesta en los remolinos de agua que se dirigían hacia la presa del lago.

—Brianna, yo…

«Dilo ya, por favor», le suplicó en silencio.

—Soy un instrumento de tu plan divino.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Pero también lo he sido de otras. Solo que mi cometido no era ser su amigo. Mi cometido ha sido y es enamorar corazones.

Ella frunció el ceño y le miró. Aidan no tuvo más remedio que aclarar:

—Lo sé, puede sonar un poco cursi o incluso estúpido, pero es la verdad. Ellas se enamoran de mí. Puede ser en unos días, semanas o incluso meses, como pasa contigo. Lo cierto es que formáis parte de una lista, un plan. Yo solo os encuentro, cojo vuestros sentimientos, me apropio de ellos y se los doy a otra persona, una persona a la que estáis ligadas por ese plan divino. Ese es mi trabajo. Después os olvidáis de mí, de que me habéis entregado vuestro amor. Yo dejo de existir para vosotras en cuanto lanzo por segunda vez la flecha.

—¿La flecha?

—Sí. Así es como funciona. Primero os enamoráis, después os lanzo una flecha.

Ella se revolvió, confusa.

—Tranquila, sé lo que estás pensando. No hay sangre ni nada de eso, todo ocurre muy rápido, solo perdéis la conciencia. Pero cuando despertáis, vosotras y la otra persona a la que le he lanzado la misma flecha, quedáis ligadas para siempre por un hilo invisible e inquebrantable. No importa a quien conozcáis a partir de entonces ni las relaciones que hayáis tenido o tengáis en el futuro. Solo importa con quién tenéis ese nuevo vínculo.

—¿Y quién es la otra persona?

—No lo sé. La segunda vez que lanzo la flecha es al vacío. Ella vuela y encuentra a la persona indicada. Yo no me quedo mucho más tiempo para comprobar que todo vaya bien, porque confío

en ese vínculo. Y porque mi trabajo termina en ese momento.

—¿Y después qué?

Él le devolvió la mirada.

—Después viene la siguiente.

Un escalofrío recorrió la parte superior de su espalda.

—Eso suena… muy extraño.

—Es como funciona.

Se hizo un pequeño silencio. Brie analizaba la información y, aunque le parecía del todo insólita, también le ayudaba a comprender muchas otras cosas. Como por qué sus atributos angelicales eran flechas doradas, o cosas incluso más profundas como…

—Así que por eso has ido detrás de mí. —Su voz sonó muy frágil, casi dolida—. No porque yo te cayese bien en realidad.

—Brianna, eso no es así. —Trató de sonar tranquilizador, queriendo explicarle todo con algo más de tacto—. Tienes que verlo desde otra perspectiva. Vosotras sois siempre importantes para mí. Sois como… como mis pacientes.

—¿Pacientes? —Sonó consternada.

—Yo estoy dentro de vuestro plan, así que, sí, de una forma u otra influyo, y siempre para bien, en vosotras.

Ella gimió. No le estaba gustando que se refiriese a ella en plural, como si fuera una más entre muchas.

—Ahí afuera hay una persona que te está esperando. —Alzó la barbilla hacia la inmensidad del lago en referencia al resto del mundo—. Aunque no lo sepa todavía. Hay alguien con quien se debe forjar tu hilo invisible. El que yo debo forjar.

—Pero entonces eso significa que tengo que ¿olvidarte? ¿Que tengo que enamorarme de otra persona? ¿Dónde encaja toda esta historia, Aidan? No puede ser cierto eso que dices. ¿Cuál es el sentido de que nos encontremos ahora si tú y yo no podemos…?

—Brianna, no puedo responderte a eso. Lo cierto es que tampoco sé mucho más. Esa es la razón por la que he evitado pensar en que tú fueses un alma reencarnada. ¿De qué iba a servir? De nada. Porque tu destino nunca se cruzará con el mío. Lo siento.

—¿Que lo sientes? —dijo ella debatiéndose entre el enfado y la indignación—. Vaya, yo sí que lo siento. ¿Sabes lo que he tenido que sufrir? ¿Lo que habré sufrido en mis otras vidas? Y todo porque tú hiciste esa promesa.

—¿Qué?

—Ese día que nos vimos en las ruinas, a las afueras de Florencia.

—¿Recuerdas también eso?

—Por supuesto. Es el recuerdo más nítido que tengo —aclaró ella.

—Pero espera, ¿qué promesa?

—¿Tú no te acuerdas?

Ya no estaban mirando al lago, habían abandonado sus puestos y ahora se encontraban cara a cara bajo las ramas del árbol.

—Te dije que te seguiría amando en la próxima vida —respondió él al fin, repasando sus palabras en voz alta.

—Sí, eso dijiste.

—No creí que…

—¿Qué? ¿Que no se cumpliría? ¿Qué podía saber el Aidan humano entonces? No sabía nada

de las almas y de los vínculos, ni de nada. Y te diré una cosa: tiene que haber una equivocación, porque yo no puedo ser una más de ellas. Yo…

Se quedó en silencio, con la mirada perdida.

—¿Brianna?

—Yo soy la última —confirmó en voz alta.

—Sí —lamentó él—. Por si no fuese más complicada la situación.

—¿Solo tengo que enamorarme de ti y entrarás en el cielo?

Él asintió con pesar.

—Y lanzarte la flecha.

—Y la flecha —repitió ella.

Aidan quiso rodearla entre sus brazos de nuevo, pero se contuvo y puso sus manos en puños.

—Quizás no tengas que esperar mucho para que eso ocurra —confesó ella.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú…?

—Pues claro. ¿Creías que porque estoy en una época y cuerpo diferentes algo iba a cambiar dentro de mí? Si yo te amo, todo tiene sentido. Pero, ante todo, estar aquí frente a ti, después de tanto tiempo, sana todos los pedazos rotos que hay dentro de mí. Es como si mi vida tuviese un valor por primera vez en siglos.

—Brianna…

—No importa si tú no lo ves de la misma forma. Si no me correspondes. Porque está claro que yo no soy igualita a Giovanna y no puedo responder como lo haría ella, ni ser lo que ella fue. Pero sí sé que una parte de Giovanna, Giovanna de los Rimini, habita en mí, y lo único que desea con todo su corazón es estar contigo. Solo ese deseo, Aidan, ha pervivido durante casi seiscientos años, cambiando de cuerpo, de época, de país, familia, amigos. Ha pervivido por y para ti. Para encontrarte. Y aquí estamos. —No pudo controlarlas por más tiempo, las lágrimas regresaron a las cuencas de sus ojos—. Aquí estoy. Delante de la parte restante de mi alma, declarando mis sentimientos como nunca creí que haría, bajo unas circunstancias excepcionales, a un ángel, a una versión de alguien que existió en el pasado y que ahora es inmortal. Entendiendo todo y nada a la vez. Pidiendo…

Él tampoco había podido contenerse y había ocupado la pequeña pero palpable distancia entre los dos. Ahora su pecho amortiguaba sus palabras y sus lágrimas. Ella había dejado de hablar. Volvía a estar entre sus brazos y, por unos minutos, podía dejar atrás todo el miedo, la inseguridad y la incomprensión. Su alma podía descansar. Podía recargar fuerzas.

—Chist —la consoló, mientras pasaba una mano por su espalda, acariciando su abrigo. Entonces se percató de algo—. Te has dejado la mochila en casa, ¿ahora cómo vas a ir a clase?

Ella se rio entre sollozos.

—¿Qué importan las clases ahora?

—Bueno, supongo que por un día puedes permitirte hacer novillos.

Ella volvió a reír. Luego su risa se apagó, así como su llanto. Solo quedaba el gratificante gesto de su caricia sobre su espalda. Se recostó contra su pecho y pudo ver por encima de su brazo cómo un hombre se preparaba para pescar al otro lado del lago. Esa cotidianidad la calmó: la hizo ser consciente de donde estaba y de quién era. Habían sido unas horas bastante difíciles de asimilar. Si contaba además todo lo nuevo que acababa de descubrir hacía solo unos minutos.

—¿Y si yo no quiero? —preguntó ella en un susurro.

—¿El qué?

—Enamorarme de otra persona.

—No cambiará nada —declaró él.

—¿Por qué?

—Porque tu plan ya ha sido trazado.

—¿Y tienes que ser tú el verdugo de mi amor?

Él se rio ante tal comparación.

—Sí. Ese es nuestro fatal destino.

Ella se separó de él con algo de brusquedad y le buscó con la mirada.

—¿Y qué pasa con eso del libre albedrío? ¿Mi opinión no cuenta?

—Tienes que confiar en el plan divino, Brianna —se limitó a responder—. Puede que ahora no quieras, pero querrás. Mis flechas son efectivas, créeme, no les importará que me quieras, ni a ellas ni a ellos.

—¿A los ángeles? ¿O debería decir demonios? ¿Qué clase de plan malvado y retorcido es el que han impuesto sobre mí?

—Lo sé, es de muy mal gusto.

—Sí, y que lo digas —corroboró ella con enfado.

—Pero es como funciona. La verdad, si te hubieses enamorado antes de mí, no estaríamos teniendo esta conversación y…

—¿Y todo quedaría arreglado? ¿Tú irías al cielo y yo dejaría de amarte para siempre? ¿Cambiará eso mi situación? ¿Dejaré de reencarnarme?

—¡No lo sé! —confesó él perdiendo la compostura, después se relajó y dijo—: Supongo que ese es el plan.

—Pues ¿a qué estás esperando, Aidan?

Él sostuvo su mirada desafiante. No era ningún farol, ella hablaba en serio.

—¿A qué estás esperando? —repitió—. Ya tienes lo que querías para ir al cielo. ¿Vas a lanzarme esa flecha?

Le propinó un empujón en el pecho y él se balanceó hasta volver a recolocarse.

—Responde, maldita sea, Grivaldi.

—Brianna…

—No, déjate de Brianna. Aquí lo tienes. Tu llave para ir al cielo. Mi deuda queda saldada, ya que fue por mi culpa que acabases suicidándote.

Pero esta vez ella había ido demasiado lejos. Le había herido de verdad.

—¿Qué has dicho?

Por un segundo tuvo miedo y, como respuesta, se quedó en silencio y retrocedió un par de pasos.

—Siento que fuese por mi culpa. Por mi error. Ahora entiendo por qué nos hemos reencontrado. No hay nada romántico detrás. —Suspiró con pesar—. Solo tenías que encontrarme para dejarme ir, para romper el vínculo. Romper tu promesa.

En el rostro de él se formó una mueca de dolor, como si le quemasen las palabras de ella.

—¿Eso crees?

Ella asintió apretando los labios con toda la fuerza posible. No iba a volver a llorar. Tenía que ser más fuerte esta vez. La última vez.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó él con la seriedad dominando su semblante.

—No lo sé. ¿Tú lo quieres?

Brie asumió su silencio como respuesta.

—Bien —dijo ella en un susurro, con el corazón roto y resignado—. Pero antes de que termines con todo esto —recorrió los pasos que los separaban—, concédeme una única cosa. Por favor.

Él no tuvo tiempo para preguntar. Ella se puso de puntillas y le tomó de la nuca. Nunca había besado a nadie. En todo caso, la habían besado a ella. Pero en aquel entonces había sido ella quien había tomado la iniciativa. Sus labios se habían reencontrado con los de él. ¡Y qué hermoso reencuentro!

Lo había hecho no solo porque significase una despedida, sino porque también necesitaba saber qué se sentía al encajar después de tanto tiempo con los fragmentos de su pasado, porque aquella era la primera vez que era consciente de todo y porque ese sería su último beso con la parte restante de su alma.

El resultado no decepcionó. Al menos no a ella. Pues fue mucho mejor. Mejor que cuando él la besó a la salida de la escuela delante de todos. Mejor que cuando la engañó y se besaron en el muelle del lago. Y mejor…, mejor incluso que el primer y único beso que le dio a Nastagio Grivaldi hacía seiscientos años, bajo las ruinas de una iglesia a las afuera de Florencia.

El viento se levantó por el oeste y a ella se le despejó el rostro mientras que el cabello de él se revolvió contra su frente, creándole pequeños cosquilleos. Pero aquello no la hizo parar. Nada podía hacerlo. Ahora era demasiado tarde. Incluso también para él. Sobre todo, cuando Aidan comprendió que no podía contener ni un minuto más sus recuerdos. Que no podía darle la espalda por más tiempo a su pasado. Hacer como si nada hubiese ocurrido. Como si él ya no fuese más Nastagio de los Grivaldi.

Porque se había equivocado.

Se equivocaba, al tomar sus alas, al transformarse en ángel, jamás había muerto con él su parte humana. Al contrario, simplemente se había quedado dormida y ahora Brianna acababa de despertarla.

Capítulo 28

Se soltaron y él apoyó la frente contra la de ella, suspendiendo por unos minutos más el tiempo y la realidad. Y así se quedaron, aliento contra aliento. Si agudizaban un poco más el oído, alcanzaban a distinguir —entre los murmullos de los pájaros, las copas de los árboles y el agua— el rítmico latido del otro. Y el mundo volvía a verse desde arriba, pero ya no necesitaban alas para verlo, sino algo mucho más simple que eso. Algo más humano.

—Maldita sea, Brianna —maldijo él en un susurro—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Pero aquella pregunta fue lanzada al aire, al destino, a los ángeles, a quien fuera que tuviese la respuesta. Al responsable que los había maldecido a estar separados. Porque, si existía…, si existía tenía que responder ante ellos y al menos darles una coherente y necesaria explicación. Sin embargo, a pesar de esa constante incertidumbre, ella sonrió. Porque era feliz. Porque se encontraba entonces entre sus brazos y ahora él la cogía de la nuca y ella le rodeaba a su vez el cuello, como si se perteneciesen el uno al otro.

—Gracias —dijo Brie.

—Gracias a ti —respondió sin levantar la voz, pues la cercanía no lo requería—. Por hacerme recordar.

Él le levantó la barbilla para mirarla a los ojos y ella se conmovió al verse reflejada en ellos. Aidan la estaba mirando igual o con mayor intensidad que cuando estuvieron en el salón de té de Marxias. La única diferencia era que ahora él era consciente de sus acciones y la contemplaba con una absoluta y sincera devoción.

Algo blanco se posó sobre la nariz de ella interrumpiendo aquella intensa mirada. Para su sorpresa, en aquel instante habían comenzado a caer los primeros copos de nieve de la estación. Era una nieve muy fina, casi imperceptible, que se movía al antojo del viento. Al sentirla sobre ellos, miraron hacia el cielo y después bajaron sus rostros reencontrándose con una sonrisa.

—Entonces, ¿vas a…?

Él negó con la cabeza rozando la frente de ella con su cabello.

—Ya no creo que tenga esa fuerza de voluntad. Has acabado con lo que quedaba de ella.

Brie ensanchó su sonrisa.

—Por favor, no lo hagas.

Él la estrechó con fuerza y ella volvió a calmarse. Pasaron un tiempo completamente entrelazados. Mientras el pescador de la otra orilla continuaba esperando a que picasen su anzuelo. Algún que otro corredor matutino pasó por el camino que bordeaba el lago, ignorando el que hubiese una pareja de adolescentes saltándose las clases. Por último, las campanas de la iglesia en el pueblo repiquetearon dando la hora, pero ninguno de los dos se dio por aludido.

Después de un tiempo, por fin se separaron y se sentaron sobre las hojas secas, apoyados contra el árbol y sin soltarse de la mano. Brie recostó su cabeza contra su hombro y él acomodó

su sien sobre la de ella. Había dejado de nevar, pero en el agua todavía quedaban rastros de los finos copos.

—Nunca pensé que algo así le podría pasar a alguien como yo —confesó ella plagada de incredulidad.

—¿Por qué dices eso?

—Es la verdad. Nunca he creído que yo fuese importante, que formarse parte de un estúpido plan divino y que, además…, tú formaras parte del mío.

—Y yo no creí jamás que volvería a estar contigo —reveló él estrechando su mano vigorosamente—. Siempre pensé… No, en realidad me convencí a mí mismo de que estabas en el cielo y que solo allí te encontraría. También ha sido error mío, Brianna. Ha sido por mi culpa que tú hayas continuado aquí en la tierra. Perdóname.

—¿Perdonar el qué? ¿Acaso habría sido feliz en el cielo si tú no estuvieras? Al menos en la tierra he tenido una posibilidad de volver a verte.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No lo sé, Aidan. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Ella le buscó con la mirada.

—No mucho —confirmó—. Ellos terminarán por aparecer si no cumplo mi misión. Está prohibido que yo sienta algo por ti. Significaría perder mi oportunidad para entrar en el cielo. Para siempre.

—¿Y qué pasaría conmigo?

—Encontrarán a otro que termine mi trabajo.

Ella se revolvió contra él, ante tal dolorosa e inconcebible revelación.

—Tranquila —le dijo dulcemente pasando un brazo por su hombro y atrayéndola hacia él, después volvió a entrelazar los dedos de su mano con los de ella—. Encontraremos una solución. O si no…

—¿Si no…?

—Tendremos que luchar —decretó él.

—¿Luchar?

—¿Acaso no merece la pena intentarlo?

—Sí —coincidió ella—. Pero no puedo pedirte que hagas eso. Enfrentarte a ellos. Eso significaría… renunciar al cielo. A todo lo que has tenido que pasar, todas esas chicas, todo el tiempo perdido.

—¿Y qué más da ya, Brianna? ¿Crees que he hecho todo eso por mí mismo? ¿Para salvarme?

—¿Ah, no? —preguntó ella, sorprendida.

Él negó.

—Era la única manera de que nos encontrásemos en el cielo. Era eso o quedarme estancado para siempre en el limbo, sin tener una posibilidad más de volver a verte.

Brie asimiló, reconfortada, aquella confesión. Porque le creía de verdad. Sus palabras no estaban vacías, al contrario, estaban inundadas de sentido. Aidan hablaba en serio y estaba dispuesto a seguir adelante con aquella locura. Por ella. Por los dos. Por quienes fueron una vez hacía ya mucho tiempo. Estaba dispuesto a luchar contra ellos. A renunciar al cielo. A buscar una solución a sus problemas que no tuviese que ver con flechas ni enamoramientos indeseados, ni mucho menos planes divinos.

—¿Y ahora qué? —inquirió ella, mientras observaba cómo el pescador anónimo había conseguido picar algo.

—No lo sé.

—¿Nos dejarán estar juntos? ¿Se apiadarán de nosotros?

—No lo creo.

—Podríamos intentar convencerles.

—Podríamos, pero no puedo asegurarte que funcione. El plan divino está escrito y es irremplazable.

—¿Entonces…?

—Entonces —repitió él—, podemos renunciar al cielo y arder juntos en el infierno.

Brie soltó una carcajada.

—Ya ha sido un infierno cuando no estábamos juntos —declaró ella.

Él sonrió con pesar.

—Sí, sin duda, lo ha sido.

Continuaron en silencio. En momentos como aquellos, aunque Brianna todavía tuviese millones de preguntas, solo quería permanecer callada. La quietud transmitía una paz a sus corazones indescriptible. Dos piezas estaban encajadas la una con la otra, quizás no por mucho tiempo, pero en aquel instante lo estaban. Y solo importaba eso.

Al final se quedó dormida en sus brazos. Había pasado toda la noche en vela. Fue un sueño muy dulce, quizás de los más tranquilos que había tenido. Solo fue interrumpido cuando, al cabo de un par de horas, él se atrevió a decir:

—Brianna, despierta.

Ella entrecerró los ojos, todavía adormecida. Lo primero que vio fue el agua del lago, después un brazo que la rodeaba.

—Siento despertarte. Pero deberíamos ir a hablar con Marxias. Tiene que saberlo, quizás pueda ayudarnos.

Brie apretó su mano con fuerza y asintió. Se dieron unos minutos, en los que al final ella se despertó del todo. Él se reincorporó y después la ayudó a levantarse de un salto.

—Vamos.

Recogieron la bicicleta voladora que Brie había tirado en el linde del camino y decidieron llevársela. Era demasiado valiosa como para dejarla allí abandonada. Después abrieron un portal en un árbol algo más escondido, solo en el caso de que el pescador u otro merodeador continuase a la vista. En menos de un minuto ya estaban en el salón principal de Avonshire y todo era normal, o al menos lo parecía.

—¿Marcel? ¿Amigo mío? —lo llamó Aidan.

Nadie contestó. Le buscaron en la cocina, el comedor, la sala de lectura, su despacho, la biblioteca y también incluso en el famoso huerto *edoreas.* Pero al final decidieron volver al salón antes que inspeccionar en todas las puertas de Avonshire.

—No le veo desde ayer por la mañana —declaró Aidan tomando asiento en el sofá. Ella se situó a su lado y se recostó contra su hombro—. Me dejó una nota diciendo que iba al limbo y que a su vuelta teníamos que hablar de algo importante.

—Quizás él ya lo sepa todo. Ayer, cuando hablamos sobre las almas reencarnadas, parecía algo preocupado por lo que le dije.

—¿Qué le dijiste?

—Que quizás las almas reencarnadas no van al cielo porque tienen todavía un propósito en la tierra. Insinué que podría tratarse de reencontrarse con alguien. En mi caso, contigo. —Le miró.

—Sí, es un tipo listo, debió de comprender todo en ese momento. Pero ¿para qué ir al limbo?

Solo tenía que haber hablado conmigo. Quizás debería ir a buscarle.

Aidan se puso en pie de un salto.

—No —le pidió ella—. Quédate conmigo, él volverá enseguida, estoy segura.

—Brianna, no tardaré nada —dijo él retirando la mano que retenía su brazo.

—Por favor —le rogó—. Siento que, si nos alejamos ahora, podría perderte.

—Eso no pasará —decretó él con su brazo todavía asido al de ella.

—Pero podría.

Aidan acunó su rostro con su mano libre y con el pulgar la acarició algunas de las pecas que decoraban su pómulo derecho. Ella cerró los ojos ante el contacto y se recostó en sus dedos.

—No voy a dejarte.

—Llévame contigo.

—No puedes, es peligroso. Podrías quedarte allí para siempre y morir en la tierra.

—Entonces, no vayas —le suplicó de nuevo.

Él retiró la mano y la pasó por uno de los mechones que la enmarcaban.

—Volveré enseguida —le prometió.

Después se inclinó sobre su frente y la besó. Brie se estremeció ante el contacto y, cuando iba a dar por perdida la batalla, una voz cotidiana retumbó en la estancia:

—Me ausento durante casi un día y me encuentro con esta escena.

Los dos movieron sus cabezas en dirección a la puerta del salón que se usaba como portal. Marxias acababa de regresar y llevaba consigo una carretilla antigua llena de productos que seguramente había adquirido en el Mercado de Todo y Nada. Pero también llevaba contra su pecho un gran libro de color verde botella.

—He tenido algunos asuntos que atender.

—Marcel, ella lo sabe. Todo —se adelantó Aidan.

Marxias le dedicó una mirada curiosa, pero no asombrada.

—Y por lo que parece, tú también, querido amigo —concluyó el niño-ángel.

—¿Sabes algo más que nosotros no sepamos? —le preguntó él.

—Eso depende, ¿qué es lo que sabéis?

Mientras Marxias colocaba algunos alimentos en su cocina abarrotada, Aidan y Brie le contaron todo lo que había ocurrido los pasados días. Los recuerdos de Brianna, las visiones, el efecto del té, el arpa, las cartas… Todo. Marxias no decía nada, simplemente asentía ante la información, como añadiendo más sentido al jeroglífico de su mente. También se interesó ante la escasa pero existente noción sobre las vidas pasadas de Brie. Pero en ningún momento interrumpió ni preguntó como habituaba a hacer. Simplemente analizaba sentado en su butacón y con la mirada perdida, mientras se frotaba su pequeño mentón.

—¿Y bien?

Se despertó del sueño de su conciencia y los miró. Estaban sentados en el sofá esperando una respuesta.

—Es una historia sorprendente, no os voy a mentir. Pero sé que los de arriba no hacen nada al azar. Estaba en el plan que os reencontraseis. Que tú la encontrases a ella. —Miró a Aidan—. Y que ella te recordase para encontrarte a ti. ¿Por qué? El sabio Daromieh no tiene la respuesta. Y si la tiene no ha querido desvelármela. Pero está claro por qué ahora y no antes os habéis encontrado.

—¿Por qué?

—Aidaniel tiene que ir al cielo, pero tú también, Brianna. Y si él no iba al cielo, tú tampoco

tenías la posibilidad de encontrarle, de encontrar al *alguien* que me dijiste ayer, por eso te has reencarnado todo este tiempo. Y cuando le encuentres, como has hecho ahora, podrás, en efecto, romper el círculo. Él no ha podido ir antes porque tenía que terminar su trabajo.

—¿Así que es eso? —inquirió ella—. ¿Tiene que renunciar a mí para que al mismo tiempo yo pueda entrar al cielo cuando sea mi momento?

—Puede que esa sea la única solución.

Brie y Aidan se miraron mutuamente con pesar.

—Si os hubieseis encontrado en otra vida —continuó Marxias—, él habría tenido que seguir su trabajo y, aunque hubieseis intentado estar juntos, tú, Brianna, no eres inmortal como lo es él y habrías muerto antes o después. La mejor forma de verlo es que… tú eres el destino de Aidan y Aidan es tu destino.

—¿Y qué es eso de que tengo que enamorarme de otra persona? —demandó saber ella—. ¿Por qué el resto de chicas también han tenido que hacerlo?

—Porque el amor es una energía poderosa, Brianna —explicó está vez Aidan—. Tan poderosa que a veces tiene que dejarse en manos de los ángeles. Por amor se han comenzado guerras, conquistado imperios, se ha matado, se ha dado vida… Un amor puede alterar los acontecimientos de un momento preciso en la historia. Ahí entro yo o, mejor dicho, lo que represento. Soy un mero instrumento del plan. Tengo una orden, una bastante sencilla, y, al llevarla a cabo, el plan ha seguido el curso correcto. Es lo que he tratado de explicarte antes. No se trata de jugar a crear enamoramientos al azar. Cada amor en el que he participado tiene un sentido dentro del cosmos y ha marcado un antes y después.

—¿Y qué tiene que ver mi enamoramiento? ¿Ir al cielo para que mi alma se salve?

—Sí, puede que solo sea eso —concordó Marxias.

—O puede que no sea así —contradijo Aidan—. Por eso, antes de precipitarnos, debemos estar seguros…

—¿Seguros de que los ángeles no nos quieren juntos? —preguntó Brie.

—Sí, debemos buscar información.

—¿Por qué no hablas con Anael? —sugirió el niño-ángel.

Aidan negó con la cabeza.

—Ya lo hice la última vez y solo me dijo que siguiese con mi cometido. Además, tengo miedo de que si…

—¿Que os separen?

Él asintió.

—Entiendo. De esta forma, tenéis de margen hasta que Brianna se enamore de ti.

Los dos guardaron silencio mientras se miraban el uno al otro.

—Ah —soltó Marxias mirando al suelo —. Eso lo complica todo.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—Poco, unas semanas. Hasta que comiencen a sospechar y envíen a alguien, entonces…, sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

—Sí —afirmó dificultosamente. Brie le miró preocupada.

—Disfrutad hasta que llegue el momento. Puede que la vida os haya quitado la posibilidad de estar juntos antes, pero ahora os ha regalado algunos segundos de su tiempo.

—No entiendo por qué tenemos que ir a clase —reprochaba Brie.

—No puedo creer que Brianna Laidhart no quiera ir a clase. ¿En qué universo paralelo me encuentro?

Ella le miró todavía enfurruñada mientras caminaban en dirección a Osborne.

—¿Acaso no escuchaste a Marxias? No tenemos precisamente todo el tiempo del mundo.

—Brianna, si al final yo…

—No digas eso.

—Pero en el hipotético caso de que yo tuviera que marcharme, tú continuarías siendo humana y tendrías que vivir tu última vida. Así que, dada mi experiencia terrenal, puedo asegurarte que tener estudios te daría oportunidades más provechosas. Además, ¿dónde está tu desgastado discurso de ser la mejor de la clase e ir a una universidad prestigiosa?

Ella resopló.

—Casi seiscientos años de espera y desdicha para gastar mi tiempo contigo metida en ese infierno. ¿Qué dirían mis otras vidas? Seguro que estarían muy decepcionadas.

—Sí, de que echases a perder todo tu expediente académico por un chico.

—Mi alma gemela —corrigió ella.

—Menuda alma gemela sería si dejo que abandones toda tu vida por mí, un poco egoísta, ¿no crees?

—¡Es que no me importa mi vida!

—Pues debería. Puede que ahora solo tengas ojos para mí, pero no descartemos que tu futuro sea con otra persona.

Se quedaron en silencio. Mientras bajaban por la pequeña pendiente hacia el final del camino, Aidan se dio cuenta de la mueca de tristeza de ella y, compadeciéndose, le pasó el brazo por los hombros y la arrimó a su costado. Después la besó en la coronilla y ella sonrió.

—Solo en el hipotético caso —recalcó Brie.

—Sí. —Rio él—. En el hipotético de lo más hipotéticos casos.

Al llegar al aparcamiento de bicicletas, se quedaron escondidos bajo las ramas de los árboles que los circundaban. Delante de ellos se encontraban todos los estudiantes de Osborne que se bajaban de sus coches, fumaban, se saludaban y entraban por la entrada principal para la primera hora. Aunque Brie ya no tenía el miedo habitual de ir a clase, otro tipo de miedo la embargaba.

Le dijo con la mirada: «¿Estás seguro de esto».

—Venga, vamos a divertirnos —se limitó a decir él, con una sonrisa.

La cogió de la mano y tiró de ella. Quedaron expuestos.

Al principio nadie se percató de su presencia, pero después comenzaron a escuchar cuchicheos a su alrededor. Aidan apretó con más fuerza su mano y caminó sin darse por aludido por el aparcamiento, luciendo como un modelo de pasarela plagado de seguridad en sí mismo. Unos metros a su izquierda, Charlotte fruncía el entrecejo y Olivia Lavender, de brazo cruzados, los miraba con su cara de asco habitual. Pero a su derecha, mucho más cerca, Kelly McGuire había explotado su pompa de chicle de la sorpresa y su amiga Tanya se reía nerviosamente a su lado.

Cuando pasaron por la cancela principal, se encontraron con Matt y sus amigos que estaban fumando para reforzar su ridícula posición social dentro de la escuela. Tampoco pasaron desapercibidos para ellos. La colilla del cigarrillo de Peter Byers cayó contra el asfalto. Tanto él como Matt, Fred, incluido Hans, les siguieron asombrados con la mirada.

—Así que ya es oficial —escuchó murmurar a Matt.

Brie miró a Peter por un segundo y, al encontrarse con su mirada, la retiró al segundo, avergonzada. Después vio cómo Aidan se carcajeaba en su interior.

—Te estarás divirtiendo —dijo ella.

—¿Tanto se nota?

Subieron el pequeño tramo de escaleras y entraron en el edificio. Una vez dentro, continuaron cogidos de la mano y la gente se paró a observarles mientras recorrían el pasillo, como dejándoles pasar de manera inconsciente. Incluso un grupo de chicas de un curso inferior comenzaron a murmurar entre risitas sobre la nueva e insólita pareja de la escuela. Tampoco pasó desapercibida alguna que otra mirada recelosa femenina y Brie se limitó a agachar la cabeza y rezar porque llegasen a su aula lo antes posible.

—¡Qué vergüenza me estás haciendo pasar!

—Eres la protagonista del día, disfruta de esa atención.

—¡No! —susurró ella intentando zafarse de su mano, pero él se lo impidió y se la llevó a los labios para propinarle un beso en los nudillos.

—Así está mejor.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Qué particular este cortejo del siglo XXI! —se burló ella.

—Mi cortejo es el mejor que te puedes encontrar en la tierra. Muchas han caído rendidas ante él.

—¡Qué arrogante!

Él se encogió de hombros, evitando una sonrisa. Entraron en clase y solo se soltaron cuando llegaron a sus pupitres separados, pero situados a la misma altura. Sin embargo, cuando Brie hubo sacado sus cosas de su mochila, él posó su mano sobre la que ella tenía encima de su escritorio.

—Aidan —se quejó—. No vas a dejar a nadie…

Alguien se aclaró la garganta frente a ellos. Virginia Ainsworth tenía que pasar por el pasillo que Aidan había cerrado con su brazo para llegar a su pupitre.

«Estupendo», dijo en su interior Brie.

—Disculpad —se manifestó con petulancia.

Pero Aidan no estaba dispuesto a ceder y, con la mirada, le mostró el pasillo contiguo. Sin embargo y para su sorpresa, Virginia no discutió más y con la barbilla en alto bordeó el pupitre de Brie y se marchó de su vista.

—Eso ha sido grosero —le reprendió ella.

—Ellos han sido groseros contigo durante años —se defendió—. Un poco de su propia medicina no les vendrá mal.

Aunque Brie sabía qué él tenía razón, todavía le costaba hacerse a la idea de que se podían invertir los papeles y el acosado se podía volver el acosador. No creía que esa fuese la solución. Pero era cierto que, con moderación, uno podía reclamar un trato más justo y no dejarse amedrentar por nadie.

También pensó en Virginia, aunque no los miraba complacida, tampoco la azotaba con su constante mirada de odio. ¿Tendría algo que ver Anteros, cuando los vio hablando juntos en el pasillo? ¿Ahora se había enamorado de él? Y pensándolo bien, ¿dónde estaba él ahora? Hacía días que no le veía por la escuela. Debía preguntarle a Aidan más sobre él.

La profesora Janice, de Lengua y Literatura, entró en el aula con su «muy buenos días» y entonces Brie se zafó de su amarre dispuesta a atender. Después les comunicó que iban a trabajar por parejas y que juntasen sus mesas con el compañero de su lado derecho. Aidan se alegró por la noticia y ella, aunque no quería reconocerlo, también. Si tenía que ir obligatoriamente a clase,

al menos estaría más cerca de él. Sin embargo, aunque intentó prestar atención, Aidan se pasó toda la hora robando la suya y la del resto del aula, pues se mostraba inusualmente cariñoso con Brianna. La hacía reír murmurando chistes y comentarios en su oreja, le acariciaba el pelo y el antebrazo, y se había acercado tanto a ella que ahora su silla casi ocupaba su mesa.

—Grivaldi, Laidhart —les llamó la profesora—. Limítense a hacer su trabajo y déjense de flirtear delante de sus compañeros.

—Ya era hora —dijo detrás de ellos la voz de Olivia, despertando alguna que otra risa.

Ambos se separaron de inmediato. Brie se ruborizó. Todos los miraban.

—Lo siento —se disculpó Aidan por los dos.

La profesora Janice les instó a que continuasen con su tarea. Y eso hicieron. Aunque esa vez a Brie poco le importó que les hubiesen regañado, estaba demasiado feliz como para preocuparse por la inusual imagen que estaba dando de ella al profesorado.

Terminaron la primera hora algo más separados, pero cuando salieron del aula para ir al laboratorio él la volvió a coger de la mano. Las siguientes horas trascurrieron sin más. Aidan insistió durante el descanso en ir al exterior, pero ella acabó convenciéndole para que dejasen de lado el coqueteo y se replegasen a la discreción de la biblioteca. No obstante, se dedicaron a hablar bajito, acurrucados en los sillones que había apartados en una de las esquinas.

—¿Te has fijado en que Virginia no me ha mirado como siempre? —le susurró—. Sin maldecir mi existencia.

—Oh, sí, una buena noticia.

—No, en serio. Me pregunto…

—¿Sí?

—¿Tiene algo que ver Anteros? ¿Le gustará él ahora? He oído cómo hablaban las chicas sobre él.

Aidan se rio.

—No, no lo creo.

—¿Él es como tú?

—Sí… —Cerró un ojo en una mueca—, pero contrario.

—¿Cómo?

—Es mi antónimo.

—Anteros —murmuró—. Eros.

—Exacto. Mientras yo enamoro corazones, él transmite el efecto contrario.

—¿El qué? ¿Odio?

—Sí, así es. Normalmente se encarga de mujeres que persiguen amores imposibles que las mantienen aprisionadas y que, lamentablemente, nunca serán correspondidas. Él, en realidad, sana corazones, si lo ves desde esa óptica.

—¿Y Virginia…?

—Me equivoqué de chica, como ya te conté en su momento, supongo que ahora lo entenderás mejor.

—Vaya… Y tanto que te equivocaste —resopló Brie—. Pero ¿por qué no se enamoró de otra persona después de que le tirases la flecha? Porque lo hiciste, ¿no?

—Esa es otra diferencia entre Anteros y yo. Mientras que mis flechas no pueden ser lanzadas a alguien que no está en mi lista, Anteros tiene la facultad, o desventura, según como lo mires, de desenamorar a otras personas que no estén necesariamente en su lista.

—Pero ¿por qué?

—La verdad es que no lo sé todavía. Podéis ser cualquiera. Tú, por ejemplo, la vez que se te secuestró. Quiso vengarse de mí haciendo que me aborrecieses y que así yo no pudiese completar mi trabajo.

Brie enseguida recordó cómo había visto a Anteros con una flecha de plata entre las manos.

—¿Cómo le permiten eso? Podía haber hecho que te odiase.

—¿No lo hacías ya?

Ella rodó los ojos.

—No te odiaba…, solo desconfiaba de ti.

—La cuestión es que enamorar se considera una fuerza más poderosa que el efecto contrario. Quizás esa sea la razón por la que estoy expuesto a más restricciones que él.

—Entonces, a ver si he entendido bien. ¿Anteros ha venido a desenamorar a Virginia de ti?

—Bingo.

—¿Y no va a volver?

—*Nop*. Pero no te preocupes, nadie en la escuela, excepto tú, dadas las circunstancias, le recuerda. Ha terminado su trabajo y ahora debe andar en algún lugar del mundo con la siguiente.

Eso de la siguiente no le agradaba nada. Odiaba la normalidad con la que Aidan hablaba del tema, como si fuese un trabajo más.

La gente en la biblioteca había comenzado a recoger sus cosas, por lo que quedaba poco para que se acabase la hora del descanso. Aidan miró su reloj y decretó:

—Mejor si nos vamos yendo.

Ella asintió y se levantaron del sillón. Tomaron sus mochilas y dejaron los libros con los que habían fingido leer en una estantería portátil donde los recogían y recolocaban. Salieron al pasillo en dirección a la taquilla de ella. Una vez allí, Brie sacó su material y cerró la compuerta. Entonces, Aidan la obligó a girarse.

—Pero ¿qué haces?

La había acorralado contra la taquilla y, posando su antebrazo por encima de su cabeza, se inclinó para besarla. Brie abrió los ojos impactada y luchó porque sus manos no le traicionasen tirando al suelo los libros que sostenían.

¿Era su cuarto? ¿Quinto beso? Había perdido la cuenta. Es más, había incluso perdido la razón. Aquel beso sabía igual o mejor que el que se habían dado el día anterior junto al lago. Y se habría quedado así durante mucho más tiempo si no hubiese sonado la campana anunciando el fin del descanso.

Se separaron, retomando el aliento.

Unos sonidos la distrajeron. Miró a su izquierda, Olivia y Charlotte estaban al otro lado del pasillo observándoles con cara de pocos amigos. Detrás de ellas estaba el grupo de Matt y Peter. A Brie se le oscureció el rostro al instante.

—Vas a conseguir que me odien más de lo que ya me odian —le soltó en un murmuró.

—Qué va, solo que te vuelvas incluso más deseable.

—Venga ya —dijo con los ojos en blanco, aunque estaba claramente ruborizada. Le propinó un manotazo para liberarse de su cuerpo y pasó por su lado con la intención de ir hacia el aula que estaba a pocos metros de aquel desagradable grupo de compañeros que todavía los observaban.

Olivia y Charlotte entraron por la puerta ignorándoles, pero cuando Brie y Aidan se dispusieron a hacer lo mismo, Matt les cerró el paso.

—Así qué ¿tú y Grivaldi?

Brie se sorprendió de que Matt le estuviese hablando a ella y no a Aidan.

—Sí —respondió, incómoda.

Por el rabillo del ojo, vio cómo el resto de sus amigos los escrutaban. Todos excepto Peter Byers, que miraba al suelo, desinteresado.

—Enhorabuena, entonces.

—Gracias…

—Trátalo bien —se burló Fred tomando el lado derecho de Matt y haciéndose notar.

—Claro.

¿Qué había sido eso? ¿Había hablado con Matt Sunders y Fred Wells? ¿Qué habían intentado decirle exactamente? ¿Por qué no habían ido directamente a hablar con Aidan? Al menos con él tenían relación.

Se sentó en su pupitre y Aidan, cómo no, en el contiguo a ella. Pero cuando volteó la mirada descubrió que, unos pupitres más allá, Fred estaba mirando a Aidan. No. En realidad, la estaba mirando a ella con una sonrisa. Brie bajó la mirada, incómoda. Después de unos minutos descubrió que él seguía observándola. No pudo controlar su expresión de desconcierto y Aidan se percató. Ella sacudió la cabeza, restándole importancia.

¿Cómo era posible? Nunca había sido el objeto de atención de nadie. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? O es que Aidan tenía razón antes en el pasillo cuando había dicho que se estaba volviendo más… ¿deseable?

Capítulo 29

—¿Y bien? —le preguntó su madre cuando salió de la consulta.

Brie se dio cuenta de su presencia tras unos segundos de desorientación. La sala de espera estaba semivacía y bañada por la típica luz blanquecina artificial. Había sido su clínica dental por más de seis años y todavía le causaba cierto malestar. No le gustaban los médicos, menos los dentistas.

—Dice que acordemos una cita cuando nos venga bien para que me quiten el aparato ortodóntico —respondió mordiéndose el labio.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué noticia! —dijo exaltada dando palmas, después se ajustó el bolso de Louis Vuitton en el hombro y fueron hacia la salida—. No pareces nada emocionada.

Brie la miró. ¿No lo parecía? Llevaba años esperando este momento. Quizás solo se preguntaba si Aidan había tenido algo que ver y si esta vez sí que había utilizado uno de sus milagros. Si de verdad era la hora de quitarse por fin los hierros de la boca, ¿qué sonrisa tendría? ¿Sería más atractiva? ¿Le gustaría a Aidan o preferiría que ella sonriese sin mostrar los dientes?

Mientras se internaban en el Mercedes de su madre, no podía evitar pensar en todas aquellas inseguridades. Ahora que estaban juntos de alguna forma, no sabía cómo actuar de la manera correcta delante de él. Nunca había tenido un novio. Es más, nunca habría pensado que tendría un alma gemela. ¿Le agradaba físicamente a Aidan o el simple hecho de ser el alma reencarnada de su amor verdadero hacía que olvidase sus carencias? ¿Se parecía en algo a Giovanna? Debía preguntárselo. Tenía que asegurarse de qué visión tenía Aidan de ella. De su yo presente.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir?

Brie se despertó de su ensoñación. Su madre conducía tranquilamente por la carretera que conectaba el pueblo vecino hasta Deerwoods.

—No —confesó—. Estaba pensando en el examen de mañana.

—Pues te decía que este fin de semana es Acción de Gracias y quería llamar a tu dentista para que pidamos la cita para el sábado. Así estarás espléndida para el domingo.

«Oh, no». ¿Acción de Gracias era ese fin de semana? Eso significaba que tendría que ir con su familia a la casa de los Byers como todos los años y pasarse el resto del día rodeada de personas frívolas e insulsas y, por tanto, lejos de Aidan.

—Este año sí que viene Peter —dejó caer su madre coquetamente.

Brie no dijo nada. La madre de Peter, Miranda, era amiga de su madre desde que fueron juntas al colegio. Además, se quedaron embarazadas al mismo tiempo, aunque Brie siempre sospechó que Miranda había sido la primera y su madre la había seguido, casi como imitándola. Cuando descubrieron que iban a tener un niño y una niña respectivamente, no tardaron ni un segundo en planificar una posible pareja entre ellos que uniese sus familias. Lo que no sabían entonces era que Peter Byers, con sus increíbles ojos azules, sus habilidades sociales y su afán deportista se

convertiría en el chico más popular de la escuela. Mientras que Brie se volvería introvertida, estudiosa y solitaria durante los años, además de poco atractiva en todos los sentidos.

Al principio se veían casi todos los fines de semana y, en vacaciones, las dos familias se iban juntas. Fueron a esquiar, a la playa, incluso a Disneyland en Florida. Y Brie y Peter en esa época sí que fueron amigos. Es más, Brie recordaba unos muy buenos años de su infancia juntos, cuando Peter todavía no se había convertido en un capullo integral. Llegó incluso a considerarle su mejor amigo. Aunque todo eso no tardó en cambiar. Poco a poco se fueron distanciando. Las familias estaban demasiado ocupadas como para seguir quedando y Peter se cambió de colegio para ir a un internado de chicos en Vermont. Fue entonces cuando pasaron a verse solo en verano y en las vacaciones de invierno. Y cuando decidieron matricular a Peter en el primer curso en la escuela de secundaria de Osborne, retomaron una especie de amistad. Pero Brie comprendió que él había cambiado. Cuando estaban con otros chicos, Peter la ignoraba abiertamente y tampoco la saludaba por los pasillos. Sin embargo, cuando se veían fuera de la escuela, estando completamente solos, volvían a ser amigos. Lo cual la confundía muchísimo.

Algo había cambiado en él desde que se marchó a ese horrible internado. Ya no era *su* Peter. Era otra persona. Lo había descubierto cuando todas las chicas de su clase se habían puesto a hablar de lo guapo que era. Así fue cómo comprendió lo que hasta entonces para ella había pasado desapercibido: Peter ya no tenía la cara de un niño y a cada día iba ganando altura y músculo, así como popularidad.

Y, sin darse cuenta, comenzó a ver a Peter, *su* Peter, desde otra óptica. Como si él le gustase desde siempre. Como si hubiesen sido más que amigos durante todo el tiempo que pasaron juntos. Jugando a que eran astronautas, buceadores, exploradores de la selva, chefs… O bien cuando se quedaban dormidos el uno contra el otro viendo películas de mayores a escondidas. Habían sido inseparables. Al menos durante un tiempo.

Un día, cuando solo tenían trece años, él le dijo que la esperase en el patio exterior después de clase, porque quería hablar con ella. Justo cuando todo el mundo se hubiese ido. Brie se había puesto tan nerviosa. Acaso él… ¿también sentía algo por ella?

—Tenía que decirte una cosa —le había dicho cuando se encontraron. Brie le miró perdiéndose en aquellos ojos azules tan espectaculares.

—Yo también —había dicho ella con más dificultad—. ¿Nos sentamos?

—No. Será breve.

—Peter, yo…

—Brendy —la había llamado él, como solía hacer, pues era el apodo que tenía para ella—, ¿sabes que me gustas?

Sus ojos se habían agrandado. Se quedó sin aliento.

—Tú también me gustas —le confesó ella con inocencia.

Él le había sonreído con su sonrisa perfecta cómo solía hacer y ella le había respondido de la misma manera. Y cuando creyó que no podía ser más feliz, que no podía tener más suerte en la vida porque le gustase a Peter Byers, escuchó una carcajada en el patio, más concretamente detrás de unos arbustos. Unos segundos después, aparecieron los dos mejores amigos de Peter: Matt Sunders y Jack Wellington, un chico hiperactivo y problemático que años después dejaría la escuela por mal comportamiento. A su lado estaba Heidi Dawnford, la chica más guapa de su curso, que también se marcharía al extranjero a estudiar cuando cumpliese quince años. Y no podía faltar entre ellos la versión de una Olivia Lavender menor, con el cabello más rubio, una cara algo más dulce y una actitud menos agresiva. Por aquel entonces, Olivia se dedicaba a ir

siempre detrás de Heidi e imitaba todo lo que esta hacía. Pero cuando Heidi se marchó, Olivia pasó a ocupar su lugar en la escuela.

—Creo que con eso ha valido —se mofó Heidi saltando el arbusto y tomando un lugar de preferencia al lado de Peter.

—Sí, ha sido buenísimo —coincidió Olivia siguiéndola.

—¿Podemos irnos ya? —se quejó Matt.

—Te dije que no se atrevería —le reprendió Jack a Heidi.

—Está claro que yo he ganado.

Brie los observó, extrañada, y luego miró a Peter con el ceño fruncido.

—¿Peter…?

Él le retiró la mirada, sin atreverse a mirarla. No dijo nada y Brie enseguida comprendió lo que había pasado.

Se habían reído de ella. Todo había sido mentira. Seguramente se habían apostado si Peter era capaz de confesarse a ella.

—¿Por qué? —La voz de ella sonó quebrada.

—Oh, por favor, supéralo. —Heidi puso los ojos en blanco—. ¿De verdad creías que le podrías gustar a Peter? Despierta.

—¡Qué ilusa! —soltó Olivia.

Después de aquello, se había marchado corriendo y llorando. Esperando que todo fuese una pesadilla y que *su* Peter, el que ella quería, su amigo, todavía fuese real. Había llegado a su casa con los ojos rojos y, cuando su madre le había preguntado, ella se había encerrado en su habitación, sin bajar a cenar. Se pasó toda la noche llorando y, el resto de la semana, sumida en una honda tristeza. Una sensación de vacío que la recorrería incluso durante meses.

Todavía recordaba el sonido. Ese particular crujido que había sonado en su interior, cuando le habían roto el corazón por primera vez. Cuando había perdido su inocencia. Había descubierto cómo de cruel y perverso podía ser el mundo. Y, sobre todo, había descubierto cuál era su posición en él: una chica común que nunca sería popular o agraciada, al menos no en aquella escuela. Y Peter, él tenía que ocupar un puesto totalmente opuesto que nunca se cruzaría con el suyo. Habían dejado de ser niños. Ahora eran unos completos desconocidos. Y así fue durante los siguientes años; Peter comenzó a salir con Heidi y fueron la pareja más deseada, hasta que ella se fue al extranjero.

Brie y Peter se reencontraron en verano. Pero durante esas vacaciones en la playa él había estado todo el tiempo con su primo Carson y no le había dirigido casi la palabra. Brie tampoco había querido hablar con él. Se había reído de ella. Había traicionado su amistad. No tenía nada que decirle. Al contrario, era él quien debía pedirle perdón, si es que tenía algún tipo de remordimiento.

En Acción de Gracias ocurrió lo mismo. Y durante los últimos dos años Peter se había marchado a esquiar con sus amigos o con sus tíos, sin volver a encontrarse por Acción de Gracias. Lo cual Brie había agradecido. Ya era una comida de por sí incómoda y tediosa como para tener que soportar también la presencia de ese ser desconocido.

Alguna vez había querido ver en Peter algo de aquel niño que conoció. Pero si quedaba al menos una parte de él, se había encargado de ocultarla para siempre.

No volvió a mirarle. Ni siquiera a prestar atención cuando sonaba su nombre en clase. Era como si él hubiese muerto para ella. Igual que ella había muerto para él. Y ahora, después de años, tendrían que volver a verse en Acción de Gracias, justo en uno de los mejores momentos

de su vida. Cuando estaba comenzando a entender la razón de su existir y su alma se había reencontrado con la de Aidan.

—Parece ser que este año no tiene ningún plan que le impida venir —decía su madre todavía al volante.

Brie no dijo nada.

—Quizás sea el momento idóneo para retomar vuestra amistad —sugirió ella—. Ya sabes, poneros al día.

—Mamá, eso no va a pasar —la cortó bruscamente, no quería que se hiciese ilusiones de ningún tipo.

—Es por ese otro chico, ¿verdad?

—Sí —se sorprendió a sí misma ante aquella confesión—. Aidan es mi novio.

¡Qué extraño sonaba decir eso en voz alta!

—¡Vaya! ¿Oficialmente? —inquirió sorprendida, ahora tenía otro argumento más que sacar cuando quedase con sus amigas—. Es muy guapo, eso ya te lo he dicho, aunque también lo es Peter.

—Es mejor que olvides lo de Peter. No hay ningún tipo de relación entre nosotros, ni la habrá.

—¡Pero os llevabais tan bien! —rezongó con aquella voz chirriante que tanto incomodaba a Brie—. Siempre pensamos que acabaríais juntos. Hasta pensamos en comenzar una cuenta bancaria para vuestro futuro. Y Miranda quería cederos la casa que tienen en Manchester.

Brie cerró los ojos asqueada ante una posible imagen de ella y Peter juntos; ella como mujer florero, él heredando la empresa de su padre, un perro y tres niños en su casa de Manchester. En otros tiempos eso era lo que habría anhelado más que nada. Ahora, la realidad la había transformado en una persona que podía aspirar a otro tipo de vida más emocionante y, sobre todo, más realista.

—Es una verdadera pena. Estabais hechos el uno para el otro.

«Eso es mentira», escupió ella en su interior. Aidan estaba hecho para ella, pero eso era algo que su madre jamás podría comprender del todo. Ni ella ni nadie.

—Y ese Aidan —continuó—, ¿estás enamorada?

Brie miró por la ventanilla del coche, estaba volviendo a nevar y en unos días cuajaría completamente.

—Sí.

—Vaya. Así que vas en serio con él.

—Completamente.

No quería seguir hablando del tema. Además, no estaba acostumbrada a tener ese tipo de conversaciones con su madre. Aunque sabía que ella debía de estar disfrutando muchísimo porque por fin tuviese un novio.

—Pues me alegro mucho, sí. Estaba empezando a pensar que quizás no te gustaban los chicos.

—¡Mamá! —clamó—. No es asunto tuyo. Y sí, me gustan los chicos.

—Aidan es guapo. Parece que has heredado mi buen gusto para los hombres. Aunque esperemos que no sea tan terco como tu padre.

Brie puso los ojos en blanco. Ya estaba otra vez abriendo ese cajón de mierda contra su padre.

—¿Y te va a llevar al baile de invierno?

¡El baile de invierno! Se había olvidado completamente de aquel evento que era en dos semanas para conmemorar el fin de las clases y el principio de las vacaciones de Navidad. Sobre todo, porque hacía años que no iba a un baile de la escuela. Y aquel año tampoco sería una

excepción.

—No lo creo —confesó ella—. No nos interesan mucho esas cosas.

—Qué lástima —dijo apenada su madre, pues todos los años insistía en que fuese, para aprovechar la gratificante oportunidad de compararle un vestido, pero además para comentarlo, cómo no, con sus amigas—. Siempre os quedará el baile de graduación.

«No sé si para entonces seguiremos juntos», se respondió a sí misma con pesar y queriendo, ante todo, equivocarse.

Abrió un portal en la puerta del baño de su habitación y la dejó un poco entreabierta como había aprendido a hacer, para así regresar por el mismo camino rápidamente, antes de que la llamasen para ir a cenar.

—¡Aidan! —exclamó al verle sentado en el sillón del salón de Avonshire, esperándola.

Él se levantó con una sonrisa y extendió los brazos. Dos segundos después, Brie se sumió en ellos.

—Siento que ha pasado una eternidad —dijo ella contra su pecho.

—Solo unas horas. ¿Todo bien en el dentista?

—Sí. —Por un segundo dudó en contarle que pronto no utilizaría más el aparato ortodóntico, pero inconscientemente soltó—: Era solo una revisión.

—Bien —respondió él contra su oído.

—¿Qué has estado haciendo?

Se separaron.

—Investigando un poco. Fui al limbo.

—¿Y? ¿Has encontrado algo de interés?

Con pesar, negó con la cabeza.

—Lo siento. Pero seguiré buscando.

Ella frunció los labios.

—Quizás debería ayudarte.

—No, tú no puedes venir conmigo, ya sabes por qué.

—Pero podría… Marxias tiene libros.

—Ya los he leído todos.

—¿Todos? —preguntó sorprendida y decepcionada a la vez.

—Ahora mismo estoy buscando otros en el mercado, aunque no está siendo fácil negociar por ellos.

—Si puedo ayudarte de alguna forma, me lo dirás, ¿no?

Él asintió.

—Por supuesto.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? —puso las manos en jarras.

Aidan sonrió y la tomó de la cintura.

—Ahora, disfrutamos el uno del otro.

Brie se rio dulcemente.

—Tengo una idea —dijo él.

Ella le miró con curiosidad.

—Te va a gustar.

La tomó de la mano y se marcharon de la estancia hacia los pasillos.

—¿Es un *edoreas*?

Aidan sonreía, pero ella no podía verle.

—No seas impaciente.

—¿Y dónde está Marxias?

—Seguramente esté en algún lugar estudiando. Aunque no lo creas, también le interesa nuestra trágica historia y quiere ayudarnos.

—Es todo un detalle —añadió todavía con la imagen de Marxias encerrado en una biblioteca entre hileras de libros.

Torcieron a la izquierda y después a la derecha. Brie pensó que tenía que encontrarse en la primera planta, pero entonces Aidan la sorprendió tomando unas escaleras que iban hacia un piso inferior. Encendió las luces de otro pasillo cubierto por una alfombra de terciopelo rojo y sin ventanas. Caminaron hacia la derecha y después se detuvieron ante una puerta de colores. Brie le miró con el ceño fruncido. Aidan, sonriente, tomó el pomo decorado con pequeños diamantes incrustados. Ella guardó el aliento y observó cómo Aidan abría, en efecto, un *edoreas*. Uno muy particular.

Al otro lado había una habitación muy alargada que parecía no tener fin. Era todo un pasillo abarrotado hasta los topes.

Un vestuario.

—¿Es…?

Él asintió.

No hacía mucho, Aidan le había hablado de un *edoreas* donde Marxias guardaba todos los trajes de una amiga que era coleccionista histórica de moda.

—Es increíble —soltó ella en un suspiro.

Entraron. Primero él y después ella, prestando atención a su alrededor. Había dos hileras infinitas de colgadores. Un centenar de perchas resguardaban un centenar de prendas. Al lado izquierdo estaban los conjuntos de hombre: más neutros, de colores oscuros pero elegantes, aunque había algunas motas de color y bordados dorados más adelante. El de la derecha era el vestuario femenino y aquel sí era una explosión de matices, telas, tejidos, costuras… Y a cada par de metros, se encontraba un pequeño mueble donde había colgados abanicos, bolsos, zapatos y otros accesorios; y en el caso masculino, también zapatos, bastones, guantes, botones, etcétera. En el registro superior había sombreros rocambolescos de todos los tamaños y formas, decorados, lazos, oscuros, altos o pequeños.

Brie pasó una mano por las prendas y cuando había alguna que le causaba impresión la descolgaba para apreciarla con más atención. Descubrió entonces que estaban colocadas cronológicamente. Había pasado por los vaqueros de cintura de los 2000, los estrafalarios años ochenta, los pantalones de campana de los setenta, los llamativos años cincuenta, llegando a los provocativos pero elegantes años veinte.

Tomó un vestido color pistacho de satén rematado en flecos.

—¿Te gusta? —le preguntó Aidan al oído, ella pegó un brinco.

—¿La habitación o el vestido?

—Los dos —matizó él encogiéndose de hombros.

—Entonces, sí a los dos. ¿Podemos…?

—¿Probárnoslos? —terminó él—. Sí, podemos, pero estás tan delgada que tendremos que sujetar todos los vestidos con alfileres.

Brie le pegó un manotazo en el hombro.

—¡Au! —se quejó él.

Ella frunció los labios.

—Era broma. —Levantó los brazos en gesto compasivo—. Te quedarán bien. ¿Quieres probarte ese? Yo me pondré algo muy victoriano —dijo mientras repasaba la hilera de perchas contraria—, siempre me gustó esa época. Ahora ya no queda nada de ese refinamiento distintivo.

—¿Qué tal si escoges algo para mí? Está claro que sabes más del tema.

—Brianna, no vamos a viajar en el tiempo, no tenemos que ir conjuntados cronológicamente. Simplemente, elige algo muy ridículo para que pueda reírme de ti.

Ella levantó la mano para propinarle el segundo manotazo, pero él lo esquivo.

—Ese ha estado cerca.

Brie puso los ojos en blanco y le dio la espalda. No quería nada vistoso, pero tampoco quería escoger algo insulso entre tanta variedad. Reconoció aquella sensación de duda: era la misma que tenía cada vez que abría su armario y tenía que elegir entre toda la ropa que le había comprado su madre. Pero esta vez no iba a perder el tiempo que tenía con Aidan en aquel maravilloso y extraordinario *edoreas*. Quizás fuera su única ocasión para vestirse por completo del pasado. Una historiadora como ella no podía perder aquella oportunidad.

Al final, sus dedos volaron hacia la segunda mitad del siglo XIX: los dos se quedaron a la misma altura. Encontró un vestido azul celeste que tenía unas hombreras muy marcadas, típicas de la época, pero unas mangas largas muy bonitas, ribeteadas en encaje azul oscuro. El cuello alto parecía la copa de una flor de hojas ladeadas que se abrían a un lado y a otro.

—Lo tengo.

Al darse la vuelta se encontró con Aidan, quien también tenía su finalista: un traje burgués para salir por el Londres victoriano. Era de un color azul oscuro profundo con reflejos grisáceos. A ella le gustó incluso sin todavía habérselo visto puesto.

—¿Qué tal un sombrero?

Aidan cogió un gancho alargador que había en la pared y con él alcanzó un sombrero de copa que estaba colgado arriba, de un color que conjuntaba con su traje. Después de tomarlo con la mano, se marchó al lado opuesto y tomó uno de paja con un lazo azul y se lo ofreció a ella. Brie lo aceptó y se lo probó al segundo. Se hizo un lazo demasiado apretado en la barbilla y forcejó al sentirlo incómodo. Aidan se carcajeó.

—Espera un segundo. —Le retiró los dedos y deshizo el nudo de forma que le quedase más suelto—. Así mejor.

Brie, quien había contenido la inspiración debido a su cercanía, sonrió, aunque por fuera se sentía ridícula.

—Supongo que, en algún momento de mi pasado, una de mis reencarnaciones se probó uno de estos y le quedaría mejor que a mí.

—Tonterías, estás adorable. —Le dio una palmada en lo alto y el gorro de verano se le cayó a la altura de los ojos.

—¡Aidan! —rezongó ella.

Pero él solo se reía. Brie levantó un ojo por encima del sombrero y contuvo con algo de esfuerzo su risa.

—Venga, elige otros vestidos más y después vamos a los probadores. ¡No te olvides de los zapatos!

—¿También hay probadores? —preguntó ella mientras veía cómo él se hacía con un par de guantes.

—Por supuesto, pero tranquila, están separados. Hoy no es tu día de suerte para admirar esto. —Señaló el torso de su cuerpo con los guantes.

Brie enrojeció sin quererlo y, para disimularlo, le lanzó una mirada desafiante.

—Muy gracioso.

Él sonreía. Le gustaba atormentarla con aquel tipo de bromas. No porque la hiciesen sentir incomoda, que también, sino porque era su verdadera naturaleza. La del burlón y cautivador Nastagio de los Grivaldi. No solo había conquistado a las mujeres de su época con unos ojos y sonrisa bonitos, también había tenido otro tipo de trucos que lo habían moldeado como seductor. Por lo que no era de extrañarse que estuviese en el ojo de mira para los ángeles para convertirse en el «ladrón de corazones».

Tomaron todo tipo de prendas; entre ellas un barroco vestido versallesco, un jubón renacentista de mangas y pantalones inflados con pedrería y bordados de oro que era idéntico a uno que vestiría Enrique VIII, un kimono del color de los cerezos y bordes oscuros, un conjunto de alpinista del Tirol hecho con piel de ciervo y otras muchas prendas que habían ido seleccionando al azar.

Aidan la condujo hacia lo que parecía el centro del *edoreas.* A ambos lados había dos estancias semicirculares con un bancal para sentarse en el centro y en la curva toda una línea de probadores con cortinas de terciopelo fucsia. Brie se internó en el derecho, correspondiente al lado femenino, y Aidan hizo lo propio en el lado contrario.

Él terminó mucho antes que ella y la esperó en su recibidor, sentado en el bancal.

—¿Cuánto te queda?

—¿Qué haces aquí? —le increpó ella con la voz amortiguada por la cortina.

—Es que tardas una eternidad.

—¡No es tan sencillo ponerse un corsé!

—¿Te ayudo? —se ofreció poniéndose en pie y dirigiéndose hacia el probador tras el cual estaba ella—. Cerraré los ojos.

—¿Cómo vas a hacerlo con los ojos cerrados?

—Siglos de experiencia.

—Ja.

Aidan descorrió la cortina de golpe y ella pegó un grito.

—Pero ¿qué haces?

Se cubrió con los brazos cruzados sobre el pecho

—Date la vuelta.

En efecto, Aidan tenía los ojos cerrados y palmeaba a lo largo del probador para encontrarla. Brie le dio la espalda y él al final la tomó de la cintura. Muy delicadamente, fue encontrando los cierres y en muy pocos minutos le apretó toda la estructura mientras ella contenía la respiración.

—Duele —se quejó.

—Sí, la verdad es que eran una absoluta tortura femenina.

—Una de las muchas. Me duele hasta hablar.

—Pues no hables.

Con sus manos en la cintura la hizo girar y la besó improvisadamente, todavía con los ojos cerrados. Esta vez ella sí que se quedó sin aliento. Quiso tomarle del cuello, pero él se apartó antes de que no pudiesen volver a separarse. Salió del probador y, después de unos segundos para recobrar la orientación, además del aire, terminó de ponerse el vestido celeste.

Se observó en el espejo que había frente a ella; aunque le gustaba el vestido, no le agradaba lo

holgado que caía. Aidan tenía razón: necesitaba un montón de alfileres para que se ajustase a su cuerpo. También reparó en sus labios, que estaban rojos por el fugaz beso que él le había robado. Todavía no se acostumbraba a esa sensación. El río desbordante que discurría dentro ella cuando estaba cerca de él o incluso cuando, al estar separados, pensaba en él.

—¿Brianna?

Ella se asomó vacilante tras la cortina. Aidan agudizó la mirada y se puso en pie.

—Sal del todo.

—Me da vergüenza. Ahora sí que estoy ridícula, te reirás de mí.

—No lo haré.

—Sí lo harás.

—Vamos —la animó él con ternura—. ¿Necesitas que también te ate la parte trasera?

Ella asintió avergonzada. Aidan volvió a su encuentro y esta vez Brie no se mostró pudorosa. Él, desde donde ella había parado de abrocharse por el esfuerzo, fue botón por botón repasando su columna hasta llegar al elegante cuello de época.

—Ya está.

Brie, al darse la vuelta, tuvo que tirar vulgarmente de la larga y abultada cola.

—Qué poca gracia victoriana debo de tener a tus ojos.

—No te imaginas lo mucho que me estoy divirtiendo.

Pero ella ya no escuchó sus palabras. Aidan estaba plantado delante de ella con el conjunto azul oscuro que había elegio anteriormente. Y en efecto, puesto era una cosa completamente diferente. La tela se amoldaba a su cuerpo como si hubiese sido creada solo para él. Pero, ante todo, fue el contraste del tono pálido de su cabello con la opacidad del traje lo que más la impactó. Aidan brillaba como cuando se había vestido con aquel abrigo militar de un color muy parecido. Además, él, a diferencia de ella, sabía cómo moverse y cómo saber estar. Pues aquel ángel que había frente a sus ojos había vivido durante la época de la reina Victoria, cuando había conocido a Marxias.

—Por cómo me miras, creo que he acertado.

—¿Nos probamos otro?

Aidan sonrió.

Después de aquello no volvieron a estar conjuntados. Se vistieron una y otra vez, con zapatos, sombreros y accesorios diversos. Sin embargo, Aidan siempre encontraba un traje extravagante e irrisorio que dejaba escapar alguna risa de ella, sin dejar en ningún momento de lucir apuesto. Plumas aztecas, corpiños atrevidos, armaduras de samurái, cuellos acolchados del siglo XVI, abanicos con pinturas bordadas, collares de tela negra con broches de camafeo labrado…

Entonces, Brie escogió un vestido particular; era del color del trigo y algunos de los hilos del encaje parecían de oro. No fue tan difícil, después de haberse probado tantos otros, el ajustarse la estructura interior. Un escote de un color verdoso pálido cruzaba su pecho. Debajo llevaba unos zapatos del siglo XVIII, pero estaba segura de que el resto del vestido era de una época anterior. Después, para concluir el conjunto, decidió hacerse una trenza con una de las cintas doradas que estaban colgadas entorno al garfio de la percha del vestido. Al trenzarse el cabello recordó, deleitada, aquella familiar sensación. Fue como un *déjà vu*, solo que multiplicado por tres, pues en su cabeza se había instalado la imagen de una sirvienta de nombre Raffaella que le trenzaba el cabello con cintas y joyas, armándole un hermoso peinado recogido. Aunque intentó imitar aquel laborioso tocado, se resignó con una simple trenza de tres enrollada con el lazo dorado.

Cuando salió del vestidor, Aidan estaba en la puerta ajustándose el borde de una camisa blanca

por dentro de unos pantalones marrón oscuro muy ajustados, con una lengüeta con botones a ambos lados de su cadera. Él levantó la mirada y se quedó petrificado al verla.

—¿De qué vas vestido? —le preguntó ella.

Pero él tardó varios segundos en responder, con un nudo en la garganta:

—Pi… pirata.

—¿Te gusta? —Brie se dio una vuelta sobre sí misma, arrastrando la pesada tela, esta vez con algo más de gracia que con el vestido celeste.

Él solo podía asentir. Brie inclinó la cabeza escudriñándole. Aunque la camisa blanca le sentaba increíblemente bien, como casi todo lo que se había probado, no pudo evitar fijarse en el rojo que poblaba su cara. Las mejillas de Aidan habían sido siempre algo rojas en sus pómulos, como efecto de su pálida piel, sin embargo, ahora estaban incendiadas en carmesí. Al parecer, Aidan Grivaldi también podía ruborizarse.

Brie se acercó a él con cautela y este retrocedió inconscientemente.

—¿Estás bien?

Al final logró alcanzarle y le tomó de las manos.

—¿Aidan?

—No es nada. —Le retiró la mirada.

—Ya —dijo ella con suficiencia.

—Es solo… —Tomó una larga pausa—. Te pareces a *ella*, a Giovanna, con ese vestido. Es de su época, de nuestra época.

—Me encanta.

—Y a mí. Era detallado y refinado, pero solo lo suficiente para no resultar cargante. Los cuadros de Boticelli y Ghirlandaio lo retratan muy bien.

—A mí también me gustaría verte de nuestra época —confesó ella.

Aidan levantó un dedo como diciendo: «Dame un segundo». Se marchó hacia el pasillo y, después de tomar una percha, se metió el vestidor masculino. Brie le siguió y le esperó, como había hecho él, sentada en el bancal.

No le tomó mucho tiempo. Salió de entre la cortina con un jubón de terciopelo granate, unos pantalones igual de abultados que sus mangas y unas calzas: una roja y otra amarilla. El cuello era corto y de él surgían tres elegantes pliegues en el centro. En el pecho le caía un medallón aristocrático de cadena dorada.

—El gorro florentino mejor lo dejamos —dijo lanzando un trozo de tela rojo escarlata al interior del probador—. ¿Satisfecha?

Ella le miraba mordiéndose el labio. Había jurado que el Aidan que tenía frente a ella era otra de sus vívidas visiones.

—Hola, Nastagio.

Él rodó los ojos, demostrando cuán incómodo se sentía. Hacía más de quinientos años que no se probaba uno de esos. Y al hacerlo se había sentido como si Nastagio de los Grivaldi hubiese revivido.

—Mejor me cambio.

—¡No!

Se aproximó a su encuentro y posó sus manos en su pecho, repasando los pliegues del jubón, incluida la exuberante joya.

—Entiendo que no sea placentera la sensación.

Él tenía los ojos cerrados y se le tensó la mandíbula al oír sus palabras.

—Pero déjame admirarte un poquito más, por favor.

Brie acarició sus hombros y después pasó sus manos por su cuello hasta la nuca, donde se encontró con los bucles de su pelo. Aidan se estremeció y sus suaves pestañas castañas temblaron. Entonces, las manos de él también se unieron a la acción, repasando el encaje de su vestido, subiendo por su cintura y palpando la trenza de lazo dorado. Jugó a estudiar los pliegues de su pelo y después volvió a bajar sus dedos hasta encajarlos en la parte de sus antebrazos. Brie, que se había recostado contra él, abrió los ojos impactada al notar cómo la levantaba en un salto tomándola por ambos costados. Al sentir sus pies colgando, situó sus manos en sus hombros para no caerse, a pesar de que él la sujetaba con firmeza.

—¡Aidan! Bájame.

Él se reía. Por un segundo había creído que se sostenían por sus alas de ángel. Ahora que comprendía la realidad, fue consciente de cuan decepcionante podía ser.

—No hasta que bailes conmigo.

—¿Bailar? ¿*Break dance* o como en el siglo XV?

Él se carcajeó y después decidió bajarla con cuidado a sus pies.

—Hablo en serio —intentó sonar ofendida—. No sé si puedo realizar muchas piruetas con este vestido.

—La pregunta es: ¿puedes realizarlas *sin* el vestido?

Al final le venció la risa y los dos se carcajearon por unos segundos.

—Ven —dijo tendiéndole una mano—. Sé dónde podemos lucir nuestros pasos de baile.

Brie aceptó su mano, aunque no con la elegancia con la que él se la había ofrecido. Salieron del probador y caminaron hacia la salida.

—¿Y qué pasa con la ropa? ¿Habrá que recogerla?

—¿No sabías eso de los *edoreas*? Se recogen solos. Magia.

—Eso no es cierto —le llevó la contraria, tras unos segundos de duda—. Tu cuarto *edoreas* no sigue esa regla de tres. No estaba lo que se dice *superordenado*.

Él la miró con ojos desafiantes.

—Eres demasiado lista, eso puede suponer un problema para que pueda tomarte el pelo en circunstancias futuras.

—Aidan, tú siempre me tomas el pelo. En circunstancias pasadas, presentes y futuras.

—Esperemos que muchas más futuras —exhortó él.

—Sí —coincidió ella con un rastro de esperanza en la voz—. Muchas más.

Salieron del *edoreas*, dejando atrás una marea de trajes, costuras, zapatos y accesorios, ordenados o desordenados, así también como una nueva promesa. Una de un posible, pero también improbable, futuro juntos.

Capítulo 30

Jane no encontraba el pegamento. Tampoco Cornelia sabía dónde podía estar, ya que no llevaba mucho tiempo trabajando con la familia Laidhart. Su madre no estaba y su padre, como siempre, tampoco. Aunque sabía que Brianna odiaba ser molestada mientras estudiaba, solo le quedaba mirar en su habitación; más concretamente en el cajón de material donde seguro que su hermana tenía una barra de pegamento. Y lo necesitaba. Pues tenía que entregar un trabajo de Ciencias para el día siguiente y ya había realizado todos los recortes y los había dispuesto sobre una cartulina verde. Ahora solo necesitaba pegarlo todo.

Primero llamó a la puerta de Brianna para pedir permiso. Y se quedó a la espera de oír un cansino: «¿Qué quieres, Jane?». Pero nadie dijo nada. ¿Se habría quedado dormida? A veces, cuando estudiaba mucho, se dormía sobre sus apuntes y Jane se colaba en su habitación a escondidas para robarle alguna ropa o joyas. Su hermana dormía tan profundamente que ni siquiera se percataba de su intrusa presencia. Solo cuando se revolvía contra el escritorio, Jane sabía que estaba a punto de despertarse sobresaltada y era entonces cuando salía pitando.

Pero cuando abrió la puerta vio que no había ni rastro de Brianna. Se internó en la habitación yendo directa hacia el cajón del material, a la derecha del escritorio. ¡Y lo encontró! Bingo. Solo rezó porque el pegamento no estuviese del todo seco. Al abrirlo, se le escurrió la tapa y esta rodó por el suelo hasta la puerta del baño. Jane se agachó en su persecución y, cuando la atrapó, levantó la mirada. Una extraña luz dorada se desprendía por la ranura de la puerta y bañaba su ojo izquierdo.

—¡Oh! —soltó asombrada.

Se reincorporó y, algo asustada, pero también fascinada, abrió del todo la puerta del baño. Al otro lado, no estaba el lavabo, ni la ducha, ni tampoco la estantería llena de perfumes. En su lugar había un salón muy grande, con sillones, mesillas, muchos libros en sus estanterías y otros instrumentos.

Jane miró a sus espaldas para cerciorarse de que continuaba en la habitación de Brianna. Detrás de ella estaba la cama, armario y escritorio de su hermana. Pero delante… Delante había otro lugar complemente extraño para ella. ¿Estaría Brianna al otro lado?

Aunque tuvo algo de miedo al principio, también sintió una burbujeante curiosidad por comprender cómo aquello era posible. En su casa no había un salón de aquellas magnitudes, que además contaba con unos ventanales que daban a un jardín igual de desconocido.

Dio un paso al frente e hizo rodar sus ojos por toda la estancia.

—¿Brie?

Pero nadie contestó y se encogió de hombros. Ya la encontraría, tarde o temprano.

Una vez dentro, comenzó a curiosear, como tanto le gustaba hacer. Fue pasando la mano por todo lo que encontraba; los tejidos de los sillones, la estatua delicada de un Mercurio de

sandalias aladas, un pequeño telescopio en la ventana tras el cual asomó un ojo y revisó el jardín ruinoso que había al otro lado, intentando reconocerlo. También jugó a girar un globo terráqueo gigante que había en una esquina e intentó fútilmente leer algunas de sus inscripciones en latín.

Sus pasos la guiaron hacia la habitación contigua, que no era más que otra extensión del salón; más concretamente un comedor muy espacioso con muchas sillas y pulcramente recogido. Pasó sus curiosos dedos por la caoba de las monturas de los asientos, subiendo y bajando por sus intricados respaldos.

Cuando terminó con aquella estancia pasó a la siguiente, a lo que parecía una sala de lectura con un conjunto de sillones de color verde claro, muy bajitos. Se sentó en uno de ellos, parecía estar hecho para una niña, idóneo para su altura. Se levantó de un salto y reparó en el clavicordio que había al final de la habitación. Jane pensó que era un piano bastante extraño y lo destapó para ver aquellas teclas antiguas tan desproporcionadas. Al tocarlo descubrió que profería un sonido muy molesto y lo volvió a tapar, dando por finalizada su investigación con él.

Como la sala ya se había quedado pequeña pasó a la siguiente. Aquella sí que la impresionó. Delante suyo había una biblioteca de dos niveles, toda ella cubierta por estanterías de madera de nogal europeo de un color marrón castaño. Una barandilla de metal negro resguardaba el nivel superior, al que se accedía gracias a una escalera de caracol. Pero en el nivel inferior se levantaban hileras e hileras de libros tan altas que cualquier movimiento podría derribarlas como gigantes secuoyas. Jane estaba pletórica y no sabía a dónde mirar. Hasta que escuchó un ruido.

—Nada. Otro libro igual de inútil que no aclara absolutamente nada.

Un tomo abierto voló por los aires y Jane tuvo que retirarse hacia la izquierda para esquivarlo. Después se inclinó sobre sus puntillas para permitir un mejor campo de visión a sus entrometidos ojos marrones. Descubrió una cabecita negra que se movía por debajo de una muralla de libros. Escuchó un frenético pasar de las hojas.

—Y nada —repitió—. Otra pérdida de tiempo.

Un segundo libro salió despedido por el aire y chocó por desgracia contra una de las frágiles hileras. Pero esta vez Jane no tuvo tiempo para calcular el golpe gravitatorio y parte de los libros le aplastaron la mitad del cuerpo.

Gritó.

Una cabecilla se asomó tras la muralla que había unos metros más adelante.

Jane se retiró todos los volúmenes del cuerpo, destapando sus piernas aprisionadas. Y descubrió que una de sus rodillas estaba magullada, pues aquel día calzaba solo las medias cortas del uniforme del colegio.

—¿Y tú de dónde has salido?

Miró, nerviosa, a su izquierda. Delante de ella había un chico, un poco más mayor que ella. Había salido de su guarida de libros y la observaba con una ceja levantada. Era muy hermoso. Con el pelo negro rizado como Dylan, un chico de su clase. Sus rizos eran mucho más brillantes y sus ojos tenían un brillo muy parecido, pero se podían leer en ellos reprobación. Vestía con una chaqueta púrpura y unos pantalones del mismo color que resultaban anticuados, además de ridículos a sus ojos. También llevaba una pajarita conjuntada debajo de la barbilla. Desde luego que aquel chico se había disfrazado.

—¿Quién eres? —le preguntó él de brazos cruzados.

—Jane —respondió ella.

—¿Y qué haces aquí?

—¿Buscar a mi hermana? —inquirió como esperando que fuese la respuesta correcta.

—¿Tu hermana?

Ella asintió. El niño la inspeccionó de arriba abajo, incluso mientras se reincorporaba cojeando por el golpe. Después advirtió en sus ojos, eran muy parecidos a los de Brianna.

—¿Eres la hermana de Brianna?

—¡Sí! ¿La conoces? Estaba en su habitación y de repente abro la puerta del baño y me encuentro aquí. Y pum. Magia. ¿Dónde está? ¿Qué es este lugar?

—Desde luego que eres su hermana. Igual de preguntona.

Jane frunció el ceño. No le gustaban los aires que se traía aquel chico. ¿Es que se creía mayor que ella como para sentirse superior?

—Tienes que volver por donde has venido. Este no es tu sitio. No me gustan los niños humanos como tú.

—¡Pero si tú también eres un niño!

Marxias la miró levantando la barbilla, como si de verdad se creyese un adulto y Jane se carcajeó en su cara. Aquello le enfadó, pero ella no paró de reír hasta que le dijo:

—A ver, ¿cuántos años tienes? ¿Diez? ¿Once? Yo tengo nueve, para tu información, y en febrero cumpliré diez.

Él la siguió mirando, pero esta vez con gesto cansino, no tenía tiempo para estar lidiando con niñas sabiondas como aquella.

—¿Te has quedado sin habla? ¿No te acuerdas? Si me dices tu fecha de nacimiento te ayudaré a contar.

Jane se arrodilló para coger un libro que había no muy lejos de sus pies. Tenía una encuadernación muy bonita y en la tapa estaba escrito: *Ademus*. Lo leyó en voz alta y, extrañada pero también intrigada, se dispuso a leerlo, aunque no entendió nada. Estaba escrito en una lengua muy extraña. Todo allí era extraño, igual que el niño que había delante de ella, por muy guapo que fuese. Era raro.

—Puf, muy difícil.

Lo dejó sobre otro montón más pequeño que había a su derecha e, ignorando la presencia del niño-ángel, giró por la habitación haciendo uso de nuevo de sus dedos curiosos.

—No toques nada —la increpó él, pero ella no le hizo ni caso—. ¿Me has oído, niña entrometida?

—Me llamo Jane. ¿Tú cómo te llamas? ¿Tampoco te acuerdas de eso?

Marxias la siguió con la mirada, estaba realmente crispado. Maldijo que Brianna se hubiese dejado abierto el portal en aquel momento. Quizás hubiese sido mejor no haberle dado jamás aquella llave Ghala.

—Ya sabes la salida —le respondió.

Jane tomó otro libro y descubrió que tenía una dedicatoria.

—«Para mi querido amigo Marcel, de Adelaida» —dijo en voz alta—. ¿Marcel? Es bonito, aunque no es muy común, no conozco a nadie que se llame así. ¿Por qué te lo pusieron tus padres? Mi nombre lo eligieron porque es el de mi abuela materna; su madre también se llamaba Jane, así que soy Jane III.

Marxias estaba a punto de echar humo por las orejas. No tenía paciencia ni tiempo para aquellas charletas innecesarias.

—¿Puedo llamarte Mars? Me gusta poner apelativos a la gente. Yo le puse Brie a mi hermana, para que fuese más corto. Aunque antes la llamaba Brana, porque no sabía pronunciar bien su nombre.

Pero él siguió sin contestar, así que ella prosiguió impertinentemente:

—Creo que tienes un año más que yo, porque somos casi de la misma altura. —Se aproximó a él y midió con su mano la distancia de entre sus cabezas—. Ves, no puedes tener más de once o diez años.

Marxias se carcajeó en su interior. Maldita ignorancia humana, cómo la aborrecía.

Mientras Jane continuaba con sus aproximaciones cronológicas, tocó sin querer uno de sus rizos negros. Fue un contacto muy suave, pero sirvió para que él le apartase la mano de un manotazo.

—¡Au! —se quejó—. Me has vuelto a hacer daño. Eres muy violento, ¿lo sabías? Aunque me gusta tu pelo. Sobre todo tus rizos. Brie y yo tenemos el pelo demasiado liso y caído, no tiene ninguna gracia como la que tiene el tuyo.

Marxias comenzó a dar palmaditas al suelo con el pie, consumiendo lo que le quedaba de paciencia para tomar a aquella niña por el pescuezo y llevarla directamente por donde había venido.

—Pero lo que llevas puesto… es un poco de viejo, ¿no crees? No te lo tomes a mal, a mí también me gusta disfrazarme de vez en cuando.

¡Eso era el colmo! Tomó a Jane por el brazo con fuerza y la arrastró por la habitación hacia la salida.

—¡Au, au, au! —profería ella—. Me haces daño. ¡Para! ¿A dónde vamos?

—Vuelves a casa —respondió él—. No puedo hacerme cargo de ti ahora mismo, tengo otras cosas más importantes que hacer.

—¿Cómo qué?

«Como salvar a tu hermana y a su alma gemela de un trágico futuro», respondió él en su conciencia.

—Nada que sea de tu incumbencia.

Pero Jane no estaba dispuesta a ir a ninguna parte hasta que no encontrase a su hermana. Así que frenó con sus zapatos de charol en la alfombra de la salita de lectura.

—¿Dónde está Brianna?

—En algún lugar de la casa, ella irá a tu encuentro en unas horas.

—¿Y qué hace aquí? ¿Por qué la conoces? ¿Quién eres en realidad? ¿Eres el hermano de su novio?

Marxias se carcajeó, pero no dejó de tirar de ella mientras al mismo tiempo Jane se agarraba a los muebles impidiendo que diesen un paso más.

—¡Eres imposible! —se quejó él—. Si tuviese mis alas, entonces me temerías.

—¿Tus qué?

—Suéltate ahora mismo —le ordenó intentando engravecer inútilmente el tono de su voz.

—¡No! —respondió ella con decisión—. Jamás. No hasta que me lleves con Brianna.

—Eso no va a pasar, te vas a casa. No te quiero pululando por aquí.

—Así que es tu casa. ¿Dónde están tus padres? Quiero hablar con ellos. Seguro que te regañarán por el trato que das a tus invitados.

—Tú no eres mi invitada. Y yo vivo solo.

—¿Solo? Eso es imposible. El gobierno no te deja hasta que seas mayor de edad. Tiene que cuidar alguien de ti. —Ahora el tono de voz de Jane sonaba algo preocupado—. ¿No tienes tíos? ¿O abuelos? ¿Tutores?

—No puedes comprenderlo. Yo no soy un niño como tú, soy mucho más importante.

—¡Pero si eres un niño!

—¡No lo soy! —bramó él enfurecido de que ella volviese a recordarle su maldición.

—Vale —aceptó—. Entonces, ¿qué eres? ¿Un adulto? ¿Un anciano? Tengo que entenderlo.

—No tienes que entender nada. Fin. Punto y final. *C'est fini. Capito?*

Jane frunció los labios. No iba a darse por vencida con Mars. Puede que fuese un tipo particular y muy airoso, pero en el fondo sabía que todo aquello era una especie de armadura. Él no era así.

—¿Y no te sientes solo viviendo aquí en una casa tan grande? —La vocecilla de Jane tenía un tono casi empático que hizo que Marxias se relajase.

—Sí —reconoció—. Muchas veces. Pero por eso tengo mis libros, son como amigos míos.

—¿Y no necesitas amigos de tu edad? ¿Vas al colegio? Perdón —corrigió al darse cuenta de que Mars declaraba una y otra vez que no era un niño—, al instituto, a la universidad o a donde sea…

Marxias la soltó y Jane se tomó la libertad de soltar también su amarre.

—Tengo amigos, solo que los veo una vez cada mucho tiempo.

—¿Adelaida es uno de ellos?

Él asintió.

—¿Te gusta?

Marxias puso los ojos en blanco.

—No.

—¿Hace cuánto que no la ves?

—Mucho mucho tiempo.

—Te entiendo —dijo sentándose en el suelo con las piernas cruzadas—. Yo también echo de menos a algunos de mis amigos. Muchos se van al extranjero a vivir, es horrible. A Brianna también le ha pasado con su amiga Samantha. Y dime, ¿cómo te pagas la comida? ¿Tienes ahorros?

—La cultivo —confesó él vanagloriándose por su ingenio.

—¿En serio? ¿En el jardín ese que tienes? Parece un poco descuidado.

—No. Ahí no.

—¿Me lo enseñas? Me encantan las plantas. Todos piensan que estudiaré algo como Biología, y yo también lo pienso.

—No, ya te he dicho que tienes que volver a casa.

—Mira, me lo enseñas y luego me voy a casa.

Marxias se dio cuenta de que la situación le resultaba familiar, no hacía mucho, cuando Brianna le había persuadido para quedarse más tiempo en Avonshire. Desde luego que eran hermanas.

—No —respondió tajantemente y entonces la volvió a agarrar, pero esta vez de la pierna, y logró tirar de ella.

Jane chilló y se aferró a la pata del sillón, pero sus dedos se desencajaron y acabó siendo deslizada por el suelo hasta el comedor. Mientras Marxias la llevaba, ella trataba de agarrarse a todo lo que encontraba, pero él era rápido y no se lo permitía moviéndola de sitio. Al final acabó, resignada, riéndose mientras se dejaba llevar.

—Al final lo has conseguido. Eres más fuerte de lo que imaginaba. Quizás sí tengas razón y no eres un niño, después de todo.

—Es que no lo soy. Este no es mi verdadero cuerpo.

—¿Eres mucho más mayor?

—Sí.

Marxias se paró contra el marco de la puerta del salón, para recuperar el aliento.

—¿Cómo de mayor? ¿Como mi hermana?

—Algo más mayor —matizó él.

—¿Y en tu aspecto de mayor eres igual de guapo?

Aunque el cumplido proviniese de una niña de nueve años, se sorprendió a sí mismo deleitado porque se le adulase, incluso en su maldecida figura infantilizada.

—¿Así que me consideras guapo?

—Además de un bruto, sí —concordó ella.

Marxias ignoró aquel comentario.

—Eres incluso más guapo que Dylan.

—¿Dylan?

—Es un chico de mi clase. Les gusta a todas las chicas.

—¿A ti también?

Ella negó con la cabeza.

—Es mi amigo. Pero yo soy mucho más lista, a él le cuestan muchísimo las Matemáticas.

Marxias soltó un sonido de suficiencia. Jane le estaba sorprendiendo más de lo que imaginaba. Y se consideraba toda una listilla, igual que él.

—¿Y a ti solo te gustan los tipos listos como tú o qué?

—Bueno, no me gustan tontos, pero tampoco los brutos.

—¡Ni a mí las sabiondas repelentes como tú! —Tiró de su pierna de nuevo y la arrastró hacia la puerta que utilizaban siempre como portal.

—¡Otra vez no!

Fue a llevarla al otro lado, cuando reparó que la puerta estaba cerrada.

—¿Has cerrado tú la puerta?

Jane sonrió forzadamente diciendo:

—Ups.

Él la soltó y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y ahora cómo me voy a deshacer de ti!

Jane se reincorporó y se sacudió el uniforme arrugado.

—Podrías llevarme con mi hermana.

—No. Te vas a quedar ahí sentada en el sofá y no te vas a mover. Ni un centímetro. Hasta que venga tu hermana. Y entonces ella te enseñará la salida y volveréis a casa. ¿me has entendido bien?

Aunque Marxias había utilizado la misma vocecilla, esta vez sí que había sonado contundente y Jane decidió obedecerle. Se sentó en el sofá y observó cómo el niño-ángel abandonaba la habitación. Ahora solo tenía que esperar a que este se marchase lo suficientemente lejos como para continuar investigando a sus anchas por el resto de Avonshire.

Corrían por los pasillos. Cogidos de la mano. Gritando y riendo, deslizándose, tirando de sus pesados ropajes que los cubrían. No muy lejos del salón principal de Avonshire, Marxias tenía instalada otra de sus maravillosas habitaciones. Una muy especial. Poco utilizada. Pero igual de magnífica que todo el resto de la casa. Llegaron a sus puertas antes de lo que pensaban y se

tomaron unos segundos para recobrar el aliento.

—¿Es aquí?

Él asintió con el pecho subiendo y bajando.

—¿Puedo?

Aidan, con un gesto de la mano, la invitó a abrir las puertas. Y eso hizo. Abrió ante ellos un espacio enorme, del mismo tamaño que la galería de esculturas, o quizás un poco más grande. Era ovalado, de dos pisos y un espectacular techo con pinturas barrocas. Sí, en efecto, era un salón de baile.

A los laterales pendían candelabros dorados y justo en el centro una espectacular lámpara de araña que iluminaba toda la habitación sin ventanas. Unas cortinas azules oscuro caían en ambos extremos, como ocultando otros espacios secretos. El piso de arriba seguía un patrón convexo y estaba circundando por una barandilla de piedra blanca exquisita.

Brie caminó fascinada hacia el interior con los ojos puestos en el coro de ángeles que había retratado en el techo; con trompetas, banderas, engalanados con joyas y telas clásicas, sobrevolando un cielo azul moteado de nubes ambarinas.

—¿Es el cielo? —preguntó—. ¿Son los ángeles del cielo?

Aidan negó.

—Es una mera representación de la *Alegría de los ángeles*. Aunque el cielo tiene que ser parecido, puede que sea incluso mejor. A veces nosotros lo imaginamos como un banco de nubes blancas y cielo despejado. Sin embargo, Marxias lo describe como un paraíso eterno, donde el espacio-tiempo no tiene peso, igual que un *edoreas*. Donde nada envejece, pero al mismo tiempo todo cambia. Muchos que lo han visitado hablan de la luz del éter. Es una luz, anaranjada, que todo lo cubre, muy parecida a los últimos rayos de sol en todo atardecer, solo que, en vez de finitos y perecederos, estos duran eternamente.

Mientras escuchaba la melodiosa voz de Aidan, sus ojos volaban de ángel en ángel, deleitándose con su belleza pintada.

—Los ángeles que ves aquí no son reales, son meras creaciones ficticias del pintor, pero sí se han representado fieles a su naturaleza divina, conocida en los tres mundos por su encanto y beldad.

—Te pareces a ellos —confesó Brie devolviéndole la mirada, con un leve dolor en el cuello por haber forzado demasiado su vista hacia arriba—. Sobre todo, a ese del extremo izquierdo que sujeta una trompeta entre sus manos. —Lo señaló.

Aidan lo encontró al segundo y sonrió.

—¿Debería sentirme halagado?

Caminó ocioso hacia su encuentro.

—Oh, sí, mucho.

Ahora estaban los dos a la misma altura, con los ojos puestos en el ángel rubio de la trompeta.

—Solo para que lo sepas, yo soy mucho, muchísimo, más guapo.

Brie soltó una carcajada y respondió al segundo después:

—Vaya ego.

Se miraron y se sostuvieron esa misma mirada durante un prolongado espacio de tiempo. A veces el alma era capaz de hablar a través de los ojos y entonces, toda frase o palabra demostraba ser innecesaria.

Brie ya no se sentía Brianna, se sentía una persona diferente o, mejor dicho, una combinación de muchas personas, de todas sus vidas, sin olvidar también la que vivía por aquel entonces.

Aidan tampoco se sentía Aidaniel, es más, ya no se reconocía a sí mismo. Pero si se miraba en los ojos de ella, aunque solo fuese un segundo, podía verse también como una combinación de circunstancias, siglos, esperanzas y, bajo todo aquello, escondido, se encontraba un muchacho ingenuo y torpe al que se le daba una segunda, pero efímera, oportunidad.

—¿Para qué me has traído aquí? —dijo por fin ella, rompiendo el silencio.

La sonrisa de él fue indescriptible, pero muy concisa. Lo había dicho todo y nada a la vez.

—¿Aidan?

Él la tomó de la mano y la arrastró hasta el centro de la sala. Y todavía vestidos como si hubiesen salido de un cuadro de Domenico Ghirlandaio, comenzaron a moverse sobre el pulido suelo del salón de baile. Brie no sabía cómo bailar, pero él sí lo recordaba. Aunque durante su vida inmortal había asistido a numerosas galas y convites, de todas las épocas y sociedades diversas, aún recordaba las veces que, como Nastagio, asistió a un excéntrico y pomposo baile florentino cuatrocentista.

Al principio tuvo que enseñarle a moverse, como plumas ingrávidas y cuidadosas. Y aun siendo de gran dificultad técnica para una principiante, fue incluso mejor que cualquier otra clase de esgrima. Fue como repetir unos pasos olvidados en el tiempo. Pues a medida que se movían, girando, con su palma contra su palma, sosteniendo sus miradas, Brie comenzó a recordar.

Ella también había asistido a esos bailes; donde se cantaba a juego de una cítara, se comían jugosos manjares, se reía, se especulaba, se jugaba y, sobre todo, se bailaba. Brie recordó al menos dos bailes a los que había acudido. El primero cuando solo tenía quince años en casa de los Pazzi, como conmemoración del matrimonio del hijo mayor. El segundo fue también en una casa señorial distinguida, durante las fiestas de la ciudad. Fue en este último donde recordaba haber bailado más que en el primero, ya que se había sentido cohibida, sobre todo porque su madre le había dicho que se comportarse con esmero, sin llamar la atención y solo bailando una única pieza.

Aunque sus recuerdos eran vivaces, sus pasos todavía eran oxidados y herméticos. Aidan en cambio parecía no haber olvidado ninguno de ellos, por lo que podía guiarla y corregir su postura.

Cuando terminaron de bailar aquella canción imaginaria, se quedaron muy quietos y muy cerca el uno del otro, tanto que podían escuchar sus latidos desenfrenados. Entonces, ahora imaginando que había cambiado la música, Aidan la transportó a otra época. Una vez más.

—¿Qué haces? —le preguntó ella riendo.

Aidan la hacía girar de un lado a otro con rapidez, que ella temió sobre todo por el vestido, pues no quería estropearlo pisándolo, ya que no era precisamente el atuendo idóneo para aquellos giros desbocados. Sin embargo, a Aidan poco le importaba y cuando llegaban a una esquina la levantaba sobre sus hombros de igual forma que había hecho en el vestidor. Después la bajaba y vuelta a empezar. Y cuando se cansaron de recorrer todo el salón, terminaron girando sobre sus pies con los brazos tensados, permitiendo que cuanto les rodeaba se convirtiese en una mancha borrosa e insignificante.

Sus dedos se desengancharon y Aidan fue a parar al suelo. Ella, impulsada por su fuerza, le siguió poco después. Se quedaron tirados, recuperando el aliento, apoyados el uno contra el otro, con sus hermosas telas extendidas por el enlosado. Sus ojos volvieron a posarse sobre los ángeles, pero no eran ellos los que ocupaban sus pensamientos, pues estos servían solo como excusa para sumirse en lo más profundo de su conciencia.

—Aidan —lo llamó.

—¿Sí?

—¿Crees que soy hermosa?

Él se reincorporó con el ceño fruncido.

—Te creía la chica más inteligente de la clase, capaz de formular preguntas menos estúpidas.

—¿Lo crees? —insistió—. Aunque sea tan delgada y los vestidos me queden holgados. Aunque tenga la cara cubierta de pecas molestas y hierros en la boca. Aun…

Él le había tapado la boca.

—Tienes que dejar de desconfiar, Brianna. Pero esta vez en ti misma. ¿Sabes qué veo cuando te miro a los ojos?

Ella guardó silencio, nerviosa por lo que él fuese a decir.

—Lo veo todo, Brianna, todo. Todos los colores del mundo, todas las palabras y frases pronunciadas, todos los minutos de un tiempo infinito, todas las plumas de mis alas. Todavía siento cómo ondeaba el viento hacía seis siglos por los campos de amapolas a las afueras de Florencia. Pero, ante todo, puedo distinguir un ente; mi alma pura y cristalina escondida bajo todas mis culpas y errores cometidos. Y ¿sabes qué? La perdono. Por su torpeza e ignorancia, por aprisionarme en el limbo, por apartarme de ti, por condenarme a una vida inmortal maldita y perniciosa. Todos sus deslices y traspiés me han traído aquí y ahora, a esta época, a este preciso momento en el tiempo donde me doy cuenta de que nada ha sido en vano. Que la tierna e ingenua promesa que realicé una tarde de primavera frente a unas ruinas fue con un propósito, un sentido, una esperanza.

—Pero… —La voz de ella sonaba conmocionada, sin embargo, él no la dejó continuar.

—¿Crees que después de todo lo que he pasado, lo que hemos pasado, a mi alma le importa lo más mínimo que tengas hierros en la boca?

Brie negó con la cabeza, algo más convencida por sus palabras.

—Entonces, por favor, no vuelvas a hacer esa clase de preguntas.

Ella se reincorporó de cintura para abajo, todavía con las piernas extendidas, creando un hermoso río de bordados a su espalda. Aidan también se levantó y pasó sus brazos por el hueco que formaban los suyos y tomó la trenza envuelta en el lazo dorado. La deshizo con sus dedos pacientemente. El lacio cabello de Brianna ahora se había ondulado y caía fluctuante como olas marítimas en invierno. Él surcó aquellas ondas con sus dedos hasta llegar a las desembocaduras que nacían de detrás de sus oídos. Muy lentamente, fue dejado caer su cabeza hacia atrás, dispuesto a besarla. Ella cerró los ojos esperando el contacto. Pero en vez de eso, un sonido único y particular resonó en las inmensidades del salón de baile. No lo reconoció de inmediato. Ese rasgamiento de músculos, ese desplegar particular, ese batir de… alas.

Ante sus ojos había dos imágenes distintas: el Nastagio de sus recuerdos, vestido con su jubón florentino y su apreciado medallón; y el de detrás de él, el signo más distintivo de Aidaniel que se replegaba a sus costados creando un cascarón blanco, como un pedazo de cielo, que los resguardaba a los dos. Brie entonces lo comprendió mejor que nunca. Aidan era Nastagio, pero Nastagio también era Aidan, como si fuese la versión evolucionada de su ente humano. De la misma forma, ella era Brianna y Giovanna a la vez, solo que ahora era Brianna y lo sería hasta el final de su vida, si es que no volvía a reencarnase.

Levantó su mano derecha y comenzó a acariciar a Nastagio; su platino cabello brillante, su pómulo rosado, el perfil de su mandíbula, la línea de su cuello. Desde allí pasó directamente a la extensión de su ser que nacía con vigor desde sus omoplatos. La suavidad de sus plumas era meramente circunstancial, pues estas eran rígidas y compactas, como cimientos sostenedores del

resto de la omnipotente estructura. Parecían apaciguadas, pero en un segundo suprimieron su asfixiaste sedentarismo y se sacudieron, respirando al fin. Aquella ráfaga de viento le despejó todo el pelo de la cara y cerró los ojos riendo.

Cuando quiso darse cuenta, habían abandonado la superficie terrestre y volvían a girar en círculos, solo que esta vez en el aire. Ascendieron hasta la lámpara de araña y Brie la alcanzó con los dedos. Quizás esa fuese la primera y última vez que podría tocar una de esas.

Descendieron y ascendieron rítmicamente, del mismo modo que lo hacen unos pulmones al aspirar e inspirar. Y cuando al final sus pies tocaron el enlosado, un grito sacudió la estancia, rompiendo toda la armonía que se había creado hasta entonces. Brie e Aidan torcieron sus rostros hacia la puerta abierta del salón de baile.

Jane tenía la mandíbula desencajada y observaba, aterrorizada, aquel par de alas que crecían tras la espalda del «ladrón de corazones».

Capítulo 31

—¿Jane? ¿Qué haces aquí?

La niña no podía pronunciar palabra. Levantó una mano y señaló a Aidan mientras dirigía la mirada a su hermana. Brie le miró en busca de ayuda. ¿Qué se suponía que iban a hacer ahora? Jane lo había visto todo. Quizás él podía sacar alguna de sus pócimas mágicas y restaurarle la memoria a la niña. Pero Aidan no escondió sus alas, sino que las replegó en su espalda, como manteniéndolas a buen recaudo. Brie se apartó de su lado y fue al encuentro de su hermana.

—¿Cómo has llegado aquí? —No le hizo falta mucho tiempo para comprenderlo—. Has estado otra vez hurgando en mi cuarto, ¿verdad?

Sacudió a la niña para despertarla de aquella ensoñación. Jane primero la miró a ella, luego a Aidan para cerciorarse de que era real, y luego de nuevo a ella.

—Él. ¿Tú…? Él.

—Sí, es un ángel. ¿Algo más que quieras saber? Nos vamos a casa ahora mismo.

La tomó de la mano y la sacó de la habitación. Jane se dejaba llevar, con la cabeza hacia atrás para seguir mirando a Aidan, quien finalmente replegaba sus alas por completo escondiéndolas de nuevo dentro de su cuerpo. Después, con dos agujeros en el hermoso jubón tras su espalda, se dirigió hacia la salida del salón de baile, con ademán de seguirlas.

—¿Qué llevas puesto? —decía la niña—. En esta casa todo el mundo se disfraza. Me gusta el tuyo, parece de princesa.

—¿Por qué has entrado, Jane? Siempre metiéndote donde no te llaman. Ahora has visto… Maldita sea.

—Lo siento —se disculpó la niña—. Solo fui a por tu pegamento de barra. No sabía que podías esconder una casa inmensa en tu baño. ¿Es magia? ¿Tú también eres una maga o algo así? ¿Tienes alas?

—No. Soy tan humana como tú.

La niña suspiró de alivio, aunque también algo decepcionada, pues le habría gustado que su hermana supiese hacer magia.

—Aidan. —Se detuvo en seco y miró a sus espaldas—. Necesito mi ropa.

Él asintió y se marchó de nuevo al vestidor.

—Te esperamos en el salón —le dijo a lo lejos, él pareció escucharlo.

—¿A dónde ha ido?

—No es de tu incumbencia.

—Esta casa es enooorme —añadió alargando exageradamente la palabra.

—Sí, lo es. Dime por favor que no has entrado en ninguna habitación más.

—Solo te estaba buscando. Y la puerta se había cerrado, así que no podía volver a tu habitación.

Brie gruñó ante aquellas declaraciones. No eran buenas noticias, pero todavía había dos modos de regresar a casa, aunque menos directos.

Por fin alcanzaron el salón, donde Marxias los esperaba sentado en el sillón, de brazos cruzados y regodeándose de ver a Jane aprisionada por el fuerte amarre de Brianna.

—Ya veo lo que me has obedecido —murmuró alzando una ceja—. Al final has encontrado a tu hermana.

Al parecer, Jane ya había conocido a Marxias, por lo que podía observar Brie. Lo que le sorprendía era cómo se las habría ingeniado para sobrevivir a su exigente persona, que además no era simpatizante de los humanos.

—Lo siento, Marcel —se disculpó por las dos—. No volverá a pasar.

El niño-ángel gruñó.

—Ya estoy aquí —la inesperada voz de Aidan irrumpió en una de las entradas del salón. Todos le miraron: le había dado tiempo a cambiarse de ropa y traer el uniforme de Brie en sus manos.

«Privilegios de los *edoreas*», convino Brie en su interior.

—Puedes llevarte el vestido y lo traes otro día —le dijo él tendiéndole su uniforme.

—Pero se estropeará…

—Puede durar años fuera de un *edoreas*, y, con el tiempo, igual que cualquier objeto terrestre, se deteriorará. Así que tenemos como margen unos cincuenta años.

Ella sonrió, algo más tranquila.

—Aidan es un ángel —dijo Jane en voz alta. Todos callaron.

Marxias los miró con mucha seriedad y totalmente cargado de reproche.

—Maldita sea, Aidaniel, no tienes ningún cuidado. Cada día lo empeoras más. Te va a costar el cielo como no seas más precavido. Y tú, jovencita. —Se dirigió a Brie—. ¿Cómo te has dejado el portal abierto? Tenías que haber puesto el cerrojo a tu habitación, una silla o lo que fuese.

Jane, que todavía estaba saliendo de su estado pletórico, quedó fascinada al ver cómo las palabras de aquel niño tenían un gran peso tanto para Aidan como para su hermana. ¿Cómo lo conseguía? Recordó entonces lo que le había dicho anteriormente y pegó otro grito de sorpresa.

—¿Tú también eres un ángel? Por eso dices no sé qué de tus alas y que eres más importante que yo, que no eres un niño.

La pequeña los miró a todos, buscando una explicación. Aidan se rascaba la coronilla, sin atreverse a mirarla. Brie había cerrado los ojos como queriendo negar que su hermana pequeña pudiese saber más de lo que ya sabía. Marxias continuaba, irritado como de costumbre, azotándoles con la mirada.

—Sí —concluyó—. Al final lo has pillado, listilla.

—Oh, Marcel —se quejó Brie—. ¿Qué podemos hacer? Le ha visto las alas y también ha estado rondando por Avonshire. ¿No tienes algún tónico que le borre la memoria?

—¿Borrarme el qué? —espetó la niña con el horror pintado en sus facciones.

—No sé si es posible…, pero podría usar uno de mis milagros —murmuró Aidan.

—Nadie va a borrar la memoria a nadie —decretó el niño-ángel calmando a todos—. Lo mantendremos en secreto. ¿Verdad, pequeña listilla? Si dices algo a tus amigos o a tus padres, no solo pensarán que estás loca, sino que una infinidad de *demones* y demonios zarrapastrosos vendrán y se llevarán a tu hermana, la hundirán en el pozo de la miseria y la desventura; y después cuando ya no le quede nada, los pedazos de su alma arderán junto a los de su cuerpo en las cavidades más profundas del infierno. *Capito?*

Ahora Jane se preocupó de verdad. Nunca había creído en esas cosas sobrenaturales: ella era una chica de ciencias. Sin embargo, las alas de Aidan, como lo habían sido una vez para Brianna, era el mayor signo que demostraba que aquello era real. ¿Quién no le decía que existían también demonios malignos que raptasen a su hermana?

Marxias, por el contrario, se estaba quedando con la niña, meramente para asustarla. Y estaba disfrutando de lo lindo manteniendo a la listilla entrometida a raya. Aidan, que sabía de la mentira, escudriñaba al niño-ángel con algo de reprobación, pues no le gustaba que asustaste a la chiquilla.

—Parece que por fin has entendido.

Jane asintió con los labios fruncidos. Marxias sonrió triunfante y se dirigió al pasillo diciendo:

—Ahora seguidme, os llevaré a la puerta que se dirige al camino del lago, pues es la forma más rápida y no os quiero deambulando por mi jardín y las proximidades de la casa.

—Espera —lo llamó Jane—. Enséñame tus alas.

Marxias se quedó parado a medio camino, sin moverse ni un ápice. Aidan miró a Brianna como diciendo: «Pregunta errónea». Al final, el niño-ángel se volvió para responderle:

—No puedo. Estoy atrapado en este mortal y limitado cuerpo que ves. Mientras que mi alma, todavía de ángel, se retuerce aprisionada en esta realidad incolora y anodina.

—Entonces…, ¿eres un ángel atrapado en un cuerpo de niño?

—Así es.

—¿Y de qué color eran tus alas?

Aquella pregunta no le molestó a Marxias, al contrario, le congratuló poder hablar de ellas y, tomando asiento en su butacón, se dispuso a dar una de sus muchas y prolongadas explicaciones. Aidan y Brie se limitaron a sentarse en el sillón, como simples escuchas, conscientes de que aquello iba para largo. Jane acabó sentada en el suelo de piernas cruzadas y con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Sabes lo que es el holograma multicolor? No se descubrió hasta 1968. Se trata de una grabación tanto bidimensional como tridimensional, donde queda grabado un holograma de colores espectrales en forma de arcoíris. Gracias a este proceso el hombre puede ver los colores variar según diversas perspectivas.

—¿Tus alas son de arcoíris? —preguntó ella con la mirada iluminada.

—No. Solo era una forma de explicar cómo son mis alas. Son como un holograma multicolor; también desprenden todo tipo de matices según su posición, como los cuellos de las palomas que tienen plumajes verdes y violetas. Aunque es mejor que no se comparen con tales aves. El color de las alas de un ángel es cambiante; no solo por la perspectiva visual, sino que también se guía por el humor de quien las porta. Pueden tener tonalidades verdosas, azules, rosadas o incluso negras. Por ejemplo, algunos ángeles que se transformaron en demonios, perdieron la luminosidad celeste y con el tiempo se apagaron en las tinieblas del infierno. Sus plumas se opacaron en tonos pardos y lóbregos; en parte por las cenizas infernales, en parte porque renunciaron a su lado angelical.

Aidan carraspeó.

—¿No le estás dando demasiada información a la niña? ¿Dónde está el discurso de discreción que le acabas de soltar?

—Tonterías. Es información esencial. Todo el mundo debería tener unos mínimos conocimientos de angelología. Y a ella le encanta indagar y meter las narices donde no le llaman. ¿A qué sí?

Jane le miró de morros, nada complacida con aquella descripción de sí misma.

—Pero, a ver —quiso aclarar—, ¿por qué las alas de Aidan son blancas y no tienen colores?

—Porque son alas simples. Se las dan a ángeles menores, y nuestro querido Aidan es uno de ellos. Quizás tiene algún matiz rosado en las puntas, ¿me equivoco?

—De vez en cuando —reveló él en un murmuro.

Ahora Brie le miró intrigada.

—¿En serio? No lo había visto.

Aidan asintió sonriéndole tiernamente. Jane captó aquel gesto y con el ceño fruncido continuó:

—Entonces, ¿sois novios? Mamá me lo ha contado.

Brie puso los ojos en blanco, aunque nada sorprendida de aquella materna confesión.

—Sí, se podría decir que lo somos —confirmó Aidan, pasando un brazo por los hombros de Brianna.

—¿Vas a venir el domingo? —preguntó Jane.

Aidan arqueó una ceja y miró a Brie confuso.

—No —respondió ella por él, después aclaró—: Es una comida familiar con los padres de Peter. Por Acción de Gracias.

—¿Peter? ¿Byers?

—El mismo —concordó.

—Pero no son amigos —matizó Jane—. Ya no.

Aidan se volvió hacia ella expresando sorpresa.

—Fuimos amigos de la infancia durante un tiempo. Luego se convirtió en el imbécil que conocemos y no me dirige la palabra.

—No me sorprende —declaró él—. De todos los chicos, es el que peor me cae. Quizás es porque le considerado demasiado insustancial. Aunque también está Hans…

Brie asintió con pesar, él captó ese gesto diciendo:

—No quieres ir, ¿verdad?

—No. Pero espero regresar pronto para después venir a verte.

—En mi casa no se celebran festividades humanas —esclareció el niño-ángel, pero ellos ignoraron aquel desdeñoso comentario.

—Te estaré esperando —le prometió él.

Ella sonrió. Ahora el plan no le parecía tan indeseado, solo si pensaba que por la tarde podría regresar con Aidan.

—Yo también quiero —refunfuñó Jane—. Odio esas comidas, son aburridísimas.

—Tú no vienes —zanjó Brie—. No puedes, Jane. Ya has oído a Marxias, es peligroso.

—¿Y por qué tú sí?

—Porque soy mayor.

—Siempre la misma excusa —gruñó de brazos cruzados—. Pronto cumpliré diez.

—Además, si vinieses, ¿qué harías? Aparte de molestar a Marxias.

—Eso —concordó el aludido—. Ya hago suficiente esfuerzo dejando entrar a una humana entre mis paredes.

—Podría ayudar a Mars, es un poco desordenado.

El niño-ángel soltó un bufido. Aidan se carcajeó, no solo por el mote, «Mars», sino porque una niña de nueve años fuese tan sincera con el pretencioso y carcamal de Marxias.

—Marcharos de mi casa antes de que llame a los demonios. Y te puedo asegurar —dijo refiriéndose a la niña— que no te gustará el negro de sus alas, ni las culebras abrasadoras de su

boca, y menos aún los desagradables y largos cuernos que salen de su frente.

Jane no se mostró temerosa, pero sí algo precavida, y se apartó de Marxias lo suficiente, quedándose al lado de su hermana.

—Vámonos, Jane.

Se pusieron en pie. Brie se despidió de Aidan en un abrazo y él le dijo al oído:

—No te preocupes por el domingo. Piensa que, aunque no puedas verlo, existe un hilo invisible que nos mantiene atados.

Ella se soltó de sus brazos y le miró a los ojos.

—¿Me estarás esperando?

—Siempre. Es lo que he estado haciendo durante casi seis siglos.

—Aparte de enamorar corazones y jugar a los naipes con Napoleón.

—Sí —confirmó él riendo—. Aparte de eso.

Capítulo 32

Le quitaron el aparato ortodóntico a última hora de la tarde del sábado. En su lugar le pusieron un retenedor removible con el molde de sus dientes, que debía retirarse solo para comer, pero que para su sorpresa no era tan incómodo como lo habían sido los hierros que antes aprisionaban su boca.

Aunque en la clínica también le dejaron un tiempo para observar su nueva dentadura, no fue hasta que llegó a casa que pudo contemplarse con más tranquilidad en el espejo. Y el efecto fue… extraño, pero también muy refrescante. Como si una nueva Brianna la observase al otro lado.

Podía sonreír una y otra vez, desde todos los ángulos y perspectivas. ¿Qué pensaría Aidan? Después de la conversación que habían tenido sobre su aspecto físico, él le había dejado claro lo que pensaba. Ella, aunque todavía desconfiaba, también se moría de ganas porque Aidan la viese lucir su nueva y espléndida sonrisa, una que solo quería dedicarle a él.

Estaba tan emocionada que por poco olvidó que al día siguiente era Acción de Gracias. Por eso, cuando llegó el domingo su humor fue decayendo a medida que se iba acercando la hora de marcharse a la casa de los Byers, intentó pensar en una tarde con Aidan, donde Marxias les ponía té y pastas y les contaba historias de los ángeles.

—¡Brianna!

Su madre, toda engalanada, apareció por su puerta mientras se ponía unos pendientes vistosos.

—¿Todavía no te has vestido? Es que tengo que ir detrás de vosotras.

—Sí que estoy vestida.

Su madre miró aquellos vaqueros y el jersey azul cielo que vestía y después negó con la cabeza.

—No puedes ir así. Nos vas a hacer quedar mal.

—Nada de tacones —le rogó Brie.

Ella se dirigió al armario y comenzó a rebuscar entre sus vestidos de invierno. Al final tomó una falda que le había comprado al comenzar la temporada, beis, de cuadros delineados en blanco y negro, y la tiró sobre su cama. Después tomó un jersey ajustado negro de cuello alto y mangas largas. Unas medias y unas botas de piel que llegaban a la rodilla y tenían un poco de tacón.

—Esas no me gustan.

—No importa, te quedarán bien. Además, están como nuevas, como todo el resto de tu armario. Vístete.

Se marchó a su cuarto de baño para hurgar en su maquillaje y accesorios. Mientras Brie comenzó a vestirse con desánimo. Su madre terminó maquillándole un poco los ojos y los pómulos, así como un toque de color en los labios. Brie, al mismo tiempo, se peinaba

desenredando algunos de sus nudos y retirándose el cabello hacia la espalda. Finalmente, su madre le adornó el cuello con un collar de perlas que ella, claramente, detestaba.

—Estás perfecta. A ver, muéstrame tu nueva sonrisa.

Brie sonrió forzosamente.

—Vaya, tienes que mejorar esa sonrisa, es del todo deprimente.

—Estás guapa —dijo una voz al borde la puerta.

Jane las observaba con timidez, con un vestido negro corto y con una diadema brillante muy bonita.

—Tú también —le dijo Brie, ahora sonriendo con algo más de sentimiento.

—Por supuesto, yo misma he tenido que vestiros con algo decente —declaraba su madre rodando los ojos—. Ahora vámonos. ¡Samueeeel! ¿Estás listo?

—Sí —respondió su padre desde su habitación—. Desde hace mucho tiempo.

—Vamos a llegar muy tarde. Coged vuestros abrigos.

Ellas la siguieron y, en el inicio de las escaleras se encontraron con su padre, arreglado para la ocasión, también bajo las indicaciones de su madre. Brie le escudriñó con la mirada, parecía más cansado de lo habitual y poco hablador. No les dirigió ni la mirada, como si en su cabeza hubiese problemas más importantes.

Brie siempre le había considerado un hombre guapo, aunque en las fotos de adolescente tenía unas cejas demasiado gruesas y era demasiado alto y alargado. Ahora, con los años, el cabello canoso, las arrugas y algunos kilos de más, tenía un aspecto más digno y contundente, propio de un hombre de negocios, con un atractivo que su madre no parecía apreciar.

Se subieron en el coche en silencio. Y Brie rezó para que el día pasase lo más rápidamente posible. Pero también porque tuviese el menor contacto posible con Peter. Su sola presencia la incomodaba, y más aún los comentarios que hacía su madre, Miranda, sobre lo genial y estupendo que era su hijo. Los detestaba.

Al principio, pareció que el viaje hasta la casa de los Byers, al otro lado de Deerwoods, iba a transcurrir sin más, pero entonces su padre comenzó a discutir con su madre y Jane, que se había puesto sus auriculares nada más subir al coche, subió el volumen de su música, abstrayéndose. Brie, en cambio, no tuvo más remedio que tragarse toda la discusión, de brazos cruzados. En un momento preciso, cuando ya solo quedaban unos pocos minutos para llegar, su padre miró por el espejo retrovisor y le dijo:

—Así que por fin te han quitado el aparato. Es una lástima que heredases mi pésima dentadura. A ver, Brianna, sonríe para mí.

Ella, queriendo complacerle, abrió las comisuras de su boca y él, en una ojeada, confirmó:

—Sí, te han quedado bien.

—Gracias —murmuró.

—Ahora sí que vas a causar una gran impresión a los Byers —se jactó su madre. Su padre, en cambio, la ignoró igual que ella.

En ese sentido, Brie y su padre eran parecidos. Eran más reservados y no les importaba para nada el frívolo e insustancial mundo de la imagen que tanto vanagloriaba su madre. Quizás Jane tenía un mayor interés por esos aspectos, aunque no tanto como su madre, pero sí mucho más que Brianna.

—Ya hemos llegado —anunció su madre ilusionada, cuando pasaron la cancela principal—. Portaros bien. No digáis nada inapropiado.

Jane se quitó sus auriculares y los enroscó a su reproductor de música, dejándolos en el

bolsillo del asiento delantero. Aparcaron frente a la gran casa de los Byers, una de las más grandes construcciones del vecindario; de aspecto modernista, grandes ventanales, muros altos de hormigón armado, repintados de blanco y gris. Brie y Jane salieron del coche después de sus padres. En la entrada había un bancal cubierto de piedrecitas blancas con un buda de decoración y alguna que otra planta oriental.

—Vaya, qué mono, esto es nuevo —dijo su madre inspeccionando con la mirada.

—¡Lauren! —La voz de Miranda les despertó a todos, los había escuchado llegar y había abierto para recibirles.

La madre de Peter era muy guapa, a Brie siempre se lo había parecido. Una mujer rubia natural, no como su madre, que se teñía. Tenía unos grandes ojos azules, como los de su hijo, siendo además alta y delgada. Siempre vestía con mucha elegancia a donde iba, incluso si iba a la playa. Ahora que se había hecho más mayor se dedicaba a someterse a numerosos tratamientos de belleza y con ellos había conseguido aparentar muchos menos años de los que tenía.

—Miranda, querida. Estaba observando el cambio que habéis hecho a la entrada. Es muy chic.

—¿Te gusta? Lo cambiamos el mes pasado, para darle un toque más fresco. Entrad.

Pasaron al espacioso recibidor de diseño minimalista, donde su sirvienta, Betty, les retiró los abrigos.

—Miranda —saludó su padre con un gesto de cabeza.

—¿Cómo estás, Samuel? Hace meses que no te vemos.

—Bien, gracias. ¿Dónde está Will?

—Está viendo el partido en el salón con Peter. Deberían levantarse a saludar, qué maleducados.

—No pasa nada, ahora les saludamos —dijo su madre, restándole importancia, aunque en realidad sí pensaba que era de muy mala educación.

Su padre ya se había marchado hacia el salón y solo quedaron ella y su hermana.

—¡Brianna! ¡Qué grande estás ya! Y muy guapa, me gusta tu conjunto.

—Gracias —se limitó a decir ella.

—Le han quitado el aparato —confesó Lauren, sin poder aguantarlo más—. ¡Ayer!

—¿Ah, sí?

Brie volvió a abrir la boca por enésima vez aquella mañana.

—Sí, maravilloso trabajo —corroboró Miranda—. Vamos, pasad. ¿Qué queréis de beber?

Se internaron en el inmenso salón de la casa. Tenía todo un ventanal que iba de un extremo a otro. Afuera solo había pinos gigantes y abetos verdes empapados por la humedad. A Brie siempre le había gustado aquella casa. La consideraba muy moderna y luminosa, como escondida en el bosque. Además de que contaba con una terraza desde la cual podías llegar a tocar algunos de los árboles.

En el piso inferior tenían una sala de cine, un minibar, un gimnasio y una piscina climatizada que daba de igual forma al exterior, en la que podías bañarte casi en medio del bosque. Muchas veces había jugado con Peter en aquel jardín kilométrico, llegando incluso a perderse. Habían escondido en un hueco de un árbol una capsula del tiempo donde se escribían una carta el uno al otro, esperando a que cuando fuesen mayores la abriesen y la leyesen juntos. Ahora seguramente Peter hubiese olvidado que seguía ahí o quizás la habría retirado y tirado a la basura. Poco importaba ya. Brie solo podía apreciar aquellos vestigios de su infancia con algo de melancolía.

—Chicos, saludad —les instó Miranda.

En la esquina derecha había un conjunto de sillones muy largos de color gris y una televisión

de plasma tan grande como toda la pared. Su padre ya había tomado asiento junto al padre de Peter, William Byers, y estaban bebiéndose unas cervezas con la mirada puesta en el juego. Peter también miraba el partido ensimismado y ni la voz de su madre le había hecho apartar sus ojos de la pantalla.

—¿Cómo estáis, chicas? —les saludó Will con una sonrisa.

—Muy bien, William —respondió su madre—. Vosotros seguid como locos con el partido, no os vayáis a perder lo mejor.

—Peter —dijo Miranda entre dientes.

Este por fin levantó la mirada, apenas un segundo hacia su madre, Lauren, Brie y su hermana.

—Hola.

Lauren se limitó a sonreírle. No le gustaba nada cómo había cambiado Peter, quien con la adolescencia se había convertido en un auténtico pasota, igual que su marido. El mero recuerdo del animado y risueño Peter la hacía entristecer casi tanto como a Brianna.

—¿Qué os pongo de beber?

—A mí agua con limón, de esa que preparas tú —pidió Lauren—. Si quieres te acompaño a la cocina.

—Sí, genial. ¿Brianna? ¿Jane?

—Agua. Normal —dijo ella.

—Yo una Coca-Cola, gracias —respondió su hermana.

Las madres se marcharon a la cocina mientras despotricaban sobre los nuevos acontecimientos que ocurrían en sus vidas y en las de sus amigas. Jane se limitó a sentarse a ver el partido y Brie, como siempre, acabó en un sillón simplemente observando las bellas vistas.

—¿Quieres una?

Will le tendía una cerveza a Jane.

Samuel y Peter se carcajearon y la pequeña contestó:

—¿Puedo?

Su padre negó con la cabeza.

—No.

Brie les observó sin demasiado interés. Sí, iba a ser un día muy aburrido.

Pensó en Aidan. ¿Estaría buscando más libros? ¿Hablando con los seres del limbo sobre su historia? ¿Sobre una manera de huir del destino que se le había impuesto a través de ese estúpido plan divino? Él sí que estaría gastando su tiempo en algo de provecho. No como ella, que veía el tiempo pasar con impotencia, apreciando cómo Betty y Matilda colocaban toda la mesa del comedor con la vajilla especial de Acción de Gracias. Habían adornado todo con piñas, calabazas pequeñas, frutos secos y otras fruslerías de la temporada meramente decorativas.

—La mesa está puesta. Es hora de comer —anunció Miranda.

Todos se levantaron del sofá y caminaron hacia su sitio. Will ocupó el asiento presidencial, a su lado se sentaba Miranda y delante de ella Samuel. Jane al lado de su padre y Lauren delante de ella y al lado de Miranda. Y cómo siempre, Brie ocupaba la esquina frente a Peter: los niños siempre se sentaban juntos.

Brie evitó levantar la mirada y se limitó a beber el vaso de agua que le había ofrecido antes Miranda. También se fijó en las bellas servilletas naranjas y blancas y desplegó la suya para situarla en sus piernas.

—¿Queréis vino? —preguntó Will.

—Yo sí —accedió Lauren—. ¿Para qué si no están puestas las copas?

—Betty, tráenos el reserva de 2007.

—Sí, señor, ahora mismo.

Matilda, en cambio, fue trayendo el primero: una crema de calabacín y otras verduras que estaba exquisita. El plato estrella de todos los Acción de Gracias desde hacía cuatro años. Y a todos les gustaba, menos a Jane, que solo la lamía superficialmente, pero nunca nadie le reprochaba nada.

Comenzaron a hablar de negocios y otras banalidades, como que estaban planeando un nuevo viaje a Europa y que podrían hacerlo juntos. «Conmigo no contéis», les habría dicho Brie, pero al final solo la escuchó su conciencia. Sin embargo, terminó saliendo un tema muy indeseado, y, cómo no, había sido su madre quien lo había sacado a la luz:

—Pues Brianna tiene novio.

«¡Mamá! Yo te mato».

La mesa entera se revolvió, a excepción de Jane, que ya estaba enterada del tema. Miranda se mostró del todo sorprendida, pues siempre había pensado que Brianna acabaría saliendo con alguien en la universidad, si tenía suerte. Lo mismo que había pensado Lauren, cuando ambas comprendieron el poco interés romántico por su parte y cuando, por fin, desistieron ante la idea de emparejarla con Peter.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Miranda.

—¿Por qué no me he enterado yo de eso? —dijo Samuel con preocupación—. ¿Quién es ese chico, Brianna?

—Va con nosotros a clase —confesó Brie, no queriendo revelar más de la cuenta, aunque sabía que se venía un interrogatorio.

—¿A la misma clase? —intervino Miranda—. ¿Tú lo conoces, Peter?

Brie miró por primera vez a Peter, que removía su crema de manera desinteresada.

«Por qué no les dices tú quién es. ¿No eres amigo de Aidan?», le dijo en silencio.

—Sí —respondió él con incomodidad—, una vez vino a casa.

—¿Así que es amigo tuyo?

—Sí, algo así —dejó caer Peter, con la mandíbula apretada.

«Tú tampoco le caes bien», le dijo Brie en silencio.

—Se llama Aidan —esclareció Lauren—. Aidan Grivaldi, de familia italiana. Y es guapísimo. Muy rubio y alto.

—¿Tienes una foto? —preguntó Miranda.

Brie se aferró a la mesa, aquello se estaba desbordando.

—Parece que no —soltó con decepción su madre—, pero ya nos lo presentará debidamente a todos, ¿verdad, Brianna?

«Ni en sueños». En cambio, asintió como auténtica estúpida para quedar bien delante de ellos.

—Y ese chico… —continuó su padre.

—Aidan —le corrigió Brie.

—Sí, eso. ¿Sabe ya qué va a estudiar?

Brie esperaba un tipo de pregunta así por su parte. Conocía a su padre y, aunque nunca había pensado en verse en una situación como aquella, también se vio con la necesidad de mostrar una imagen correcta de Aidan a sus ojos. Decirle que era un ángel que no necesitaba estudiar porque había vivido inmortalmente en la tierra durante cinco siglos enamorando corazones no era una buena forma de presentarle a su padre. Y, sin poder evitarlo, terminó mintiendo piadosamente, después de todo, uno podía inventarse lo que fuera sobre Aidan, pues era alguien fantasmal y

misterioso.

—Aidan no va a estudiar. Su tío… tiene una empresa y va a trabajar con él al terminar el instituto.

—Ah —añadió levantando las cejas.

—¿Qué tipo de empresa? —inquirió Will, ahora intrigado.

—Creo que es sobre el coleccionismo de antigüedades… Algo así como una casa de subastas.

—¿Cómo se llama?

—Yo… eh, no lo recuerdo, pero tiene una sede europea.

Aquello los mantendría alejados, o eso esperaba.

—Interesante.

—Ese chico debería estudiar —expresó su padre mientras se servía más vino.

—¿Tú qué vas a hacer al año que viene, Peter? —preguntó Lauren desviando la conversación, pues ya no podían sacarle más jugo y no quería que su marido comenzase a soltar un discurso sobre los beneficios de tener una carrera universitaria.

—La verdad es que todavía no lo sabe —respondió por él Miranda—. Quizás algo de empresariales o economía. ¿Verdad?

Él se encogió de hombros. Solo Brianna sabía lo que Peter quería estudiar de verdad.

De pequeño siempre le habían gustado los barcos, era de las cosas que más le fascinaban. Por eso había jugado a piratas innumerables veces. Él siempre decía que iba a crear un barco volador como el de Peter Pan, pero que funcionase con un mecanismo de verdad y no con mero polvo de hadas.

De esta forma, Brie suponía que la elección más certera sería Ingeniería Náutica. Sin embargo, aun siendo una carrera con trasfondo laboral, parecía más destinado a un *hobbie* que a una verdadera profesión. Ser ingeniero no le ayudaría a continuar el alto cargo de William, y los Byers perderían mucho protagonismo en la empresa.

—¿Y tú, Brianna? ¿Qué piensas estudiar?

Ella no supo qué responder. Nunca sabía qué decir.

—Seguramente Historia —respondió por ella Peter, sorprendiendo a todos.

«Todavía te acuerdas», pensó Brie igual de asombrada que el resto. Aunque era un alivio no tener que ser quien pronunciase aquellas palabras, ahora Peter la había dejado bajo la inquisidora mirada de su padre.

—Sí, eso me comentó una vez —reconoció Samuel—. Pero no le di demasiada importancia. ¿Todavía sigues teniendo esa idea?

—Es una opción —confesó ella.

«Mi única opción», esclareció en silencio.

—Es una carrera bastante devocional —añadió Miranda, por quedar bien.

Will no tenía nada que añadir, pues no le interesaba lo más mínimo el tema.

—Oh, ya viene el segundo —dijo Lauren mientras le retiraban los platos.

Fue alivio cambiar de tema. Regresaron a sus planes de futuro y no se habló más de ella, gracias al cielo. Odiaba equiparar tanta atención y más delante de personas tan indeseadas, tales como Peter Byers.

Al terminar el postre, los hombres se bajaron al minibar que había en la planta inferior, mientras Lauren y Miranda se quedaron conversando en los sillones. Jane simplemente

desapareció para pulular por la casa como le gustaba hacer. Brie salió un rato a la terraza para admirar los pinos, pero al cabo de unos pocos minutos cogió frío y volvió adentro. Entonces, su madre y Miranda se habían marchado del salón y no había absolutamente nadie a su alrededor. Era muy posible que hubiesen bajado al minibar con el resto y estuviesen jugando en la gran mesa de billar de los Byers.

Brie, desencantada, caminó por los pasillos de la casa despertando recuerdos pasados sin poder evitarlo. Siempre había sido una casa grande, pero cuando era pequeña le había parecido inmensa. Todas las habitaciones y dependencias estaban en esa única planta superior que se alargaba en una enorme ele inscrita en medio del bosque.

Se paró a observar alguno de los cuadros contemporáneos de Miranda, a quien le apasionaba el arte de la vanguardia. De pequeña los había observado extrañada queriendo encontrar alguna forma familiar en ellos.

Pasó por el despacho de Will, dos cuartos de invitados, un baño que siempre le había gustado porque tenía una enorme bañera hidromasaje que daba igualmente al pinar. Pero al final del largo pasillo estaba la habitación de Peter. Cuando quiso dar media vuelta, nació en ella la curiosidad de ver qué había sido de ese espacio donde habían crecido jugando.

Y sí, había cambiado. La cama estaba en la otra pared y era de matrimonio, con una funda sencilla de un verde azulado oscuro. Su escritorio continuaba en la esquina dando a la pared de cristal. Aunque había muchas cosas nuevas que no reconocía. Prismáticos y otros objetos de camuflaje, una alfombra azul muy bonita que había sustituido a la de patrón de carreteras con la que jugaban a pasar los coches. También había un montón de medallas y premios en una de las estanterías, de entre ellas sí recordaba alguna que él había ganado cuando todavía eran amigos.

En la pared izquierda estaban colgados los barcos de vela de Peter, pero no todos, habían prescindido de muchos. Entre ellos quedaba uno en particular. Uno que habían construido juntos durante todo un finde semana. Todavía recordaba la cara de decepción de Peter cuando su padre le dijo que no podían construirlo juntos porque tenía mucho trabajo. Brie se empeñó en ayudarle hasta que lo diesen por terminado y, juntos, tras mucho trabajo y desesperación, lo consiguieron. Después incluyeron dos figuritas de lego, una de una niña y otra de un niño, para representarles.

—Este es nuestro barco —había dicho Peter—. Algún día lo construiremos aún más grande y viviremos allí.

Esas palabras resonaron en su interior y no pudo reprimir una sonrisa. Qué ingenuidad tan gratuita. ¡Cómo había cambiado tanto todo! Y pensar que una vez tanto ella como él creyeron que siempre serían amigos.

Aliviada, todavía alcanzó a ver esas dos figuras de lego, solo que algo más escondidas, quizás para que no se desprendiesen, en la zona del timón. Aquella era su única presencia en la vida del actual Peter Byers: una diminuta pieza de lego en un barco de pequeño tamaño que los dos habían construido.

Cuando se volteó hacia la salida se encontró de golpe con él, quien entraba por la puerta.

—Lo siento —dijo ella retirándose hacia atrás.

Él, por primera vez en todo el día, le sostuvo la mirada.

—Solo tenía curiosidad por ver la habitación de nuevo. —Miró a su alrededor.

—Tus dientes —dijo él, al final, frunciendo el ceño.

Ella le miró confundida, pero poco después comprendió a lo que se refería.

—Ah, sí. Me quitaron ayer el aparato.

Peter se apoyó contra el marco de la puerta, como no queriéndola dejar salir.

—¿Así que Grivaldi?

Brie torció el gesto. ¿A qué venía eso? ¿Qué le importaba a él? Podía mismamente preguntárselo a sus amigos.

—Sí. Es como mi mejor amigo —respondió sorprendiéndose a sí misma ante tal declaración.

«Bueno, es tu único amigo», matizó ella en su fuero interno. Pero, al mismo tiempo, aquella revelación no le había agradado a Peter.

—Solo le conoces de hace unas semanas. Además, es un tipo un poco raro, un día era gran amigo nuestro y al siguiente nos ignoraba abiertamente. Parece…, parece que guarda un secreto.

—¿Y en qué basas tus acusaciones? —soltó ella en su defensa—. Ni que fueras íntimo amigo suyo. No le conoces de verdad. Igual que no me conoces a mí.

—Eso no es cierto.

Peter se había reincorporado y la miraba desafiante. Brie se fijó en sus ojos azules, hacía tanto tiempo que no los observaba de cerca que tuvo que sacudir la cabeza para continuar con la conversación.

—Puede que me conocieses antes —remarcó ella—, pero ahora ya no.

Peter la miró guardando silencio. Aquella mirada la abrasó y se la retiró para fijarse de nuevo en su barco.

—Todavía lo conservas —le dijo en un murmuro.

—Sí. ¿Quieres llevártelo?

Aquello le sentó verdaderamente mal. ¿Tanto quería deshacerse del barco de su infancia? ¿Es que no significaba nada para él? Y si no le importaba, sí, quería llevárselo. Peter no se había merecido su amistad, no después de cómo la había tratado, burlándose de ella. No se merecía tampoco ese barco que con tanto cariño le había ayudado a construir.

—Sí —dijo ella—. Me lo llevo.

Él se dirigió hacia la pared y con mucho cuidado lo descolgó. Brie casi oyó cómo algo se rompía dentro de ella al verlo desencajado de su lugar.

No.

Hacía ya muchos años que había superado eso. Ahora era más fuerte que nunca. No estaba sola. Tenía a Aidan con ella. Un ángel que además era su alma gemela, que la apreciaba y la valoraba como se merecía. Nadie, ni siquiera el estúpido Peter, podría hacerla entristecer. No cuando ya tenía todo lo que amaba verdaderamente.

Peter le tendió el barco y ella lo acogió entre sus manos, apoyándolo contra su pecho.

—Gracias.

—Todavía… —comenzó a decir él— están los muñecos.

—Sí —concordó ella—. Los he visto. Pensé que los habías quitado.

—No —se limitó a decir—. Siempre han estado ahí.

—Entonces, ahora es mío.

—Sí —confirmó Peter.

Brie, plagada de incomodidad, le sonrió con timidez y pasó por su lado para marcharse por la puerta.

—Brianna —la llamó.

—¿Sí?

Torció medio cuerpo. Peter miraba al suelo, como si lo que fuese a decir le costase verdaderamente.

—Nada. Cierra la puerta, por favor.

Ella asintió, extrañada. Hizo lo que le había pedido con una mano mientras que con la otra acunaba el barco contra el pecho. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Desde cuándo Peter Byers le dirigía palabra alguna? Quizás esa fuera la conversación más larga que habían mantenido desde hacía años, y muy probablemente sería la última.

Se marchó por el pasillo, con el barco entre sus manos, llevándose consigo la última señal en aquella casa de que Peter y ella alguna vez habían sido amigos.

Capítulo 33

El trayecto de vuelta transcurrió peor que el de ida. Brie tenía que soportar la fuerte discusión que mantenían sus padres mientras miraba por la ventana con el semblante ensombrecido. En sus manos todavía continuaba el barco que le acababa de regalar Peter. No se habían vuelto a dirigir la palabra, ni siquiera cuando se despidieron las respectivas familias. Su madre sí que había captado la embarcación de juguete que ella llevaba consigo, pero había decidido, por primera vez, mantener su entrometida boca callada. Y Brie lo agradeció. Aunque ahora tenía que pagarlo con un acalorado enfrentamiento entre sus padres.

Al menos, Jane parecía abstraída con la música subida al máximo.

Cuando llegaron a casa, Brie salió despedida del coche sin decir absolutamente nada. Todavía le quedaba la satisfacción de que en unos pocos minutos estaría de nuevo con Aidan y eso la hizo olvidar todos los gritos y disparates que pronunciaban sus padres.

Llegó corriendo a su habitación y cogió su llave Ghala, escondida en unos de sus cajones. Fue a cerrar con pestillo cuando alguien abrió la puerta justo en ese momento.

Jane.

Tenía los ojos llorosos y todavía le colgaban los auriculares de los oídos. Brie se equivocaba. Había escuchado toda la discusión de principio a fin.

Sin poder evitarlo, se lanzó a los brazos de su hermana mayor y esta la acogió entre ellos para reconfortarla.

—Chist —la mandó callar con ternura, acariciándole la cabeza y descolgándole los auriculares —. No pasa nada, pequeña.

—Esta vez sí que se van a separar, Brie, estoy segura.

Brie no supo qué decirle, pues no sabía la verdadera respuesta. Por un lado, ansiaba que aquellas disputas terminasen de una vez por todas y que ya no se alzase la voz, ni sonasen insultos de ningún tipo. Pero por otro, el solo hecho de ver a su familia aún más fragmentada de lo que ya estaba la atemorizaba profundamente.

Ante todo aquel caos, ella comprendió que su pilar fundamental era Aidan. Él la consolaría y la ayudaría a recostarse entre sus sólidos brazos, mientras su mundo real se desmoronaba como una casa de barro. Pero también estaba Jane. Jane no tenía a nadie…, solo la tenía a ella. Y si quería ser los cimientos de su hermana, tendría que consolidar los suyos propios.

—Voy a ir a ver a Aidan —le confesó.

—No me dejes sola, por favor —le suplicó la niña en un sollozo.

—Nunca.

Se soltaron y Brie le sonrió.

—Venga, vámonos cuanto antes. Pero no te prometo que pueda controlar a Marxias, no creo siquiera que Aidan tenga ese poder.

Ahora Jane sonreía entre lágrimas, algo más calmada. Brie cerró el pestillo y comprobó que, efectivamente, la puerta estaba cerrada. Después tomó el hermoso vestido dorado que había doblado dentro de una bolsa junto a los lazos, con la intención de devolverlo cuando volviese a Avonshire, como le había prometido a Aidan.

Al mirar a su hermana, esta ya se había recompuesto y se había limpiado las lágrimas con determinación. Le ofreció la mano y después abrieron juntas el portal en la puerta del baño.

No tardaron ni un segundo en cruzar y dejaron la puerta entreabierta. Brie depositó la bolsa en uno de los sillones y juntas buscaron a Aidan y Marxias en la cocina, y después pasaron al comedor. Allí se encontraron, para su sorpresa, todo un banquete preparado. Había platos que formaban torres de frutas y otros manjares. Cócteles con gambas, una langosta en medio de la mesa, racimos de jugosas uvas tanto moradas como verdes, una tabla de por lo menos veinte tipos de quesos diferentes, una gelatina rosa decorada con frambuesas que todavía se tambaleaba, como si tuviese vida propia.

Jane y Brie intercambiaron miradas de asombro. La niña se carcajeó con la saliva corriéndole por la boca: el estómago clamaba algo de comida al no haberse comido aquella crema de calabacín. Alzó una de sus manitas y justo cuando fue a cazar un triángulo de queso una voz bramó en la habitación:

—Ni se te ocurra, pequeña listilla. Primero tienes que lavar esas manazas entrometidas.

Marxias había aparecido por el umbral de la puerta que comunicaba con la sala de lectura.

—¡Mars! —exclamó la niña con una sonrisa de hito a hito.

Ignorando por completo la furtiva amenaza anterior, se lanzó a los brazos del niño-ángel y lo abrazó cariñosamente. Marxias, desconcertado, intentó zafarse, aunque Brie fue la única capaz de ver cómo se le encendían sus pálidas mejillas.

«El bueno de Marxias ha preparado toda una cena, a pesar de que dijo que no iba a celebrar festividades humanas en su casa».

—Buenas tardes, Marcel. ¿A qué se debe este banquete?

—Me entró hambre esperándote. ¿Qué hace la chiquilla aquí, Brianna?

—Hoy ha sido un día difícil —le pidió a punto de arrodillarse ante él si así conseguía un sí por respuesta.

Marxias soltó un respiro de resignación. Todavía Jane lo tenía aprisionado, pero solo del brazo izquierdo, aunque él continuaba tirando de aquel amarre con persistencia.

—¿Qué le pasa a la niña? Hoy está particularmente molesta.

Jane se había recostado contra su brazo y cerraba los ojos cual gatito afectuoso.

—Solo se alegra de verte —respondió Brie.

—¿Y tú?

Una voz a sus espaldas le detuvo el corazón.

—¿También te alegras de verme?

Brie se giró cuando él ya había cruzado aquella distancia y la rodeaba entre sus brazos. Ese era su lugar. Allí nada podía pasarle. Nadie tenía voz ni voto para hacerla sentir pequeña y miserable. Al contrario, era más fuerte y valiente que nunca. Su sola presencia le devolvía el sentido de su vida y todas las innumerables inseguridades que la habitaban… simplemente se desvanecían tras una opaca cortina, casi haciéndola creer que habían desaparecido para siempre. Pero todavía quedaba mucho para eso.

Al final se separaron para mirarse el uno al otro. Y entonces, ella, aunque era la centésima vez aquel día, sonrió para él. Aidan enseguida comprendió que algo había cambiado en su expresión.

Aquella era una Brianna muy diferente. Ahora una hilera de dientes blancos asomaba de entre sus labios.

—¿Brianna?

—Al final sí que usaste tu milagro, aunque ha tardado en llegar.

—No he sido yo —reconoció él—. Pero igualmente me alegro por ti. Aunque no sé si me puedo acostumbrar a esta nueva imagen de Brianna Laidhart.

—¿No te gusta?

—Ya estás otra vez desconfiando. Estás… radiante.

Ella sonrió con mayor intensidad.

—Entonces, sí te gusta.

Él le tomó de la mejilla y la acarició con el dedo pulgar.

—Pues claro que sí, niña estúpida. Pero lo mejor… lo mejor es que no has perdido ni un ápice de tu esencia. Ahora echaré de menos esos hierros tuyos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya, seguro.

—¿Cómo te ha ido en la casa de Peter?

Su rostro se ensombreció al instante y después negó con la cabeza.

—Nada, prefiero olvidarlo.

—Te he echado de menos —declaró él.

—Yo también, pero he imaginado que estabas conmigo en todo momento y eso… lo ha hecho todo más ameno.

—Siempre. ¿Notas la conexión?

—¿El hilo invisible? —preguntó ella.

—Sí. El que nos une. Cada día lo noto más. Estás lejos, pero el hilo nos mantiene unidos.

—¿Si lanzases esa flecha podrías romperlo?

Él bajo la mirada y ella comprendió la respuesta.

—Vaya rollo ese el de flechas —resopló ella.

Aidan simplemente rio.

—Un auténtico rollo —coincidió él.

—La comida se va a enfriar. —La voz de Marxias los despertó de su propia ensoñación—. Como también mi paciencia.

El niño-ángel pegó un empujón a Jane y esta no tuvo más remedio que separarse por fin.

—Bruto —murmuró por lo bajo, levantando la barbilla con orgullo.

Marxias la ignoró y tomó asiento presidiendo el convite. Jane no lo pensó dos veces y se sentó justo a su lado. Aidan y Brianna se acomodaron a su alrededor, el uno pegado al otro. Marxias, entonces, dio unas palmadas e inauguró el banquete diciendo:

—Luz, no huyas de nosotros, sino cubre todas estas delicias creadas bajo tus rayos divinos. Concedemos el gozo y plenitud de tu gloria mientras las disfrutamos. *Ad'dohem*.

Dicho lo cual, Marxias tomó una servilleta y se la pasó por el cuello de su refinada camisa. Jane le imitó burlescamente solo para reírse de él.

—¿Qué significa «*Ad'dohem*»? —le preguntó a Aidan en un susurro.

—Es de la lengua de los ángeles. Significa «gracias a ti».

—¿Se estaba refiriendo a Dios?

—Es muy probable. Ahora no hagas más preguntas y come un poco, estás muy delgada.

Tomó un pedazo de pastel de chocolate y se lo estampó en la boca. Brie comenzó a toser al

haberse atragantado y, cuando se lo retiró con una servilleta, le miró con odio. Aidan, en cambio, solo se carcajeó.

—Sois peores que los niños —dijo Marxias poniendo los ojos en blanco, entonces captó una mirada reprochadora a su derecha—. ¿Qué? No te lo tomes como algo personal, listilla.

Jane ya se había puesto un trozo de gelatina en un plato y la absorbía directamente de la cuchara como le gustaba hacer, a pesar de que su anterior cuidadora, Cecil, siempre se lo prohibía por ser de mala educación.

—¿No te habrás enfadado? —le preguntó Aidan, mordiéndose el labio.

Brie simplemente le retiró la mirada, pues, aunque quería mostrarse orgullosa, el gesto de él la había puesto inevitablemente nerviosa.

—¿Brianna?

Ella tomó una suculenta uva morada y se la llevó a la boca. ¡Estaba exquisita! Debía de ser del huerto de Marxias. Pero antes de que se dispusiese a meterse un atracón de uvas, Aidan la paró robándole un beso inesperado y ella lo acogió.

—Puaj —rezongó Jane arrugando la nariz.

—Lo siento —dijo Aidan cuando se separaron—. Tenías todavía algo de chocolate.

Brie no pudo evitar enrojecer y, en un reflejo, le propinó un codazo por debajo de la mesa. A todo esto, él solo respondió riendo como habituaba hacer cada vez que la molestaba con sus descarados actos y comentarios.

Después se pusieron a comer, bromeando y comentando historias. Jane y Brie hablaron algunos hechos memorables de su infancia y Marxias acabó contándoles historias de los ángeles, y todos, incluido Aidan, le escucharon con atención. Se rieron ante las anécdotas más graciosas y guardaron silencio cuando el niño-ángel se emocionó al hablar de las mil y una maravillas del cielo.

Brie, cogiendo la mano de Aidan debajo de la mesa, se recostó contra su hombro para escuchar mejor al niño-ángel. De pronto, una sensación de embriaguez la recorrió de los pies a la cabeza. Sobre todo, cuando vio cómo se reía Jane y cómo ella también lo hacía, sin darse cuenta. Aquella pequeña reunión entre un ángel de la Tercera Orden desterrado, un ángel menor que enamoraba corazones, una humana que se reencarnaba y una niña particularmente inteligente, se había transformado en algo más. Sorprendida, descubrió que las dos palabras que mejor lo definían eran: reunión familiar.

Nunca jamás disfruto tanto de un Acción de Gracias como aquel. Donde solo había una atmosfera apacible y reconfortante, sino que ella podía ser, por primera vez, ella misma: sin ocultarse, sin miedo a las críticas. Donde Jane radiaba de alegría y nadie… nadie discutía, ni hablaba de frivolidades. Nadie le echaba en cara sus decisiones en su futuro. Ella era libre. Era feliz.

Cuando quisieron darse cuenta, habían probado todos los platos de la mesa y se repantigaban contra el respaldo de sus sillas, con el estómago a reventar. Contentos y satisfechos por la velada.

—Si como algo más, voy a explotar —dijo Jane.

Incluso Marxias también se había pasado y se abrazaba con sus bracitos la barriga. Jane, entonces, vio el último trozo de queso tierno esperando a que alguien se lo llevase de la tabla y así acabar con su terrible soledad. Estiró la mano y Marxias captó el movimiento.

—No lo hagas —la advirtió—. Morirás.

Pero Jane ya lo había capturado entre sus dedos y, abriendo la boca, lo dejó caer sobre su lengua.

—Increíble. ¿De verdad eres humana? ¿No serás un pequeño demonio del inframundo?

—*Quifzás* —respondió la niña con la boca llena, sonriendo.

Marxias no pudo evitar carcajearse y ella le acompañó.

—¡Está nevando! —exclamó Brie al fijarse en los pequeños copos que caían en el exterior.

Se levantaron súbitamente, corriendo las sillas en un ensordecedor sonido. Después se asomaron a los ventanales y observaron cómo caían grandes copos en el jardín de Avonshire.

—¿Cuajará? —pregunto Jane.

—Puede que en unas horas —respondió Marxias, sorprendiéndose a sí mismo, nunca solía mirar por las ventanas de su casa. ¿Qué había cambiado en él?

—¿No podéis hacer magia para que cuaje ahora? —pidió la vocecilla de Jane.

Todos rieron, incluida Brie.

—No somos magos —reconoció Marxias—. Pero… hay otra posibilidad.

Le miraron con desconcierto y el niño-ángel sonrió.

—Seguidme.

Brie, Aidan y Jane intercambiaron miradas de emoción. Marxias se retiró la servilleta y la dejó colgando de una silla, ellos le siguieron por uno de los pasillos. Estaba oscuro, pero el niño-ángel iba encendiendo las luces a su paso realizando chasquidos de dedos y Jane, que estaba a su lado, le miraba pletórica.

—¿Cómo lo haces?

—Ya sabes, magia —respondió él alzando las manos como un ilusionista de circo.

Entonces, echó a correr y Jane tardó dos segundos en reaccionar corriendo detrás de él por el pasillo. Aidan y Brie, cogidos de la mano, se esforzaron por seguirles el ritmo acelerando la velocidad. Todos sentían una apabullante curiosidad por ver a donde les conducía el amo de la casa, incluido Aidan. Brie ya estaba imaginando aquel posible *edoreas*, pero Jane no tenía ni idea de lo que les deparaba.

La puerta que Marxias escogió era blanca y ancha, con rombos y círculos de plata grabados. Giró el puño de cristal y una ráfaga de viento los inundó retirándoles el pelo de la cara. Al otro lado había un suave manto níveo que lo cubría absolutamente todo: desde los surcos de las colinas hasta unas montañas imaginarias a lo lejos, así como las gruesas y dobladas ramas de los abetos. Un sol crepuscular bañaba el cielo de tintes rosados y hacía parecer a la nieve un campo rosado.

—¡Es imposible! Mars tiene el Polo Norte dentro de su casa —soltó Jane haciéndoles reír.

Entraron, uno tras uno, y sus pies se hundieron en la nieve que les llegaba hasta un poco por debajo de la rodilla.

—Un segundo —les paró Marxias—. Necesitáis el equipo adecuado.

Justo al lado del arco de luz que formaba el marco de la puerta, había un mueble tallado en madera de pino. El anfitrión sacó de él unos abrigos, botas, guantes y pantalones adecuados, de todos los tamaños y formas. Jane se puso un abrigo pequeño morado que era el favorito de Marxias, pero este al final no dijo nada, porque estaba disfrutando verdaderamente como para ponerse irascible de nuevo. Después tomó unas manoplas con borlas de color rosa y naranja y un gorro con los mismos colores que tenía un pompón en la cabeza, muy gracioso, y le cubría las orejas.

Aidan tomó un abrigo grande de color azul oscuro con un patrón bordado de triángulos coloridos. Se puso además un gorro de piel ruso que iba a conjunto con su pelo y unas grandes botas de nieve.

Marxias al final se conformó con un abrigo gris un poco más grande que el que había cogido Jane y se puso unos guantes rojos que también le quedaban algo sueltos. Aidan le puso en la cabeza un gorro azul cobalto con dos pompones en cada extremo de la cabeza que hizo a todos carcajearse.

—Está superadorable —dijo Jane.

Marxias los miró con desdén.

Por último, Brie escogió un abrigo blanco con los puños negros y una raya en el pecho del mismo color. También se puso unos pantalones de nieve azul oscuro y unas manoplas grises.

—Estas para ti —le dijo Aidan, poniéndole unas orejeras de pelo suave.

—¡Yo también quiero unas! —refunfuñó Jane.

—Tú solo vas a recibir un bolazo de nieve.

Una esfera blanca sobrevoló sus cabezas y se chocó con el abrigo grueso de la niña. Ella chilló.

—¡Qué bruto! Ahora verás.

Se agachó para recoger una buena cantidad de nieve y la amasó con sus manoplas. Después, fue corriendo detrás del niño-ángel y este huyó, despavorido, colina abajo.

—Eh, esperadnos.

Brie y Aidan salieron detrás de ellos. Pero ella se escurrió y él se calló con ella rodando por la pendiente. Al final se pararon cuando dieron con un montículo blanco que había bajo un árbol. Cuando Brie fue a levantarse, recibió una bola de nieve en la cabeza.

—¡Au!

Aidan la tenía a tiro.

—¡Tú!

Se escondió tras el árbol y creó su propia arma para defenderse. Pero antes de descargar conta él, Aidan la encontró antes y volvió a caerle una bola de nieve. Brie gruñó, enfadada. Lanzó su arma entonces y Jane se interpuso, pues corría detrás de Marxias. Sin quererlo, comenzaron una batalla campal y Brie acabó huyendo hacia su derecha, bordeando la gran colina entre árbol y árbol.

—¿Brianna? —la dulce voz de Aidan la llamó.

«Esta vez no me engañas».

En cuanto le tuvo a punto de mira le propinó un bolazo como se merecía y este se dirigió hacia donde estaba ella escondida.

—Ya te tengo.

Brie gritó y se golpeó sin querer con la pequeña figura de Marxias, que se escondía de Jane. Se miraron desorientados un segundo y después echaron a correr cada uno en direcciones opuestas.

—¡Mars!

—¡Brianna!

Al final, no pudieron resistirlo más. Aidan la cazó infraganti y la llevó cargándola a su hombro colina arriba. Jane también encontró a Marxias y terminaron enzarzados en una lucha igualada que acabó con la rendición del niño-ángel.

—Vaya —dijo ella—. ¿Qué es eso que decías sobre que eras un ángel muy poderoso del cielo?

Él, sin aliento, replicó:

—Decididamente, eres un pequeño diablillo.

—Solo soy lista —se congratuló ella.

—¡Y una ingenua!

Marxias retomó la lucha propinándole un empujón a la niña y esta calló contra la nieve.

—¡JA!

El niño-ángel volvió a correr, esta vez colina arriba, donde se encontró a Aidan y Brianna, que habían llegado a un acuerdo de paz y estaban en la nieve recostados el uno contra el otro, observando el atardecer imperecedero.

—Parece que esa niña está acabando contigo —añadió mordazmente Aidan.

—¡Escondedme! Es peor que todos los demonios juntos.

—¡Ahí estás!

Jane corría velozmente y estaba a punto de atraparlo.

—¡*Socoogrr*…! —La nieve amortiguó sus palabras, Jane ya se había abalanzado contra él.

Brie y Aidan se reían observando cómo el conejo y la liebre se rebozaban por aquel manto de nieve. Se tiraban el uno al otro. Corrían. Caían. Más bolas de nieve. Risas ahogadas. Y vuelta empezar. Aidan jamás había visto a su amigo tan indefenso, pero tampoco tan… humano. Quizás la compañía de Jane estaba comenzando a transformale en lo que era en realidad: un niño.

Capítulo 34

Brie dormía. Aidan pensaba.

Aquel *edoreas* era uno de sus favoritos. De los que Marxias le había enseñado primeramente cuando se conocieron. Quería que Brianna lo viese, así que aquella tarde, después de clases, fueron a visitarlo.

Aunque no habían olvidado el increíble paraje nevado del otro día, este era su contrario, igual de hermoso, pero mucho más cálido. Al abrir la puerta uno podía acceder a una terraza blanca, amplia y colorida, con flores costeras, una hamaca color hueso que se sostenía por dos palmeras. Había una fuente de mármol en el centro, muy fresca, y detrás de ella un bancal que recorría toda la terraza y estaba acomodado con cojines y sillones. Detrás solo había una línea azul intensa que cubría todo el horizonte.

El mar.

Brillante y luminoso, gracias a los rayos de aquel sol imaginario que reflejaba el cielo de un azul más claro, pero igual de fulgurante. Parecía que ante ellos se abría la costa mediterránea: ardiente y vivificante. El sol no quemaba, sino que acariciaba todos los objetos, incluidos ellos, como un manto protector. Además, una brisa marina se levantaba cada varios minutos refrescándoles.

Se habían sentado en el bancal y, tras algunas palabras, se había quedado dormida en su regazo. Había sido una semana agotadora. No solo las clases, sino todos los conflictos en casa. Su madre se había marchado por una temporada para asistir a un retiro de yoga y purificación con una amiga, también como pretexto para estar alejada de su padre. En cambio, en cuanto a este, no había dicho nada y había cenado con ellas en silencio una noche.

Brie sobre todo sufría al ver a Jane tan triste. Ella estaba muchísimo más unida a su madre y no entendía por qué esta se había marchado durante tanto tiempo.

Aidan estaba al tanto de todo; ella se lo había confesado aquel día y, mientras observaba su dormir, buscaba una forma de poder ayudarlas. Al fin y al cabo, Brianna tenía que lidiar con su vida humana. ¿Habría sido más fácil si ella fuese un ángel como él? No, no podía estar seguro. Solo podía confiar en que los acontecimientos se habían dado de una determinada manera y ahora… ahora estaban juntos.

¿Podía ser más afortunado y desafortunado a la vez? Si aquel momento que entonces compartían era meramente transitorio, quería llevarse a Brianna a un *edoreas* secreto donde nadie ni nada pudiese perturbarles. Pretendía, efectivamente, escapar de la realidad. Pausar el tiempo. Así que capturó aquella imagen: Brianna, *su* Brianna, que dormía pacíficamente en su regazo, dejándose acariciar por el sol.

Parecía mentira que ella…, el alma que había sido destinada para encajar con la suya, se encontrase ante sus ojos. En el cuerpo de otra persona, una persona que él admiraba y conocía

cada día más.

Tenía miedo. Incluso más que cuando él descubrió quién era ella. Más incluso que cuando ella descubrió quién era él. Porque ahora, por primera vez en medio milenio, tenía algo que perder.

Sabía lo que era perderla una vez. ¿Pero de nuevo? ¿Podría soportar eso? ¿El cielo valía tanto como para renunciar a ella? ¿Como para entregársela a otro? ¿Qué acción era más egoísta? ¿Abandonarla para entrar al paraíso o quedarse con ella a pesar de que su corazón estaba destinado a otra persona?

Maldita sea.

«¿Qué debo hacer?».

Antes, la respuesta había sido siempre la misma: «Tu deber». Enamorar a la chica, lanzarle la flecha y vuelta a empezar. No había otra opción. Era el acuerdo que había firmado con su sangre. Donde no se le permitía sentir nada por nadie. Tampoco había creído que se diese la oportunidad. Había renunciado a esa… extraña posibilidad.

Se atrevió a palpar uno de sus mechones castaños que se levantaban al son de la brisa.

«¿Cómo han podido menospreciarte? Necios», le dijo en silencio.

Brie se revolvió cambiando de postura y él retiró su mano para cederle más espacio. Pero entonces ella abrió los ojos y se topó con aquel inusual resplandor que le envolvía.

—Y el sueño se hizo realidad —dijo en un susurro.

Aidan sonrió.

—¿No quieres seguir durmiendo?

—¿Acaso no sigo durmiendo?

Alzó una mano y alcanzó a tocarle la mejilla, él cerró los ojos ante el contacto.

—Sí, definitivamente, sigo durmiendo —confirmó ella.

—Quizás sea yo el que sueña despierto —confesó él—, y tú vives eternamente en mis pensamientos.

—Quizás.

—Sí, es lo más posible. De otra forma…

—De otra forma… —continuó ella.

—Cómo podría explicar la sensación que me deshace por dentro, lentamente. Me debilita, me incapacita y borra todo rastro racional dentro de mi ser. Y pensar que creí que no lo volvería a sentir.

—¿El qué? —preguntó ella sabiendo la respuesta, pero aun así instándole a decirlo en voz alta.

—Amor.

—¿No significa en griego…?

—Eros, sí, mi nombre profesional.

—Pensaba que era Aidaniel.

—Ese es mi nombre angelical. Pero soy Eros.

—Eres… Cupido.

Aidan sonrió.

—Suena ridículo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Suena imposible.

—Tú… tú sí eras imposible, sin embargo, estás aquí conmigo, después de tanto tiempo.

—Nunca pensé que podría enamorarme —confesó ella—, pero menos aún que fuera correspondida. Era algo que no entraba dentro de mis posibilidades.

—¡Qué tontería es esa! Todo ser humano tiene derecho a amar y ser amado.

—Pero yo no me creía lo suficientemente digna de ese honor. Quizás…, cuando me hiciese más mayor, habría acabado conociendo a alguien que tampoco tuviese confianza en sí mismo, con quien me habría resignado a tener una relación, que se basaría únicamente en satisfacer mutuamente nuestra soledad. Y le habría querido, sí, pero nunca le habría amado de verdad.

—Eso son meras especulaciones. Nadie sabe a ciencia cierta qué sucederá, solo los ángeles más poderosos que yo, los que trazan el plan divino. Ellos sabían que te encontraría, así lo quisieron; para ayudarte, pero también para ponerme a prueba.

—¿A prueba?

—Tengo que tomar una decisión.

—¿Qué?

Brie se reincorporó, turbada.

—Al final nuestro destino dependerá de mí.

—Creí que era una cosa de los dos.

—Brianna, por favor, cálmate —le pidió con dulzura.

—No, no te dejaré cargar con esa responsabilidad. No puede depender de ti el que acabemos juntos o separados. Es sencillamente injusto.

Aidan la tomó de las orejas y la miró a los ojos.

—De momento, te he elegido a ti.

—¿De momento?

—Si mi decisión te perjudicase de algún modo, si te condenase eternamente… ¿Qué debería hacer, Brianna?

—Contar conmigo, lo primero.

—Pero, por mi culpa, tu alma ha tenido que sufrir todo este tiempo mientras se reencarnaba.

—Tu alma también —concordó ella—. Por eso debemos estar juntos. Solo así somos felices, ¿no?

—A veces la felicidad no es la clave, Brianna, sino un peso más en la balanza de la vida.

Brie no supo qué responder ante aquello. Las palabras retumbaron en las cavidades de su mente mientras posaba su mirada de nuevo en las olas de aquel mar infinito.

—No te pongas triste —le pidió él—. Solo estamos hablando.

—Me cuesta confiar en ti.

—Como siempre.

—Siento que estás por encima de mí. Puede que sea porque tienes alas y eres inmortal, pero también me refiero en cuanto a conocimiento. Como si tú poseyeses más razón que yo en todos los aspectos y eso me impidiese a mí ser partícipe de las decisiones que debemos tomar conjuntamente.

—Brianna, ¿y si hubiese una persona allí afuera hecha para ti y yo te estoy impidiendo estar con ella?

—Tú eres esa persona.

—Yo no soy humano.

—¿Y qué?

—Viviré eternamente mientras que tú algún día morirás.

Brie estrujó el rostro, no le gustaba escuchar aquello, por muy cierto que fuese.

—¿Y no hay manera de que te vuelvas humano?

Él rio.

—Creo que la única posibilidad es entrando en el cielo, donde puedo renunciar a mis alas, pero no serviría de nada, porque ya no estaría más en la tierra.

—Entonces, ¿qué? ¿Has tomado ya la decisión de abandonarme?

—No, todavía no tengo ese valor ni esa determinación. Aún conservo mi parte humana más significativa: soy egoísta.

Brie puso los ojos en blanco. «Tanto que no me permites formar parte del rumbo de nuestro futuro».

—Sigo pensando que debería tener voz y voto dentro de esa decisión.

—Tranquila, tu sola presencia ya me imposibilita pensar con algo de racionalidad.

—¿Ah, sí? —dijo con ironía—. Vaya, eso es todo un alivio.

—Para ya.

Ella gruñó, separándose de su lado.

—Si al final me eliges a mí, ¿no superarás la prueba de los ángeles?

—No lo sé.

—Pues yo ya he tomado mi decisión —declaró ella—. Ya sabes cuál es. Avísame cuando tengas las ideas claras.

Brie se cruzó de brazos y él se aproximó a su lado.

—No te pongas así.

Ella le retiró la mirada con la barbilla alzada.

—En este momento, yo también comparto tu decisión, Brianna. Luchar juntos por encontrar una forma, una salida, una posibilidad que cada día… descubro que es más difícil de encontrar. Pero también debemos ser realistas, plantearnos la otra cara de la moneda. Marxias cree que lo más posible es que nos descubran y nos separen. Yo vaya de vuelta al limbo y tú, bueno, lo que te dije: alguien que termine mi trabajo. En el caso de que también se te condenase, cargaré con la entera culpa. Les diré que no fui capaz de lanzarte la flecha, que tú estés enamorada de mí es perfectamente comprensible, si nos ceñimos a los hechos.

—En ese caso, tú saldrías perdiendo.

—Ya lo perdí todo una vez, lo superaré.

—No podrás ir al cielo por mi culpa.

Ahora Brie comprendió que realmente se equivocaba. Ella también era egoísta. Le estaba pidiendo a Aidan que renunciase a todo por ella. A su salvación, aquella que se había ganado durante quinientos años. Todo por… ¿amor?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por pedirte que luches conmigo, o bien… que luches por mí y que, si perdemos, tengas que cargar con el peso de las consecuencias. No lo permitiré.

—Yo no permitiré que lo cargues —le dijo él con absoluta sinceridad.

—Pero debería, debería cargarlo de igual modo que tú, eso sería lo justo.

—La vida no es siempre justa, Brianna, pensé que ya lo sabías.

—Lo sabía, pero si depende de mí que sea más o menos justa, no dudes ni un segundo, Aidan Grivaldi, de que tomaré mi carga correspondiente.

Él sonrió.

—¿Qué pasa?

—Tus ojos, han brillado al decir eso —confesó él.

—Es porque creo de verdad en lo que digo.

—Lo sé, acabo de descubrir eso en ti.

—¿El qué?

—Que eres imparable, Brianna Laidhart.

—Bueno, no exageres, solo soy un alma reencarnada que se ha pasado toda una eternidad buscándote.

Él sonrió.

Marxias abrió la puerta del salón esperando encontrarse al otro lado el limbo. Sin embargo, se topó con Jane y, detrás de ella, el cuarto de Brianna.

—¡Tú!

—Oh, menos mal que has abierto la puerta, se me había cerrado en las narices y no podía entrar a tu salón.

—¡Oh, no! Tú te quedas donde estás.

Pero Jane no estaba dispuesta a que le volviesen a cerrar la puerta, así que tiró de la manga del traje del niño y lo metió de lleno en la habitación, era la única manera de poder colarse dentro de su salón. Forcejearon alrededor de la estancia y cayeron al suelo en un golpe seco.

—¿Brianna? —la voz de su cuidadora Cornelia se escuchó al otro lado del pasillo—. ¿Estás bien?

Jane sabía lo que venía a continuación. Pegó una patada a Marxias en el estómago y este rodó hasta quedar oculto debajo de la cama. Al segundo se puso en pie y cerró la puerta mágica que había a sus espaldas.

—Ah, eres tú, Jane —dijo la voz de Cornelia cuando asomó por la puerta—. ¿Todo bien?

—Sí, solo estaba saltando en la cama y me he caído, pero estoy bien.

—Oh, entiendo, ten cuidado.

—Sí, descuida.

Cornelia cerró la puerta. Jane suspiró aliviada.

—Ya puedes salir.

Marxias se reincorporó de su escondite y se planchó el traje arrugado con las manos.

—Eso ha sido de muy mal gusto.

Jane no dijo nada, simplemente se rio al verle tan vulnerable.

—Me marcho ahora, mis…

Pero el portal estaba cerrado, al otro lado solo estaba el baño privado de Brianna.

—¡Tú! Has cerrado la puerta, ¡te mataré!

Jane chilló. Cayeron sobre la cama y cada uno tomó un cojín para defenderse. Después de varios porrazos y de correr en círculos por la habitación, se tomaron un descanso.

—Realmente sacas lo peor de mí.

—Ah, ¿entonces hay algo bueno en ti? —se mofó ella.

Él la miró achinando los ojos.

—Cuida tus palabras.

Jane le sacó la lengua. Él le enseñó el puño como advertencia.

—Bueno, abre el portal, ¿a qué esperas?

—No puedo —confesó él—, no tengo ninguna llave.

—Oh —exclamó ella, no esperaba esa respuesta, había sobrevalorado la magia.

Entonces se instaló una idea descabellada en su cabecita, una que le gustó.

—¡Te quedarás conmigo hasta que vuelva Brianna!

Él la miró horrorizado.

—No, no, no.

—¿Tienes otra opción?

—Encerrarme en el baño para perderte de vista.

—Va a ser que no.

Ella se levantó situándose frente al baño. Puso las manos en jarras.

—Puedo contigo.

—Antes se ha demostrado lo contrario.

Marxias lo sopesó. ¿Tenía fuerzas suficientes para otra ronda? ¿De dónde sacaban su energía los niños? Eso sí que era sobrenatural.

—Oye, parece que no tienes muchas opciones, ¿por qué no vienes conmigo y te enseño mi habitación?

Él gruñó.

—Brianna volverá en unas horas.

«Bastantes horas, si es que siguen en un *edoreas*», matizó él en su mente.

—Está bien.

—¡Yujuuuuu!

—No te emociones, ahora yo soy tu invitado, tendrás que tratarme como un rey.

Ella rodó los ojos.

—Vale, principito, le diré a Cornelia que preparé chocolate caliente.

Le tomó de la mano y tiró de él hacia el pasillo. Su habitación estaba al otro lado, justo enfrente de la de sus padres. Era casi igual de espaciosa que la de Brianna y sus ventanas daban a la entrada principal. Las paredes eran de un color amarillo suave y acogedor. La colcha era muy bonita: con rombos rosados, verdes, blancos, con flores y otros patrones. En una esquina tenía todavía algunos juguetes, aunque a cada día les prestaba menos atención, se estaba haciendo mayor. Tenía un escritorio también, solo que algo más desordenado, lleno de pinturas, acrílicos, rotuladores, ceras y marcadores que le había robado a Brianna. Pero lo que más le sorprendió a Marxias fueron las plantas de interior que albergaba, algunas ocupaban estanterías como pequeños cactus o siemprevivas, otras su mesilla de noche o bien se dejaban caer desperdigadas aquí y allá.

—Así que sí es verdad que te gustan las plantas, ¿no te ahogas por las noches?

—Los conductos de ventilación que instalaron para mí mueven el aire para que no me quede sin oxígeno —esclareció ella.

«Tú eres la verdadera princesita», se dijo él en su fuero interno.

—Ven, tengo que presentarte a todos.

—¿Qué? ¿A quiénes? Sabes que no me gustan los humanos, mucho menos las aglomeraciones de personas.

Jane puso los ojos en blanco como riéndose de él.

—Estos son por orden; Ana Vaqueca, Kadi, Madi, Sudi, Mimi, la señora Susan, Wedi y… —Tomó un conejo de peluche algo desgastado—. Mr. Samsam.

—¿Alguno más que termine con «di»?

—Marsdi, en tu honor, lo nombré el otro día cuando me la trajo papá.

En la mesilla había un hada con grandes alas de mariposa que al tocarla se movían rítmicamente.

—Ella también tiene alas.

—Muy graciosa.

Marxias no podía creer que le hubiesen comparado con un hada. ¡A *él*! Un ángel de la Tercera Orden, un absoluto despropósito.

—Pero tú eres más guapo, si te sirve de consuelo.

—Oh, sí, lo soluciona todo. ¿Dónde está ese chocolate caliente que se me había prometido?

Jane soltó un gruñido. Marxias se comportaba como un niño malcriado y tonto. Pero, a pesar de todo, le caía bien.

Tuvo otra idea.

—¡Vayamos a Wendy's!

—¿Qué? ¿A dónde?

—Ya lo verás, te encantará. Te dejaré un abrigo.

Se colgó un monedero con forma de flor a modo de bandolera y después fue al armario.

—¿Vamos a salir? ¿Al mundo humano? No quiero…

—¿Tienes miedo?

¿Hacía cuanto que iba al mundo humano? ¿Veinte años? Normalmente intentaba salir cuanto menos mejor, pero cuando lo hacía era estrictamente porque necesitaba algo que no pensaba comprar en el Mercado de Todo y Nada, sobre todo por sus desorbitantes precios. Solía adquirir un ejemplar de algún escritor célebre o algún invento nuevo del que había oído hablar. ¿Cómo habría cambiado el mundo durante aquellas dos décadas?

Jane le tiró varios abrigos que lo sepultaron. Al final le dejó un plumas blanco que solo tenía la cremallera rosa y parecía más o menos de chico. Ella se puso el suyo de siempre, uno azul marino oscuro con tonos esmeralda en la capucha y las empuñaduras. También se vistió con un gorro de rayas con pompones y le dejó uno más neutro a él, de color negro.

Marxias se negó a ponerse nada, pero ella ya había tirado de él y lo había vestido forcejeando. Al final no tuvo más remedio que resignarse ante la tortura.

Jane sabía que su madre todavía no había vuelto a casa del retiro y su padre volvería muy entrada la noche. Así que fue directa al garaje y sacó su bicicleta. A Marxias le prestó la de cuando Brianna era pequeña que, aunque era un poco más antigua, todavía se conservaba en buen estado. Ella no la había utilizado todavía porque le quedaba algo grande, pero a Marxias le quedaría perfecta.

—¿En bicicleta? ¿Acaso no habéis creado los humanos máquinas sobre ruedas?

—Tengo nueve años, no se me permite conducir —se defendió ella—. Además, no estamos tan lejos, a unos quince minutos en bicicleta del pueblo.

—¿Pueblo? —preguntó consternado.

—Sí, ¿dónde pensabas que íbamos a ir?

—Yo no voy a ninguna parte. Brianna volverá…

—Dentro de horas —repitió ella—. No seas más cascarrabias y sube de una vez.

Quería negarse rotundamente, estaba en su derecho. No quería relacionarse con humanos más de la cuenta. El mundo terrenal no estaba hecho para él. Pero también… tenía curiosidad. Como un sentimiento dentro de él que lo instaba a ver el exterior. Le habían llegado rumores: el mundo se estaba aligerando en cuestión de años, todo iba a una velocidad vertiginosa. El desarrollo de la tecnología, el transporte, las energías renovables… Tenía que verlo con sus propios ojos.

Se subió a la bicicleta después de unos minutos meditando. Jane sonrió.

—Volveremos enseguida —le prometió—. Y tú no te alejes de mí, podrías perderte.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Jane comenzó a pedalear y él la siguió, aunque algo más torpe.

—¿Sabes montar en bicicleta?

—La última vez que monté en una, tenía una rueda enorme delantera.

—Ah…

Después de probar varias veces a dar vueltas por la pequeña rotonda que había frente a la casa, al final se vio preparado. Entonces salieron a la carretera tomando el arcén peatonal.

—Oye, ¿no deberías avisar a tus padres de que te vas? —dijo la voz de Marxias a sus espaldas.

—No están en casa. Pero le escribiré un mensaje a mi cuidadora con el móvil.

«¿Con el móvil?», se preguntó extrañado Marxias.

Siguió a Jane, que se desenvolvía con seguridad mientras bajaban a toda velocidad la pendiente, de curva en curva. Se sabía el camino, de eso no había duda. Entonces, solo cuando también él se sintió más seguro, se permitió echar un vistazo por primera vez al valle de Deerwoods.

Sí, debía reconocer que era bastante bonito, aunque se encontrase ciertamente entrado en el invierno e hiciese un frío casi insoportable. Pero otro elemento captó su atención a su izquierda. Los coches que pasaban. Uno tras otro, en una y otra dirección. Eran muy modernos, demasiado modernos. ¿Todos los coches eran así ahora en el mundo terrenal o solo en Deerwoods? Había un BMW, un Audi, un Porsche, un Mercedes-Benz, incluso un Mustang que le dejó pletórico.

—¿Todo bien ahí atrás? —le preguntó Jane.

—Creo que sí.

—¿Qué?

—¡Síííí! —dijo él gritando para que le escuchase.

—Guay.

Llegaron al pueblo enseguida y transcurrieron por las calles concurridas. Marxias miraba a un lado y a otro. La gente vestía de un modo irrisorio y desagradable que verdaderamente no le agradaba. «No se puede comparar con la elegancia victoriana, desde luego». También se fijó en algunos escaparates, negocios, un supermercado… Todo tenía una estética diferente que no sabía muy bien cómo encajar en su diacrónica mente.

Jane se bajó de la bicicleta y él la imitó.

—Juntaremos mi candado a tu bici —dijo ella cuando se pararon frente a una farola.

Como ella había dicho, aparcaron sus bicicletas y las encadenaron. Después, Jane echó a andar por la acera con naturalidad y él la siguió, todavía confuso y aturdido por su alrededor. Había demasiado ruido. «Humanos», se dijo.

Cuando pasaron por delante de uno de los escaparates, Jane soltó un sonido de exclamación y pegó sus manos al cristal.

—¡Ese juego es nuevo! Ven, tenemos que probarlo, luego iremos al Wendy’s.

Tiró de su mano, como ya habituaba a hacer, y se metieron dentro de aquel salón de juegos. En su interior había otros niños jugando en diversas máquinas expendedoras, al futbolín, el *hockey* de aire, incluso una que simulaba una pequeña cancha de baloncesto. En el fondo había además varias pistas para jugar a los bolos.

«Demasiada gente», reiteró el niño-ángel inspeccionando a los niños ruidosos de su entorno.

—¡Sí! —gritaba uno—. Le he dado una paliza.

Pium. Pium. Pium.

Tiriri. Tiriri.

Punch. Punch.

«Ganador».

«Lo siento, has perdido. Inténtalo de nuevo».

—«Ángeles y demonios» —leyó la niña.

Marxias, algo más intrigado le prestó atención. Delante de él tenían un juego sobre los ángeles, los buenos, que mataban a los malos, los demonios. Se rio internamente.

«Qué graciosos los humanos, aun nadando en su ignorancia, crean cosas del todo particulares».

Jane metió una moneda de cincuenta centavos. Eligió un personaje femenino: Alastra, un ángel con el pelo rubio largo y una armadura plateada. Marxias puso los ojos en blanco. Era una imagen totalmente distorsionada, a su parecer, de los ángeles.

Ella comenzó a jugar. Y no se le daba mal para ser su primera vez, pero después de derrotar a varias criaturas con cuernos perdió la batalla contra un demonio alado.

—Maldita sea, casi lo tenía. ¿Quieres probar?

Marxias se lo pregunto a sí mismo. ¿Quería jugar? ¿Cuántos años tenía? ¿Dos milenios u once años? Interesante pregunta.

—Bueno, mientras te decides, voy a continuar. Pero si quieres jugar a otra cosa. —Le tendió su monedero, lleno de calderilla.

—Es tu dinero.

—Eres mi amigo. Y tengo suficiente para los dos.

Marxias no supo qué contestar, pero inconscientemente tomó un puñado de monedas. Iba a jugar.

Buscó por toda la tienda una máquina que valiese la pena, pero siempre lograba encontrar alguna pega a cualquier juego. Al final escogió uno que consistía en planear un avión virtual que había llamado del todo su curiosidad. Era bastante entretenido, aunque si no controlaba bien el volante podía caer a tierra y perder. Precisamente fue cuando alguien le propinó un empujón que el avión se desestabilizó perdiendo la partida.

Se dio la vuelta y vio al niño que acababa de golpearlo al pasar.

—Niño, me has movido —le increpó con voz desafiante.

El muchacho se giró y le miró con extrañeza, desde luego que Marxias iba vestido algo ridículo para su *edad* debajo de aquel abrigo de cremallera fucsia.

—No es verdad.

—Sí lo es —reiteró el niño-ángel.

—¿Y?

Marxias dejó la máquina a un lado. No pensaba dejar que ningún humano, menos un niñato maleducado le levantase el tono.

—Pide perdón.

—No —soltó con sequedad.

—Ahora mismo —le exigió, sin abandonar su compostura, aunque le sorprendía en qué modos le respondía aquel niño.

—¿O qué?

—Mars —lo llamó Jane.

—Estoy aquí —dijo sin retirar sus ojos negros de aquel niño y cruzándose de brazos.

Jane apareció a su lado y, al ver al muchacho que encaraba a Marxias, dijo:

—¿Dylan?

«¿Dylan?», se dijo Marxias sorprendido.

—Jane —respondió el niño.

Marxias enseguida captó cómo Dylan se ponía nervioso. Puede que a Jane no le gustara Dylan, y con razón, pero a él sí le gustaba la niña. Marxias rio en su interior.

—¿Qué haces con él?

—Mars es mi amigo —dijo tomándole del brazo.

«¿Y ahora qué, niñato bobo?», se regodeó el niño-ángel.

—Está claro que no piensas pedir perdón —le dijo.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Jane.

—Nada —se defendió Dylan—. Pero lo siento.

«Así me gusta, los modales ante todo», le respondió Marxias. Después le sonrió con suficiencia y se tomó la libertad de tomar la mano de Jane.

—¿Por qué no me enseñas otro juego? —le pidió, con una cortesía que no había utilizado con ella quizás… ¿nunca?

Ella sonrió.

—Nos vemos, Dylan.

—Adiós —dijo este, marchándose algo enfadado.

Jane y Marxias fueron a probar otras máquinas. Jugaron por parejas, probaron algunos tiros a la canasta y también los simuladores de vehículos. Tenía que reconocer que se lo estaba pasando bien después de todo. La verdad, no se reconocía en absoluto. Por unos segundos, Marcel dejó de controlar sus pensamientos y el niño, el que no era ángel, se apoderó de todo su ser.

—Mátalo, mátalo —le decía Jane cuando probaron de nuevo *Ángeles y demonios*—. Vamos, tú puedes, estamos a esto, a esto de conseguirlo…

—No me des-con-centres —respondió él con mordiéndose la punta de la lengua.

Marxias atacaba con todas sus fuerzas contra el gran demonio negro, seguramente una representación de Satanás. ¡Qué importaba! ¡Solo quería matarlo!

Pam.

El demonio rugió y explotó. Lo había conseguido.

—¡Sí! —gritaron a la vez.

Se abrazaron de alegría dando saltos. Después sus ojos regresaron a la pantalla.

—Oh, mira. Hemos pasado de nivel.

Pero el siguiente nivel fue mucho más difícil y terminaron dándose por vencidos.

—Ya será otra vez. Hemos trabajado suficiente contra todos esos demonios —dijo ella—. Menos mal que en mi equipo tengo un ángel de verdad.

El aludido levantó las cejas con una sonrisa complaciente.

—Vámonos a Wendy’s —propuso ella.

¿Wendy’s? Se le había olvidado por completo a qué habían ido en realidad.

Se marcharon corriendo y, una vez fuera, solo tuvieron que cruzar la calle, pues al otro lado estaba una cafetería reformada con un estilo *vintage*, muy propio de los años sesenta, como dedujo Marxias. Dentro había solo puro colorido en luces de neón y unos asientos mullidos que daban a la calle. Se sentaron en uno de ellos. No tardó en llegar una camarera rubia que les puso dos cartas sobre la mesa y se marchó.

Mientras Marxias observaba la sección de batidos con el ceño fruncido, Jane sacó su teléfono móvil táctil y comenzó a escribir un mensaje de texto a Cornelia.

—¡Qué cosas tan raras! ¿Estás segura de que algo de aquí sabrá rico? Es artesanal, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Todo está bueno, pero deberías pedir el Banana Split. Yo siempre lo pido, pero esta vez me apetece un gofre con helado —dijo todo esto con la mirada todavía puesta en la pantalla.

—Oye, ¿qué es eso?

—¿Esto?

Él asintió.

—Mi móvil. ¿Nunca has visto uno?

—Hace veinte años que no visito el mundo humano.

La mandíbula de Jane se desencajó casi rozando la mesa.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No creí que fuese importante.

—Hace veinte años yo no existía.

—Buena apreciación —concordó él.

—Entonces, ¿nunca has visto uno de estos?

Él negó con la cabeza.

—Pues te va a encantar, son una maravilla, lo tienen todo. Este en concreto me lo dio mi madre cuando se cambió de móvil, es un iPhone 6. Antes era muy moderno, ahora hay modelos mejores. Aun así, es un buen móvil.

Marxias la miró confuso, todo aquello era demasiado nuevo para él. Por eso, después de que les tomaran nota, Jane comenzó a enseñarle a Marxias todas las funcionalidades dejándole asombrado.

—O sea que tienes Internet ahí dentro y una calculadora, una cámara, música, una brújula —dijo cotando con los dedos.

—Un traductor de idiomas.

—Un traduc… ¿qué?

—Es un programa que te lo traduce todo al instante, al idioma que quieras.

—¿El que quiera? —preguntó sorprendido.

Ella asintió.

—¿Dialectos angelicales incluidos?

Ella levantó una ceja de pura incomprensión.

—No —supuso él—. Esos siempre me darán quebraderos de cabeza para traducirlos.

—Deberías tener uno, es muy útil.

Marxias lo sopesó frotándose la barbilla. Sí, era útil, en efecto. Pero… no sabía por qué, le gustaba aún el modelo tradicional de hacer las cosas. Un tipo anticuado como él… teniendo uno de esos. No, no concordaba con su forma de vivir.

—Quizás tenga que esperar veinte años más para forzarme a utilizarlo.

—Como quieras.

La camarera les trajo los dos batidos de chocolate que habían pedido, montados con nata y una cereza glaseada, además de una pajita que se enroscaba repetidas veces. Luego dejó sobre la mesa un Banana Split y un gofre de chocolate caliente con Nutella y nata. Jane se relamió la lengua.

—Bien, acabemos con esto —decretó Marxias y pegó un sorbo a su batido.

Sí, en efecto, era algo artificial. Pero tenía que reconocer que estaba bueno. La verdad es que le agradaba más de lo que habría esperado. El Banana Split también le sorprendió, aunque lo que más le gustó fue cuando Jane le dejó probar su gofre. Ella había acertado de lleno: la conjunción

de la masa caliente con el chocolate fundido y la nata fría era simplemente magistral. ¡Le encantó!

—Entonces —dijo él ahora con algo más de curiosidad sobre Jane—, ¿dónde están tus padres?

A Jane se le oscureció un poco el semblante, pero de igual forma respondió con su habitual tono alegre:

—Papá está ahora trabajando en la ciudad y viene como unos cuatro días por semana, si no está viajando, claro. Mamá se ha ido de retiro espiritual con sus amigas.

—¿Retiro espiritual?

—Sí, ya sabes, para meditar y esas cosas. Dice que necesita despejar su mente y volverse más positiva. Pero no te preocupes, no es el primero, una vez estuvo en uno que duró un mes.

—¿Un mes? ¿No debería estar cuidándoos? Bueno, cuidándote, Brianna ya es mayorcita.

—Brie me cuida, aunque antes, cuando mamá se marchaba, nos quedamos con mi abuela, porque papá…

—Sí, trabaja mucho —terminó él por ella.

Jane asintió absorbiendo lo que quedaba de su batido.

Marxias se quedó pensativo. No le gustaba lo que le había contado Jane. Le enternecía el corazón de una manera impropia en él. Ahora entendía por qué quería ir a verle continuamente a Avonshire para molestarle.

Jane estaba completamente sola. Pero no era la única, él también lo estaba, desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 35

Después de merendar en el Wendy’s cogieron las bicicletas para regresar a la casa, pero se puso a llover y, cuando Cornelia les abrió la puerta, estaban completamente empapados como dos magdalenas sumergidas en un vaso de leche. Profirieron algún que otro estornudo y sus dientes castañeaban tanto que hacían temblar hasta el cristal de los cuadros.

—Es un amigo —había explicado Jane, a lo que Cornelia le sonrió.

Después pusieron sus ropas en la secadora y Jane le dejó una camiseta blanca y unos pantalones de pijama a Marxias.

Brie todavía no había regresado, así que se quedaron en su cuarto resguardados bajo tantas láminas de mantas como capas de una lasaña. Cornelia, además, les trajo una bandeja con dos tazas de chocolate caliente. Aquella bebida le gustó a Marxias incluso más que el batido de Wendy’s. Tenía la espesura idónea, pero también la perfecta temperatura para hacerles entrar en calor.

Jane propuso poner una película en la pequeña televisión que tenía instalada su hermana en la pared. No llegaron ni a la segunda parte de la trama, cuando se quedaron profundamente dormidos. El primero en caer fue Marxias, quien aquel día había realizado demasiado ejercicio para su gusto. Le dolían las piernas de pedalear y los brazos de pelear con Jane. Ella, en cambio, se quedó unos minutos observándole con curiosidad. No todos los días se podía admirar a un ángel tan de cerca. Quería saber qué secretos escondía para que no se le pudiese considerar enteramente humano. ¿Habría perdido sus alas para siempre o simplemente estaban escondidas y aprisionadas tras su pequeña espalda? Su tez, por ejemplo, era inmaculada, como una piedra blanca moldeada por la corriente de un río. Ningún ser humano tenía la piel tan limpia y luminosa.

También se atrevió a tocar sus rizos azabaches y los enroscó en su dedo índice. ¡Cómo le gustaba su pelo! Le habría encantado tenerlo como el suyo.

Pero al final, cuando se cansó de contemplarle, apoyó su cabeza contra la de él y cerró los ojos. Fue después de que oscureciera cuando Brie, al abrir la puerta-portal del salón de Avonshire, se los encontró, recostados el uno sobre el otro.

—Aidan —le llamó.

—¿Qué pasa?

—Tienes que ver esto. He encontrado a Marxias.

Se asomó a la puerta y, al ver el panorama, se asombró tanto como ella.

—Son adorables —añadió Brie con ternura—. ¿Qué hacemos?

—Me llevaré al pequeñajo en mis hombros.

—¿Y separarlos?

Aidan ladeó una sonrisa.

—Parece que al final sí se llevan bien, después de todo.

—Sí —concordó ella.

—¿Qué habrán estado haciendo?

Brie se fijó en la televisión encendida, donde solo se veían pasar los créditos de una película. En su mesilla había una bandeja con dos tazas con restos de chocolate resecos.

—Sí que se lo han montado bien.

—Deberías hacer los deberes —le recordó él cambiando de tema de conversación—. No puedes dejar desentendida tu constancia escolar por pasarte toda la tarde conmigo.

Brie rodó los ojos.

—Hablo en serio, Brianna. —La atizó con la mirada—. Me llevo a Marxias, pero, por favor, haz tus tareas.

—Vaaale —aceptó ella de mala gana.

Él se aproximó a la cama para, muy sigilosamente, retirar a Marxias del amarre de Jane. Ella se revolvió al principio, pero después se agarró a la almohada y se calmó. Al final se cargó a Marxias sobre la espalda y este recostó su cabeza contra su camiseta con la boca entreabierta, manchándole con su saliva. Antes de marchase por el portal, Aidan se acercó a Brie, encorvado.

—Lo sé, mis tareas —repitió ella de mala gana.

—Solo iba a darte un beso de buenas noches —aclaró él en su defensa.

Brie se puso a su altura para aceptar aquel suave roce en los labios. Cuando se separaron, él aprovecho para decir:

—Pero, sí, haz tus tareas, Brianna Laidhart.

—Vete de una vez —le reprochó ella.

Él sonrió, había conseguido picarla y eso le encantaba.

—Nos vemos mañana.

—Sí, venga, adiós —respondió ella irritada, aunque en realidad solo se reía por dentro ante las ocurrencias de Aidan.

Él la miró una última vez y después cerró la puerta.

Brie se quedó en silencio durante un minuto, pensando en él y especialmente en aquella agradable tarde en el *edoreas* mediterráneo con vistas al mar. Si bien habían tenido una breve discusión sobre su futuro, reconocía que Aidan tenía razón en muchas cosas, sobre todo en la parte de ser realistas ante la situación.

¿Cuánto tiempo y esfuerzo habían dedicado él y Marxias durante los pasados días para encontrar una pista o laguna? Revisando libros, manuales, preguntando a otros seres celestiales… Y nada. Absolutamente nada. Como si su caso fuera único en el mundo. Porque lo era. A nadie antes le había pasado algo de tales dimensiones. Precisamente por eso, le hacía plantearse el porqué. ¿Por qué ellos? ¿Por qué de todas las personas del mundo Aidan era Eros? Y ella… la última persona en su lista. ¿Por qué debía querer a otra persona a la que no conocía todavía? ¿Por qué sus almas se habían encontrado en aquella fracción efímera de tiempo? ¿Para qué? Si al final iban a estar separadas igualmente.

¿Por qué todo era tan complicado? ¿Por qué la vida lo era?

Miró a Jane. Dormía despreocupada sobre sus sábanas y, por un segundo, quiso ser ella. No tener ningún obstáculo que afrontar, ni decisión que tomar. El arrepentimiento enseguida la inundó por haberse siquiera planteado el no ser quién de verdad era. Aidan le había dicho una vez no hacía mucho tiempo, que todos tenían su cruz, su carga correspondiente durante su vida hasta su muerte, incluida la propia Jane.

—Te he encontrado —le susurró en la biblioteca, después le enseñó el libro abierto, señalando un personaje en concreto: un niño alado en lo alto de la *Primavera* de Boticelli, que apuntaba con un arco con los ojos vendados.

—Brianna, deja de distraerte y continua el… —Enfocó la mirada—. Ah. Muy graciosa.

—Esto sí que es gracioso. ¿Puedes explicarme porque no tienes el aspecto de un niño regordete? ¿No se supone que ese es el verdadero Cupido?

Él la miró con expresión cansina, muy parecida a la que utilizaba con frecuencia Marxias.

—¿Vamos a tener esta conversación?

—Responde a la pregunta —le instó ella.

—¿Cómo se supone que voy a enamorar a nadie con el aspecto infantil de un querubín entrado en carnes?

Ella sopesó su respuesta.

—Sí —admitió—, sería un poco raro si un niño intentase conquistarme.

—Vuelve al ejercicio, por favor —le pidió él.

—Vale, pero responde otra pregunta. ¿No se supone que Cupido es un dios de la mitología griega? ¿Qué pasa? ¿Los ángeles se quedaron sin ideas y se lo robaron a los griegos?

—¿Si te doy una descripción detallada de lo que soy te callarás y seguirás con tu tarea?

—Es posible.

Aidan cerró el libro que estaba simulando leer superficialmente.

—Antes de convertirme en Eros, tuve que saber quién era Eros. Y lo cierto es que ha existido desde tiempos inmemoriales, pero nunca ha sido la misma persona. Yo tuve la suerte de que mi predecesor había terminado por fin con su lista. Había llegado a la última. Por eso se me ofreció el trabajo. Digamos que había una vacante libre y yo… En esos momentos era algo así como un fantasma que deambulaba perdido por el limbo. Un día un arcángel me encontró en el mercado. Le parecí un buen candidato y me llevó a la comuna de los cielos, junto a otros aspirantes. Como podrás intuir, al final yo me llevé la plaza. Y durante cuatro meses tuve que aprender muchas cosas antes de que me concediesen las alas. No le dejan convertirse en ángel a todo el mundo.

—Sí, no es algo que ocurra todos los días —concordó ella.

—Me pareció un trabajo fácil al principio. Pero después se demostró lo contrario. Cada chica es diferente; no hay ninguna que sea igual que la anterior, ni que se vaya a enamorar de ti de la misma manera. Quizás sí recibí algún empujoncito. Como mi apariencia física, mis dones, milagros, la persuasión de mi voz…

—Sé a lo que te refieres.

Él fingió sentirse avergonzado.

—Pero al final —concluyó— siempre acaban enamorándose de mí. Así está escrito. Aunque es solo por un breve periodo de tiempo, pues yo no espero mucho más para lanzar la flecha. Y solo entonces rompo el vínculo que he creado con ellas y en su lugar creo otro que las une a la persona correcta. Para siempre.

Brie estrujó el ceño. No le agradaba demasiado aquella parte de la historia, prefería mil veces más que Aidan se la saltase.

—En cuanto a lo de los griegos —retomó él—, en toda mitología siempre hay un poco de verdad. ¿De dónde crees que tomarían su inspiración?

—¿Hay más como tú?

—Bueno, ya conoces a Anteros…

Ella asintió.

—… y Afrodita.

—¿Afrodita?

—Es mi versión femenina.

Brie levantó una ceja.

—Espera, entonces, ¿ella enamora a los hombres?

—Correcto.

Brie soltó un sonoro «Umm», como si hubiese comprendido a la perfección el rol de Afrodita.

—¿La conoces?

—Sí —respondió al segundo—. Pero hace mucho tiempo que no sé de ella. Una vez cada muchos años se nos convoca en la comuna de los cielos para presentar un informe sobre nuestros progresos. En uno de esos encuentros tuvimos oportunidad de conocernos todos. Anteros fue mi amigo por aquel entonces, después…, ya sabes el resto.

—Vale, pero ¿cómo funciona eso de la lista de chicas? Es que no lo entiendo. ¿Está en papel?

Aidan se tocó con el dedo índice en la frente.

—¿Está en tu mente? —inquirió ella.

—Uno de mis dones, como a mí me gusta llamarlo, es un *sexto* sentido. Puedo conectar con la siguiente persona en mi lista. Así la encuentro a lo largo del mundo.

Brie sopesó su propio caso. Aidan había aparecido en Osborne de un día para otro, hacía ya meses. Pero no se había acercado a ella en una primera instancia.

—Pues conmigo no debió de funcionar, fuiste a por Virginia.

—Ya te expliqué que me equivoqué.

—¿Por qué? ¿Te había pasado antes?

Él negó con la cabeza.

—Solo contigo. Supongo que puedes imaginarte la razón.

—Tengo otra pregunta.

—Al final no vas a estudiar, ¿verdad?

Ella lo ignoró y preguntó bajando el tono de voz:

—¿Alguna vez te has enamorado de alguna de las chicas?

Aidan sonrió, como burlándose de ella.

—Estás celosa —lo dijo más como una confirmación que como mera pregunta, lo que denotaba lo muy seguro que estaba de sí mismo.

—Oye, yo no soy la que ha estado coqueteando con mujeres por todo el mundo durante siglos.

—Respondiendo a la pregunta: sí.

Ella tragó un nudo en la garganta. No esperaba esa respuesta.

«¿Qué creías, Brianna? ¿Qué él no ha tenido sentimientos durante todo este tiempo?».

—Mira que eres inteligente para algunas cosas, pero una completa estúpida para otras.

Brie le miró confundida. Después repasó la conversación en su mente para entender qué había querido decir.

—Tú…

Él seguía sonriendo.

—Lo que decía, una completa estúpida. —Volvió a abrir su libro.

—Te refieres a mí, ¿no? Es decir, soy yo esa persona. Aidan. Aidan.

Él continuaba mirando su libro.

—Responde.

—Se ha acabado ya el cuestionario. Sigue con tus deberes, por favor.

Ella gruñó.

—No puedes dejar la conversación así.

—Así acabo de dejarla.

Brie volvió a prestar atención a la tarea que tenía que entregar después del descanso y que había dejado incompleta al pasar todas sus tardes con Aidan. Pero, aunque intentó concentrarse, una sonrisa se instaló en su interior y se dejó entrever en las comisuras de su boca. Estaba casi segura de que Aidan se refería a ella. Si bien él no había querido confirmarlo, ella lo sabía. Algo en su corazón se lo decía.

Cuando sonó el timbre se levantaron de sus asientos y se marcharon a la siguiente clase. Afuera, en los pasillos, habían comenzado a empapelar las paredes con folletos del baile de invierno, pues era la próxima semana. Por ese motivo había demasiado revuelo en la escuela. Las chicas murmuraban continuamente qué vestido iban a ponerse o quien acababa de proponerle ir al baile. Brie, particularmente, odiaba aquellos días. Nadie se tomaba en serio las clases. Nadie prestaba atención al profesor. Todo el mundo murmuraba de aquí y allá. Unos lloraban porque les habían rechazado. Otros porque la persona que les gustaba no se lo había pedido todavía. Y cada día había alguien que montaba una escena romántica en medio del pasillo y todo el mundo se reagrupaba impidiendo el paso.

En cuanto a Aidan, él no había dicho nada todavía, lo que la hizo intuir que no irían. Algo que agradeció. Ya era suficiente tortura estar allí los cinco días de la semana como para también perder una tarde más rodeados de gente indeseable.

Esa semana, precisamente, Brie había aparecido en la escuela luciendo su nueva sonrisa. Muchas miradas se posaron por primera vez en ella. Tanya Anderson había llegado a decirle que le gustaba cómo le había quedado la dentadura. Puede que ese fuera el primer cumplido que recibía en Osborne. Fred también la había vuelto a mirar y le había sonreído, haciéndola sentir incómoda una vez más. Después había notado en ella otras miradas intrusas que murmuraban acerca de su nuevo aspecto. No estaba segura de si eran comentarios hirientes o bonitas consideraciones como la de Tanya, pero si tuviera que apostar se decantaría por lo primero.

Entraron en clase de Historia y se sentaron en sus respectivos asientos. Poco después llegó el profesor Dugerton con su habitual hoja de fotocopias: estaba vaticinando las ingentes cantidades de deberes para las vacaciones de Navidad. La primera media hora transcurrió con naturalidad hasta que llamaron a la puerta. Todos intercambiaron miradas de aturdimiento, pues no se esperaban visitas. Algunos que estaban quedándose dormidos, como Hans, se reincorporaron para prestar atención.

—Adelante —dijo el profesor con inusitada educación, aunque todos sabían que no le gustaba ser interrumpido durante sus explicaciones.

La puerta se abrió y apareció Troy Marshall, el cabecilla de la banda de Osborne.

—Disculpe, profesor Dugerton, pero se nos ha pedido que toquemos una canción.

Todo el mundo armó revuelo. Por fin la clase se estaba poniendo interesante.

Entraron en el aula otros tres miembros de la banda: dos violines, una flauta travesera y un chelo. El señor Dugerton se cruzó de brazos, pero no se interpuso. Todos los años era igual.

Sin más dilación, comenzaron a tocar una balada muy dulce. Nadie la reconoció, pero a todos les gustó, incluso a los que odiaban la música clásica. Holly Ender, el violín principal, era sin duda la más experimentada del grupo y tocaba con una pasión y refinamiento únicos. Era bien

conocida en la escuela y se sabía que acabaría dedicándose profesionalmente cuando terminase el instituto.

Realmente, sí que hubo una persona que reconoció la canción. Brianna Laidhart.

Era la misma melodía que Aidan había tocado para ella con su arpa. Le dedicó una mirada furtiva.

«¿Esto es en serio?».

Él solo tenía ojos para las manos experimentadas de Holly Ender, como el resto de la clase. Incluso la música emocionó al profesor Dugerton, quien se llevó el puño a la boca, para ocultar su conmoción.

—Es increíble —dijo alguien en un susurro.

Cuando al fin terminó, el cuarteto hizo una reverencia y todos les aplaudieron.

—Ha sido precioso, gracias —dijo el señor Dugerton.

—En realidad va dedicada a Brianna Laidhart —respondió Troy Marshall, buscándola con la mirada, aunque no sabía quién era.

La clase entera la miró. Brie bajó el rostro, se estaba poniendo roja de vergüenza.

—Aidan Grivaldi quiere saber si irás con él al baile de invierno —concluyó Troy.

Se puso aún más roja. Aunque ya lo había intuido antes, la confirmación la tomó desprevenida. Al final levantó la mirada, encontrándose con la de sus compañeros, pero también con la suya.

«¿Por qué me haces pasar por esto?».

«Solo pretendo ser romántico», le respondió él con una sonrisa burlona. «Pero también quiero divertirme».

«Te mataré».

—¿Brianna? Dale una respuesta al chico para que podamos continuar con la clase, por favor —le pidió el profesor Dugerton impacientándose.

—Eso —murmuró Olivia—, es para hoy.

—¿Vendrás conmigo, Brianna Laidhart? —le preguntó delante de toda clase, con absoluta sinceridad.

—Sí —respondió por fin. «Pero después te mataré», concluyó en su mente.

Todos murmuraron.

—Estupendo —añadió el profesor viendo cómo la clase se descontrolaba—. Gracias por deleitarnos con vuestro talento, chicos, hasta otra.

El cuarteto se marchó y Dugerton continuó con la lección, como si nada hubiese pasado, pues no quería perder ni un minuto más.

Brie miró a Aidan de nuevo queriendo decirle un montón de cosas fuera de tono, pero él capturó su mano por debajo de la mesa y aquello la tranquilizó al instante. ¿Por qué? Quería enfadarse con él. Quería gritarle. Por hacerle pasar aquella situación vergonzosa donde era el centro de atención. Por despertar más murmullos y comentarios a su costa. ¿Por qué no se lo preguntaba en privado?

No obstante, al mismo tiempo, no sabía cómo, pero sentía una especie de alivio en su interior. Porque, aunque se había convencido durante años de que odiaba los bailes y no quería ir a ninguno, se equivocaba. Los odiaba porque nunca nadie la invitaba. Porque la última vez que fue a uno fue acompañada por su amiga Samantha. Porque había dado por perdido el que alguna vez pudiese ir con un chico y que además fuese alguien a quien ella quisiese de verdad.

Estaban tirados en la hamaca del *edoreas* mediterráneo, justo debajo de una palmera. Aunque habían estado explorando otros más, siempre acababan en su favorito. Para Brie era como el paraíso mismo. El calor. La sensación de paz infinita. La compañía. Nunca fallaban.

—No puedo creer que me hayas hecho pasar por eso en clase.

—Me pareció oportuno. Quizás sea la última vez que podamos ir juntos a un baile.

—Siempre podemos bailar en el salón de baile de Marxias.

—No es lo mismo.

—Estaríamos solos, sin tener que soportar a ninguno de ellos —rezongó ella.

—No es lo mismo —repitió él—. Quiero ir contigo y ver sus caras, cuando te vean envuelta un vestido de gasa y se den cuenta de lo hermosa que eres y lo muy idiotas que han sido.

—Eso es una tontería, ¿lo sabías? Que me ponga un vestido de gasa no va a convertirme en hermosa del día a la mañana.

—No, tienes razón. No necesitas un vestido de gasa para ser hermosa. No necesitas nada, Brianna Laidhart. Porque a mí ya me bastas así. Humana e imperfecta.

No pudo reprimir una sonrisa. Ese maldito de Aidan siempre sabía qué decir y cómo decirlo, dejándola sin argumentos. Recostó su oreja contra su pecho, allí podía escuchar su rítmico latido, que parecía ir al son del leve movimiento de la hamaca.

—¿Te pondrás un esmoquin?

—¿Quieres que me lo ponga?

Ella se carcajeó.

—Si voy a ir con un vestido de gasa, tú también puedes hacer algún sacrificio, ¿no?

—Me pondré un esmoquin del siglo XIX y además un sombrero de copa, si así lo quieres.

Volvió a reír.

—No, por favor, no me hagas pasar más vergüenza.

—Iré a buscarte en mi coche de caballos. Tocaré a tu puerta y realizaré una reverencia. Después te ofreceré mi brazo y te haré entrar en la carrocería que yo mismo conduciré.

—Suena muchísimo más divertido que los bailes de hoy en día.

—Créeme, los bailes de hoy en día no están a la altura de los de antes.

—Otra razón para no ir.

—Olvídalo, Brianna, me dijiste que sí en clase, tengo testigos que lo confirman. Es tu palabra contra la mía.

—¿Y si te dejo plantado?

—No te atreverás. Soy Aidan Grivaldi.

—Vaya ego —murmuró ella.

—Tengo una larga lista de chicas detrás de mí.

Ella guardó silencio. Aunque sabía que estaba en broma, también reconocía que razón no le faltaba.

—Sabes que no lo digo en serio, ¿verdad? —le dijo al cabo de unos segundos, al ver que ella no había respondido.

—Sí, lo sé. Es solo que he vuelto a pensar en todas las chicas de tu lista.

—Ah.

—No estoy celosa, ¿vale? Es solo que… te has pasado quinientos años enamorando a mujeres. Tienes que entender que me sienta abrumada, cuando hasta hace unos meses yo nunca había besado a nadie y no recuerdo mucho de mis experiencias amorosas en mis antiguas vidas.

Estamos en clara situación de desventaja.

—Sí que lo entiendo. Pero… ¿cuál es el problema si nunca has besado a nadie? ¿Crees que a mí me importa eso? Regresamos a la conversación de siempre donde tú no tienes confianza en ti misma, te sientes inferior continuamente, te menosprecias, restándote valor. No deberías, Brianna, tienes que empezar a quererte. Porque ya eres querida, por mí. Con eso basta, no necesitas la aprobación de nadie más.

—Es que no es tan fácil —rezongó ella con la voz quebrada.

—Lo sé —murmuró él rozando con el mentón el cabello de su coronilla—. Pero tienes que trabajar eso.

—Ya, tienes razón. Pero, otra cosa…

—¿Sí?

—Aidan, ¿cómo has sobrellevado eso de ser Eros? Ha tenido que ser duro fingir tus sentimientos durante tanto tiempo. ¿No estás cansado? ¿Nunca has pensado en claudicar?

—En realidad, me ha aportado muchas cosas, Brianna. Sí ha sido difícil en ocasiones, pero muchas veces me ha salido natural. Como si supiese que el futuro de esas personas depende de mí. Es una labor importante. Estamos hablando de la energía más poderosa en la tierra. Y yo he sido su instrumento. He ayudado a crear grandes acontecimientos, unir naciones, arreglar disputas, inspirar grandes historias literarias…

—Espero que no fueses tú quien enamoró a Romeo y Julieta.

Aidan soltó una carcajada.

—Pero hay una cosa que sigo sin entender: la gente también puede enamorarse por voluntad propia, ¿no? Crear por sí solos ese vínculo del que me has hablado.

—Claro que pueden. Nosotros somos ejemplo de ello.

—¿Y qué no te dice que nos unió antes tu Eros predecesor cuando yo era Giovanna y tú Nastagio?

—Vaya, tan conspirativa como siempre, Brianna Laidhart. Lo veo improbable, pero no imposible. Aunque me gustaría pensar que ese hilo invisible lo creamos tú y yo solos.

—¡Ves! Es mucho mejor pensarlo así. Siento infravalorar tu trabajo, pero en él no hay libertad ni elección propia.

—Es un acto de fe —esclareció él—. En el que confías en el plan divino. Porque tiene su razón de ser. Así es como sucederá, quieras o no.

—Pero tú has tomado de momento la decisión de que no suceda, al no lanzarme la flecha. Estás interviniendo en el plan divino. Lo estás cambiando.

—Eso no lo sabemos… Hoy y mañana lucharemos por continuar juntos, pero al final sucederá lo que tenga que suceder. Así fue escrito.

Ella resopló.

—Lo sé, es difícil de comprender. No creas que yo lo tengo claro del todo, también tengo mis constantes dudas. Pero si lo pienso de esa forma me tranquilizo a mí mismo con la idea de que, si te pierdo…, será por una razón mayor que me sobrepasa.

—Tienes fe.

—Sí, por llamarlo de alguna manera.

Brie no volvió a sacar el tema. Pero sí estuvo sopesando todo lo que Aidan había dicho. ¿Creer que todo tenía su razón de ser? ¿Que todo estaba predestinado a seguir ese plan divino? No. No podía creerlo. No tenía suficiente fe. No podía confiar en nadie, ni siquiera en ella misma, como él bien le había hecho saber, como para confiar en… algo más.

—Estamos buscando algo sencillo, pero con clase —decía su madre a la chica de la tienda—. Que conjunte con su piel, quizás un tono claro, un azul, un verde, o incluso un rosita pálido. Nada que desentone mucho.

La chica asentía a todas las indicaciones, mientras su compañera preparaba el metro para tomarle las medidas. Jane, por el contrario, toqueteaba todos los zapatos y vestidos, como si también quisiese encontrar algo para su hermana. Por supuesto, nadie le llamaba la atención.

—¿Alguna marca en especial?

Su madre la miró y Brie no supo qué responder. ¡Qué iba a saber ella de moda!

—De momento solo queremos algo que nos complazca.

La chica volvió a asentir.

—Mi compañera le tomará las medidas y yo traeré algunos posibles vestidos.

«Con gasa no, por favor», pidió ella inconscientemente.

Mientras le medían la cintura, su madre se atrevió a comentar:

—Has engordado un poco, ¿verdad?

—¡Mamá!

—¿Qué? No lo decía en el mal sentido. Sino que ahora estás mucho más atractiva, te pareces más al tipo que yo tenía cuando era joven.

«Ya estamos otra vez», pensó ella.

—Ya está —dijo la chica—. Si quieren ir echando un vistazo por la tienda, mi compañera les traerá algunos vestidos.

—Sí, gracias.

Lauren husmeó entre las perchas superficialmente. Cuando algo le gustaba se lo ponía delante del cuerpo y se miraba al espejo.

—Quizás este pueda servir.

—Mamá —la llamó y ella la miró dándose por aludida—. ¿Por qué te enamoraste de papá? ¿Le considerabas guapo? ¿O te atrajo su personalidad?

La expresión de su madre cambió, nunca le gustaba hablar mucho del pasado, no si era en base a ese tema.

—¿Guapo? No sé, puede que sí. Le caía muy bien a la gente, sabía comportarse delante de los demás y decir lo apropiado en cada momento. Y sí, también tenía… digamos que clase. Ya sabes cómo son tus tíos y cómo eran tus abuelos, personas de buen ver.

—¿Así que el estatus social es lo que te atrajo de él?

—Yo no era especialmente guapa, Brianna. Nunca le gusté a los chicos que me gustaron. Intenté sacarme el máximo partido con los años. Y cuando llegué a la universidad me importaba más conocer a alguien con quien casarme que acabar la carrera. Quería un hombre que me aportase estabilidad, que tuviese un rango social aceptable y me ofreciese una vida cómoda y sin complicaciones. Pero eso no quiere decir que no tuviese sentimientos hacia tu padre. Le considero un hombre muy inteligente. El problema es… —Se atragantó.

Brie captó cómo discurría una rápida lágrima por su mejilla izquierda. Lauren se dio la vuelta fingiendo estar mirando otros vestidos, para limpiársela sin ser vista.

—Mamá…

—No importa. No debes saber estas cosas.

—Creo que sí debería saberlas. Nunca he entendido bien cuál era vuestra relación. Quería

creer que os queríais el uno al otro, pero cada día dudo más al respecto.

—Nos queremos —declaró ella—, como podemos. Como él puede. Pero a veces… con eso no basta. Deberías saberlo, más ahora que tienes a alguien a tu lado, del que estás enamorada.

«Puede que Aidan y yo nunca tengamos esa posibilidad», quiso decirle ella.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Está bien.

—¿Por qué continuáis discutiendo?

—Porque él no se esfuerza. Con los años se ha vuelto una persona terca que siempre tiene la razón. Nunca cede. Nunca me tiene en cuenta. ¿Lo entiendes? Ahora dejemos de hablar de esto. No he perdido setecientos dólares en un retiro para perder toda la paz con la he venido.

Brie se resignó ante aquello, al menos habían conseguido mantener algunas palabras.

—Ya están listos los vestidos en el probador —anunció la chica de la tienda.

—Oh, ¡estupendo! Vayamos a probarlos todos —dijo su madre, con un entusiasmo fingido, como queriendo olvidar por completo lo que hacía un segundo habían hablado.

Brie llegó a casa destruida. Había sido una tarde agotadora probándose decenas de vestidos y caminando con zapatos de tacón por todo el probador. Si por ella fuese, habría elegido el primer vestido que se probó, pero su madre era muy exigente en estos aspectos y nada parecía convencerle del todo. Por eso, tras varias horas, al final lo encontraron.

Era un vestido de un azul pálido hecho con una tela muy fina, que gracias a sus capas de más no era del todo transparente. Le dejaba los hombros al descubierto y le caían sobre los brazos unas mangas onduladas muy bonitas. Decidieron realizarle algunos retoques para que le quedase más justo en la cintura, de forma que todavía no se lo habían llevado a casa y la próxima semana podrían ir a recogerlo.

Después de cenar entró en su habitación y se encontró a Aidan tumbado en su cama, leyendo con despreocupación uno de los libros de su estantería. Estuvo a punto de gritar. Él levantó la mirada y se llevó un dedo a los labios para evitar que ella realizase ningún ruido.

—¿Qué haces aquí?

Él cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla.

—Solo me apetecía verte.

—Nos vimos esta mañana.

—¿Tú no quieres verme?

—Claro que sí —rectificó al ser consciente de la brusquedad de sus palabras—, es solo que me has pillado por sorpresa, nada más.

Él retiro las piernas, permitiendo que ella se sentase sobre el borde de la cama.

—¿Cómo ha ido la prueba del vestido? —le preguntó él dándose la licencia de acariciar el mechón de pelo que le enmarcaba el rostro.

—Ni que fuera a casarme —bromeó ella.

—Es un baile importante.

—Ha ido bien, pero siento desilusionarte: el vestido no es de gasa.

—¿No? Vaya, una absoluta decepción.

Brie ladeó una sonrisa, aquella que dejaba ver su pequeño hoyuelo. Él se agachó para besarla, pero ella se levantó de golpe dejándole a medio terminar.

—Debería ducharme.

Aidan se quedó suspendido como si le hubiesen dado al botón de pausa.

—Eso ha sido de mala educación.

Ella rio.

—¿Siempre obtienes todo lo que quieres, Grivaldi?

Él alzó las cejas.

—Puede.

—No tardaré.

Y no mintió al decirlo. Se duchó y lavó el pelo en tiempo récord. También se cepilló los dientes y se puso el pijama de pantalones a cuadros rojos y una camiseta gris con un estampando a juego. Solo cuando estuvo del todo limpia salió del baño y se tumbó a su lado izquierdo en la cama. Él había retomado su lectura interrumpida, pero liberó una mano que le pasó por debajo de la cabeza y reposó sobre su costado. Brie flexionó las piernas, buscando una postura más cómoda. Después, tras un día agotador, los párpados le cedieron.

Puede que soñase con algo interesante. Quizás incluso con el Aidan humano. Pero un sonido la despertó. Abrió un ojo. Aidan ya no estaba tumbado a su lado, ahora estaba sentado en su escritorio, escribiendo.

—¿Aidan? —murmuró adormilada.

—Vuelve a dormirte —le dijo—. Es tarde.

Ella cerró los ojos. Pero, aunque intentó conciliar de nuevo el sueño, algo la inquietó. Los volvió a abrir.

—¿Qué estás haciendo?

No respondió.

—Espera, ¿no estarás…?

Se retiró las sábanas y la colcha de encima. Seguramente él la había cubierto para que no pasase frío. Se levantó algo aturdida, pero al final alcanzó la silla del escritorio donde estaba sentado.

—La extraordinaria Brianna Laidhart no puede dejar desatendido su futuro académico.

—¡Me estás haciendo los deberes! —dijo ella sorprendida—. Aunque tu imitación de mi letra es poco inconsistente.

—¿Alguna otra queja que deba tener en cuenta?

Brie rio.

—Aidan, no tienes por qué hacer esto.

—Sí, teniendo en cuenta que es por mi culpa el que estés abandonando tus labores académicas.

—Simplemente me estoy relajando, no quiere decir que ya no me importe. Es solo que… me he pasado casi toda mi vida exigiéndome a mí misma la única cosa donde creía que podía destacar. Y ahora me he dado cuenta de que sacar buenas notas no lo es todo en la vida. Hay cosas más importantes. Tú, por ejemplo. —Le pasó los brazos por el cuello hasta bajar por su pecho y encajó su cabeza a la derecha de la suya, mejilla contra mejilla.

—Bueno, no puedo estar detrás de ti todo el día exigiéndote que hagas los deberes. Pero sí puedo…

—Hacerme los deberes.

—Es mi forma de sentirme menos culpable, permíteme eso al menos.

Ella suspiró resignada.

—Como quieras.

Retiró sus brazos y volvió a la cama.

—Me vuelvo a dormir —dijo en un bostezo.

—Que descanses.

Aidan la observó por unos segundos, mientras se acomodaba en la almohada y arrugaba el rostro para volver a conciliar el sueño.

Una tierna sonrisa nació en sus labios.

«Ojalá algún día descubras lo extraordinaria y única que eres, Brianna Laidhart».

Capítulo 36

Aquella noche, después de enfundarse en su vestido, Cornelia se ofreció a peinarla con un recogido muy elaborado. Después, su madre la maquilló durante lo que pareció una eternidad. Una vez terminó, se miró ante el espejo de cuerpo entero de su armario. No se reconocía. Primero se concentró en su rostro. Su madre le había entonado las mejillas, contorneado los ojos, le había aplicado unas sombras que conjuntaban con el rosado de su piel. Pero también le había borrado las pecas con una base que era algo más suave que su tono natural. Sus pestañas se habían multiplicado y también sus labios, ahora parecían mucho más carnosos de lo que en realidad eran.

Jane entró por la puerta y soltó un suspiró de sorpresa al ver a su hermana.

—¡Oh, Brie!

—Jane, quítate ahora mismo los pendientes de Brianna —le reprendió su madre.

—Estás superguapa.

—¿Sí?

Jane asintió mientras se desenganchaba un pendiente de la oreja izquierda. Lauren extendió su palma para que su hija pequeña le depositase ambas joyas. Y cuando por fin tuvo en su posesión aquellas dos gemas de color gris azulado se las puso a su verdadera portadora, que le colgaron de las orejas como dos gotas de lluvia.

Brie regresó su mirada al espejo.

«¿Y tú quién eres? ¿Qué has hecho con Brianna?».

El peinado de Cornelia era magnífico, adornaba a la perfección su rostro y no desentonaba ni un poquito con el conjunto. Es más, parecía estar hecho a medida para todo lo demás.

—Oh, mírate —suspiró su madre—. Solo te faltan los tacones.

Jane se tomó la libertad de sacarlos de la caja que había al lado de su armario.

—Cuidado, no los ensucies con tus manos llenas de rotuladores y lápiz.

Brie tomó asiento en el borde de la cama y cogió el par de sandalias plateadas que le tendía su hermana.

—Gracias.

Una vez abrochadas se puso en pie y volvió al espejo. El vestido ya no le ocultaba los pies, ahora se podían entrever aquellas sandalias con tacón por encima del vuelo de la falda. Cuando giraba sobre sus talones se movía con ella una masa de telas que creaban una inmensidad de pliegues en torno a su cintura. Habían hecho un buen trabajo cuando le realizaron algunos arreglos.

Ding, dong.

Todas intercambiaron miradas.

—Ya está aquí —dijo su madre más nerviosa que la propia Brianna—. Jane, el bolso, tráelo

ahora mismo.

La niña asintió y se marchó corriendo. Salieron de su habitación, no antes sin haber rociado a Brie con una nube de perfume gratuita. Jane le esperaba en las escaleras con un pequeño bolso en las manos que le dio a su hermana. Bajaban al rellano principal de la casa cuando se encontraron con Samuel Laidhart que se dirigía a abrir la puerta. Las miró asombrado, aunque sus ojos se centraron en Brianna. Ella le miró igual de sorprendida, no sabía que su padre estaba en casa, debía de haber llegado hacía poco.

—Brianna, ¿qué llevas puesto? ¿A dónde vas?

—Eh…

—Al baile de invierno, Samuel —respondió Lauren rodando los ojos—. Te lo conté está mañana.

—Pues no lo recuerdo.

Pasaron por delante de él y Brie se dirigió a la puerta. Su padre frunció el ceño.

—No me digáis que es ese chico…

—Chissst —lo mandaron callar tanto Jane como su madre.

Brie se mordió el labio. ¿Por qué estaba nerviosa? Se trataba de Aidan. *Su* Aidan. La única persona que podía transmitirle seguridad y algo más de confianza en sí misma.

Abrió la puerta.

Al otro lado, él estaba abrochándose los gemelos cuando la luz del interior le bañó por completo. Alzó la mirada y, al encontrarse con Brianna, se envaró. Ahora él estaba nervioso.

—Si estás buscando a Brianna Laidhart, creo que vive en la casa de al lado, aquí no hay nadie que se le parezca —bromeó ella, que había dicho aquello todo lo rápido que pudo, presa de la excitación.

Aidan tampoco decepcionaba: lucía un esmoquin como había prometido, cuyo color oscuro contrastaba inevitablemente con su pelo rubio, ahora algo más peinado hacia su nuca. Además, no se había olvidado de lucir una elegante pajarita negra.

—Creo que estoy en la puerta correcta —respondió él con seguridad en la voz, después deleitó a toda la familia Laidhart con una de sus encantadoras sonrisas.

Samuel se aclaró la garganta y se situó detrás de su hija.

—Así que tú eres el nuevo novio de mi hija. ¿Renaldi?

—Grivaldi —corrigió él e inclinando la cabeza en una reverencia dijo—: Encantado de conocerle, señor Laidhart.

Él soltó un sonido de suficiencia. Brie le miró de soslayo. «¿Cuál es tu problema, papá? ¿Ahora quieres actuar de padre sobreprotector? A buenas horas».

—Ese coche, ¿es tuyo?

Aidan giró medio cuerpo en dirección al vehículo estacionado frente a la puerta. Brie no lo reconoció, pero su padre, que sabía de coches, sí lo había hecho. Era un Audi e-tron GT. Uno de sus coches favoritos.

—Sí —respondió él—. Es de mi tío, me lo ha dejado por esta noche.

—Vaya, es muy buen coche, perfecto para sobrepasar el límite de velocidad.

Aidan que había comprendido el doble sentido de la frase se limitó a decir:

—No nos urge prisa, ¿verdad, Brianna? Estamos a muy poca distancia.

—No. Iremos despacio —prometió—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Entonces, Lauren le puso a su hija un abrigo blanco de lana sobre los hombros.

—Toma, puedes llevarte el mío, cuídalo bien.

Brie miró a su madre y de repente se sintió agradecida por todo lo que había hecho por ella la última semana. Ayudarla a encontrar el vestido, recogerlo en la tienda, buscar la joyería adecuada, pedirle a Cornelia que la peinase, maquillarla… Era la primera vez que tenían algo que compartir, desde hacía mucho tiempo.

—Gracias, mamá. Por todo.

—Sí, bueno. Debéis iros ya.

—Nos vemos luego. Jane —se despidió con una mirada—. Papá.

Samuel la miró y se atrevió a decir:

—Estás muy bonita esta noche, Brianna.

Brie apretó sus labios rosados, mirando a un lateral.

—En cuanto a ti, chico —atizó con sus ojos marrones a Aidan—. Conduce con cabeza. Hace mucho frío esta noche y la carretera se helará tarde o temprano.

Él asintió y le ofreció una mano a Brie. Le abrió la puerta del copiloto caballerosamente y después bordeó el vehículo para llegar a su asiento. Una vez dentro y con los cinturones abrochados, Aidan se despidió levantando los cuatro dedos libres por encima del volante y luego maniobró para dar la vuelta a la pequeña rotonda del camino.

Aunque Brie ya estaba acostumbrada a los coches lujosos, aquel le dejó perpleja. Estaba completamente nuevo y no tenía botones, todo era táctil y brillaba aún más en la oscuridad de la noche. Además, la sensación de ir subido en él era como levitar sobre el asfalto.

—¿De dónde lo has sacado?

—Marxias acaba de comprárselo.

—¿En serio? —inquirió sorprendida.

—Al parecer lo vio el otro día cuando estuvo con Jane y se encaprichó —narró él con los ojos puestos en la carretera—. Conoce a un tipo en el mercado que vende coches de lujo del mundo terrenal. Le hizo un precio especial.

—¿También tiene alas como la bicicleta?

—No, tiene algo mejor.

Pegó un pequeño golpe al acelerador y salieron catapultados colina abajo.

—¡Aidan! —le reprendió ella, aferrada al asiento.

—¿Qué? Solo quería enseñarte que también puede volar —dijo él disminuyendo la velocidad —. No le digas nada a tu padre, no quiero resultar una mala influencia para ti a sus ojos.

—Oh, tranquilo, él encontrará cualquier otra cosa en tu contra.

Aidan rio, porque sabía que ella tenía razón.

—Estás guapo —le concedió—, aunque eso ya lo sabías.

Él ladeó una sonrisa, sin dejar de mirar a la carretera.

—Yo no soy el protagonista esta noche.

—Yo tampoco —rezongó ella.

—Eso ya lo veremos. De momento, solo quiero llegar a la escuela para poder observarte con mayor detenimiento, sin correr riesgo de estrellarnos contra un árbol.

—En ese deporte yo soy experta —dijo ella al recordar la vez en la que se cayó de la bicicleta delante suyo al darse contra un tronco talado.

—Sí —coincidió él entre risas—. ¡Cómo olvidar esa caída!

Brie le pegó un puñetazo amistoso en el hombro.

—Au.

Llegaron antes de lo esperado a Osborne. Aidan entró en el aparcamiento y aparcó no muy

lejos de la zona habilitada para bicicletas, al tiempo que otro coche se estacionaba a su derecha. Cuando salieron se encontraron con Peter Byers y Virginia Ainsworth que salían del deportivo. Brie se encontró con su mirada, que ya no estaba cargada de odio y resentimiento, solo la analizaba con curiosidad y quizás con algo de altanería. Peter, que al parecer era su acompañante, la miró por un segundo. Ella le retiró la mirada y se la otorgó a Aidan quien estaba justo a su lado.

—¿Vamos?

—Sí —respondió con determinación.

Echaron a andar hacia la entrada principal cogidos de la mano. Brie no se atrevió a mirar a sus espaldas, no había nadie importante tras ellos. Pero, justo antes de entrar, él se detuvo. Había visto algo entre las sombras del bosque.

—¿Qué pasa?

Se limitó a negar con la cabeza.

—No lo sé.

Una figura vestida de negro se apareció de entre la oscuridad. Ahora la luz de la farola le bañaba la mitad del rostro.

—Oh —dijo Aidan—. Tenemos problemas.

—¿Qué?

Siguiendo su mirada, Brie captó a aquel hombre de una belleza desconcertante que los miraba al otro lado del aparcamiento.

—¿Quién es?

—Brianna, ahora tienes que hacerme caso. Necesito que entres en el edificio y vayas al salón de baile.

—Pero…

—Hazlo, por favor. Confía en mí, vuelvo enseguida.

Ella quiso negarse, pero vio la seriedad en su semblante y le obedeció en contra de su voluntad. Aidan estaba hablando en serio.

Él se marchó en dirección hacia aquel hombre. Aunque ella temió por él, terminó entrando en el edificio sola, como le había pedido que hiciese. Lo menos que quería era tener que enfrentarse a todas aquellas personas sin Aidan a su lado, pero también pensó que tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Pues estaba casi segura de que ese hombre desconocido era un ángel. ¿Había venido a separarles? ¿A advertirles? ¿A hacerle daño a Aidan? Quiso pensar que no. Es más, se autoconvenció de que estaba dejándose consumir por el pesimismo. Quizás solo era un viejo amigo de Aidan. Aunque su presencia no le diese la más mínima confianza.

Echó a andar por el pasillo, siguiendo al resto de alumnos. Sabía a donde se dirigían. Al salón de actos: el espacio más refinado de todo Osborne, que se utilizaba para conferencias, funciones de teatro y recepciones para los bailes anuales. Había que ir hasta el ala este de la escuela donde se alzaban unas escaleras de piedra blanca que te llevaban al salón.

Pero antes pasó por el aula, no lejana de la entrada principal, que hacía de vestidor donde dejar su abrigo. Aquello la hizo sentirse desprotegida, como si ahora todos pudiesen ver su aspecto. Se frotó los brazos y fue en dirección a la escalera cuando una voz la paró:

—¿Brianna?

Kelly McGuire, quien iba del brazo de Henry Donnagan, apareció por su lateral izquierdo.

—Vaya, sí que eres tú. Me gusta cómo vas.

Brie la miró con desconfianza diciendo:

—Gracias…

Después se dirigió a la escalera y comenzó a subir consumida por las parejas que iban por delante y detrás de ella. La música se escuchaba con mayor intensidad a medida que se acercaban a la entrada. Una vez arriba, en el piso superior, había una escalera subdividida en dos tramos que bajaba hasta la pista de baile donde la gente se aglomeraba. Allí se encontraban unas cuatas mesas con aperitivos y bebidas. Algunos de los profesores también estaban presentes, camuflados por el recinto para supervisar el evento. Había instalado un DJ en el escenario que pinchaba canciones conocidas por todos. Y detrás de él había colocados instrumentos de una banda que seguramente tocaría algo después.

Brie recordó algunas cosas de la última vez que fue con su amiga Samantha. Como aquel estand de fotos en la esquina o los espacios oscuros de los laterales, donde todas las parejas se ocultaban para besarse.

Por un segundo quiso dar media vuelta y salir de allí lo más rápido posible. Pero Aidan le había dicho que se encontraría en el salón de baile. Tenía que esperarle allí. Tenía que confiar en él. Respiró profundamente y comenzó a bajar por el lateral izquierdo. Una vez abajo, se resguardó tras una de las columnas, cerca de una mesa de aperitivos. Desde allí podía observarlo todo en segundo plano.

Reconoció a varias personas de su clase, entre ellas vio a Tanya con Kelly y sus respectivas parejas, que acababan de encontrarse en la pista y se saludaban. Al parecer, Byron, el delegado de clase, era el fotógrafo de la noche.

No tardó en reconocer a Olivia Lavender, rodeada de Charlotte, Cassie y Sabrina. Llevaba un vestido amarillo ¡de gasa! Que iba anudado a su cuello y le dejaba desnuda toda la espalda. Aunque a Brie no le disgustaba el conjunto, solo verlo en Olivia hizo que le desagradase. Ella nunca había sido demasiado guapa, no entendía cómo se había convertido en una de las chicas más populares del instituto junto a sus amigas. Quizás gracias a que nadie se atrevía a llevarle la contraria, pero también porque sabía cómo caerle bien a la gente. Además, tenía un pelo rubio largo y brillante que era muy envidiado.

Por lo que pudo comprobar, Matt Sunders era su acompañante aquella noche, aunque todos sabían que solo eran amigos. Charlotte iba de la mano de un chico muy guapo que Brie nunca había visto antes. Hans acompañaba a Cassie y Sabrina estaba con su novio, un tal Weyland de otra clase. Peter llegó poco después a su encuentro, llevando de la mano a Virginia. Aunque sus amigos ya estaban enterados de que irían juntos se sorprendieron nuevamente ante tal confirmación. Brie enseguida captó lo incómoda que debía sentirse Virginia, pues aquel no era su grupo de amigos habitual. Solo faltaba una persona en el grupo…

—¿Te has perdido?

Fred Wells estaba a su derecha, bañado por las luces de fiesta.

—Eh, no. Solo estoy esperando a Aidan.

—Estás… muy guapa esta noche.

Brie se mostró confundida e incómoda a la vez.

—Gracias —soltó con educación, desviando su mirada hacia otro lugar.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No, gracias —dijo cortante, pero enseguida se arrepintió de su hiriente brusquedad.

—¿Todo bien?

Matt Sunders había hecho su aparición.

—Oh —soltó al ver a Brianna—. Menuda sorpresa, si es la mismísima Brianna Laidhart.

Olivia, como si hubiese podido escuchar la voz de Matt por encima de la música, torció el rostro en su dirección y, al ver a Brianna, estrujó el ceño.

—¿Esa es…?

—Es queso brie —terminó por ella Charlotte, igual de aturdida.

—¿Qué hacen hablando con ella?

Cuando Olivia se percató de que no estaba Aidan, se atrevió a decir con un tono burlón:

—A alguien la han dejado plantada.

Sus amigas se rieron.

—Iré a ver qué pasa —se ofreció Peter, dejando atrás al grupo.

Brie enseguida captó su llegada, pues Peter se situó justo al lado de Matt. Sus miradas se encontraron por segunda vez aquella noche.

—¿Va todo bien? —preguntó Peter.

—Perfectamente —respondió Matt—. ¿A que no la reconoces? ¡Es Brianna Laidhart!

«Siempre he sido yo», quiso decirle ella.

—Sí, ya lo sé —respondió Peter con voz tajante.

—¿Dónde está Grivaldi? —le preguntó Fred—. ¿Por qué te ha dejado aquí sola?

Brie se frotó el codo, no le gustaba tener que estar hablando con ellos, la intimidaban.

—Ha tenido que atender a una llamada telefónica —contestó.

—Vaya. Yo nunca te dejaría aquí sola —dijo Fred con una carismática sonrisa—. Ven a bailar con nosotros.

—Yo…

—Vamos, no te quedes aquí, te estás perdiendo la fiesta.

—Aidan volverá enseguida —añadió ella.

—Pues hasta que vuelva.

—No es una buena idea.

—Fred, déjala, que haga lo que quiera —dijo Peter en su defensa—. No seas molesto.

Peter se marchó y Matt le siguió, pero Fred no se había dado todavía por vencido.

—Solo una canción, luego puedes volver a este rincón.

Le tendió una mano. Brie no quería aceptar la invitación. Pero miró a su alrededor. Aidan no estaba por ninguna parte. No había ni rastro de él. «¿Dónde estás? Esto no está siendo divertido».

Miró a Fred. Aunque nunca le había caído particularmente mal, tampoco le agradaba lo suficiente como para aceptar su oferta. No obstante, tenía un rostro amigable y podía inspirar algo de confianza. Quizás él no quería reírse de ella como sí lo había hecho Peter en el pasado.

—Una canción.

Él sonrió estirando las pecas que adornaban su cara. La tomó de la mano y tiró de ella llevándola a la pista. Se internaron entre la gente, algo más lejos del grupo de sus amigos, y Brie lo agradeció. No quería estar cerca del resto.

Fred no era un bailarín profesional, pero sabía defenderse al ritmo de la música y tenía algunas ocurrencias que la hicieron reír. La tomó de la mano y la hizo dar vueltas sobre sí misma, casi mareándola. Al final bailaron una segunda canción.

Mientras Fred cantaba la letra de *Happy* de Pharrell Williams, Brie captó un par de miradas asesinas al otro lado de la pista. Olivia no le quitaba ojo, como si la acusase de robarles a su amigo. Pero Brie no pensaba arrepentirse de su decisión. Había sido él quien se había ofrecido a bailar con ella muy insistentemente. No iba a dejar que le arruinasen la noche, cuando ya habían arruinado casi todos sus años de instituto.

Miró a Fred, quien se estaba divirtiendo de lo lindo y ella, para su sorpresa, también. Posiblemente él era el más simpático de todo aquel grupo. De repente sonó un clásico: *September* de Earth Wind and Fire. Fred se apropió de la canción y se deslizó por la pista creando un pequeño coro a su alrededor. Comenzaron a vitorearle por algún paso arriesgado, incluso Matt y Hans se acercaron a apoyar a su amigo y le silbaron.

Brie aprovechó aquel momento para retirarse, ahora que se había formado todo un grupo de gente alrededor de Fred. Pero al echarse hacia atrás chocó con alguien, pisándole con sus sandalias.

—Perdón.

Se encontró cara a cara con Peter Byers.

—¿Conmigo no quieres bailar? —le preguntó.

Ella estrechó el ceño. ¿A qué venía eso? Decidió ignorarle y pasó por su lado, pero él la tomó del codo con fuerza.

—Quiero hablar contigo.

Brie se retiró de su amarre sacudiendo el brazo.

—¿Por qué?

Peter inspeccionó a su alrededor y después la condujo hacia un lateral, donde las sombras se apoderaban de la sala, tras las columnas.

—¿Qué quieres, Peter? —Se cruzó de brazos.

—¿Qué haces bailando con Fred? ¿Es que no has venido con Grivaldi?

—¿Desde cuándo te importa Aidan? No, espera, ¿desde cuándo te importa lo que haga?

—Siempre me has importado, Brendy.

—No te atrevas a llamarme así —le increpó ella.

—¿Por qué? Es el nombre que te puse. ¿Te acuerdas por qué?

Ella no respondió, se limitó a mirar al suelo.

—Por Wendy —continuó él—. Y tú me llamabas Peter Pan.

—Lo recuerdo. Pero yo llamaba Peter Pan a mi amigo, tú eres otra persona que desconozco completamente.

—Sigo siendo yo.

Ella negó la cabeza.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que dejes a Grivaldi. Él no te gusta. Él no está hecho para ti.

El suelo se abrió sobre sus pies y las paredes se doblaron sobre sí mismas. No entendía qué estaba pasando, pero le costaba respirar. Aunque le costaba mucho más pensar con claridad. Solo comprendía que había abierto la boca muy sorprendida, pero, ante todo, desconcertada.

—¿Qué?

Peter trató de tocarla y ella le dio un empujón con las manos.

—No puedo creer que me digas eso. ¿Quieres volver a reírte de mí? ¿Es eso? ¿No has tenido suficiente?

—No es ninguna broma, Brianna —dijo él muy seriamente—. Siempre me has gustado. Igual que yo siempre te he gustado a ti.

—No es verdad —le cortó ella—. Sí, yo te quería, antes de que me rompieses el corazón. De que te rieses de mí… de que olvidases que existía. ¿Dónde has estado todo este tiempo, Peter? Cuando Olivia y los demás me ridiculizaban constantemente delante de todos. Cuando se reían por mi aspecto físico. Cuando me lanzaban notitas desagradables o me escribían comentarios

hirientes en la mesa. Cuando me pedían los deberes a base de chantajes. Cuando tenía que soportar las fuertes discusiones de mis padres. Cuando mi madre despidió a Cecil. Cuando estaba completamente sola en el mundo. Cuando quise… —se le quebró la voz— quitarme la vida. ¿Dónde has estado? Yo confiaba en ti. Eras mi amigo. Se suponía que tenías que defenderme. Que dar la cara por mí, sin importar que eso te restase, no sé…, popularidad. Pero no. Tú elegiste hace muchos años. Los elegiste a ellos. —Señaló con un gesto de cabeza hacia su grupo de amigos—. Eso es lo único que tienes.

—Brianna…

—No. No te permitiré que me vengas ahora con estas declaraciones. Porque llegan tarde. Pero ¿sabes quién ha estado ahí en tu lugar?

Peter no respondió.

—Aidan lo ha estado. Ha arriesgado todo por mí —«Incluso a entrar en el cielo», pensó—. Se enfrentó a ellos, me defendió y me quiso tal y como soy.

Se tomó una pausa para tragar saliva. Peter, en cambio, no sabía qué responder.

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora que no supongo una amenaza para tu popularidad quieres recuperarme? ¿Ahora que le caigo bien a tus amigos? Que Fred me presta atención. Eres un hipócrita, Peter Byers. No te vuelvas a acercar a mí. Jamás.

Se dio la vuelta y corrió por aquel pasillo a oscuras, esquivando a la gente. Tenía que salir de allí. Tenía que irse de aquel lugar donde no encajaba. Tenía que buscar un lugar seguro.

Entonces, una mano la tomó del brazo, llevándola de nuevo a la luz.

—Te encontré.

—¿Aidan?

Él estaba ahí. Había vuelto. Brie no pudo alegrarse más de verlo. Se lanzó a sus brazos.

—¿Dónde estabas? —Tenía la voz fragmentada y el rostro húmedo, estaba llorando.

Él la estrechó contra su pecho.

—Shh, calma, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí —mintió separándose de él—. ¿Podemos irnos, por favor?

Aidan asintió y juntos subieron las escaleras en dirección a la salida. Brie ni siquiera dedicó una última mirada al salón. No había nadie importante allí. La única persona que le importaba de verdad la llevaba de la mano.

Capítulo 37

Estaban en el salón principal de Avonshire. Habían llegado en coche por un camino de tierra, hasta una puerta metálica en lo recóndito del bosque. Allí, Aidan había abierto la puerta pronunciando una especie de encantamiento. Después hizo desaparecer el coche con un chasquido de dedos, enviándolo a uno de los *edoreas* de Marxias.

Brie se pasó en silencio todo el trayecto. Había dejado de llorar, pero todavía se sentía conmocionada. No podía creer lo que le había dicho Peter aquella noche. ¡Y lo que ella le había dicho a él! Nunca se había sentido tan valiente. Nunca creyó que podría descargase de aquella manera. Se había guardado tantas cosas durante tanto tiempo… Y ahora había explotado. La verdadera Brianna Laidhart se había liberado. Nadie iba a reírse de ella más. Nadie la haría sentirse pequeña e insignificante. Porque no lo era.

Pero estaba resentida. Quería pegarle un puñetazo a Peter, por estúpido, por cobarde, por creerse que tenía algún derecho sobre ella. Sí, habían sido amigos, muy buenos amigos. Y a ella él le había gustado. Le había querido. Sin embargo, él la había traicionado. Él había roto su amistad. No le había hablado durante años. No se había preocupado por ella ni un solo día. ¿Cómo podía tener la cara de reclamar nada? ¿De pedirle que dejase a Aidan por él?

Daba vueltas por el salón, enfurecida. Quería romper algo. Pegar patadas a los muebles. No obstante, se conformó con estrujar un cojín con las manos e imaginarse que era la cara de Peter.

«Idiota, idiota».

Aidan, por el contrario, estaba sentado en el sillón que había al lado de la ventana, con el gesto pensativo. Brie le había contado lo que había pasado con Peter, pero él ya lo sabía, porque había escuchado toda la conversación, escondido tras una columna. No se había atrevido a salir en su defensa porque descubrió, para su sorpresa, que aquella era una batalla que le pertenecía únicamente a ella. Nadie más podía plantar cara a Peter Byers. Era un asunto personal de Brianna.

Sabía ya de antemano que ella y Peter habían sido amigos de la infancia, cuando se lo dijo Jane el otro día. Pero desconocía el resto de la historia. Por eso Brie se lo había contado para ponerle en contexto. Le contó cómo él se rio de ella y de sus sentimientos hacía años. Cómo la había ignorado desde entonces y cómo ahora quería recuperarla. Y aunque, Peter le agradaba incluso menos que antes, no podía evitar pensar en una única cosa.

—No tiene derecho a decirme eso —decía ella—. ¡A compararse contigo! No te llega ni a la suela del zapato. No quiero volver a verle, ojalá fuese a otra escuela, o al menos a otra clase.

Como veía que Aidan no decía nada continuó:

—Y lo peor… lo peor es que no lo he visto venir. Se ha encargado muy bien de ocultar sus sentimientos, si es que dice la verdad. ¿Puedes creerlo? Quizás es porque hoy llevo este vestido y me he maquillado. Porque ya no tengo hierros en la boca ni gafas que me tapan la cara. Porque

Olivia ya no me humilla públicamente como antes. Y la gente… me dirige la palabra. Porque estoy empezando a ganar confianza en mí misma. Porque estoy contigo. Porque te quiero. —Tras un momento de silencio, retomó—: ¿Aidan? ¿No tienes nada que decir al respecto?

—Brianna, a pesar de todo eso que me cuentas… ¿Él sigue siendo importante para ti?

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso?

—Te noto muy alterada. Este asunto te ha impactado más de lo normal.

—Normal que lo esté, ¿es que no has escuchado todo lo que te he dicho?

Aidan se levantó del sillón y se dio la vuelta para mirar por la ventana, metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Sigues teniendo sentimientos por Peter Byers? —preguntó él, entonces, sin tapujos.

—No —respondió ella—. Eso no quiere decir que me haya olvidado por completo de él, del amigo que tuve cuando era pequeña. Ese Peter siempre será importante para mí.

Aidan asimiló sus palabras.

—¿Qué pasa? ¿No me dirás que estás celoso?

—No. —Rio él con pesar—. No es eso.

—¿Es el hombre del aparcamiento?

Él negó con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Crees que voy a dejarte por Peter Byers?

Él se dio la vuelta y respondió:

—Si te tiro esa flecha, podría pasar.

Brie abrió mucho los ojos.

—No… No. ¡NO!

—Lo que ha pasado esta noche me ha confirmado que Peter podría ser esa persona. Brianna, ¿es que no lo ves? Encaja perfectamente en tu historia humana, donde yo no debería existir.

—Pero tú existes en mi vida.

—Por ahora —matizó él.

Ella no quería escucharle, no le gustaba como se estaba desenvolviendo la conversación.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo he estado tan ciego? —murmuró para sí mismo—. Él ha estado siempre ahí, delante de nuestras narices. Él te quiere, Brianna. Y tú… acabarás queriéndole de nuevo.

Se miró las manos: estaban temblando. Las cerró en puños y estrujó el rostro.

—¿Por… por qué dices eso? —pronunció con dificultad—. Me estás haciendo daño.

—Brianna…

Él alzó una mano, pero al segundo la bajó y le retiró la mirada, como avergonzado.

—¿Qué hay de *nuestra* historia? —inquirió ella—. ¿Es que no significa nada para ti?

—He estado jugando en una historia de amor que no me corresponde —declaró él—. No se me permite querer a nadie, no mientras siga siendo Eros.

—¿Acaso no eres semihumano? ¿Por qué no puedes tener sentimientos?

—¡Porque está prohibido! —gritó retumbando su voz en todo el salón—. ¿Sabes quién era el hombre de esta noche?

—Un ángel, ¿no?

Él asintió.

—Así es. Un custodio. Custodian las fronteras entre mundos. Y yo he cruzado ese límite al confesarte quién soy, al enseñarte mi mundo.

—¿Nos va a separar?

—Él no. Solo ha venido a advertirme.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. Ha recibido rumores. Quizás instigados por el despreciable de Anteros. «Aidaniel le ha enseñado sus alas a la última de su lista». Y gracias a Dios que no estabas presente cuando he ido a hablar con él, porque si no habría visto que, efectivamente, tengo sentimientos hacia ti. Y lo peor, tú los tienes hacia mí y yo sigo sin tirarte la flecha. ¿Y qué habría pasado? ¿Se lo habría dicho al resto? ¿Se presentarán la próxima vez en grupo? ¿Te borrarán la memoria ahora que sabes sobre su mundo?

—¿Puede hacer eso?

—Sí. Y quién dice que no te condenarán también al Estigie, a errar por toda la eternidad, a condenarte.

—No lo harán —dijo ella, aunque no estaba cien por cien convencida de sus palabras.

—Al menos con Peter estarías segura.

—Eso no lo sabes.

—Estarías en el lugar correcto al que perteneces.

—¡Yo pertenezco a tu lado! Maldita sea, ¿cómo puedes decirme eso? Pídeme perdón ahora mismo. Por herir mis sentimientos, por hablarme en ese tono protector, por asumir toda la culpa tú solo cuando es algo que obviamente nos involucra a los dos.

—Brianna.

Caminó unos pasos hasta situarse enfrente de ella.

—Tengo que decirte lo que pienso, aunque no quieras oírlo. Tienes que ser consciente de que todo esto nos sobrepasa. Tarde o temprano ellos ganarán la batalla.

—Estás siendo muy pesimista, ¿lo sabías? Te estás poniendo en lo peor cuando todavía no hemos luchado contra ellos ni un poquito. Estás dejando que el miedo te venza. Solo porque… ¿Por qué no quieres que acabe en el limbo? ¿Por qué quieres lo mejor para mí? ¿Y qué hay de lo que yo pienso? ¿No tiene ningún peso para ti? ¿Qué hay de todo lo que hemos vivido hasta hora? ¿Acaso no crees que es injusto? Porque deberíamos estar juntos. Nuestras almas se han anhelado durante medio milenio, se han estado buscando ciegamente y, al final, se han reencontrado. Porque así es como debe ser. Sin flechas ni planes divinos de por medio. Sin ángeles metomentodos, ni chicos estúpidos que se creen con derecho a…

Él sobrepasó la distancia que los separaba y la rodeó con sus brazos. Ella no quería que lo hiciese, seguía muy enfadada, pero su cuerpo entero se relajó, inevitablemente.

—Pídeme perdón, Aidan Grivaldi —le exigió en un lamento.

—Lo siento —le susurro al oído—. Tienes razón, tengo miedo, mucho miedo.

—Pensé que, después de años de inmortalidad, sabrías gestionarlo mejor, pero has demostrado lo contrario.

—Solo quiero lo mejor para ti.

—Eso es una completa arrogancia, Aidan. Tú no eres Dios. Tú no sabes lo que es mejor para mí.

Él suspiró resignado sobre su hombro. Se quedaron así durante un tiempo, apoyados el uno contra el otro. Por fin habían logrado calmarse, aunque Brie tenía la amarga sensación de que no habían terminado de discutir. No habían llegado a ningún acuerdo. El tema todavía estaba abierto.

—Este vestido es precioso —dijo él acariciando una de sus mangas.

Brie se había olvidado por completo de que lo llevaba puesto. De que aquella noche había

brillado delante de todos. ¡Había bailado con Fred Wells! ¡Se había divertido en un baile! Y… le había dejado claro a la gente como Peter Byers que no era la diversión ni el antojo de nadie.

—Al final no hemos bailado —comentó ella, disgustada.

—¿No? Qué poco caballeroso de mi parte.

La soltó y fue hasta el gramófono dorado de Marxias. Situó la aguja sobre el disco de vinilo y comenzó a sonar un Vals antiguo. *Valse Sentimentale* de Tchaikovsky. Particularmente hermoso y desgarradoramente melancólico.

Aidan se deshizo la pajarita que le oprimía la garganta y se la dejó colgando del cuello. Se desabrochó un poco la camisa y se quitó la chaqueta dejándola sobre el sillón. Después se arremangó los puños y se situó en el espacio que había tras los sillones, con una mano extendida.

Brie acudió a su encuentro y puso sus dedos sobre los suyos. Entonces, él se tomó la libertad de situar una mano sobre su cintura y, muy lentamente, comenzaron a girar al son de la música.

Aquella pieza se caló en lo más profundo de sus almas. Como si hubiese sido creada especialmente para corresponder a todos los sentimientos encontrados que los atormentaban en aquellos momentos.

La pieza se volvió algo más alegre y giraron con más ímpetu sobre el suelo de madera. Sorteando los muebles. Sosteniéndose la mirada. De un lado a otro. Brie ladeó la cabeza, dejándose llevar.

Al final alcanzó una nota máxima y después vino un pequeño silencio, donde perdieron velocidad y se detuvieron en un mismo sitio, moviéndose más lentamente, como un junco llevado por el viento. Así se quedaron. Brie apoyó su rostro contra su pecho y él su barbilla en su cabello.

Ella tenía un mal sabor de boca. Intuía que algo no iba bien. Y no se equivocaba. Él la abrazaba más intensamente que nunca, como si la fuese a perder de un momento a otro.

Al final, se sentaron el sillón. Brie se quitó las sandalias y extendió sus pies sobre la tapicería, recostando su cabeza contra su hombro. Aidan la tomaba de la mano y jugaba a acariciar sus dedos. Cuando al final se acabaron las canciones del disco, Brie ya había cerrado los ojos y se había quedado profundamente dormida.

Aidan la observó. Era su perspectiva favorita. Escuchar su rítmica respiración. Contemplar el leve tintineo de sus pestañas. El pequeño hueco que formaban sus labios. Pero se dio cuenta de que, debajo de todas aquellas capas de maquillaje, había oculto algo. Se llevó el pulgar a la lengua y después se tomó la licencia de borrar la máscara de pintura que cubría sus pecas.

«Así está mejor», dijo al ver todas las pequeñas motas marrones que adornaban su nariz y parte de sus mejillas. «Esa es Brianna».

Ella arrugó el gesto ante el contacto de él, pero después volvió a dormir pacíficamente.

«Adiós, Giovanna de los Rimini. Adiós, Brianna Laidhart».

—¿Dónde estás?

Miró a su alrededor. Estaba en el camino del lago, pero no había nadie en ninguna de las direcciones. Estaba sola. Solo la acompañaba el viento que removía las hojas.

Entonces le vio. Estaba a su derecha, justo en el muelle de madera desconchado.

—¡Estás ahí!

Él se dio la vuelta.

Era Peter. *Su* Peter.

Le sonrió.

Brie corrió en su dirección y se estrelló en sus brazos. Peter la levantó haciéndola girar. Al final la depositó en el muelle haciendo crujir la estructura.

—¿Dónde te habías metido? —le reprendió ella—. Pensé que te había perdido.

—Solo estaba admirando el paisaje. Hace un día precioso.

Y lo hacía. El sol brillaba con gran intensidad sobre el agua y sobre los árboles. Pero, además, esa luz bañaba los ojos de Peter haciéndolos ver incluso más azules de lo que ya eran.

Brie levantó una mano para tocarle el cabello marrón que contorneaba su oreja. Era tan guapo. Siempre lo había sido.

—Brendy —la llamó—. ¿Qué haces?

—Admirarte, nada más.

Él rio. Su risa era la misma de siempre, solo que ahora era mucho más grave, al haber cambiado su registro de voz con los años.

—Te he echado de menos —confesó él—. Necesitaba a mi Brendy conmigo.

—Siempre he estado contigo.

Él negó con la cabeza.

—No siempre.

—Ahora estoy contigo —matizó ella.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Es que no te acuerdas?

Ella le miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo recuerdas?

—¿El qué? —quiso saber de una vez—. ¿De qué estás hablando, Peter?

—Tienes que saberlo. ¿Cómo lo has olvidado?

—¿Olvidar el qué? Peter no te entiendo.

Él le acarició la mejilla con el pulgar y la sonrió.

—Es mejor así. Sin que sepas nada.

—¿Cómo?

—Brianna, ¿tú me quieres?

—Claro que te quiero —respondió ella sin pensárselo dos veces—, desde siempre. Eres mi Peter Pan.

—Yo también te quiero, Brendy. Desde siempre y para siempre.

Y la besó.

Bastó ese gesto para que ella recordarse todo.

Pum. Pum.

El latido de su corazón.

Pum. Pum.

«¿Qué voy a hacer contigo?», quiso saber él.

«Olvidarme».

«No creo que pueda».

«Debes intentarlo», pidió ella. «Yo también lo intentaré, por el bien de todos».

«¿Qué bien puede haber en olvidar una parte de uno mismo?».

«Vos sois vos, Nastagio, y yo soy yo».

«No, tú eres parte de mí», repitió. «Como yo lo soy de ti, para siempre».

Abrió los ojos de golpe en un grito ahogado.

Estaba en el salón de Marxias. Se había quedado dormida en el sillón. Todo había sido un sueño. Ella no estaba con Peter. Ella no se había olvidado de Aidan. Ella seguía siendo ella.

Respiró llena de alivio, llevándose una mano al pecho.

«Menos mal».

Se reincorporó. El bonito peinado de Cornelia se había desechó y le caía revuelto sobre la espalda. Además, había doblado el vestido y este se le pegaba al cuerpo debido al sudor. Sus sandalias seguían ahí, tiradas sobre la alfombra.

Pero algo iba mal.

¿Dónde estaba Aidan?

Levantó la mirada. Allí, entre las sombras, alguien la estaba apuntando con un arco tensado y una flecha de punta dorada.

Capítulo 38

—¿Aidan? ¿Qué estás haciendo? —su voz se quebró, porque sabía perfectamente lo que él estaba haciendo.

Aunque la oscuridad le ocultaba, Brie intuía que no la estaba mirando.

—Al menos mírame a la cara si vas a hacerlo. Mírame a los ojos —le reclamó—. Ten al menos ese detalle.

Él retiró aún más la vista.

—Aidan —le llamó con absoluta calma.

Se levantó del sillón muy despacio, protegiéndose con las manos levantadas. Él, ante sus movimientos, tensó más el arco, apuntándola.

—No lo hagas —le suplicó—. Sabes que no quieres hacerlo.

Él no reaccionó, la flecha continuaba rígida.

—Suéltala. Por favor.

Dio un paso más hasta situarse enfrente de él. Levantó la mano y la situó a un centímetro de la punta. Un poco más y se clavaría en su carne.

—Por favor. Mírame.

Él por fin la obedeció. Tenía lágrimas en los ojos. La luz de la luna que se filtraba por los ventanales le bañó el rostro.

—¿Esto es lo que quieres? Respóndeme.

—Es lo correcto.

Ella negó con la cabeza.

—¿Es lo que quieres?

—No.

—Entonces, baja el arco, por favor.

Él siguió sin reaccionar.

—Por favor —le rogó con pesar.

Muy lentamente, la trayectoria de la flecha fue inclinándose hasta apuntar al suelo. Después, Aidan tiró ambos instrumentos creando un estrepitoso ruido en el salón. Sus rodillas fueron después. Encorvó todo el cuerpo y se llevó las manos a la cara.

—No puedo.

Brie no pudo soportar verlo en aquel estado de fragilidad. Clavó las rodillas en la alfombra y extendió los brazos para acogerle en su pecho. Le acarició el pelo, la espalda, la nuca.

—No puedo, no puedo —repetía él.

Continuó así durante unos minutos hasta que pareció calmarse.

—Aidan —le llamó—. Ven, mírame.

Él negó con la cabeza.

—Me aborrezco a mí mismo.

—No, no deberías. Solo ha sido una prueba y acabas de superarla. Acabas de elegirme a mí. Y esta vez verdaderamente.

—He estado a punto de renunciar a ti, para siempre.

Ella apretó los labios y cerró los ojos. No podía llorar otra vez aquella noche. Tenía que ser más fuerte.

—¿Cómo puedo mirarte ahora a los ojos?

Brie le puso dos dedos en la barbilla y se la levantó. El movimiento hizo que un par de lágrimas tardasen más en discurrir por sus mejillas. Al final sus ojos se reencontraron.

—¿Ves? —dijo ella—. No ha sido tan difícil.

Él quiso retirarle la mirada, pero no lo consiguió.

—¿No me odias?

—¿Cómo iba a hacer eso cuando has sido tú quien me ha enseñado a amar?

—¿Cómo vas a confiar ahora en mí?

—Bueno, eso es siempre algo que me ha costado. Pero no solo en ti, sino en todo el mundo. Y, sobre todo, en mí misma. Supongo que todavía me faltan muchos años de práctica.

Él hizo un amago de sonrisa y ella sonrió de verdad.

—No pasa nada, Aidan, todos tenemos momentos de debilidad. Hasta tú, que eres un semi-ángel superior e inmortal. Acabo de descubrir eso de ti. Que, en el fondo, sigues siendo humano y que no eres perfecto. ¿Y cuál es el problema? Ninguno. Eres así. Como yo soy como soy.

Él acogió sus palabras moviendo las comisuras de sus labios en un leve tic.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué? ¿Por tener la valentía que has tenido tú esta noche? ¿Crees que si fuera a la inversa yo me atrevería a tirar esa flecha? Pero no es el caso. Las cosas son así y al final tú mismo lo dijiste: la decisión final recae en tus actos y no en los míos. Porque tú tienes un deber que cumplir. Sin embargo, quiero pedirte ahora mismo que no lo hagas, aunque sea egoísta, aunque eso signifique que nunca entrarás en el cielo. Quiero pedirte que luches, a mi lado, aunque sea una insignificante mortal sin voz ni voto entre los ángeles. Que luches por otra alternativa, una que nos haga más felices. Donde yo no esté con Peter y tú… no estés sin mí.

Se miraban. Los ojos de él brillaban como el reflejo de las luces nocturnas en el agua. Y los de ella se reflejaban en la oscuridad de los de él.

—Perdóname a mí, Aidan, por pedirte algo de tales magnitudes. Entenderé tu decisión, sea cual sea.

Ahora él sí consiguió sonreír, aunque con tristeza contenida.

—Brianna, ¿es que no has visto lo que ha pasado? ¿Crees que antes de que te despertases yo no te apuntaba con el arco? Llevo así por lo menos dos horas. Sin poder soltar la mano de la cuerda. Completamente inmovilizado. Porque, aunque sé que es mi deber, algo en mi corazón me bloquea a la hora de lanzar esa flecha. Tendremos que buscar otra manera, aunque los libros no nos digan nada, aunque todo se resuma a la decisión de los ángeles. Porque yo… no puedo tomar esa decisión. Esta noche, se ha demostrado que no tengo la suficiente fe para creer que es, en verdad, el camino correcto.

El baile de invierno conmemoraba el final de las clases y el comienzo de las vacaciones de Navidad. Eso significaba que Brie, Jane y su madre se irían a la casa en las Montañas Blancas

que tenía su familia paterna. Su padre se les uniría para el día de Navidad, pues tenía todavía cosas que atender en la ciudad. Era en realidad una cabaña de madera restaurada y ampliada que habían comprado sus abuelos, cuando aún estaban vivos. Ahora sus tíos y primos iban por las vacaciones de Navidad, pues era el mejor sitio para reunirse toda la familia y aprovechar para esquiar.

Brie no tenía verdaderamente ganas de ir: no le gustaba esquiar, soportar a sus revoltosos y maleducados primos y, sobre todo…, estar lejos de Aidan. Sin embargo, tenía su llave Ghala. Encontraría un momento para escaquearse, cuando todos estuviesen esquiando o bien dormidos.

Después del baile, su confianza en Aidan había aumentado exponencialmente. Porque sí, la había elegido a ella. Eso le transmitía una paz absoluta en su corazón. No se separarían por voluntad propia. En todo caso, por culpa de los ángeles. Pero iban a continuar juntos. Ese era el acuerdo al que habían llegado. Y Brie sabía que era cómo debía ser. Lo sabía. No estaba segura de si era porque estaba enamorada o bien porque se convencía a sí misma de que *su* historia aspiraba a mucho más. No terminaba con una flecha, ni con un plan ya trazado. No. Iba mucho más allá.

—¿Le echas de menos? —le dijo su madre, que había visto a su hija observando la nieve de los abetos por la ventana, con semblante melancólico.

Brie se dio la vuelta.

—Estoy bien. —«Ya encontraré un hueco para ir a verle», se dijo.

—Siento que no se haya podido venir con nosotros. Pero ya sabes el jaleo que hay este año que vienen tus otros primos desde Springfield. No hay camas suficientes.

—No importa, mamá.

Ella sonrió y estaba dispuesta a darse la vuelta cuando Brie le confesó:

—No me gustó que despidieses a Cecil. Me hizo daño.

Lauren abrió la boca para decir algo en su defensa, pero calló frunciendo sus labios pintados.

—Tenía que decírtelo. No para discutir, sino para que lo supieses.

—Entiendo.

Brie guardó silencio.

—Yo… —comenzó a decir ella, pero la arrogancia le ganaba la batalla.

—¿Por qué lo hiciste, verdaderamente, mamá?

Ella no supo que responder y se tocó el pelo, algo nerviosa, el mismo gesto que había heredado Brianna.

—No pasa nada, puedes decírmelo.

—No me gustaba cómo hacía las camas, demasiado apretadas, luego no las podías destapar. Ni su crema de calabaza, le ponía algo picante que le quitaba el dulzor. No me gustaba las motas de polvo en los estantes más altos. Ni que siempre me mirase con condescendencia. No me gustaba… —comenzó a decir— la relación que tenía contigo. Era demasiado cercana.

Brie entonces lo comprendió, aunque lo había sospechado desde siempre.

—Supongo que lo siento —reconoció ella, al fin—. Por lo que hice. Por… mis celos.

Brie cerró los ojos y sus comisuras se curvaron en una sonrisa sincera. Como si su corazón descanse por fin.

—Gracias.

—Vente a esquiar con nosotros —le pidió Lauren, cambiando de tema como tan bien sabía hacer—. Tienes que estrenar tu equipo nuevo. Me gustaría mucho que nos acompañases.

—Vale.

No supo bien por qué había accedido: quizás fue el tono de súplica que utilizó su madre o quizás el que hacía un segundo se había disculpado con ella por despedir a su querida cuidadora. Después del baile se habían unido más que nunca. Puede que no mantuviesen conversaciones muy profundas, pero al menos hablaban más que antes. El tema de que estuviese enamorada de Aidan salía cada dos por tres, pues era algo en lo que su madre sí podía darle consejo y esto reforzaba la relación que tenían. Aunque a veces Brie no estuviese de acuerdo con ella o muchas de las cosas fuesen simples superficialidades, había más comunicación.

Pasaron un agradable día en la nieve. Incluso a final de la tarde les hizo un poco de sol y el valle enteró brilló ante ellos. Al llegar a casa, sus tíos se pusieron a beber para entrar en calor y comenzaron a tocar villancicos en el piano, mientras sus primos revoloteaban aquí y allá rompiendo y subiéndose a todo. Era el momento perfecto. Todo el mundo estaba distraído.

Fue directa a su habitación, que compartía con su prima más mayor, Claire, que tenía dos años menos que ella. Dentro estaba la lámpara de su mesilla encendida. Y en uno de los laterales había un armario corredero de madera. Esperaba que aquello sirviese para crear un portal con la llave.

La sacó del bolsillo de sus vaqueros y la introdujo en la puerta emitiendo su resplandor habitual.

—¿Qué estás haciendo?

Pegó un respingo y se le calló la llave al suelo.

Jane estaba encogida en la esquina, leyendo un libro bajo la lamparita de noche.

—¿Qué estás haciendo tú ahí?

—Esconderme de Jules y Morgan —esclareció ella rodando los ojos—. No me dejan leer tranquila. Solo quieren jugar a cosas de niños.

Jane posó su mirada en la llave que había sobre el suelo.

—Así que ibas a escaparte…

—Jane…

—Llévame contigo.

Ella negó con la cabeza.

—Esta vez no. Es mejor si no advierten también de tu ausencia.

—Llévame o pego un grito ahora mismo y vienen Jules y Morgan.

Brie se cruzó de brazos.

—¿Intentando chantajearme?

—Brie, por favor —suplicó la niña—. No lo aguanto más. Me aburro muchísimo. Mira el libro que estoy leyendo.

Le enseñó la portada de un libro de rocas y minerales.

—Es lo único que hay.

Brie sabía que solo estaba exagerando, conocía lo suficiente a su hermana. Pero Jane se tiró a sus pies y le abrazó las piernas con gesto dramático.

—Llévame solo un ratito. Quiero ver a Mars, le echo de menos.

—Está bien… —cedió compadeciéndose de ella.

Jane se levantó de un salto y se enjugó aquellas lágrimas ficticias. Después se agachó para recoger la llave y se la dio a Brie. Ella volvió a la acción y, efectivamente, crearon un portal en el armario corredero. Pero esta vez atrancaron la puerta de la habitación para que ningún niño intruso pudiese encontrar el salón de Avonshire, ligeramente entreabierto.

Cuando llegaron, una cálida ráfaga las embargó. Marxias había encendido la chimenea principal y se dedicaba a remover las brasas. Al verlas, dejó su tarea y las saludó:

—Vaya, ya están aquí las listillas de turno.

—Buenas tardes, Marcel.

—Mars —gritó la niña.

Fue corriendo hasta su encuentro y se subió a su espalda.

—Pero ¿qué haces? Baja ahora mismo.

—¡Arre!

Marxias intentó quitársela de encima, pero solo consiguió que ella se agarrase con más fuerza a su cintura, sin dejar de reír.

Mientras Brie contemplaba la escena, dos manos surgieron de entre sus antebrazos y le rodearon la cintura.

—Buenas tardes, Brianna —le dijo al oído.

Ella se quedó sin aire. ¿Quizás era el calor que le producía el fuego de la chimenea? ¿O quizás el sentir su cuerpo rodeando el suyo? Se dio la vuelta para mirarle a la cara. Aidan llevaba un jersey blanco de punto con cuello largo.

—Estás muy… navideño.

Él se carcajeó. Después llegó su turno de inspeccionarla. Tenía el cabello recogido en una coleta, pero un mechón le escapaba sobre el rostro. Sus mejillas estaban rojas, como casi siempre, pero lo atribuyó a la alta temperatura del salón.

—Has tardado en venir a verme.

—No ha sido fácil escaquearme —rezongó.

—No pasa nada. No podemos estar todo el día pegados el uno al otro.

—Sí —respondió ella—. Tienes razón.

—¿Alguien puede quitármela de encima?

Ambos miraron en dirección a Marxias.

—Lo siento, amigo —respondió Aidan—. Es el precio que se paga por ser irresistiblemente hermoso. Créeme, sé de lo que hablo.

Brie se echó a reír poniendo los ojos en blanco.

Al final Jane dejó en paz a Marxias y este se ofreció a hacer chocolate caliente para todos. Después de haber pasado la tarde con Jane, se había obsesionado con la bebida y había llegado incluso a perfeccionar la receta de Cornelia. Salió de la cocina con una bandeja, en la que llevaba además todo tipo de dulces, pastas y galletas, además de bastoncitos de caramelo y nubes para asarlas en la chimenea.

Mientras merendaban, Jane se atrevió a hacer una pregunta que ningún había querido hacer antes:

—Mars, ¿por qué te expulsaron del cielo?

Él estuvo a punto de escupir todo el chocolate que tenía en la boca. Pero sus modales no se lo permitían, así que se lo tragó quemando su garganta y después se recompuso para responder:

—Es una historia larga y tediosa. Te aburrirías.

—Oh, no, por favor. Nos gustaría saberlo, ¿verdad? —Miró a Aidan y Brie en busca de apoyo.

—A mí no me importaría escucharla —reconoció Brie.

Aidan se aclaró la garganta.

—A mí tampoco.

Marxias se lo pensó durante unos segundos. No sabía cómo, pero… confiaba en todos ellos. Y con eso bastaba.

—Yo era un ángel más o menos importante en el cielo —comenzó a narrar para sorpresa de

todos.

Aidan, que no creía lo que estaba escuchando, se reincorporó tan interesado como ellas.

—Pertenecía a la Tercera Orden, la tercera jerarquía de los ángeles en el cielo. Y como podéis suponer, trabajaba en su biblioteca. Tenía un despacho solo para mí. Y si levantaba la mirada por encima de mi escritorio podía ver…, es difícil explicarlo, solo imaginad las vistas más hermosas que hayáis visto, bajo la luz crepuscular, bajo el rayo de la aurora. Lo tenía todo. A mis hermanos, los otros ángeles. Mi mentor, el arcángel Rafael. Incluso llegué a intimar con uno de los serafines, Lehahel.

Al escuchar el nombre de los serafines Brie abrió mucho los ojos. Recordaba lo que Aidan le había dicho contado sobre ellos.

—Yo era feliz. Tenía a mi disposición todo el conocimiento que quisiese. Todos los libros y manuales, toda la verdad. Y creía saberlo todo, aunque el tiempo me demostró que solo uno lo sabe todo.

«Dios», pensó Brie al instante.

—Sin embargo, los ángeles también tenemos momentos de prueba. Y un día se presentó el arcángel Rafael en mi despacho. «Ha llegado el momento, Marcel» me dijo. Yo supe a qué se refería, pero no sabía cuál sería mi prueba. Accedí de todas formas porque era lo que debía hacer. Se me convocó en el salón del Espejo. Había muchos ángeles reunidos: dos serafines, tres arcángeles y mis compañeros de la Tercera Orden. Se me vistió con una toga blanca, símbolo de mi humilde condición, y se abrió un portal. «Durante trescientos sesenta y cinco días deberás permanecer al otro lado, Marcel. Cuando pase el tiempo señalado regresarás con nosotros», había dictado Lehahel. Yo asentí y caminé hasta cruzar el portal. Sin saber que aquella sería la última vez que pisaría el cielo.

Todos soltaron un sonido de exclamación.

—Al otro lado del portal estaba el mundo humano. Ese que yo aborrecía. En concreto, era diciembre de 1812 y me encontraba en una localidad, ya no recuerdo el nombre, pero estaba en el condado de Cornualles, al sur de Inglaterra.

Así que Marxias llevaba más de dos siglos en el mundo terrenal, sopesó Brie haciendo cálculos.

—Todo era sucio, ruidoso, húmedo y desagradable. Los humanos nunca me habían agradado. Para mí siempre fueron demasiado estúpidos para ganarse el cielo y lo suficientemente listos como para destruir la tierra.

Brie reconoció aquella frase, Aidan también se la había citado.

—Eran necios, inconstantes, débiles, perversos e inferiores en todos los sentidos a los ángeles. No podía creer que en algún momento yo había sido uno de ellos. Porque yo era diferente. Yo era mejor. ¿Por qué estaba allí? ¿En un lugar donde yo no pertenecía en absoluto? Me sentía desterrado. ¿Cuál era la prueba de los ángeles? ¿Sobrevivir a aquel infierno durante un año?

»Tuve que buscarme un oficio para poder mantenerme en aquel mundo. No fue fácil, pues mi naturaleza angelical siempre quería escapar: quería utilizar mis dones, sacar mis alas, mostrarme como era solo para mi propio beneficio, para facilitarme las cosas. Y, sin embargo, había leído lo suficiente para saber que no podía revelar mi verdadero ser a ningún humano. Era algo enteramente secreto. Así que no tuve más remedio que trabajar con mis impolutas manos de ángel, moviendo sacos de harina o trabajando en ocasiones de albañil.

»Lo cierto es que un día me encontré con alguien como yo, con un custodio. Los custodios protegen las fronteras entre mundos —le explicó a Jane, quien la miraba ensimismada—. Estaba

eufórico, por fin alguien con quien poder ser yo mismo. Tuvimos una larga conversación durante toda la noche. Yo seguía sin entender cómo podía soportar estar en el mundo terrenal. Él me explicó que no era un mundo tan malo, tenía sus cosas bellas, aquellas que más lo asemejaban al cielo. Me dijo además que estaba en mi periodo de prueba, que aprovechase para conocer la tierra. Y eso hice. Ahorré algo de dinero y comencé a viajar por el sur de Inglaterra.

»Un día, de viaje, me topé con unos humanos y tuvimos una fuerte discusión en una taberna. Ya sabéis como soy…, me altero fácilmente si me menosprecian. No obstante, al final ellos fueron más listos y en venganza me tendieron una trampa. Me acusaron de ladrón metiendo en mi bolsa un dinero que era suyo. Al final, les creyeron a ellos y a mí me llevaron a prisión.

»¡No podía creerlo! Estaba enfurecido. Quería castigar a esos hombres. Quería sacar mis alas y rebelarme tal y como era. Quería hacerlos arder con solo un chasquido de manos. Sin embargo, terminé por calmarme, todo aquello era una prueba.

»Me presenté voluntario para ir a la guerra, aquello reduciría mi condena. Además, podía servirme como pretexto para acabar con algunos franceses y saciar mi venganza. Durante unos meses recibí instrucción militar. A los ángeles de la Tercera Orden que trabajan en la biblioteca no se nos enseña a luchar, ese es trabajo de los que sí luchan contra los demonios. Yo no sabía nada del tema, pero me satisfacía enormemente apuntar con mi fusil durante los entrenamientos. La única persona que me desagradaba de mi regimiento era mi superior, McConney Hugart —dijo casi escupiendo su nombre—. Un hombre despreciable. Me tenía rencilla porque yo siempre le miraba por encima del hombro, es mi forma habitual de mirar a los humanos… Durante ese tiempo fue despiadado conmigo, me hacía repetir más ejercicios, lavar las letrinas, limpiarle las botas. Quería rebelarme contra él, pero sabía lo que suponía eso: regresar a la celda. Así que aguanté, mientras el odio me carcomía por dentro. ¿Cómo había llegado a ese punto? Nunca había aborrecido tanto a nadie. En el cielo, no se nos daba esa posibilidad. Y yo era un ángel, maldita sea, de la Tercera Orden.

»Por fin llegó el momento de ir a la guerra. Cruzamos al continente y viajamos hasta Sajonia, Alemania, donde tuvo lugar la famosa Batalla de las Naciones, la Batalla de Leipzig. Fue derramamiento de sangre total. Aunque no logré matar a muchos franceses, me quedé sin munición y tuve que resguardarme en un pequeño bosque cercano. Allí ya había vestigios de un enfrentamiento. Sorteé los árboles y cuerpos hasta que me dejé caer sobre un tronco lo suficientemente grueso como para ocultarme. Sabía que no podían matarme al ser un ángel, pero tampoco quería que me hiriesen, pues podían ver que mi sangre tenía otro color y sospechar de mi verdadera naturaleza.

Brie estrujó el ceñó, eso no lo sabía. Marxias aclaró:

—Los ángeles tenemos ambrosía en la sangre, lo que nos hace inmortales, por eso es de un color translúcido plateado. Como iba diciendo…, esperé a que la batalla amainase. Habíamos unido fuerzas con casi todos los países poderosos de Europa, teníamos la de ganar.

»Pero, cuando por fin iba a salir de mi escondite, escuche un gemido: «Por favor. Ayuda». La voz era demasiado débil y cuando me asomé le vi: McConney Hugart. Se agarraba las tripas, posiblemente porque era allí donde había recibido un sablazo.

Jane realizó una mueca de desagrado ante la imagen que cruzó su mente.

—Se le veía tan indefenso, había perdido todo su orgullo, toda su prepotencia y su descaro. Ahora estaba a mi merced. Iba a ayudarle, a sostenerle sobre mi hombro, pero un pensamiento pernicioso cruzó mi mente «¿Por qué debería hacerlo?».

»Sonreí. Le dediqué una de mis más magníficas sonrisas y me di la vuelta, dejándole morir. Su

vida no valía nada. Yo acababa de demostrárselo. El importante era yo. Nadie iba a menospreciarme.

»Regresé a celebrarlo junto a mis camaradas, aquellos que habían sobrevivido. Napoleón había perdido una de las batallas más importantes del siglo, ¡qué digo! ¡De la historia del mundo occidental! Era 19 de octubre, el enfrentamiento había durado tres sangrientos días y por fin había terminado. Además, me quedaba un mes exacto para cumplir mi periodo de prueba.

»Llegó la fecha señalada, me pilló en Viena. Había aprovechado para viajar un poco más, leer algunos libros humanos y conocer sus nuevos inventos y avances. Pero aquel día, cuando me encontraba en una pequeña habitación en lo alto de un ático, se abrió un portal delante de mis ojos y se presentaron tres ángeles: Rafael, Asmah, Mithrihil.

»Me postré ante ellos.

»—Sus beldades —les dije con tono solemne.

»—Marcel —la voz de Rafael estaba cargada de dulzura y compasión—. Ha pasado el plazo señado.

»—Así es, su luminosa gracia.

»—Lamentamos comunicarte que no puedes regresar con nosotros —dijo Mithrihil—. No has superado la prueba.

»Les miré estupefacto. No podía creerlo. El mundo se me vino abajo en aquel momento.

»—¿Por qué? ¿Es porque he ido a la guerra? ¿Porque he matado?

»—No has sabido amar la creación del Uno —respondió Rafael—. Te has elegido a ti por encima del resto.

»—¡Porque son humanos! Son estúpidos e infantiles, no se toman nada en serio, no ven la verdad que tienen ante sus ojos.

»—Precisamente por eso debes amarlos, Marcel. Tu periodo de prueba acaba de comenzar.

»Tras decir aquello una ráfaga de aire se levantó contra mí y me envolvió por completo. Dejé de sentir mis manos, brazos, mis piernas, mi cabeza, mi cuerpo. Algo estalló dentro de mí. Grité. Pero no podía abrir los ojos, no podía pronunciar ninguna palabra, no podía sentir mis alas, escondidas tras mi espalda.

»Se marcharon, llevándose consigo aquel vendaval. Me quedé tirado sobre el suelo. Cuando levanté la vista no había ni rastro de los ángeles. Estaba completamente solo y pasaría así mucho más tiempo. Lo peor… lo peor fue cuando descubrí mi nuevo aspecto. Ya no era un ángel, estaba en el cuerpo de un niño, el cuerpo que tuve cuando durante mi primera vida mortal. Y, para más inri, no tenía mis alas, no podía desplegarlas libremente, porque… era humano.

»La voz de Rafael resonó en mi cabeza:

»—Solo los que se convierten y se hacen como niños entrarán en el reino de los cielos.

Capítulo 39

Las vacaciones de Navidad terminaron más rápido de lo que pensaba. Ahora todo Deerwoods estaba cubierto bajo una gruesa y compacta capa de nieve, pero eso no impedía que se cancelasen las clases, no todavía. Por eso aquella mañana Brie se había calzado con botas especiales y llevaba un abrigo mucho más calentito que de costumbre.

Aidan la esperaba en el cruce de caminos, igual de abrigado. Como la tarde anterior también se habían visto, no se demostraron demasiado afecto, simplemente se comportaron como si no llevasen separados más que unas horas.

Caminaron hacia la escuela en silencio, observando la abrumadora belleza del paisaje. Ya no había rojos ni amarillos, todo se reducía a un blanco impoluto que lo envolvía todo. Además, el lago estaba semicongelado y su reflejo servía para acentuar aún más la blancura que los rodeaba.

—Mira las ramas —dijo Aidan señalando uno de los árboles.

De ella pendían estalactitas de hielo como colmillos transparentes.

—Es precioso.

Aidan la tomó de la mano y continuaron su camino, pasando por el puente, bajando por la pequeña cuesta y llegando al aparcamiento. Ahora todos los vehículos llevaban cadenas para la nieve y cada vez que circulaban creaban un ensordecedor ruido.

Nadie advirtió de su llegada. O quizás… sí, solo una persona.

Aidan sintió aquella presencia. Su sexto sentido nunca fallaba. Pero no fue el único, Brie también se percató, pues no era algo que pasase desapercibido fácilmente. Allí, bajo el gran árbol que había en la entrada del aparcamiento, había alguien. Y les estaba mirando.

Era una mujer, bellísima, tenía la piel del color de la nevada. Iba vestida con un abrigo negro de lana que le llegaba poco más debajo de las rodillas, anudado a la cintura. Su cabello era liso y largo, de un color ¿rosado? Posiblemente se lo había teñido. Pero no le quedaba mal, no la hacía parecer ordinaria, al contrario, conjuntaba con el rosa de sus labios y el sonrosado de sus mejillas. Sus ojos eran de un marrón grisáceo y habían pasado de Aidan a ella. Aquella mirada tan intensa e impenetrable la abrasó.

Aidan soltó su mano en el acto. Brie le miró confundida.

—Ve a clase —masculló entre dientes—. Ahora mismo.

Brie ya conocía aquella historia, ya lo había vivido cuando fueron al baile de invierno. Pero tenía que volver a confiar en él, aunque no quisiese. Le dedicó una última mirada y se marchó en dirección a la entrada. Fue directa a su taquilla sin rechistar, sacó los libros para las lecciones de la mañana y después se metió en clase de Lengua y Literatura.

Una vez en su asiento, comenzó a escuchar:

—Estaba en el aparcamiento hablando con una chica. —Era la voz de Tanya, unos pupitres más atrás.

—Sí, era muy guapa. ¿Será su exnovia?

—Seguro que sí.

Brie sabía que hablaban de Aidan, pero ignoró aquellos comentarios. Aunque le carcomía por dentro toda la situación. Porque sospechaba quién era la chica misteriosa. Aidan le había hablado una vez de ella.

Afrodita.

La versión femenina de Eros. ¿Acaso era también semi-ángel como él? ¿Por qué había venido? ¿Quería simplemente saludar a Aidan o había algo más perverso detrás de sus actos? Lo único que sabía con certeza era que no le inspiraba la mínima confianza. Su presencia les ponía en riesgo a los dos. Les restaba tiempo juntos.

Pasaron las clases de la mañana. Aidan no regresó en todo ese tiempo y Brie se impacientó. ¿Se lo habrían llevado los ángeles? ¿Estaría en algún apuro?

Llegó la clase de Historia, la penúltima de todo el día. Y Aidan seguía sin aparecer.

El profesor Dugerton todavía no les había honrado con su presencia, así que Olivia Lavender, quien había estado observando a Brianna todo el día, dijo:

—Parece que te ha vuelto a dejar plantada.

Brie sintió miedo. Ya estaba otra vez. Había aprovechado el momento idóneo en el que no estaba Aidan para protegerla. Ahora que estaba sola e indefensa.

Pero no iba a permitírselo. Porque en verdad no estaba sola. Un hilo invisible la unía a Aidan, estuviese donde estuviese. Y él le decía: «Vales más de lo que ellos piensan que vales, vales más de lo que tú piensas que vales». Y tenía razón.

—¿Qué has dicho?

Brie se levantó de su asiento.

Olivia se le encaró acercándose a ella. Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y prestaron atención. Se formó un silencio.

—Parece que vuelves a estar sola… Tu novio al final te ha dejado por otra.

—Al menos tengo novio.

—¡Uhh! —gritaron todos al unísono.

Brie no podía creerlo. Estaba enfrentándose a la mismísima Olivia Lavender.

—Tú tienes que ir a los bailes acompañada de Matt Sunders, porque no hay nadie a quien le gustes de verdad.

Ella la miró con absoluta ira. Iba a matarla y Brie lo sabía, pero no iba a quedarse callada ni una vez más.

Olivia puso la mano en su mesa y barrió con ella todas sus cosas, que fueron a caer al suelo. Brie se agachó automáticamente para recogerlas.

—Así me gusta —dijo Olivia—. Al suelo, donde perteneces.

Una mano apareció de la nada y tomó su cuaderno. Brie levantó la mirada.

Era Peter.

Dejó el cuaderno sobre su mesa y después miró a Olivia.

—No vuelvas a hacer eso —le increpó.

Todos le miraron atónitos. Peter nunca intervenía en ninguno de los altercados, en todo caso, ese era Matt.

—¿Desde cuándo te pones de su parte?

—Desde ahora —dictó en voz alta—. No vuelvas a hablarle así a Brianna, jamás.

Olivia se rio con sorna.

—Ahora me dirás que a ti también te gusta queso brie. Esto es el mundo al revés.

—Así es —corroboró Peter—. Desde que tengo uso de razón.

Se oyeron sonidos de sorpresa.

—¿Qué?

Brie estaba blanca, no había esperado que Peter dijese eso ni en un millón de años. Sin embargo, acababa de confesarlo delante de toda la clase.

—Me gusta Brianna Laidhart. Y no dejaré que la menosprecies ni un día más.

Olivia no sabía qué decirle. Aquello era demasiado para su entendimiento.

—Estáis todos locos —bramó—. ¿Qué veis en ella?

—Lo que no vemos en ti —le contestó.

Otra vez sonidos de asombro. Hans se aguantaba la risa. Charlotte no se atrevía a participar, no quería enfrentarse a Peter. Matt simplemente se había quedado sin palabras, no reconocía a su mejor amigo.

Brie aprovechó para marcharse corriendo de allí. A la porra la clase de Historia. No podía aguantar ni un minuto más. ¿Peter defendiéndola? ¿Peter confesando sus sentimientos en público? ¿Qué estaba pasando? Necesitaba aclarar sus ideas. Necesitaba aire.

—Brianna —la llamó una voz por el pasillo.

Era él.

Se dio la vuelta.

Peter había estado corriendo para alcanzarla y se paró frente a ella con el pecho subiendo y bajando.

—¿Qué quieres, Peter?

—Solo quería que supieses que no volveré a avergonzarme de ti, nunca más.

Brie respiró profundamente.

—Está bien —le concedió—. Aunque llegue tarde. Ahora estoy aprendiendo a cuidarme yo sola. No te necesito.

—Lo sé.

—Me alegra que lo reconozcas.

Se dio media vuelta y le dejó atrás, caminando hacia la salida, pero también hacia un nuevo mundo, donde la voz salía de su boca.

Capítulo 40

—¿Qué ha pasado hoy en clase?

Estaban en el salón de Avonshire. Brie había llegado antes y se había tomado un té en compañía de Marxias esperando a que Aidan regresase.

—Al parecer, ha habido un gran revuelo. Menos mal que te he traído tus cosas.

—Gracias —respondió ella.

—¿Qué es lo que ha pasado? —insistió.

—Me he peleado con Olivia.

—¿Cómo?

Brie ahora sonaba incluso avergonzada.

—La humillé.

—¿Tú? ¿Sola?

Brie asintió.

—Le dije que no tenía novio, que el único que la acompañaba al baile era Matt porque es su amigo.

—¡Ja! No te creo —exclamó, pletórico.

—Ella comenzó… Dijo que tú me habías dejado por ella.

—¿Qué?

—La chica. Afrodita.

—Ah —respondió cambiando el tono de voz—. *Ella*.

Aquello sirvió para confirmar su identidad.

—¿Qué quería Aidan?

—Solo verme. Ha oído que pronto terminaré mi condena y quería despedirse.

Brie asimiló sus palabras.

—No estás celosa, ¿verdad?

—Es muy guapa —confesó entre dientes.

—Es Afrodita. Tiene que serlo —dijo él en su defensa.

—Parecía que teníais una relación más profunda que una meramente profesional.

—Y así es —reconoció él—. En el pasado estuvimos juntos.

Brie le miró sin ocultar su sorpresa, pues, aunque le asombraba, tampoco le extrañaba nada aquella declaración. Habían sido muchos siglos para que Aidan los hubiese pasado enteramente solo. Además, a sus ojos, ellos formaban buena pareja. Los dos eran igual de bien parecidos y, por lo que sabía, ocupaban el mismo puesto de trabajo, único en el mundo.

—Nos encontramos en Zagreb, Croacia, en 1920 —explicó tomando asiento—. Ya nos había conocido unas décadas antes durante la reunión. Ella iba detrás de un chico de su lista y yo… de una chica. Y sí estuvimos juntos. Estábamos muy solos, Brianna. Habían sido años y años en

soledad. Sin nadie que nos consolase. Teníamos mucho en común: los dos hemos pasado por lo mismo. Pero eso no significa que nos enamorásemos. Ella era especial para mí, pero no la amaba de verdad.

—¿Y ella? ¿Te quería a ti?

Él negó con la cabeza.

—No más de lo que yo la quería.

—¿Y si no es así? ¿Y si ha vuelto para separarnos por celos?

Él rodó los ojos.

—Ya estás creando teorías conspiratorias.

—No es verdad. Solo soy precavida.

—Simplemente hemos ido a tomar algo y a ponernos al día. Ella estima que le quedan unos sesenta años más antes de terminar. Quería saber cómo estaba yo. Y… cómo eras tú.

Brie se revolvió en su asiento, no le gustaba que hubiese preguntado por ella. ¿A santo de qué?

—Tranquila, no le he contado nada de lo nuestro, solo lo justo y necesario para que crea que todavía te estás enamorando de mí. Por eso no debías acercarte, no es seguro que nos vean juntos.

—Sí, eso supuse esta mañana. Pero quería saber más —admitió ella—. Saber quién era ella. Aunque… me has vuelto a dejar sola.

—Pero Brianna, ¿no te das cuenta? No me has necesitado a mí para tener seguridad en ti misma. Has retado a Olivia delante de todos y, por cómo estaba de alterada cuando la he visto, has ganado.

—No es cierto —discrepó ella—. He tenido seguridad en mí misma porque sé que un hilo invisible te une a mí. Nunca estoy verdaderamente sola si soy consciente de eso. Tu presencia está allí a donde vaya.

Él sonrió.

—Me alegra que hayas pensado eso. Siento no haber estado contigo. No volverá a pasar.

—¿Qué no volverá a pasar? —inquirió la vocecita de Marxias.

Los dos torcieron su rostro hacia la puerta del comedor por donde había aparecido el niño-ángel. Brie estaba encantada de verle, desde que él se había abierto a ellos confesando la historia de su pasado, la confianza en el grupo había aumentado. Ahora su relación era mucho más sólida, sobre todo para Aidan, que veía a Marxias con otros ojos. Con compasión sí, pero también comprendía muchas cosas, como porqué había perdido sus alas. Había entendido a los ángeles cuando lo hicieron. Había comprendido, además, que Marxias todavía estaba en periodo de prueba. Una larga y difícil, pero también… esperanzadora.

Regresar a clase después de lo ocurrido no fue fácil. Brie se sintió igual que cuando Aidan la había besado en el aparcamiento cuando se enfrentó a Olivia: incómoda, avergonzada, cohibida y, ante todo, observada.

Aunque pareciese mentira, Peter había realizado toda una confesión y aquello había alterado por completo el orden de las cosas. Lo blanco era ahora negro y lo imposible, una vez más, ahora era real.

Nadie le rebatió nada a Peter. Solo lo juzgaron en silencio, sin atreverse a decir la más mínima palabra delante de él. En todo caso, fueron sus propios amigos los que le pidieron explicaciones. A lo que Peter respondió: «Es la verdad. No me he inventado nada. Es lo que hay. Tendréis que

haceros a la idea». Tampoco ellos objetaron nada. En todo caso, fue Fred quien se molestó más, pues era el que desde un principio había demostrado más interés hacia Brianna. Y ahora, no sería la primera ni última vez que Peter reclamaba a la chica en la que él se había fijado antes.

Aidan, por el contrario, no sabía lo que había sucedido, pero comenzaba a olerse algo. La clase rezumaba tensión. Olivia no había dirigido ni una mirada a Brie en todo el día y guardaba la vista hacia el frente con la barbilla en alto y los brazos cruzados. Matt, quien siempre hacía de intermediario, intentaba hacer como si no pasase nada, aunque estaba claro que su grupo de amigos se había fragmentado. Charlotte, por supuesto, iba detrás de Olivia, aunque al mismo tiempo no quería pelearse con Peter. Y en cuanto a este, estaba como siempre. Sentado en su pupitre mirando su libro demostrando una auténtica y completa despreocupación por lo que allí pasaba.

—Ahora tienes competencia —le había dicho Hans medio en broma cuando entró en clase.

Aidan respondió alzando una ceja. Podía intuir quién era esa competencia. No era estúpido.

Pero también se fijó en Brie. No estaba alterada, pero sí diferente. Se negaba a mirar en dirección a donde estaba Peter, tampoco a Olivia. Quizás estaba intentando concentrarse en la pizarra más de lo habitual, como si cualquier otro campo de visión estuviese estrictamente prohibido. Miraba demasiado al cuaderno y se pasaba las manos por el pelo, como cuando estaba nerviosa o no sabía cómo responder o actuar correctamente.

Al final de las clases, mientras iban hacia su taquilla, él le dijo:

—Tengo ciertas teorías sobre lo que pasó verdaderamente ayer, quizás podrías esclarecérmelas.

Brie demostró sorpresa, pero hizo un amago por ocultarla y fingir indiferencia. No quería sacar ese tema. Tenía miedo de lo que él pudiera pensar sobre Peter. La conversación que tuvieron en el baile había desencadenado que él casi le lanzase aquella flecha. No quería volver a destapar sentimientos de duda en él.

—¿A qué te refieres?

—Hoy la gente estaba rara, ¿te has dado cuenta?

—No —respondió con sequedad.

Cerró su taquilla y anduvieron por el pasillo. Brie fingió distraerse con los carteles que veía al pasar. Todos nuevos y coloridos. Anuncios de nuevas actividades y proyectos que ofrecía la escuela.

—Creo que sí sabes de lo que te hablo.

—Pues no —insistió ella.

—Brianna… —intentó hacerla razonar—. Así que yo me abro a ti sobre el aspecto de Afrodita, pero tú no eres capaz de confiar en mí. Una vez más.

—No es lo mismo —se justificó ella—. Es mejor que no lo sepas, ¿vale? No quiero que eso debilite nuestra relación.

—Precisamente por eso debería saberlo. Los secretos no nos llevan a ninguna parte. Sino que nos separan más.

—Algunos secretos está bien guardárselos, nos protegen.

—Ah, así que ahora tú estás intentando protegerme. Después de que yo te haya contado todo mi mundo, incluso mis relaciones pasadas. Pero yo no puedo escuchar sobre un estúpido drama adolescente donde tú, claramente, participas. —La conversación estaba alcanzado un tono de voz indeseado.

—¿Ves?, tú mismo lo has dicho, es un estúpido drama adolescente, ¿de qué serviría que lo

supieses?

—Bueno…, demostraría que tienes confianza en mí, o al menos en nuestra relación.

—Mira, si no te hubieses ido con tu exnovia, o lo que sea, por ahí a tomaros unas copas y hubieses estado conmigo cuando Olivia me atacó en clase, ahora lo sabrías.

Aquello fue demasiado. Aidan se había enfadado de verdad. Y ella se avergonzó de sus palabras. Desde que había plantado cara Olivia parecía que había despertado una parte mordaz dentro de ella.

—No me eches en cara eso —dijo él en su defensa—. No puedo estar todo el día detrás de ti. Además, ayer yo sí que te protegí al irme con ella. Nos protegí a los dos, como llevo haciendo todo este tiempo.

Habían llegado justo a la salida y el rumbo de la discusión no parecía mejorar. Brie se quedó callada. Aunque estaba enfadada, tampoco quería montar una escena allí y sabía que hasta que ninguno de los dos cediese acabarían reprochándose todo, sin solucionar nada.

Cuando estaban saliendo por la cancela principal, Aidan se detuvo. Brie no tardó en mucho en comprender por qué.

«Oh, no. Ahora no», pensó.

Afrodita.

Había regresado. Continuaba en el sitio de ayer. Volvía a vestir su abrigo negro de lana que acentuaba sus curvas. El viento le revolvía aquel cabello rosado como si fueran una bandada de flamencos en vuelo. Su rostro, pulcramente refinado, inspiraba una paz desconcertante. Y por sus gestos, llevaba esperando a Aidan durante bastante tiempo, a la salida de Osborne.

Su aparente belleza, abrumó a Brie. Como si ella fuera capaz de controlar sobre todo el perímetro que los circundaban como un centro electromagnético. ¿Qué quería ahora? ¿Volver a ver a Aidan? ¿Conocerla a ella? ¿Descubrir su secreto?

Brie miró a Aidan en busca de ayuda. Sin embargo, no sabía bien como descifrar sus pensamientos. ¿Sorpresa? ¿Deleite? ¿Intranquilidad?

—Tienes que volver a casa —le dijo en un tono estrictamente imperativo.

No podía creerlo. ¡De nuevo! Así que tenía que cerrar la boca, agachar la cabeza y marcharse sola. Pero él no dijo nada más, se alejó cruzando el aparcamiento en su dirección.

Brie se quedó allí, en el mismo sitio, observando cómo los dos se reunían. Ella sonrió y, por cómo él actuaba, parecía que le había devuelto la sonrisa. Incluso le tocó el brazo a modo de saludo.

Brie sabía que tenía que irse. Tenía que andar hacia el camino que le llevaba a casa. Tenía que dejar de observarles. Pero no podía. Se había quedado completamente paralizada. Como si fuese la espectadora de una serie de televisión romántica donde el chico conocía a la chica. Se sintió… en el lugar donde verdaderamente pertenecía. Al parecer, todavía no tenía la suficiente confianza ni autoestima en sí misma. En cualquier momento, cualquier circunstancia podía hacerla dudar como le ocurría entonces. Y no podía evitar aquella amarga sensación que le recorría en la boca. No eran celos. Era el no considerarse lo suficientemente buena para él.

Miró a su izquierda. Olivia, rodeada de sus amigas, no le quitaba ojo. Por la forma que curvaba la boca, parecía que se deleitaba con aquella escena, como si de esa forma pudiese vengarse de lo del día anterior. A su derecha, Peter también la estaba mirando. Y aunque se puso nerviosa al instante, le sostuvo la mirada. Estaba sentado en su deportivo con la ventanilla bajada.

Brie regresó su atención a Aidan y Afrodita. Continuaban charlando y hasta parecía que

disfrutaban enormemente de la compañía del otro.

Miró de nuevo a Peter. No le había retirado el ojo en ningún momento.

Seguía enfadada. Es más, ante la situación, se había enfadado incluso más con Aidan. Porque siempre era él el que se mojaba, el que tenía que estar «protegiéndola», el que tenía que llevar toda la carga y responsabilidad.

Cuando quiso darse cuenta, sus pies andaban por ella dirigiéndose hacia el deportivo de Peter Byers. Él, al verla aproximándose, encendió el motor y dijo en alto:

—Fuera de mi coche.

Sus amigos le miraron confundido.

—¡Ahora mismo! —bramó.

Obedecieron uno por uno con desconcierto.

—Pero ¿qué le pasa? —dijo Hans de mal humor dando un portazo.

Brie por fin llegó a su encuentro. No sabía que iba a decirle, pero él se lo facilitó señalando con la mirada el asiento de copiloto. Ella no lo pensó dos veces: rodeó la parte delantera del deportivo y se dejó caer dentro. Se abrochó el cinturón. Peter pisó el acelerador y bordeó los coches, pasando por delante de Aidan y Afrodita.

Por un segundo, se miraron desde la ventanilla y ella vio confusión en su rostro. Pero no sintió ningún remordimiento de sus acciones, no todavía.

«Sí, tienes razón», le dijo. «No puedes estar todo el día detrás de mí».

Capítulo 41

Peter conducía temerariamente por las carreteras de Deerwoods y a ella no le importó. Es más, aquella velocidad aumentaba la adrenalina que había despertado en su cuerpo al cruzar el aparcamiento y meterse en su coche delante de todo el mundo. Delante de él.

Durante unos minutos no dijeron nada. Ella no quería hablar. Él se conformaba con que Brianna estuviese en sentada en su deportivo.

—Me gusta tu coche —confesó ella, sonando como si un amigo de confianza le soltase un cumplido sincero a otro.

—Gracias —respondió él sin despejar los ojos de la carretera—. Aunque sabes que prefiero las máquinas que van por el agua.

—Sí. No hay comparación —concordó ella.

Se hizo un incómodo silencio. ¿Y ahora qué? Brie comenzó a arrepentirse de haberse subido a su coche. ¿En qué estaría pensando? ¿Creería Peter que ella le había perdonado así sin más? ¿Pensaría que estaba eligiéndole a él por encima de Aidan? ¿Que le correspondía en sus sentimientos?

—Bueno —dijo para romper el hielo, después soltó atropelladamente—: ¿Qué hay de tu vida? ¿Qué has hecho los últimos cinco años? No, espera, no me lo cuentes. Si ya lo sé todo. No es difícil enterarse de lo que hace o deja de hacer Peter Byers.

Este lanzó una carcajada totalmente genuina.

—¿Es que acaso soy famoso?

—Eres el chico más popular de Osborne. ¿O es que no lo sabías?

—Define «popular».

—Tienes amigos. Eres guapo. Causas buen efecto en la gente, sobre todo en las chicas. Despiertas envidia, aprobación y rumores.

—Sobre todo rumores —coincidió—. Es insoportable.

—Quizás después de tu intervención de ayer y… la de hoy, tu reputación se vea afectada.

Peter volvió a reír.

—Pobre Peter Byers —murmuró él—. Tiene que estar sufriendo muchísimo.

Brie reprimió las ganas de reírse.

—¿Así que soy guapo? —La miró por un segundo, después volvió sus ojos a la carretera de inmediato.

—No voy a darte el placer de escuchar esa confirmación.

—¿Pero lo soy? O sea… «Peter Byers». ¿Qué te parece él? ¿Te cae mejor ahora?

—Se parece un poco a un amigo que tuve cuando era pequeña —confesó ella siguiéndole la corriente—. Aunque creo que nunca será como él. Ese niño murió con mi infancia.

Él arrugó la nariz al escuchar aquello.

—Pues te equivocas. Se parece más a ese niño de lo que tú crees.

—Eso habrá que verlo —dijo ella justo cuando entraban en el camino que conducía hacia su casa—. ¿Vamos…?

—¿Algún problema? —preguntó él—. ¿Quieres ir a algún otro sitio?

¿A dónde podían ir? ¿A casa de ella? No. No tenían ninguna objeción. El único problema es que le dolía entrar en esa casa. Le despertaba recuerdos y la última vez que había estado allí había salido con un barco entre sus manos y una tristeza profunda arraigada en el corazón.

—Está bien —accedió.

Peter sonrió. Después aparcaron en el moderno garaje que había justo debajo de la casa. Subieron por unas escaleras hasta el piso de arriba, el principal.

—¿Peter? —lo llamó su madre—. Voy a salir con unas amig…

Miranda se quedó sin voz al ver a Brianna detrás de su hijo, justo entrando por el salón.

—¡Brianna! ¿Qué haces aquí? Oh, qué estupendo. —Dio una palmadita y después se estrechó las manos llena de deleite—. ¿Te ha traído Peter? Pues claro que sí. ¡Es increíble que hayáis recuperado vuestra relación! ¿Desde cuándo?

—Mamá… —le rogó él con gesto cansino—. No la atosigues.

—Sí, perdón. Es que no lo puedo creer. Justo ahora voy a ver a tu madre. ¡Ya verás la alegría que se lleva!

Brie fingió una sonrisa. Lo menos que quería era que ella también se enterase, pero, después de todo…, sus acciones tendrías sus consecuencias, fuesen cuales fuesen.

—Estoy tan contenta por los dos. —Les tomó de la mano a cada uno y los miró con los ojos vidriosos de la emoción—. No sabéis lo triste que me puse cuando os dejasteis de hablar.

Él tragó un nudo en la garganta y ella le volvió a sonreír con los labios fruncidos.

—Bueno, yo os dejo —dijo soltándoles y encaramándose el bolso al hombro—. Tenéis que poneros al día.

—Adiós, Miranda —se despidió cordialmente Brie.

Ella, andando hacia atrás, como si en cualquier momento ambos fuesen a desaparecer, alcanzó la puerta principal y les dedicó una última mirada antes de marcharse.

—Por fin —dijo él cuando se cerró la puerta de principal.

Brie le miró. Peter parecía avergonzado. Se frotaba la nuca con un brazo.

—Deja las cosas si quieres en el armario.

—Ah, sí, gracias.

Se quitó el abrigo, la mochila y los zapatos, dejándolos aquel armario corredizo de la entrada que tan bien conocía. Él también dejó sus cosas, aunque se llevó su mochila al hombro. Después ella le siguió hasta su habitación, que continuaba tal y como la recordaba la última vez que estuvo allí, el día de Acción de Gracias.

—Ponte cómoda —le dijo sin más—. Hay una cosa que quería enseñarte…

Brie se sentó sobre la cama, frotándose los brazos. Nunca pensó que regresaría a pisar su habitación. Se fijó en el espacio vacío de su pared, donde estaba el barco que se había llevado consigo a casa.

Peter, por el contrario, buscaba algo en su armario empotrado, lanzando camisetas y revolviendo prendas.

—Aquí está.

Sacó una bolsa de plástico y Brie le miró confundida. Después sus manos desenvolvieron una caja de galletas de aluminio. Ella la reconoció al segundo. Eran sus galletas favoritas. Cuando

eran pequeños las devoraban a montones. Había cuatro tipos de sabores entre los cuales estaban las preferidas de Peter, que eran las cuadradas de chocolate y vainilla; y las de ella, que tenían forma de rosquilla y pintitas de chocolate. Normalmente, él se escondía una de sus favoritas y, cuando estas se acababan, se la dejaba en algún sitio especial para que la encontrase y se llevase una sorpresa. Era como una especie de mensaje encriptado: «Para ti, Brendy, porque sé que te gustan».

Pero aquella caja era incluso más especial. Estaba cubierta de arena y se había desgastado y abollado el aluminio: era su cápsula del tiempo. La misma que había escondido en el bosque del jardín de Peter, cuando eran niños.

—¿La has sacado? ¿Todavía te acordabas de que seguía allí?

—Pues claro que sí. Últimamente he estado pensando mucho en el pasado —reconoció—. Me pareció oportuno desenterrarla. Quería ver qué había escrito. Y… qué habías escrito tú.

A ella le entró una vergüenza sobrecogedora. La sangre se le subió a la cabeza.

—¿Has leído mi carta? ¿Sin mí? —le reprendió—. Se suponía que debíamos desenterrarla juntos.

—Lo sé, lo siento, pero no me pude contener.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Quieres leer mi carta? —le ofreció él.

Gruñó.

—¿Brianna?

Ahora se había acercado mucho a ella. Sus sobrecogedores ojos azules la impidieron pensar con claridad.

—Entonces, te la leeré yo.

Se sentó sobre el borde de la cama, justo a medio metro de ella. Abrió la caja y sacó un sobre maltratado por las condiciones atmosféricas. Lo abrió y retiró un papel de un cuaderno a rayas, donde había escrito su carta.

—«A mi Brendy: No sé qué escribir en esta carta. Pero tú estás escribiendo mucho en la tuya, así que también tendré que decirte algo. Aunque no sé qué escribirte. Me gusta verte escribir. Cuando te concentras mucho, sacas la lengua y te lames los labios. Es gracioso. Eso me recuerda también a cuando estás nerviosa y te tocas el pelo y tiras de él. Eso no me gusta tanto. Me gusta que estés tranquila. Me gusta cuando me coges de la mano. Eso me hace sentir tranquilo. Cuando te cuento algo importante siempre me escuchas, no como papá, que me escucha solo la mitad. Esperas todo el tiempo a que termine y después me dices lo que piensas, porque me has escuchado. No sé cómo será mi Brendy del futuro, pero quiero que me prometas una cosa. —Se atragantó tomando una pausa—. Quiero que me prometas que no te alejarás nunca de mí. Sé que no siempre estoy de buen humor, soy un poco como papá, eso dice mamá. Dice que siempre hay que tener paciencia conmigo. Tú la tienes. Por favor, ten paciencia cuando seas mayor. Porque… si no la tienes tú, me quedaré solo. Y te necesito conmigo cuando crezca. Necesito a alguien que viva conmigo en mi barco. Quiero que seas tú. No quiero que sea otra persona. Prométemelo, Brendy. Tu Peter Pan».

Se formó un silencio en la habitación.

Brie miraba hacia sus manos, que jugaban nerviosas a estrujarse los dedos. Por un segundo se había imaginado a *su* Peter, el niño que ella conocía escribiendo frente a un papel. Eran desde luego sus palabras. Y ahora, ahora estaban cargadas de sentido.

—No me lo prometiste —le dijo él—. Quizás por eso…

Ella soltó un sonido que se debatía entre la risa y la incredulidad.

—Los dos sabemos que fue por algo más que una simple promesa —le dijo ella.

Él asintió.

—¿Me perdonas?

Brie le miró entonces.

—¿Por qué exactamente?

—Sabes por qué.

Ella ladeó la mirada y se encogió de hombros.

—No lo sé, Peter, ni siquiera sé por qué estoy aquí, hablando contigo.

—Yo sí lo sé. Te preguntas si te estoy diciendo la verdad. Si ayer… dije la verdad.

—¿Y lo hiciste?

Se miraron.

—Me ha costado mucho reconocerlo. Al principio, no creas que me dejaste de importar del día a la mañana. Solo estaba fingiendo ser… Peter Byers.

Ella sonrió con pesar, hundiendo sus cejas y estirando sus comisuras hasta que, al notar las incipientes ganas de llorar que se apoderaban de su rostro, volvieron a descender a su lugar natural.

—Y te funcionó —convino ella.

—Sí. Le caía bien a la gente, a mucha gente. Conseguí unos amigos nuevos y, con ellos, recibía esa especie de trato especial. Algunas chicas se acercaban a mí. Les gustaba sin siquiera hablar con ellas. Todas aquellas atenciones…, no sé, me sedujeron. Escondí lo que sentía por ti y me obligué a mí mismo a mantenerlo oculto para siempre. Porque… no estaba bien. Es lo que me habían hecho creer. Que tú no estabas bien.

Ella estrujó el rostro. No le estaba gustando escuchar aquello y él, al notarlo, cambió el rumbo de la conversación:

—Pero lo que no estaba bien era mi actitud. Cada día fui perdiéndome más a mí mismo. Llevo así todos estos años. Sin saber quién soy. ¿Quién es realmente Peter Byers? ¿Queda algo del niño que tú conociste en él? ¿O es solo un producto que he ido creando yo solito?

Brie asimiló la información, era realmente esclarecedor escuchar todo aquello.

—Y… Brianna, ese niño, habita en mí. Se despertó el día que vi a Grivaldi llevándote en brazos a la escuela. ¿Crees que eras invisible para mí? ¿Que me olvidé completamente de que existías? ¿Quién te crees que obligó a Olivia hace dos años a que te devolviese la ropa al vestidor cuando la encontré haciendo de las suyas? ¿Crees que no he borrado yo mismo un montón de comentarios hirientes de tu mesa? Vale, nunca lo hice delante de nadie. De eso me avergüenzo. Pero aun así lo hice.

Ella no esperaba aquellas confesiones y no se molestó en ocultar su asombro. ¿Eso había hecho Peter a escondidas de ella? ¿Por qué nunca lo había advertido?

—Tampoco te he defendido. No públicamente. No hasta ayer. Lo cual es igual de vergonzoso por mi parte. Pero ese día en la biblioteca, cuando Aidan se puso a hablar contigo. ¿Qué quería de ti? ¿Por qué se interesaba en ti? Y ahora te voy a confesar algo de lo que tampoco me enorgullezco: nunca creí que tendría competencia. Que…

—Que le podría gustar a alguien —terminó ella por él.

—Sí. Ese era mi seguro. Nadie se te acercaba, nadie te prestaba atención. Hasta que apareció… *ese* —masculló con los dientes apretados—. Y del día a la mañana, deja de prestarle atención a Virginia y te la presta a ti. ¿Por qué? ¿Acaso no es motivo suficiente para sospechar

de él?

Brie se rio en su interior. Le entendía perfectamente, es más, ella misma había pensado lo mismo. Ahora, que ya poseía algo más de información, podía comprender mucho mejor los acontecimientos del pasado.

—Y después, sin venir a cuento, te besa delante de todos. Cuando ni siquiera sois amigos —decía él expresándose con las manos.

—Sí, eso también me tomó por sorpresa.

—No entendía qué estaba pasando. Pero no me gustaba. Él no me gustaba. Tú y él. O tú y… Fred —dijo aquel nombre con una pizca desprecio en la voz—. Eso me gustó incluso menos. Pero cuando realmente estuve pensándolo fue cuando te llevaste el *Neverland*.

—¿El *Neverland?*

Él señaló con la cabeza el espacio vacío de la pared.

—Así es como lo nombré, a nuestro barco, el que construimos juntos.

—¡Tú me hiciste llevármelo! Como si no te importase lo más mínimo —le echó ella en cara.

—No es cierto. Yo no quería que te lo llevases.

—¿Y por qué me lo ofreciste entonces?

—No lo sé. Supongo que me salió inconscientemente. Pero después…, cuando veía ese espacio en la pared, no podía dejar de pensar. En ti. En mí. En lo que habíamos sido. En lo que te hice en el pasado. En lo que yo había perdido. Y así he estado durante estas semanas. Hasta que he descubierto. —La miró a los ojos—. Que nunca te he olvidado verdaderamente. Que esta carta que te escribí cuando era un niño es la confirmación de lo que siento. ¿Acaso piensas que alguna de las chicas con las que he estado me ha llegado a gustar una mínima parte de lo que me gustabas tú?

A ella se le resecó la boca y un inusual ardor le recorrió el cuerpo, subiéndosele hasta la cabeza. Hacía unos años había soñado con escuchar aquellas palabras provenir de sus labios. Sin embargo, se había intentado convencer a sí misma de que eso jamás ocurriría, porque la vida real era mucho más decepcionante. Porque ella jamás recuperaría a *su* Peter. Y él jamás la recuperaría a ella.

Mientras sus ojos miraban los hondos mares de los suyos, pensó en lo que le había dicho Aidan: que Peter podía ser la persona a la que estaba destinada.

¿Y podía serlo? ¿Podía Aidan tener razón?

—¿Brianna? ¿No tienes nada que decir? Yo… solo quiero decirte que lo siento, una vez más, aunque eso no solucione nada, aunque no pueda sustituir todos estos años de silencio.

Brie apretaba un labio contra otro, evitando llorar. Porque sabía que sí decía algo, si le respondía, acabaría viniéndose abajo.

—Pero aún hay más —dijo él volviendo a tomar el sobre entre sus manos—. Hay algo que te he guardado desde que escribí la carta.

Sacó de él una galleta con forma de rosquilla, completamente fosilizada y que había perdido sus pepitas de chocolate.

Brie comenzó a reír. Entonces, mientras su cuerpo se agitaba preso de aquella risa nerviosa, las lágrimas comenzaron a descender por sus ojos, incontrolables y sinceras. Peter había destapado todos los recuerdos de su pasado. Los que habían compartido juntos y los que habían mantenido separados.

—¿Es cierto lo que me dijiste la otra noche en el baile, Brianna? ¿Que intentaste quitarte la vida?

Ella rompió a llorar con mayor intensidad. Después se llevó una mano a los labios para acallar su llanto. Para cuando quiso darse cuenta, él había acortado la distancia que los separaba y se había tomado la licencia de rodearla con sus brazos.

—Oh, Brendy, lo siento tanto, de verdad. Todo ha sido por mi culpa.

Ella negó con la cabeza.

—Todo… snif… todo lo que he vivido, me hace ser quien soy ahora. Y ca… cada día estoy más orgullosa de la persona en la que me he convertido.

Él la soltó para mirarla a la cara.

—Porque ahora eres otra persona, ¿verdad?

Brie asintió.

—No me conoces realmente. Y yo… tampoco te conozco a ti, Peter.

—Yo tampoco me conozco a mí mismo. Cuando estoy con los demás, no sé quién soy. Pero sí sé que, cuando estábamos juntos, siempre fui yo mismo. Al menos es lo único que tengo claro: que sé quién soy cuando estoy contigo.

Peter alargó una mano para tocar su mejilla, roja y humedecida por las lágrimas. Sus dedos eran distintos, eran más grandes y alargados, como los de su padre. Además, eran más morenos y rígidos que los de Aidan. Pero, a pesar de encontrar aquella sensación rara y nueva a la vez, su tacto resultó increíblemente tranquilizador y pacífico.

Sus ojos también habían cambiado: ahora eran mucho más grandes y se habían amoldado a sus párpados alargados. Antes no se había parado mucho a observarle, solo cuando Peter tenía que realizar alguna exposición delante de toda la clase se había permitido escudriñar cómo el tiempo había moldeado sus facciones, cómo su corte de pelo ya no era el mismo y cómo cada día veía menos al niño que había sido su amigo. Pero, aquella tarde, cuando se paró a mirarle de verdad, descubrió que se equivocaba. Había mucho de *su* Peter en él. Sobre todo, en la forma en la que él la estaba mirando, a su vez, a ella.

Recordó entonces el sueño que había tenido: donde no se acordaba de Aidan, donde ella y Peter estaban juntos, y eran felices, en aquella ilusoria ignorancia. ¿Era así como tenía que ser? ¿Era ese su plan divino?

«Él te quiere, Brianna. Y tú… acabarás queriéndole de nuevo». Esas habían sido las palabras de Aidan. Claras, concisas y ¿premonitorias?

No pudo seguir pensando, porque captó un movimiento que la mantuvo rígida y la despertó de aquella dudosa ensoñación. Peter se había inclinado hacia ella, hacia sus… labios. El contacto la aturdió, pero al mismo tiempo la impidió reaccionar. Permitió que él la besase, aunque no sabía bien por qué. Quizás… quizás solo quería poner a prueba la teoría de Aidan: de que ellos dos debían estar juntos según el designio divino.

Peter se tomó la libertad de profundizar aquel beso y ella no se negó. Fue una sensación muy extraña y, aunque estaba claro que él tenía experiencia en aquellos ámbitos, era completamente distinto a los cándidos y vigorizantes besos que le daba Aidan.

Descubrió entonces que Peter podía despertar algo en su interior, después de todo, le había querido siempre, incluso cuando él la traicionó, ella jamás le dejó de querer. Era *su* Peter Pan y siempre lo sería. Pero ¿hasta qué punto él podía transmitirle todas aquellas sensaciones reencontradas que solo sentía con Aidan? ¿Podía sustituir a la parte restante de su alma?

«Sí», dijo una voz en su conciencia.

«Es lo que ellos quieren. Es lo que debe ser».

Tras recibir aquella confirmación, su cuerpo entero se relajó y se dejó llevar. Las manos de él

se encajaron en su nuca y las suyas en el pelo de él. ¡Durante cuánto tiempo había querido eso! Había estado escondido en lo más profundo de su ser. Ese deseo. Esa necesidad de recuperarle. De que ella fuese su Brendy y él fuese su Peter. Lo había deseado siempre. Había fantaseado con ello. Había creído, cuando todavía eran unos niños, que nunca se separarían, que estaban hechos el uno para el otro. Había sufrido tanto cuando vio que eso jamás ocurriría. Cuando tuvo que rechazar esa idea. La idea de que personas como ella, como Brianna Laidhart, nunca podrían estar con personas como él, como Peter Byers.

Aidan tenía razón. Los ángeles tenían razón. Tenía que estar con Peter. No podía seguir luchando contra lo que estaba escrito.

«¿Qué estás haciendo?», de nuevo una voz resonó en su interior, pero esta vez era una totalmente distinta. Nunca antes la había escuchado y podía intuir, por una milésima de segundo, de quién se trataba.

«¿Quién eres?».

«Sabes quién soy».

«Giovanna», respondió.

«Sí. Pero también soy tú».

«Perdóname, Giovanna. No puedo, no puedo seguir luchando por estar con él, cuando claramente ellos no quieren que estemos juntos».

«Eso no lo sabes, todavía», le respondió con convicción. «¿Esto es lo que de verdad quieres, Brianna? ¿Le quieres a él?». Claramente se estaba refiriendo a Peter.

«Sí, yo… No lo sé».

«Soy parte de ti ahora. Somos dos en una. Y con *él*… con *él* somos grandes, Brianna. ¿Cómo puedes conformarte con un pedazo de tierra cuando ya has probado el cielo?».

«Yo… No sé qué hacer. ¿Qué es lo correcto?».

«Solo tú puedes tomar esa decisión».

«Pero también es cosa tuya, ¿acaso tú no quieres que acabe con esta maldición que nos impide ir al cielo? ¿Acaso no quieres que él pueda aspirar también a esa salvación? ¿No piensas que con Peter seré… seremos felices?».

«Solo sé que, ante la magnitud, no debemos conformarnos. Si debes elegir, elige aquello que te llene y te haga grande».

«Pero ¿y si al final no podemos estar juntos?».

«Nunca lo sabrás si no te arriesgas ante la posibilidad de que suceda. Puede que nuestro tiempo con Aidan llegue a su fin, o puede que no. Si merece la pena para ti, debes realizar ese salto de fe. Si no…, debes quedarte con Peter. Sin duda, con él no tendrás que tomar ese riesgo».

«Tengo miedo».

«No hay mayor señal que la sensación de temor justo antes de saltar al vacío», respondió ella. «Ahora solo queda preguntarse, ¿saltarás?».

«¿Saltaré?».

Pero nadie le respondió esta vez.

Abrió los ojos.

Se separó de él. Peter la miró con aturdimiento, había una expresión muy distinta dibujada como una gran pincelada sobre el semblante de Brie.

—¿Todo bien?

Él estaba delante de ella. Nítido y brillante. Hermosamente real. Además, se había abierto a ella. Le había pedido perdón por todo lo sucedido. Le había transmitido tantas cosas. Deseo.

Remordimiento. Comprensión. Alivio. Y, bajo todo aquello, algo mucho más importante: liberación.

Y ante aquello, ya no había nada más que él pudiese aportarle. Porque por fin ella era libre. De todos los pensamientos traicioneros que la embargaron durante aquellos años separados. Libre de no ser lo suficiente buena para personas como él. Libre de lo que podía o no podía haber sido con Peter.

—Estoy bien —logró responder—. Creo… creo que acabo de cerrar un capítulo de mi pasado. Gracias a ti.

—¿Cómo?

—Sin ti. Sin tu confesión, yo nunca habría dejado atrás lo sucedido. No te habría podido perdonar verdaderamente. Y… siempre habría existido una posibilidad abierta. Pero ahora acabo de cerrarla.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que… tengo que seguir hacia delante. Hacia un futuro donde no estamos juntos.

—¿Es por él? ¿Verdad?

—Él llegó mucho antes que tú, Peter.

Peter estrujó el ceño, aquello no tenía ningún sentido para él.

—Lo sé, no lo entiendes, pero algún día verás que he tomado la decisión correcta. Por los dos.

Se levantó de la cama.

—No, Brianna, te equivocas.

La había tomado de la mano, impidiéndose que se fuese.

—Te quiero, Peter. Siempre te he querido mucho.

—Brendy…

—Adiós, mi Peter Pan —le respondió con una sonrisa cálida, pero al mismo tiempo conmovedora.

Se soltó de su amarre y él la dejó marchar. Brie salió de su habitación. ¿Hacia dónde? Corrió por todo el pasillo, casi deslizándose por el suave y limpio parqué. Llegó a la entrada. Se puso las botas, el abrigo y la mochila al hombro.

Afuera hacía el habitual frío de enero. Aunque se había retirado la nieve de la entrada, el pavimento todavía se encontraba encharcado y marcado por las líneas marrones de los neumáticos.

Se empapó las medias, incluso llegó a salpicarse la falda del uniforme, Pero Brie siguió corriendo. En algún momento, mientras bajaba la pendiente hacia Deerwoods, se escurrió y estuvo a punto de caerse contra el asfalto y rodar como una bola de nieve colina abajo. Pero recobró el equilibrio y continuó corriendo.

Respiraba entrecortadamente. Y sus ojos se movían de un lado a otro, esquivando a los coches, captando cualquier sonido, buscando con la mirada el remate de la iglesia del pueblo. ¿A dónde estaba yendo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué acababa de hacer?

¿De verdad había tomado su decisión? ¿Se arrepentía?

No.

Se sentía bien. Mejor que bien. Se sentía plena.

Porque había tomado una decisión. Había cerrado un capítulo de su vida. Y había abierto paso al siguiente.

Giovanna la había animado a perseverar. A luchar hasta el final. Por él. Por los dos.

Ahora que corría libre por la carretera se había dado cuenta de una cosa: ella acababa de superar su propia prueba. ¿Creía que Aidan sería el único que tendría que enfrentarse a las dudas y remordimientos? ¿Que ella no tendría sus propios puntos de inflexión?

Y… al recordar sus labios sobre los de Peter sintió vergüenza. De sí misma. De su debilidad. De su vacilación. Pero cuando pensó que había estado a punto de renunciar a Aidan para siempre, sintió aún más vergüenza. ¿Cómo había podido caer ante la tentación de una vida sin dolor, pacífica y sencilla?

Al tiempo se recompuso. No. Las cosas habían sucedido como tenían que suceder. Para que ella tomase su elección final. Para que… pudiese decir adiós a su pasado. Se había autoconvencido durante años de que Peter, el de ahora, ya no le importaba. Y eso era mentira. Sí que era importante. Aunque hubiese cambiado. Aidan había intentado explicárselo la última vez. Había intentado sonsacarle sí él todavía le importaba a ella. Y en eso… en eso tenía razón. Pero al final, no había nada más que un Peter que se buscaba a sí mismo, que declaraba que con ella era mejor. ¿Y ella era mejor con él? ¿Era grande?

No.

No puedes conformarte con la tierra cuando ya has probado el cielo. Y cuando estaba con Aidan, *su* Aidan, rozaba por un segundo el paraíso.

Capítulo 42

Tenía que encontrarle. Tenía que decírselo.

Le buscó por el pueblo por si aún estaba con Afrodita, hablando o tomando algo. Tampoco estaba en la entrada de la escuela donde se habían separado. Tuvo que regresar a casa porque allí se había dejado la llave Ghala. Podía tomar el sendero hacia Avonshire, pero solo había cogido una vez ese camino y no estaba segura de si se iba a perder o no por el bosque al estar todo nevado. Prefería el modo seguro, que era a través del baño de su cuarto con la llave Ghala.

Al otro lado, en el salón, no había nadie. Brie había dejado su mochila y el abrigo, y se había escondido la llave en el bolsillo de la chaqueta del uniforme.

¿Y si Aidan estaba en alguna otra parte de la casa? Le buscó en la cocina, en la sala de estar, comedor, incluso en la biblioteca, donde se encontró con Marxias.

—¿No le has visto?

Este negó con la cabeza.

—Prueba en su habitación. A veces va directamente allí y no le veo.

Brie le dio las gracias y salió corriendo hacia los pasillos. Aunque ya había encontrado su puerta una vez sola, cuando se llevó las cartas de su pasado, esta vez se confundió de camino y tuvo que retroceder y buscar con más atención la desviación que llevaba a su habitación *edoreas*.

Al final la encontró. La puerta rosada.

Giró el pomo, suplicando una vez más porque estuviese abierta. Y, en efecto, pudo pasar al otro lado. Aquel amplio espacio la sobrecogió. Tuvo que rodar sus ojos para cerciorarse de que él no estaba allí.

—Vaya —dijo una voz en lo alto de las escaleras que conducían al fondo de la habitación—. No te esperaba a ti. Pero esto agilizará mucho más las cosas.

La vio: Afrodita la observaba con aires de superioridad y sus manos apoyadas en la barandilla. Frunció el ceño.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy esperando a Aidan. Pero también a los ángeles. Se les ha convocado para una reunión.

Brie estrujó aún más el entrecejo.

—Sí —confirmó ella con aquella voz tan melindrosa que se volvió como cera en sus oídos—. Es sobre ti. Sobre lo que sabes y no has de saber. Sobre lo que debería ser y no es.

Bajaba los peldaños uno por uno, al mismo tiempo, Brie retrocedía paso por paso hacia la puerta.

—¿Tú también quieres separarnos? ¿Es por envidia? ¿Por celos?

Afrodita mantuvo la compostura, pero se limitó a sonreír muy sutilmente, sin crear ni la más mínima arruga sobre su inmaculado rostro. Vista desde tan cerca, Brie pudo apreciar que era mucho más guapa de lo que ya había confirmado. Tenía una nariz recta y pequeña, unos labios

carnosos y perfectamente delineados y unos ojos marrones muy profundos, coronados de pestañas.

—No hay nada que envidiar. Solo mucho por corregir.

—No te creo. Le quieres a él, ¿verdad? No te metas en nuestros asuntos, porque no te incumben.

—Te equivocas. Aidan es asunto mío. Él está llamado a salvarse, igual que yo. Eso es algo que un humano egoísta y pretencioso como tú no puede comprender.

—¿Salvarse? —inquirió—. ¿De qué? ¿De una vida donde es feliz a mi lado? ¿Donde su alma puede descansar después de siglos separada de su otra mitad?

Afrodita no se alteró, al contrario, sabía mostrarse completamente tranquila, como si ella dominase la situación. Eso disgustó a Brie. Quería dejarle claro que no tenía razón, que no ganaría, no si ella podía impedírselo.

—Vuelves a equivocarte. El lugar de Aidaniel no es a tu lado. Lo único que le mantiene atado a ti ahora es la flecha que tiene que lanzarte. Si de verdad le quieres, si de verdad te importa, le dejarás terminar con su cometido. Le permitirás salvarse.

—¡No puede! Lo ha intentado, pero no ha podido.

—Porque no le has dejado —le reprendió ella—. Es débil. Por tu culpa.

—¡No es cierto! ¿Quién eres tú para inmiscuirte en lo que haga o deje de hacer?

Estaba tan enfadada que para calmarse solo le ocurrió dar media vuelta y dirigirse hacia la salida. Un minuto más con ella y no sabía qué podría pasar… Pero una fuerte corriente de aire cerró la puerta en sus narices y, cuando quiso abrirla, no pudo. La había encerrado.

—Lo siento, no irás a ninguna parte —decretó Afrodita a sus espaldas—. Ha llegado el momento. Vuestro tiempo juntos termina aquí.

—¿Está aquí Brianna?

Jane le escudriñó con la mirada. Aidan estaba en la entrada de su puerta y parecía alterado, como si algo terrible le hubiese pasado.

—Eh, sí, creo que la he escuchado llegar. Estará en su habitación. —«O no», pensó ante la posibilidad de que hubiese abierto un portal hasta Avonshire.

Aidan se abrió paso por su lado, sin pedir permiso. Se dirigió a las escaleras y Jane lo siguió.

—Ey, espera. ¿Qué pasa?

—Ahora no puedo explicártelo. ¿Seguro que ha pasado por casa?

—Pues sí. No lo sé…

—¿La trajo alguien? ¿Peter?

—¿Peter Byers? No. No ha aparecido por aquí.

Aidan se detuvo sobre la puerta de su habitación. El pestillo estaba echado. Maldición.

—¿Brianna? —la llamó sin recibir respuesta.

—Debe de estar en Avonshire.

—¿Puedo utilizar esta puerta? —preguntó él refiriéndose a la que había justo a su lado.

—Sí, es la del baño.

Sacó su propia llave Ghala y Jane abrió los ojos deleitada. Quería una de esas.

Aidan abrió un portal en menos de medio minuto. Sin preguntarle si quería ir con él, se internó dentro del charco de luz. Jane le siguió, después de escudriñar el pasillo por si aparecía Cornelia o Noelle. Acto seguido, cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué hacéis vosotros entrando por aquí?

Esta vez el portal no los había llevado al salón principal de Avonshire, sino a la biblioteca desordenada donde Marxias y ella se habían conocido.

—Marxias, ¿has visto a Brianna?

—Sí, acaba de pasar hace un rato por aquí. Te estaba buscando.

Aidan suspiró aliviado.

—¿A dónde ha ido?

—Le he enviado a tu habitación.

—Tengo que irme —declaró con seriedad.

Salió por la otra puerta, la que conducía al salón. Jane le vio marcharse hasta que se perdió internándose por la puerta que conducía a los pasillos de Avonshire.

—¿Qué le pasa?

Marxias parecía tan sorprendido como ella.

—No lo sé. Parece que algo va mal.

—¿Qué estás leyendo?

Jane tenía la gran capacidad de olvidar los acontecimientos pasados y centrarse en cualquier otra cosa para recuperar su estado de ánimo. Marxias, quien todavía sopesaba si ir detrás de Aidan o no, se concentró en la pregunta que Jane acababa de formularle.

—Nada importante. Solo un libro sobre ángeles desterrados.

Brie abrió mucho los ojos, impactada.

—¿Ángeles como… tú?

Él asintió. Jane fue hasta la esquina donde Marxias, rodeado de una muralla de libros, se había sentado, justo al lado de un gran ventanal que daba al jardín para conseguir algo de luz natural. Tomó asiento a su lado y situó sus codos sobre sus rodillas a la espera de una de sus habituales y largas explicaciones.

—¿Estás buscando una forma de salvarte? ¿De regresar al cielo?

El niño-ángel volvió a asentir, algo más avergonzado.

—Aunque sé que no es posible.

—¿Por qué no? El ángel Rafael te dijo que estabas en periodo de prueba. ¿No? Todavía puedes superar esa prueba.

—El arcángel —la corrigió con dulzura—. Pero sí, se supone que sigo en periodo de prueba. Sin embargo, han pasado tantos años… Estoy cansado, Jane, la vida *humana* me agota, me desgasta lentamente. Quizás algún día…

—¿Qué? ¿Qué pasará algún día?

—Desista.

—¡No! No lo hagas. Todavía puedes volver, ¿verdad?

—No estoy tan seguro.

—¿Y por qué? —preguntó desanimada.

—Porque la vida es complicada, Jane, y cambiar… cambiar lo es aún más.

—¿Cambiar?

—Eso es lo que dicen estos libros. Para que un ángel desterrado pueda regresar al cielo, tiene que darse una transformación en su interior.

—¿Una transformación? ¿Como qué?

—No lo sé.

Jane dejó de prestarle atención por un momento. Se llevó el dedo al mentón y comenzó a

pensar en la historia de Marxias, la que él mismo les había confesado días atrás bajo la brillante luz de la chimenea. Había sido una de las mejores noches de su vida. Se habían reído. Habían comido cosas riquísimas. Y él… él les había contado su pasado. Y eso la había conmovido profundamente. Había deseado con todo corazón que Marxias recuperase sus alas. Que regresase al cielo, a donde verdaderamente pertenecía.

—¿Qué es lo que te dijo el arcángel Rafael? Solo los que se convierten y…

—Y se hacen como niños, entrarán en el reino de los cielos —concluyó él por ella.

—¡Eso! ¿No has pensado sobre eso?

—Por supuesto que sí. Después de todo, no es simple casualidad que me haya reencarnado en este cuerpo, ¿no crees?

Ella sonrió ante aquello.

—Tienes razón. Mmm.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas?

Jane negó con la cabeza.

—Vamos, dímelo.

—Nada, solo pensaba…

—¿Qué pensabas?

—Pues que, Mars, tú te has convertido en un niño… Pero ¿te has hecho un niño?

Él se quedó muy quieto, mirándola intensamente a los ojos.

—¿Qué intentas decir?

—Quizás eso es lo que falta. Ya eres un niño en carne y hueso, pero no lo eres en… en espíritu.

—Umm —dijo en un susurro, sopesando sus palabras—. Pero…

—Sí, lo sé —dijo ella con ton cansino—. Tú no eres verdaderamente un niño.

Marxias sonrió. Ella le conocía bien.

—Sin embargo, en cierta parte, lo eres, sabes. Y de momento no puedes hacer nada por impedirlo.

Él frunció el ceño, decepcionado, porque sabía que aquella niña de nueve años tenía toda la razón.

—¿Y cómo puedo, según tú, ser un niño?

—Pues… supongo que siendo tú mismo. Jugando a cosas. Yendo a la escuela. Relacionándote con otros niños. —Se señaló a sí misma mientras decía eso último, y Marxias se carcajeó.

—Tú no eres como cualquier otra niña, Jane Laidhart.

Aquello la dejó sin aliento. Se puso nerviosa.

—¿Por qué dices eso?

Comenzó a jugar con sus dedos.

—Porque eres mucho más divertida, espontánea, cabezota, peleona y… buena de corazón que otros humanos que he conocido.

Jane guardó silencio. No sabía qué decir ante eso, pues sentía cómo todo su cuerpo ardía de vergüenza.

—Mars, tú… no me odias porque soy humana, ¿verdad? O sea, yo te caigo bien, ¿no?

El niño-ángel sonrió.

—¿Odiarte? ¿Por sacarme de mis casillas continuamente? ¿Por aparecer en mi casa cuando te da la gana para comerte mi comida?

Jane se llevó las manos a los ojos, completamente avergonzada.

—¿Por ser la única persona que se atreve a contradecirme y a sacarme de mi zona de confort? —Le retiró una de las manos para mirarla a la cara, ella abrió un ojo asustado—. ¿Por tener la paciencia que nadie tiene conmigo?

—Mars…

Pero él continuó:

—No, Jane, no te odio, para nada. Quizás sí me resultaste bastante irritante al principio, he de reconocerlo. Pero eso era porque me has ido recordando… que yo, aunque no lo quiera admitir, también soy un poco niño, dentro de mí. Has sacado la parte humana que me corresponde. Me has enseñado que los humanos podéis ser asombrosos si os lo proponéis. Podéis ensalzar los colores de este mundo bicolor con tan solo una sonrisa, un acto de amor, de misericordia. ¿Cómo voy a odiarte? En todo caso, haces que me odie a mí mismo por no haber apreciado antes… todo lo que me has dado las últimas semanas.

Jane le miraba pletórica. Estaba feliz. Porque él… él era muy importante para ella. Durante todo ese tiempo había sido su vía de escape, de su mundo, de sus problemas familiares. Marxias la había ayudado a olvidarse de su realidad humana, enseñándole aquella sobrenatural. La había reprendido, sí. Se habían peleado. Pero casi siempre habían acabado aguantándose de una manera prodigiosa el uno al otro. Porque merecía la pena. En todos los sentidos.

—Mars —le dijo en voz alta—. Te quiero.

—¿Qué…?

No pudo responder porque Jane se lanzó a sus brazos y unió sus labios contra los suyos. Quiso separarla, quiso impedirlo, quiso salir corriendo. Pero no lo hizo. Se quedó quieto, con los ojos muy abiertos y llenos de desconcierto. ¿Por qué lo estaba permitiendo? ¿Por qué sentía que su corazón iba a mil por hora y si no se paraba acabaría estallando? ¿Por qué una ola de calor se apropió de todo su cuerpo, incendiando sus mejillas?

No recordaba la última vez que había besado a alguien. Quizás en su primera vida humana…, no lo sabía. Y, sin embargo, de lo que no se había olvidado era de los efectos que traía consigo: relajación de los músculos, desorientación absoluta, perdida de la realidad y, ante todo, una sensación apabullante que crecía en su interior.

Algo acababa de despertarse.

Una ráfaga de aire los envolvió a los dos, revolviendo sus cabellos y casi levantándolos del suelo. Los libros tampoco salieron bien parados: los que no estaban apiñados se abrieron pasando todas sus páginas de un lado a otro y transmitiendo un sonido parecido al de cientos de cartas siendo barajeadas.

Sus pestañas tiritaron, la carne de sus mejillas se estiró hacia arriba y sus labios acabaron por separarse. Abrieron los ojos con dificultad. Y Marxias movió la boca, gritándole algo.

—¿Qué? —le dijo ella—. ¡No te oigo!

—¡Yo…! —Otra vez silencio—. ¡Jane!

—¡Hay demasiado viento! —le gritaba ella.

Entonces, él se separó de ella impulsado hacia arriba y Jane alzó la mano para tomar su pierna. No le dejaría escapar. Alzó la mirada y se encontró con la de él. Al final consiguió leer sus labios: «Yo también te quiero, Jane».

Y, de la sorpresa, le soltó.

Tenía que encontrar a Brianna. Esta vez se acercaba el momento de luchar. No podían alargar

más la espera. Los ángeles habían comenzado a sospechar. Afrodita acababa de darle un ultimátum: o le lanzaba la flecha a Brianna o regresaba como errante al limbo. En él quedaba la decisión. Tenía un día. ¡Un día le había concedido de margen!

No podía. Había descubierto que lucharía o… iría a las aguas del Estigie. Pero no renunciaría a ella. Nunca más. Esa era su decisión. Podía ser más o menos acertada, pero era la que había tomado.

Intentó abrir la puerta de su habitación. Estaba cerrada. ¡Qué extraño! Normalmente la dejaba abierta. Sacó de su bolsillo su propia llave Ghala y la volvió abrir. Cuando comenzó a correr la puerta comprendió que algo no iba bien.

Afrodita estaba allí, sentada en uno de sus sillones con toda naturalidad, mientras leía uno de sus libros. No había ni rastro de Brianna.

—¿Qué haces aquí? —la increpó—. ¿Cómo has entrado?

Ella levantó la vista de su lectura.

—Antes de que nos separáramos le hice una copia a tu llave.

—¿Cómo? ¿A mi llave? Eso es imposible.

—Nada es imposible en el mercado.

Aidan levantó una ceja desconfiada.

—Pues dámela, no tienes derecho a tenerla.

—Está bien. Tienes razón, solo la guardé por si acaso.

Afrodita se levantó dejando su libro sobre una de las mesillas. Fue hasta su encuentro y, sin retirar su intensa mirada de la de él, sacó una llave del bolsillo de su abrigo negro. Aidan le extendió la palma de la mano y ella la dejó de manera liviana rozando su piel.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó guardándose aquella otra copia en su bolsillo junto a la original.

—Tenemos que hablar. He convocado a los ángeles.

—¿Que has hecho qué? Me concediste un día —le reprochó con alteración.

Entonces, nervioso, alcanzó a ver la gravedad de la situación. Si había convocado a los ángeles, estos no tardarían mucho en aparecer, exigiendo explicaciones.

—Lo sé. Pero también sé que, cuanto más tiempo pase, más tiempo tendrás para echarte atrás. Para desertar.

—¿Y qué si lo hago?

—¿Y qué? ¿Te atreves a preguntarme eso? ¿Acaso todos estos siglos han sido un juego para ti? ¿Acaso no quieres ir al cielo casi tanto como yo? ¿Has olvidado lo que me dijiste en Zagreb? Dijiste que no había mayor deseo en el mundo que terminar tu cometido, que llegar a la última. ¿Vas a echarlo todo a perder por ella? ¿Por una humana?

—Es más complicado que eso, no lo entenderías.

—Lo único que entiendo es que te has dejado dominar por las pasiones, Aidaniel. Y te están ganando la batalla. Ahora, has desobedecido las reglas. Las que juraste con tu sangre.

—¿Dónde está Brianna? —preguntó más preocupado de la cuenta, mirando a su alrededor.

—¿Es que no me estás escuchando? Vas a arruinarlo todo. Todo lo que has conseguido.

—¡¿Dónde está Brianna?! —bramó esta vez, encolerizado.

Afrodita, igual de enfurecida, levantó una mano y una corriente de aire abrió el baúl de su ropa. Brianna estaba allí, amordazada y con cuerdas en muñecas y tobillos. Se retorcía en vano, queriendo escapar.

—¿Qué le has hecho? —dijo horrorizado.

—No se estaba quieta. Ha estado a punto de atacarme.

Aidan acudió a su encuentro y, cuando la alcanzó, pudo leer en sus ojos un grito de desesperación.

—Estoy aquí, estoy aquí. Lo siento.

Comenzó a desatarla.

—Yo que tú no lo haría. Es bastante agresiva.

Aidan ignoró los comentarios de Afrodita, mientras destensaba las cuerdas que aprisionan a Brianna. Le quitó también la mordaza.

—Está loca —profirió por fin su voz ahogada—. Quiere separarnos.

—Lo sé, no te preocupes.

—No se lo permitas.

—No lo haré —le prometió él.

La tomó de los brazos ayudándola a salir del baúl. Entonces, una luz irrumpió en la estancia.

—Ya están aquí —anunció Afrodita y se arrodilló al segundo.

Eran los ángeles.

Brie, por encima del hombro de Aidan, alcanzó a ver cómo una puerta de una luz azul casi mágica se abría justo en lo alto de las escaleras. Se formaron tres figuras que fueron esclareciéndose poco a poco. Ella no reconoció a ninguno: el del centro, era de color, tenía encanecido el cabello de su barba y la cabeza calva, vestía una túnica azul muy bonita y llevaba anillos en sus grandes y prominentes dedos. A su derecha había uno completamente diferente, con un cabello de color melaza dorado, unos ojos del mismo color y una piel blanca inmaculada. Llevaba una túnica de un plateado grisáceo como la de su compañero. El último tenía el cabello negro, como el de Marxias, y anudado en una trenza, un rostro igual de afeminado y una nariz recta bajo la cual se marcaba su arco de cupido, así como su hoyuelo.

Aidan, al verlos, se postró ante ellos hincando su rodilla derecha. Brie le imitó a su lado, aunque todavía se frotaba la muñeca por la presión de las cuerdas.

—Sus beldades —dijeron al unísono Afrodita y Aidan, Brie se quedó callada sin saber si tenía o no que repetir sus palabras.

—Aidaniel —dijo el ángel del centro, el de la piel oscura y rasgos prominentes, cargados de solemnidad—. Venere.

Afrodita inclinó la cabeza al escuchar su nombre.

¿Venere? ¿Ese era su nombre de ángel? Le sonaba a… Venus.

—Brianna —dijo refiriéndose a ella, por último, sorprendiendo al resto—. Vaya maravillosa coincidencia que te encuentres aquí, con nosotros.

«¿Me conoce?», se preguntó al instante ella, confundida.

—Sí —le respondió en voz alta—. Sé quién eres. Aunque tú no sepas quién soy. Por ello, me presento, soy Anael, el tutor de Aidaniel.

¡Anael! Aidan le había hablado de él antes. Era un sabio de la comuna de los cielos.

—Conmigo se encuentran Gamahiel —se refirió al ángel de cabello dorado—, ángel custodio entre el cielo y la tierra, y Nahum —refiriéndose al ángel que se parecía a Marxias y que sonrió al escuchar su nombre—, ángel de la Tercera Orden.

Brie levantó la mirada y se atrevió a decir:

—Un placer conoceros. Soy Brianna Laidhart.

Ellos sonrieron ante aquello. ¿Había hecho bien? Nunca le habían presentado a ningún ángel. Desconocía el protocolo angelical.

—Supongo que sabéis el motivo de nuestra visita —dijo Anael.

Afrodita y Aidan asintieron. Brie se limitó a mirarlos con desconfianza. El tiempo para ser cordiales se había terminado.

—Sus beldades —los llamó Aidan, con un tono suplicante en la voz, se postró aún más sobre el suelo y dijo—: Conozco mi misión. Aquella que vosotros me encomendasteis al convertirme en quien soy. Pero también conozco mi corazón. Y él me pide que esté con Brianna. Lleva pidiéndomelo todos estos siglos. Lo he intentado acallar, domar, encerrar en lo más profundo de mí mismo. Todo ha sido en vano. Él sabe más que yo lo que deseo, lo que es correcto. Por favor, os pido que lo escuchéis, como ahora yo lo estoy haciendo. Os pido que consideréis esa posibilidad, si es que es factible. Solo por un segundo. Os suplico… que os apiadéis de nosotros.

Ellos callaron, como asimilado sus palabras. Entonces, Nahum se refirió a ella diciendo:

—¿Y tú, Brianna?

Aquella familiaridad con la que se refería a ella la desconcertó, aunque también sirvió para calmar su espíritu y responder con valentía:

—Comparto la misma opinión que Aidaniel. Al igual que él, he escuchado a mi corazón, he superado una prueba de fe, de confianza en los dos. Y al final… le he elegido a él. Como ya hice una vez hace más de quinientos años. Ahora vuelvo a hacerlo y vosotros sois testigos de mi decisión.

—Entiendo —anunció Anael—. Hermanos, debemos hablar y tomar una resolución.

Ellos asintieron.

—No tardaremos mucho —prometió—. Por favor, tened paciencia.

Diciendo esto, Anael, Gamahiel y Nahum formaron un círculo y comenzaron a murmurar, como discutiendo entre ellos.

Brie, nerviosa, tomó a Aidan por el brazo. Él se reincorporó sobre sus rodillas y la miró.

—No tengas miedo. Solo están reflexionando sobre nuestra petición.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Brianna.

La rodeó con sus brazos y ella reprimió las ganas de llorar.

—¿Y si dicen que no?

—Te pones en lo peor.

—Pero ¿y si sucede?

—Entonces… lucharemos.

—No quiero que te pase nada. Te protegeré.

Él sonrió.

—Siento que tengas que pasar por esto, no estaba en mis planes que tuvieses que afrontar a los ángeles.

—No me inspiran demasiado miedo —confesó—. Al contrario, me transmiten calma y serenidad.

—Sí, comparto perfectamente esa sensación.

—Aidan.

Se separaron unos centímetros para mirarse a los ojos.

—Pase lo que pase, necesito que me perdones.

—¿Por qué?

—Por volver a desconfiar de ti. Por haberte dicho lo que dije cuando discutimos. Por haberme subido al coche de Peter. Por haber dejado… que él me besase. Tienes que perdonarme. Lo… lo

—su labio comenzó a temblar— siento muchísimo.

Él, sin perder en ningún momento la compostura, le acarició con una mano la mejilla, la misma que hacía unas horas había acariciado Peter. Ella se estremeció. Nadie podía igualar el sentimiento que ejercía Aidan en ella. Que la hacía deshacerse como miel sobre una tostada caliente.

—Tienes que perdonarme. Por un segundo yo… he dudado sobre lo que siento por ti. He estado a punto de tomar el camino fácil, de resignarme a lo inevitable, a lo que está escrito en mi plan divino.

—Brianna —dijo tiernamente—. No pasa nada. No hay nada que perdonar. Eres humana. Has tenido tu momento de debilidad, igual que lo tuve yo en su momento. Y lo has superado, has vencido. Me has elegido a mí.

—Siempre —concordó ella sin ninguna vacilación. Él le sonrió.

Aunque con Aidan podía conseguir evadirse por completo de la realidad, captó por el rabillo del ojo cómo Afrodita los miraba con desprecio, reprochándoles su conducta. Brie apretó la mandíbula.

—Ignórala —le pidió él—. Cree que es lo mejor para mí. Está ciega. No puede comprenderlo.

—¿Es que te quiere para ella?

—No. —Rio él—. Solo quiere lo que cree que es mejor para mí. No debemos juzgarla por tal noble obra, aunque se equivoque.

—Tienes razón. Esperemos que se equivoque.

Aidan volvió a sonreír y apoyó su frente contra la de ella.

—Me he alterado mucho al ver que no te encontraba.

—Yo también —reveló ella—. Pensé que estarías enfadado conmigo, por desobedecerte, por no confiar en ti.

—Quizás al principio sí, pero ahora todos esos sentimientos se han evaporado, solo me queda una inmensa paz en mi interior, porque ahora, de momento, estamos juntos.

Ella asintió mientras las palabas «de momento» resonaban como un eco sordo por las cavidades de su mente.

Brie se concentró en aquella fracción de tiempo que se les había concedido, antes de que los ángeles tomaran su veredicto, antes de que, dependiendo de su respuesta, tuviesen o no que luchar contra ellos. En ese instante, estaban juntos y se pertenecían el uno al otro. Frente contra frente, aliento contra aliento, alma frente a alma.

Suspiró.

Ese tiempo le pareció el más valioso del mundo. Porque todo encajaba. Ella con él. Él con ella. Su vida y *sus* vidas antes de esa. Sus decisiones y las de él. Solo faltaban las de ellos. Los ángeles. Los sabios. Las beldades que decidirían su futuro, fuese cual fuese.

Y rezó.

Comenzó a pedir a quién fuese, a Dios, a los ángeles, a quien respondiese ante sus plegarias. Rezó como nunca antes lo había hecho. Suplicó en silencio, dejando que sus lágrimas hablasen en voz alta sobre sus sentimientos, sobre su mayor deseo.

«Por favor. Que sea lo que queráis. Que sea lo correcto».

Y al final, ellos respondieron.

—Hemos llegado a una resolución.

Brie y Aidan volvieron a tragar aire con normalidad.

Había llegado el momento.

Se separaron y miraron hacia lo alto de la escalera donde los ángeles se habían vuelto a desplegar, decididos a revelar su decisión. Aidan cerró los ojos y apretó la mandíbula. Brie le cogió del brazo, sin retirar su mirada de ellos.

—Hemos considerado vuestra propuesta y hemos decidido que Aidaniel, habiendo dado su palabra en un juramento antes de concedérsele las alas, debe ser fiel a lo que en su momento prometió. Aidaniel debe llevar a cabo su cometido y debe hacerlo en este preciso momento.

Brie gritó un «¡No!» sonoro y desgarrador. Aidan se desplomó sobre sus rodillas, descompuesto por la noticia. La única persona que parecía complacida por el veredicto era Afrodita, que se regodeó con una sonrisa.

La incomprensión dio paso a una ira absoluta que se apoderó de Aidan. Brie enseguida captó cómo todo su cuerpo comenzaba a temblar. En cualquier momento desplegaría sus alas y entonces… se lucharía. ¿Eso era lo que quería? ¿Luchar hasta el último momento? ¿Poner en riesgo a Aidan? Que lo ángeles quisiesen o no perdonarle, si al final… ellos ganaban. Eran tres, un custodio, un sabio y uno de la Tercera Orden. Eso si no contaban con Afrodita. Todos contra Aidan, contra un ángel del rango más bajo de todos.

—¿Por qué? —pidió explicaciones Aidan—. ¿Acaso no os he sido fiel durante todo este tiempo? ¿Acaso no he acatado todos vuestros ruegos? ¿Acaso nunca me he permitido salir de mi guion hasta ahora? ¿Por qué la habéis traído a mí entonces? ¿Para hacerme sufrir en vano? ¿Para deleitaros con mi dolor y mi desdicha?

—Solo haz lo que debas hacer, Aidaniel. Es todo lo que puedo decirte.

Él vibró aún más, encolerizado. Brie sintió que tenía que pararlo. Tenía que confiar en lo que acababa de pedirles a los ángeles. «Que sea lo que vosotros queráis. Que sea lo correcto. Que sea vuestra voluntad».

—¡Aidan! ¡No!

Brie le tomó de la mano.

—Por favor, no lo hagas, estoy tan enfadada y decepcionada como tú, pero no lo hagas.

—Pero…

—Mírame, Aidan.

Él por fin la miró. Su cuerpo enteró comenzó a destensarse lentamente.

—Brianna…

—Lo sé. Te dije que lucharíamos. Pero… ahora tienes que confiar en mí. Siento que hay algo más, Aidan, te lo prometo.

—¿Qué intentas decir?

—Ya has oído a Anael: haz lo que debes.

—¿Quieres que…?

—¿Te acuerdas de eso que me dijiste? Sobre tener fe. Ahora es el momento de tenerla.

—¿Sabes lo que me estás proponiendo? ¿Entiendes las consecuencias?

Ella asintió, las entendía perfectamente.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es así como debe ser. Realicemos ese salto de fe, juntos.

Le tomó de la otra mano y se la estrechó.

—No puedo —dijo él en un lamento.

—Sí, puedes. Confía en mí, confía en ellos.

Ahora los dos estaban llorando.

—Perdóname, por no haberlo conseguido, Brianna.

—¿Perdonarte el qué? Me has salvado, Aidan, de la muerte. Antes era más muerte que vida, ahora vivo. Tú has hecho que mi corazón vuelva a latir, mi voz vuelva a sonar, mis pulmones a respirar y mis pensamientos vuelvan a fluir, en ese orden perfecto y armonioso, haciéndose preguntas, retándome a mí misma, cambiando mi forma de pensar y de actuar. Me has dado la vida. Me has sacado de ese pozo negro de desesperación, me has transformado en una nueva Brianna. Una viva.

Él la besó en la frente estrechándola contra él.

—Siempre has estado viva. Solo necesitabas que alguien te diese al botón de encendido.

Ella rio entre lágrimas.

—Solo te necesitaba a ti.

—Y yo a ti. También yo tenía un botón apagado. Al final…, los dos hemos salido ganando, ¿no?

Brie asintió con pesar.

—Lo hemos pasado bien juntos.

—Sí —concordó ella—. Mejor que bien.

—¿Estás segura de esta decisión? Aún estás a tiempo.

Brie le miró a los ojos.

—Sí. Hagámoslo. —Tragó un nudo en la garganta.

Él la estrechó con mayor fuerza.

—Te quiero, Brianna Laidhart. Aunque… aunque lo olvides, esta es mi nueva promesa.

—Yo también te quiero, Aidan.

Afrodita se aclaró la garganta tras ellos.

—Déjanos al menos despedirnos como Dios manda —increpó él de mal humor.

—Olvídala. Nadie puede quitarnos este momento, ni siquiera ellos —le susurró Brie.

—Tienes razón.

Le acarició la coronilla y después volvió a posar su frente sobre la de ella. Así se quedaron durante algunos segundos. Suspendidos el uno contra el otro.

Y los ángeles les concedieron ese momento de intimidad entre ellos, que inauguraba la despedida final, de Nastagio y Giovanna, la de Aidan y Brianna.

—Lamentablemente, ha llegado el momento —decretó al fin Anael.

Se separaron mirándose a los ojos.

—No temas —le dijo él—. Todo terminará rápido.

Pegó un silbido y un arco y un carcaj de flechas aparecieron flotando en el aire.

—Será mejor que te separes un poco —le dijo Afrodita.

Brie le gruñó, no le gustaba que le dijese lo que tenía que hacer.

—Tiene razón —concordó él—. Debes hacerlo.

Ella por un segundo tuvo miedo. Iba a suceder. Agarró fuertemente su mano. Él se la tomó y le besó los nudillos.

—Te veo ahí arriba —dijo refiriéndose al cielo.

Brie intentó sonreír, pero lo más parecido que consiguió fue torcer la boca. Se separó de él y caminó hacia atrás unos cuantos pasos. Mientras veía cómo Aidan tomaba una flecha dorada de su carcaj y comenzaba a situarse en posición.

—¡Espera! —le detuvo.

Volvió a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó desorientado.

Brie se lanzó a sus brazos y él separó los instrumentos, uno en cada mano, para que ella lo abrazase introduciendo sus manos entre sus costados.

—Me ha faltado esto.

Le besó intensamente y él no tuvo más remedio que dejar caer el arco y la flecha para acoger aquel beso con la intensidad y pasión necesarias. Esta vez el contacto despertó todos los recuerdos, de sus vidas pasadas y presentes. Todo pasó por sus ojos como un resumen a toda velocidad como cuando te caes de un edificio o tienes un accidente de coche y tu vida entera, todo lo que has vivido, todos los errores que has cometido, las decisiones que has tomado, los corazones que has robado se resumen en cinco segundos.

—¿Por qué me haces esto, Brianna? —le susurró cuando por fin se separaron—. Me lo estás poniendo más difícil.

Ella rio con tristeza, pero también con sinceridad. Después se fue alejando de él, consciente de que sería la última vez que se tocarían. Esta vez sí.

—Hazlo —le rogó cuando volvió a tomar su puesto, alejada de él.

Aidan recogió sus instrumentos y los volvió a enderezar, esta vez con algo más de resolución. Tensó la flecha y la apuntó.

Brie le miró con sus ojos marrones brillantes y dijo en un gemido, que él leyó de en sus labios:

«Gracias».

Aidan cerró sus ojos y, sin dudarlo un momento más, lanzó la flecha.

Pam. Resonó en toda la habitación.

Al abrirlos, Brianna estaba tirada sobre el suelo marmóreo. Una flecha dorada resaltaba en el relieve de su pecho.

Lo había hecho. ¿Cómo había podido? Miró hacia lo alto. Los ángeles seguían observando y parecían animarle a continuar. Afrodita también le miraba como diciéndole: «Enhorabuena, ahora remátalo».

Aidan luchó contra su razón, una vez más. ¿Cómo Brianna había acabado convenciéndole de que lo hiciera? ¿Y por qué él había accedido?

Ya no había marcha atrás. Ahora solo quedaba el siguiente paso.

Se aproximó a ella. A su Brianna. Parecía tan quieta, tan serena, como si estuviese bajo el más dulce de los sueños. La acarició, retirándole el pelo de la cara, repasando sus labios con sus dedos. Después retiró la flecha y esta salió de manera limpia, sin dejar ninguna marca en su pecho, solo un leve resplandor. Ahora tenía sus sentimientos guardados en esa flecha. Y, al lanzarla, serían de otra persona, para siempre.

Colocó la flecha de nuevo en su arco. Y esta vez la lanzó al vacío.

Capítulo 43

Blanco. Todo estaba blanco a su alrededor. Pero no como en los días de nevada. Aquello era diferente. Era incluso más luminoso. Incluso más bello. Brie se preguntó por un segundo si se encontraba en el cielo. Todo era tan pacífico. Tan plácido. Seguro que estaba en el cielo, ¿en qué otro sitio podría encontrarse?

Inspiró aquel aire, llenando todo su pecho hasta que no pudo más y tuvo que soltarlo todo de vuelta. Percibió también una sonrisa en su rostro. Estaba feliz. Estaba en el lugar correcto. Porque ¿dónde había estado antes? No se acordaba. No recordaba nada de nada. Solo que ahora… todo estaba bien.

«Brianna»

Esa voz…

«Brianna».

«¿Quién eres?».

«Abre los ojos. Tengo una sorpresa para ti».

«¿Qué sorpresa?».

«No lo sabrás si no abres los ojos».

«¿Me despertaré? Me gusta estar aquí».

«Vendrás a mí. Cuando llegue tu momento».

«Entonces…».

«Entonces, despierta, Brianna, despierta».

Y despertó.

Lo primero que vio fue la luz del sol. Era una luz mucho más tenue. Incomparable a la que acababa de ver en su sueño. Pero sí, también había algo de hermoso en ella. Algo de reconocible. Sus rayos etéreos se colaban por el cristal de la claraboya y le bañaban el rostro entero, como una tierna caricia que recorría su piel. Quiso volver a cerrar los ojos, pero una figura se interpuso entre el sol y ella.

Anael.

—Brianna —le dijo, ahora estaba muy cerca de ella.

Brie frunció el ceño.

—Lo sé. Estás algo desorientada. Permite que te ayude. —Le tendió una mano que huía de la alargada manga de su túnica azul.

Ella la tomó sin vacilar. Los dedos del ángel eran fuertes y sólidos, pero también increíblemente cálidos y reconfortantes. Su solo tacto permitió que se levantase de un golpe, casi volando.

—¿Qué ocurre?

—Lo que estaba escrito se ha cumplido.

—¿Yo? ¿Él…?

Anael sonrió.

—Aquí lo tienes.

Soltó su mano y, extendiendo la amplia manga en su semicírculo hasta posarla tras su espalda, liberó su campo de visión.

Allí, tirado sobre el mismo suelo enlosado, estaba *él*.

—¡Aidan! —gritó.

«¡Recuerdo todavía su nombre!», se dijo al segundo. «Es más, lo recuerdo todo».

—Sí, así es —dijo Anael respondiendo una vez más a sus pensamientos.

—Pero…

Brie volvió a mirarle, esta vez llena de terror. Estaba casi muerto, con el rostro contra las losas de mármol y el torso al descubierto. Bajo él había un charco de un líquido brillante y platino que brotaba y brotaba cubriéndolo todo. Pero ante todo… había una cosa, un detalle más: una flecha dorada hundida entre sus omoplatos.

Ella soltó un sonido ahogado.

Corrió a su encuentro y se tiró a su lado. Tocó su cuerpo arqueado con mucho cuidado, manchándose de ese líquido espeso, en las rodillas y los dedos.

—¿Aidan? —sollozó.

—Está bien —dijo la voz de Anael a sus espaldas—. Solo está perdiendo su inmortalidad.

—¿Qué? ¿Qué es… esto? —dijo refiriéndose al fluido que envolvía a Aidan y parecía surgir de su espalda.

—Es la ambrosía de su sangre —explicó Anael—. Está separándose de él.

—¿Qué significa eso?

—Significa que se está convirtiendo en humano.

Brie abrió los ojos impactada.

—¿Es eso posible?

—La flecha lo ha hecho posible.

Brie se percató una vez más de ese mástil dorado que sobresalía entre sus músculos.

—¿Es…?

—Sí, la misma flecha que te lanzó a ti, hace unas horas.

—¿Unas horas?

—El resto se ha marchado hace tiempo. Alguien tenía que quedarse para explicároslo.

Ella tragó un nudo en la garganta.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué la flecha…? ¿Por qué yo todavía le recuerdo?

—Porque así estaba escrito, Brianna, en vuestro plan divino. La flecha siempre había estado pensada para uniros a los dos, una vez más.

No podía creer lo que escuchaban sus oídos. ¿Anael estaba diciendo la verdad? ¿Eso quería decir…?

—Entonces…, ¿no vamos a separarnos? —preguntó con alivio en la voz, pero también cierta incredulidad.

—Al parecer, todavía os quedan varios años juntos, hasta que el tiempo en vuestra vida mortal finalice.

Brie estuvo a punto de soltar a Aidan entre sus brazos de la sorpresa. Pero en cuanto logró serenarse, lo agarró con más fuerza que nunca.

—Oh, gracias, gracias.

Comenzó a llorar, emocionada, feliz y desconcertada, todo a la vez. Porque lo sabía. Siempre lo había sabido. No había otra persona. No era Peter con quien ella debía estar de verdad. Era él. Siempre había sido él.

—Vuestra fe os ha salvado, Brianna —le respondió Anael.

—¿Nuestra fe?

—Habéis aceptado nuestras palabras. Habéis confiado en nuestro juicio y al final os habéis salvado, tal y como estaba escrito.

—¿Vosotros lo sabíais? ¿Que él era la persona indicada para mí?

Captó una media sonrisa en el rostro de Anael.

—Puede que lo desconozcas, pero Aidaniel siempre ha querido vernos como los de abajo. Siempre nos reprochó su condena durante todos estos años, sin saber que él mismo se estaba ganando su propia salvación, pues estaba preparándose para reencontrarse contigo en el futuro. Todo lo que él ha vivido y lo que tus vidas pasadas han vivido, ha sido concebido para este preciso momento, donde os encontráis de nuevo. Solo necesitabais realizar un solo acto. Un solo lanzamiento. Y todo estaría ganado.

¿Así que solo era eso? ¿Confiar a ciegas? ¿Saltar al vacío?

¿Cómo no habían caído antes? Se habrían ahorrado muchas horas de sufrimientos, dudas, discusiones e incomprensiones. Y la solución era tan sencilla. Había estado frente a sus ojos todo el tiempo. Pero ellos… se habían limitado a no creer. A no tener la suficiente fe como para pensar que la acción correcta podría traerles tanto bien.

—Ahora ha recibido su recompensa.

—¿Irá al cielo? —quiso saber Brianna.

—Todavía no, algún día, igual que tú.

Brie sonrió ante aquella maravillosa noticia.

—¿Por qué no se despierta?

—El proceso de desinmortalización es largo. Pero pronto lo hará, solo que será una persona diferente.

Ella lo comprendió y notó cómo había algo sólido, pero también blando, entre la espesura de la ambrosía. Eran plumas. Plumas blancas. Soltó un gritito ahogado.

—Sí, son sus alas —coincidió el ángel.

—¿Las ha perdido?

—Así es, se está volviendo humano, no puede conservar esos atributos por más tiempo.

Brie se entristeció por un segundo. Y pensar que nunca más volvería a ver sus alas batir sobre su espalda…

—Es como debe ser. Cuando despierte, no será Aidaniel, sino un humano más. Por eso te encargo a ti que lo protejas en el mundo terrenal y que estés a su lado en esta nueva vida que tiene por delante. Cuando salgáis por esa puerta —señaló la entrada de la habitación de Aidan— os espera un nuevo camino, lejos de los ángeles, lejos de nuestro mundo. ¿Entiendes lo que digo?

Ella asintió, pues lo comprendía perfectamente.

—Una vida completamente mortal —concretó ella.

—En efecto, Brianna.

Era lo que querían, ¿no? Una vida juntos.

—Bien. Solo debo pedirte que le hagas llegar este mensaje a él, cuando despierte. ¿Lo harás?

—Por supuesto. Cuidaré de él, te lo prometo.

—Está bien, ahora debo marcharme. Los ángeles tenemos otros asuntos que atender.

—Espera —lo llamó—. ¿Qué hago con la flecha?

—Retirársela, por supuesto, y luego… podéis conservarla como recuerdo.

Brie rio por dentro. Aquel comentario había sido de lo más mordaz.

—Gracias, Anael.

—Adiós, Brianna, que la luz os guíe en los caminos sombríos.

Abrió un portal azul, de esos que no abrían cualquier llave Ghala, y se marchó en un resplandor, dejándolos completamente solos.

Brie miró a Aidan. Continuaba en un sueño profundo y no parecía estar sufriendo. Es más, parecía que estaba cambiando. Su piel, antes inmaculada y perfecta, ya no lo era. Habían comenzado a nacer manchas e imperfecciones en su tez. Ahora notaba aún más sus poros. Su nariz se había incluso arqueado un poco y sus pómulos redondeado. Su cabello, antes de un rubio casi blanco, ahora tenía un tono algo más apagado, como el del trigo bronceado de verano. Sus músculos seguían perfilados, pero también parecían mucho menos sobrenaturales y mucho más… humanos. A pesar de todo aquello, para Brie, él continuaba siendo igual de hermoso que siempre. Porque ahora, por primera vez, podía ver al Aidan humano, a Nastagio en carne y hueso.

Se quedó allí, Dios sabe cuánto tiempo, observando a esa nueva persona que nacía entre sus brazos, de la ambrosía y las plumas. Un ser nuevo. Creado para un futuro igual de desconocido e insólito.

Al final, decidió retirarle la flecha, justo cuando la sangre de los ángeles dejó de brotar de su cuerpo. Para su sorpresa, el arma salió de una forma increíblemente suave, igual que cuando sustraía la llave Ghala de una cerradura imaginaria.

La sostuvo entre sus dedos. Había temido tanto a esa flecha y, ahora, parecía vulnerable entre sus manos, como si en vez de desdicha les hubiese traído todo lo contrario. Desde luego que pensaba guardarla como recuerdo. Después de todo, era una flecha auténtica del mismísimo Eros.

Poco después, Aidan por fin recobró el sentido. Estaba aturdido, murmurando cosas sin sentido. Brie le dio la vuelta y situó su cabeza sobre su regazo.

—Shh, estoy aquí.

—¿Don… dónde estoy?

—Estás conmigo —le respondió ella.

Alzó una mano y le rozó la mandíbula.

—¿Eres…?

—Sí.

—No me has olvidado.

—No, no lo he hecho.

—¿Por qué? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Porque no era ese nuestro destino.

Dejó que sus párpados le ganasen y se recostó como queriendo volver a dormirse.

—Me duele… el cuerpo —confesó.

—Lo sé. Solo estás cambiando.

—¿Cambiando?

—Tu cuerpo está cambiando.

Él no dijo nada más. Volvió a abrir los ojos.

—Sigues aquí.

Ella rio.

—Por supuesto. ¿A dónde te crees que iba a ir?

—No lo sé. Lejos de mí, supongo.

—Pues no, hoy no es ese día.

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—¿Eres real? —le preguntó—. ¿O eres solo un producto de mi imaginación?

—Soy real —confirmó—. Tan real como tú.

—Me mientes.

—No. —Rio—. No te miento.

Él estrujó entonces el ceño formando una colina de arrugas sobre su frente. Intentó reincorporarse, pero soltó un quejido al tener que mover su cuerpo.

—¿Qué me ocurre? ¿Por qué me siento tan… distinto?

—Porque eres distinto. Te estás volviendo humano.

—¿Humano? Eso no es posible…

—Sí lo es —le llevó la contraria ella—. Lo es.

—¿Y qué es esto? —Levantó una mano manchada de ambrosía.

—Eso es prueba de ese cambio.

—Espera, esto son…

—Sí, plumas. Tus plumas.

—Así que las he perdido… Las alas.

—Sí, lo siento.

La miró.

—Pero ¿por qué no te he perdido a ti?

—Bueno, eso es lo que has ganado a cambio —explicó ella—. Espero que sea suficiente.

Entonces, él sonrió. Su primera sonrisa humana.

—Créeme, es suficiente, más que suficiente.

La ráfaga de viento golpeó a Marxias y lo arrastró por toda la habitación. Jane gritó e intentó alcanzarle sin éxito. Hasta que aquello se volvió algo mucho más grande: un pequeño ciclón que revolvía los libros y los lanzaba por los aires, golpeándole el cuerpo. Se cubrió con las manos para protegerse.

—¡Mars! —gritaba.

Entonces se escuchó un crujido intenso y estridente. El vendaval se escapó de la biblioteca y la calma se reinstauró en la habitación. Ella continuó por unos segundos refugiada entre sus brazos, temblando y hecha una bola contra el suelo. Tenía demasiado miedo como para levantarse. Pero sabía que, fuese lo que fuese lo que estaba pasando, ya había cesado.

Se atrevió por fin a abrir los ojos. En la biblioteca reinaba un alboroto ahora incluso mucho más prominente que el habitual. Descubrió que el ventanal estaba hecho añicos y la tela de la cortina totalmente desgarrada.

Jane se reincorporó sobre sus piernecitas y se atrevió a asomarse entre los trozos de cristal. Una corriente fría de aire la envolvió, despeinando por segunda vez sus cabellos.

Allí, en el jardín, había algo blanco, tendido sobre la nieve. De repente se movió y ella se asustó tanto que se agachó al instante. Poco a poco volvió a acopiar el valor suficiente para

regresar su mirada hacia el jardín. Sus ojos se asomaron a través del cristal fragmentado, casi como convenciéndose de que esta forma no podía ser descubierta.

Volvió a verlo. Algo blanco. O mejor dicho, alguien… ¿blanco? La figura parecía envuelta por el trozo de cortina restante, de un color púrpura intenso. Se movió de nuevo, pero esta vez ella no retiró la mirada. Poco a poco comenzó a reincorporarse ante ella ese… *ser*.

A principio solo vio cómo aquella blancura se dividía en dos en su espalda.

Eran alas.

Abrió mucho los ojos. Un par de alas blancas, tan enormes que se desplegaron con arrogancia. Sus extremos se alzaron señalando al cielo y formando un arco perfecto.

La figura se envolvió la cintura con aquel trozo de cortina, haciéndose un nudo en la cadera. Después se tomó un segundo para observar sus manos, anchas y esbeltas; sus brazos, gruesos y corpulentos; sus pies, largos y descalzos, que imprimían a su vez grandes huellas en la nieve. Pero, ante todo, sus alas, inmensas y gloriosas, como dos músculos más de su cuerpo. Como si hubiesen estado siempre con él, aprisionadas bajo su piel.

Gritó de jubiló. Comenzó a dar saltos de alegría sobre la fría nevada, sin importarle que las palmas de sus pies ardiesen ante el contacto.

Jane se asomó esta vez algo más a la ventana, asombrada y atemorizada a la vez.

Él, al final, advirtió de su presencia.

—¿Jane?

Ella quiso volver a esconderse, pero se quedó paralizada. Aquel completo extraño la estaba mirando. ¡Se estaba refiriendo a ella!

—Jane, soy yo.

Ella le miró achinando los ojos.

—Ven, te lo enseñaré.

Al principio vaciló, pero él batió sus alas hasta llegar a su encuentro y extendió una mano. Ella, aunque tenía miedo, titubeó hasta que sintió el contacto de sus dedos sobre los de él. Cerró los ojos y percibió como si bajo sus pies hubiese una nube que la impulsaba hacia lo alto, traspasando la ventana y dejándola caer sobre la nieve. Una vez abajo, miró hacia arriba. Hacia ese hermoso y alto ser que se cernía sobre ella.

—¿No me reconoces? —le preguntó.

Jane miró aquel rostro. Era alargado y propio de un muchacho de unos veintitantos años. Tenía un hoyuelo muy bonito debajo de unos labios carnosos. Los ojos eran negros, igual que su cabello, de un brillante azabache, perlado en rizos que coronaban su cabeza. Uno de ellos descendía enroscado sobre su frente. Jane alzó la mano y él se agachó para que ella pudiese tocarle aquel rizo sobrante.

El tacto. Le resultó familiar. Increíblemente familiar.

—Ya sé quién eres.

Él sonrió.

—Por supuesto que sabes quién soy —se dijo con orgullo—. Todo el mundo lo sabe.

Jane repasó aquel nuevo rostro desconocido y conocido a la vez. Su piel ahora era mil veces más suave y perfecta. Todo había cambiado en él. Su voz. Su altura. Sus gestos. Esa nueva luz que irradiaba tras su espalda.

—Eres un ángel. Uno de verdad.

Él asintió.

—Gracias a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por quererme, Jane, tal y como soy. Por enseñarme el amor humano, sincero, fiel y desinteresado que tiene un niño.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Ella se mordió el labio. Su semblante despertaba desasosiego.

—¿Qué te ocurre?

Aquel labio comenzó a temblar.

—¿Nunca volverás a ser el Mars de antes? —le preguntó entonces, con cierto pesar.

—Ah, así que es eso lo que te preocupa.

«Entre otras cosas», reconoció ella en su subconsciente.

—No puedo ser un niño eternamente, Jane.

—Lo sé. Es solo… que estoy acostumbrada a otro Mars.

Él sonrió.

—Pero ahora soy mucho más guapo, ¿no crees?

Ella rodó los ojos.

—Y más alto —continuó él—. Más fuerte. —Le enseñó los puños, ella se retiró asustada en un acto reflejo.

—¡Eso son trampas!

Él soltó una carcajada.

—Y tengo estas.

Sus alas comenzaron a batir y una ráfaga de aire le abofeteó el rostro a Jane, revolviéndole todo el pelo como si se lo hubiese cardado.

—Vaya, podrías peinarte de vez en cuando, ¿sabes? —se mofó.

Ella le enseñó los dientes de manera defensiva.

—Ahora que tienes tus alas —le dijo cruzándose de brazos—, nunca dejarás de reprocharme lo muy superior que eres.

—Te equivocas. —Le pellizcó la nariz y ella enrojeció—. Contigo siempre seré el niño que despertaste en mí. Ese al que siempre ganabas.

—¿Así que reconoces que te ganaba?

Él miró hacia arriba y frunció los labios hacia un lateral.

—Puede que te dejase ganar…

Jane le golpeó y Mars, por poco, se escurrió en la nieve.

—Au. Tan agresiva como siempre.

—Aquí el único bruto eres tú.

Él, de nuevo incorporado sobre sus talones, realizó un asentimiento de cabeza diciendo:

—Puede que eso nunca cambie.

—Marcel, querido amigo, ¿eres tú? —dijo una voz proveniente del ventanal.

Ambos torcieron sus miradas en aquella dirección. Aidan estaba allí, con Brianna.

—¡Brie! ¡Aidan! Mirad, ¡es Mars! ¡Es un ángel! Ha recuperado sus alas.

Brie soltó un grito de asombro, sin despegar sus ojos de aquel ser alado que había en la nieve, como una copia a color de la escultura de la galería.

—Ya lo veo —confirmó asombrado Aidan—. No te reconozco.

—Aidaniel, querido amigo, ya no puedes realizar bromas sobre mi estatura —se jactó complacido el nuevo ángel.

—No, Marcel, desde luego que no. Pero ya no soy Aidaniel.

—¿Qué quieres decir?

—Espera un segundo, bajaremos y te lo enseñaré.

Jane y Marxias intercambiaron miradas de confusión. Esperaron unos pocos minutos y después aparecieron, bordeando el perímetro, Aidan y Brianna. Ella llevaba su uniforme de siempre, solo que manchado por una clase de pigmento plateado, así también como parte de su pelo. Aidan llevaba su mochila cargada de cosas. Se había vestido con su abrigo azul militar y también tenía rastros de aquella pintura en los mechones de su pelo. Pero solo Marxias fue capaz de advertir el cambio que desprendía su aura, por cada poro de su piel.

—Puaj. —Estrujó la nariz—. Ahora sí que apestas a humano.

—Es porque soy uno —respondió su amigo.

Marxias abrió los ojos, impactado.

—¿Es en serio?

—Parece que no nos coordinamos.

Aidan dejó caer su mochila sobre la nieve en un golpe sordo.

—Tú recuperas tus alas y yo pierdo las mías.

—Yo me convierto en ángel y tú… ¿en humano?

Aidan sonrió ensanchando sus comisuras hasta las fronteras de sus mejillas. Después se aproximaron el uno al otro y se abrazaron, como dos viejos amigos que acaban de reencontrarse después de años separados.

—Uy, cuidado —le pidió Aidan con voz ahogada—. Ahora soy un frágil humano y tú un fuerte ángel, me romperás los huesos como sigas… apretando.

El ángel lo estrechó más fuerte. Y justo cuando iban a separarse, Aidan le revolvió el cabello con una mano como acostumbraba a hacer y este se lo quitó de un manotazo.

—Ya está bien. No permitiré más ofensas y menos de un humano inferior como tú.

Aidan se echó a reír.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó el ángel.

Ellos intercambiaron miradas de complicidad. ¿Por dónde empezar?

—Los ángeles han querido que estemos juntos —explicó escuetamente Aidan, tomando la mano de Brie—. Siempre ha sido su deseo. Fuimos nosotros los que no confiamos en ellos.

—¿Cómo?

Ahora ella intervino:

—La flecha de Eros siempre estuvo destinada al mismo Eros.

—¡Ja! Menuda paradoja. —De repente se mostró serio—: ¿Es eso posible?

Aidan se encogió de hombros.

—Todo es posible para los de arriba, ¿no?

Marxias sonrió mostrando sus alas y corroboró:

—Sí, todo es posible.

—¿Y tú? —inquirió Brie—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo has recuperado tu inmortalidad? Y, Jane, ¿tú que haces aquí?

La niña que se escondía tras la espalda de Marxias, salió de entre las sombras de sus alas, con miedo a que la regañasen.

—Solo quería ver a Mars.

—Y si no fuera por su visita, yo seguiría siendo un niño humano.

Ambos los miraron asombrados.

—¿Es eso cierto? Pero ¿cómo?

—Jane ha conseguido abrir mi corazón. Convertirme y hacerme un niño en todos los sentidos. Enseñarme a aceptar y apreciar la mortalidad. —Posó una mano en su brazo, y ella se estremeció sin poder evitarlo—. Le debo todo.

Jane, qué no sabía cómo reaccionar, acabó respondiendo en un refunfuño:

—¿Por qué todos sois grandes menos yo?

Rieron.

—Ya lo serás —le prometió el ángel—, todavía te queda mucho tiempo para crecer y, sobre todo, para volverte menos pesada.

—Qué gracioso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aidan—. ¿Volverás…?

Sin embargo, una voz interrumpió en el jardín respondiendo la pregunta sin formular de Aidan.

—Marcel.

Todos giraron en dirección a la fuente, unos metros más a su izquierda. Allí había una luz blanquecina azulada muy intensa que los cegó los primeros cinco segundos de visión. Después fue aclarándose poco a poco permitiéndoles distinguir una figura, solitaria y brillante. Marxias le reconoció. Aidan sospechó de quién se trataba. Y Brie y Jane solo pudieron quedarse cegadas ante la luz que desprendía. Para Brianna, que hacía poco que había conocido a tres ángeles, aquel los eclipsaba a todos, incluido al nuevo y hermoso Marcel que acababa de conocer. Debía de ser uno muy superior. Debía de ser un arcángel.

—Su beldad —dijeron Aidan y Marxias, cayendo de rodillas en la nieve. Brie fue la siguiente en copiar aquel gesto y Jane lo repitió, por miedo a quedarse atrás.

—Me alegra veros a todos reunidos. Aidaniel y Brianna, enhorabuena a los dos.

—Gracias, su beldad —respondió él—. Por este regalo.

—Vuestra fe os ha salvado.

Brie captó enseguida que eran las mismas palabras que le había dicho Anael.

—Marcel —continuó— y Jane.

«Sabe mi nombre», pensó la niña.

—Enhorabuena también a vosotros. Os damos las gracias por cuidar de él. Por acompañar a nuestro hermano durante su tiempo en la tierra. Por moldear su espíritu.

—¿Es acaso mi momento…?

—Sí, querido Marcel, puedes volver con nosotros si así lo deseas.

El arcángel señaló con su túnica un portal de luz que había tras su espalda.

—Oh, gracias, su beldad, por este honor, por redimirme.

—Estamos esperándote. No tardes mucho en despedirte, queremos verte de nuevo entre nosotros —diciendo esto se internó en la luz, desapareciendo.

«Adiós y gracias», resonó en sus mentes como despedida final.

—Guau —dijo Jane cuando recuperó la vista—, ¿quién era ese? ¿Por qué no podía verle?

Se pusieron en pie de nuevo.

—Era Rafael —respondió Marxias—. Ha llegado la hora.

Todos le miraron.

—¿La hora? —inquirió la niña, confundida.

—Sí, pequeña listilla. —Posó una mano en su coronilla—. Debo regresar.

—¿Al cielo?

Él asintió. Jane comenzó a sollozar.

—No llores.

—¿Por qué? ¿No puedes quedarte más tiempo? Todavía nos quedan muchas cosas que hacer.

—La espera no puede dilatarse más.

—¿Y… snif… no te volveré a ver?

—Al contrario, volveréis a verme —dijo esta vez refiriéndose al resto—. Regresaré a la tierra en unos años para honraros con mi presencia.

—¿Unos años? —repitió ella horrorizada.

—A los ángeles no se les permite visitar el mundo terrenal cada dos por tres, podrían llenarse de impurezas indeseadas.

—Pero entonces ya no seré una niña.

Marxias la tomó de las manitas y miró aquellos ojos húmedos y achocolatados.

—Siempre serás mi Jane. Nunca olvides quién eres ahora, tu inocencia es lo más valioso que tienes.

—No te vayas —le rogó.

Aidan y Brie los miraron enternecidos y conmocionados.

—Recuerda mis palabras. Volveremos a vernos, Jane Laidhart.

Le soltó las manitas y ella las alzó queriendo tocarle, sin embargo, solo alcanzó a rozar el trozo de cortina que cubría su cadera.

—Brianna —se despidió—. Cuida de mi querido Aidaniel.

Ella sonrió.

—Desde luego, Marcel. Y tú… cuida de nosotros cuando estés allí arriba.

Ahora fue su turno para sonreír.

—Aidaniel.

Volvieron a abrazarse, esta vez más intensamente.

—Ahora empieza tu momento de prueba —le dijo el ángel al oído.

—¿Cómo?

Pero Marxias ya se había separado de él. Echó una última mirada a Jane y se encaminó hacia el portal. Los tres observaron cómo su altiva y pretenciosa figura se fundía en aquellos rayos de luz. Después resonó en sus cabezas: «Nos vemos pronto, estúpidos y queridos humanos».

—¿Habéis oído eso? —preguntó Brie.

Aidan asintió riendo y Jane también le imitó, aunque todavía le caían lágrimas por las mejillas.

—Ey, no pasa nada, ha dicho que volvería —quiso Brie consolar a su hermana, pero esta se apartó esquivando su abrazo y se encaminó hacia la entrada principal de Avonshire. Trató de seguirla, pero Aidan la paró.

—Déjala, necesita algo de tiempo. Esos dos estaban muy unidos.

—Se apega demasiado a la gente —farfulló ella de brazos cruzados.

—Tú también —le dijo él.

Ella le miró.

—Solo a quien quiero de verdad. A las personas que de verdad importan.

—¿Ah, sí? —le siguió la corriente—. ¿A quién te refieres exactamente?

Ahora estaban frente a frente.

—Ya sabes, las almas gemelas y esas cosas.

—¿Esas cosas? —Rio él.

—Al final… yo tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que te dije aquella mañana, frente al lago. Que no tenía sentido unirnos para luego… volver a separarnos.

Aidan enseguida recordó aquellas palabras tan lejanas después de todo lo sucedido, pero al mismo tiempo cargadas de razón en su momento.

—Sabes que, si te hubiese lanzado esa flecha después del baile, nos habríamos ahorrado un montón de problemas.

Ella sonrió.

—Lo sé. Hemos estado dudando entre el sí y el no constantemente.

—Al final el sí nos ha salvado —coincidió él.

—¿Y eres feliz? En tu mortalidad, me refiero. Puede que menos atractiva sí, pero igual que la mía.

—Pero ¿qué tonterías dices? —La tomó de los hombros y la zarandeó—. ¿Cómo no voy a ser feliz? Nos han dado una segunda oportunidad, para vivir aquí en la tierra, juntos.

—Parece imposible.

—Era imposible —matizó él—. Que ellos… Que ese fuera nuestro plan desde el principio.

—Y el plan divino no se equivoca —declaró ella con determinación.

—¡Por supuesto que no!

Se miraron sonrientes.

—¿Y ahora? —quiso saber ella—. ¿Qué pasará con Avonshire ahora que Marxias se ha ido?

—Se quedará tal y como está, como un gran *edoreas* perdurable a las inclemencias del tiempo. ¿Aún conservas tu llave Ghala? Los ángeles han debido de llevarse todas las copias que tenía, incluida la de mi habitación.

Brie sacó la llave que había guardado en el bolsillo de su chaqueta del uniforme.

—¡Estupendo! Nos permitirá hacerle una visita a la mansión de vez en cuando. Ya sabes, bajo el pretexto de regarle las plantas a un viejo amigo que se encuentra de vacaciones en el paraíso.

Brie rio.

—Espero que no nos traiga repercusiones. Anael dijo que debíamos vivir en el mundo terrenal.

—Técnicamente, Avonshire está instalada en la tierra —dijo él alzando una ceja.

—Ah, entiendo por dónde vas.

—Aunque, tranquila, no iremos muy a menudo.

—Me parece bien. Solo para disfrazarnos.

—Y robarle comida.

—¡Y libros!

—Quizás algunas otras cosas… —Sopesó él contando con los dedos—. ¿El tocadiscos te gusta?

Brie lanzó una carcajada.

—¿Y qué hay de las tazas de té victorianas de la cocina? —propuso.

—Sí, esas me agradan.

Después de terminar una larga lista de lo que deberían o no llevarse, caminaron hacia la entrada principal de Avonshire, cogidos de la mano. Jane estaba allí, sentada en los peldaños de la escalera de piedra con el gesto apesadumbrado.

—¿Crees que se le pasará? —murmuró Brie, de nuevo preocupada.

—Sí —respondió plenamente convencido—. El dolor solo es el principio para llegar a la felicidad.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com